

ROSE GATE

LOS HERMANOS MILLER # 2

HERMANO DE

FUEGO

HERMANO DE FUEGO



Rose Gate

©Julio 2021

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Kramer H.

Corrección: Noni García

Indice

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[La Autora](#)

[Bibliografía:](#)

Agradecimientos

¿Y a hora que digo yo de este libro?

Pues que me ha convertido en una yonki de estos dos hermanos, que no sabéis lo que los estoy disfrutando y que lo que en principio eran dos libros, se han convertido en más, porque ciertos personajes me gritan sus historias.

Si Noah fue hielo, preparaos para arder con Dylan.

Este libro lo he escrito en plena ola de calor, quizá por eso provoque más de un incendio.

Quiero darles las gracias a mi marido e hijos, porque como siempre me dicen, convivo con ellos en un mundo paralelo. Por mis ausencias aun estando presente, mis desconexiones en directo, mis interrupciones porque me toca poner la publi o hablar con las lectoras... Gracias por vuestra paciencia.

A mi equipo, los que aguantan mis idas de olla, que me leen capítulo a capítulo antes de que esto llegue a vuestras manos. Con los que debato, río y me como la cabeza: Nani Mesa, Esmeralda Fernández, Sonia Martínez, Marisa Gallén, Noni García y Kramer H. Sabéis que sin vosotros esto nunca sería lo mismo. Gracias por ponerle tanto amor, por romperos los cuernos conmigo y convertir uno de mis libros en parte de nuestras vidas.

A unas colaboradoras especiales, que he tenido tanto en Hielo, como en fuego, mis norteñas, las chicas de los libros, quienes han vivido estas historias jjunto a mí: Anuska, Valeria, Luz. Sois maravillosas.

A mi Tania Espelt, quien está llevando adelante todas las LC que hacemos en Telegram, infatigable administradora de Adictas a Rose Gate y amiga por elección. Por muchos años juntas.

A mis satánicas preferidas, a quien la vida ha puesto en mi camino y me han hecho madrina de su grupo: Hijas de Satán, sabéis que todas ocupáis un pedacito de mi corazón, y aunque ya he achuchado a alguna en directo, espero poder hacerlo con todas.

A mi gеме, Anny Peterson, por nuestras charlas infinitas, investigaciones criminales e idas de olla. Te super quiero monstrea.

A Noelia Frutos, Rocío, Eva Duarte, Lola Pascual, Mada, Edurne Salgado, Eva Suarez, Vanessa (Vanessa_books), Bronte Rochester, Piedi Lectora, Elysbooks, Patri (@la_biblioteca_de_Pat), Maca (@macaoremor), Saray (@everlasting_reader), Vero (@vdevero), Akara Wind, Helen Rytönen, @Merypoppins750, Lionela23, lisette, Marta (@martamadizz), Montse Muñoz, Olivia Pantoja, Rafi Lechuga, Teresa (@tetebooks), Yolanda Pedraza, Ana Gil (@somoslibros), Merce1890, Beatriz Ballesteros. Silvia Mateos, Arancha Eserverri, Paulina Morant, Mireia Roldán, Maite López, Analí Sangar, Garbiñe Valera, Silvia Mateos, Ana Planas, Celeste Rubio, Tamara Caballero, Toñi, Irene

A todos los grupos de Facebook que me permiten publicitar mis libros, que ceden sus espacios desinteresadamente para que los *indies* tengamos un lugar donde *spamear*. Muchas gracias.

A las *bookstagramers* que leéis mis libros y no dudáis en reseñarlos para darles visibilidad.

A todos aquellos lectores que siempre dejáis vuestro nombre bajo el *post* de Facebook o Instagram:

Irene Bueno, Alicia Barrios, Mónica Rodrigues, Luz Anayansi Muñoz. Reme Moreno, Kathy Pantoja y al Aquelarre de Rose: Jessica Adilene Rodríguez, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López. Eva P. Valencia, Jessica Adilene Rodríguez, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López, Ainy Alonso, Ana Torres, Alejandra Vargas Reyes, Alexandra Rueda, Almudena Valera, Amelia Sánchez, Amelia Segura, Ana Cecilia Gutierrez, Ana de la Cruz, Ana Farfan Tejero, Ana FL y su página Palabra de pantera, Ana García, Ana Gracia Jiménez, Ana Guerra, Ana Laura Villalba, Ana María Manzanera, Ana Maria Padilla, Ana Moraño, Ana Planas, Ana Vanesa María, Anabel Raya, Ángela Martínez, Ale Osuna, Alicia Barrios, Amparo Godoy, Amparo Pastor, Ana Cecilia, Ana Cecy, Ana de la Cruz Peña, Ana Maria Aranda, Ana María Botezatu, Ana Maria Catalán, Ana María Manzanera, Ana Plana, Anabel Jiménez, Andy García, Ángela Ruminot, Angustias Martin, Arancha Álvarez, Arancha Chaparro, Arancha Esevenri, Ascensión Sánchez, Ángeles Merino Olías, Daniela Mariana Lungu, Angustias Martin, Asun Ganga, Aurora Reglero, Beatriz Carceller, Beatriz Maldonado, Beatriz Ortiz, Beatriz Sierra Ponce, Bertha Alicia Fonseca, Beatriz Sierra, Begoña Llorens, Berenice Sánchez, Bethany Rose, Brenda González, Carmen Framil, Carmen Lorente, Carmen Rojas, Carmen Sánchez, Carola Rivera, Catherine Johanna Uscátegui, Cielo Blanco, Clara Hernández, Claudia Sánchez, Cristina Martin, Crusi Sánchez Méndez, Chari Guerrero, Charo Valero, Carmen Alemany, Carmen Framil, Carmen Pérez, Carmen Pintos, Carmen Sánchez, Catherinne Johana Uscátegui, Claudia Cecilia Pedraza, Claudia Meza, Consuelo Ortiz, Crazy Raider, Cristi PB, Cristina Diez, Chari Horno, Chari Horno Hens, Chari Llamas, Chon Tornero, D. Marulanda, Daniela Ibarra, Daniela Mariana Lungu Moagher, Daikis Ramírez, Dayana Lupu, Deborah Reyes, Delia Arzola, Elena Escobar, Eli Lidiniz, Elisenda Fuentes, Emrisha Waleska Santillana, Erika Villegas, Estefanía Soto, Elena Belmonte, Eli Mendoza, Elisabeth Rodríguez, Eluanny García, Emi Herrera, Enri Verdú, Estefanía Cr, Estela Rojas, Esther Barreiro, Esther García, Eva Acosta, Eva Lozano, Eva Montoya, Eva Suarez Sillero, Fati Reimundez, Fina Vidal, Flor Salazar, Fabiola Melissa, Flor Buen Aroma, Flor Salazar, Fontcalda Alcoverro, Gabriela Andrea Solis, Gemma Maria Párraga, Gael Obrayan, Garbiñe Valera, Gema María Parraga , Gemma Arco, Gisèle Gillanes, Gloria Garvizo, Herenia Lorente Valverde, Inma Ferreres, Inma Valmaña, Irene Bueno, Irene Ga Go, Isabel Lee, Isabel Martín Urrea, Itziar Martínez , Inés Costas, Isabel Lee, Itziar Martínez López, Jenny López, Juana Sánchez Martínez, Jarroa Torres, Josefina Mayol Salas, Juana Sánchez, Juana Sánchez Martínez, Juani Egea, Juani Martínez Moreno, Karito López, Karla CA, Karen Ardila, Kris Martin, Karmen Campello, Kika DZ, Laura Ortiz Ramos, Linda Méndez, Lola Aranzueque, Lola Bach, Lola Luque, Lorena de la Fuente, Lourdes Gómez, Luce Wd Teller, Luci Carrillo, Lucre Espinoza, Lupe Berzosa, Luz Marina Miguel, Las Cukis, Lau Ureña, Laura Albarracin, Laura Mendoza, Leyre Picaza, Lidia Tort, Liliana Freitas, Lola Aranzueque, Lola Guerra, Lola Gurrea, Lola Muñoz, Lorena Losón, Lorena Velasco, Magda Santaella, Maggie Chávez, Mai Del Valle, Maite Sánchez, Mar Pérez, Mari Angeles Montes, María Ángeles Muñoz, María Dolores Garcia, M Constanca Hinojosa, Maite Bernabé, Maite Sánchez, Maite

Sánchez Moreno, Manuela Guimerá Pastor, Mar A B Marcela Martínez, Mari Ángeles Montes, Mari Carmen Agüera, Mari Carmen Lozano, María Camús, María Carmen Reyes, María Cristina Conde Gómez, María Cruz Muñoz, María del Mar Cortina, María Elena Justo Murillo, María Fátima González, María García , María Giraldo , María González , María González Obregón, Maria José Estreder , María José Felix Solis , Maria José Gómez Oliva , María Victoria Alcobendas , Mariló Bermúdez , Marilo Jurad, Marimar Pintor, Marisol Calva , Marisol Zaragoza, Marta Cb, Marta Hernández, Martha Cecilia Mazuera, Maru Rasia, Mary Andrés, Mary Paz Garrido, Mary Pérez, Mary Rossenia Arguello Flete, Mary RZ, Massiel Caraballo, May Del Valle, Mencía Yano, Mercedes Angulo, Mercedes Castilla, Mercedes Liébana, Milagros Rodríguez, Mireia Loarte Roldán, Miryam Hurtado, M^o Carmen Fernández Muñiz, Mónica Fernández de Cañete , Montse Carballar, Mónica Martínez, Montse Elsei, Montserrat Palomares, Myrna de Jesús, María Eugenia Nuñez, María Jesús Palma, María Lujan Machado, María Pérez, María Valencia, Mariangela Padrón, Maribel Diaz, Maribel Martínez Alcázar, Marilu Mateos, Marisol Barbosa, Marta Gómez, Mercedes Toledo, Moni Pérez, Monika González, Monika Tort, Nadine Arzola, Nieves López, Noelia Frutos, Noelia Gonzalez, Núria Quintanilla, Nuria Relaño, Nat Gm, Nayfel Quesada, Nelly, Nicole Briones, Nines Rodríguez, Ñequis Carmen García, Oihane Mas, Opic Feliz, Oana Simona, Pamela Zurita, Paola Muñoz, Paqui Gómez Cárdenas, Paqui López Nuñez, Paulina Morant, Pepi Delgado, Peta Zetas, Pilar Boria, Pilar Sanabria, Pili Doria, Paqui Gómez, Paqui Torres, Prados Blazquez, Rachel Bere, Raquel Morante, Rebeca Aymerich, Rebeca Gutiérrez, Rocío Martínez, Rosa Freites, Ruth Godos, Rebeca Catalá, Rocío Ortiz, Rocío Pérez Rojo , Rocío Pzms, Rosa Arias Nuñez , Rosario Esther Torcuato, Rosi Molina, Rouse Mary Eslo, Roxana-Andreea Stegeran, Salud Lpz, Sandra Arévalo, Sara Lozano, Sara Sánchez, Sara Sánchez Irala, Sonia Gallardo, Sylvia Ocaña, Sabrina Edo, Sandra Solano, Sara Sánchez, Sheila Majlin, Sheila Palomo, Shirley Solano, Silvia Loureiro, Silvia Gallardo, Sonia Cullen, Sonia Huanca, Sonia Rodríguez, Sony González, Susan Marilyn Pérez, Tamara Rivera, Toñi Gonce , Tania Castro Allo, Tania Iglesias, Toñi Jiménez Ruiz, Verónica Cuadrado, Valle Torres Julia, Vanesa Campos, Vanessa Barbeito, Vanessa Díaz , Vilma Damgelo, Virginia Lara, Virginia Medina, Wilkeylis Ruiz, Yojanni Doroteo, Yvonne Mendoza, Yassnalí Peña, Yiny Charry, Yohana Tellez, Yolanda Sempere, Yvonne Pérez, Montse Suarez, Chary Horno, Daikis Ramirez, Victoria Amez, Noe Saez, Sandra Arizmendi, Ana Vanesa Martin, Rosa Cortes, Krystyna Lopez, Nelia Avila Castaño, Amalia Sanchez, Klert Guasch Negrín, Elena Lomeli, Ana Vendrell, Alejandra Lara Rico, Liliana Marisa Scapino, Sonia Mateos, Nadia Arano, Setefilla Benitez Rodriguez, Monica Herrera Godoy, Toñi Aguilar Luna, Raquel Espelt Heras, Flor Guillen, Luz Gil Villa, Maite Bernabé Pérez, Mari Segura Coca, Raquel Martínez Ruiz, Maribel Castillo Murcia, Carmen Nuñez Córdoba, Sonia Ramirez Cortes, Antonia Salcedo, Ester Trigo Ruiz, Yoli Gil, Fernanda Vergara Perez, Inma Villares, Narad Asenav, Alicia Olmedo Rodrigo, Elisabet Masip Barba, Yolanda Quiles Ceada, Mercedes Fernandez, Ester Prieto Navarro, María Ángeles Caballero Medina, Vicky Gomez De Garcia, Vanessa Zalazar, Kuki Pontis Sarmiento, Lola Cayuela Lloret, Merche Silla Villena, Belén Romero Fuentes, Sandrita Martinez M, Britos Angy Beltrán, Noelia Mellado Zapata, Cristina Colomar, Elena Escobar Llorente, Nadine Arzola Almenara, Elizah Encarnacion, Jéssica Milla Roldán, Ana Maria Manzanera, Brenda Cota, Mariló Bermúdez González, María Cruz Muñoz Pablo, Lidia Rodriguez Almazan, Maria Cristina Conde Gomez, Meztli Josz Alcántara, Maria Garabaya Budis, Maria Cristina Conde Gomez , Osiris Rodriguez Sañudo , Brenda Espinola, Vanessa Alvarez, Sandra Solano, Gilbierca María, Chanty Garay Soto, Vane Vega, María Moreno Bautista, Moraima selene valero López, Dalya Mendaña Benavides, Mercedes Pastrana,

Johanna Opic Feliz, María Santos Enrique, Candela Carmona, Ana Moraño Dieguez, Marita Salom, Lidia Abrante, Aradia Maria Curbelo Vega, Gabriela Arroyo, Berenice Sanchez, Emirsha Waleska Santillana, Luz Marina Miguel Martín, Montse Suarez, Ana Cecy, Maria Isabel Hernandez Gutierrez, Sandra Gómez Vanessa Lopez Sarmiento, Melisa Catania, Chari Martines, Noelia Bazan, Laura Garcia Garcia, Alejandra Lara Rico, Sakya Lisseth Mendes Abarca , Sandra Arizmendi Salas , Yolanda Mascarell, Lidia Madueño, Rut Débora PJ, Giséle Gillanes , Malu Fernandez , Veronica Ramon Romero, Shirley Solano Padilla , Oscary Lisette, Maria Luisa Gómez Yepes, Silvia Tapari , Jess GR , Carmen Marin Varela, Rouse Mary Eslo, Cruella De Vill, Virginia Fernandez Gomez, Paola Videla, Loles Saura, Bioledy Galeano, Brenda Espinola, Carmen Cimas Benitez, Vanessa Lopez Sarmiento, Monica Hernando, Sonia Sanchez Garcia, Judith Gutierrez, Oliva Garcia Rojo, Mery Martín Pérez, Pili Ramos, Babi PM, Daniela Ibarra, Cristina Garcia Fernandez, Maribel Macia Lazaro, Meztli Josz Alcántara, Maria Cristina Conde Gomez, Bea Franco, Ernesto Manuel Ferrandiz Mantecón. Brenda Cota, Mary Izan, Andrea Books Butterfly, Luciene Borges, Mar Llamas, Valenda_entreplumas, Joselin Caro Oregon, Raisy Gamboa, Anita Valle, M.Eugenia, Lectoraenverso_26, Mari Segura Coca, Rosa Serrano, almu040670.-almusaez, Tereferbal, Adriana Stip, Mireia Alin, Rosana Sanz, turka120, Yoly y Tere, LauFreytes, Piedi Fernández, Ana Abellán, ElenaCM, Eva María DS, Marianela Rojas, Verónica N.CH, Mario Suarez, Lorena Carrasco G, Sandra Lucía Gómez, Mariam Ruiz Anton, Vanessa López Sarmiento, Melisa Catania, Chari Martines, Noelia Bazan, Laura Garcia Garcia, Maria Jose Gomez Oliva, Pepi Ramirez Martinez, Mari Cruz Sanchez Esteban, Silvia Brils, Ascension Sanchez Pelegrin, Flor Salazar, Yani Navarta Miranda, Rosa Cortes, M Carmen Romero Rubio, Gema Maria Párraga de las Morenas, Vicen Parraga De Las Morenas, Mary Carmen Carrasco, Annie Pagan Santos, Dayami Damidavidestef, Raquel García Diaz, Lucia Paun, Mari Mari, Yolanda Benitez Infante, Elena Belmonte Martinez, Marta Carvalho, Mara Marin, Maria Santana, Inma Diaz León, Marysol Baldovino Valdez, Fátima Lores, Fina Vidal Garcia, Moonnew78, Angustias Martín, Denise Rodríguez, Verónica Ramón, Taty Nufu, Yolanda Romero, Virginia Fernández, Aradia Maria Curbelo, Verónica Muñoz, Encarna Prieto, Monika Tort, Nanda Caballero, Klert Guash, Fontcalda Alcoverro, Ana MªLaso, Cari Mila, Carmen Estraiigas, Sandra Román, Carmen Molina, Ely del Carmen, Laura García, Isabel Bautista, MªAngeles Blazquez Gil, Yolanda Fernández, Saray Carbonell, MªCarmen Peinado, Juani López, Yen Cordoba, Emelymar N Rivas, Daniela Ibarra, Felisa Ballestero, Beatriz Gómez, Fernanda Vergara, Dolors Artau, María Palazón, Elena Fuentes, Esther Salvador, Bárbara Martín, Rocío LG, Sonia Ramos, Patricia Benítez, Miriam Adanero, MªTeresa Mata, Eva Corpadi, Raquel Ocampos, Ana Mª Padilla, Carmen Sánchez, Sonia Sánchez, Maribel Macía, Annie Pagan, Miriam Villalobos, Josy Sola, Azu Ruiz, Toño Fuertes, Marisol Barbosa, Fernanda Mercado, Pili Ramos, MªCarmen Lozano, Melani Estefan Benancio, Liliana Marisa Scarpino, Laura Mendoza, Yasmina Sierra, Fabiola Martínez, Mª José Corti Acosta, Verónica Guzman, Dary Urrea, Jarimsay López, Kiria Bonaga, Mónica Sánchez, Teresa González, Vanesa Aznar, MªCarmen Romero, Tania Lillo, Anne Redheart, Soraya Escobedo, Laluna Nada, Mª Ángeles Garcia, Paqui Gómez, Rita Vila, Mercedes Fernández, Carmen Cimas, Rosario Esther Torcuato, Mariangeles Ferrandiz, Ana Martín, Encarni Pascual, Natalia Artero, María Camús, Geral Sora, Oihane Sanz, Olga Capitán, MªJosé Aquino, Sonia Arcas, Opic Feliz, Sonia Caballero, Montse Caballero, María Vidal, Tatiana Rodríguez, Vanessa Santana, Abril Flores, Helga Gironés, Cristina Puig, María Pérez, Natalia Zgza, Carolina Pérez, Olga Montoya, Tony Fdez, Raquel Martínez, Rosana Chans, Yazmin Morales, Patri Pg, Llanos Martínez, @amamosleer_uy, @theartofbooks8, Eva Maria Saladrigas, Cristina Domínguez González

(@leyendo_entre_historia), @krmenplata, Mireia Soriano (@la_estanteria_de_mire), Estíbaliz Molina, @unlibroesmagia, Vanesa Sariago, Wendy Reales, Ana Belén Heras, Elisabet Cuesta, Laura Serrano, Ana Julia Valle, Nicole Bastrate, Valerie Figueroa, Isabel María Vilches, Nila Nielsen, Olatz Mira, @marta_83_girona, Sonia García, Vanesa Villa, Ana Locura de lectura, 2mislibrosmisbebes, Isabel Santana, @deli_grey.anastacia11, Andrea Pavía, Eva M. Pinto, Nuria Daza, Beatriz Zamora, Carla ML, Cristina P Blanco (@sintiendosuspáginas), @amatxu_kiss, @yenc_2019, Gabriela Patricio, Lola Cayuela, Sheila Prieto, Manoli Jodar, Verónica Torres, Mariadelape @peñadelbros, Yohimely Méndez, Saray de Sabadell, @littleroger2014, @mariosuarez1877, @morenaxula40, Lorena Álvarez, Laura Castro, Madali Sánchez, Ana Piedra, Elena Navarro, Candela Carmona, Sandra Moreno, Victoria Amez, Angustias Martín, Mariló Bermúdez, María Luisa Gómez, María Abellán, Maite Sánchez, Mercedes Pastrana, Ines Ruiz, Merche Silla, Lolín García, Rosa Irene Cue, Yen Córdoba, Yolanda Pedraza, Estefanías Cr, Ana Mejido, Beatriz Maldonado, Liliana Marisa Scarpino, Ana María Manzanera, Joselin Caro, Yeni Anguiano, María Ayora, Elsa Martínez, Eugenia Da Silva, Susana Gutierrez, Maripaz Garrido, Lupe Berzosa, Ángeles delgado, Cris Fernández Crespo, Marta Olmos, Marisol, Sonia Torres, Jéssica Garrido, @laurabooksblogger, Cristina León, Ana Vendrell, M Pulido, Constans, Yeimi Guzman, Lucía Pastor, Aura Tuy, Elena Bermúdez, Montse Cañellas, Natali Navarro, Cynthia Cerveaux, Marisa Busta, Beatriz Sánchez, Fatima (@lecturas de faty), Cristina Leon, Verónica Calvo, Cristina Molero, @lola.loita.loliya, M^a Isabel Hernández, May Hernández, @isamvilches, May Siurell, Beatriz Millán, @Rosariocfe65, Dorina Bala, Marta Lanza, Ana Belén Tomás, Ana García, Selma, Luisa Alonso, Mónica Agüero, Pau Cruz, Nayra Bravo, Lore Garnero, Begikat2, Raquel Martínez, Anabel Morales, Amaia Pascual, Mabel Sposito, Pitu Katu, Vanessa Ayuso, Elena Cabrerizo, Antonia Vives, Cinthia Irazaval, Marimar Molinero, Ingrid Fuertes, Yaiza Jimenez, Ángela García, Jenifer G. S, Marina Toiran, Mónica Prats, Alba Carrasco, Denise Bailón (@amorliteral), Elena Martínez, Bárbara Torres, Alexandra Álvarez, @Silvinadg9, Silvia Montes, Josefina García, Estela Muñoz, Gloria Herreros, @Mnsgomezig, @sassenach_pol, Raquelita @locasdelmundo, Leti Leizagoyen, Soledad Díaz, Frank Jirón, Keilan.Setuto, @annadriel Anna Martin, Ivelise Rodríguez, Olga Tutiven, María del Mar, Yolanda Faura, Inma Oller, Milagros Paricanaza, Belén Pérez, Esther Vidal, Pepi Armario, Suhail Niochet, Roxana Capote, Ines Ruiz, Rocío Lg, Silvia Torres, Sandra Pérez, Concha Arroyo, Irene Bueno, Leticia Rodríguez, Cristina Simón, Alexia Gonzalex, María José Aquino, Elsa Hernandez, Toñi Gayoso, Yasmina Piñar, Patricia Puente, Esther Vidal, Yudys de Avila, Belén Pérez, Melisa Sierra, Cristi Hernando, Maribel Torres, Silvia A Barrientos, Mary Titos, Kairelys Zamora, Miriam C Camacho, Ana Guti, Soledad Camacho, Cristina Campos, Oana Simona, María Isabel Sepúlveda, Beatriz Campos, Mari Loli Criado Arcrlajo, Monica Montero, Jovir Yol LoGar Yeisy Panyaleón, Yarisbey Hodelin, Itxaso Bd, Karla Serrano, Gemma Díaz, Sandra Blanca Rivero, Carolina Quiles, Sandra Rodríguez, Carmen Cimas, Mey Martín, Mayte Domingo, Nieves León, Vane de Cuellar, Reyes Gil, Elena Guzmán, Fernanda Cuadra, Rachel Bere, Vane Ayora, Diosi Sánchez, @tengolibrospendientes, @divina_lectura_paty, María José Claus, Claudia Obregón, Yexi Oropeza, Bea Suarez, @Victorialba67, @lady.books7, valeska m.r.

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate Adictas, que siempre estáis listas para sumaros a cualquier historia e iniciativa que tomamos.

Introducción



Dylan. Darmstadt, en la actualidad.

Fijé la mirada sobre el edificio que tenía enfrente. Era de ladrillo rojo, había sido una antigua fábrica de cerámica y fue reconvertida en uno de los mejores laboratorios químicos de la ciudad.

Llevaba unos días estudiando la empresa y merodeando sus alrededores con la esperanza de dar con ella. No tuve suerte.

Hasta aquí me había traído la información encriptada que Brau había logrado descodificar.

No era mucho, solo una carta con un membrete perteneciente a estos laboratorios dirigida a

Winni, lo que me había hecho tomar un vuelo de Barcelona a Frankfurt y alquilar un coche para llegar hasta aquí. Tenía un punto de partida o un hilo desde el cual tirar, y que no pensaba romper hasta obtenerlo todo.

La carta no decía demasiado, por lo menos a mí, pero Brau sugirió que podía contener un tipo de lenguaje codificado que decía mucho más que lo que aparentaba. Winni era muy dada a resolver jeroglíficos. Lo que sí podía intuirse, sin ser un lumbreras, era que tenía un trato estrecho con ellos. No sabía si eran meros intermediarios, o si verdaderamente conocían a la mujer que se ocultaba tras el nombre de Winnifreda Weber Meyer.

Reí para mis adentros, ni siquiera sabía su puto nombre, pues ese pertenecía a una berlinesa de sesenta años estudiante de la Humbolt, que obviamente no era la madre de mis hijos. Winni, o como diablos se llamara, había usurpado su identidad haciéndose pasar por ella, y a mí me la metió doblada y sin vaselina.

Apreté el puño izquierdo, no saber con quién compartía mi vida era una de las cosas que más rabia me daba.

Miré de reojo las hojas que llevaba en la mano derecha, se trataba de mi currículum, uno que les costaría rechazar si eran el tipo de empresa que anunciaban en su web.

Los laboratorios Boehringer estaban ubicados en Darmstadt, sede del Centro Europeo de Operaciones Espaciales de la Agencia Espacial Europea. Es bien sabido que a principios de siglo, la ciudad tuvo un importante desarrollo a nivel industrial, científico y educativo. Muchas industrias químicas como Merck, perteneciente al sector farmacéutico, la escogieron para dotar a esta urbe con nueve mil puestos de trabajo, de los cincuenta y siete mil que tenía la empresa. Tal era su relación con el mundo de la química, que el número ciento diez de la tabla periódica de los elementos tomó su nombre en honor a la ciudad.

Tenía cuatro institutos de investigación de la Sociedad Fraunhofer y otro centro más sobre iones pesados (GSI). Darmstadt era una ciudad volcada con la tecnología y gran productora de población estudiantil. Tal vez Winni hubiera estudiado allí.

Los alemanes solían ser de carácter cerrado, bastante cuadrículados y costaba ganarse su confianza. En los procesos de selección de personal, hacían entrevistas en las que llegaba a primar más las experiencias vitales, las que les daban una visión más global de la persona, que el propio currículum.

Para poder averiguar algo de la que llegué a considerar mi mujer, debía infiltrarme y ver si alguien de allí arrojaba un rayo de luz. Si lograba entrar como biotecnólogo, tendría acceso a su sistema informático, y desde dentro le daría acceso a Brau con un programa espía que debía conectar a uno de sus PC, para abrir un pequeño poro por el que infiltrarse y ver qué podíamos descubrir. Le había sido imposible hackear los niveles de seguridad de la empresa desde su portátil, así que tenía que insertar ese puñetero USB para conseguirlo.

Me negaba a pensar que Winni estuviera realmente muerta, algo me decía que no era así, que había aparecido en Genetech con un propósito muy firme y yo fui el incauto que picó su anzuelo para que lo alcanzara. Si estaba en lo cierto, quería que me lo dijera ella misma, mirándome a los ojos, necesitaba oír de su propia boca que me había traicionado, que llegó a hacerse pasar por muerta abandonándonos a mí y a mis hijos. Solo de esa manera podría matar el puto sentimiento que estaba devorándome el alma.

Tantas noches sin dormir, tantas borracheras, tantas lágrimas vertidas por alguien que había parido a mis hijos y me resultaba una completa desconocida.

¿Qué podía llevar a una mujer a fingir su propia muerte, abandonar a su pareja y a sus dos bebés? ¿Quién era esa completa desconocida?

Me pincé el puente de la nariz con los dedos y rememoré el día en que la conocí. Fue el mismo en que comenzaba a trabajar en los laboratorios de mi madre hace ocho años.



Capítulo 1

No es guapa, es lo siguiente...



Dylan. Brisbane, ocho años antes.

Saboreé el agua del mar. No había nada mejor que hacer surf bajo los primeros rayos de sol.

Agité el pelo cubierto de agua para disfrutar de su frescor deslizándose por mi cuello.

Siempre me gustó sentarme sobre la arena, exhausto, después de cabalgar las olas más bravas, para recuperar el aliento contemplando la gigantesca obra de arte cambiante que se desplegaba ante mis ojos.

Suspiré y me dejé caer hacia atrás con los colores del amanecer tiñéndome el cuerpo.

Mi tranquilidad duró unos instantes, pues un montón de arena salió impulsada a modo de pequeña tortura afilada, rebozándome el rostro y, por si fuera poco, envolviéndolo en un montón

de babas y lengüetazos.

—Brownie, ¡estate quieta! —ordenó una voz que reconocí a la perfección, se trataba de Liam, el mejor amigo de mi hermano y, por ende, también amigo mío.

—Déjala —reí con la lengua de la cachorra limpiándome la arena—. Se nota que es una chica lista y sabe reconocer a quién adorar. —Los animales me encantaban, y aquella recién llegada a la familia de Liam, más todavía. Era pequeña, juguetona, cariñosa, justo como me gustaban a mí las chicas.

—No dirías lo mismo si supieras que acaba de tragarse su propia mierda.

—¡Fuck! —Me levanté con el desayuno reptando por mi esófago y el cabrón de Liam partiéndose la caja.

—Tranquilo, era broma —aclaró, doblado en dos al ver mi cara de ir a echar hasta la *pizza* del viernes noche.

—Cabrón —protesté, lanzándole un puñado de arena que le hizo dar un salto atrás. La dulce cachorra volvió a por mí y yo froté su expresiva cara.

—No veas la novecita que me ha dado, al final he tenido que meterla en mi cama...

Liam se sentó a mi lado con unas ojeras que podían hacerlo descender dos pisos en la escala del sueño.

—Acabar la noche de un viernes con una perra entre las sábanas no parece un mal plan —bromeé—, y menos si es tan guapa como esta morenaza y con una lengua tan larga, y atenta.

—Sí, ya, bueno, eso para amantes de la zoofilia; de momento, yo prefiero que me la chupe una de nuestra especie. Además, Brownie es menor, no lo olvides.

—Pensaba que hoy te vería entre las olas.

—Ojalá... Van a ser unos días un poco duros hasta que mi pastelito de chocolate aprenda que mis converse no son su lugar para jiñar.

—Ugggh, ¿las que te compraste hace una semana?

—Las mismas. Para tu información, ya están en la basura y he tenido que rescatar las viejas. Hoy voy a tener un día cojonudo, porque me he despertado y lo primero que he hecho ha sido calzármelas, sin darme cuenta de que en su interior había sorpresa. —Arrugué la nariz, disgustado.

—Hay ciertos detalles que uno no necesita saber.

—Pues te jodes, peor ha sido mi cara al ver el baño de barro en el que había metido el pie.

—Mira la parte positiva, las heces están muy infravaloradas. ¿Sabes que hay trasplantes de heces a través de enemas y que resulta mucho más eficaz que tratar las infecciones por *C. Difficile* que con antibióticos?

—Pues, por mi bien, espero no infectarme nunca con esa cosa, señor científico. ¿Podemos cambiar de tema? Hablar de caca, podría ser un mal augurio para nuestro primer día laboral. —Le ofrecí una sonrisa.

—Está bien, ¿estás preparado para tu gran día? —Liam reaccionó ofreciéndome otra y asintiendo.

—Tío, esto va a ser un puto sueño.

Ese día empezábamos a trabajar en Genetech, los laboratorios de mi madre, y Liam estaba entusiasmado por dejar su vida de universitario y embarcarse en el apasionante proyecto familiar, del que ahora formaba parte junto a mí y a mi gemelo.

Desde que mi padre murió, me volqué en la única persona que a Noah y a mí nos quedaba viva, y se trataba de mi madre.

Mi hermano era un puñetero cerebritito que se pasaba el día estudiando con un tutor

especializado que colaboraba con nuestra progenitora. Noah era un genio y, por ende, se esperaba mucho de él gracias a sus habilidades en ciencias. Mamá y Lucius estaban convencidos de que tenía muchísimo potencial; él no los contradecía y parecía sentirse bien hincando codos como un poseso. Y eso me dejaba mucho tiempo libre, a mí tampoco se me daban mal las ciencias, ni los deportes, las chicas, los amigos o la informática...

En mi caso, tenía tiempo para disfrutar, además de pasar tiempo con mi madre. Me di cuenta de que involucrándome en los laboratorios, podíamos estar juntos, y, en esas horas donde ella me explicaba por qué le apasionaba tanto lo que hacía, descubrí que a mí no me disgustaba, es más, comenzó a interesarme.

De los dieciséis a los dieciocho, dediqué parte de algunas tardes a Genetech y descubrí mi verdadera vocación. ¿Quién lo iba a decir? Si le hubieras preguntado a Noah, te habría dicho que él apostaba por que fuera surfista profesional, o estudiara algo que tuviera que ver con las relaciones públicas.

Mamá estaba convencida de que mi hermano seguiría sus pasos, para eso había estado preparándolo, pero el día que tocaba echar la matrícula en la universidad, nos sorprendió dando un golpe sobre la mesa durante la cena para decir que iba a estudiar económicas. Alegó que la ciencia, como tal, no le gustaba, que no pensaba seguir fingiendo, ni dedicarse de por vida a algo que no le interesaba un pimiento.

Nunca había visto a mi madre más desencajada. Pasó del blanco al rojo sin ponerse ámbar.

Esperó a que Noah acabara para amenazarlo y decirle que si no estudiaba una de las carreras que ella le había propuesto, no pensaba pagársela. Jamás habría imaginado a mi gemelo plantarse de aquel modo y, en parte, me hizo sentir orgulloso de que fuera capaz de defender su opción hasta las últimas consecuencias.

Le contestó a mi madre que si ella no le pagaba la carrera, se la pagaría él. El dinero no era un impedimento, pues cuando mi padre murió, nos dejó una pequeña fortuna en herencia, sin embargo, yo no hubiera visto justo que a mí me pagara los estudios y a Noah, no, por el simple hecho de no pasar por el aro; así que decidí dar un paso al frente, total, yo también había hecho mi elección y pensaba sorprenderlos a ambos.

—Deja que Noah estudie empresariales, es un fuera de serie con los números —apostillé calmado—. Yo ocuparé su lugar en el laboratorio y estudiaré bioinformática para echarte una mano. Creo que es justo lo que necesitas para que el proyecto «Godness» avance.

—¿Tú? —preguntó mi hermano incrédulo.

—¿Qué pasa? ¿No me crees capaz?

—Pensaba que...

—Ya sé lo que pensabas, eres mi gemelo, pero resulta que quizá haya partes de mí que desconoces, y una de ellas es que quiero trabajar con nuestra madre en el laboratorio y aportar algo más que mi apostura a la humanidad. —Giré el rostro hacia mi madre, que estaba analizando la situación. Lo sabía porque le había visto la misma expresión, cientos de veces, frente al microscopio—. Mamá, no lo pienses tanto. Al fin y al cabo, que yo quisiera estudiar una de las carreras que le habías propuesto a Noah ni se te había pasado por la cabeza, así que es un intercambio justo. Él te ha dado sus motivos, y, además, con su aportación mejoraremos la empresa a nivel económico y conseguiremos expandirnos. Tú siempre dices que conseguir dinero para financiar los proyectos es algo que cuesta mucho, pues ya está; Noah se encarga de esa parte y yo de ayudarte en el laboratorio. —La conocía, no le gustaba que los demás tomaran decisiones que, según ella, le competían, lo que no le quedaba claro era que nosotros empezábamos nuestra vida de adultos, y sería mucho mejor así que empezar una guerra familiar

por los estudios. Mi madre iba a decir algo, y preferí intervenir, cerrar la conversación y que el temporal pasara—. Ahora que está todo decidido, tenemos que celebrarlo, esta cena tiene una pinta maravillosa. Gracias, Noah, por esforzarte tanto.

Mi hermano frunció el ceño y lo único que hizo fue acomodarse la servilleta sobre las piernas para emitir un «gracias» de medio lado. Mamá ocupó su silla y yo descorché la botella de vino para brindar por nuestro futuro.

Noah conoció a Liam durante la carrera, se hicieron uña y carne, lo que propició que terminara entrando en nuestras vidas. Ahora formaba parte de nuestro binomio y me alegraba, porque era un tío cojonudo.

Volví al presente con los rayos de sol calentándome el jeto.

—Va a ser alucinante poder poner en práctica todos mis conocimientos. —No quise hacer las prácticas en Genetech, preferí ampliar mis estudios en otra empresa que pudiera aportarnos valor y esperaba dejar alucinada a mi madre con todo lo que había aprendido.

—Me imagino —murmuró Liam, jugueteando con una concha—, todavía no me creo que los tres curemos juntos, los Tres Mosqueteros compartiendo hasta el curro. —Me gustaba su entusiasmo, podía ver lo que Noah vio en Liam, y es que el rubio con pintas de surfista podría haber sido mi mellizo. Su espíritu, humor contagioso, don de gentes y su habilidad con las chicas lo convertían en mi reflejo, por eso se llevaban tan bien. Liam compensaba su carácter más hosco y cerrado—. Voy a hacerle un monumento a tu madre por no oponerse a contratarme. El empleo de mis padres pende de un hilo y no sé cuánto aguantarán en casa de los Talbot. Mi sueldo nos vendrá caído del cielo.

—No fastidies... No sabía nada de lo de tus padres.

—Es muy reciente, al señor Talbot lo han pillado blanqueando mucha pasta y se rumorea que están sin dinero por su afición al juego, además de por las señoritas de dudosa reputación. Mis padres están aguantando el tipo como pueden, pero es cuestión de días. Me parece que el banco va a expropiarles la casa, el muy cabrón se jugó la segunda hipoteca a la ruleta.

—¡Joder! ¡Qué putada! ¿Y has hablado con Noah de eso? —Liam negó.

—No me ha dado tiempo, mis padres me lo han contado esta mañana, no querían preocuparme. Yo me he enterado de casualidad, los pillé hablando en la cocina y no pudieron dejarme al margen.

—Lo siento mucho, tío.

—No te preocupes, saldremos de esta, pero si llego a saberlo, me habría planteado la adopción de Brownie. —Paseó su mano morena por el pelaje del animal, que estaba hecho una rosca sobre mis piernas—. Esta cachorra que adquirirá el tamaño de un caballo y comerá por cuatro.

—Para cuando eso ocurra, tú ya estarás cobrando una pasta en los laboratorios, ya verás.

—Eso espero, y si no, buscaré algún pluriempleo...

—Habla con Noah...

—Ya te he dicho que me he enterado esta misma mañana, antes de salir para pasear a Brownie, eres el primero a quien se lo cuento.

—Pues deberías haber levantado el teléfono en cuanto te has enterado, ya sabes que estaba buscando una finca donde invertir su parte de la herencia para independizarse, vivir en casa de mi madre no lo llena de alegría —anoté—. Ayer mismo lo llamó la de la inmobiliaria porque acababa de entrarle una propiedad nueva, dijo que era justo lo que Noah estaba buscando. Ni a ella le importó que fuera domingo, ni a Noah tampoco. Me pidió que lo acompañara, y fue poner un pie en la finca y saber que mi hermano se había enamorado. Solo le había visto esa expresión

una vez en la vida, y fue al mirar a una chica que no le correspondía. Por suerte, para quedarse con la propiedad solo le bastaba el dinero. Le dijo a la agente que se la reservara, y hoy han quedado para firmar el contrato; como tiene el capital para la compra, no creo que tarde mucho en amueblarla y mudarse. Ese sitio es enorme, tiene hasta una cuadra, seguro que va a necesitar personal, y quién mejor que tus padres, que son conocidos y tienen experiencia. —Los ojos se le abrieron esperanzados y después se le cerraron resignados.

—No querría abusar.

—No es abuso. Tú conoces a Noah casi tan bien como yo, sabes que no va a fiarse de cualquiera a la primera, así que en el fondo estás haciéndole un favor. Habla con él, cuéntale lo que ocurre y verás cómo te dirá lo mismo que yo; por si no lo recuerdas, somos gemelos —añadí como colofón final.

—Y no podéis ser más distintos.

—Si lo dices porque soy el más guapo, tengo mejor gusto vistiendo, se me dan mejor las relaciones sociales y me cuesta quitarme a las mujeres de encima, no te quitaré la razón —argumenté, agitando las cejas—. Aunque si logras pasar la barrera de mi escultural y arrolladora superficie, te darás cuenta de que compartimos un corazón enorme y un gran fondo equiparable al de mi vestidor.

—Joder, tú lo de la modestia se lo dejas a otros, ¿eh?

—¿Por qué tengo que ser modesto cuando son evidencias? Parece que esté mal quererme a uno mismo y exponer mis virtudes. No digo que no tenga defectos, solo que prefiero regodearme en las cosas buenas y potenciarlas.

—Mira, pues ahí sí te doy la razón, tendríamos que amarnos más a nosotros mismos. ¡Viva el onanismo! —bromeó.

—Amén.

—Venga, *crack*, me largo, que si me quedo aquí más rato, no llego —anunció, palmeándome la pierna—. Voy a darme una ducha y quitarme toda esta arena. —Ahora que me fijaba bien en él, tenía aspecto de haber salido a correr con la perrita—. Y tú deberías hacer lo mismo si no quieres llegar tarde el primer día. Vamos, Brownie —la llamó. La cachorrita alzó la cara por un segundo y se reacomodó ignorándolo—. Pfff, pasa noches en vela para esto... No hay que tener hijas; primero te quitan el sueño, después el pelo y terminan marchándose con el primer cantamañanas que se encuentran... —La tomó de mi regazo y ella me lanzó un quejido lastimero para que la socorriera.

—Lo siento, nena, tu papi no nos deja estar juntos, llámame cuando seas mayor de edad, tal vez podamos fugarnos —bromeé, lanzándole un beso a la perrita, que agitó la cola frente a mis atenciones.

Liam desapareció del mismo modo en que había llegado, como una suave brisa que te alborota el pelo. Yo me quedé unos instantes más para aspirar el aroma a Océano Pacífico.

Me levanté, me sacudí la arena, agarré la tabla y puse rumbo a casa.

Había estado muchas veces en los laboratorios, pero nunca me sentí como hoy. Ya era oficial, era un empleado de Genetech, y no uno cualquiera, el nuevo bioinformático, cuya misión sería ayudar en el desarrollo del proyecto «Godness», el más importante de la empresa.

Cuando alguien llegaba por primera vez frente al edificio, contenía la respiración. Tanto por fuera como por dentro, te recordaba a una nave nodriza de una peli de *sci-fi*. El edificio estaba recubierto por enormes cristaleras que reflejaban todo aquello que había alrededor, en una clara

pretensión de mimetizarse con el entorno y confiriéndole una imagen futurista y espectacular.

Además, fue concebido para ser arquitectónicamente sostenible y eficiente, lo que viene a ser una puta pasada. Mi madre no escatimaba recursos cuando se trataba de material puntero; si al laboratorio le faltaba un elemento, era porque no estaba inventado todavía.

Ella no nos acompañaba, presumía de ser siempre la primera, a veces, incluso se quedaba a pasar la noche si creía que tenía algo importante entre manos que mereciera la pena. Aquel era su imperio y ella la perfecta emperatriz.

Había invertido su vida e hipotecado la nuestra. La pérdida de nuestro trigemelo Ky, cuando teníamos cuatro meses de edad, fue el detonante que la convirtió en lo que es hoy: La gran Patrice Miller, doctora *cum laude* con una doble titulación en medicina y biología que, sumada a sus investigaciones en el campo de la genética como método preventivo para determinadas enfermedades, la elevaba a la categoría de genio en la materia.

Ello le costó su matrimonio con mi difunto padre y le otorgó la condición de madre ausente. Nunca nos faltó nada, quizá algún que otro abrazo, sobre todo, a Noah que, aunque no lo pareciera, era el que siempre había necesitado recibir más muestras de cariño.

—¿Preparado? —le pregunté a mi hermano, llevando una mano sobre su hombro.

—Veamos qué recibimiento me da la Dama de Hielo, para mí que va a buscarme un despacho en la mazmorra —refunfuñó.

—A mí, mientras me pague la nómina, puede ponerme con vistas al cuarto de las escobas —apostilló Liam, con aquel traje que parecía sacado de la boda de su padre.

—Tío, ¿de dónde has sacado esa americana? —Me froté los ojos porque me hacía daño a la vista.

—Mola, ¿eh? Es *vintage*, el pasado siempre vuelve.

—Hay pasados que es mejor que no regresen nunca. En serio, tío, eso que llevas es demencial. Te sugiero que pidas un anticipo y te hagas con otra, o que Noah te preste una de las tuyas, pero quítate esa cosa de encima, está diseñada para acumular polvo, no para echarlos.

—No está tan mal, si la desabrochas... —Acababa de llevarse las manos al botón central.

—Quieto, figura —lo frené—, seguro que de ahí dentro sale un ejército de polillas. —Liam lanzó un bufido y Noah me miró reprobatoriamente—. ¿Qué? No digo ninguna mentira. Es tu mejor amigo, deberías haberle dicho que esa ropa no le pega.

—Estamos aquí para trabajar, no para salir de fiesta o ir a una pasarela. Si a Liam le gusta su traje, a mí también, lo que importa es lo que hay en su cabeza y no el estampado de la chaqueta. —Se cruzó de brazos.

—Siento llevarte la contraria, la moda habla de quiénes somos, y si su pretensión fuera la de vender aspiradoras o productos antipolillas, no diría nada, pero te recuerdo que Liam ambiciona ser jefe de Recursos Humanos, así que el único cuadro que debería llevar encima sería uno para colgar en la pared. Cuando uno se levanta por la mañana, tiene que ir dispuesto a comerse el mundo, y no a que el mundo se lo coma a él. Aunque se levante y pise una mierda con el pie desnudo, tiene que sortear el obstáculo y verlo como un reto —apostillé con mucha vehemencia. El mejor amigo de mi hermano me miraba con ganas de estrangularme.

—Por supuesto, encontrarte con el pie lleno de caca es muy retador, ¡oh, gran gurú de *todo lo que veolo consigo!* —me recriminó Liam.

—Por supuesto que sí, Mr. Johnson, sabe que obtengo todo lo que me propongo, sea objeto, mujer o curro. Es la ley de la atracción, soy un experto en ella. —Liam se cruzó de brazos y acarició su mentón.

—Veamos si es cierto, vayamos a por tu reto del día —me propuso, señalando la puerta de

acceso al edificio—. La primera mujer que cruce por ahí, y tenga un rango de edad entre veinte y treinta, deberá caer rendida a tus pies a la primera, sin titubeos. A ver si tu ley de la atracción es tan poderosa como ostentas.

—Vamos a llegar tarde —replicó Noah—. ¿Sabéis cuántas probabilidades hay de que una mujer que comprenda esa franja de edad salga ahora mismo por la puerta en una empresa dedicada a la genética? —Los tres desviamos la mirada hacia el punto de acceso que se abrió como si hubiéramos dicho la palabra mágica. Contuvimos el aliento, yo invoque a las leyes del universo para que mostraran lo que Liam había exigido. Debió fallar la conexión porque apareció un hombre bigotudo, sudoroso y con pinta de león marino, o, en su defecto, de representante de productos de laboratorio. Liam y yo exhalamos con pesar, mientras que mi hermano ponía esa expresión de os lo advertí—. No me gusta decir os lo dije, pero... —La puerta volvió a abrirse y...

¡Por la *fucking mother of God!* ¡Menudo pibonazo! A Mr. Johnson y a mí se nos amplió la sonrisa, mientras que a Noah se le quedaba cara de acelga.

—Observad al maestro, chavales... —«Gracias, universo», mascullé mirando al cielo.

Fui directo hasta la chica, que era una morena escultural que, en cuanto entré en su radar, empezó a emitir en la frecuencia perfecta, sacó pecho, humedeció los labios, un ligero rubor ascendió a sus mejillas y, el premio gordo, una mirada de soslayo acompañada de una tenue sonrisa apreciativa. Uuuuh, eso en mi lenguaje era un pleno al polvo. Ahora solo necesitaba extender mi plumaje y darle un motivo para que su cuerpo amaneciera junto al mío.

—Hola —la saludé, plantándome justo delante de ella. Un metro setenta y cinco de piel canela enfundada en un minivestido ajustado, que ponía sus turgentes *lamingtons*^[1] en el mostrador principal para hacer suyo al cliente adecuado.

—Hola —respondió con una sonrisa sinuosa. Si su interés hacia mí se debiera a simple cordialidad, ahora no estaría tratando de evaluar mi talla de calzoncillos, cosa que me alegraba, pues pretendía mostrársela. Me gustaban las mujeres directas, todo se volvía mucho más fluido. Cuando una mujer cuida al milímetro su imagen, quiere que quien la mira se sienta complacido con lo que ve, que reconozca su esfuerzo, y eso era lo que iba a hacer.

—No he podido evitar acercarme, tienes algo que deslumbra. Primero, pensé que se debía a la luz, pero... Está claro que no, viene de ti. —Ella se limitó a sonreír y colocarse un mechón de pelo desprendido tras su oreja, mostrando un lóbulo de lo más apetecible; al final iba a salir ganando con la apuesta. Seguí con mi salto de obstáculos—. ¿Sabes que si ahora mismo buscara tu definición en el diccionario, al lado de tu foto pondría... —volví mi tono más profundo—: No es guapa, es lo siguiente... —La morena enseñó dientes... «Eso es, nena, siéntete complacida», pensé, felicitándome por la hazaña.

Iba a por la siguiente frase, la que iba a darme pase directo a su número de teléfono, que quedaría salvaguardado en la agenda de mi móvil. Y hubiera sido así si no nos hubiera interrumpido una inoportuna vocecilla que fue directa a por mi morena.

—Yo de ti me lo pensaría, porque el siguiente adjetivo en el diccionario, después de guapa, es guarra, así que ya sabes lo que pretende contigo.

Las carcajadas masculinas no tardaron en llegar a mis oídos, mientras que a la morena le mutaba el gesto y la diminuta exhalación que había soltado aquella fresca dejaba la estela de su paso firme siendo engullido por las puertas de la empresa.

¿Sería posible que acabara de jorobarme el plan con lo que había soltado por esa boquita?!

Titubeé. ¿Perseguía a lengua afilada o trataba de remontar con la guarra? Digo, guapa, ya no sabía ni lo que decía, yo no pensaba esas cosas de las mujeres, al contrario, me encantaba que la

mujer se sintiera libre de entrar en mi cama cuando quisiera.

Opté por intentar reconducir la situación, a la duendecilla indiscreta ya la encontraría...

—Perdona, en serio, que no sabía que lo siguiente era guarra, ni se me pasó por la cabeza ese adjetivo, salta a la vista que te duchas a diario... —apostillé para que no se fuera por otros derroteros—. Y salta a la vista que tienes muchísima clase. —Los ojos se me fueron directos a su escote, no pude evitarlo, sus *lamingtons* estaban llamándome. No debí haber mirado hacia ahí, lo supe por el modo en que apretó el gesto.

—Déjalo, ya no puedes arreglarlo, y la próxima vez que intentes disculparte, estaría bien que tus ojos no te traicionaran. —Tiró de su escote hacia arriba y sentí la violencia de sus tacones de aguja pisoteando mi moral.

Todavía no daba crédito a lo que acababa de sucederme. Miré a Liam y Noah que estaban retorciéndose del ataque de risa que tenían.

Había hecho el ridículo más absoluto por culpa de una rubia, diminuta, con gafas y coleta. Fue lo único que me dio tiempo a vislumbrar por el reflejo acristalado.

—¿Habéis visto eso?! —me quejé yendo hacia ellos.

—Como para no hacerlo, creo que tu ley de la atracción no contaba con agentes externos —se pitorreó Liam.

—Eso no era un agente externo, sino una duendecilla con malas pulgas; seguro que es de las que odia la Navidad, roba las galletas a las exploradoras, boicotea los concursos de belleza y tiene en el cajón de la mesilla una colección de vibradores sin pilas.

—¿Por qué sin pilas? —preguntó mi hermano, secándose los lagrimales.

—Porque si le hubiera dado alegría a su botón dorado esta mañana, no me habría fastidiado el mío. ¡Que tenía pase directo a la final y he terminado siendo expulsado del programa!

—¡Oh, venga ya, que esto no es *Got Talent*! Y esa chica tenía toda la razón del mundo, te ha tumbado en la primera fase.

—¿Le habéis visto la cara? Seguro que era un orco... De esas que no se depilan ni el bigote ni el entrecejo, esas mujeres que creen que ser bella es como un maleficio en lugar de un privilegio.

—No nos ha dado tiempo a verle la cara —admitió mi hermano—, solo a admirar su elocuencia verbal que, por cierto, era digna de admirar.

—Pfff, elocuencia... A esa lo que le pasa es que le gusta fastidiar y seguro que tuvo algún desengaño. Lo típico, chica poco agraciada se fija en el chico popular y recibe calabazas. A partir de ese momento, todos los guapos son unos capullos y los feos, buenos tíos. Si me hubiera tenido en su clase, la tendría jadeando como a Brownie. —Mi hermano y mi amigo volvieron a reírse. Vale, quizá mi comentario era muy de sobrado, solo que era cierto. Me gustaba caer bien, independientemente del físico de la persona que tuviera delante, siempre intentaba encontrar las virtudes de todo el mundo y me encantaba que los demás se sintieran bien conmigo, hacerles sentir especiales—. ¿Qué? ¿No me creéis? —El mejor amigo de mi hermano puso los ojos en blanco—. Noah, cuéntale a Liam cómo se ponía Cri-cri cada vez que me veía en Madrid. —Le sugerí para borrarle la expresión al rubio. Mi hermano se puso serio de golpe.

—No metas a Cris en esto.

—¿Quién es esa? —preguntó Liam al ver la reacción que causaba en Noah. Tampoco era para tanto, no había contado nada que no fuera cierto. Preferí mantener silencio respecto a ella antes que meter la pata, con la morena había tenido suficiente.

—Que te lo cuente tu mejor amigo... Pensaba que ya te habría hablado de ella en alguna ocasión.

—Madura, Dylan, no es necesario hablar de los demás para admitir que la has jodido y que no

eres infalible —escupió Noah de mal humor.

—Hora de dejar el tema —anuncié, fingiendo cerrar mis labios con una cremallera. Cuando Noah decía mi nombre completo, era que estaba mosqueándose.

—Ahora no podéis dejarme con la intriga... —se quejó Liam, que era de lo más curioso.

—Suerte con las averiguaciones, Agatha Christie —bromeé.

—Lo que no podemos hacer es seguir perdiendo el tiempo en lugar de entrar en la empresa; si vosotros queréis llegar tarde por vuestras gilipolleces, yo no tengo intención alguna. Ahí os quedáis —gruñó Noah, zanjando el asunto.

—¡Ey, espera! —Liam tampoco quería que le llamaran la atención, así que lo siguió y yo fui tras ellos. Mr. Johnson giró el rostro para vocalizar: «¿Quién es esa chica?», me limité a encogerme de hombros y responder sin sonido: «pregúntaselo a él», no iba a ser yo el que le hablara a Liam de Cri-cri.

Fue una época jodida, un cúmulo de primeras veces para mi hermano que culminaron con el fallecimiento de nuestro padre, un varapalo que nos hundió devolviéndonos a Australia y sacó a Cris de la ecuación de los hermanos Miller.

Ni siquiera estaba seguro de por qué había pensado en ella, bueno, puede que sí, la respuesta de aquella rubia deslenguada me había recordado a cierta morena inteligente que conocimos en España, cuando éramos los hijos del embajador. Acababa de tener una eyección mental en toda regla.

No me mires así, he dicho eyección, no erección, esa también se había ido gracias a la rubia...

Las eyecciones ocurrían sin un motivo aparente, eran palabras, imágenes o melodías que se hacían conscientes de forma repentina e inesperada, como estrellas fugaces surgidas de la nada. Aunque no era así, estaba probado que se trataba de una especie de proyecciones asociativas a largo plazo. Algo activaba un recuerdo y nos hacía asociarlo con momentos, lugares o personas. Lo que me llevaba a la conclusión de que si a mí me había pasado...

¿Cuántas veces habría pensado Noah en Cri-cri?

Seguro que más de las que me había contado, y eso solo podía decir que, por mucho que hubieran pasado seis años, la tenía más presente de lo que le gustaría, porque cuando Noah callaba, significaba que le dolía.

Olvidé a Cristina Blanco en cuanto crucé la puerta principal y Genetech nos recibió, engalanada con sus tonos neutros y la luz natural filtrándose por toda la superficie acristalada.

Nos acercamos al mostrador principal para recoger las tarjetas de acceso, esas mismas que nos daban la bienvenida a nuestros flamantes puestos de trabajo. Ahora tocaba dejar al margen lo ocurrido de puertas para afuera y concentrarnos en el nuevo futuro.



Capítulo 2

Aplasticidio.



Dylan

Después de pasar por recursos humanos para firmar nuestros contratos, dejamos a Liam en su nuevo puesto de ayudante del departamento. Se le daban genial las relaciones sociales, además de que era muy empático, en dos días se sabría el nombre de media plantilla y en una semana hasta las enfermedades de sus hijos. Mi madre había hecho un gran fichaje con él, no iba a arrepentirse.

Me ofrecí para acompañar a Noah al despacho de adjunto al director financiero, total, me pillaba de paso de camino a los ascensores. Genetech estaba concebido en forma de octógono, algunos bromeaban diciendo que a mi madre el pentágono se le quedaba corto.

Había cuatro ascensores por planta, cada uno ubicado en un punto cardinal; en un extremo del

pasillo se veían puertas que solo se abrían si tu tarjeta gozaba del permiso oportuno, y al otro lado, una enorme cristalera que daba a un jardín interior abierto por completo y carente de techo.

En la planta baja disponíamos una cafetería para el uso del personal con salida al jardín.

Mi madre tenía un convenio con distintas universidades para recibir a los mejores estudiantes de medicina, biología y cualquier especialidad que pudiera sumar al proyecto. Lo creas o no, ser aceptado para hacer prácticas en el equipo de la doctora Miller era un privilegio al que pocos podían optar.

Mi progenitora era muy rigurosa y exigente, las instalaciones de la empresa mostraban el fiel reflejo de ello. Todo estaba pensado para trabajar con total comodidad y para ser de lo más eficientes; si había algo que se pudiera mejorar para la productividad de los empleados, cualquiera podía hacer sugerencias a su jefe de departamento para que lo transmitiera al equipo de Recursos Humanos, y ellos hablarían con mi madre sobre su viabilidad.

Llegamos a la puerta de acceso al departamento financiero.

Al director, Mr. Marshall, le quedaba año y medio para jubilarse, tiempo suficiente para que mi hermano se pusiera las pilas y asumiera un puesto que estaba hecho para él. Con lo metódico y listo que era, sería extraño que en dieciocho meses no supiera a qué destinaba mi madre cada dólar y cómo sacar mayor rentabilidad de las aportaciones de capital que recibía de los mecenas y las personas que creían en su proyecto. Todo el patrimonio privado de mamá estaba invertido en los laboratorios, aun así, se necesitaba mucho *cash* para llevar adelante sus investigaciones, y ahí entraba en juego Noah. Con su habilidad para la economía y las inversiones, la empresa crecería exponencialmente y lograríamos más beneficios.

Salvar vidas y prevenir enfermedades estaba genial, y que la compañía fuera económicamente viable, mejor todavía. A los inversores les gustaría recuperar su dinero y obtener beneficios por ellos, sin denostar la satisfacción personal de estar haciendo una aportación vital a la sociedad.

Lo miré orgulloso. A pesar de haber estudiado en universidades diferentes, nuestra unión siempre había sido muy fuerte y admiraba muchísimo a mi hermano. Lo quería por encima de todo y de todos. Me sentía un poco mal, porque sus relaciones sentimentales eran un desastre y creo que nunca llegó a superar lo que ocurrió con Cris, aunque a veces se acostara con esa amiga que compartía con Liam. Era tan reservado con su vida amorosa que en ocasiones me daban ganas de sacudirlo como a un sonajero para decirle que espabilara. El mundo femenino se perdía un gran hombre, y no tenían ni puñetera idea porque él no las dejaba que se le acercaran. Pensé que le debía una disculpa por lo de antes.

—Oye, Noah, siento haber nombrado a Cri-cri, pensaba que Liam estaría al corriente de la historia.

—No pasa nada. Nunca surgió el tema, así que no lo saqué. —Me abstuve de decirle que Liam no podía sacar el «tema», porque ni siquiera sabía de la existencia de la chica, pero eso habría sido hurgar en la herida, por lo tanto, era mejor no insistir.

—Sea como sea, quiero que sepas que siento si te he puesto en un compromiso. —Me ofreció una sonrisa calmada, debería haberse apellidado templanza.

—Todo está bien, Dy, de verdad.

—Me alegra oír eso. Este finde podríamos salir Liam, tú y yo para celebrar nuestra primera semana de curro y lo de tu nueva casa.

—Ya hablaremos de eso más tarde. Vete o mamá te meterá la bronca por llegar tarde.

—Mamá nunca me pega la bronca, ya lo sabes, sé cómo camelármela. Tendrías que aprender a hacerle ojitos... —Moví las pestañas exageradamente.

—Eso solo te funciona a ti.

—¿Qué puedo decir? Tengo un don con las mujeres.

—También decías tener un don cuando le entraste a la morena y mira...

—Eso fue culpa de la duendecilla rubia. En cuanto la encuentre, voy a darle una lección de vida que la recordará siempre.

—¿La increparás por haberte fastidiado el plan?

—*Nah*, le demostraré que soy capaz de hacerla caer. Algo me dice que trabaja en la empresa, o quizá sea una chica de las de prácticas.

—¿Y piensas que liarse con alguien de Genetech, para demostrarle tu grado de «irresistibilidad», es buena idea?

—No voy a liarme con ella, solo voy a hacerle ver que le hubiera gustado estar en el lugar de la morena y que por eso me fastidió.

—Pero ¡si ni siquiera te vio la cara! Estabas de espaldas a ella.

—Mi culo también es muy atractivo, las chicas lo adoran —dije, agarrándome una nalga—. Si quieres, te dejo comprobarlo.

—Quita, quita... Que ese cromo ya lo tengo en mi álbum.

—El mío está mejor.

—Todo lo tuyo siempre está mejor —protestó sin un ápice de ofensa en su voz. Sabía que bromeaba.

—Y te digo una cosa, si la rubia no me vio la cara, mucho mejor —me froté la barbilla—. Cuento con este pedazo de factor sorpresa. —Él negó con pesadumbre—. Ahora solo tengo que dar con la duendecilla y mostrarle que no ha visto mayor tesoro al final del arcoíris que este. —Di una vuelta sobre mí mismo.

—Me da a mí que esa chica no es muy de bisutería.

—Chaval, soy oro puro, y eso ya lo veremos. Suerte con Mr. Marshall. —Choqué el puño con él.

—Y a ti con la tirana.

Me largué encaminándome hacia el ascensor, tenía que bajar cuatro plantas para llegar al laboratorio de mi madre. Crujé los dedos y me ubiqué en el interior para pulsar el botón que me llevaría al lugar más especial del mundo, el único sitio donde se apostaba realmente por mejorar la vida de las personas.

El avance que supondría el proyecto «Godness» era un antes y un después en la cura de enfermedades genéticas, y yo quería, como mi madre, ser recordado por algo más que tener un físico envidiable.

Mi móvil sonó cuando me quedaba una sola planta, lo saqué para encontrarme con la llamada de Mindy, una azafata pelirroja de piernas largas que mantuve ancladas a mi cintura todo el fin de semana. Había hecho escala en Brisbane y quedamos en un piso que les cedía la compañía aérea a las auxiliares de vuelo.

—Buenos días, preciosa, ¿has llegado bien al aeropuerto? —Cuando me fui del piso para ir a surfear, todavía estaba desnuda en la cama con su preciosa piel moteada, bañada por millones de pecas.

—Pues sí, pero me han retrasado el vuelo, problemas técnicos en el despegue. Nos quedamos en Brisbane una noche más y había pensado en...

—Tú, yo y tu coño en mi boca —prorrumpí a la vez que las puertas se abrían en mi planta y yo salía con paso decidido—. *¡Fuck!* —aullé, tropezando con un bulto que ni siquiera había visto. De haber estado mirando mis zapatos en lugar de pensar en lo que quería saborear de postre, me habría dado cuenta de que alguien con la estatura de un *hobbit* estaba recogiendo algo

que se le había caído al suelo justo cuando yo salía.

No lo vi, o mejor dicho..., no la vi. La colisión fue inevitable. Ella, al igual que mi móvil, salió disparada hacia atrás impactando contra el suelo, y yo, en mi tropiezo, caí aplastándola con todo el peso del cuerpo. Noventa kilos de puro músculo apisonando a aquella forma amorfa.

Noté cómo se le vaciaban sus pulmones y el golpe seco de su cabeza contra el suelo. ¡Mierda, eso tenía que haber dolido!

El gritito femenino quedó ahogado bajo mi pecho. Menos mal que puse las manos en el suelo por instinto, si no, podría haber sido acusado de asesinato en primer grado por *aplasticidio*.

Empujé los músculos de los antebrazos como un resorte y la miré asustado por los daños que pudiera haberle causado.

—¡Hostia, joder, perdona, no te había visto! ¿Estás bien? —Debido a su estatura, tuve que hacer un esfuerzo para apuntar hacia la cara, y cuando lo hice, quien se quedó sin aliento fui yo.

Bajo unas gafas a las que se les había torcido la montura, estaba la cara más jodidamente bonita del planeta. Con unos inmensos ojos azules bordeados por pestañas rubias, largas y rizadas. Una nariz diminuta que se alzaba con insolencia, careciendo de largura suficiente como para aguantar aquellas lentes, y unos labios tan jugosos que parecían diseñados para albergar mi erección entre ellos..., quería decir, para besarlos hasta el fin de los tiempos. Y lo más sorprendente era que no llevaba un gramo de maquillaje porque no lo necesitaba. Ver para creer.

—¡Estás aplastándome! —gruñó, intentando recuperar el aire que yo había vaciado. Tenía que quitarme de encima.

—Sí, lo siento, yo estaba hablando por teléfono y...

—Tenías planes para cenar —concluyó por mí mientras yo me sentaba en el suelo para evaluar que no se hubiera roto nada. Se la veía tan frágil...

—¿Cómo?

—Te he oído —murmuró, apartando la mirada esquiva. En cuanto lo dijo, el rubor tomó sus mejillas y a mí se me antojó deliciosa. Ni siquiera me importaba Mindy, quien permanecía al otro lado de la línea diciendo: «¿Hola? ¿Dylan? ¿Estás ahí?».

—Estaba bromeando, no iba en serio —me excusé. Ella alzó las cejas, incrédula, para clavar los codos en el suelo y arrugar la cara en un gesto de dolor—. No te muevas, los golpes en la cabeza pueden ser muy malos.

—¿Lo dices por experiencia? —preguntó.

—Sí, mi hermano me tiró de la cuna nada más nacer, eso de compartir útero nueve meses y que le meara en la cara lo dejó algo resentido. —Ella me miró horrorizada. No vi ninguna señal que me indicara que se sintiera deslumbrada por mi apostura, es más, parecía no haber pillado la broma y no disimulaba con una de esas risitas falsas que me ofrecían la mayoría de mujeres para reírme las gracias. Intenté arreglarlo—. Es broma, soy Dylan y hoy es mi primer día. —Me puse en pie y le tendí la mano para ayudarla a levantarse. Ella agarró sus maltrechas gafas y de mala gana tomó la mía para incorporarse. Sentí tal calambrazo que tentado estuve de soltarla, me frené para no volver a tirarla contra el suelo, aunque me muriera de ganas de tenerla de nuevo bajo mi cuerpo.

Era más bajita que las chicas con las que solía salir, incluso a eso le veía su encanto. Tampoco ayudaba que fuera con unas bailarinas que no le aportaban ni un centímetro de más.

Se tambaleó un poco tocándose el punto de impacto. Me llegaba por debajo del pecho y yo estaba acostumbrado a salir con modelos y azafatas. Pensándolo bien, me gustaba que se viera tan manejable.

—Déjame ver —sugerí, colocándome detrás de ella para apartar la coleta.

—No es necesario, sé cuidarme sola y tengo prisa —respondió esquiva sin dejar que la rozara. Desprendió un suave aroma a flores que me recordó a la llegada de la primavera. Puede que por eso me sintiera un poco capullo.

Se agachó para recoger los papeles que debería haber cogido antes y que con mi caída habían quedado diseminados por el suelo.

Reconocería aquellos gráficos en cualquier parte. Eran resultados derivados de la secuenciación del análisis de ADN.

«Mmm, interesante... Así que *missojosbonitos* trabaja en el laboratorio...».

—Deja que te acompañe a la cafetería —sugerí, queriendo saber mucho más de ella.

—No iba a tomar un café, pero gracias por la invitación.

—Lo decía para pedir un poco de hielo y ponértelo en el golpe, no para pedirte una cita. —Su piel blanca se encendió avergonzada—. No me malinterpretes, me encantaría que quedáramos esta noche y así me aseguro de que no sufres daños colaterales por mi culpa. —Ella estrechó los ojos.

—Eres increíble.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta, tú tampoco estás nada mal. —Me froté la barbilla en un gesto de virilidad que no me fallaba nunca.

—Oh, madre mía... Ahórratelo.

—¿El qué? —No la entendía.

—Si ahora viene la parte de lo de «no eres guapa, sino lo siguiente», no hace falta que la repitas, ya tuve suficiente esta mañana. —El tropiezo debía haberme fundido algunas neuronas, ¿cómo no había caído? Bajita, rubia, con gafas, coleta... ¡Era ella! ¡Con la de partidas que le había ganado a Noah de pequeño al ¿Quién es quién?! ¡Qué oxidado estaba!

—¿Duendecilla? —inquirí, intentando corroborar lo que ya sabía. Ella puso los ojos en blanco al escuchar el apelativo y yo tuve que sonreír—. Madre mía, en las distancias cortas ganas. ¡No tienes bigote ni el entrecejo peludo! —La rubia parpadeó varias veces.

—Al final sí que me voy a tener que creer que tu hermano te tiró de la cuna. —Era guapa, lista y tenía un puntito de sarcasmo que me la ponía dura, aunque no sonriera, y me descubrí sintiendo la necesidad de que lo hiciera conmigo. Tenía que remontar si quería una oportunidad con ella.

—Esta mañana no hemos empezado con buen pie, creo que el universo está ofreciéndonos una segunda oportunidad para que te des cuenta de que no soy lo que crees. —Ella me contempló escéptica—. Nos lo debemos, Duendecilla, si el cosmos quiere que nos conozcamos, ¿quiénes somos nosotros para despreciarlo?

—¿Es en serio que empiezas hoy a trabajar aquí? ¿Qué eres? ¿El de mantenimiento? Porque dudo que la doctora Miller haya contratado a alguien como tú en el laboratorio.

—Te sorprenderías... —Empujé las comisuras de mis labios hacia arriba—. Puede que seamos más compatibles de lo que piensas.

—Lo dudo, solo ha hecho falta que te viera dos veces para comprender que tú y yo somos como la mecánica cuántica versus la clásica, dos conceptos antagónicos obligados a convivir en el mismo universo. —Trazó un círculo con las manos. ¡Dios, su reflexión acababa de ponérmela como una roca!

—Si te refieres a que los átomos individuales se comportan de acuerdo a ciertas leyes, pero que cuando se los reúne para componer una pelota, responden a otras totalmente incompatibles con las primeras, yo creo que tiene su lógica. —Vi un destello de sorpresa en sus ojos azules. «Eso es, nena, acabas de darte cuenta de que no soy un simple listillo».

—Veo que has hecho los deberes, muy bien, así será mucho más sencillo que comprendas que contigo no iría ni a la esquina. —¡Boom! ¿Eso era un desafío? Sí, olía a desafío y a mí me encantaban—. Tú y yo somos como el potasio y el uranio, completamente incompatibles.

—A la par que necesarios —anoté. Recogí el último de los papeles que se había quedado atascado bajo mi pie y se lo tendí. Ella limpió mi huella como pudo—. Por cierto, Duendecilla, lamento decirte que en relación a las teorías de mecánica cuántica y clásica se está estudiando la manera de que sean compatibles...

—Pues hasta que lo sean... —Hizo el amago de deshacerse de mí. No iba a ponérselo tan fácil.

—Espera, creo que eres una chica inteligente y me gustaría hacerte una proposición. ¿Qué te parece si te ofrezco la posibilidad de darle un revés a la ciencia y que encontremos esa compatibilidad antes que ellos?

—¿Estás proponiéndome un proyecto?

—Podríamos llamarlo así, vamos a experimentar con nosotros mismos. ¿Salimos? — Duendecilla, que no tenía un pelo de tonta, chasqueó la lengua al darse cuenta de lo que pretendía.

—Estoy demasiado ocupada como para ir desmontando teorías con un novato. Suerte en tu primer día, vas a necesitarla con la doctora. —Sacudió los papeles frente a mi cara y se dirigió al ascensor para pulsar el botón de llamada.

—¿Eso es un no?

—¿A ti que te parece? —Me dedicó una última mirada para concentrarse en la apertura de la puerta.

—Una verdadera lástima —murmuré sin lograr que se diera la vuelta por última vez—. Hoy me apetecía hacer historia contigo y te garantizo que la habríamos hecho.

Creció dos palmos al oír mi reflexión, estiró tanto la espalda que casi la vi rozar el techo con la cabeza. Por segunda vez en esa mañana, vi su cuerpo siendo engullido por un par de puertas, y me hubiera encantado ser ellas.

Pasé la tarjeta de acceso y mi sonrisa se amplió en cuanto vi el refugio futurista de mi madre.

Los trabajadores y becarios estaban en sus puestos, ataviados con la típica bata de laboratorio de color blanco, guantes de nitrilo y gafas protectoras.

Ella caminaba arriba y abajo, dando órdenes con la precisión de un general en medio de una guerra, con la mirada puesta en cada acción y con la minuciosidad de un neurocirujano en plena operación.

—Buenos días —saludé con una sonrisa que hizo levantar más de una mirada. Mi madre oteó el reloj de pulsera que le regalé para su último cumpleaños, se recolocó las gafas, que el oculista le había aconsejado para mitigar los dolores de cabeza derivados de la presbicia, y alzó una ceja, en un arco perfecto, que pretendía reñirme por no estar a tiempo en mi puesto.

—Tres minutos tarde —masculló.

—Tuve un incidente al salir del ascensor, ayudé a una pobre chica que perdió los papeles al verme. —Mi madre, que ya estaba habituada al humor que me gustaba, se limitó a girar la cara hacia la bonita morena que había dejado su trabajo para contemplarme. Debía rondar los veintidós y lucía una lustrosa melena castaña que le envolvía el rostro en una cortina sedosa.

—¿Ya está el cultivo celular? —le preguntó mi progenitora a la chica, que se puso seria de inmediato.

—Solo me falta ajustar la concentración al nivel que corresponde.

—Pues hazlo y procura no equivocarte, la precisión es básica para un proyecto como este —la

reprendió.

—Sí, doctora Miller —asintió, agachando la cabeza para regresar a su tarea.

Mi madre recorrió la distancia que nos separaba con su andar seguro y altanero.

Siempre había admirado su capacidad de sacar adelante cualquier tarea, por difícil que pudiera parecer, tenía una tenacidad implacable. El modo en que se enfrentaba a los obstáculos como si fueran auténticos retos me fascinaba. Lástima que no pudiera decir lo mismo a nivel personal.

Admiraba a la mujer y sentía lástima por la madre, tan plena laboralmente y vacía en casa.

—Que mi hijo llegue tarde su primer día no es algo positivo. Tienes que cuidar tu imagen tanto por fuera como por dentro.

—Si preguntas en recursos humanos, te darás cuenta de que he llegado a la empresa mucho antes de mi horario, ya te he dicho que he sufrido un altercado.

—Excusas, hace tres minutos que deberías haber estado aquí, con la bata puesta para recibir mi primera orden. En lugar de eso, he tenido que enviar a Winni al archivo y hacerla responsable de una faena que no es la suya. Ahora mismo debe estar introduciendo los datos de las muestras en el ordenador central y, como ya sabes, esa es una de tus tareas. —Discutir con ella era lo que menos me apetecía, preferí excusarme.

—Lo siento. No volverá a ocurrir, ¿quieres que vaya al archivo y me ponga al tajo?

—Estaría bien, sé que con seguridad te harás con el programa nuevo en un visto y no visto, pero... Pídele a Winni que te ponga al corriente de su funcionamiento, todos los empleados recibimos un curso de formación para poder manejarlo, así te harás con él más rápido.

—Está bien, ¿algo más?

—Sí, antes de irte, deja que te presente al resto del equipo. —Se aclaró la voz y pidió a los trabajadores que le prestaran atención—. Dejad lo que estáis haciendo y atendedme un minuto. —Los rostros de aquellos hombres y mujeres se centraron en nosotros—. Él es Dylan Miller, nuestro nuevo biotecnólogo y, como ya habréis deducido por su apellido, también es mi hijo. Si alguien piensa que está aquí por ser quién es, está en lo cierto. Ha sido el mejor de su promoción, se ha licenciado con matrícula de honor en la Universidad de Queensland y me alegra enormemente que haya aceptado formar parte de este proyecto. Bienvenido a mi equipo, Dylan.

Con aquellas simples y meditadas palabras, estaba diciéndoles a todos que si estaba ahí, era por méritos propios, no por ser su retoño enchufado. Sabía que no bastaba con eso, que debería demostrar mis capacidades y ganarme la confianza de los allí presentes, cosa que no me preocupaba lo más mínimo, pues era un hacha en eso.

—Gracias, doctora Miller. —Tanto Noah como yo acordamos con ella que en el trabajo la llamaríamos por su cargo—. Espero que, como ha dicho, pueda aportar mis conocimientos y crecer con este maravilloso equipo. Sé que aprenderé de vosotros, absorberé lo que podáis enseñarme y os prometo volcar mi esfuerzo para llevar el proyecto «Godness» a lo más alto. Os pediría que tengáis un poco de paciencia conmigo respecto a vuestros nombres, es algo que siempre se me ha resistido y tiendo a poner apodosos porque soy un pelín desastre; si no os gusta, bastará con que me lo repitáis hasta que se me quede. —La morera pellizcó su labio inferior con los dientes, a esa podía llamarla como quisiera, sobre todo, si la tenía gimiendo sobre mis piernas. Al resto, ya me los iría ganando, no había prisa.

—En las batas están los nombres de pila de cada uno, excepto en la mía, porque todos saben cómo me llamo —expresó mi madre, enseñándome el nuevo uniforme.

—Es verdad, aquí está el mío. —La morena se alzó para señalar el lugar exacto donde aparecía el suyo, encima de un precioso y generoso escote.

—Muchas gracias, Lisa —respondí, fijándome en las letras ubicadas sobre la empinada colina. Ella me ofreció una sonrisa sugerente.

—Ya ha pasado el minuto, volved a lo que estabais haciendo, y, tú —apuntó hacia un perchero donde colgaba una pieza de ropa—, coge tu bata y sube al archivo, la había dejado preparada para cuando llegaras.

—Eres la personificación de la eficiencia, deberías ser presidenta en lugar de científica. —Le guiñé un ojo—. Gracias, mami —susurré para que nadie nos oyera—. Me pongo a ello de inmediato.

Fui a por la bata y directo al archivo, a ver qué iba a enseñarme Winni, el Osito. ¿Sería un diminutivo de Winefrido o una apuesta perdida? Me reí mentalmente ante la ocurrencia. En nada lo averiguaría.

Llegué a la segunda planta, donde estaba el archivo, allí se guardaban todas las muestras de ADN desde que Genetech abrió sus puertas. Ocupaba una zona muy extensa, que se había ido ampliando a lo largo de los años, por lo que había pasado por varias reformas. Estaba plagada de neveras y congeladores que no podían sufrir oscilaciones de temperatura. Si había un corte de luz, se encendían unos generadores de emergencia para salvaguardarlas.

En mitad de la estancia se encontraba un amplio escritorio central y varios ordenadores. Por lo menos había cuatro estaciones de trabajo donde se introducían los parámetros de las muestras secuenciadas.

Agudicé el oído, me pareció escuchar una voz femenina hablando con alguien. ¿Tendría Winni un escaqueo con alguna trabajadora? ¡Con lo que a mí me gustaba el salseo! Aunque no lo pareciera, era muy fan de las comedias románticas, solo que las veía a escondidas, mi hermano y mis amigos nunca lo comprenderían.

—No, lo siento, no puedo, ya se lo he dicho. Necesito más tiempo, no está siendo fácil... —Silencio. La otra persona no se oía, o Winni era mudo, o la mujer estaba hablando por teléfono... Un momento, ¿y si Winni era una mujer? Mi madre no había dicho que fuera un tío, eso lo había deducido yo solito... Interesante. Silencié mis pasos al máximo, lo de escuchar detrás de las neveras no estaba bien visto, pero... A mí me molaba un huevo, los secretos eran el arma más poderosa del mundo—. No puedo seguir hablando ahora, tengo que colgar... —Vale, por lo poco que había escuchado, mi intuición decía que acababa de romper con su novio, puede que se hubieran dado un tiempo y este le insistía para quedar—. Sí, vale, está bien, esta noche le llamo. En serio, tengo que colgar, a la doctora Miller no le gustan los atrasos, y llevo cinco minutos hablando contigo. Sí, está bien, le prometo que no me olvidaré y que lo haré, aunque sea tarde. Hasta luego. —La chica resopló, señal inequívoca de que se sentía agobiada. Era muy bueno en el lenguaje no verbal.

Me apoyé en el lateral de la nevera en la que me había ocultado y crucé un pie sobre el otro con aire desenfadado, poniendo una mano en el bolsillo del vaquero. Pasé mi escáner por la espalda de la figura femenina encontrando en ella todas las coincidencias posibles. «Vaya, vaya, vaya, así que la duendecilla se llama Winni y alguien le ruega sus atenciones cuando debería estar trabajando...». No era de extrañar, era un bocado demasiado apetecible como para dejarlo ir demasiado rápido. Solo de imaginarla tan pequeña y desnuda ya me empalmaba. Mejor que cambiara de pensamiento.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunté, haciendo que se sobresaltara. Dio un graznido atragantado, lo que me hizo pensar en una gaviota que una vez me robó el bocado.

Duendecilla acababa de guardar el móvil en el bolsillo lateral de la bata y estaba acomodándose la montura medio rota de las gafas para regresar a la silla. Me miró llevándose

una mano al pecho, igual que si hubiera visto una aparición.

—¡Tú! —bramó acusatoriamente—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? ¿Me has seguido? —cuestionó, mirando de lado a lado, buscando a alguien que pudiera echarle una mano. Un poco paranoica sí que era la muchacha; si le había dicho que hoy empezaba a currar, lo más lógico era que nos cruzáramos en algún punto.

—Puedo responder a todas esas preguntas si dejas de mirarme como si fuera un asesino en serie, «osita Winni», —dije lo de osita porque recordé que a Cri-cri le chiflaba Piglet, el amigo de Winnie the Pooh; ya estaba asociando cosas otra vez.

Había remarcado el nombre para que supiera que había averiguado cómo se llamaba.

—No soy ninguna osita, ni tampoco una duendecilla, solo soy Winni, a secas.

—Un poco seca sí que eres. No veo a tus padres poniéndote ese nombre en honor al afamado osito amante de la miel.

—No seas ridículo, me llamo Winnifreda, de ahí que me llamen Winni. —Solté una carcajada incontenible y ella frunció el ceño.

—Perdona, es un nombre muy grande para una mujer tan pequeña.

—Al parecer, eso sí que lo tenemos en común, tienes una cabeza muy grande para un cerebro tan pequeño. —Su reflexión me hizo sonreír; decididamente, esa chica me gustaba. Las cañeras eran mis predilectas y, aun así, tenía un aire de tímida inteligente que me ponía muy bruto.

—¿Ya no quieres saber quién soy o qué hago aquí? —Volvió a mirar nerviosa alrededor—. Estoy solo, no hace falta que mires más, si hubiera querido acabar con tu vida, me habría bastado con no levantarme cuando tropecé contigo. ¿Comes bien? Estás muy delgada.

—Mira, no tengo tiempo ni ganas de seguir con tus apreciaciones sobre mi persona o mi alimentación. Tengo que seguir trabajando y no estoy para distracciones inoportunas, así que haz lo que hayas venido a hacer, que yo tengo mucho trabajo. —Tenía que aflojar si quería ganármela, mi humor no parecía funcionar.

—Antes ya te dije mi nombre, ¿recuerdas? Soy Dylan, el nuevo biotecnólogo, y hoy es mi primer día; al parecer, somos compañeros de trabajo, vengo a aligerarte la carga. —La noticia no pareció sentarle demasiado bien.

—Así que tú eres el que ha llegado tarde y por eso estoy haciendo tu trabajo en lugar del mío... ¡Genial!

—No llegaba tarde, tú me hiciste caer.

—¡Ah! Ahora va a resultar que yo tuve la culpa de que me convirtieras en tu improvisado felpudo... Disculpa por no lanzarme al suelo en cuanto intuí que saldrías por esas puertas.

—Disculpa aceptada —respondí, ganándome que arrugara su naricilla impetuosa—. Si no hubiéramos tropezado, habría llegado a mi hora.

—Si conocieras a la doctora Miller, sabrías que tu hora es sinónimo de estar en tu puesto y con la bata colocada cinco minutos antes de lo que marca tu jornada laboral, harías bien en recordarlo la próxima vez.

—Parece que conoces muy bien a la doctora... —Se encogió de hombros—. ¿Algún consejo que puedas darme para remontar con ella? —Como Winni no había estado en mi presentación, se había perdido la parte de que era el hijo de la jefa.

—Pues viendo tu conducta, te diría que volvieras en otra vida. —No estallé a carcajadas de casualidad. Era incisiva, me gustaba—. La doctora Miller es una profesional como pocas, por lo que no tolera a los graciosos, a los que llegan tarde, ni a los que pierden el tiempo flirteando en lugar de estar en su puesto de trabajo.

—¿Estás intentando decirme que antes estaba tonteando contigo? —Ella resopló. Aquellas

gafas torcidas sobre el diminuto puente me daban ganas de sacárselas para tratar de enderezarlas.

—Lo que intentaba era darte tres nociones muy básicas para que no te entierres más en el lodo y que tengas una oportunidad de seguir trabajando aquí mañana por la mañana. Si de todo lo que te he dicho solo has sido capaz de quedarte con eso, allá tú.

—¿Siempre estás tan a la defensiva?

—¿Y tú desayunas payasos? —Juro que intenté evitar sonreír, pero fui incapaz—. Eres exasperante. Normalmente, ni siquiera hablo, pero contigo me afloran todos los demonios —resopló.

—A lo mejor no habías dado con el diablo adecuado. Hagamos un trato; yo intento no hacerte ninguna gracia más que te haga desear verme arder en el infierno y, a cambio, tú cumples la orden de tu querida gran diosa Miller.

—¿Qué orden?

—Me ha enviado ella para que me pongas al día y me enseñes cómo funciona el programa.

—¿Es una broma?

—*Nop*.

—Estupendo, esto era lo que me faltaba para empezar bien la mañana. —Tuve ganas de decirle que yo no podría haberla comenzado mejor que con su cuerpo bajo el mío, pero me abstuve, no iba a forzar más la máquina.

Tenía un plan simple y efectivo, pasar todo el tiempo que pudiera con Winni para conocerla mejor y entender cómo comunicarme con ella. Si quieres ser empático, lo primero que debes hacer es entender a tu interlocutor, ser asertivo y descubrir su canal de comunicación para emitir en la misma frecuencia.

En primer lugar, me haría el tonto. No en exceso, un término medio, me interesaría mucho por lo que me explicaba, pero que tenía ciertas dificultades para quedarme con algunos conceptos, eso me haría ganar minutos con la duendecilla gruñona.

Pasamos una hora juntos, en la cual memoricé su sutil aroma a flores, era como si la primavera me estallara en la nariz cada vez que tomaba un poco de aire. Era una chica paciente a la hora de enseñar, sus manos eran bonitas y carentes de artificios, nada de uñas pintadas de rojo o una largura excesiva que te hiciera plantear que nunca le permitirías que te metiera un dedo por el pozo ciego. Las suyas se veían cuidadas, de corte cuadrado y con un esmalte que les aportaba brillo, nada más. No llevaba anillo, solo un par de pulseras de cuero, una de las cuales parecía muy vieja.

Tres veces me perdí cuando asomó la punta de la lengua para hidratarse los labios. Había hablado tanto que debía tener la boca seca, me hubiera encantado humedecérsela palmo a palmo. Oyéndola hablar, se intuía que era de esas personas que solo hablaban si lo creían necesario, era más de escuchar, aunque se le daba genial dar explicaciones, como si hubiera hecho de profe particular o tuviera hermanos pequeños.

Podría haber estado horas ahí, sentado, perdido en esos dejes característicos de algún país europeo. No quise ahondar más en su vida privada porque sabía que se incomodaría y no me importaba ir descubriéndola lentamente. Era uno de esos regalos que recibes de forma inesperada, y que cuando piensas que ya lo has desenvuelto, te das cuenta de que dentro había otra caja, y así sucesivamente.

Después de que me dijera que no estaba haciéndolo bien por tercera vez, que tenía que fijarme más, me puse en pie y me coloqué detrás de ella, con mi mejilla casi rozando la suya. Atrapado en el calor que emergía de su cuerpo, pero sin tocarla.

—¿Qué haces?

—¿No me has dicho que tenía que fijarme más? Estaba buscando un ángulo mejor, y si me pongo aquí, casi puedo verlo de la misma manera que tú. —La noté contener el aliento, casi podía oír la velocidad a la que circulaba su sangre, su aroma en aquel punto era mucho más intenso. Apreté los dientes para no sucumbir a la tentación de pasar la nariz por su cuello y perderme en aquel jardín al que no había sido invitado.

—¡Basta! —protestó nerviosa, quería salir de la prisión en la que la había encerrado. Tenía el escritorio delante y mi cuerpo pegado a la silla, estaba atrapada.

—¿Basta? —Me hice el sueco.

—Eso he dicho. Lo que no hayas aprendido ya, tendrá que explicártelo otro, me estás atrasando mucho con el trabajo que tenía que hacer hoy y eso implica que terminaré tarde. ¿Puedes apartarte para que pueda salir, por favor?

Estaba visiblemente alterada, y decidí darle algo de espacio y le hice caso. Apoyé mi trasero sobre la mesa, quedando de cara a ella y viéndola incorporarse.

—Si te preocupa salir tarde porque has quedado con tu novio..., puedo ayudarte con tus tareas. Hoy por ti, mañana por mí.

—No necesito tu ayuda, solo me retrasarías. —Recogió los papeles con los que habíamos estado trabajando y los dejó amontonados y perfectamente alineados. Una chica limpia, resuelta, discreta y ordenada—. Espero que puedas terminar el trabajo tú solo.

—Lo intentaré, aunque seguro que tardo un poco hasta hacerme con el programa. Gracias igualmente por las clases particulares, te debo una, Duendecilla.

—No me debes nada, era una orden y la he cumplido. Y haz el favor de no llamarme así, tengo un nombre, úsalo. —Las gafas se le descolgaron y yo las pillé al vuelo. Tenían una pata torcida y sus orejas también eran ridículamente pequeñas. Debería usar lentillas. Se las tendí—. Menudo fastidio, tendré que ir a la óptica para que me las ajusten.

—Si quieres, puedo acompañarte y pagarte la factura, al fin y al cabo, que estén así es culpa mía. —Las tomó de mi mano y, al rozarse nuestros dedos, aquella descarga eléctrica volvió a sacudirme de arriba abajo.

—Auch —protestó—. ¡Estás cargado de energía estática! —En otro momento le hubiera dicho que si estaba ofreciéndose a descargarme. Con los pocos avances que habíamos hecho, me tocaba tirar de ingenio.

—O puede que seas tú quien estés cargada de energía negativa, ya sabes que eso ocurre cuando una persona está llena de electrones negativos...

—Claro, y tengo que ser yo la del nubarrón en la cabeza.

—Por lo menos eres la que más gruñes, podrías probar a sonreír, seguro que te sienta de maravilla. ¿Qué?, ¿vamos juntos a la óptica? Te acompaño cuando acabe nuestro turno. —Estiró los labios en una mueca de disgusto.

—No te confundas, solo te he enseñado cómo funciona un programa, estoy aquí para trabajar y aprender de la mejor, no para flirtear. Pierdes el tiempo conmigo.

—Mujer, solo quería pagarte la montura nueva.

—Yo me ocupo de mis propios gastos. Harías bien en ponerte ya con el trabajo, a la doctora Miller no le gustan las demoras.

—Es mi primer día, no creo que pase nada si gasto algo más de tiempo.

—Con esa actitud, no llegarás a ninguna parte. Que te sea leve la mañana, al ritmo que vas, no te doy aquí ni una semana.

—Gracias por el ánimo.

—Soy realista, y en vista de lo que te cuesta meter una simple base de datos, te diría que

fueras echando el currículum en la cafetería, tienes más aptitudes de camarero que de biotecnólogo. ¿Estás seguro de que has acabado la carrera?

—Tuve suerte.

—Pues aquí la vas a necesitar a raudales. Que te vaya bien el día.

—Igualmente —me despedí.

Duendecilla puso sus manos en el interior de los bolsillos de la bata para sacar de ella la tarjeta y poder salir del archivo. Me quedé admirando su espalda mientras desaparecía, Winni iba a ser un maravilloso reto.



Capítulo 3

Yonki emocional.



Dylan, en la actualidad.

Estreché la mano del hombre que era el jefe de Recursos Humanos de la empresa. Por suerte, en Alemania el inglés se estudiaba como segunda lengua, resultaba muy extraño que un alemán no tuviera ni idea del idioma.

La entrevista fue mucho mejor de lo que intuí. Mr. Becker era un profesional del sector, sabía cuándo tenía delante un buen fichaje, y yo me consideraba el Ronaldo de los biotecnólogos. Me aficioné al fútbol en mis veranos en Madrid.

Mr. Becker no movió un solo músculo al leer mi currículum, dudé sobre si lo había visto pestañear o no. Permanecía con los codos clavados en la mesa de madera oscura, con el ceño fruncido y la mirada puesta en cada una de mis aptitudes. Cuando terminó de leerlo, lo encuadró

entre sus inmensas manos y me preguntó:

—Tengo dos cuestiones. ¿Por qué quiere trabajar con nosotros? ¿Y por qué cree que deberíamos contratarlo?

Era un hombre de rictus serio, tendría unos cincuenta y tantos, alto, enfundado en un traje azul marino que emanaba tanta profesionalidad como él y una mirada tan rotunda que parecía poder sacarte la verdad sin necesidad de clavarte alfileres entre las uñas.

Muy bien, esas me las sabía, Liam nos contaba las respuestas más absurdas que solían contestar los candidatos y nos aleccionó sobre cómo preparar una entrevista para salir con el puesto.

Apunté la mirada del mismo modo en que haría un francotirador con su objetivo, directa a las pupilas del jefe de Recursos Humanos, dispuesto a hacerme con la pieza.

—Quiero trabajar en Boehringer porque la visión y valores de su empresa coinciden con los míos. Es uno de los mejores laboratorios de Alemania, con la tecnología más puntera y se dedican a mi gran pasión, que es el sector de la investigación. Ustedes no esperan a que el futuro les alcance, son el futuro, aportan valor a través de la innovación y de la creencia de que todos somos esenciales.

—Veo que trae los deberes hechos y la lección aprendida. —Mr. Becker no era un hombre tonto, que se arrugara o al que tuviera que subestimar.

—Uno tiene que ir a la universidad a ampliar conceptos y llevar de casa la lección aprendida, solo así se logra la excelencia.

—Me gusta su forma de pensar, eso dice mucho de usted, pero... —Su mirada se hizo mucho más profunda, buscaba hurgar en aquel poro que apenas se veía y que él era capaz de vislumbrar gracias a su dilatada experiencia—. Ahora dígame la verdad, ¿por qué nosotros? —Aquel hombre estaba demasiado ducho en la materia como para tomarle el pelo, de una encrucijada así solo se salía con la verdad auestas, por lo que le di lo que buscaba.

—Por una mujer. —Fue la primera vez que parpadeó.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujer. Vine a Darmstadt persiguiendo a una, ella fue quien me trajo hasta aquí, así que el motivo de querer trabajar en su empresa es por amor. Amor a la ciencia y amor a una mujer. —Las comisuras de sus labios se alzaron imperceptiblemente.

—Dicen que el amor y la fe son los únicos sentimientos capaces de obrar milagros.

—Además de hacer que dejes atrás una vida para cruzar hasta la otra punta del mundo, porque sabes que si no lo haces, nunca podrías perdonártelo. —Me había fijado en su anillo de casado, en el marco de fotos de plata reluciente en el que aparecía una mujer y los que supuse que eran sus tres hijos. Se notaba que Mr. Becker creía en la familia, el amor y sus valores—. ¿Puedo? —Le pregunté antes de tomarlo entre las manos, para observarlo detenidamente—. Una familia preciosa, se nota que ha hecho un gran trabajo, ojalá algún día yo pueda lucir con orgullo uno como ese sobre mi mesa. —Lo devolví a su lugar y él asintió complacido.

—No pongo en duda que lo logre. Volviendo a la entrevista... ¿Qué va a aportarnos su contratación, señor Talbot?

Había cambiado de identidad, Brau me echó una mano para conseguirme una vida nueva, una tan falsa como la de Winni; al pensar en ello, arrugué los dedos de los pies.

Ahora llevaba barba, como Noah, la había teñido junto a mi pelo de negro, usaba lentillas oscuras, además de unas gafas de pasta color azabache, que me daban un aire de intelectual bohemio, por supuesto, con un cristal que solo servía para proteger mis ojos de la radiación del PC.

Volví a buscar su mirada, era importante hablar a los ojos del entrevistador, mostrar templanza y seguridad en uno mismo.

—Voy a ser uno de sus mejores activos. Le contaré mis virtudes, porque dudo que le interesen mis defectos, así que le diré que soy un trabajador infatigable, me gusta el trabajo en equipo, soy un apasionado de lo que hago hasta rayar lo obsesivo y le aseguro que, si me dan la oportunidad, no pienso decepcionarles.

—¿Por qué no?

—Porque sería un loco con el sueldo que pagan, más los incentivos. —La boca de Mr. Becker me ofreció una sonrisa sincera.

El teléfono sonó, me dijo que tenía que contestar, que se trataba de algo importante y me pidió un minuto. Era la segunda vez que había parpadeado al ver el número de la pantalla. Eso mostraba que la llamada lo ponía en guardia, quizá fuera el director ejecutivo.

Solía fijarme mucho en ese tipo de cosas, los gestos de una persona revelaban mucho más que las palabras.

Mr. Becker escuchaba más de lo que hablaba, decididamente, era alguien importante. Me entretuve observando la extensa biblioteca repleta de títulos de grandes pensadores, mientras oía una conversación corta salpimentada con monosílabos. Winni me había enseñado algunas palabras en su lengua, las típicas: hola, adiós, gracias, de nada, te quiero y me encanta follar contigo... Eso no se lo iba a decir al Mr. Becker, hubiera sido bastante raro.

Si hubiese podido escuchar a través de la línea de teléfono, habría oído la voz grave que estaba al otro lado, advirtiéndole a Mr. Becker que no hacía falta que siguiera con la entrevista, que me quería dentro y que ya podía concluir con las preguntas.

No me di cuenta de que, en uno de esos libros que tanto admiraba, había un minúsculo agujero en el lomo que ocultaba una cámara.

Todo lo que había dicho, cada movimiento, cada gesto, estaba siendo monitoreado, trasladado a las pantallas de seguridad y visto por la persona que permanecía detrás de la empresa y cuya identidad desconocía.

Cuando Mr. Becker colgó, emitió una palabra de disculpa por la interrupción, cogió el currículum y lo colocó en una bandeja.

—Bienvenido a Boehringerbayer —prorrumpió, tendiéndome la mano. Así, sin más, y no iba a ser yo quien le pusiera pegasa a su bienvenida.

Llevaba una semana estudiando la empresa, preguntando aquí y allá si era difícil entrar a trabajar en los laboratorios. Me contaron que tenían una bolsa de trabajo permanentemente abierta, que se trataba de una empresa en expansión y que no solían rechazar activos importantes. Como le dije a Mr. Becker, había hecho bien los deberes.

—Muchas gracias, ¿cuándo empiezo? —pregunté, respondiendo al apretón.

—Si le parece bien, mañana. Comenzará con una formación que durará alrededor de una semana. Los jefes de unidad harán que pase por distintos departamentos para que comprenda nuestra filosofía de empresa desde dentro. Nos gusta que los trabajadores sepan qué esperamos de ellos desde el primer minuto con total transparencia. Al finalizar la semana, le asignaremos un equipo de trabajo y un proyecto, tenemos varios abiertos.

—Me parece muy coherente y le agradezco la confianza.

—Empezará con un periodo de prueba de treinta días; si lo pasa, le haremos un contrato por seis meses. Su jornada laboral dará comienzo a las siete de la mañana hasta las tres de la tarde. Tenemos un comedor para los trabajadores, las dietas están incluidas y la comida que servimos es orgánica y de kilómetro cero. Creemos en la importancia de fomentar la economía local de los

productores cercanos.

—Es muy loable ayudar a la comunidad.

—En las instalaciones dispone de un gimnasio para empleados, podrá practicar deporte antes de su turno o al finalizarlo, solo debe informar al encargado del horario que escoge. Cuidar de la salud de nuestro personal es primordial.

—Y va en consonancia con una buena filosofía de empresa; si los trabajadores están sanos y contentos, son más productivos. Además, así se aseguran de reducir bajas, el deporte y la alimentación son la mejor medicina preventiva.

—Correcto, me gusta que su línea de pensamiento sea tan parecida a la nuestra.

—Ya le dije que iba a ser un buen activo.

—Los datos sobre su domicilio, los que aparecen en el currículum, ¿son los correctos? —Lo eran, pero no con exactitud, les había dado el número de piso de mi vecino de abajo por si acaso. Las empresas no solían enviar cartas a casa.

—Sí —confirmé rotundo—. Me mudé hace una semana.

—Perfecto. Imagino que tendrá un número de cuenta, déjeselo a mi secretaria, si no lo lleva encima... —Saqué el móvil.

—Banca *online*.

—Un hombre sobradamente preparado, eso es bueno—. Se levantó de su silla, yo hice lo mismo—. Eso es todo.

—Gracias por la oportunidad, Mr. Becker, no se arrepentirá.

—No lo dudo. —Me acompañó hasta la puerta y le pidió a la secretaria que tomara nota del número de cuenta que iba a darle. Después la cerró y, a través del cristal ahumado, vi cómo regresaba a la mesa. Los jefes de Recursos Humanos siempre solían estar muy ocupados.

Agna me ofreció su particular bienvenida acariciándose el escote. No se me había pasado por alto que uno de los botones se había desabrochado en el rato que estuve en el despacho.

Era guapa, debía rondar los veintisiete. Y, como todas las alemanas, tenía el pelo rubio, además de la piel blanca y los ojos claros. Flirteé un poco, tener en el bolsillo a la secretaria del jefe de Recursos Humanos podía ser un buen punto a mi favor. Ella correspondió a mis atenciones aleteando sus pestañas y lanzando risitas a cada cumplido que le lanzaba. Se suponía que había venido por amor, así que tampoco podía ser demasiado desprendido en mis halagos.

—Entonces, ¿eres nuevo en la ciudad?

—Sí, soy de Nueva Zelanda, ya sabes, en el culo del mundo —concreté, apoyando media nalga en la mesa.

—Ummm, qué interesante, tienes pinta de deportista. Seguro que jugabas al rugby y hacías ese baile tan *sexy* donde esos hombres cubiertos de tatuajes gruñen y rugen a lo Momoa.

—Sí, bueno, Aquaman puso el listón muy alto. Él y yo no tenemos mucho que ver.

—Yo creo que os dais un aire. —«A esa chica le hacían falta unas gafas con urgencia»—. Quizá tú estás algo más delgado, pero eres muy guapo y se te ve muy bien.

—Gracias por el halago.

—Tal vez, algún día, podrías hacerme el baile de la victoria —coqueteó, llevando su cuerpo un poco más cerca del mío para ofrecerme unas espléndidas vistas.

—Tendrás que esperar, como mínimo, a que pase el periodo de prueba; si lo hago, te bailo hasta el Schuhplattler. —Era el baile típico tirolés, lo sabía porque en mi época universitaria organizábamos torneos de Scattergories y esa era una de las preguntas que la mayoría fallaba. Ella emitió una risita nerviosa.

—Ya verás como sí, es muy extraño que alguien salga de una primera entrevista con el

puesto, así que mi jefe debe haber visto algo en ti, y no me extraña, yo también lo veo. —Bajó la mirada hasta mi trasero con apetito. Aquellos vaqueros me hacían un buen culo.

El teléfono de Agna sonó y ella carraspeó con pesar.

—Disculpa, tengo que contestar.

—No pasa nada, te aburrirás de verme la cara hasta que se den cuenta de que conmigo se han equivocado, que les he mentado, que soy Momoa infiltrándome para aprender un nuevo papel, y me echen. —La rubia me ofreció otra risita nerviosa—. Mañana paso por aquí para darte los buenos días y así firmar el contrato. —Su sonrisa se amplió cuando le guiñó el ojo.

—Estaré esperándote. Hasta mañana, Marc. —Saboreó mi nombre descolgando el teléfono, y yo le ofrecí otra caída de ojos.

Salí del departamento recuperando el rictus serio que se había apoderado de mi rostro en los últimos tiempos.

El exterior de los laboratorios te hacía intuir cómo sería la decoración interior. Eran muy distintos a Genetech, cuya fachada de cristal se fusionaba con el entorno.

Los Boehringer se veían más rústicos, la madera estaba presente en el suelo, otorgándole una calidez especial. También tenía algunos techos formando vigas decorativas de lo más elaboradas. Si aspirabas con fuerza, lograbas captar aquel peculiar aroma a pino. El mobiliario iba en sintonía con la tradición alemana, con elementos tallados en madera natural. Tenía muchas ganas de ver los laboratorios; según su web, contaban con tecnología punta europea, estaría bien echar un vistazo.

Salí al exterior y ajusté mi cazadora de cuero negra. Estábamos en octubre y el cielo se vislumbraba tan plomizo como mi humor, casi siempre estaba nublado en aquella ciudad, el sesenta por ciento del tiempo era de color gris, y el otro cuarenta se lo pasaba salpicado de nubes.

Los veranos se sentían suaves y los inviernos muy fríos. No era un clima al que estuviera habituado, y que el mar estuviera lejos también me volvía más taciturno. Por suerte, no esperaba permanecer demasiado tiempo allí. Alemania tenía una belleza verde y algo salvaje que estaba genial para venir de visita, pero no para quedarme a vivir. No me imaginaba residiendo en otro lugar distinto a Brisbane. Estaba enamorado de mi ciudad y me sentía muy orgulloso de ser australiano.

Me dirigí a la moto de segunda mano que había comprado para desplazarme. La gente solía ir en coche o en bici, yo prefería la Suzuki GSX-R1000R negra y roja que me vendió un estudiante universitario. El chico regresaba a casa tras culminar la carrera y el máster. Era de los Estados Unidos, así que llevarse la moto allí iba a salirle muy caro. Prefirió venderla, y yo, que necesitaba un vehículo, aproveché la oportunidad.

Se veía algún que otro rasguño muy leve, más de un roce de aparcamiento. ¿Quién puede presumir de no tener un maldito arañazo en su carrocería? Pues eso, mi moto también los lucía y eso me había servido para apretar con el precio. Uno poseía dinero, pero no era tonto.

Me puse el casco que llevaba colgado del antebrazo, me acomodé e hice rugir el motor, ajeno a la mirada oscura que se cernía sobre mi imagen gracias a las cámaras de vigilancia.

Sabía que estaban allí, las había visto en más de una ocasión mientras hacía rondas por los exteriores, enfundado en unos vaqueros desgastados, la cazadora de cuero negra y una gorra de béisbol encastrada hasta los ojos que me mantenía lo suficientemente oculto; era importante no llamar la atención.

Marc Talbot estaba dentro e iba a aprovecharlo.

Los laboratorios se encontraban ubicados en el distrito de Haard-Kolonie, mientras el piso que había alquilado quedaba en el norte, a unos veinte minutos, quizá quince si apuraba.

Me detuve en un bar cercano a casa, estaba en una plaza cubierta de adoquines donde no era difícil aparcar. Me había acostumbrado a tomar una cerveza en él; se trataba de un lugar íntimo, acogedor y el camarero era de los que no te ofrecía conversación a no ser que se la pidieras.

Me desprendí del casco accediendo al interior. Todavía me sobresaltaba al ver mi reflejo en el espejo que quedaba detrás de la barra. Era indiscutible que me daba un aire, pues seguía siendo yo, sin embargo, con aquella barba, que cada día se volvía más espesa, el tinte y las gafas, podría haber pasado por ese doble que dicen tenemos todos en alguna parte del mundo.

Saludé al camarero con un ligero cabeceo y le pedí una Krombacher, una de las cervezas más bebidas en el país germano. Saqué mi segundo móvil, uno desechable de tarjeta, con el que me comunicaba con Brau. Cualquier precaución era poca cuando no estabas seguro de a quién te enfrentabas.

Teclé el número mientras el líquido dorado caía en la jarra de cristal, coronándose con la espuma justa para degustarla.

Brau contestó al otro lado de la línea. En España era medianoche, no me importaba despertarle, de hecho, sabía que no iba a hacerlo porque Brau nunca se acostaba antes de las dos de la madrugada.

—¿Qué pasa, australiano?

—Estoy dentro —susurré, sabiendo que lo captaría al segundo.

—¿Tan rápido?

—Es una empresa en expansión que no desaprovecha el talento.

—Ya... Y tú de eso tienes mucho. ¿Has averiguado algo?

—Es demasiado pronto, hoy solo me han entrevistado y ofrecido un contrato de prueba. He establecido dos tomas de contacto con personal de la empresa, una de ellas creo que nos puede resultar de utilidad.

—Cuenta...

—En primer lugar, el jefe de Recursos Humanos; está casado, cree en la familia y le gusto. Aunque es un hombre algo parco, me parece que podemos estrechar lazos progresivamente.

—Seguro que si le gustas, no te costará hacerte con él —bromeó.

—No me refería a ese tipo de lazos.

—Oye, uno tiene que abrirse a las posibilidades, ser hetero hoy día es una pérdida de oportunidades. Además, los alemanes son tremendos, tan fríos por fuera y tan calientes por dentro, con esos gruñidos guturales cada vez que les comes la polla.

—No voy a comerle el rabo a Mr. Becker, además, le gusto a nivel laboral.

—Eso no lo sabes, llévatelo a tomar una birra después del trabajo, y si te mira mucho la salchicha, es uno de esos que no quiere salir del armario.

—¿Por qué te pones a decir esas cosas cuando estamos tratando de un tema serio?

—Porque el sexo nunca está de más. Si te contara lo que mi jefa Paula llegó a hacer en una ocasión, te caerías de espaldas.

—Mejor otro día —resoplé, bebiendo de la jarra.

—Lo ves, ningún hetero rechazaría conocer una relación truculenta que implica sexo. Necesitas desatascar tuberías, el semen se te está subiendo al cerebro y tus neuronas van a ahogarse por falta de corridas.

—Pero ¿tú te oyes? —Brau emitió unas risitas al otro lado de la línea—. ¡Que esto es muy serio, tío!

—¿Quién ha dicho que el humor está reñido con la seriedad? Siempre me ha parecido una reflexión de mamarrachos, como si ser divertido te restara credibilidad. Soberana gilipollez.

El camarero me tendió unos frutos secos.

—*Danke* —le agradecí.

—Mmm, vuelve a repetirlo que te grabo y luego lo pongo en bucle para hacerme una paja.

—No seas obsceno.

—Ni tú un capullo, anda, sigue contándome.

Resultaba difícil lograr que Brau hablara en serio, se trataba de un tipo que hacía del humor su bandera. Era desenfadado, entusiasta y, como él decía, que lo fuera no le restaba un ápice de profesionalidad.

Trabajaba para un periódico *online* que destapaba escándalos, era un fotógrafo intrépido que iba siempre en pos de una succulenta noticia, y en sus ratos libres buceaba en la *dark web*. Si nos hubiéramos conocido en mi juventud, seguro que habríamos salido de fiesta en más de una ocasión.

—Pues también he charlado con su secretaria, Agna.

—Uhhhh, Ana, conocí a una en mi etapa experimental que te hacía unas mamadas de alucine.

—Esta es Agna, con g.

—Pues mejor, será el distintivo de garganta profunda.

—Brau... —le hostigué.

—Vale, ya me callo, sigue.

—Agna no disimulaba su interés en mí. Le di un poco de cancha porque pensé que nos podría venir bien contar con alguien en recursos humanos. Aunque no me pasé porque para ganarme a Mr. Becker tuve que contar una verdad parcial y decirle que había venido a Darmstad por amor.

—Bueno, esa info no es muy grave, siempre puedes añadir que has roto porque no os llevabais bien, y estoy de acuerdo en que Agna puede resultarnos útil. Estaría bien que te la ganaras, no sé, quizá podáis desayunar juntos o llevarle algún café de tanto en tanto. ¿Cuándo empiezas?

—Mañana. Estaré una semana recibiendo formación interdepartamental, con lo que podré hacerme una idea más global de la empresa. Los laboratorios son muy grandes.

—Lo importante es no precipitarse y ser cauto. No hagas nada que pueda ponerte en riesgo; que no haya podido entrar en su base de datos es algo que me mosquea. Una seguridad así solo la pone gente que tiene mucho que ocultar. —Ahora sí que se había puesto serio.

—O mucho que perder. Si la información de los laboratorios se filtra, pueden irse a pique contratos millonarios, que no se te olvide.

—Lo que tú quieras, pero esa gente hablaba con tu ex, a mi olfato periodístico le da que ocultan algo turbio, así que cuídate.

—No tengo la intención de dejar a mis hijos huérfanos, si es lo que te preocupa.

—Me preocupas tú. Lo creas o no, me caes bien, más allá de que me pagues una suma indecente que servirá para costearme la boda. Por cierto, quiero que seas el padrino y para eso te necesito de una pieza.

—Está bien —me comprometí—. No sé cuándo podré introducir el *pendrive* que me diste.

—No te precipites, lo importante es que cuando lo hagas, estés seguro al noventa y nueve coma nueve por ciento de que no van a pillarte. En cuanto lo conectes, hazme una pérdida, el tiempo es primordial; transcurrida la llamada, calcula cinco minutos y extráelo.

—¿Y si no te da tiempo?

—Repetiremos hasta que logre franquear su seguridad. No quiero riesgos innecesarios. Una vez pasado el tiempo, desconecta y guárdalo en un sitio seguro donde nadie sospeche.

—No pienso metérmelo por el culo.

—Si yo fuera el guardia de seguridad, ese sería el primer sitio en el que miraría, así que te sugiero que seas más creativo.

—Lo tendré en cuenta.

—Sé que ya te lo he dicho, pero sé paciente, has esperado seis años para averiguar si la madre de tus hijos sigue viva o no, es mejor dejar pasar unos días y estar seguro de que el momento es el adecuado a correr y que te descubran. Gánate su confianza, estudia los horarios de tus compañeros, los lugares, las cámaras, los puntos ciegos, cualquier despiste puede lanzarlo todo por los aires.

—No sé si estoy buscando a mi Winni o acaban de darme el papel protagonista en la última de James Bond.

—007 tenía formación y tú eres un aficionado, cualquier precaución es poca. Aquí no podemos rodar una segunda toma si te pillan. ¿Estamos?

—Estamos. Pago la cerveza y me voy al piso, necesito echarme un rato, anoche apenas dormí preparándome la entrevista.

—Mantenme informado y cuídate.

—Descuida, lo haré. Por cierto, gracias por todo, tío. Dale un abrazo a tu chico de mi parte.

—De tus partes no le doy nada, si acaso, de las mías. —Terminé riendo ante su broma.

—Bye.

—Bye.

Pagué la consumición y me dirigí al apartamento. Mi bloque era un edificio estilo Jugendstil, o lo que vendría a ser lo mismo, fruto del modernismo alemán. Tenía bastantes pisos y una escalera trasera de incendios, motivos por los que me pareció un buen lugar. Uno nunca sabe si va a necesitar una salida de emergencia.

Los vecinos eran casi todos estudiantes, debido a la proximidad de la universidad y a que eran pisos no muy espaciosos, que iban de los cuarenta a, como mucho, los sesenta metros cuadrados.

Cuando fui a abrir la puerta del apartamento, la vecina de enfrente abrió la suya. Iba descalza, en camiseta de manga corta y bragas. Un poco ligera para la temperatura ambiente, aunque teniendo en cuenta que era noruega, para ella debía ser verano.

—Hola, Marc —me saludó con un botellín de cerveza en la mano.

—Gyda —cabeceé, insertando la llave en la cerradura.

La conocí el primer día que me mudé al edificio y ella salía para ir a clase, quería ser ingeniera espacial, no obstante, podría haber sido modelo de alta costura dado su metro ochenta, el pelo platino y unas piernas extralargas de vikinga.

—¿Te apetece una? —agitó el botellín

—Vengo de tomármela en el bar, te lo agradezco, voy a echarme un rato y descansar. —Ella hizo un mohín. Gyda compartía piso con una estudiante italiana de medicina.

—Oh, venga, solo una, tienes que contarme cómo te fue la entrevista y es muy pronto para irte a dormir. —Alzó la ceja sugerente, apoyándose contra el marco de la puerta. ¿Cuánto tiempo hacía que el sexo había pasado de diario a extinto? «Demasiado», me respondí a mí mismo, observando aquellos pezones puntiagudos que empujaban el tejido. ¿Por qué debía guardarle fidelidad a alguien que me había hecho pasar por imbécil?

—¿Y Antonella? —cuestioné, repasándola sin pudor.

—En la uni. —Gyda había cumplido los veinticuatro, por lo que ya no era una cría—. Anda, pasa y lo celebramos como te apetezca, te prometo que solo será una. —Volvió a remover el botellín relamiéndose los labios. Puede que la cerveza no fuera justo lo que se me antojaba.

—Una y solo porque he conseguido el puesto, además, me apetece celebrarlo con alguien —

acepté. Ella se puso a dar saltitos y un poco de cerveza se derramó por la camiseta.

—¡Eso es fantástico! —aulló.

Yo había desistido en la intentona de regresar a casa. Gyda vino hasta mí para darme un abrazo y restregarse contra mi cuerpo.

—Esto hay que celebrarlo —susurró pegada a mi oído, con los pezones empujando mi torso. Estaba demasiado enganchada, demasiado desnuda y yo llevaba demasiado sin follar.

—Celebrémoslo —acepté, bajando la cara, agarrándola del culo y tomando su boca dispuesta.

Las largas piernas se enredaron en mi cintura para darme la enhorabuena y que entrara en su piso a tientas.

Dos horas más tarde, logré tumbarme en el sofá. Habían caído dos polvos aceptables. El primero, demasiado rápido y contra la pared; el segundo, en la cama, donde pude recrearme y culminar con una ducha caliente. Le dejé bien claro a Gyda que lo que había pasado no significaba otra cosa que no fuera sexo ocasional. Ella sonrió ladina y respondió que no buscaba un anillo de mi parte.

Con los puntos sobre las íes, regresé a la sordidez que me envolvía.

Ojeé el piso desde el sofá, cuyos muebles en kit hablaban por sí solos. Me quedé con él porque estaba amueblado, tenía electrodomésticos y era práctico. Además, estaba bien comunicado e incluía una mujer de la limpieza un par de horas a la semana dentro del precio.

En los bajos del edificio había cuatro lavadoras-secadoras donde hacer la colada, y los vecinos teníamos turnos asignados para no colapsar el espacio. Todo estaba muy bien pensado para garantizar la comodidad de los estudiantes. También había una tienda de víveres cercana que te sacaba de más de un apuro, el edificio contaba con wifi y estaba al lado de una parada de bus, que era de lo más práctico si no me apetecía coger la moto.

Fui hasta la nevera, tenía una *pizza* congelada para cenar y algunas cervezas. Suficiente para hoy. La saqué del envoltorio y la puse directamente en el horno. Haría la compra *online* en un rato para asegurarme los desayunos y las cenas. Que tuviera incluidas las dietas en los laboratorios era un punto a favor, no estaba como para perder el tiempo ejerciendo de cocinero.

Me abrí una lata y regresé al sofá. Miré la pantalla del móvil personal, tenía puesto de fondo una de las fotos favoritas de mi hija, fue tomada en la clínica por Noah, el mismo día en que Chloe y Oliver llegaban al mundo. Una Winni sonriente los sostenía entre los brazos mientras yo pasaba el mío aferrándome a sus hombros, había sido incapaz de cambiarla o de borrarla, aunque saliera ella. Aquel instante fue demasiado feliz como para renegar de él.

Aspiré hondo pensando en qué habría sentido Winni. ¿Llegó a disfrutar al ver la cara de sus hijos? ¿O fuimos simples piezas de su puzle y nunca llegó a querernos? Me costaba tanto hacerme a la idea de que no hubiera albergado un solo sentimiento por nosotros.

El dedo me ardió cuando lo pasé por su cara, tuve ganas de borrar la imagen de nuevo, de erradicarla de mi vida como si no hubiera existido. Lo habría hecho de buena gana si no fuera un puto *yonki* emocional, un consumidor extremo de sentimientos que hacían que me plantara a manos llenas frente a una dicotomía que me consumía. Por un lado, estaba deseoso de la euforia que un hombre siente al amar, y por el otro, ahogado por la necesidad de odiar, alzado como un funambulista entre los dos extremos, contemplando bajo él el abismo que supondría la incapacidad de volver a sentir si cayera.

Winni me había convertido en un esquizofrénico sentimental y ella era la voz que dominaba mi cabeza.

Intenté elaborar miles de hipótesis, de justificar lo injustificable, pues asumir que mi corazón seguía sangrando por alguien que me había destruido era de locos.

¿Cómo podía seguir haciendo equilibrios sobre la cuerda que separaba el amor del odio y sentir miedo por caer al vacío?

Winni me ofreció a alguien que jamás existió, me hizo acostarme con una fantasía creada con el único objetivo de sustraer información. Fue capaz de enamorarme, de parir a mis hijos, de llenarse la boca de te quiero carentes de sentido y desaparecer fingiendo su propia muerte y ahogando a nuestra hija para que yo tuviera que escoger a quién salvaba de ellas.

Pero ¿qué clase de animal haría eso? ¿Y en qué lugar me ponía a mí?

Quise lanzar el móvil contra el suelo, notar el cristal fragmentarse para cubrirla a ella de negro. No lo hice, me limité a apretarlo y fijarme en la hora. Era demasiado tarde como para llamar a Brisbane, allí sería de madrugada. Tenía que comunicarme con mi hermano y mandar un mensaje a mis hijos para que supieran que estaba bien.

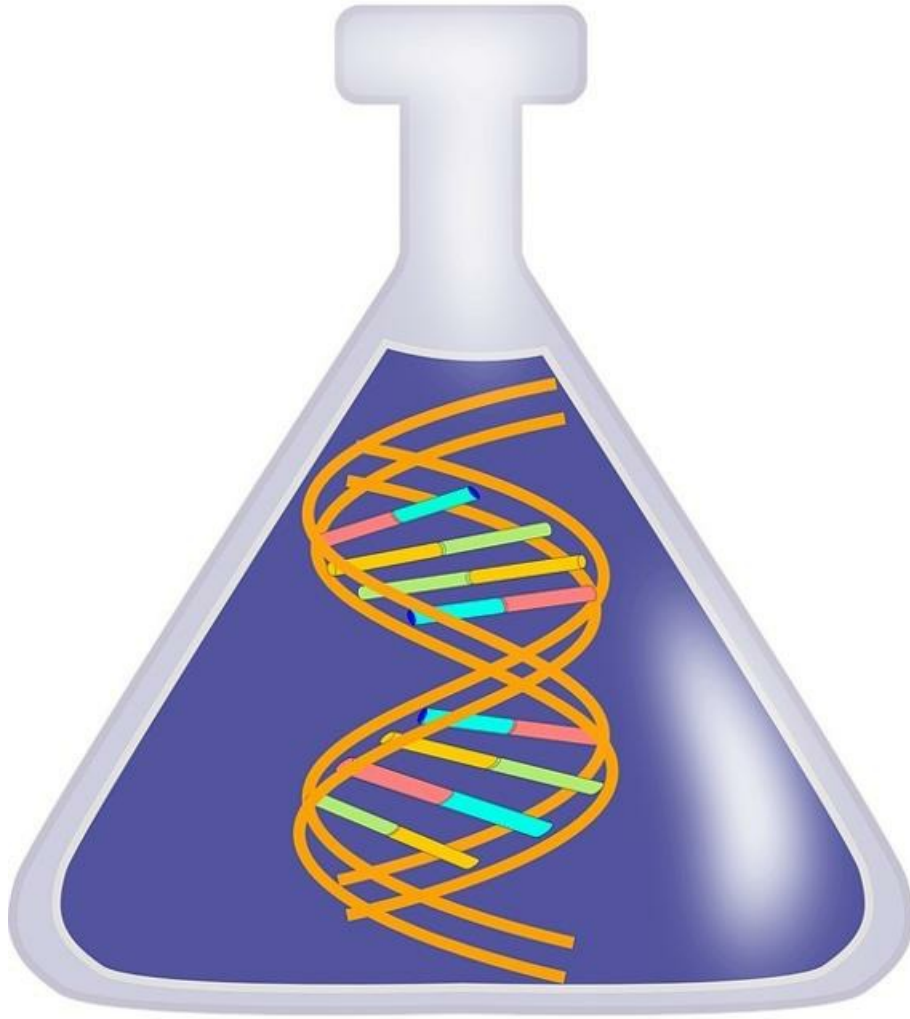
En lugar de llamar, les envié dos notas de voz; uno para Noah diciéndole que seguía vivo y que no se preocupara, y un segundo para que se lo pusiera a Chloe y Oliver. Cómo escocía estar tan lejos de ellos y no poder abrazarlos. Mi único consuelo era que sabía que mi hermano los cuidaba como si fueran suyos, junto a él estaban a salvo.

Mis hijos merecían un padre que estuviera al cien por cien, y no un fantasma que arrastrara los pies por la tierra. Solo tenía una manera de conseguirlo; atar los cabos sueltos. Necesitaba comprobar con mis propios ojos que mis elucubraciones eran ciertas, dar con Winni y arrancarle la verdad como fuera. Solo así lograría dejarlo todo atrás y emprender una nueva vida en la que ella no estuviera porque lo merecía, no porque hubiera muerto injustamente.

El horno pitó y fui a por la *pizza*.

Capítulo 4

La guerra.



Herr Schwartz

Paseé por el laboratorio viéndola trabajar. Katarina tenía una mente prodigiosa y una habilidad fuera de lo común para la ciencia. Por eso estaba allí, por eso era una pieza indispensable dentro de la empresa. Cuando la conocí, supe que se trataba de un diamante en bruto, uno que pulir, mimar y limar hasta que sacara a la superficie todas aquellas caras impolutas y brillantes llenas

de matices.

Le di todos los medios para convertirse en lo que yo veía, una joya rara y tremendamente valiosa para mí.

Cuando estaba tan entregada, se aislaba en su mundo de fórmulas probables y dejaba de percibir aquello que ocurría a su alrededor. Llevaba diez minutos contemplándola, admirando la precisión quirúrgica con la que sujetaba la pipeta para verter la cantidad adecuada sin pasarse.

Me aclaré ligeramente la garganta, no era mi intención asustarla y que se le cayera el recipiente que sostenía.

—¿Interrumpo? —pregunté, percibiendo el ligero temblor de su mano derecha al precipitar un antígeno soluble con su anticuerpo correspondiente.

—Ya casi estoy —murmuró, dejando la muestra bajo el microscopio. Se quitó los guantes de nitrilo, dio la vuelta a la silla para enfrentarme y alzó el rostro cubierto por las gafas de protección. Era hermosa, parecía una escultura celestial, de proporciones simétricas y ojos de cielo—. ¿Quería algo? —La voz sonaba tan fría y cortante como el acero.

—Verte trabajar es como escuchar a la filarmónica de Berlín ejecutando la *Misa en Si menor* de Johann Sebastian Bach, con total precisión, una visión sublime.

—No le hacía muy de misas. —Esbocé una sonrisa que no me llegó a los ojos.

—Ya sabes que la religión y la ciencia puede parecer que no se llevan, sin embargo, ambas creen en lo absoluto; por tanto, solo hace falta comunicarse con lo divino para darse cuenta de que la fe no es cuestión de religiones, sino de creer en lo absoluto.

—Muy interesante. ¿Ha venido para verme trabajar, debatir sobre la fe o invitarme a un concierto de música clásica?

—Puede que las tres cosas o ninguna. ¿Cómo llevas el proyecto?

—Va avanzando. Lo que estaba haciendo ahora solo era una prueba para relajarme y dejar de pensar. A veces, necesito hacer cosas que domino a la perfección para sentirme capaz de realizar otras en las que todavía no confío.

—Sabes que no tienes que darme explicaciones acerca de cómo te relajas, me basta con que aciertes en tus teorías y me sorprendas con el resultado.

—Lo sé. —Me acerqué hasta ella y miré por el microscopio.

—Hmmm, interesante.

—Es solo un principio básico.

—Me gusta tu humildad. —Ella seguía mirándome imperturbable, no era tonta, sabía que algo me había llevado hasta su guarida y quería saber qué era—. Ha ocurrido algo.

—¿Mi hermana está bien? —El pavor bañó sus pupilas.

—No se trata de Alina. —Tomé un matraz de encima de la mesa, lo elevé y miré su silueta al trasluz. Después se lo tendí—. ¿Qué ves? —Ella ni siquiera observó el recipiente.

—¿Se trata de algún juego de los suyos?

—Contesta —repliqué serio.

—Un matraz vacío.

—¿Y qué hay en su interior?

—¿Nada? —cuestionó dubitativa.

—Exacto, nada, porque te encargaste de limpiar cualquier rastro de su interior para que no pudiera alterarse tu siguiente experimento. Ambos sabemos que un simple resto puede fastidiar un buen resultado, ¿cierto? —Ella asintió y yo pasé la palma de la mano por su rostro. Su piel era blanca, suave y se contraía bajo mi caricia. Detuve las yemas de los dedos a la altura del mentón y apreté. Noté el placer de la carne hundiéndose bajo mis dedos.

—Y si lo sabes..., ¿por qué intuyo que no limpiaste bien el matraz más importante de tu vida?
—No... No le comprendo —titubeó.
—Ah, ¿no? —Quería negar con la barbilla, pero mi agarre frenaba el movimiento.
—¿Recuerdas la misión más importante de tu vida? ¿Tu último trabajo? —Los ojos se abrieron de par en par—. Veo que no lo has olvidado.
—No podría.
—Voy a enseñarte algo. —Dejé ir su cara y le mostré una captura que hice con el teléfono. —
¿Te suena? —Ella negó, me acerqué a su oído y murmuré dos palabras que devolverían la luz a su oscuridad. Lo que vi en sus ojos me congratuló.
—¡Es imposible! —aulló.
—¿Lo es?
—¡Por supuesto!
—Pues explícamelo. Fíjate bien en la imagen. —Volví a aproximarle la pantalla. Veía como escudriñaba cada puto píxel.
—Debe ser una extraña coincidencia. —Me guardé el terminal en el bolsillo trasero, alcé la palma de la mano y crucé su cara angelical con contundencia.
—Eso no existe, vuelve a intentarlo —informé, atrapándola entre mis brazos como haría una araña con su presa—. Habla, haz que comprenda cómo es posible lo que acabo de mostrarte, sabes que no me gustan los imprevistos.
Pasé el pulgar sobre una perla roja que asomó en su labio partido y froté la gota espesa entre las yemas.
—Le prometo que no puede ser, es imposible que... —Esta vez la golpeé del revés y las gafas de protección salieron despedidas por los aires.
—¿Por qué me obligas a golpearte? Sabes cuánto odio que provoques ira en mí. —Hizo amago de tragar, aunque la imagen que le había expuesto le había resecaado la garganta.
—No era mi intención —se disculpó cabizbaja.
—Recoge, llevas demasiadas horas en este agujero sin ventilación, puede que cenando algo en casa recuerdes esa parte que olvidaste contarme y que ahora nos coloca en una situación un tanto comprometida. No tardes, te espero fuera.



Katarina

Respiré profundo, la imagen que me había enseñado centelleaba en mi retina. Sabía lo que suponía: problemas.

Solo tenía una explicación para ello, había dado con la copia de seguridad de los archivos y de algún modo eso lo había llevado hasta aquí.

¡Mierda! Contuve las náuseas y los temblores. Volví a sentir el mismo terror que cuando tenía diez años y todo se desató. ¿Por qué el pasado siempre regresaba?

Kosovo, 1998

Las bombas caían y yo corría con desesperación. El rugido de los bombarderos me helaba los huesos; el aroma a carne quemada me hacía arrugar la nariz y tener ganas de expulsar el alimento de mi estómago vacío.

Las balas silbaban amenazadoras como truenos en la tormenta, me obligaban a apretar el ritmo con los ojos empañados en lágrimas, un lujo que apenas podía permitirme.

Estaba agotada, exhausta, cargando una mochila tan valiosa como pesada a mis espaldas. Paré en seco, solo un instante para infundirme fuerzas. No era tiempo para que me temblaran las piernas o hacer caso a la quemazón de los brazos que me exigía que la soltara. No podía, era todo lo que me quedaba, y si fuera necesario, moriría con ella antes que dejarla tirada.

Hacía apenas unos meses que las risas inundaban la cocina de casa. Mi padre se abrazaba a la cintura de *mami*^[2] haciéndole carantoñas para captar el perfume de su pelo rubio, aromatizado con los *uštipci*^[3] que se enfriaban sobre la encimera de granito moteado, un dulce típico de Bosnia, que era el país de origen de mi madre. Siempre que pensaba en ella, la recordaba con aquel corte que enmarcaba a la perfección su rostro casi perfecto, uno mucho más hermoso que el mío y que parecía sacado de un anuncio de perfume o maquillaje.

Babai^[4] siempre bromeaba diciendo que podría haber sido una actriz de Hollywood, o tal vez una cantante famosa, pues su voz era sumamente dulce. Él nunca comprendió cómo mi madre pudo fijarse en él. Yo sí, pues la belleza de mi padre radicaba en su enorme corazón y su profunda inteligencia. Adoraba a su familia y nosotros a él, se encargaba de demostrarnos a diario lo afortunado que se sentía al tenernos en ella, y eso era mucho más importante que una cara bonita, o por lo menos yo siempre lo entendí así.

Solía mirarlos embelesada, riendo, bailando con una música que salía de sus bocas, eran hipnóticos. Podía pasar largos minutos camuflada tras el marco de la puerta, saboreando aquellos besos vergonzosos que me sonrojaban por dentro.

Mami siempre fue muy pudorosa para las muestras de afecto explícitas delante de mí, quizá por su educación conservadora o porque consideraba que todavía era pequeña para ver cómo prendían sus miradas a la par que se les separaban los labios.

¿Qué se sentiría al ser besada así?

Un disparo demasiado cercano me hizo salir de la ensoñación y exhalar con fuerza. Los francotiradores estaban apostados en edificios, o escondidos tras las trincheras que ya formaban parte de una ciudad que se consumía en sí misma.

Tropecé con el brazo de un niño, solo el brazo, pues estaba arrancado de cuajo. Lo sabía por el tamaño, era demasiado pequeño para ser de un adulto, podría haber sido el mío. Seguro que el resto del cuerpo había estallado como un garbanzo que dejas demasiado tiempo en el microondas.

A *mami* le había pasado en más de una ocasión, las dos habíamos reído y, ahora..., ya no tenía ni siquiera eso.

Apreté el paso pegándome a los muros de un edificio, tratando de pasar inadvertida, para los francotiradores solo éramos blancos perfectos de colores indeterminados. No importaba quiénes éramos, cómo nos llamábamos o la edad que teníamos. Nadie se paraba a preguntarte, ¿eres musulmán?, ¿o tal vez cristiano ortodoxo? Daba lo mismo, porque los políticos habían decidido que teníamos que odiarnos, o eso es lo que dijo mi *babai* cuando le pregunté.

Todos comenzaron a distanciarse, los ánimos se crisparon, los vecinos ya no sonreían en el rellano. Consiguieron instalar el odio entre nosotros, familiares, vecinos y amigos llenos de abrazos rotos, y así abrieron una brecha que nos hizo estallar en mil pedazos. ¡Nos matábamos entre nosotros!

En la ciudad solo se respiraba tragedia y podredumbre, miedo y desconsuelo, sentimientos que te miraban con fijeza desde cada esquina, haciéndome sentir más pequeña de lo que era.

Noté el temblor a mis espaldas y la aferré con fuerza.

—Shhh, *herma*^[5], tranquila.

—Tengo miedo, Katarina.

—Pero yo estoy contigo, Alina, no va a pasarte nada, ¿o no has visto que hasta ahora he cuidado de ti? —Mi hermana pequeña sorbió por la nariz.

—Quiero volver a casa...

—Ya te lo he explicado, ya no hay casa a la que volver. —Su sollozo se hizo más desesperanzado.

—Tengo hambre, frío, sueño y echo de menos a *babai*, a *mami* y a Ervin. —Ervin era su osito de peluche.

—Te regalaré un Ervin mucho más bonito en cuanto pueda, te lo prometo —murmuré sin frenar el paso.

—Pero ¡yo quiero el mío! —protestó con la incomprensión de una niña de seis años.

—Eso es imposible, Alina, ya te lo he explicado.

—¿Por qué?! ¡No lo entiendo!

—Porque *babai* y *mami* se lo llevaron al cielo, y él está cuidándolos, por eso.

—Pero ¡Ervin era mío! ¡Él me cuidaba de las pesadillas! —Era demasiado pequeña para entenderlo, Alina siempre había sido propensa a los terrores nocturnos y nuestros padres se inventaron que Ervin era un oso con alma de hada, que cuidaba a las niñas mientras dormían, y solo eso la calmaba. Cuando el día que todo estalló llegué al edificio donde vivíamos, el lugar era un amasijo derruido de hierros, escombros, cristal y ladrillos rotos. Contesté a mi hermana que estaba aguardando su respuesta.

—Y *babai* y *mami* también lo eran, ahora nos cuidan desde allí arriba —apunté a un cielo carente de estrellas que solo se iluminaba por la pólvora quemada. Pude sentir su cabecita, rubia, elevarse hacia arriba.

—Yo no quería que se fueran. Están tan lejos que no los veo.

—Yo tampoco quería, *herma* —suspiré resignada, con la necesidad de bajarla y poder tumbarme un rato para estirar los músculos contraídos—. Vamos a buscar un refugio para pasar la noche.

—Y comida.

—Y comida —murmuré sin demasiadas esperanzas. No tenía dinero, si habíamos subsistido esos días, fue removiendo desperdicios en los cubos de basura. Debía encontrar una salida para nosotras, escuché hablar a unos soldados de que existía un punto de acogida para huérfanos; cuando iba a preguntarles, dos tiros certeros les perforaron el cerebro. Aguanté el grito y salí corriendo cargando a Alina conmigo.

Cuando masacraron nuestra ciudad, hacía apenas una semana, estábamos en la escuela. Alina era cuatro años menor que yo, que tenía diez. Los bombarderos llegaron sin avisar y lanzaron varios proyectiles que impactaron contra distintos edificios, entre ellos, la escuela en la que estudiábamos, el hospital, el ayuntamiento o nuestra propia vivienda.

Recuerdo muchos gritos, cascotes impactando contra rostros infantiles. Polvo, niños heridos, ensangrentados, y un pitido agudo haciendo que los tímpanos me vibraran. En lo primero que pensé fue en Alina, yo era su responsable, su hermana mayor, y de mí dependía que llegara sana y salva a casa; tenía que dar con mi *herma*.

Desorientada, salí de clase en su búsqueda, apenas se veía nada, me daba lo mismo el horror que captaban mis retinas, solo pensaba en que si volvía a casa sin ella, mi madre me reñiría. Vivíamos a dos calles y *mami* me consideraba lo suficientemente responsable como para dejar que llevara conmigo a Alina hasta la escuela y volviéramos juntas, no podía fallarle.

El caos hacía temblar las paredes salpicadas en sangre, trastabillé agarrada a algunos bloques que se deshacían bajo mis palmas. Los gritos de auxilio se solapaban a los del miedo. Allí solo había niños y maestros, ¿por qué nos habían atacado? ¿Qué pretendían matándonos a nosotros?

Tenía tantas preguntas que era incapaz de responder. La sangre me bombeaba con fuerza, ni siquiera me di cuenta de que tenía una fea herida que me había abierto la carne del brazo y que dejaba un reguero rojo a cada paso.

Hacía solo ocho segundos que estaba sentada en mi pupitre, recibiendo mi tercer diez de la semana. Era una alumna brillante, ejemplar, la delegada de curso; tan sumamente inteligente que me aburría en clase, pues mi rendimiento era muy superior a la media. Mi profesora había insistido en que debían hacerme pruebas para estimar mi cociente intelectual. *Babai* y *mami* estaban planteándose, ya que dependiendo del resultado, les supondría tener que cambiarme de centro escolar para ir a un colegio privado, especializado en niños con mentes brillantes, como decía mi profe, y nuestros medios eran más bien modestos.

Ahora no importaba mi expediente académico, eran tiempos de supervivencia y todo mi esfuerzo estaba puesto en que no nos alcanzara una bala, una bomba o un cascote desprendido.

Huérfanas, eso era lo que éramos, nuestra nueva realidad, la etiqueta que nos pondrían en cuanto llegáramos al refugio. Ya nadie podría devolvernos a nuestra familia, incluso me habían robado la posibilidad de enterrarlos o tener un lugar en el que llorar sus cuerpos. Tampoco sé con qué dinero lo hubiera hecho, mis tíos vivían en otra ciudad que también había sido presa de los bombardeos, ni siquiera sabía si seguían vivos.

Los pulmones me ardían por el esfuerzo, doblé la esquina y golpeé contra algo que me llevó, de rebote, al suelo. Alcé la barbilla con terror, pues sabía que había chocado contra un cuerpo sudoroso, pude olerlo, y el soldado también captó nuestro miedo, igual que un perro de presa.

—Por favor, no nos mate, somos huérfanas —supliqué con un sollozo apenas audible. Sus ojos me parecieron los más feroces que había visto nunca, se estrecharon en una fina línea con la ametralladora apuntando entre los míos.

Podría haberlos cerrado, quizá si lo hubiera hecho, él se hubiera disuelto del mismo modo que una acuarela bajo la lluvia. Ni yo los cerré, ni él se disolvió. A esas alturas, podía distinguir perfectamente al enemigo. Intenté tragar sin éxito, la saliva no corría por mi garganta, el agua era un bien escaso.

La punta del arma recorrió mi tórax de arriba abajo. Entonces sí que apreté los ojos. Había visto lo que los soldados hacían a las niñas bonitas como yo, mi cuerpo se puso a temblar como una hoja.

—Por favor —gemí, pensando que Alina estaba a mi espalda. Su sonrisa ladeada no dejaba lugar a dudas de sus intenciones. Dio un paso hacia nosotras y, antes de alcanzarnos, un tiro le perforó el cuello.

Grité horrorizada mientras alguien me tomaba con fuerza.

—*Qetësojeni të voglin, do ju ndihmoj.* —El «tranquila pequeña, voy a ayudarte», susurrado cerca de la oreja en mi mismo idioma, me estremeció. Fue entonces cuando oí llorar a mi hermana y me vi envuelta bajo el brazo protector de otro soldado, quien nos llevó hacia lo desconocido. Una nueva vida que jamás hubiéramos imaginado.

Apreté el frágil cuerpo de mi hermana contra el mío, el soldado que nos había rescatado nos subió a un camión para cruzar la frontera con Albania junto con más niños fruto del conflicto. Tenían un acuerdo con aquel país para albergar a los refugiados de guerra.

Al principio de todo, cuando el soldado nos libró de una violación asegurada, nos llevó a Alina y a mí a unas dependencias militares en las que nos dieron de comer; no fue mucho, lo

suficiente como para que dejaran de retorcerse nuestras tripas y pudiéramos calmar la hambruna de los últimos días. Nos entregaron una manta para cubrimos y fuimos sometidas a un reconocimiento médico rápido. Al ver la herida de mi antebrazo, no tuve más remedio que ser cosida. Los niños enfermos no les interesaban, querían asegurarse de que, si todo iba bien, llegaríamos con vida.

Una vez atendidas, fuimos conducidas a un despacho austero. Las paredes tenían varios desconchones y la humedad reptaba deformando la pintura para formar rostros siniestros. Frente a nosotras había una mesa de hierro desvencijada, tres sillas y una lámpara de sobremesa que dotaba a la estancia de una iluminación bastante tenue. La guerra no perdonaba ni a las instalaciones militares, donde brillaba la escasez de medios para el mobiliario.

Nos hicieron sentarnos y el oficial al mando entró para ocupar la silla vacía. Tenía una mirada fría, la guerra no solo arrancaba vidas, también las almas de los que lograban seguir en pie.

El hombre, de porte adusto, nos hizo varias preguntas sobre nuestros padres, procedencia y familiares vivos. Supuse que para evaluar si nos devolvían a alguna parte o nos llevaban junto a los otros huérfanos.

Le aclaré al soldado que nuestros padres habían fallecido y que desconocía si mis tíos seguían con vida. Pude proporcionarle sus nombres y la ciudad en la que habitaban, no tenía más datos, ni siquiera sabía su número de teléfono o dirección; estos habían quedado enterrados bajo los cascotes, en la agenda morada que mi madre guardaba en la mesilla del teléfono.

El militar que estaba interrogándonos apuntó todos los datos en una libreta de hojas amarillentas; cuando terminó, no nos dio otra explicación, nada más que siguiéramos al soldado al que llamó a voces.

Teníamos tanto miedo, nos sentíamos tan perdidas, que ni siquiera se me ocurrió preguntar qué pasaría con nosotras. Lo único que me preocupaba era mantener a salvo a Alina, y estar bajo la custodia del ejército, me pareció la mejor opción, por lo menos una que nos permitía seguir respirando.

El soldado nos llevó junto a los demás niños, todos tenían la misma cara de desolación e incertidumbre. Buscamos un hueco junto a los cuerpos amontonados en el suelo. Creí encontrar uno, pero cuando íbamos a colocarnos, el niño que estaba al lado nos hizo una señal de que si lo ocupábamos, nos cortaba el cuello. No quería problemas, si algo había aprendido era que lo mejor era pasar desapercibida. Miré a un lado y a otro, aquel lugar estaba atestado, el aire estaba viciado y la higiene brillaba por su ausencia.

Una niña de aproximadamente mi edad nos hizo una señal, no había tanto espacio como al lado del chico, pero tendría que bastarnos.

—Soy Greta —nos saludó.

—Yo, Katarina, y esta es mi hermana Alina. —Ella nos sonrió.

—Algunos chicos no son muy amables —murmuré, cabeceando hacia el niño de antes.

—Ya...

—Tranquila, no estaremos aquí mucho tiempo.

—¿No? —Ella negó.

—Cada tres días salen un par de camiones hacia Tuzla, en Bosnia, estáis de suerte, mañana partiremos hacia allí. Sois huérfanas, ¿verdad? —Asentí—. Los niños que dicen tener familia se los llevan a otro pabellón, por eso lo sé.

—¿Qué hay en Tuzla?

—Un orfanato, allí dan cobijo a los que son como nosotras. Si estás de suerte, encontrarán una buena familia que quiera acogerte. Eso es lo que he escuchado. Ahora será mejor que

durmamos, es tarde y el viaje será largo e incómodo.

—¿Cuántos años tienes?

—Once, ¿y vosotras?

—Kata tiene diez, aunque a finales de año cumple los once, yo, seis —aclaró Alina bostezando. Greta le sonrió.

—Muy bien, mañana tendremos tiempo de conocernos más durante el viaje, ahora durmamos. —Greta se dio la vuelta y se acurrucó en el suelo. Mi hermana, que estaba entre ambas, la imitó pegándose a mi cuerpo. Quería acercarla para resguardarla lo mejor posible del frío. El lugar era incómodo, aunque mucho mejor que estar en un edificio en ruinas sin saber si la próxima bomba te caería encima.

Las dos necesitábamos descansar y alejarnos cuanto antes de la que había sido nuestra ciudad, ir a un lugar en el que no temer que pudieran violarte en cualquier esquina o acabar con tu vida por un simple disparo. Cerré los ojos y pensé en mis padres, me permití el lujo de llorar en silencio y pedirles que nos protegieran, y antes de caer rendida por el agotamiento, creí ver sus caras sonriéndonos.

Al día siguiente, nos despertaron con gritos y palmadas. Repartieron un trozo de pan para cada uno, nos pidieron que nos pusiéramos en pie y, sin darnos más explicaciones, nos distribuyeron en los dos camiones que había nombrado Greta. Por suerte, nos tocó juntas. Tenía miedo de que en el orfanato me separaran de Alina, ella lo era todo para mí y, según Greta, nadie te aseguraba que fuéramos a parar a la misma familia.

No teníamos abuelos, o, por lo menos, no unos que supieran de nuestra existencia. Los de mi padre fallecieron antes de que yo naciera, y los de mi madre renegaron de ella cuando se enamoró de *babai*, no querían para su hija un albanés muerto de hambre, le dieron a escoger entre nuestro padre y ellos.

Mami optó por seguir a su corazón, por lo que renunció a su familia materna, quienes habían elegido un marido apropiado al estatus de su única hija, y que no tenía nada que ver con el de nuestro padre.

Dudé si darles a los soldados los nombres de mis abuelos maternos durante el interrogatorio, no lo hice, porque lo único que sabía de ellos es que eran bosnios y su nombre, nada más. En casa no se hablaba de ellos y estaba convencida de que, aunque hubiéramos llamado a su puerta, no habrían querido saber nada de nosotras.

Pasamos las primeras cuatro horas contándonos cosas, así el tiempo parecía pasar más rápido, aun así, el cuerpo me temblaba y el poco calor que emanaba del de mi hermana, o el de Greta, quien estaba sentada a mi lado, no era suficiente para calentarme. Volutas de aire condensado desfiguraban los rostros de los niños que teníamos enfrente, estaban cubiertos por mantas tan mugrientas como las nuestras y con las caras llenas de suciedad.

Los cobertores eran tan finos que no podían eliminar el helor de nuestros cuerpos, que no era debido al clima, sino a las imágenes del horror y la guerra que habíamos sufrido todos. Por delante teníamos un viaje de nueve horas y media hacia lo desconocido. Crucé los dedos esperando que fuera mucho mejor que lo que dejaba atrás en Kosovo y que nos permitiera tener un futuro junto a una familia que nos quisiera.

El llanto inconsolable de una niña de unos trece años tronaba en mis oídos, y eso que no estaba a mi lado. La chica en cuestión estaba en el otro extremo del camión cubierto por una lona.

—*Hesht, kurvë!*

El «¡Calla, puta!», escupido por el chaval malhumorado que amenazó con matarme la noche

anterior, me hizo estremecer. Miré a la chica con preocupación, aquel muchacho tenía ira acumulada en cada poro de su piel negruzca.

—Esperemos que se calme, o se meterá en problemas con Nikolai —susurró Greta bajito. Según me había contado durante la primera parte del trayecto, hicieron falta solo tres días en las instalaciones militares para que aquel muchacho se creara la fama de conflictivo.

Todos sabían su nombre, el del niño a quien nadie debía contrariar, pues si lo hacían, corrían el riesgo de terminar con un ojo morado o algo mucho peor. Greta me contó que le arrancó de un mordisco la oreja a un chico por no entregarle su trozo de pan y lo amenazó con asfixiarlo mientras dormía si contaba algo a los militares.

—¿Por qué llora así? —le pregunté a Greta mirando a la chica. Me resultó extraño que una de las más mayores del grupo estuviera más afligida que las pequeñas. Greta era un pelín chismosa y se enteraba de todo lo que ocurría.

—La violaron entre tres soldados, la trajeron hace siete días, no pudo irse con el anterior camión de lo mal que estaba, temieron por su vida, tenía multitud de heridas y desgarros. Puede que hubiera sido mejor que muriera... Hoy se ha enterado de que está embarazada y lo único que sabe del padre es que fue uno de los violadores. Es cristiana ortodoxa, ya sabes...

Sentí mucha lástima por ella, desde hace nada ni siquiera sabía lo que era una violación, hasta que la vi con mis propios ojos. La guerra te hace crecer de golpe y te roba la inocencia que no imaginabas que tenías. Me afligí mucho al recrear el calvario por el que debería estar pasando. Los cristianos ortodoxos creían que la vida no era accidental, sino un don precioso de Dios, por lo que el aborto quedaba descartado. Lo sabía porque mi madre nos crió bajo ese dogma, aun así, yo no estaba segura de si me sentía cristiana ortodoxa o creía en algo. ¿Qué Dios permitiría las aberraciones que estábamos sufriendo? ¿Acaso era un sádico? Me hacía demasiadas preguntas que contrariaban nuestra creencia.

La muchacha seguía llorando pese a la advertencia de Nikolai, quien al verse ignorado se puso en pie para propinarle un bofetón que le giró la cara, y acto seguido le escupió en ella. No podía creerme la impasibilidad del resto, que hacían como si no estuviera ocurriendo nada. Hice amago de levantarme, Greta me agarró del brazo para detenerme.

—¿Estás loca?! No es buena idea contrariarlo, piensa en Alina. —Miré a mi hermana, que contemplaba la escena como el resto de nosotros, sin mover un solo dedo, impávida y temerosa. ¿Era eso lo que quería transmitirle? ¿Que frente a las injusticias uno tenía que quedarse quieto y no actuar por miedo? Me solté del agarre de Greta. Una cosa era no querer meterme en problemas y otra muy distinta no defender a quien necesitaba ser protegido.

—Es en ella en quien pienso y en los valores que nos inculcaron nuestros padres —aclaré—. Vigílala. —Me levanté con el camión traqueteando bajo mis pies. No es que no tuviera miedo, me aterraba ese niño de rostro malvado, no obstante, no veía justo dejar a aquella chica desamparada.

—¿Estás bien? —le pregunté, mirando su cara surcada en lágrimas. Ella se había limpiado el esputo con la manga rota de la camisa. Hipó incapaz de frenar el torrente de lágrimas que caían desde los ojos rojos.

—¿Qué pasa?! ¿Tú también quieres? —me increpó Nikolai con violencia, alzando la mano. Lo obvié y volví a dirigirme a ella.

—Si quieres, allí tienes un sitio, estarás más cómoda. —Le mostré el lugar vacío que había quedado desocupado cuando me levanté—. Yo me sentaré aquí, ¿te parece? —Cuanto más lejos estuviera de aquel loco, mejor para todos.

—Eh, puta, te he hablado a ti. Si hablo, me contestas, ¿entiendes? ¿Buscas que te preñen

como a ella? —Los dedos del chico se aferraron a mi brazo con fuerza, justo encima de la herida recién cosida. Lancé un lamento que lo hizo apretar con mayor dureza, gracias a ello se me saltó un punto y la sangre traspasó mi camiseta goteando bajo sus yemas. Hice por soltarme, pero él, que ya se había dado cuenta del dolor que me infligía, volvió a presionar con virulencia y una sonrisa despiadada en los labios.

El camión frenó en seco, motivo por el cual la prisión de dedos se abrió y yo pude librarme momentáneamente.

—Vuelve a tu sitio, estaré bien, no voy a llorar más, te lo prometo. No lo provoques, es mejor —masculló la chica, sorbiendo por la nariz. No estaba muy segura de que cumpliera su palabra, pero tampoco era idiota, no quería jugármela más de lo necesario.

Asentí con el brazo malherido y regresé a mi lugar. Nikolai me miró con odio y después lamió la sangre que había quedado acumulada en sus dedos con un gesto obsceno. Lo mejor era mantenerse fuera del punto de mira de ese sádico.

—Te dije que no fueras —gruñó Greta.

—Alguien tenía que hacer algo.

—De esos «álguienes» están llenas las fosas comunes, así murió mi padre, que era militar.

—¿Qué le pasó? —pregunté, intentando obviar el dolor de la herida abierta.

—Defendió a una mujer en la calle y acabó con la vida de los que la asediaban. Lo siguieron hasta casa, y cuando cruzó el umbral, entraron en tromba; a mi madre solo le dio tiempo de esconderme bajo el mantel de la mesa del comedor. No dejé de mirarla a los ojos mientras la vejaban y torturaban hasta que murió frente a mi padre, después le metieron un tiro entre ceja y ceja. ¿Crees que salí a defenderlos? ¿Qué hubiera sido más valiente por mi parte?, ¿dejarme ver y morir con ellos? A veces me lo pregunto. —El corazón se me encogió en el pecho. Le tomé la mano y se la apreté.

—No, no lo creo, hiciste lo que pudiste, seguro que tu madre se sintió orgullosa de que estuvieras con ella, que sintió consuelo en tu mirada y dio gracias porque la obedecieras hasta su último aliento. Su muerte no fue en vano porque logró protegerte, debes quedarte con eso. —Greta estaba aguantándose las ganas de llorar, tenía los ojos muy brillantes—. Lo siento mucho por tus padres y por lo que tuviste que vivir —intenté consolarla.

—Yo también lo lamento, sin embargo, eso no va a devolvérmelos —musitó, girando la cabeza hacia el lado contrario para que no la viera llorando. No solté su mano, pero tampoco quise romper aquel momento de intimidad.

—*Herma*, te sale sangre. —Alina miraba la manga de la camiseta que se volvía roja por momentos.

—No pasa nada, ahora me echaré un poco de agua cuando nos dejen bajar. —Besé su rubia cabecita y esperamos a que los soldados nos dieran permiso para descender.

Paramos una única vez para llenar el depósito, volvieron a darnos otro mendrugo de pan seco y nos dejaron vaciar las vejigas. Le pedí una venda del botiquín a uno de los oficiales y Greta me ayudó a curar la herida.

La siguiente vez que nos detuvimos fue en Tuzla, el municipio de Bosnia-Herzegovina destinado a ser nuestro nuevo hogar, si es que se le podía llamar así a aquel sitio.



Capítulo 5

Cilicios.



Katarina, en la actualidad

Me desperté empapada en sudor, siempre lo hacía cuando tenía que someterme a una de las charlas con el hombre que nos adoptó a Alina y a mí. Decir que Herr Schwartz se comportó como un padre con nosotras quedaba bastante lejos de la realidad, aunque si algo me había quedado claro era que había padres y padres.

Faltaría a la verdad si dijera que carecimos de cosas materiales, que no tuvimos una buena educación o que pasamos necesidad. Él fue nuestra mejor elección, mucho más inteligente que abandonar el orfanato e intentar sobrevivir por nosotras mismas. De haber escogido aquella opción, la realidad hubiera sido mucho peor, sobre todo, para mi hermana.

Estiré el brazo para encender la luz de la lamparilla y coger el vaso de agua que descansaba solitario sobre la mesita de noche. La fina cicatriz de mi antebrazo ahora era un pálido recuerdo

de lo vivido. A algunos les daba por coleccionar imanes, figuritas de algún tipo, yo era más de cicatrices.

Al moverme, mis muslos dolieron. Miré las ligas de oro que mordían mi piel. Los pinchos estaban incrustados en ambas piernas, provocando heridas sangrantes en ellos.

Las sábanas prístinas ya no lo estaban, las manchas eran un claro ejemplo de lo que había supuesto mi error.

Flexioné las piernas y los admiré. Eran mi castigo por habernos puesto en peligro, una metedura de pata tan grande merecía un recordatorio como aquel.

Los cilicios eran un medio de mortificación corporal, en la Edad Media se usaban para combatir las tentaciones, en mi caso, servía para expiar mis pecados o mis errores.

Podría haber sido peor. Vací sedienta el vaso, me senté en la cama mordiendo el carrillo por dentro y miré el despertador. Tres horas del tirón, no estaba mal, nunca había pasado una noche entera con ellos puestos, pensé que sería más insoportable.

Me quedaban ciento veinte minutos para poder quitarme las ligas, justo en el instante que sonara el despertador. Podía intentar volver a dormirme, obviar la sensación zumbante y cerrar los ojos, aunque, conociéndome, no iba a ser capaz de lograrlo, y menos con la comezón despertando en las piernas.

Decidí que lo mejor era levantarme. En cuanto puse los pies en el suelo, necesité apretar los dientes y respirar varias veces, Herr Schwartz las había apretado bastante fuerte. La bilis subió y bajó por mi esófago, recordándome las arcadas de la noche anterior. Aunque me lavé los dientes, el sabor del vómito seguía golpeándome en la nariz. Pequeñas gotas reseca decoraban mis piernas fruto de los movimientos nocturnos. Lo mejor sería que me metiera bajo la ducha. Necesitaba despejarme, sentir el alivio del agua y pensar.

Llevaba seis años sin verlo, seis años sin saber qué había sido de ellos. Sus rostros se habían desdibujado en mi mente, me había obligado a que fuera así, a no pensar, a no imaginarlos, a que los recuerdos no me inundaran ahogándome.

Acaricié las cadenas punzantes que habitualmente descansaban en el cajón de mi cómoda. Fueron un regalo a mi vuelta, uno de doble rasero.

Nadie salvo Herr Schwartz sabía que los utilizaba. Me los entregó envueltos en una cajita de terciopelo, ajena a la mirada de felicidad de mi hermana por mi regreso. Recuerdo que me estrechó entre sus brazos y susurró en mi oreja que «la mortificación era un ejercicio de voluntad y que estaba seguro que haría buen uso de ellos», y me recomendó que viera el regalo cuando estuviera sola en mi cuarto.

En aquel momento, no lo entendí, y cuando abrí la caja, ni siquiera sabía de qué se trataba. Les hice una foto y utilicé el buscador de imágenes de Google. Me horroricé y la solté de golpe al ver el uso que tenían.

Los repudié empujándolos al fondo de un cajón, yo no iba a hacer aquello. Me negaba a infligirme daño adrede, o eso creía.

Una noche, en la que me sentí devastada por las pesadillas, tuve el impulso de buscarlos y tomarlos en mis manos. Había soñado con Greta, con el internado y lo que viví mordéndome los labios. Su cuerpo se estremecía en mi cama, una almohada le cubría el rostro. Estaba boca abajo y él la tomaba con violencia. No reaccioné, no podía, ahogué el sollozo, me arrebujé y como una cobarde aguanté hasta que Nikolai terminó y volvió a su camastro. Él había pensado que era yo, Greta había sufrido lo que me correspondía y yo me había bloqueado, no era justo, yo debí sufrir aquella violación.

Apreté los ojos y regresé al brillo hipnótico de las ligas, parecía mentira que una joya como

aquella, tan bonita y delicada, pudiera infligir dolor.

Jadeante y sudorosa, apreté uno de los dedos contra la cadena provocando que una gota rubí emergiera. Daño y liberación. En cuanto la carne se perforó, sentí una explosión que podía ser adictiva. Tuve la necesidad de pagar por mis errores, por expiar mis pecados, por obtener una parte del sufrimiento que Greta percibió en mi nombre. Si esa noche no hubiera tenido una pesadilla y ella hubiera venido a calmarme, si no me hubiera entrado pis y me hubiera levantado para ir al baño...

Alcé los bajos del camisón y apreté una de las bandas contra el muslo, la sensación se multiplicó por mil. Mis dientes se cerraron al ritmo afilado del cilicio. Me sentí un cervatillo pisando un cepo en pleno bosque; a diferencia de él, yo lo pisaba porque quería hacerlo. Até la lazada de seda y dejé ir un suspiro liberador mientras me tumbaba.

Su mordida me aliviaba, me dejaba fluctuar en una emoción incomprensible, más allá de toda lógica. No me importaba si no se entendía, me bastaba con alejarme un rato y pensar que contribuía acompañando a Greta en su suplicio.

No usé el otro, con uno me bastó para entrar en aquel trance hipnótico que me alejó de todo y me permitió respirar.

A partir de aquella noche, comencé a usarlos cuando el recuerdo de todo lo vivido pesaba demasiado. No mucho rato, el suficiente para dejar mi mente en blanco y poder evadirme.

Anoche, después de cenar en familia, Herr Schwartz me hizo pasar a su despacho para que diera la pertinente explicación. Le pedí perdón tantas veces que la última me silenció.

—Obraste mal, Katarina, y aunque tu acción fuera por precaución, deberías habérmelo dicho.

Le expliqué que había guardado una copia de seguridad por si los archivos que le mandaba se dañaban, que la escondí tan bien que dudaba que alguien fuera a dar con ella alguna vez. Que nunca imaginé que después de mi muerte les diera por indagar.

—Lo... Lo sé, ahora lo veo, no imaginé que él pudiera...

—El daño ya está hecho, ahora veré qué hago, necesito pensar. Sabes que cada acción tiene consecuencias, y que con errores como el tuyo soy muy intransigente.

Mi corazón se encogió, no me sentía orgullosa de lo que había hecho, pero tampoco quería que dañara a mi hermana por mi culpa.

—Merezco ser castigada, un acto como el mío no puede pasarse por alto, aunque no fuera a propósito. Por favor, Herr Schwartz, castígueme —le supliqué. Le conocía demasiado como para no saber cómo debía comportarme en una situación extrema. Él forzó una sonrisa.

—Sabes que las cosas no funcionan así.

—Fue un descuido, un error grave que no volveré a cometer, aceptaré lo que quiera hacerme y no me quejaré, se lo juro, por favor, solo yo soy responsable de mis pecados. —Ante la última palabra, los ojos le brillaron.

—¿Te arrepientes?

—Mucho.

—¿Qué sientes al saber que él está cerca?

—Nada, se lo prometo, nada. Él solo fue un medio para llegar a nuestro objetivo, siempre fue así —lo dije con total convicción, él asintió.

—Trae los cilicios.

Tragué con dureza y asentí levantándome de la silla. Mi cuerpo quería echarse a temblar, pensar que él estaba tan cerca me desestabilizaba. Fui hasta la habitación como una automática y busqué la caja. Regresé con los ojos puestos en la moqueta estampada color vino y la deposité

sobre la mesa de madera oscura. Herr Schwartz la abrió, sacó los cilicios del interior y los observó sonriente.

—Me gusta que les estés dando uso. Desnúdate. —Lo miré un tanto sorprendida, nunca me había tocado, el sexo no entraba dentro de nuestra relación.

—¿Có... Cómo? —titubeé.

—Ya me has oído. Voy a ponértelos yo, recuerda que tú has suplicado este castigo. Obedece. —Pasó un dedo por una pequeña mancha que había quedado incrustada en el último uso.

Me quité la ropa despacio, dejándola sobre el respaldo de una de las sillas, me quedé con las bragas y el sujetador puesto. Solo tenía ganas de cubrirme con las manos, no quería que él me viera. La moqueta hormigueaba bajo las plantas de mis pies y su mirada oscura estaba posada sobre las marcas de mis muslos. Me avergoncé de que hubiera tantas. Minúsculas incisiones que formaban círculos en la parte alta de la carne. Cada vez lo hacía con mayor frecuencia, aunque intentaba no pasarme de una vez a la semana, cuando las pesadillas se hacían insoportables.

—Todo —masculló, apuntando a mi braga y el sujetador.

Me estremecí, sentía muchísima vergüenza, nunca fui una mujer a quien le gustara exponerse, y menos desnuda. Apreté los puños impotente, nada podía hacer cuando yo misma había ofrecido que hiciera lo que quisiera conmigo. «Mejor tú que Alina», me dije para infundirme fuerzas.

Me desprendí de las prendas que quedaban y él se levantó.

—Has cambiado mucho desde que llegaste a esta casa, ya no eres aquella mocosa desvalida y raquítica que recogí del orfanato. Sigues siendo delgada, pero hay curvas que antes no estaban...

Había caminado hacia mí, dando la vuelta a mi cuerpo, pasando una yema con muchísima sutileza sobre mi vientre, una nalga y el costado de un pecho.

—Por favor... —susurré, sabiendo que no tenía derecho a nada.

—Shhh —me silenció—, separa los muslos.

En la otra mano llevaba las ligas. Abrí las piernas, se posicionó frente a mí de cuclillas y pasó la primera recreándose bajo la fina piel hundida. Gemí cuando tensó tanto el lazo que pensé que llegaría al hueso, daba lo mismo que no fuera posible, yo lo sentí así. Mi cuerpo tembló. Noté su lengua caliente pasando sobre el frío metal y mi vientre se sacudió del asco.

—Me gustan tus marcas. —Acarició el círculo dentado de mi muslo libre, sus dedos eran anchos, calientes y mi piel se veía frágil bajo ellos.

Colocó la segunda liga sin prisa y repitió la acción. Mi respiración se volvió errática, no quería que se confundiera y pensara que estaba dándome placer. Yo usaba aquellas herramientas para expiar mis demonios, no para gozar.

—¿Ya puedo vestirme? —pregunté. Quería marcharme cuanto antes.

—Todavía, no, querida, ahora mismo eres una obra de arte que quiero disfrutar. Siéntate en la silla, frente a mí. —Se apoyó contra la mesa y tomó su copa de vodka—. Espalda recta, rodillas separadas, manos sobre ellas y ojos cerrados. No quiero que los abras hasta que te avise. ¿Comprendes, Katarina? —Moví la cabeza asintiendo.

—Bien, hazlo.

Me sentía tan vulnerable que tenía muchísimas ganas de llorar. No iba a hacerlo, aprendí hace mucho que las lágrimas no solucionaban nada salvo enrojecerme los ojos.

Adopté la posición indicada, él apuró la bebida, la acercó a mis labios y me pidió que escupiera dentro. Lo hice, no tenía ni idea de para qué quería mi saliva, lo mejor era cerrar los ojos. No me apetecía ver lo que iba a suceder, prefería la alternativa que me ofrecía de no

contemplar la escena.

Que me privara del sentido de la vista solo consiguió que se me agudizara el del oído. Escuché su cremallera descorrerse, el cinturón golpear el suelo, su boca escupiendo y la fricción lubricada de la carne.

Era consciente de que estaba masturbándose y lo hacía cerca, notaba su aroma acre. Una especie de sonido al vacío seguido de gruñidos y jadeos me puso en alerta. No quería mirar, no podía mirar, no quería hacerlo, y no lo hubiera hecho si no fuera por mi curiosidad desmedida.

Separé un milímetro los párpados, no importó que mis gafas no estuvieran en mi rostro, estaba tan cerca que lo vi con claridad. Una arcada me sobrevino y apreté los ojos con mucha fuerza.

Había metido su miembro dentro del vaso, con mi saliva, a escasos centímetros de mi boca y estaba pajeándose con su polla dentro, sintiendo el efecto de vacío que le otorgaba el recipiente. Nunca había visto algo así. Me dio muchísimo asco. No sabía cuánto tiempo podría aguantar sin echar la cena sobre su cuerpo. Por suerte, acabó rápido. Un gruñido final sofocó el sonido del bombeo.

Colocó el vaso sobre la mesa y se recompuso.

—Puedes marcharte, no te quites los cilicios hasta que suene tu despertador, necesitas una noche completa para pensar y expiar tus «pecados» —recalcó.

—Sí, Herr Schwartz.

Nunca me había vestido tan rápido, poco importó el dolor de los muslos, solo tenía ganas de salir de aquel despacho.

—Katarina —me llamó cuando tenía la mano en el pomo.

—¿Sí?

—Espero que hayas aprendido la lección, ya sabes que la próxima vez que cometas un acto que nos ponga en peligro no seré tan benévolo. Esta vez te has librado de algo mucho peor, harás bien en recordarlo.

—No volveré a fallarle, señor, gracias por ser tan considerado —respondí cabizbaja.

—Buena chica. Ahora descansa, mañana tienes mucho trabajo por delante.

Abrí la puerta y corrí hasta sentirme a salvo y vomitar en la intimidad de mi baño.

Me metí bajo el chorro de agua, ya estaba bien de pensar en lo que ocurrió anoche, el pasado, pasado era. Mi vida estaba plagada de situaciones que era mejor olvidar. Todas excepto las que tenían que ver con Dylan Miller, él fue mi oasis en el desierto, aunque al principio no lo creyera así.

Esbocé una sonrisa al recordar nuestros comienzos. Cómo odié que su madre me hubiera endosado en reiteradas ocasiones al que consideraba «el pocas luces» de su hijo. En aquel entonces, fue un revés que no esperaba. Me hacía ir más lenta en mis propias investigaciones y, por si fuera poco, no lograba quitármelo de encima ni con cera caliente, era peor que un pelo enquistado. Parecía brotar en cualquier parte en la que yo estuviera, quebrantando mis minutos de descanso o mi trabajo. Quería que desapareciera con todas mis fuerzas porque, en aquellos tiempos, para mí, Dylan Miller era el típico gracioso, ligón y niño de mamá. Mi persona a evitar en el mundo, como ocurría con Nikolai en el orfanato. Me daba la sensación de que el hijo de la doctora tenía la misma obsesión enfermiza que ostentaba aquel crío, y por desgracia ya sabía adónde llevaban ese tipo de situaciones.

Pensaba alejarlo, ignorarlo y seguir como hasta entonces, en un lugar poco visible donde no llamara la atención. Odiaba resaltar, ya fuera por mis facciones, la claridad de mis ojos celestes o mi inteligencia poco común.

Cuando en el orfanato se dieron cuenta de mis capacidades cognitivas, no dudaron en hacerme un test de CI, el mismo al que no estaban seguros de someterme mis padres. Di un coeficiente de doscientos veintinueve sorprendiendo a todo el mundo. Ese dato se convirtió en mi mejor baza, pues a partir de entonces me volví una pieza codiciada. Aquella cifra me atribuía el título de la mujer más inteligente del mundo, por encima de Marilyn von Savant, quien fue catalogada la persona con el cociente intelectual más alto en el Libro Guinness de los Récords con doscientos veintiocho. Incluso superaba a personas como Charles Darwin, el ajedrecista Bobby Fischer o el físico teórico Stephen Hawking. No tardaron nada en encontrar a alguien interesado en mi adopción. La directora era una visionaria y solía hacer negocio con niños y niñas «especiales». Los matrimonios a menudo acudían buscando pequeños a los que poder criar como si fueran suyos, no venían a por las de casi once años con una hermanita a cuestas.

La directora mantuvo en secreto mi peculiaridad ante los demás y, después de una negociación telefónica, consiguió que alguien se interesara en mi adopción y aceptara que mi hermana entrara en el paquete. Ella me aseguró que había sido muy afortunada.

Vi demasiadas cosas allí y viví otras muchas que todavía escuecen. Lo mejor era salir lo más pronto posible de aquellos muros para olvidar cuanto antes el horror de la miseria. Por fin iba a dejar atrás todo lo vivido cerca de Nikolai, o ver a Oksana, la chica de trece años embarazada, parir y ahogar con sus propias manos al fruto de su violación antes de que lo adoptaran.

Presioné mis sienes frente al recuerdo de la efímera felicidad que sentí al verme fuera de allí. Mi inteligencia nos dio, a mi hermana y a mí, un pase directo hacia el que se convirtió en mi dueño, no podía darle otro nombre, como él decía: «Yo era su cisne negro y tenía una deuda muy grande que saldar».

Salí de la ducha, me puse un vestido holgado y fui a la cocina a prepararme un café bien cargado. Observé el hogar de mi infancia, aquel lugar era una cárcel con barrotes de oro. Desde que llegamos a Darmstadt, no puedo decir que nos faltara nada, es más, yo no estudié en un colegio con otros niños, como fue el caso de mi hermana. En el mío, como mi condición era especial, los profesores venían a casa, los mejores de cada materia para expandir y exprimir todo el jugo a mi cerebro.

Herr Schwartz no escatimó en medios para mi educación, recuerdo que al principio lo vivía como un premio. Tenía una habitación preciosa y cómoda en una casa lujosa, sentía que lo justo era absorberlo todo como una esponja para ser agradecida y demostrarle a mi dueño que no podía ser más feliz al darnos la posibilidad de tener una vida más allá de un prostíbulo. Allí solían ir a parar las huérfanas que no eran adoptadas y alcanzaban la mayoría de edad.

Ahora, con treinta y tres años, poseía un doble grado en Biomedicina y Genética, además de hablar a la perfección cinco idiomas que me abrían muchas puertas. Lo malo era que no tenía la llave que abría la de mi libertad; podía fugarme, esa posibilidad siempre estuvo, pero el precio a pagar sería demasiado alto.

Cuando aterricé en Brisbane con veinticuatro, tenía muy claro mi objetivo. Tanto que mis ratos de ocio, que eran más bien pocos, los dedicaba a ampliar mis conocimientos sobre el proyecto «Godness», debía dar con la clave antes que la mismísima doctora Miller. Las órdenes fueron muy claras: «Resolver el enigma antes que ellos y ofrecer toda la información a mi dueño». Si no cumplía, las consecuencias serían devastadoras.

Llevaba un año trabajando en Genetech cuando Dylan se cruzó en mi camino y, aunque apenas me relacionaba con los compañeros de trabajo, me sentía bien allí. Que me apodaran la antisocial nunca me importó. Era cierto que interactuaba con los demás lo imprescindible, a excepción de la doctora Miller, con ella era con la que más hablaba, hasta la intromisión de su

hijo.

La imagen del rostro sonriente de Dylan me hacía poner los ojos en blanco en aquella época. Solía preguntarme cómo se podía tener una sonrisa perpetua durante diez horas al día. Yo era incapaz de emitir una sola, mi infancia se encargó de que me olvidara de lo que se sentía al sonreír, hasta que él cambió esa circunstancia.

Me había aportado tantas cosas en tan poco tiempo que lo único que esperaba era que fuera capaz de perdonarme. Ojalá hubiera recuperado su vida, que fuera feliz junto a mis hijos y hubiera encontrado una buena mujer que le diera todo lo que merecía. Aunque eso supusiera perderlo para siempre.

«Idiota», me reproché. Él no fue mío nunca, no debí enamorarme, debí obedecer y dejar mis sentimientos al margen, pero ¿cómo hace una mujer que no tiene nada para no enamorarse de un hombre que se lo da todo?

Cerré los ojos con fuerza recordando aquel día, justo una semana después de conocernos, cuando tuve aquel accidente en bicicleta.

Brisbane, siete años antes.

Vivía en una zona a las afueras del bullicio de Brisbane, en Kenmore Hills, a unos quince kilómetros del centro, lo que me permitía ir a la mía y dar largos paseos por la montaña si necesitaba despejarme. Residía en una casita pequeña, modesta, sin demasiados lujos. Como apenas salía, y la moda me importaba un pimiento, podía permitirme ahorrar algo de dinero del sueldo.

Estábamos a lunes y mi fin de semana había sido una réplica de los anteriores, por suerte, en esta ocasión, se me había permitido hablar con Alina, y saber que estaba bien fue un respiro, un chute de energía para seguir trabajando. Mientras lo hiciera ella, seguiría con vida, y eso era lo único que importaba.

Él sabía que mi hermana era mi talón de Aquiles, que haría cualquier cosa, aunque eso supusiera sacrificar mi vida por la suya. Si no cumplía, el destino que le esperaba a Alina era mucho peor que la muerte, la cederían a alguna mafia de trata de blancas y la harían adicta a cualquier sustancia estupefaciente hasta que se consumiera víctima de una enfermedad venérea o de las drogas. Tenía veintiún años, era mucho más alta que yo y preciosa, y vivía en una cúpula de cristal que construí a base de esfuerzo. Alina era intocable, a menos que yo fallara. No tenía opción, no pensaba hacerlo.

Pedaleé colina abajo, iba tan ensimismada que no me di cuenta de que una serpiente cruzaba la carretera; odiaba a esos animales, pero no hubiera soportado la idea de pasarle por encima y matarla. Giré el manillar con brusquedad lanzándome al lado opuesto por el que circulaba el reptil, sin ver el coche que venía de frente y acababa de tomar la curva. El conductor intentó esquivar, y yo, al verlo, aceleré como pude; y, aunque intenté apartarme, me fue imposible evitar del todo el impacto lateral del morro del coche contra una de las ruedas. Salí disparada de cabeza contra la ladera, suerte que llevaba el casco puesto.

Para mi sorpresa, el cabrón del conductor ni paró, es más, pasó por encima de mi bici dejándola para el desguace. Fue todo tan rápido que no tuve tiempo de fijarme en el modelo del coche o la matrícula, ya lo pensaría más tarde, si es que seguía con vida.

Un zumbido hizo que presionara mis manos contra los oídos. Intenté serenarme, mi frecuencia cardíaca se salía de la tabla y mi corazón amenazaba con ofrecerme un infarto, dándome un pinchazo en el brazo izquierdo.

Contuve la sensación de náuseas.

¡Mierda, iba a llegar tarde al trabajo y yo nunca me lo permitía!

Vi a la serpiente reptar hasta el lugar en el que yo estaba y mirarme altiva.

—¡Eso, agradéceme así que te haya salvado la vida! No me extraña nada el papel que te dieron en la Biblia. —La muy rastrera pasó de largo, no siseó ni un triste «ahí te pudras». Me palpé el cuerpo y las gafas, me consoló sentir todas las extremidades intactas, además de los cristales.

Tenía algún que otro raspón, pero nada roto. Cuando me puse en pie, tuve un ligero mareo y necesité apoyar la mano contra la piedra arenosa. Menos mal que era blanda y no me había partido la crisma.

En esa parte de la montaña la cobertura era una mierda, por lo que llamar a un taxi quedaba descartado.

La carretera por la que circulaba no era inhóspita, solía estar transitada, así que la mejor opción era cruzar al otro lado y buscar a un buen samaritano que me llevara hasta un lugar desde donde pudiera pillar un taxi.

Miré a un lado y a otro, no fuera a ser víctima del segundo atropello del día, y suspiré al ver el amasijo de hierro que antes fue una bicicleta...

Entre la óptica —sí, después de un año todavía no había arreglado la montura— y la bici que tendría que comprarme iba a fundirme todos los ahorros.

Fui al lado contrario del asfalto caminando hacia atrás como los cangrejos, no quería perderme el primer coche que pasara.

Cuando oí el ruido de un motor acercarse por mi lado, hice dedo. El conductor pasó de largo. ¿Por qué no había parado? Vale que no era un pibonazo como esas autoestopistas de las pelis, ni llevaba una falda para enseñar cacha, pero estaba en apuros, ¿es que la gente ya no ayudaba a los demás?

Pensé en que una sonrisa podría ayudar. El tobillo me molestaba, seguro que al final del día terminaría del mismo tamaño que mi rodilla, tenía toda la pinta de haberme hecho un esguince; en caliente no lo había notado, sin embargo, ahora dolía.

Llegaba el segundo coche. Puse una mano en mi cintura, la otra haciendo dedo y estiré todo lo que pude los laterales de la boca, en una sonrisa tensa decorada con muchos dientes. El resultado obtenido no mejoró el anterior, al contrario, creo que el conductor incluso aceleró al verme. ¿Por qué no había parado si le había enseñado hasta las muelas del juicio?

Quizá ese era el problema y le había parecido una psicópata. Si seguía con aquel porcentaje de éxito, no iba a llegar a la parada de taxis en la vida. Puede que fuera el casco y las gafas. Me las quité, aunque sin ellas viera poco, me atusé el pelo e hice algo que jamás creí que haría. Me desabroché el primer botón de la camisa, a ver si enseñando algo de canalillo, el siguiente paraba.

Oí un motor lejano y saqué todas las armas que tenía. Pose de chica en apuros, sonrisa de Julia Roberts en *Pretty Woman* y presión en un canalillo que no era nada del otro mundo. Por extraño que pueda parecer, funcionó, y no con un utilitario como había sido el coche anterior. Hasta yo sabía diferenciar cuándo un coche era caro y cuándo no, y más si se trataba de uno como ese, un Corvette Z06 color amarillo limón. Seguro que se trataba de un amante de la discreción.

El coche se detuvo en el arcén y yo me acerqué cojeando hasta la luna del copiloto para asomarme por ella y focalizar. Recibí un puñetero fognazo por parte del sol que hizo que una de mis pupilas apuntara hacia dentro. No quería pensar en la imagen que estaba llevándose el pobre conductor, pues yo seguía con los dientes tensos y al aire. Apreté los ojos para calmarme.

—Disculpe, ¿podría bajarme hasta algún lugar con cobertura? Acaban de atropellarme y necesito un taxi para ir al trabajo.

—¿Duendecilla? —Abrí los ojos de golpe.

«No, no, no, ¡él no! ¡Ves como Dios no existía!».

—¿Qué haces aquí?! —gruñí cuando advertí que el dueño de aquella voz era mi peor pesadilla. No había terminado de emitir la pregunta cuando Dylan ya estaba saliendo del coche.

—Pues, al parecer, salvarte la vida —dijo con cara de susto—. ¿Estás bien? ¿Qué es eso de que te han atropellado?

—¡Sí! Bueno, estoy como lo estaría cualquiera después de haber sido embestida —exclamé enfadada y nada conforme de que fuera Dylan quien me socorriera—. Oye, entra en tu limón y sigue conduciendo, ya me espero al próximo que pare, tu coche me da acidez. —Él me miró como si le hablara en congoleño, es más, se puso a manosearme y yo a aporrearle—. Estate quieto, ¿se puede saber qué haces?

—Pues un reconocimiento rápido, acabas de decir que te han atropellado.

—Y sigo en pie, ¿acaso no lo ves?

—Lo veo, pero soy de los que necesitan tocar para creer.

—Pues deberás fiarte de mi palabra, soy como la fe, no necesitas tocarla para saber que existe. —Se puso a sonreír. Ya estábamos, ¿es que ese tío desayunaba viendo comedias o qué? Si yo era lo más sieso del universo, ¿cómo podía hacerle gracia?

—¿De qué te ríes?

—De qué va a ser, de lo guapa que te pones cuando te enfadas. —Bufé, ya volvía otra vez con lo de la belleza—. Perdona, soy un pelín obtuso, ya tendría que haberme quedado claro después de un año que los cumplidos no son tu fuerte.

—Ni los cumplidos ni tú. Ya te he dicho que te vayas, que pillaré el siguiente.

—Pero ¿tú que te crees? ¿Que esto es como coger turno en la pescadería? A la gente no le gusta llevar a desconocidos, aunque sean duendecillas en apuros. Además, ¿y si vuelven a atropellarte porque no te ven? Recuerda que eres muy bajita y delgada.

—¿Y tú cómo me has visto?

—Porque tengo un radar que pilla tu señal.

—Pues ya podrías haber dado con la de un rayo.

—¿Y que me partiera? Qué traviesa eres, Duendecilla. Por cierto, ¿en qué ibas montada para que te atropellaran?

—¿Ves eso de ahí? —Señalé el gurrño que antes era mi bici—. No es una obra de arte impresionista.

—Joder, pues sí que impresiona, sí; está inservible.

—Me he dado cuenta.

—Parece que tienes mucha facilidad para romper cosas.

—Solo desde que apareciste, debes traerme algún tipo de mala suerte.

—¿Te llevo al hospital? —cuestionó, obviando mi desfachatez.

—¿Para qué?

—Para que te den un puesto de relaciones públicas. ¿Para qué va a ser? Pues para que te hagan un reconocimiento.

—No es necesario, ya me he evaluado yo misma, estoy bien, solo un ligero esguince en el tobillo, nada que no cure un poco de reposo y antiinflamatorios.

—¿Y qué haces de pie? —En un visto y no visto, me alzó en brazos.

—¡Suéltame!

—Eso pretendo, pero dentro de mi coche, no voy a cargar tu muerte sobre mi conciencia. — Discutir con él era un absurdo, además, tan bueno era su automóvil como el de otro, solo tendría que mantener la vista clavada en el paisaje hasta que me dejara en algún punto donde pudiera conseguir un taxi. No tenía que dejarme llevar por mis emociones alteradas. Eso no servía.

Me callé y me descubrí oliendo el lateral de su cuello, Dylan solía oler a mar, lo sabía porque usaba cualquier excusa para acercarse a mí y no me costaba captar el sutil aroma a salitre. Hoy destilaba un aroma fresco que no lograba identificar, quizá fuera algún perfume...

—¿A qué hueles? Hoy no lo haces como siempre —lancé la observación sin pensar en las consecuencias. No me pasó inadvertida su sonrisa de «te has dado cuenta» al posarme en el asiento.

—Así que me olisqueas habitualmente y sabes distinguir mi aroma...

—Yo no te olisqueo, no soy un perro. —Cerró la puerta y lamenté haber hecho la pregunta.

—No solo los perros olisquean, también lo hacen los cerdos para encontrar trufas.

—¿Acabas de llamarme cerda?

—Es un piropo, ¿sabes que *Babe, el cerdito valiente* siempre fue mi peli favorita de pequeño?

—¿Cómo iba a saber eso?

—Obvio, no sabes nada de mí. Pues bien, me encantaba. ¿Sabes que usaron veintinueve cerditos distintos para hacer las escenas? Así se aseguraban de que no crecieran y de que cada uno sabía ejecutar una orden.

—Fascinante. Es lógico que te gustara, es una de esas pelis que cada vez que ves, descubres algo nuevo. —Me miró, le miré y soltó una carcajada que hizo temblar en el interior del coche y, lo peor de todo, a mí. ¿Qué había sido eso?

—Eres la hostia, Duendecilla. —Se abrochó el cinturón advirtiéndome con la vista que imitara el gesto. Una vez lo hice, arrancó y en la radio comenzó a sonar *More than friends* de Inna y Dady Yankee. Estupendo, esa canción era un puñetero himno a dejar de ser amigos para pasar a algo más. Dylan me miró juguetón.

—¿Qué?! —gruñí, sabiendo muy bien cuál era la intencionalidad de esa mirada.

—Nada... —Por si no lo pillaba, se lo iba a decir.

—Nosotros ni siquiera somos amigos, ni lo vamos a ser —apostillé.

—Porque tú no quieres, y voy a decirte una cosa...: Sales perdiendo.

—Ya, eres toda una joya.

—Más allá de eso... ¿Cuántos amigos tienes en Brisbane? —Me quedé callada y lo dio como respuesta válida—. ¿Y cuántos tienes que sean guapos, divertidos y con un cochazo como este para llevarte de aventuras?

—No me gustan las aventuras.

—Cualquiera lo diría caminando por una zona donde las chicas te cobran cincuenta pavos la mamada. Cuando te vi, pensaba que estabas de pluriempleo, por eso paré. —El oxígeno abandonó mis pulmones de golpe.

—Yo no, en esa zona no... —Él soltó una carcajada.

—Lo sé, mujer, era una broma, aquí no hay sitios así. Siempre estás tan seria que eres como una puta diana con un luminoso. —Me crucé de brazos y miré por la ventana sin responder. Yo no era de las que replicaban, no lo hacía porque sabía las consecuencias, y, sin embargo, con él... ¿Por qué no podía contenerme?—. Eh, vamos, lo siento, ya sé que no te hago gracia, pero tú a mí sí, no sabes lo que es dar con alguien a quien no impresionas y que debes esforzarte por caerle bien cuando ese es uno de los dones que te concedió la naturaleza. Puede parecer extraño, pero eres de lo más refrescante, única y supongo que por eso me salen tantos chistes seguidos, aspiró

a que en algún momento logre que uno te haga gracia.

—Pues ahórratelos y dedícate a llevarme a la parada de taxi más cercana.

—¿Por qué? Vamos al mismo sitio, es absurdo que gastes dinero tontamente cuando puedo llevarte.

—Pues porque solo necesito que me acerques a la parada, nada más, y porque no quiero que me vean llegar contigo a los laboratorios y piensen lo que no es. —Apretó su sonrisa perpetua y miró hacia delante.

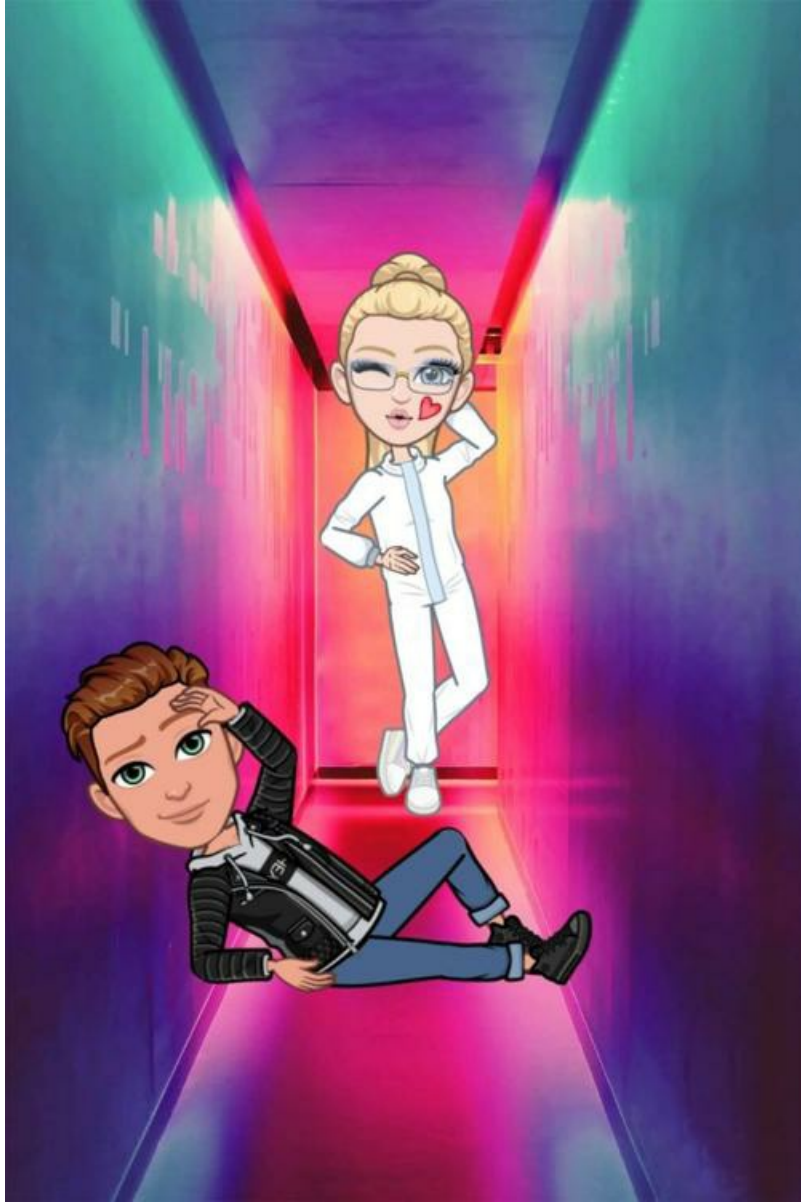
—¿Tan malo sería eso? ¿Que te relacionaran conmigo?

—Para mí sí. Ya te lo he dicho, no quiero amigos, así que búscate a otra a quien quieras hacer sonreír, seguro que te salen mil postulantes. Por ejemplo, Lisa, a ella sí que le gustan tus bromas; conmigo pierdes el tiempo. —Se mantuvo en silencio, cosa que agradecí. No paró donde le indiqué y siguió derecho hasta Genetech.

—Te dije que te detuvieras antes —me quejé, viendo la silueta de la empresa.

—Tengo un *parking* privado, respira, nadie verá que bajas de mi coche. Cuando salgas por esa puerta, esperaré un par de minutos, así te daré margen. No te preocupes, no podrán relacionarte conmigo. ¿Satisfecha? —Estaba molesto y a mí me molestaba que lo estuviera. ¿Por qué se enfadaba?

—Podrías haberme dejado en la parada. —Dylan puso cara de exasperación y pasó de responder. Bien, empezábamos a entendernos, lo mejor era ignorarnos.



Capítulo 6

Atropello.



Dylan, en la actualidad.

Ya estaba llegando a mi nuevo puesto de trabajo, iba bien de tiempo, cuando el coche que me precedía dio un frenazo en seco. Escuché un grito agudo que me perforó el tímpano y mi primera reacción fue hacerme a un lado, aparcar la moto y ver qué había ocurrido por si podía ayudar.

El chillido sobrecogedor pertenecía a una chica rubia que se agitaba histérica, su vestido blanco estaba salpicado de rojo, también su rostro, donde se apreciaba una mancha entre las cejas y otra sobre el labio superior. Al lado, una mujer mayor se arrodillaba palpando el suelo. Agudicé la vista mientras me acercaba, lo vi con facilidad, era el extremo de una correa, y bajo la rueda del coche había el cráneo de un perro aplastado.

La chica estaba hiperventilando, la gente empezaba a arremolinarse, algunos con curiosidad, otros para intentar ayudar a un animal al que ya no le quedaba vida. La muchacha estaba teniendo un ataque de pánico, así que me acerqué a ella, nada tuvo que ver su figura más que atractiva y un rostro que podría haber sido portada de revista. En Darmstadt casi todas las mujeres alemanas parecían sacadas de una, debían producirlas en serie.

Le pregunté si se encontraba bien, ella no supo ni qué responder, estaba en estado de *shock*. La aparté, llevándola conmigo a un lado, lejos de la muchedumbre, y procuré que volviera a respirar con normalidad. Se movía como una hoja agitada por el viento. De poco parecían servirle mis palabras de consuelo. Pensé en el modo tan repentino en el que falleció mi padre, en el desasosiego que sentí, en cómo Noah fue mi ancla. Cuando ocurría un suceso traumático, era importante tener a alguien cerca que te hiciera volver a la realidad.

—Vamos, tranquila, respira, estás haciéndolo muy bien; si tuviera una bolsa de papel, te la ofrecería, pero no la hay. Así que intenta respirar despacio, coge el aire por la nariz y suéltalo por la boca. —Tenía los ojos llorosos, su mirada seguía perdida en el asfalto. La apoyé contra el tronco de un árbol de follaje rojizo.

—¿Ha... Ha muerto? —preguntó sobrecogida.

—No lo sé —mentí, no quería contribuir a incrementar su desazón.

—He oído cómo la rueda le aplastaba el cráneo, a la mujer de al lado le sonó el móvil, fue a meter la mano en el bolso y la correa se le escapó. Hacía solo un minuto que yo estaba haciéndole carantoñas y ella me decía que era un cachorro juguetón. ¡Dios! —La chica se dobló en dos y se puso a devolver. Me vi en la necesidad de aguantarle la frente, y aquel acto reflejo me hizo pensar en Winni, en los primeros meses de embarazo y en cómo tuve que sostenerle la cabeza en más de una ocasión.

Quién hubiera dicho que al final terminaríamos juntos... Nadie apostaba por nosotros, ella me rehuía, no quería saber nada de mí, incluso aquel día que la encontré tirada en la montaña después de haber sufrido un accidente con la bici. El destino quiso que nos encontráramos y, como estaba haciendo ahora con aquella extraña, intenté ayudarla.

Hice todo lo que estuvo en mi mano para acercar posiciones, y como premio me llevé que al llegar al trabajo renegara de mí.

Le daba vergüenza que nos vieran juntos, y eso me hirió tanto que no pude sacarme la sensación de que era la última mierda del planeta para la única mujer que me había llamado la atención lo suficiente como para sentirme desesperado.

En el desayuno fue tal mi exasperación que no pude hablar de otra cosa con Liam y mi hermano.

Brisbane, siete años antes.

—No lo entiendo, os juro que no lo entiendo —repetí frente a un café solo, un hermano y un amigo que no dejaban de descojonarse.

—¿El qué? ¿Que hayas encontrado a la única mujer del universo con criterio? —me picó Noah, regodeándose en mi desdicha.

—¿Criterio? ¡Le da pavor que la relacionen conmigo! ¡Ni siquiera quiere que nos vean entrar juntos!

—¿Y eso te extraña? ¡Le has llegado a decir que *El cerdito valiente* era tu peli favorita! —exclamó mi hermano.

—De pequeño —puntalicé—, y en mi favor tengo que añadir que cuando estoy con ella, sufro enajenación mental transitoria.

—Joder, Dy, que al que se le dan mal esas cosas es a mí, y tú estás comportándote como si mamá y papá te hubieran adoptado y fueras el hijo no reconocido de Angelina Jolie y el payaso de Micolor.

—Eso lo dices porque tú eres tan sieso como ella y no compartes mi humor. Vale que cuando Winni entra en escena es como si me metieran en un concurso de «a ver quién la dice más gorda», pero es que no sé cómo explicarlo, me pongo muy nervioso.

—Pues ten en cuenta que en ese concurso solo participas tú, y a ella no le resulta gracioso —me amonestó mi hermano—. ¿Es que no puedes ser un poco más comedido? Es lógico que se avergüence de que la vean contigo si no dejas de decir chorradas. —Liam se mantenía al margen, mirándonos a uno y a otro de lo más divertido. Ver su cara me hizo reflexionar en voz alta.

—Tú y yo debemos tener una tara emocional, si te das cuenta, tú has buscado en Liam a mi reflejo, y yo a la duendecilla gruñona, que es el tuyo. ¿Qué diría Freud sobre esto? Tendríamos que ir a un psicólogo para que nos evalúen y me digan qué debo hacer.

—¡Oye, que tu hermano no está liado conmigo! Lo tuyo es muy distinto —aclaró Liam.

—Pfff, si un día llegarais a casa cogidos de la mano y anunciando que vais a adoptar un niño etíope, a nadie le sorprendería... —rezongué. Noah sacudió la cabeza de lado a lado.

—Eso, tú echa balones fuera, mejor mirar el ombligo de los demás que la enorme pelusa que sobresale en el tuyo.

—¿Has llamado a Winni pelusa? —Mi hermano se debatía entre permanecer sentado o regresar al trabajo antes que seguir escuchándome, se lo veía en la cara.

—No me refería a ella, y lo sabes. ¿Qué más da si la señorita Weber Meyer pasa de tu culo? No es el fin del mundo, puedes regresar a tus modelos y azafatas —puntualizó Noah.

—Pues que yo no pierdo ni a las canicas... Las mujeres me adoran y ella... ella...

—¿De eso se trata? —resopló mi hermanísimo—. ¿De que tus encantos no le resultan irresistibles? Pues mira, me alegro, a ver si te das cuenta de que esa actitud que tienes no funciona con todas.

—Eso lo dices porque nunca me perdonarás que Cri-cri se fijara en mí. Yo no tengo la culpa de que me prefiriese, hice lo que pude y los sabes. —Noah rodó los ojos exasperado.

—¿Qué te ha dado con Cris ahora? La culpa de que Winni reniegue de ti es solo tuya.

—Debería haberte ahogado con el cordón cuando tuve la menor oportunidad, se nota que estás resentido. —No pensaba lo que había dicho, yo adoraba a Noah y él a mí, era solo que Winni tenía el poder de activar a mi capullo interior.

—Madura, Dylan, puede que así des con una mujer que merezca la pena de verdad.

Cuando la vi ahí tirada en mitad de la carretera poniendo la misma cara que la prima del Joker, supe que algo andaba mal. Al principio pensé que mi fijación por ella estaba causándome alucinaciones. Bajé la ventanilla y ahí estaba, a quien del susto se le giraba un ojo hacia dentro. Había estado al borde de la muerte mientras yo pasaba el fin de semana en casa de uno de mis rollos para no obsesionarme por sus desplantes diarios y demostrarme a mí mismo que no había perdido el *sex appeal*. Winni era la única mujer capaz de hacer flaquear mi amor propio, de hacer que me sintiera ridículo y necesitara sus elogios, era de locos.

—¿Puedes darme clases de cómo ser un sieso y no morir en el intento? —le pedí a mi hermano—. Igual, si me parezco algo más a ti, funcione.

—Vivir para ver esto —rezongó—. Lamento decirte que has tenido veintitrés años para aprender; si a estas alturas no lo has hecho, yo cambiaría de estrategia.

Hundí la cara en las manos...

—Soy un desgraciado —me quejé casi lloriqueando.

Liam soltó un bufido.

—¿Desgraciado? ¿Tú? Si vistes de Prada como el que lo hace de Zara. Me gustaría recordarte que si yo pude con una madre que para mi graduación me compró un traje de Hugo Boss, que debía ser el diseñador de los de Super Mario, y estas Navidades se coronó con un polo de Tommy Hi Hitler, tú puedes con cualquier cosa.

La cara se me iluminó y no pude más que echarme a reír junto a Noah.

—¿Tommy Hi Hitler? Estás de puta coña, ¿no? —pregunté ahogado en lágrimas.

—Cuando vengas a casa te lo presto, está criando polvo junto a mi polo Lacoste, a ese aligátor de diez centímetros se le han caído ya todos los dientes.

Liam era único para levantarle el ánimo a cualquiera, era el amigo perfecto para un día de bajón, si él no lo lograba, no lo hacía nadie. Una vez pude calmarme del ataque de risa que me dio pensando en la colección de ropa de Liam, volví a centrarme en lo que me decía.

—¿Y si pasas de ella? —sugirió—. Ya has visto que ir detrás no te funciona, ni lo de hacerte el tonto para que en el curro tenga que explicártelo todo como a un niño de parvulario. Puede que te sorprenda, pero, remitiéndome a las pruebas, yo creo que es de esas mujeres que necesitan admirar a la persona que tiene al lado. Tendrías que ver su ficha...

—Un momento, ¿has mirado su ficha? —lo increpó Noah.

—Estoy en el Departamento de Recursos Humanos, y Dy está en apuros...

—Di que sí, hermano. —Choqué el puño con Liam—. ¿Qué has averiguado?

—Pues para empezar la señorita Winnifreda Weber Meyer tiene una doble licenciatura en Genética y Biomedicina, con una media de matrícula de honor en ambas carreras, y con solo veinticinco años, lo que me lleva a deducir que es una mujer de mente brillante.

—Joder, al final sí que va a resultar que quiero follarme a mi hermano —jadeé.

—O a tu madre, lo que no sé qué es peor... —puntualizó Liam, dándole un bocado a su donut glaseado. Con la cantidad de mierdas de esas que se comía, y el muy capullo tenía dieciséis abdominales en lugar de ocho.

—Voy a ir pillando hora con el loquero... —Sabía que era lista pero no tanto.

—Originaria de Alemania, habla cinco idiomas y está en Genetech gracias a su proyecto de fin de carrera, el cual alucinó a tu madre, si no, no habría entrado en el «Godness». Por cierto, ahí viene, la tienes a las tres en punto —apostilló con un ligero movimiento de cejas. Nuestros ojos buscaron a la presa que cojeaba malherida.

—Será cabezota, seguro que no se ha puesto nada en el tobillo. Tendrías que haberla visto salir del coche, nunca vi a alguien renqueante correr tanto. Al final se hará daño.

—Déjame a mí —dijo Liam, llevándose el último bocado de masa dulce a la boca.

—¿Qué piensas hacer? Liam... ¡Liam! —cuchicheé lo más fuerte que pude mientras él me ignoraba.

—Déjalo, es como tú, va a terminar haciendo lo que le venga en gana.

—¿Y si la fastidia?

—¿Más que tú? Imposible.

—Tienes razón, si vamos a tragar mierda, hagámoslo hasta el fondo.

Vi cómo nuestro amigo, con su aspecto de *surfista vintage*, porque seguía usando el puñetero traje de su padre, interceptaba a Winni cuando se dirigía al mostrador. No tardaría nada en hacer emerger su peor cara de cascarrabias ante el avance de mi amigo, Liam regresaría con el rabo entre las piernas antes de que yo culminara la cuenta regresiva del tres al uno. «Tres, dos...». Un momento, ¿qué estaba ocurriendo? Parpadeé unas cuantas veces poniendo el foco en aquel gesto. ¡Estaba bosquejando un amago de sonrisa! Acababa de sentarse en la silla con la ayuda de Liam

y permitía que le pusiera el pie en alto, dejándola allí para ir hasta la barra.

—No me lo puedo creer. ¿Acabas de ver eso? —Mi hermano removía su expreso sin siquiera mirar atrás, le gustaba darle vueltas con la cucharilla, aunque no llevara azúcar.

—No me hace falta, con verte la cara, basta.

—Pe... Pero ¿cómo lo ha hecho? ¡No le ha bufado! E incluso le ha levantado las comisuras de los labios, eso no lo hace ni con mamá. —Noah se limitó a encoger los hombros.

—Ya te dije que lo dejaras. Liam es muy bueno conectando con la gente, por eso será el futuro jefe de Recursos Humanos, ya lo verás.

—Pues voy a cambiarme de tu clase a la suya, me quedo con Liam de maestro.

—Nunca acepté darte clases.

—Da lo mismo... ¿Puedes creerte que están hablando? ¡Que es-tán ha-blán-do! Y él le ha envuelto el pie en hielo. Increíble.

—¿Y qué tiene de raro que hablen? Es lo que suele hacerse cuando dos personas se comunican.

—Es que Winni apenas se comunica, si vieras las barbaridades que dicen los del equipo... —Noah arrugó las cejas contrariado.

—¿Se meten con ella?

—No directamente, comentan que si no se relaciona, si es una antisocial... Ya sabes, ese tipo de cosas.

—¿Y tú que haces?

—Pues decirles que si no habla con ellos, será porque no son lo suficientemente interesantes. —Alcé el cuello perdiéndome cómo mi hermano sonreía con orgullo—. Pero ¿cuánto rato más van a hablar?

—*Relax, my brother*, Liam no tardará. Oye, ¿seguro que todo esto es solo porque no te hace ni puto caso? —Miré a los ojos de mi hermano.

—Supongo, no sé, creo que es como uno de esos puzzles de mil piezas que papá nos compraba de pequeños y que no podía parar de hacer hasta tenerlo resuelto.

—Es verdad, te encantaban, cada año los buscaba más grandes.

—Pues lo malo con ella es que sus piezas están en blanco, no hay dibujo, y por mucho que intente hacerlas encajar, no encuentro la manera.

—Me da a mí que la mente de esa mujer debe ser como entrar en Ikea, un puñetero laberinto sobreamueblado en el que no tienes ni idea de cómo llegar a la salida.

—No podrías haberla definido mejor. Espera, que ya viene Liam, disimula. —Tomé la taza de café helado y la llevé a mis labios, ¡ni que pudiera ocultar la ansiedad que reflejaba el temblor de mis manos!

Nuestro amigo se acercó con lentitud, cómo le gustaba al muy cabrito hacerme sufrir. Se sentó en su silla con aire chulesco e inclinó el cuerpo hacia atrás para pasar la lengua por dentro del labio inferior.

—¿Y bien? —pregunté con la tacita de porcelana al borde de la quiebra.

—De cerca gana muchos puntos... —Casi me tiré por encima de la mesa para arrancarle esa ridícula mueca de suficiencia—. Calma, chaval, era broma, aunque es muy guapa sé dónde no tengo ni que mirar —Liam se carcajeó.

—¿Quieres hacer el favor y decirme de qué habéis hablado? —Liam era tan capullo como yo, por eso ahora estaba recreándose, no hacía nada que yo no hubiera hecho y eso me ponía enfermo.

—Como has visto, me acerqué interesándome por su pie, le dije que era de recursos humanos

y que me habías contado lo del accidente, no pareció gustarle que fueras aireando sus intimidades...

—Capullo.

—De alguna manera tenía que entrarle. Le comenté que en su estado no era buena idea seguir trabajando, le sugerí que se marchara a casa y ella alegó que tenía demasiado por hacer. Le ofrecí una solución alternativa; que se sentara, me dejara aplicar el protocolo de riesgos laborales y la invitara al desayuno. Así conseguí asegurarme de que, por lo menos, se alimentaba bien y mantenía el pie en reposo quince minutos. Ah, y también le di un ibuprofeno.

—Eres bueno, eres muy bueno —murmuré con la voz de Robert de Niro.

—Suelen decírmelo.

—¿Y qué más? Te pasaste ahí un buen rato, ¿has averiguado algo que me sirva?

—Puede... —susurró, haciéndose el interesante—. Me inventé que estaba haciendo un cuestionario sobre la salud emocional de los trabajadores en el entorno laboral. Por lo que le hice unas cuantas preguntas cuya respuesta fuiste tú. —Lo miré esperanzado.

—¿En serio?

—Sí, dice que la atosigas, le molesta tu aliento mañanero, por tu culpa no rinde bien en el trabajo y está harta de tus chistes sobre gatos.

—¡Yo no le cuento chistes sobre...! —Liam volvía a estar partiéndose y Noah con él. Hice una bola con una servilleta de papel y se la lancé a la cara—. ¡Capullo!

—Me lo has puesto en bandeja. Ahora en serio, me dijo que le gustaba mucho estar aquí, que se sentía parte del proyecto y que, aunque ahora tuviera que estar más por otras cosas que por sus tareas habituales, no cambiaría su puesto por nada en el mundo. Se nota que es una mujer inteligente, cabal, que da mucha importancia a su trabajo y que tú le supones más una traba que un desafío. Sí o sí has de cambiar la táctica si quieres llamar su atención. Tu belleza o don de gentes le importan un pimiento, así que te sugeriría que empezaras a mostrarle lo interesante que puedes llegar a ser en lugar de hacerte el *mongolo* en plena pubertad. —Extendió la mano—. Son cien pavos precio amigo, con el loquero te hubiera supuesto unos cuantos meses de terapia.

—Date con un canto en los dientes con una tarde de compras conmigo. Cada vez que miro ese traje tuyo, pienso en John Paul Young cantando *Love is in the air* en los ochenta.

—Mi padre era muy fan de él, se lo diré, seguro que le gusta saberlo.

Hablar en serio con Liam era casi tan difícil como hacerlo conmigo, entre broma y broma la cafetería se quedó en silencio. Cuando eso ocurría, solo podía significar dos cosas: que había pasado un ángel, un hecho bastante improbable, o que mi madre se asomaba por la puerta. No es que eso fuera el pan nuestro de cada día, aun así, cuando ocurría, el bar se cubría por un mutismo espeso que podías untar encima de la tostada.

—Maléfica a la vista... —bromeó Liam. La doctora Patrice Miller hizo un barrido visual que enmudeció a toda la plantilla. Las risas quedaron descatalogadas y muchos se apresuraron a pagar, como si el mero hecho de compartir espacio con ella les fuera a causar el despido. Se acercó a nuestra mesa con paso firme y la mirada puesta en mí.

—Espero que os haya aprovechado el desayuno —fue su saludo.

—Gracias, doctora Miller, los donuts artesanos de esta cafetería son una maravilla, debería probarlos —respondió Liam, recibiendo una sonrisa tirante por parte de mi progenitora. Noah se puso en pie.

—Nosotros ya nos vamos, tenemos que seguir trabajando, si hubiéramos sabido que venías a desayunar, te habríamos esperado —musitó, haciéndole un gesto a Liam para que se pusiera en pie.

—No he venido a tomar nada, buscaba a Dylan, por mí podéis marcharos.

—Hasta luego entonces —se despidió mi hermano cortante. La relación entre ellos no es que fuera de lo más conciliadora.

—Doctora Miller —cabeceó Liam, dejándonos a solas. Mi madre esperó a que se fueran para pedirme que la acompañara a su despacho. Quería mostrarme unos avances y comentarme algo en privado.

Los datos importantes sobre el «Godness» los debatíamos en él, y la documentación confidencial la guardaba en casa. Mi madre era desconfiada por naturaleza y no le gustaba dejar que cualquiera pudiera hurgar en sus avances. Ni siquiera su propio equipo.

Sobre la mesa acristalada había varias hojas dispuestas que contenían los análisis de los que me había hablado y me los tendió.

—¿Son de las últimas muestras cotejadas?

—Exacto, fíjate bien en los resultados, justo en este parámetro. —Abrí los ojos asombrado, el patrón se repetía en cada una de las hojas, aquello era un gran avance.

—Es increíble.

—Lo sé, fue Winni quien sugirió que cambiáramos el método de análisis y fíjate, esto nos da un nuevo prisma para acercarnos a la cura. —El corazón me dio un vuelco al oír el nombre de Duendecilla.

—Esa chica es muy lista —susurré con admiración.

—Lo es, además de trabajadora, podríamos decir que se ha vuelto imprescindible en el laboratorio, por eso quiero que lo hagáis juntos y que investigues con ella, puede ayudarte con tu prototipo.

—La «Lanzadera» es un proyecto muy embrionario. —Era una propuesta que necesitaba muchísimo desarrollo.

—Estoy de acuerdo, por eso es mejor asentar unas buenas bases. Todo nace en algún momento, y pienso que con lo brillante que es la señorita Weber, puede darte algunas ideas sobre las que incidir con mayor precisión. Siempre es bueno rodearse de gente que suma.

Quizá no era tan mala idea. Liam había sugerido que dejara de comportarme como si necesitara clases particulares; si le demostraba a Winni que bajo mi pelazo de anuncio había un cerebro tan maravilloso como único, puede que le diera un motivo para hacerse otra opinión más acertada sobre mi persona, y la acercara a mí en lugar de que le dieran ganas de salir huyendo.

—Me parece bien, como tú dices, es bueno rodearse de los mejores.

—Ya lo imaginaba, además me gustaría que los dos me acompañarais a Sídney. Dentro de seis meses y medio me entregan un premio en el congreso de genética-médica, habrá unas conferencias muy interesantes de las que podéis nutrirnos. Para Winni supondrá un premio al esfuerzo y para ti, una presentación con mis colegas del gremio; me gustaría presumir de hijo.

—Será un honor, madre.

—Hazme un favor, no le digas nada todavía a Weber, aunque sea muy discreta, no quiero que se filtre la noticia al equipo de que ya la he escogido. Prefiero motivarlos a todos, por lo que comunicaré que una persona del laboratorio nos acompañará como mérito a su esfuerzo en el trabajo, así los tendré en tensión laboral, dando lo mejor de ellos mismos, hasta que salga el nombre del premiado.

—Eres maquiavélica.

—Soy práctica, hay que mantener la presión para que salgan grandes cosas. A nadie le amarga un dulce y muchos se están durmiendo en la parra. Ella es quien más lo merece, no basta con que el resto se ponga las pilas estos meses, así que no voy a cambiar mi decisión de que sea

Winni quien venga, ocurra lo que ocurra.

—Tú la conoces mejor que nadie, así que seguro que es la opción más acertada.

—Me gusta que confíes en mi palabra y no cuestiones mis decisiones.

—No tengo por qué hacerlo, eres mi madre y siempre quieres lo mejor para mí y la empresa. Si no tienes nada más que decirme, voy a buscar a mi nueva compañera de proyecto. —Ella sonrió abiertamente.

—Ese es mi hijo, no puedo sentirme más orgullosa de ti.

—Y de Noah —apostillé, no quería llevarme todo el mérito, mi hermano también estaba trabajando mucho, aunque fuera en otra área—. ¿Te ha hablado de lo que se le ha ocurrido para recaudar fondos y que podamos comprar esa máquina nueva a la que le habías echado el ojo? — Su expresión se demudó, mamá continuaba decepcionada porque Noah no hubiera seguido sus pasos.

—Seguro que lo es, ya me lo contará cuando esté menos ocupada, ahora hay que trabajar. Tú y yo vamos a hacer historia.

—Una que no se construye sin dinero —puntalicé, devolviéndola a la realidad de la importancia de lo que iba a hacer Noah.

—Por supuesto, el dinero ayuda, aunque no es lo más importante, este proyecto no saldría adelante sin cerebros como los nuestros, y ahora ve a por Winni, el tiempo es nuestro mayor enemigo. —Era su manera de decirme que no quería seguir hablando de mi hermano y que sería mejor que no insistiera.

—Muy bien, voy a por ella, ¿puedo llevarme los informes?

—Para eso los he impreso. Los tres haremos grandes cosas juntos. —Sabía que en ese número no estaba Noah y eso me escocía. Moví la cabeza asintiendo, no iba a ponerme a discutir ahora, poco a poco se iría asentando todo. Yo haría que mi madre se diera cuenta de lo importante que era mi hermano en la empresa, solo necesitaba tiempo.

Tomé los papeles y salí del despacho.

Estaba llegando a mi destino, y sabía que iba a costarme no decirle a Winni que en seis meses y medio acudiría a ese evento, pero tenía que hacerlo, así me lo había pedido mi madre.

Las palabras de Liam resonaban en mi cabeza, quizá tuviera razón y debía cambiar la táctica, aunque no era algo con lo que estuviera demasiado conforme, siempre había triunfado con mi forma de hacer las cosas. También era cierto que con Winni no estaba funcionando. Intentaría un último movimiento, esta noche la invitaría a cenar, y si tenía que mentir para conseguir que aceptara, lo haría. Si después de hoy la cosa no iba bien, tomaría los consejos de Liam, no tenía nada que perder.

Dylan, en la actualidad

—Ya me siento mejor. —La cara de la chica había recuperado algo de color—. Debo resultarte lamentable, qué vergüenza.

—No pasa nada, te garantizo que no es de las peores cosas que he visto.

—Eso es un consuelo. —Parecía tener un carácter risueño—. ¿Suelen vomitarte mucho por la calle? —Su comentario me hizo sonreír.

—Bueno, digamos que hubo una época en que tuve que sostener alguna que otra cabeza.

—No me lo digas, la de tus amigos saliendo de fiesta. —Definitivamente, estaba mucho mejor. Tenía un carácter afable, era fácil hablar con ella.

—Puede que ellos también tuvieran que sostener la mía.

—Sí, tienes aspecto de haberte corrido más de una juerga... Por favor, perdona el

espectáculo, yo... No soporto que hagan daño a los demás, y mucho menos a los animales. No estaba preparada para vivir algo así.

—Nadie lo está, ver la muerte de cerca no es una experiencia agradable. —El recuerdo de Winni y de mi hija ahogadas en la bañera me sacudió de cabeza a pies. Por suerte, la atención de la chica estaba puesta en su ropa y no en mi cara.

—Voy a tener que volver a casa a cambiarme, tengo una reunión importante y no puedo presentarme así en el trabajo.

—Te acercaría si pudiera, pero hoy es mi primer día de curro y no debo llegar tarde.

—No te preocupes, llamaré para que la atrasen y cogeré un taxi. ¡Menudo día! —Se frotó la cara entre las manos, llevaba un maquillaje de lo más cuidado que había quedado emborronado por la sangre.

—Seguro que comprenden que hoy te retrases, una cosa así no pasa todos los días. —Ella volvió a ofrecerme su sonrisa conciliadora. Lo hizo de un modo tan franco que algo en mí se removió, solo había visto una similar una vez, en una época de la cual ya no quedaba nada.

—No pareces de por aquí, tienes un acento inglés algo peculiar.

—A... Nueva Zelanda. —Casi había dicho Australia.

—Mmm, interesante... —Ahora tocaba que me comparara con Momoa—. Oye, me dejarías tu teléfono para hacer una llamada breve, el mío tiene la batería a punto de morir. —Me alegró haberme equivocado, la comparación ya cansaba.

—Sí, toma. —Le ofrecí el terminal sin pensarlo. Nuestros dedos se tocaron una fracción de segundo, lo que impulsó una sonrisa sesgada en su boca. La chica era preciosa, eso era indiscutible. Cogió el móvil e hizo una llamada extracorta, ¿en serio que le había dado tiempo a llamar?

—Comunica. —Me lo devolvió nerviosa y yo lo guardé en el interior de mi chaqueta de cuero. Ella me miró con interés femenino y yo sentí que tenía que irme.

—Perdona, tengo que marcharme —murmuré. El tráfico ya se había reestablecido. Alguien había envuelto el cuerpo del animal sin vida en una toalla y habían acompañado a la mujer llorosa, puede que al veterinario, o a otro lugar.

—Gracias por la ayuda, quizá volvamos a vernos y pueda agradecértelo en condiciones. Esta ciudad es muy pequeña y tiene mucha vida nocturna.

—No suelo salir —la corté.

—Pues, entonces, será en el semáforo, ahora sé que pasas por aquí para ir al trabajo y yo también. Además, el mundo es un pañuelo y yo te debo, como mínimo, un café.

—Ya veremos —murmuré sin intención alguna de quedar con ella. Tenía que centrarme en encontrar a Winni, y no en establecer nuevas amistades.

Ni siquiera quise preguntarle el nombre o darle el mío, le ofrecí un cabeceo y fui a por la moto.

Me puse el casco y di gas, una cosa era que esa mañana no fuera justo de tiempo y otra muy distinta llegar tarde el primer día. Había perdido más de veinte minutos que ahora tenía que recuperar.



Capítulo 7

Equipo nuevo.



Dylan

Llegué por los pelos, con tiempo suficiente de pasar por la máquina de café y cogerle uno a Agna; no tenía ni idea de cómo le gustaba, pero supuse que agradecería el gesto, aunque lo vaciara en la planta que descansaba encima de su mesa.

El móvil me vibró mientras esperaba el cortado. Era un mensaje de un número desconocido.

Número desconocido

Hola. Espero que no te importe la intromisión, soy la chica que salvaste esta mañana. Ahora

tienes que estar flipando, tranquilo, no soy ninguna perturbada. Es que me daba algo de vergüenza pedirte el número y pensé conseguirlo con el viejo truco de «tengo que hacer una llamada y no me queda batería» para llamarme a mí misma, y así contactarte; espero que no te importune. En serio, que no soy una chiflada y que solo pretendo que, el día que te apetezca, quedemos para tomar un café y así darte las gracias. Por cierto, me llamo Ali.

Dudé si contestar o no; con sinceridad, su gesto me hizo gracia. En el pasado creo que hasta llegué a usar el mismo truco una vez en la uni, y la chica era maja, por responder no iba a pasarme nada.

Dylan

Espero que las siglas de Ali no sean Asesina Libre e Insaciable ☺. Para ser sincero, creo que es la primera vez que una chica lo usa conmigo, y no, no me molesta, aunque podrías habérmelo pedido. Espero que no te pegaran la bronca en el curro y hayas podido postergar la reunión. No sé si fiarme mucho de una vil acosadora como tú, pero... Me llamo Marc y no sé cuándo podrá ser ese café porque estoy bastante ocupado, la vida que tengo ahora es demasiado absorbente. Espero que te vaya bien el día ☺.

Guardé el móvil en el bolsillo, lo puse en modo vibración, cogí el vaso de café y subí hasta la planta de Recursos Humanos, donde Agna me recibió con una sonrisa resplandeciente.

—Buenos días, Marc, Mr. Becker está esperándote. —Le tendí el café.

—Buenos días, Agna. No sé cómo te lo tomas, así que aposté a uno con leche y azúcar. Ahora viene cuando me dices que lo tomas solo porque eres alérgica a la lactosa. —Su sonrisa se amplió y dejó ir una risita nerviosa.

—Qué va, hasta ahora no hay alergia que quiera cohabitar conmigo. Y debo decirte que has acertado, solo que... —Metió la mano en la cajonera y sacó un frasquito de canela para agitarlo frente a mis ojos—. Me echo unos polvitos mágicos que le dan un puntito al café de máquina.

—Ahora ya sé el secreto de tanta dulzura y vitalidad. —Ella emitió una segunda risita nerviosa—. ¿Puedo pasar? —inquirí, haciendo referencia al despacho del jefe.

—Sí, deja que le avise. —Llevaba puestos unos de esos cascos de teleoperadora, por lo que solo tuvo que apretar un botón e informar que acababa de llegar—. Puedes entrar, ya te dije que estaba esperándote.

—Gracias, nos vemos luego —le guiñé el ojo y accedí al despacho.

Todos los papeles estaban listos, había practicado una firma nueva que garabateé en los espacios que me indicó Mr. Becker.

Cuando terminé, él mismo me acompañó al laboratorio y me presentó al doctor al cargo de una de las investigaciones que estaban llevando a término en la empresa.

Los últimos estudios, sobre la materia de envejecimiento, apuntaban hacia el tratamiento de las células como una enfermedad. Se acabaron las milagrosas cremas de baba de caracol o de veneno de abeja.

El estudio que estaban llevando en la Boehringer iba más allá de la apariencia, apostaban por la sustitución de los tratamientos paliativos —que suprimían los síntomas de las enfermedades relacionadas con la edad— con medicamentos antidegenerativos genuinos. Las principales causas de los cambios que sufren las personas y que están relacionadas con el paso de los años —incluidas las enfermedades— se conocían como «senescencia celular», y era consecuencia de la evolución cuando los organismos sobrevivían a su edad reproductiva normal.

Para que me entiendas, cuando las células ya no podían dividirse, y dañaban el tejido que las

rodeaba, era cuando tenía lugar la senescencia. Se trataba de un síntoma más relacionado con el deterioro de la edad, sin embargo, la investigación que capitaneaba el doctor Jacob Britt reveló algo nuevo.

Los experimentos se habían probado con roedores obteniendo unos resultados sorprendentes. Descubrieron que si se eliminaban estas células afectadas, no solo prevenían el envejecimiento, sino que revertían muchos de los síntomas pudiendo invertir el efecto que producían enfermedades tales como el alzhéimer o el infarto de miocardio.

—Lo que está contándome supone un gran avance —admiré ante la explicación del doctor Britt—. Y la quiebra para las empresas cosméticas —anoté.

El doctor rio.

—Como le he dicho, estamos en una fase muy embrionaria del proyecto, así que les daremos tiempo a reinventarse. La disminución de arrugas es lo que menos nos preocupa, aunque pueda ser uno de los efectos adyacentes. Por el momento, nuestra intención es desarrollar fármacos seguros y efectivos que nos ayuden a llegar a una vejez más saludable y activa.

—Eso suena a camino hacia la inmortalidad, ¿para qué conformarse? —bromeé. Él empujó las comisuras hacia arriba. Parecía un hombre afable y muy seguro de sus avances. Debía tener la edad de mi madre y un claro acento inglés. Era hora de soltar una de mis perlas para llamar su interés—. No me gustaría meterme donde todavía no he sido invitado, pero... ¿Están teniendo en cuenta la importancia del sector CpG en su investigación? Hay un estudio reciente que tiene en cuenta el elemento que compone estas regiones del ADN, denominado modificador de cromatina. He leído que puede incrementar o reducir el potencial «anti-envejecimiento» del CpG. Dichos modificadores están destinados a reparar las rupturas de doble hebra que suceden en el genoma, en definitiva, que podría propiciar alternativas genéticas para retrasar los procesos de envejecimiento. Podría complementar su proyecto.

Para encontrar a Winni tenía que reforzar la idea en todos de mi intención por aportar a la compañía, necesitaba hacerme imprescindible dentro de la empresa.

—Sí, estoy al corriente, pero me alegra contar con alguien que sume ideas más allá de las que ya estamos trabajando y le dé al proyecto un nuevo enfoque desde la terapia genética. Ayer Mr. Becker me dejó echar un vistazo a su currículum, y debo decir que me quedé gratamente sorprendido. Si logra ayudarnos a avanzar con sus aportaciones, los dueños de esta empresa no van a permitirle ir nunca —bromeó.

—Bueno, si eso va acompañado de un sueldo acorde con el descubrimiento, no veo un inconveniente convertirme en un buen activo.

—Este nuevo fichaje me gusta —informó el doctor Britt a Mr. Becker.

—Me alegro, voy a dejarlo en sus manos durante el día de hoy, todavía está por determinar en qué equipo de trabajo vamos a ubicarlo.

—Si rinde con la misma rapidez que habla, me lo pido. Tengo una vacante en la que puede encajar de maravilla.

—Tomo nota —admitió Mr. Becker, quien me miraba con interés—. Cuando termine su jornada laboral, pase por mi despacho, cada día comentaremos de forma individual con usted y su formador cómo ha ido todo.

—Perfecto. Había pensado en hacer algo de deporte si es posible.

—No hay inconveniente, pásese cuando termine de hacer ejercicio. Como le he dicho, las reuniones son individuales; primero hablaré con el doctor Britt y después con usted.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —cuestioné, mirando a Mr. Becker. Él asintió—. ¿Usted pasa aquí todo el día? Ha llegado antes que yo y, por lo que veo, terminará después —pregunté.

No era algo extraño, Noah o mi madre pasaban en la empresa largas jornadas de trabajo. Mi interés radicaba más en saber qué horas estaría vacío su despacho.

—Mr. Becker prácticamente vive en la empresa —aclaró el doctor Britt—. Hay veces que su mujer tiene que venir a buscarlo porque se le enfría la cena —argumentó jocoso. Yo reí ante la broma y el jefe de Recursos Humanos puso los ojos en blanco.

—Le dejo en buenas manos. Nos vemos al final de la jornada. Bienvenido al equipo.

—Gracias, después nos vemos. —Movi6 la cabeza afirmativamente y se march6.

—Venga conmigo, Marc, le presentar6 al resto del equipo y le asignar6 una tarea, a ver qu6 tal se le da.

—Vamos a ello.

El doctor Britt era un apasionado de su trabajo, se notaba al ver el ímpetu con el que cerraba cada frase y por c6mo motivaba a su equipo formado por seis personas. Cuatro mujeres y dos hombres, ninguno de ellos era Winni.

El *mail* que ten6a en mi poder era de hac6a seis a6os y el miembro m6s antiguo de aquel departamento llevaba cuatro, era dif6cil que supieran algo de ella. El doctor estableci6 turnos de media hora, mis compa6eros dispon6an de treinta minutos para ponerme al corriente de qu6 hac6a cada uno de ellos, por lo que no tuve tiempo de cotillar, hubiera sido demasiado extraño.

A las tres horas, Agna asom6 la nariz.

—Vengo a buscar al se6or Talbot para ense6arle d6nde est6 la cafeter6a y darle un chute de caf6a para que siga rindiendo hasta la hora de comer.

—Se6or Talbot, vienen a socorrerle —anunci6 el doctor Britt. No hab6a parado ni para respirar, me hab6a sido imposible conectar el *pendrive*, pues no estuve solo un instante. Quiz6 pod6a sonsacarle a Agna sin que se notara demasiado, no se me ocurr6a una persona mejor a la que poder sondear.

—Este caf6 est6 mucho m6s rico que el de la m6quina, pens6 que con tanto bombardeo de informaci6n, necesitar6as un receso. Adem6s, as6 sabr6s ad6nde tienes que dirigirte a la hora de comer. ¿Te guardo un sitio a mi lado?

—Por supuesto, me encanta comer en buena compa6a, y una tan bien informada.

Ped6 unas tostadas y un caf6 solo. Agna tom6 una macedonia de frutas y otro caf6 con leche, aunque esta vez la pidi6 de almendras.

—En la m6quina no hay vegetal.

—Me lo apunto, el pr6ximo vendr6 a ped6rtelo aqu6.

—Me gustan los hombres detallistas, menuda suerte tiene tu chica. ¿Qu6 tal tu ma6ana?

—Bien, el proyecto del doctor Britt es muy interesante.

—Aqu6 todos los proyectos lo son, Alviria, de contabilidad, dice que se le ponen los ojos en blanco cada vez que ve los gastos de los departamentos. No se escatima un solo euro. La empresa tiene unos inversores de lo m6s generosos.

—¿Qui6n es el jefe supremo, alg6n familiar de Bill Gates? —pregunt6, dando un bocado a la tostada. Ella se carcaje6.

—Siempre me han hablado de un grupo de inversi6n, algunas veces Mr. Becker se re6ne con ellos, adem6s del jefe de I+D, el director financiero, el de proyectos... Ya me entiendes. Los peces gordos solo se relacionan con los jefazos, se llenan la boca diciendo que los trabajadores aportamos valor, pero nunca se acercan a preguntarnos qu6 tal estamos.

—Comprendo. —No hab6a encontrado nada en internet m6s all6 de lo que hab6a dicho Agna, y ello no me daba buena espina. Podr6a ser por muchos factores, uno de ellos que usaran la empresa como tapadera de negocios algo turbios, que los accionistas estuvieran tan podridos de

dinero que no les interesaba que su fortuna se hiciera pública, o que algunas de las investigaciones rozaran la ilegalidad. No sería la primera o la última vez que a alguien le daba por jugar a ser Dios.

—No me malinterpretes, aquí se trabaja muy bien —se disculpó a medio camino de llevarse un trocito de piña entre los labios.

—Seguro que sí. Una de mis compañeras de universidad estaba obsesionada con venir a trabajar aquí, tenía un par de años más que yo, quizá te suena, se llamaba Winnifreda Weber Meyer. —Aгна arrugó el ceño y negó.

—Ni idea.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí?

—Siete años. —Aquello era mala señal.

—¿Y conoces a todos los empleados?

—Bueno, todos sus contratos han pasado por mis manos en algún momento, y te aseguro que de un nombre así me acordaría... ¿Quieres que le pregunte a Mr. Becker? A lo mejor no pasó de la entrevista.

—No, es una tontería. Si no te acuerdas tú y no está aquí trabajando, puede que cambiara de planes o, como dices, no la aceptaron, era simple curiosidad. —Aгна no le dio importancia y yo tampoco quise dársela. Ella siguió parlotando sobre la empresa hasta que el descanso terminó.

—Recuerda que hemos quedado para comer.

—Nunca faltaría a una cita contigo. Hasta luego —me despedí, encaminándome al laboratorio.

Durante los quince minutos que duró el descanso, no dejé de fijarme en los rostros de los trabajadores. Puede que Winni hubiera usado ese nombre para firmar el *mail*, pero utilizara el auténtico para relacionarse con ellos en los laboratorios. Brau había intentado cotejar sus huellas con la base de datos de delitos internacionales, sin éxito. Winni no era una delincuente fichada, lo que no sabía si me aliviaba o me resultaba más estresante.

Mi móvil vibró en el bolsillo trasero del pantalón. Lo saqué. Tenía varios mensajes. Un par de audios de mi hermano que los escucharía más tarde, porque duraban varios minutos, y otro de Ali, el cual decidí abrir antes de llegar al laboratorio.

Número desconocido.

Ja, ja, ja. ¿Asesina Libre e Insaciable? Mira que me habían llamado cosas, pero eso jamás. Bueno, puede que lo de insaciable alguna vez, aunque no sé si con la misma intencionalidad que la que sugerías, tendría que oírtelo decir para dilucidarlo, y esa explicación merece un café. No te estreses, estoy segura de que ya encontraremos el momento, además, te debo una muy grande y no me gusta deber favores a nadie. Por cierto, en el trabajo todo bien, no te preocupes por mí, sé cuidarme sola, salvo que atropellen a un cachorro delante de mis narices y necesite a un caballero montado en moto que me recuerde que la gente buena todavía existe. Que tengas un gran día ☺.

Decidí guardarme el número y cambiar el contacto de «número desconocido» a Ali, nunca se sabe cuándo vas a necesitar a alguien en una ciudad donde estás solo.

Me gustaría decir que tuve tiempo para respirar, pero incluso eso me costó. La hora de comer llegó en un visto y no visto, y cuando regresé, el doctor Britt me asignó una tarea específica que él mismo supervisó. Al llegar el final de mi jornada, me aseguró que pelearía para que fichara por su equipo. Al parecer, lo había impresionado, y eso era buena señal, me garantizaba tener un pie dentro.

Él mismo me indicó dónde estaban las instalaciones del gimnasio, hacer algo de deporte

mantendría mi mente ocupada. Si esperaba encontrar una sala de veinte metros cuadrados con cuatro pesas y una cinta de correr, estaba muy equivocado.

Allí todo estaba cuidado en extremo, cada detalle denotaba un mimo exacerbado, además de una obsesión por la seguridad. Había cámaras a cada paso, algunas camufladas, otras a la vista, transmitiendo un claro mensaje: «Estamos vigilándoos». Los trabajadores parecían estar más que habituados, no le daban importancia porque no tenían nada que esconder; no era mi caso, tenía que ir con sumo cuidado y encontrar un punto ciego que no contara con una vigilancia tan estrecha para poder meter el maldito USB.

O los jefes eran muy desconfiados, o esa gente ocultaba algo que nada tenía que ver con la Ley de Protección de Datos o la política de confidencialidad de los proyectos.

Las instalaciones deportivas contaban con un gimnasio de unos seiscientos metros cuadrados, con dos salas polivalentes donde dar clases dirigidas y una piscina anexa por si querías hacer unos largos. Además, había una completa sala de pesas que no tenía nada que envidiar a la que yo acudía en Brisbane. Los vestuarios eran espaciosos y contaban con una sauna.

Cuando regresara a casa, le propondría algo así a mi madre, estaría genial tener un lugar como este para los empleados.

Nada más entrar, la chica de la recepción me pidió que le diera cinco cabellos.

—¿Cómo? —Pensé que estaba tomándome el pelo, nunca mejor dicho.

—Tranquilo, se lo hacemos a todos los trabajadores, es un test epigenético, así obtenemos tu perfil y podemos asesorarte mucho mejor sobre tu plan alimenticio. Medimos situaciones de oportunismo microbiano y de toxicidad, así como de sensibilidad a determinados alimentos y aditivos que necesitas dejar de consumir. Con toda esa información obtenida, elaboramos un estudio personalizado que te enviaremos al *mail* de empresa que te han asignado. No te preocupes, es un proceso muy simple, rápido, prácticamente indoloro y automático.

—¿Automático?

—Así es. Ponemos los cabellos sustraídos sobre el oscilador del S-Drive, y la información epigenética se digitaliza y se envía automáticamente a través de una conexión segura de internet a nuestro Centro de Información Digital, por supuesto, con carácter confidencial. En Boehringer cuidamos de la salud de todos nuestros trabajadores. —No sabía si estaba hablando con una mujer o con una androide.

—Te lo sabes todo de carrerilla. —Ella se encogió de hombros.

—Llevo bastante tiempo en el mismo puesto. ¿Quieres dárme los tú o te los sustraigo yo? Soy muy delicada.

—Yo lo hago, no te preocupes.

—Tienen que ser de raíz. —Puntualizó. Me arranqué los cinco pelos que me pedía y observé atentamente el proceso.

—Entonces..., ¿tenéis a todos los trabajadores fichados por epigenética?

—Exacto. A veces se usan los datos para elaborar estudios específicos, eso sí, siempre se pide el consentimiento expreso del trabajador. —Interesante... Si lograba que Noah me enviara cinco pelos de algún cepillo de Winni, y de alguna manera lograba filtrar su análisis epigenético, podría comparar si en la base de datos de los trabajadores había alguien que se correspondiera con aquel análisis al cien por cien.

—Toma —le tendí—. ¿Te importa que mire? Siento mucha curiosidad.

—Para nada. —Observé concienzudamente el proceso y me quedé con cada detalle. Solo necesitaba que esa mujer estuviera fuera de su puesto para poner el cabello de Winni en la máquina, obtener el *email* de su análisis y tener acceso a la base de datos de trabajadores. Si

estaba o había estado en los laboratorios, iba a dar con ella—. Muchas gracias, eso es todo. Bienvenido a Der Gesundheitsclub. Te recuerdo que dispones de una hora y media para estar en nuestras instalaciones. Ahí tienes tu toalla, la llave de tu taquilla y en las duchas encontrarás productos de higiene personal veganos. No hace falta que vengas cargado de casa, y si lo prefieres, puedes dejarnos tu ropa de deporte cuando termines, nuestro servicio de lavandería la colocará en la taquilla una vez esté limpia. Solo tendrás que depositarla aquí dentro de la bolsa que encontrarás en el interior de tu casillero.

—¿Y puedo traerte mi colada semanal? —Ella rio.

—Buen intento.

—Gracias por tu ayuda, Oti. —Leí en su placa.

—Para eso estamos, para hacer agradable vuestro trabajo. —Lo que yo te diga, una autómatas.

La hora y media que estuve en las instalaciones deportivas decidí dejar de pensar, necesitaba un rato para mí, y hacer deporte era lo único que me lo permitía. Tras una ducha y la posterior sauna, subí al despacho de Mr. Becker. Agna ya no estaba y en su lugar había otra chica. En esa empresa había muchísimas mujeres.

La otra secretaria era mucho más seria, no cruzó más palabras conmigo de las estrictamente necesarias. Me dijo que esperara diez minutos, su jefe estaba ocupado con una llamada importante.

Transcurrido el tiempo, el mismísimo Mr. Becker salió a buscarme y me hizo pasar. Me comentó lo impresionado que había dejado al doctor Britt con mi trabajo y que la posibilidad de entrar en aquel grupo quedaba abierta.

A lo largo de la semana, trabajaría con los cuatro equipos restantes y tendría el finde para escoger proyecto, si es que alguno de los demás doctores se interesaba en mí como candidato.

Cuando terminó la explicación, me preguntó por mis sensaciones a nivel personal. Le expliqué que me habían gustado mucho tanto las instalaciones y los procedimientos como la preocupación por los empleados. Alabé la comida ofrecida en cafetería, así como el gimnasio.

—Me gusta saber que nuestras nuevas incorporaciones valoran positivamente el esfuerzo de la empresa en nuestros trabajadores. Por cierto, el viernes vendrá con su mujer a cenar a mi casa —dejó ir con naturalidad.

—¿Cómo?

—Me dijo que el motivo que le trajo aquí era una mujer. Quiero conocerla. —Aquello sí que me dejó fuera de juego—. No se preocupe, será una cena informal, solo estarán mi mujer y mis hijos, nada encorsetado.

—No sé si ella podrá.

—¿Trabaja de noche?

—Puede que ya haya hecho planes...

—Seguro que la convence para que pueda postergarlos, para nosotros es muy importante conocer a nuestros trabajadores fuera del ámbito laboral, forma parte del proceso de selección, si no está de acuerdo... —Sabía lo que venía después de aquella frase.

—Lo... Lo estoy, no se preocupe. ¿Prefiere vino o champán? —Él sonrió trazando círculos con los pulgares.

—Con su presencia y la de su mujer, bastará.

—Cuenta con nosotros entonces, allí estaremos.

Salí del despacho con ganas de estrellar mi cabeza contra cualquiera de las paredes. Esperaba que mi vecina no tuviera planes el viernes y pudiera hacerme un favor de cojones.



Katarina

Llevaba un buen rato escondida en la única calle que me permitía ver sin ser vista. Herr Schwartz tenía el día ocupado y hasta la noche no regresaría a casa.

Apenas podía contener el nerviosismo, había dudado en si acercarme o no a los laboratorios, si él me descubría, lo pondría en peligro; no quería que me viera, solo asegurarme de que las imágenes no mentían y que Dylan, pese a todo, había conseguido seguir mi rastro hasta Alemania.

Cada vez que las puertas de los laboratorios se abrían, el pulso se me disparaba ante la posibilidad de volver a ver su cara. Habían pasado seis años desde aquella mañana en la que me dejó sumergida en la bañera con nuestra hija jurándome amor eterno y que éramos las mujeres de su vida.

El estómago se me contrajo ante el recuerdo y ante la visión de una moto negra y roja saliendo del aparcamiento. El conductor llevaba el casco puesto y, aun así, su postura agarrando el manillar y esa chaqueta de cuero en la que más de una vez hundí la nariz hicieron saltar mi voz de alarma. Era cierto, Dylan estaba aquí y Herr Schwartz le había abierto las puertas. ¿Con qué intención? Su presencia solo podía causarnos problemas, tenía que alejarlo como fuera, pero ¿cómo hacerlo sin que me viera, sin que me reconociera? Necesitaba pensar.

Caminé apresurada hacia el coche, lo había aparcado a varias manzanas y sentí el mismo desasosiego que siete años atrás cuando Herr Schwartz me encargó la misión más difícil de mi vida.

Katarina. Brisbane, siete años antes.

Estaba sentada frente a él, mi dueño, su mirada concienzuda analizaba cada dato que le había presentado. Mentiría si dijera que no me sentía nerviosa, me aterraba la idea de que mis avances no fueran suficientes para que Alina siguiera inmersa en su burbuja, ajena a lo que hacía.

Para ella, yo estaba viviendo mi sueño australiano, y en nuestras llamadas semanales me recriminaba que solo trabajara y apenas le enviara fotos. Tan solo veía la cara bonita, lo feo me lo guardaba para mí, no era necesario que viviera otra realidad que no fuera la suya.

Las manos morenas de Herr Schwartz sujetaban con fuerza las páginas llenas de datos. Las pupilas oscilaban saltando de línea en línea hasta que tocaba cambiar de hoja, entonces se humedecía el pulgar entre los labios y pasaba a la siguiente.

Llegó al último párrafo, y cuando lo hizo, permaneció varios segundos con la mirada perdida en la zona no escrita.

Me costó tragar la saliva que se me había acumulado esperando su veredicto. No tenía idea de si su silencio era bueno o malo. Alzó la barbilla y la oscuridad de sus pupilas bañó las mías, engulléndome en ellas, rebuscando en aquel círculo perfecto si había plasmado todo lo que había descubierto o estaba guardándome un as bajo la manga.

—¿Es todo?

—Por el momento, tengo que seguir trabajando, hay piezas que continúan sin encajar y necesito más datos —confirmé en un murmullo. Cuando estaba con él, mi voz perdía algo de firmeza—. Como ya le expliqué, sigo inmersa en otro proyecto, por lo que he tenido que hacer

horas extras desde casa, y aquí no cuento con el material para avanzar en la investigación. Sin los útiles del laboratorio es un poco complicado.

—Háblame del otro proyecto. «Lanzadera», ¿verdad?

—Sí, bueno, es más bien un complemento al «Godness», la «Lanzadera» es el vehículo que nos ayudará a remplazar el ADN dañado por el sano. Dylan y yo estamos diseñando el prototipo que revolucionará la industria médica. —Movié la mano para que continuara con mi explicación.

Le hice un resumen de los avances que habíamos hecho mientras él apoyaba los codos sobre sus rodillas, cruzaba los dedos y colocaba la barbilla encima de ellos para escucharme con atención.

Cuando hace seis meses el hijo de la doctora vino a la cafetería con la noticia de que su madre quería que trabajara con él en su proyecto, se me llevaban los demonios. En primer lugar, porque me desviaba de mi objetivo y, en segundo, porque implicaba trabajar muchas horas a solas con Dylan.

Sentí ganas de matarlo cuando aquella misma noche, engañada con la excusa de que su madre quería que los acompañara a cenar para hablar de la «Lanzadera», me vi en un restaurante de lujo delante de una mesa para dos. No le dije nada, simplemente le mostré una falsa sonrisa cargada de ira y lo dejé allí plantado.

Tengo que reconocer que, después de lo sucedido, tenía mis dudas de que funcionáramos como equipo, se me ponía la piel de gallina al pensar en pasar de ocho a diez horas al día a su lado, y cuando al día siguiente de la noticia vi mi silla junto a la suya, creí que me saldría urticaria.

Me equivoqué de lleno, o me habían cambiado al gemelo o la primavera se había adelantado y Dylan había sufrido una metamorfosis de capullo a mariposa.

¿De dónde salía toda aquella inteligencia y rigurosidad en el trabajo?

Vale que de tanto en tanto seguía soltándome alguna de sus gracias, pero lo hacía con menor frecuencia, y cuando veía que tensaba el gesto, cambiaba de tema y seguíamos trabajando.

Descubrí a un Dylan distinto, al que le apasionaba casi tanto como a mí su campo de investigación, que podía mantener conversaciones ingeniosas y tener hipótesis de lo más certeras. Lo que parecía un castigo se convirtió en un desafío, y ahora había dejado de importarme si tenía que hacer alguna que otra hora extra mientras él pedía que nos trajeran una *pizza* porque se nos había pasado la hora de la cena trabajando.

Me descubrí compartiendo anécdotas de su infancia, porque mi vida la llevaba aprendida; lo poco que podía contarle no me pertenecía, y me sentía una traidora en tierra extraña.

Era curioso lo mal que podían empezar las cosas, cómo a veces la vida te sorprendía y te descubrías ensimismándote en el perfil de un rostro demasiado concentrado como para darse cuenta de que estabas empezando a verlo con otros ojos.

Una vez, escuché a alguien que decía que, al principio, todos ofrecemos nuestra mejor versión, esa por la que nos dejamos deslumbrar, pues queremos proyectar lo más atrayente de nosotros mismos, y no es hasta que cae esa primera capa que florece la verdadera esencia de las personas.

A mí me había pasado lo contrario con Dylan, aquella fachada de alma de todas las fiestas, de ligón empedernido y gracioso sin fronteras me había causado muchísimo rechazo, y era ahora que se había diluido mostrando los cimientos de un hombre sólido, un buen compañero, de ideas arriesgadas y humor mordaz; me vislumbré ocultando sonrisas para que no se diera cuenta de que sus bromas empezaban a causarme risa.

Donde antes había fórmulas e hipótesis, ahora titilaban unas pupilas verdes que aceleraban

mis pulsaciones. Me descubrí pensando en él, dentro y fuera del trabajo, lo que no vaticinaba ninguna buena señal, nada buena, no podía fijarme en nadie; mi vida era demasiado difícil como para meter en la ecuación al guaperas de Dylan Miller. Por eso, cuando hace un par de noches, tras una cena de hamburguesas y vinos, nuestros labios se unieron tras reír a carcajadas con una anécdota de su juventud, quise que me tragara la tierra, y me disculpé achacando mi actitud al exceso de alcohol, alegando que no estaba acostumbrada a beber. Tenía que alejarme de él, tenía que alejarlo de mí.

Terminé de contarle a Herr Schwartz lo que supuse que quería saber, ensalzando las virtudes de que me dejaran formar parte de la «Lanzadera».

—Te brillan los ojos. —Cerré los párpados abruptamente.

—Em, bueno, es un proyecto muy innovador y creo que puede complementar a la perfección...

—¿Le brillan a él? —me cortó.

—Sí, por supuesto, a los dos nos entusiasma todo lo que estamos logrando y...

—Has dicho que la doctora Miller te ha premiado, que va a llevarte con ella y su hijo al congreso de Sídney y a la posterior entrega de premios. —Conocía esa cara, estaba maquinando algo.

—Así es. Será un fin de semana largo, nos iremos el jueves por la noche y regresaremos el lunes por la mañana.

—Bien. Tíratelo. —Mis pulmones se vaciaron de aire ante la impresión.

—¿Có... Cómo?

—Ya me has oído. —La cabeza estaba dándome vueltas, no podía haber dicho eso, tenía que haberlo entendido mal.

—Me parece que no lo he comprendido.

—Por supuesto que lo has hecho, tienes veinticinco años y sabes todo lo que debes sobre el sexo. No me vengas con remilgos, que ambos sabemos que no eres virgen. —Desvié la mirada con vergüenza porque no me gustaba recordar ese episodio de mi vida—. Piensa en la parte positiva... A ambos os brillan los ojos y eso quiere decir que hay deseo. Con él será más divertido, y si lo haces bien, lograremos meterte dentro de la familia Miller.

—¿Dentro de la familia? —Mi boca estaba entrando en un proceso de desertización.

—Exacto. Si no avanzas en tu investigación es porque te faltan datos, y me da a mí que es porque Patrice es lo bastante lista como para no dejarlos al alcance de cualquiera.

—Yo no soy cualquiera, la doctora Miller confía mucho en mí.

—Mucho no es todo. No te olvides de que la conozco, Patrice es perra vieja y duda hasta de su propia sombra, jamás os daría toda la información para que pudierais darle la vuelta. No basta con que tengas el mayor coeficiente intelectual de su equipo; si no te considera de su familia, va a ser muy difícil que lo logremos sin levantar polvo. Ella es la emperatriz del universo y vosotros un puñado de planetas que giráis en torno a su órbita. Haz que Dylan Miller te desee tanto como para meterte en su cama y terminar en su casa. Descubre dónde guarda la doctora los archivos importantes, consíguelos y despeja las incógnitas, con las piezas correctas, te será fácil descubrir el enigma.

—En el trato no entraba que yo... —Schwartz atrapó mi cara con violencia y chasqueó la lengua en señal de negación.

—En el trato entra todo lo que a mí me dé la gana, ¿o quieres romperlo y que Alina sufra las consecuencias? Tengo un contacto muy interesado que me pagaría una buena suma por ella.

—¡No! —grité horrorizada. A él no le importaba el dinero; si vendía a mi hermana, lo haría

para hacerme daño.

—Pues entonces ya sabes lo que tienes que hacer, quiero que lo encoñes lo suficiente para que te invite a su casa, para que pases la noche en ella y puedas meterte en el despacho de Patrice unas cuantas veces. Puede que la primera vez no tengas suerte, por eso es importante que te entierres bajo la piel de su hijo, que se derrita por ti y bese el suelo que pisas. Quiero que lo enamores, Katarina, que pierda la cabeza por ti. Con esta cara no debería costarte demasiado. — Me contempló de arriba abajo. Si él supiera que entre nosotros ya había sucedido algo...—. Dale una vuelta a tu guardarropa, te doy luz verde para que gastes lo que precises, sobre todo, en lencería... A Dylan Miller le gustan las chicas despampanantes, no las ratitas de biblioteca. —El tono que usó me pareció repulsivo. Seguro que lo había investigado en profundidad, me daba asco lo que sus palabras sugerían.

—Está pidiéndome que sea su puta.

—No, no te pido nada, te exijo que lo seas, solo que para él serás mucho más que eso. La única que debe tener claro su papel eres tú. No te enamores, Katarina —me advirtió—, esto solo forma parte del trabajo, tarde o temprano regresarás a casa y es mejor que lo hagas con el corazón intacto. No quiero que me digas que no me preocupo por ti.

—¿Cuándo volveré? —pregunté.

—Ya lo sabes, cuando tengas lo que necesitamos para desarrollar el proyecto desde mis laboratorios. Entonces, desaparecerás del mismo modo en que llegaste, como una estrella fugaz en mitad de la noche, apagando el corazoncito de Dylan con tu partida.

Me soltó la cara y pasó el pulgar bajando por mi cuello hasta alcanzar un pecho. Me dieron ganas de darle un manotazo. Me contuve.

—Busca algo con relleno, no tenemos tiempo de operártelas —sugirió, apartándose para levantarse. Quise coger un atizador y partirle la cabeza en dos. Me apetecía gritar, llorar, golpear a ese Dios en el que creía mi madre, para sacudirlo y preguntarle por qué, qué habíamos hecho mi hermana y yo para merecernos esto—. Me marchó, cumple con mis órdenes y todo irá bien. Sabes que soy un hombre de palabra y cuidaré de Alina en tu ausencia. Espero que pronto me des buenas nuevas.

Se dirigió hacia la puerta y, antes de marcharse, se dio la vuelta.

—Katarina.

—¿Sí?

—No me falles.

—No lo haré —respondí a sabiendas de que era cierto, no podía permitirme el hacerlo.

—*Auf Wiedersehen*.

—*Auf Wiedersehen* —respondí, despidiéndome en alemán. ¿Cómo iba a ser capaz de hacerle a Dylan algo así? Pensé en Alina y apreté los párpados. «Lo haré por ti».

Capítulo 8

Así planchaba, así, así...



Katarina, Sídney, siete años antes

Nunca había hecho un viaje de fin de semana, y menos uno en el que hubiera tanto en juego.

Las veces que me había trasladado lo hice por pura necesidad, de Kosovo a Bosnia, de Bosnia a Alemania y de Alemania a Brisbane.

Ninguna de las veces por placer, todas con un objetivo, y aunque ahora también tuviera uno, casi podía sentir el entusiasmo hormigueando en la boca del estómago.

Engullía cada pincelada del paisaje a través de la ventana del taxi que nos llevaba al hotel. Embebida en cada doblez y cada destello de la archiconocida capital de Australia.

Catorce minutos de trayecto que me hicieron pasar por Waterloo, Redfern, Surry Hills o el Thy Town hasta llegar al distrito financiero, concretamente, a la York Street, donde se ubicaba

nuestro alojamiento.

Patrice había sido muy práctica y reservó las habitaciones en el mismo lugar donde se celebraría el evento.

El Hilton presumía de tener el centro de bienestar más grande de la ciudad, una *brasserie*, que nada tenía que envidiar a las de París —según los expertos viajeros de Trip Advisor—, y la estación de Town Hall a tres minutos andando.

La doctora Miller me comentó que, aunque se tratara de un viaje de trabajo, contaríamos con algunos ratos en los que poder visitar las maravillas de la ciudad. Me apetecía mucho conocer la Sydney Opera House y pasear por las callejuelas estrechas de The Rocks, para ver su mercado y disfrutar de la parte antigua de la urbe.

Esa misma noche se iniciaba el primer compromiso, una cena de bienvenida para todos los asistentes al evento donde tener una toma de contacto en un ambiente distendido. El sábado sería el día más intenso; en cuanto desayunáramos, la mañana se iba a ocupar rellenándose con un montón de ponencias y debates interesantísimos que culminarían a la hora de comer. La tarde se preveía tan ajetreada como la mañana, y la última conferencia la daría, en exclusiva, Patrice. Después tendríamos un par de horas para prepararnos para la cena de gala con la entrega de premios.

La mañana del domingo veríamos demostraciones de algunas de las ponencias y se clausuraría con la comida de despedida. Lo que nos dejaba la tarde libre para hacer turismo. El vuelo de regreso estaba previsto para el lunes a media mañana.

Miré al asiento del copiloto, donde Dylan mantenía una distendida conversación con el taxista. El hombre había conectado de inmediato con la cordialidad de mi compañero de equipo, no dejaba de recomendarle sitios donde ir a comer y que casi ni conocían los nativos.

La doctora Miller no levantaba la vista del móvil, durante el vuelo estuvo repasando su ponencia con el portátil, lo que me había dado mucho margen para meditar e intentar asimilar la información que había encontrado en internet de cómo suscitar el interés en un hombre. Nunca había flirteado con nadie, estaba muy pez, y el tonto ligoteo que había mostrado Dylan en el pasado, se había disuelto en una cómoda complicidad, por eso dudaba mucho que el beso de hacía unas semanas fuera porque realmente estuviera interesado en mí, siempre pensé que su tonto se debía a que sabía que me molestaba que lo hiciera. ¡Como para llevar a cabo los planes de Herr Schwartz!

El fin de semana anterior fui de compras como sugirió, no era una mujer de ir de tiendas, prefería hacerlo *online* y que las prendas llegaran a casa. Vaqueros, mallas, jerséis, tejidos de punto que no tuviera que planchar era todo lo que precisaba en mi armario. Y la ropa interior, cómoda y de algodón, sin puntillas o tangas asesinos que me crucificaran bajo el pantalón. No buscaba gustar, en mi mente no había espacio para perfumes, maquillajes o una colección de zapatos de tacón que no cupiera en mi armario. Eran muy poco prácticos, ¿para qué usarlos? Prefería unas bailarinas, botas o zapatillas deportivas.

Como no tenía idea de qué comprar, tampoco amigas y llamar a mi hermana estaba descartado, hice lo que mejor se me daba: un estudio de mercado sobre moda a través de internet. Encontré múltiples consejos sobre cómo vestir de manera *sexy* y profesional, en las revistas ponían dónde adquirir las prendas y los precios. Elaboré una lista con todo lo necesario a posteriori de perder media hora dilucidando si era pera, manzana, rectángulo, reloj de arena, triángulo, triángulo invertido o rombo. ¡Por todos los santos, hacía falta un máster en trigonometría para ver qué tipo de ropa encajaba con tu cuerpo! Para que luego dijeran que la moda era frívola.

Antes de salir de casa, me aseguré de que disponían de las prendas seleccionadas en las tiendas que pensaba visitar, no quería perder el tiempo. Incluso me hice una ruta teniendo en cuenta el tráfico de Brisbane y las estadísticas de las horas punta de los establecimientos. No iba a derrochar ni un segundo de más en el vestuario. Pacté con un taxista que fuera mi chófer toda la mañana, no me veía yendo en bici cargada de bolsas, no hubiera sido práctico.

Mi última parada fue en la perfumería, me decidí por aquella porque anunciaban una clase de automaquillaje con los productos de determinada marca. Era exactamente lo que necesitaba si no quería que Dylan se perdiera en el Picasso de mi rostro.

La chica, que parecía sacada de una pasarela, me ilustró en el arte del maquillaje de mañana, para terminar con el de noche. E intuí que lo llamaban así porque, con todo lo que me había puesto en la cara, era difícil que no me vieran, aunque estuviera a oscuras.

—¿No es demasiado? —pregunté al ver aquella amalgama de colores excesivos—. Me parece que mis poros se están ahogando con tanta capa que me has dado. —Ni siquiera recordaba cuál era mi tono de piel ahí abajo. La chica sonrió.

—Esto es tendencia —aseguró mientras yo contemplaba algo abrumada el ahumado de mis ojos en negro-violeta, las pestañas postizas gigantescas y aquel rojo de labios con el borde perfilado para que parecieran más grandes.

—Parece que me hayan dado dos puñetazos en los ojos y otro en la boca, no estoy muy segura de que esto sea lo que necesito, me da la sensación de haber salido de un combate de boxeo —protesté. Ella se echó a reír.

—Eso lo dices porque nunca te pintas, estás arrolladora. —Si su idea de arrolladora era que me hubiera pasado un tren por encima, sí, lo estaba—. Tranquila, es lo que se lleva en las pasarelas de Milán o París, estás magnífica.

—También se llevan jaulas de pájaros en la cabeza y yo no veo a nadie que lleve una puesta. —Ya te he dicho que me había tragado un montón de revistas de moda y tendencias antes de venir de compras.

—Eso lo hacen para llamar la atención.

—¿Y esto es para pasar desapercibida? —inquirí, señalándome la cara. La chica se estaba impacientando con mi actitud, pero es que yo no me veía.

—Te garantizo que estás irresistible, solo tienes que acostumbrarte. ¿Pagarás en efectivo o con tarjeta? —Extendió la mano sin perder la oportunidad, claramente se había cansado de que le pusiera pegasa a su cuadro.

—Tarjeta —murmuré, intentando que los labios se me despegaran de ese *gloss* infernal.

La dependienta puso el kit de muñeca hinchable en una preciosa bolsa con el logo de la tienda, su jefa iba a felicitarla con todo lo que me había endosado para un maldito fin de semana. Me dio unos últimos trucos para que me aguantara la amalgama toda la noche y se despidió de mí diciendo que me esperaba el mes que viene. Yo ahí no regresaba ni loca.

Estaba guardando la tarjeta en la cartera cuando oí mi nombre.

—¿Winni? ¿Eres tú? —Hubiera abierto los labios si el puñetero *pintabocas* me lo hubiera permitido. Alcé la cara de golpe y el emisor del mensaje dio un pequeño saltito hacia atrás de la impresión—. ¡Hostias! ¿Es que planeas matar a Batman? —Una de las pestañas se me descolgó atravesándome el ojo por delante.

—¿Batman? —conseguí vocalizar, soplando hacia arriba para alzarla.

Frente a mí estaba Dylan acompañado por su gemelo y el inseparable de Liam.

—¿No vas de Joker? —cuestionó seguro de que estaba disfrazada. Me quería morir.

—Ehm, algo así... Ya te lo contaré otro día. Disculpad, tengo prisa, nos vemos el lunes.

Me abrí paso entre ellos agachando la cabeza para arrancar de cuajo la maldita pestaña. Pasé de soplarla, dudaba que lo de pedir deseos funcionara con las postizas.

Salí abochornadísima de la perfumería y, sin mirar atrás, le pedí al taxista que arrancara, solo quería llegar a casa y quitarme toda esa mierda de la cara.

El taxi en el que íbamos paró frente al hotel y nos ayudó amablemente con las maletas. Por suerte, no tuvimos que hacer cola para el *check in*.

—Toma, Winni, esta es la tuya. —La doctora me tendió una tarjeta—. Está justo al lado de la de Dylan, a mí me han puesto tres plantas más arriba. Si no os importa, nos vemos aquí quince minutos antes de la cena, he quedado con unos colegas de profesión que hace siglos que no veo.

—Prefecto, no se preocupe, estaremos a la hora exacta, voy a deshacer la maleta.

—Te acompaño, yo haré lo mismo. Hasta luego, mamá. —Dylan le dio un beso en la mejilla a su madre y juntos nos encaminamos hacia el ascensor.

No había un alma, nos mantuvimos en silencio, apretujados al fondo, junto a cuatro personas más. Tenía un calor sofocante, pues mi brazo estaba unido al suyo sin opción a apartarlo. ¿Estaría resfriándome? Esperaba que no.

Al llegar a nuestra planta, nos abrimos paso entre la gente. Una de las ruedas de mi maleta quedó atrapada en la ranura del suelo, en el surco donde se cierran las puertas del ascensor, si no fuera porque Dylan se dio cuenta y tiró de ella, mi ropa habría sido triturada.

Las puertas se cerraron y nuestras manos quedaron unidas en el agarre.

Alcé los ojos, solo un palmo nos distanciaba. Desde mi estatura, Dylan podía parecer un gigante muy atractivo.

—A veces hace falta más física que química —bromeó. Y yo quería contestarle que la química estaba desbordando la probeta de mis emociones igual que una botella de Coca-Cola a la que le metes un paquete de Mentos.

—Tenemos que ir a la habitación —musité, fijándome en sus labios perfilados. Mi voz salió más ronca de lo que debería.

—Si fuera otra quien me dice eso mirándome como estás haciéndolo, pensaría que es una proposición y ahora mismo estaría devorándote contra cualquier pared. —Sentí cómo los párpados se me pegaban a la cuenca del ojo mientras que los suyos se estrechaban en una inconfundible sonrisa.

—Soy mayor que tú —murmuré a modo de escudo. ¿Qué chorrada era esa? La cabeza me daba vueltas, había sido demasiado gráfico y ahora deseaba ser esa mujer a quien le comiera la boca.

—A mí no me importa que acumules experiencia... —jugueteó. Si él supiera la experiencia que acumulaba... Soltó la maleta y volvió a una expresión despreocupada—. Tranquila, no te pongas nerviosa, que a ti no voy a comerte nada, era broma. Anda, vamos.

Estuve cerca de preguntarle por qué no, si no era lo suficientemente buena, alta o guapa, pero me abstuve, habría sonado muy desesperado. Además, después de plantarle aquella excusa barata del vino, no había vuelto a intentar besarme ni sacado el tema en cuestión.

Me limité a seguirle hasta la puerta.

No estaba haciéndolo bien, nada bien. «Maldije para mis adentros mi falta de habilidad amorosa». Para que tuviera éxito necesitaba un milagro.

—Esta es la mía —advertí frente a la puerta.

—Ya veo. Este finde somos vecinos, ¿recuerdas? —Asentí—. Si necesitas un poco de sal, o de azúcar, solo tienes que llamar a la puerta.

—¿Eso no te lo trae el servicio de habitaciones? —Él soltó una carcajada ante mi ingenua

pregunta.

—A veces eres tronchante. Nos vemos luego. —«Ahora debo decir algo ingenioso en plan... ¿Y por qué no seguimos viéndonos ya...?». Mientras hacía conjeturas, él pasó de largo. «Tonta, tonta, eres una tonta rematada», me fustigué—. Cualquier cosa que necesites, estoy aquí al lado. Hasta la vista, vecina. —Recalcó la última palabra entrando en su cuarto. Tenía ganas de darme cabezazos. Lo imité y pasé a la mía. Las cortinas estaban descorridas y la luz entraba a raudales, tuve que cerrar los ojos ante el impacto. Era la primera vez que estaba en un lugar como aquel. Lo que me hizo observarlo todo con el detenimiento de quien no ha estado jamás en un hotel.

La habitación no me pareció grande en exceso, si la comparabas con la gigantesca cama donde cabrían cuatro como yo holgadamente. El ventanal estaba al fondo, al lado de una práctica zona de trabajo. La decoración era sobria, pensada para relajarse, con algunos cuadros en las paredes que otorgaban color a los tonos grises de suelo y paredes. La moqueta era muy mullida.

Lo primero que hice fue escribir un mensaje a Herr Schwartz para decirle que todo estaba en marcha, lo borré y escribí tres veces, no quería parecer que lo tenía todo controlado cuando no era el caso, aunque tampoco tenía que parecer que estaba descontrolada. Cuando tuve el correcto, pulsé enviar. Lo siguiente que hice fue sacar la ropa de la maleta y cruzar los dedos para que no se me hubiera arrugado nada. Seguí un tutorial de una *youtuber* que lo prometía. Cuando levanté la tapa y vi el estado del traje y las blusas, me juré que jamás haría caso a una chica que se llamaba a sí misma Rita Manitas.

Mi ropa parecía un acordeón, ni la mejor crema antiarrugas mejoraba eso. A ver de dónde sacaba yo una plancha para solucionarlo, además de un tutorial para aprender a usarla. Si es que debería haber traído cosas de punto...

Cuando abrí el armario para colgarlos, me sorprendió que hubiera una encima de la balda, casi grité de la alegría. Qué previsores eran estos del Hilton. Quizá no era la primera desesperada a quien le ocurría y el hotel ya contaba con ello.

Estaba de suerte; plancharía la ropa y después la colocaría, usarla no podía ser muy difícil. Enchufarla y deslizarla por encima de la ropa. Cuando me puse manos a la obra, el aparato no funcionaba, hoy tenía la negra. Fui a levantar el teléfono para llamar a recepción, pero tampoco iba, quizá se tratara de un fallo eléctrico o una señal divina de que tenía que pedirle ayuda al vecino de al lado. Sonreí ante la ocurrencia, decididamente, llamar a Dylan era la mejor idea de todas.

Tardó un poco en abrir, puede que le hubiera pillado en mal momento o...

¡Oh, Dios mío! Mi boca decidió hacer *puenting* junto a mi vagina.

—Vaya, no esperaba que se te acabara la sal tan rápido, perdona que te abra así, estaba duchándome, esta mañana se me pegaron las sábanas y no me dio tiempo... —¡Por todos los músculos del universo! A ese hombre le habían dado la colección completa, no le faltaba uno. No sabía en qué lugar fijar las pupilas y que no supusiera morir por combustión instantánea. Todo era demasiado tentador, desde los mechones castaños donde el agua se contoneaba, a la cara *sexy* de mandíbula cuadrada, o ese torso cubierto de líquido serpenteante—. Winni, ¿estás bien? ¿Pasa algo? —¿Si pasaba algo? ¡Pasaba todo! ¡Y tenía órdenes de hacer cosas, muchas cosas con ese cuerpo!

—Sí, eh... Te necesito —musité con los ojos en su ombligo, era tan redondo y perfecto.

—Estás mirándome un lugar que no tengo claro qué necesidad debo cubrir... —Alcé la vista muy sonrojada.

—Perdona, no esperaba que me abrieras así... Intentaba centrarme y un círculo me pareció la mejor opción. No me funciona nada en la habitación, ni el teléfono, ni la plancha..., y pensé que

quizá tú...

—¿Podía devolverte la electricidad con mi chispa? —propuso sonriente. Asentí procurando no ser inapropiada con mis miradas que clamaban arrancarle la toalla a gritos—. Le echaré un vistazo, ¿te importa si me visto antes? No quiero incomodarte. —¿Incomodarme? ¿A quién podía incomodarle un hombre así? «A ti hace casi siete meses», murmuró mi conciencia que era una traidora.

—Sí, te... te espero aquí.

—No tardo.

Tenía calor, muchísimo calor, y una necesidad extrema de calmar mi sed pasando la lengua por todas aquellas gotas de agua. ¿De dónde salían aquellos pensamientos? Ni yo misma lo sabía, solo que estaba ocurriendo y lo peor de todo era que no quería detenerlo. Por primera vez, tenía ganas de cumplir una de las órdenes de mi dueño, aunque el precio fuera muy alto.

Dylan salió con unos vaqueros desgastados, un jersey finito color verde musgo con cuello de pico y calzando unas zapatillas de lo más deportivas. Ay, mi madre, la ropa casual le sentaba de vicio.

—Vamos a ver esos problemas eléctricos, ya sabes que soy un hombre de recursos.

—Si lo prefieres, bajo a recepción, no pensé mucho, tal vez no debí llamarte.

—Estoy aquí para ayudarte, no sufras, Duendecilla. —Había empezado a gustarme que me llamara así, sabía que lo hacía desde el cariño y no desde la burla.

Entramos en mi cuarto y fui directa a la plancha para mostrarle el problema.

—Mira, fíjate, no funciona. —Conecté el aparato a la corriente. Escuché una ligera risita a mis espaldas.

—¿Puedo preguntarte una cosa? ¿En cuántos hoteles te has alojado? —Me giré sin comprender y algo avergonzada dije:

—Este es el primero.

—Eso explica muchas cosas, vamos a probar algo, a ver si funciona. —Cogió la tarjeta de acceso a la habitación que había dejado en la mesilla y me tomó de la mano para llevarme con él hasta la entrada. Cuando cruzó sus dedos con los míos, se me cortó el aliento. Se dio la vuelta y me enfrentó—. Si consigo arreglar tu problemilla con esta tarjeta de plástico..., ¿admitirás que soy un tipo listo, ingenioso, al que ya no odias y a quien vas a deberle un favor enorme que podré cobrarme cuando quiera? —Puse mirada de no estar muy convencida, que era como se suponía que debería estar, y no deseosa de cumplir con ese favor.

—Vale, acepto. —Alzó las cejas con incredulidad—. ¿Pasa algo?

—Me esperaba una mayor resistencia. No voy a ser yo quien se queje de que me pongas las cosas fáciles. —Me mordí el labio y sus ojos oscilaron hasta él. Carraspeó un poco, me soltó la mano y se arremangó el jersey del mismo modo en que haría un mago—. Fíjate bien. Nada por aquí, nada por allá. —Agitó la tarjeta frente a mis ojos y me pidió que soplara. Lo hice un pelín pudorosa, y entonces llevó la tarjeta hasta un cajetín ubicado en la pared y la introdujo—. Tachán. Mira —susurró, apuntando en dirección a la plancha. El piloto rojo brillaba en ella, señal inequívoca de que ya funcionaba—. Magia. —Su aliento golpeó el lóbulo de mi oreja y tuve la necesidad de cerrar los ojos un instante antes de decir en tono ofendido:

—¡Me has tomado el pelo! ¡¿Por eso me has preguntado si era la primera vez que estaba en un hotel?! ¡No es justo, me has engañado! —exclamé afectada mientras lo enfrentaba. Él me miraba burlón, estaba un pelín agachado, lo que permitía que nuestros ojos conectaran.

—Deberías haber leído la letra pequeña antes de firmar el contrato. Tú me has pedido sal y yo te la he dado, ¿qué más da si poseo una fábrica? —Fruncí el morro—. Ahora viene la mejor

parte, quiero cobrarme el favor... —«Que sea un beso, que sea un beso», aullaban mis hormonas enloquecidas mientras fingía estar molesta.

—¿Qué quieres? —No podía dejar de pensar en su boca sobre la mía, ¿a qué sabría?

—¿Puedes plancharme la camisa de mañana? Soy muy negado y seguro que la quemo, ya que vas a ponerte con la plancha... —Mi cara debía ser un poema de rima asonante, porque hubiera esperado cualquier cosa menos eso.

—¿Que te planche?

—Dijiste que podía ser cualquier cosa, ¿te parece si te la traigo ahora que ibas a meterte en faena?

—Em, sí, por supuesto, tráela.

No iba a decirle que no sabía planchar y que era la primera vez que iba a ponerme con ello. Sé que puede sonar raro que una mujer con veinticinco no haya planchado nunca, pero en casa de mi dueño se encargaba el personal, y cuando me mudé a Brisbane, opté por erradicar todo aquello que me hiciera perder tiempo.

—Ahora mismo vuelvo.

Salió de la estancia y a mí me dieron ganas de abofetearme, ¿cómo había pensado que me pediría un beso si yo misma me había encargado de dejarle claro que era algo que nunca había deseado? Era una necia, no tenía tiempo ni siquiera de mirar un tutorial, tendría que probar con mi ropa antes de estropear la suya.

¿Qué tenía que hacer para avanzar con él? Pensé en los consejos *online* de cómo ligar con un hombre. Eran algo así como...

Interésate por sus temas de conversación, escúchalo cuando hable, lánzale miradas pícaras y sonrisas dulces... Los primeros consejos los llevaba bien, los últimos tenía que perfeccionarlos. Me había dado cuenta de que cuando intentaba las miradas *sexis* frente al espejo, se me giraba el ojo, y con esa sonrisa tan poco natural, parecía un anuncio de Corega Ultra.

El que me tenía más desconcertada era el que decía: toma la iniciativa, pero hazte la difícil, ¿y eso cómo diantres se hacía? O llevabas a cabo una cosa o la otra, pero no podía decirle «¿te parece si quedamos?» y en cuanto dijera que sí, argumentar que tenía que consultar la agenda; iba a parecer bipolar. El último *tip* era el más fácil, que no le contara todo sobre mí. Emití una risa sin humor porque todo lo que le conté a Dylan era inventado, ni siquiera mi nombre era de verdad.

Fui hasta la cama y me puse a darle a las arrugas a la vez que intentaba buscar una estrategia más eficiente que las que ofrecía la revista.

El recuerdo volvió al cajón donde lo había encerrado, lejos de mi realidad. Conduje por inercia, ni siquiera recordaba haber parado en los semáforos correspondientes, podría haber matado a alguien por el camino y ni me habría enterado.

Hoy no haría horas extras en el laboratorio, necesitaba llegar a casa y asumir que él estaba en mi ciudad, no sería capaz de concentrarme en nada más después de haber constatado que realmente se encontraba tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

Pulsé el botón que abría la enorme verja de la fortaleza en la que vivía. Una gran y opulenta mansión ubicada al final de la calle Seiterweg, con unas impresionantes vistas sobre el parque Rosenhöhe, que era un lugar habitual de paseo para los amantes de las rosas, o para quienes querían visitar los mausoleos y tumbas de la casa principesca de Hesse.

Cuando era pequeña y mis profesores me dejaban salir con Alina, nos gustaba jugar al

escondite. Ella solía fingir que era una princesa en apuros, y siempre terminaba resguardándose bajo el Rosarium, una cúpula ubicada junto al estanque de nenúfares cubierta de ricas vetas de rosas trepadoras.

Aparqué el coche y fui directa a mi cuarto, quería tumbarme hasta la hora de la cena, la cabeza había empezado a dolerme fruto de la tensión. En cuanto mi cuerpo tocó el colchón, la puerta de mi habitación se abrió abruptamente y, como un vendaval, Alina se arrojó sobre la cama con la misma vitalidad de siempre.

—¡Qué suerte que hayas llegado tan pronto! ¡Hace días que no charlamos!

—He venido antes porque estoy agotada y me duele la cabeza, *herma*. —Ella hizo un mohín de decepción.

—Oh, entonces, ¿prefieres que te deje sola? —No me gustaba contrariarla, siempre me sentí responsable de la felicidad de Alina desde la muerte de nuestros padres.

—No, está bien, tienes razón, hace mucho que no hablamos más allá de contarnos en la cena cómo nos ha ido el día. ¿Bajamos a la cocina y me tomo un paracetamol?

—Perfecto, yo prepararé una de esas infusiones de *Hibiscus* que tanto te gustan.

—Esas te gustan a ti, ya sabes que soy más de café —dije, incorporándome sobre el edredón.

—Pero la cafeína no casa con la jaqueca, las infusiones van mejor. Venga, que tengo que contarte muchas cosas de chicas y quiero aprovechar ahora que estamos solas.

Alina me cogió de las manos y tiró de mí para que la siguiera. Me costaba verla como la mujer de veintinueve años que era. Para mí siempre sería aquella niñita que me cargué a la espalda mientras las bombas estallaban a nuestro alrededor. Éramos tan distintas.

Mi *herma* era una mujer jovial, bella, enamoradiza, con un carácter que le restaba años y a mí me los añadía. Sus preocupaciones eran más bien artísticas, resultaba difícil verla triste o turbada por algo más allá de que la inspiración la abandonase. En eso consistía su trabajo; convertir lo feo, lo anodino, en hermosas obras de arte.

Su estudio era la habitación con mejores vistas, decía que la naturaleza la inspiraba.

En cuanto llegamos a la cocina, puso agua a hervir. Yo me tomé la pastilla y me senté en la mesa masajeándome las sienas. Cuando asentó la tetera sobre el fuego, Alina vino hasta mí con presteza, apartó mis manos y colocó las suyas sobre mi cuero cabelludo para darme un masaje que me arrugó hasta los dedos de los pies.

—Mmm, eres fantástica —suspiré—, podrías haber sido masajista en lugar de artista.

—Ya sabes que prefiero moldear arcilla, sigo buscando a algún Patrick Swayze que quiera sentarse detrás de mí en una silla para destrozarse un jarrón mientras me la mete. ¿Puede haber algo más erótico en la vida?

—Ahora mismo no se me ocurre —preferí no darle mecha. La palabra sexo estaba descartada de mi vida.

—Eso mismo pienso yo, aunque estoy muy cerca. No tienes ni idea de lo que ha ocurrido esta mañana. —Su entusiasmo me hizo pensar en la reunión que tenía. Dios, qué mala hermana era, no me había acordado abducida por mis problemas.

—Perdona, me olvidé, tenía tantas cosas en la cabeza que no te he preguntado. ¿Qué tal ha ido? ¿Van a exponer tu colección? —Un galerista muy importante había decidido dar un voto de confianza a las obras de Alina.

—¿Eh? Ah, sí. La exposición. Luego te cuento esa parte, no iba por ahí la cosa... —Agitó las cejas—. He conocido a alguien.

—¿En la reunión?

—¡No! ¿Quieres dejar eso de lado? Lo conocí cuando iba a cruzar el semáforo que queda

frente a la galería y atropellaron al perro de la mujer de al lado. —Giré la cabeza con rapidez y la miré con espanto.

—¿Te pasó algo? ¿Tú estás bien?

—Sí, ¿no me ves? Esta mañana me asusté bastante, la sangre del pobre animal me estropeó el vestido, tuve que venir a casa a cambiarme, pero lo mejor de aquella grotesca situación fue que lo conocí a él.

—¿Al que atropelló al perro?

—No, Marc no atropelló a nadie, y fue un accidente. Él me socorrió cuando a mí me dio un ataque de pánico en plena calle y me puse a gritar como las locas.

—No era para menos... —suspiré.

—Es que lo vi todo, cómo la rueda aplastaba la cabeza del pobre cachorro, me quedé sin aire...

—No me extraña. —Los horrores de la guerra habían dejado imágenes que jamás pude olvidar.

La tetera silbó y Ali interrumpió el relato para ir al fuego. Sirvió un par de jarritas, de esas de cristal transparente, donde había un depósito específico para prensar las hierbas. El aroma intenso del hibisco llegó a mi nariz. Mi hermana era una fanática de las infusiones, solía decir que en las plantas habitaba todo lo que necesitábamos.

—Toma, le he añadido a la tuya un poco de manzanilla, que va genial para aliviar dolores, y melisa para tu jaqueca, verás qué bien te sienta. Deja que repose en la jarra cinco minutos y después te la sirves en la taza.

—Gracias. —Arrugué la nariz con muy poco entusiasmo. Al contrario que a ella, solo había tres infusiones que toleraba, para el resto de casos prefería tomar una pastillita seguida de un buen trago de café cargado.

Alina se acomodó en la silla de al lado, subiendo las piernas en plan india.

—¿Preparada para que te hable del hombre del que me he enamorado?

—Pero ¡si acabas de conocerlo! —Si hubiera estado bebiendo, le habría regado la cara.

—¿Y? Solo hizo falta que viera una vez la escultura del Rapto de Proserpina para darme cuenta de que jamás observaría algo que me robara el corazón como los dedos de Plutón aferrando aquella cadera femenina. Quiero que Marc me coja de la misma manera. —Resoplé.

—Esta semana es Marc, el mes pasado fue Dieter y el anterior... ¿Cómo se llamaba aquel prometedor artista taiwanés?

—Esto es distinto, Kata. Con Marc sentí la misma conexión que con la estatua.

—Vamos, que te quedaste de piedra. —Su risa cantarina inundó la estancia.

—Al contrario, cometí una locura. —Aquello sí que me preocupó.

—¿Qué has hecho?

—Le pedí el móvil y me hice a mí misma una perdida para mensajearnos. Al principio, se mostró algo reticente, pero en el último mensaje he vislumbrado esperanza, creo que yo también le gusto.

—Menuda novedad, tú le gustas a todo el mundo —me quejé.

—Y tú también les gustarías si hicieras más vida social y menos horas de laboratorio. Este fin de semana vamos a salir juntas. Te pongas como te pongas el sábado es para mí.

—Ya veremos, tengo que hacer muchas cosas.

—¿Qué hay más importante que salir una noche con tu hermana pequeña? Cualquier mujer de ochenta años vive más que tú. —No podía llevarle la contraria porque era cierto. Hizo un mohín de los suyos para convencerme. Cuando ponía esa cara, no podía resistirme.

—Está bien, pero tomamos algo rápido y volvemos pronto a casa.

—Eso ya lo veremos, por ahora, bébete la infusión y deja que siga hablándote de Marc. —
Hice rodar los ojos y me dispuse a poner oídos a su nuevo enamoramiento.

Capítulo 9

Ven a cenar conmigo.



Dylan

En cuanto llegué a mi calle, ni siquiera paré para tomar una cerveza en el bar. Fui directo al piso de Gyda para aporrear la puerta y pedirle el favor de que se hiciera pasar por la mujer por la que había abandonado Nueva Zelanda.

Nada más golpeé, ella me abrió sonriente.

—Hola, ¿te pillo mal? Te necesito. —Su mirada cambió a una mucho más atenta.

—Me pillas maravillosamente bien. Pasa, Donatella está con su chico en el salón, así que será mejor que vayamos a mi cuarto.

Saludé a su compañera y a su chico, que estaban metiéndose mano en el sofá sin ningún pudor, y en cuanto entré en la habitación de Gyda, ella me empotró contra la puerta para

comerme la boca. Respondí al beso medio sorprendido, y cuando ella se deslizó para bajarme los pantalones, traté de detenerla.

—No he venido para esto —murmuré. Ella levantó la barbilla y sonrió llevándose por delante toda mi ropa.

—Después me lo cuentas —ronroneó, llevándose mi polla entre los labios.

Media hora después, desnudos y saciados, intenté sacar el tema.

—¿Te va bien que hablemos ahora? Necesito que me hagas un favor. —Su mano derecha ascendió a mi cara para acariciarme el lóbulo de la oreja.

—Pide.

—Tienes que acompañarme a una cena de la empresa este viernes, necesito que seas mi chica. —Ella rio.

—¿No quedamos en que nada de ataduras?

—Me he expresado mal, solo necesito que lo finjas. Para que me dieran el puesto de trabajo, me inventé una trola de que había venido a Darmstadt por amor. El jefe de Recursos Humanos parecía de esos hombres que se conmovían ante historias de ese tipo, y ahora me ha invitado el viernes a cenar con su familia para que le presente a esa chica.

—Me halaga que hayas pensado en mí para el papel y lo haría, pero este fin de semana es la boda de mi hermano, ni siquiera voy a ir a clase el viernes por la mañana.

—¡Joder! —prorrumpí. Gyda era mi única opción.

—Podemos intentarlo con Donatella.

—No colaría, necesito que haya algo de química. Además, está su novio, no quiero terminar con la cara partida.

—Podría proponérselo a alguna compañera de la universidad, seguro que no les importaba hacerse pasar por algo tuyo si al final de la cita les regalas un orgasmo tan bueno como el que yo he tenido.

—Déjalo, ya veré cómo me las ingenio. —Me aparté para vestirme y marcharme al piso, necesitaba pensar.

—¿Y si pospones la cena? El finde que viene no tengo planes.

—Veré lo que hago, gracias. —Gyda y yo no nos debíamos nada, por lo que no le importó que tras el polvo me marchara.

En cuanto llegué al piso, escuché el mensaje de mi hermano, en parte echándome la bronca y en parte aliviado. Después, vino el de mis hijos, fue inevitable que se me humedecieran los ojos. Ellos eran lo más importante que tenía en el mundo, y aquel pedacito que me uniría a Winni de por vida.

Volví a ser tarde para llamarlo por teléfono, y mandé un audio a cada uno. A Noah pidiéndole que fuera a mi casa, tenía algunos objetos de Winni que guardé en el desván, esperaba que en el cepillo de plata que le regalé cuando nacieron nuestros hijos pudiera encontrar cinco pelos con su correspondiente raíz. Era difícil, pero mi única opción. El segundo mensaje fue para mis retoños. Lo tuve que grabar un par de veces porque la voz se me cortaba presa de la emoción.

Pasé el resto de la tarde dándole vueltas a la información que tenía por el momento y a mi falta de opciones en cuanto a la cena del viernes. Podía contratar a una actriz, pero no acababa de verlo. Puede que fuera mejor ponerle una excusa a Mr. Becker el mismo viernes alegando que mi chica se había puesto mala y que, como decía Gyda, lo pospusiéramos a la semana siguiente. Algo se me ocurriría.

Volví a cenar algo de comida precocinada y me tomé un par de cervezas antes de irme a la

cama.

En cuanto sonó la alarma del móvil para despertarme, me di cuenta de que tenía un nuevo mensaje. Creí que se trataría de Noah, pero no, acababa de equivocarme.

Ali

Buenos días, Marc.

Aquí la Acosadora, Libre e Insaciable de Ali. He cambiado el primer adjetivo porque lo de asesina me quedaba grande, y lo de acosadora, a juzgar por mis actos, va más conmigo. No sé si te han pitado los oídos, pero le he hablado a mi hermana de ti, espero que no te importe, eso quiere decir que me has sorprendido para bien; a Kata solo le hablo de cosas que me impactan, es una mujer casi tan ocupada como tú, así que intento que no pierda el tiempo con mis banalidades.

Te mandaba este mensaje para darte los buenos días, recordarte que sigues teniendo un vale para tomarte un café conmigo y que sigo debiéndote un favor muy grande que puedes cobrarte cuando quieras.

Hoy estaré en nuestro cruce a la misma hora de ayer, por si te apetece ese café juntos. Hay una cafetería en la esquina que está genial y, bueno..., pensé que a lo mejor podrías hacerme hueco antes de ir a trabajar.

Si no te presentas, no pasa nada, mañana volveré a escribirte, puedo ser un pelín insistente. Si no me bloqueas como contacto, entenderé que no te importa que siga acosándote, y si quieres que esto termine, ya sabes dónde encontrarme.

Espero que no faltes a la «cita», y si faltas, que tengas un buen día. ☺

Aquella chica era de lo más persistente, pensé en bloquearla como me había sugerido, algo me decía que si le abría la puerta a Ali, sería peor que un chicle pegado a una suela, pero, por otro lado, tal vez fuera una posible solución a mi problema del viernes...

Me pasé los dedos por el pelo y decidí que una cita para tomar un café tampoco le hacía daño a nadie. Si veía que era una psicópata obsesiva, bastaba con salir del bar, largarme y no volver a verla en la vida. Ella me debía un favor y yo necesitaba a alguien que me acompañara, puede que incluso llegara a salir bien, solo tenía que dejarle las cosas claras.

Marc

Buenos días, Acosadora, Libre e Insaciable.
Acepto café en nuestro cruce. No te retrases. ☺

Esperaba que con aquel mensaje fuera suficiente. Me puse unos vaqueros, el jersey que tanto me gustaba de color musgo y mi chupa de cuero negro.

No fue hasta que subí a la moto que pensé que había escogido el mismo vestuario que cuando tuve mi primera cita con Winni.

Brisbane, Sídney, siete años antes.

O tenía los receptores escacharrados, o juraría que Winni ya no me miraba como el primer día.

Cuando le abrí la puerta recién duchado, casi podía notar las caricias de sus ojos sobre mi cuerpo. Menos mal que le llamé la atención cuando fue bajando o hubiera notado que algo ahí

abajo estaba despertando... Y, ahora, en su habitación...

¡Se había humedecido los labios y miraba los míos esperando que esa fuera mi petición! Juraría que deseaba que se lo propusiera, a pesar de haberme dejado claro tras aquella cena que besarnos fue un error debido a su estado de embriaguez.

Le solté lo de la camisa porque no quería precipitarme, Liam tenía razón y darle margen estaba funcionando. Veía interés en su mirada, que ya no le incomodaba que nos quedáramos hasta tarde trabajando y que, aunque no me dejara que la acompañara a casa, le gustaba el ofrecimiento.

Hoy había conseguido que sus mejillas se colorearan, que me mirara con deseo y quisiera un beso. ¡Era un gran avance! Y si tenía que jugar a desesperarla, para que diera el paso y no acojonarla, lo haría.

Nunca una mujer me había gustado tanto como ella. Era preciosa, lista y movía algo en mi interior que me hacía querer más. Compartíamos nuestra pasión por el trabajo y sabía que en algún momento también lo haríamos entre las sábanas. Winni era muy apasionada con lo que hacía, y estaba seguro de que en el sexo no sería muy distinta. Bajo esa capa de invisibilidad a la que se ceñía, se encontraba una mujer como pocas, y yo tenía la gran suerte de verla. No pensaba dejarla escapar, me limitaría a tener paciencia y no asustarla.

Cogí una de mis camisas, le hice un montón de nudos y los deshice observando mi gran obra maestra. Perfecta. Ahora ya podía fingir que le había pasado un camión por encima.

Regresé a la habitación de Winni, no había cerrado la puerta, solo la ajusté para no tener que molestarla. Cuando la abrí, me recreé en su perfecto trasero en pompa, pues mi querida planchadora estaba usando la cama a modo de tabla. En otra circunstancia, no lo hubiera dudado, le habría bajado las mallas, junto a las bragas, y me la hubiera desayunado hasta que suplicara ser tomada por mí. Ahora tenía que conformarme con ser un simple mirón y soñar que tarde o temprano sucedería. Quién me había visto y quién me veía ahora.

—¡Haz el favor de deshacerte! ¡¿Por qué te arrugas más?! Vamos... Necesito que colabores o me harás quedar como una puñetera mentirosa con Dylan, y ni tú ni yo queremos que eso ocurra, ¿verdad? No tiene que ser tan difícil.

Ahí estaba mi duendecilla, dale que te dale, discutiendo con la plancha, ajena a que me tenía a sus espaldas, pues la moqueta había amortiguado mis pasos. Ahora comprendía su vestuario tan práctico, era una inepta, si ni siquiera salía vapor del aparato... Me dio mucha ternura y ganas de reír, aunque me abstuve.

—Me parece que tu plancha no quiere colaborar. —Winni emitió un grito que la hizo incorporarse de golpe, soltar el aparato e impactar contra mí. Menos mal que no se dio en la cara con la suela. La apreté sin desaprovechar el instante.

—¡Menudo susto! —se quejó.

—Solo había ajustado la puerta, no quería molestar.

—¿Y querías que me violaran?! ¡No se dejan las puertas abiertas!

—Dudo que te hubiera atacado alguien viendo tu poderosa arma y lo diestra que eres. ¿A qué temperatura la has puesto? No me extrañaría que se te quemara la chaqueta. —Era imposible, pues estaba demasiado baja, pero me divirtió la cara de susto que ponía.

—¡Oh, mierda! —Winni se deshizo del abrazo, dejé que tomara la plancha y la posara sobre la mesilla.

—Deberías haberme dicho que no tenías ni idea, si ni siquiera echa vapor, ¿cómo va a deshacer una arruga? —Ella se dio la vuelta sonrojada.

—Soy una mujer práctica, no pierdo el tiempo en estos menesteres.

—Me he dado cuenta, y como no quiero que destroces tu ropa ni la mía, voy a cambiar de petición y a solucionar todo este entuerto.

Descolgué el teléfono, llamé a recepción y solicité el servicio de lavandería del hotel, solo el de planchado. No era la primera vez que me alojaba allí. Le pedí a Winni que cogiera el bolso y me acompañara.

Se disculpó en el ascensor por su ineptitud y yo la calmé entre sonrisas. Había cosas mucho peores que no saber planchar, además, estaba jodidamente adorable con las mejillas coloreadas.

Una vez depositamos la ropa en recepción, le tomé la mano y le pedí que viniera conmigo.

—¿Adónde vamos?

—Pues a cobrarme la deuda. Primero, iremos a alquilar un coche, y como no me gusta visitar la ciudad solo, no tendrás más remedio que ejercer de acompañante. —No pareció desagradarle la propuesta, al contrario.

Nos aconsejaron una empresa de alquiler de automóviles que estaba cerca, iríamos paseando.

Era agradable charlar con ella. Aunque no era muy dada a contar cosas de su pasado, sí le gustaba que yo le narrase el mío; hacía muchas preguntas y me miraba soñadora cuando le hablaba sobre mi relación con Noah.

—¿Tú no tienes hermanos verdad?

—No, soy hija única, aunque siempre quise tener uno. Debe ser alucinante formar parte de un binomio como el vuestro.

—Es una sensación un poco extraña. A veces querrías estar solo, y cuando lo haces, echas de menos al capullo de tu hermano. Noah y yo somos muy distintos, aunque nuestro físico sea el mismo. Y eso nos complementa, no lo cambiaría por nada del mundo, no importa si en ocasiones no compartimos la misma opinión, lo importante es que nos respetamos y apoyamos.

—Eso es muy bonito. —Me hubiera gustado decirle que ella sí que era bonita. Me aguanté.

Entramos en la tienda y salimos con el último coche que les quedaba, un utilitario con marchas al que le fallaba el aire acondicionado. Mejor eso que nada, no me apetecía perder el tiempo en busca de un coche con mejores prestaciones. Como decía Winni, mientras nos llevara y pudiéramos abrir las ventanas, bastaría.

—¿Hay algún lugar que te apetezca visitar? —le pregunté a mi compañera de viaje. Ella se mordisqueó el labio—. Anda, confiesa, te dejo mirar el móvil si quieres. Yo había pensado en llevarte a ver la Sydney Opera House, aparcar por los alrededores y dar un paseo por The Rocks, hay muchos sitios donde picar algo y el taxista me dijo unos que no conocía, pero si prefieres...

—Es perfecto —suspiró, mirándome con ternura, como si hubiera acertado de pleno. Bajó un poco la voz—. ¿Sabes que esos sitios eran los primeros en mi lista?

—Vaya, a ver si el tiempo que pasamos juntos ha creado entre nosotros algún tipo de vínculo mental, como me ocurre con Noah.

—¿Me ves como a tu hermana? —Golpeé mi barbilla con el dedo índice y arriesgué.

—Nunca podría verte como a mi preciosa hermanita, seguro que me detenían si pudieran leer mi mente. —Vi un amago de risilla congelado en el quicio de su mirada.

—¿Y eso por qué?

—Información reservada —murmuré, dejándola con la miel en los labios. Por una vez, parecía querer escuchar aquello que quería decir, y yo quería reservarlo para más adelante.

Nos habíamos subido en el coche y no podía dejar de contemplarla con hambre, era mejor que me centrara.

—Voy a arrancar el motor, porque si seguimos aquí parados, no vamos a ir a ninguna parte.

Ella me ofreció un alzamiento de comisuras que me supo a gloria, cada vez le salía con mayor

soltura. No me importaba con cuántos hombres hubiera estado, yo era el menos indicado para darle importancia a esas cosas, pero me daba la sensación de que a muy pocos le había ofrecido una sonrisa, y yo quería ser la causa de todas ellas.

Puse la radio y dejé que *Happy*, de Pharrell Williams, nos contagiara con su entusiasmo. Hoy estaba tan positivo que parecía un puto protón.

Entramos en el *parking* subterráneo de la Sydney Opera House, preferí ser práctico y que no le pasara nada a aquel utilitario que parecía querer pasar a mejor vida en breve.

Si tuviera que usar una palabra para definir ese lugar era «impactante», también lo percibí en el entusiasmo de la mirada de Winni, además de en su *¡wow!* exclamado a media voz.

Insistí en hacerle alguna foto de recuerdo, pero dos personas que pasaba por allí se ofrecieron a inmortalizarnos juntos. Imaginé que pensaron que éramos pareja y que no podíamos hacérsela solos. Iba a rechazar la oferta cuando ella estiró de mi brazo, me ofreció otra tímida sonrisa alentando que me pusiera a su lado y yo creí morir de felicidad.

La pareja nos dijo que iban a hacer una visita guiada en grupo, pero que sus amigos se habían puesto malos, que si nos interesaba quedarnos con las entradas que ya estaban pagadas.

Intercambiamos un cruce de miradas y aceptamos, a uno no le regalan todos los días algo así. La visita empezaba en diez minutos y duraba una hora. Verla en sesenta minutos era pura utopía, aunque estuvimos de suerte, pudimos deleitarnos con tres de las siete salas: la Play House, la Concert Hall y la Opera Theater.

Allí se albergaba el mayor instrumento musical mecánico del mundo, que era el órgano de la sala de Conciertos. Tardaron la friolera de diez años en construirlo y contaba con más de diez mil tubos.

A Winni le brillaban los ojos como nunca.

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? Mi madre era una gran apasionada de la ópera —confesó en un murmullo—. Siempre nos ponía sus arias predilectas y las tarareaba. Yo me quedaba embobada mirándola. Era tan hermosa.

—¿Tu madre murió? —La vi ponerse rígida ante la pregunta—. Perdona, no quería...

—No pasa nada, no me gusta hablar de ello.

—Lo respeto, disculpa. —Seguimos con la visita, aunque me costó un poco que remontara después de mi metedura de pata.

La siguiente parada fue pasear por el mercado y las callejuelas estrechas de The Rocks, donde hacía poco más de doscientos años arribó la primera flota de prisioneros enviada por el gobierno británico.

Caminar por sus calles empedradas de regusto colonial hacía que te sintieras un viajero que había dado con la fórmula para retroceder hasta finales del siglo XIX.

El mercado estaba lleno de bullicio y alegría, en sus puestos podías encontrar antigüedades, artesanías, joyas, cuadros y todos los artículos imaginables, además de puestos de fruta y verduras.

Fue un paseo que disfruté a conciencia, y cuando la mano de Winni rodeó mi brazo, ante mi sugerencia de que lo cogiera para no perdernos, una nueva oleada de júbilo me recorrió por entero.

Anduvimos por las laberínticas y empinadas callejuelas, mi compañera se detenía a curiosar en las numerosas galerías de arte, pasando de largo los locales de música en directo y restaurantes de última moda que le daban al barrio un ambiente muy bohemio.

—¿No tienes hambre? —pregunté alertado por el rugido de mis tripas mientras ella admiraba

un óleo pintado en grises y naranjas. Yo no entendía mucho de arte, pero me sugería una ciudad en llamas.

—Sí, perdona, es que algunas pinturas me resultan de lo más evocadoras. —La miré a ella, pues no había una obra de arte mayor que su rostro.

La conduje hasta uno de los bares que me había comentado el taxista para degustar, el Fish at The Rocks, un establecimiento cuya parte de arriba gozaba de una pequeña terraza donde disfrutar de las vistas.

Nos dejamos aconsejar por el camarero y pedimos el plato característico del chef, un *baramundi* deshuesado entero que se derretía en la boca por completo, además de una excelente mariscada de degustación para compartir, acompañada por un par de cervezas locales. Winni dijo estar a reventar, pero yo no quería irme sin probar una porción de pastel de chocolate y almendras, con crema de vainilla y un caramelo naranja quemado, que pensé sabría como sus besos. Le pedí una segunda cucharilla al camarero y me derretí al verla saborear cada bocado con tanto placer.

Regresamos al *parking* de la Sydney Opera House con un paseo que aligeró el festín que nos habíamos metido. Se la veía más relajada que de costumbre, le pregunté sobre la universidad, sus sueños de futuro y, para rematar, por sus relaciones.

Dudó un poco, no se la veía cómoda respondiendo, y, aun así, admitió que, aunque pudiera resultar extraño, nunca había mantenido una relación; se había volcado tanto en ser la mejor que aparcó su vida sentimental.

—Pensarás que soy anormal —musitó cabizbaja. Me detuve en seco y ella hizo lo mismo por imitación. Me tomé la libertad de acariciarle la mejilla, la tenía tan suave. Esperaba un manotazo que no llegó, solo una mirada de vergüenza por sentirse diferente.

—No te hagas esto.

—¿El qué?

—Sentirte mal por haber vivido tu vida como te ha apetecido. Da igual si has salido con un chico, con veinte o con ninguno, lo único que importa es que hagas aquello que sientes, y créeme si te digo que no voy a juzgarte por eso. Noah es un poco como tú, le cuesta relacionarse, sin embargo, cuando se entrega a alguien, lo hace con todo el corazón. Tendemos a juzgar lo que desconocemos, por miedo, por ser distinto, pero yo no te temo, Winni.

Ella me miraba absorta, del mismo modo que con los cuadros de las galerías. Separó los labios para decir algo y después volvió a cerrarlos; puede que por primera vez la hubiera dejado sin palabras, y eso era buena señal.

—Vamos a por el coche o pagaré una fortuna de *parking*.

—Si quieres, lo pago yo, tengo dinero —comentó con apuro.

—Es broma, Duendecilla, corre a cuenta de la empresa. Es solo que quiero llevarte a otra parte. —Crucé mis dedos con los suyos notando un placer extremo al tenerla cogida, ella no deshizo el agarre.

Sonreí por dentro, íbamos francamente bien. Nuestras carreras profesionales eran fruto del ensayo-error, del mismo modo que los grandes descubrimientos. Yo ya había cometido todos los errores posibles con ella, así que iba a por los aciertos y a convertirla en el mayor descubrimiento de mi vida.

Winni era una mujer muy cabal, tenía una sensación que no lograba sacarme de encima, me daba la impresión de que nunca fue niña. Tuve un amigo en la universidad que lucía la misma mirada, la de unos ojos que habían visto demasiado, que no tuvieron la ocasión de ilusionarse por cosas banales, porque le habían arrancado la oportunidad de hacerlo demasiado pronto. No le

gustaba hablar de su pasado, se ponía en guardia, su cuerpo se agarrotaba y una mueca difícil tomaba su expresión, lo mismo ocurría con Brad.

En su caso, su padre era alcohólico y drogadicto, le pegaba unas palizas tremendas a su madre, la obligaba a prostituirse para costear sus vicios, hasta que ella logró escapar con él y su hermano pequeño.

Vivieron de la caridad un tiempo, él crio prácticamente a su hermano y eso lo hizo madurar de golpe. No sabía qué le había ocurrido a Winni, esperaba que no fuera algo así y lograr que algún día tuviera la confianza suficiente en mí como para contármelo.

Brad tampoco había ido a un hotel, o a un parque de atracciones, y cuando fuimos a uno, no olvidaré aquella expresión nunca.

—¿Dónde estamos? —cuestionó Winni frente a la enorme cara de boca abierta enmarcada por dos gigantescas torres que teníamos enfrente y nos daba la bienvenida al Luna Park.

—En un parque.

—Ya, pero... esto es para críos.

—Olvida los peros, estás aquí, en Sídney, conmigo, en un sitio al que no sabes si vas a regresar, por lo que te invito a que te olvides por un día de lo que es correcto o lo que no. Libérate, conecta con esa niña que aún vive en ti y esa emoción que solo te otorga la primera vez que haces algo novedoso. —Ella parpadeo.

—Pero...

—Ya te he dicho que esa palabra está prohibida, recuerda que estás pagando tu deuda y este sitio es lo que considero que necesitas. Quiero estar aquí, contigo, y tú también vas a querer —apunté con convicción.

Winni volvió a observar la grotesca figura de colores brillantes. Teníamos que atravesarle la boca para entrar. El resto de personas lo hacían sonrientes.

—Está bien, si no hay más remedio... —suspiró resignada.

—Te garantizo que va a ser una experiencia inolvidable.

—No lo pongo en duda.

Volví a cogerla de la mano y, como si fuera el acto más natural entre nosotros, permitió que sus dedos se trenzaran a los míos de nuevo y dejó ir otro suspiro mientras la llevaba al interior del parque.

Procuré que nos contagiáramos de la energía del lugar, allí la felicidad se palpaba. Era un sitio para divertirse, reconectar con la despreocupación y la inocencia de la infancia. Solo hacía falta detenerse a observar para cosechar sonrisas por todas partes.

Winni paseaba la mirada por cada una de las atracciones y los rostros animados. Era muy observadora, callada, normalmente no hablaba si no es que tuviera algo importante que decir. Se veía a la legua que era una mujer inteligente que huía de las banalidades, y eso la hacía estar en un corsé autoimpuesto que yo quería desatar. Ser listo no estaba reñido con poder hacer el payaso o divertirse.

—¿Te gusta lo que ves? ¿Habías estado antes en un lugar así? —Tenía curiosidad por su respuesta.

—No. Una vez mis padres me llevaron a una feria, durante unas fiestas de mi ciudad. No era tan grande, había pocas atracciones, una cama elástica, un lugar donde cazar patos, un puesto para disparar con escopetas trucadas, o eso decía mi padre, y un tiiovivo de sillas que se elevaban parecido a ese. —Apuntó hacia el Volare, un tiiovivo gigantesco con innumerables sillas sujetas a la atracción por cadenas.

—¿Y te gustó?

—Sí, recuerdo que pensé que aquello debía ser lo más parecido a volar —explicó soñadora.

—Tiene sentido, subamos.

—¿Ahí? —La rigidez tomó su espalda.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes miedo de volver a sentirte así?

—Ya no soy una niña.

—Pues hoy quiero que te sientas como si lo fueras, ya sabes que has de pagarme el servicio de devolverle la luz a tu habitación y que no vayas a ciegas.

—Tramposo —me recordó, arrugando la naricilla.

—Vamos a divertirnos —le sugerí, tirando de la mano para pagar y subirnos a las sillas.

La atracción estaba lacada en tonos rojos, azules y dorados. En la parte alta se distinguían rostros tallados de payasos que miraban desde lo alto a los allí congregados. Tenía multitud de bombillas amarillas que relucirían cuando el sol se apagara.

El Volare tenía sillas individuales y dobles. No dudé un segundo dónde quería montarme y arrastré a Winni para que no nos la quitaran. Escogí una doble, deseaba perderme en todas aquellas expresiones que estaba convencido no podría contener. Hice bien. Cuando la atracción arrancó, juro que la sentí temblar, no de miedo, sino de expectación. Sus pupilas centelleaban, y cuando alzamos el vuelo y percibió el azote del viento en el rostro, la sonrisa más franca y luminosa prendió en su cara haciendo réplica en la mía.

Apenas recuerdo nada del trayecto, solo las ganas de gritar de júbilo al ver su abandono. Mis ojos se perdieron en su vitalidad contagiosa, la que le hizo cerrar los suyos a mitad del vuelo, extender los brazos sintiéndose pájaro y las yemas de sus dedos, plumas. Quise besarla, que volara entre mis labios vislumbrando un mundo nuevo lleno de posibilidades, expulsando cualquier prejuicio que no la hiciera sentirse tan libre como ahora.

Una lágrima de felicidad asomó en la comisura de su ojo, me hubiera gustado atraparla, guardarla en una cajita para tesoros y custodiar la emoción que condensaba aquella perla de agua.

El tiiovivo fue perdiendo velocidad y Winni regresó de su particular paréntesis, se limpió la lágrima con disimulo, se la veía un poco apurada.

—Me... Me ha entrado algo en el ojo —se excusó.

—Ya lo he visto, se llama felicidad. —Ofreció una sonrisa trémula a mi respuesta y se agarró a mí cuando la ayudé a bajar de la silla.

—Menudo mareo. —Tenía las palmas de las manos alrededor de mis bíceps, que se contraían bajo su contacto.

—En nada se te pasa, respira poco a poco. —Bajé los brazos, paseé las manos por su cintura y la atraje hacia el cobijo de mi cuerpo. Ella se dejó sostener y juntos abandonamos la atracción. La dejé respirar unos minutos—. ¿Te apetece que subamos en algunas más o nos marchamos? —Ella se mordió el labio y una chispa juguetona hizo que me mirara con cierta animadversión.

—¿Irnos? ¿Ahora? ¿Estás de broma?

Sus preguntas me hicieron sonreír y en un ataque de *buenrollismo* la alcé dándole vueltas como si yo fuera el tiiovivo. Ella se carcajeó respirando agitadamente hasta que sus pies volvieron a hacer suelo. Me perdí en el entusiasmo que destilaba su rostro y en el modo en que su mirada buscaba mis labios, con apetito. Tragué con fuerza y saboreé el sentimiento del mismo modo que hice con el postre, con gula.

—¿Dónde nos subimos ahora? —le pregunté, relegando el pensamiento a un segundo plano.

—En todas partes.

—Me gusta tu estilo. Si quieres que montemos en todo, no podemos perder el tiempo.

—Pues no lo hagamos, vayamos a por la siguiente atracción. —Ahora fue ella quien tiró de mí, y yo me dejé arrastrar.

Como era lógico, no nos dio tiempo a todo, pues habíamos quedado con mi madre, y antes de reunirnos con ella, tocaba pasar por la ducha. Eso sí, gozamos cada minuto. Nos subimos en la montaña rusa, en los autos de choque y en unos toboganes extralargos por los que descendías introducido en una especie de saco.

Pusimos a prueba nuestra puntería, que resultó bastante certera. Yo gané un perrito de peluche disparando a los globos y se lo ofrecí a Winni, y ella me devolvió el gesto jugando a lanzar las latas y logrando un osito amoroso de color verde que me regaló.

Por último, nos dejamos caer desde el Hair Raiser, una atracción que ponía a prueba a los más temerosos. Llegué a preguntarle a Winni dos veces si estaba segura de querer subir, pues te ofrecía una caída libre de cincuenta metros a unos ochenta kilómetros hora.

Agotados y satisfechos, salimos del parque para dirigirnos al coche. Ella se cachondeaba del grito que se me escapó cuando el estómago casi se me descuelga mientras ella reía a boca llena.

—¿Ves el coche? —pregunté, buscando el vehículo entre los allí congregados. Al ser fin de semana, estaba abarrotado.

—Me parece que es el que ha decidido camuflarse bajo una tonelada de mierda de pájaro. —No daba crédito, ni a la hilaridad de Winni ni a la pobre tartana que había sido bombardeada a conciencia—. ¿Sabes que si quieres devolverlo intacto has de pasarlo por el túnel de lavado? El ácido de los excrementos de pájaro es muy corrosivo.

—Gracias por ilustrarme con su clase sobre la caca de pájaro, señorita Weber Meyer, ahora tendremos que correr, mi madre lleva fatal eso de llegar tarde.

—Y yo también —puntualizó—, aunque hoy podría darme igual, estoy demasiado eufórica como para que un retraso me importe. —Eso sí que era una novedad, y una que me causaba mucha alegría.

Winni sacó un par de pañuelos de papel del bolso y me ofreció uno para que no me manchara, ella entró en el vehículo doblada de la risa esquivando los churretes que caían por la carrocería. Era un sonido tan maravilloso que ni siquiera me molestó el motivo.

Hacía tanto calor que bajé las ventanillas, Winni se pasó el trayecto bromeando sobre si ese coche era el blanco perfecto, no por el color del vehículo, sino porque los puñeteros pajarracos solo habían atacado el nuestro, los de al lado estaban intactos.

—Puede que estuvieran haciendo prácticas de tiro —se carcajeó mientras yo estacionaba el coche en el túnel de la gasolinera.

—O augurándonos una cena de mierda, tal vez tengan la misma función que las galletas de la fortuna china. —Ella seguía muerta de la risa. ¡Joder, qué guapa era! Mi móvil se puso a sonar como un loco. Antes de ver quién llamaba, ya lo intuía.

—Voy corriendo a por una ficha.

—Si no te importa, te espero aquí sentada. —Asentí y salí a la carrera descolgando el terminal mientras me dirigía al interior de la gasolinera.

Obviamente, era mi progenitora vomitando sapos y culebras por la boca. Al subir a mi habitación y no encontrarme en ella, ni a Winni en la suya, le habían entrado todos los males. Pedí una ficha de lavado extra escuchando sus reproches.

Faltaban veinticinco minutos para la cena y nosotros no llegábamos ni de broma. Pagué la ficha y seguí atendiendo sus quejas. En cuanto llegué al túnel, la metí sin pensar, solo intentaba calmar a la histérica de mi madre asegurándole que haría cuanto pudiera para que no nos retrasáramos demasiado. Me inventé un rollo, que había habido un accidente de tráfico y

estábamos en plena caravana.

La máquina se activó y yo me distancié unos metros para seguir debatiendo con ella de si había sido apropiado o no ir tan lejos. No oí los gritos que salían del coche hasta que fue demasiado tarde y el susodicho parecía un merengue espeso. Pero ¿cuánta espuma llevaba el lavado extra?

—En nada nos vemos, tengo que colgar o van a multarme por conducir hablando por teléfono. Te quiero, mamá.

Colgué y dirigí la vista hacia el montón de jabón, y entonces volví a oír aquel sonido agudo. Tal vez a Winni le daba miedo ser engullida por esa masa tan densa.

El agua a presión y los rodillos se enfrentaron a la espuma saliendo victoriosos. Imaginé que al recuperar la visión, Winni ya no gritaría, igualmente no podía meterme en el coche con esa cosa dando vueltas. Me esperé hasta que la opción de secado se activó y fue hacia la parte delantera del capó. La carrocería había quedado impoluta, mucho mejor que cuando nos entregaron las llaves por la mañana.

Me acerqué al asiento del copiloto y entonces entendí tanto alboroto.

¡Me había dejado las putas ventanas abiertas! Me llevé las llaves cerrando por inercia, por lo que Winni no había podido subirlas ni salir del coche. Ahora estaba calada, con restos de espuma flotando sobre la tapicería, las gafas empapadas y parte del pelo levantado como la cresta de un gallo, por la fuerza del aire de secado.

Hice una mueca de «¡ups, la que he liado!».

Esperaba el estallido de ira en cuanto abriera los labios. Acababa de arruinar lo que había conseguido avanzar. Bastó una llamada inoportuna y una ficha de lavado para joder el invento. Iba a disculparme cuando la vi mover los labios y decidí aguantar estoicamente el chaparrón.

Y entonces sucedió, los separó y... Se puso a reír como una loca. La miré perplejo, ¿sería algún tipo de reacción al infierno que había pasado? No sabía cómo actuar o comportarme.

—Joder, lo... lo siento, no pensé en las ventanas, te juro que no ha sido adrede, si quieres, ve a por una ficha y me meto yo, aceptaré cualquier castigo que quieras darme, soy un zoquete. — Ella seguía riendo y riendo, lo hacía tan alto y tan fuerte que terminé contagiado y emití una sonrisa avergonzada.

Se quitó las gafas, se las debió poner para ver algo del móvil. Limpió sus ojos colmados en lágrimas, que ya sea dicho, no eran de vergüenza o tristeza; al contrario, estaba partiéndose de una situación tan inverosímil que le dio un ataque de risa. Seguro que cualquiera de las chicas con las que estaba habituado a salir habrían puesto el grito en el cielo. Ella no, era especial incluso para eso.

Un coche hizo uso del claxon para indicar que sacara el mío, se estaba formando cola por mi culpa. Le hice una señal de disculpa, di la vuelta al coche y ocupé mi asiento, que estaba tan empapado como mi compañera de aventura. No me importó sentarme sobre mojado, era lo mínimo que merecía.

Arranqué el motor y pisé a fondo, esperando que el calor y el aire ayudaran a secar la tapicería.

—Madre mía, Winni, de verdad que no fue a propósito, no me di cuenta, salí por inercia atendiendo la llamada, ni pensé en las puñeteras ventanas y en que te dejaba encerrada.

—No pasa nada, en serio, al principio me asusté un poco, cuando sentí el primer chorro de agua impactando contra mis gafas y esos cepillos enormes buscando arrancarme la epidermis.

—Dios —lloriqueé.

—No te flageles, nadie me había dado nunca un día como este, con fiesta de la espuma

incluida —sonrió.

—¿Has estado en alguna? —Ella negó.

—Hicieron una en la universidad, pero yo no acudía a las actividades lúdicas. —Entrecomilló los dedos—. He dedicado mi vida y mi esfuerzo a lo que soy, una aburrida rata de laboratorio.

—¡Tú no eres eso! —me quejé, escuchando el tono desabrido que usaba para hacer referencia a sí misma.

—Lo soy y no pasa nada por reconocerlo, hace tiempo que asumí mi esencia.

—Pues no estoy de acuerdo, cámbiate de gafas. Toma, te presto las mías. —Hice el gesto como si llevara unas puestas. Ella las aceptó sin perder la sonrisa—. Si miraras a través de sus cristales, verías que eres una mujer tenaz, de ideas claras y que mientras algunos nos dedicábamos a hacer «el gamba», tú aprovechabas el tiempo.

—Y me perdía muchísimas cosas...

—Puede que algunas —le concedí—, no obstante, siempre hay solución para eso.

—¿Tú crees?

—Por supuesto.

—Me gustan tus gafas —afirmó y me sentí orgulloso. Cambié de conversación mirando el reloj del salpicadero.

—¿Cuán rápida eres para cambiarte y arreglarte en el estado en el que te he dejado? —La miré de arriba abajo.

—Si esta fuera una ocasión normal, te diría que soy un rayo, pero no lo es, es inviable que llegue a estar presentable para llegar en hora a la cena.

Derrapé para introducir el coche en el *parking* del hotel. Mi intención era pillar el ascensor y subir directos a la habitación. Winni salió chorreando, poco le importaron las miradas absortas de algunos clientes que subían a sus habitaciones al ver su estado. Incluso hecha un desastre estaba preciosa. Bajamos en nuestra planta y llegamos frente a su habitación.

—¿Estás segura de que no te da tiempo? —Ella negó.

—Discúlpame con tu madre, dile que no me sentía bien y...

—Pero no puedes perderte la cena —me quejé—, me sentiría demasiado culpable.

—No debes hacerlo, tendría que hacer demasiadas cosas en muy poco tiempo, llegaría a los postres y eso es mucho peor que no aparecer. —La miré con pesar.

—Lo siento, sé lo importante que es para ti todo esto, la he fastidiado.

—Deja ya de disculparte, ha sido mucho más importante el día que me has regalado hoy, en serio, gracias, Dylan, de corazón.

Hubiera querido quedarme con ella, pedir que nos subieran la cena a la habitación y quién sabe si culminar con un beso. No podía hacerlo, mi madre se molestaría demasiado y no quería tenerla de morros todo el fin de semana.

—Las gracias debería dártelas yo a ti, Duendecilla. Voy a cambiarme como un rayo y pediré en recepción que te suban algo para cenar, llénate la bañera de agua humeante y descansa, mañana será un gran día para todos. —Me acerqué a ella, la tomé de la nuca, ella alzó la barbilla, cerró los ojos y yo deposité un suave y sentido beso en su frente—. Descansa, vecina.

Capítulo 10

La cena.



Dylan

Como Ali había dicho, la cafetería estaba muy cerca, a escasos metros del cruce.

Era un establecimiento acogedor, con multitud de dulces de colores e infusiones de todo tipo. Por suerte, también servían café y no solo bollos glaseados. A Liam le hubiera flipado.

Había estado dándole muchas vueltas y, al final, decidí que ella era mi mejor opción.

Ali me miró risueña por encima del *cupcake* de arándanos.

—¿Seguro que no quieres uno? Son un vicio —preguntó, agitándolo delante de mis ojos.

—Gracias, con el café me basta, soy más de tostadas a media mañana.

—Pues sí que vas a salirme barato.

—No te creas... —murmuré, pensando que no podía permitirme el lujo de seguir dándole

vueltas a lo que me había traído a quedar con ella—. Mira, sé que no nos conocemos, pero...

—Dispara —me empujó sin dejar de sonreír.

—¿Cómo?

—Que desde que has aparcado he notado que estabas guardándote algo y que por eso querías quedar conmigo, soy una mujer muy intuitiva. Además, los dos somos mayores, puedes decir lo que quieras, no me ofendo con facilidad, y si hay algo que me disgusta, te lo diré, así que adelante.

—Necesito que me hagas un favor personal, te prometo que no te lo pediría si no me hubiera fallado mi vecina, que tenía un compromiso este fin de semana, y no fuera de vital importancia.

—Una carcajada estalló en su boca.

—¿Soy tu plan B para lo que sea que quieras pedirme? —Me rasqué detrás de la cabeza.

—Eso no ha sonado muy bien...

—Sinceridad ante todo, no me importa ser el plan B, a veces pueden llegar a sorprenderte. A ver, ¿qué es eso que necesitas que tu vecina no puede solucionar? ¿Quieres que te pasee al perro o te riegue las plantas? —Por lo menos, Alina era una chica divertida, resultaba muy fácil hablar con ella.

—Ni tengo perro ni plantas, mi piso es de lo más práctico y solitario.

—Vale, entonces, ¿se trata de quitarte a una acosadora de encima? Eso se me da bastante bien, puedo parecer mucho más loca que ella en cuestión de segundos. —Se puso bizca y a mí me hizo reír. Ella regresó sus ojos color miel a la posición habitual, era muy guapa. ¿Lo había dicho ya? Parpadeé un par de veces para despejar la sensación.

—¿Y si te dijera que es una cena con mis jefes? —Puse cara de «auch» y ella me miró sorprendida.

—Ugh, así que necesitas una *escort*...

—Más bien, lo que necesito es una novia por la que resulta que he perdido la cabeza y me he mudado de continente por ella. —Alina formuló una O con sus bonitos labios rosas.

—Me gusta. El papel de novia también se me da genial, además, es muy romántico, me veo en escena. Soy muy creativa, ¿sabes? —Dejó el dulce y tamborileó con los dedos de su mano derecha el sobre de la mesa para terminar dando una palmada—. Tenemos que conocernos mejor para que sea creíble. Vamos, es necesario que pasemos tiempo juntos, nos sintamos cómodos el uno con el otro y sepamos lo suficiente como para no quedarnos en blanco y que se nos vea el plumero. ¿Cuándo es esa cena?

—¿Eso es un sí? —cuestioné alucinado de que hubiera sido tan fácil.

—Eso es un *of course, baby*. ¿Qué esperabas? Uno siempre tiene que ir a por el sí, el no viene de fábrica. Primero de manual del optimista.

—El viernes, la cena es este viernes —proseguí sin creerlo todavía.

—Has de tener más fe en las personas, Marc. Tú me tendiste la mano sin conocerme, empezando así una cadena de favores, ¿has visto la peli? Es genial, siempre quise hacer una y tú ahora me brindas la oportunidad. Oye, ¿tendremos que besarnos? Lo digo porque no tengo reparos en hacerlo, vamos, que si el guion lo exige, por mí no te cortes, ni sufro halitosis ni enfermedades que se contagien a través de la saliva. —No pude más que esbozar una sonrisa. Alina era una explosión de colores en mitad del cielo gris de Darmstadt.

—Es bueno saberlo. En principio, no es necesario que nos besemos, pero no sé qué decirte...

—Bueno, dependerá de cómo te hayas comportado en tu trabajo, si eres muy efusivo con los compañeros y esas cosas. No sé, si eres muy de contacto físico, no colará que no me toques ni con un palo... —Tenía su lógica, Mr. Becker no me había visto relacionarme con los

compañeros, bueno, puede que con Agna sí...

—Lo vemos sobre la marcha, ¿vale? Me parece que bastará con que respondamos bien las preguntas que nos hagan y parezcamos convincentes...

—Y dime una cosa, ¿esa supuesta novia existe? No querría meterme en zona pantanosa.

—Digamos que la usé para que me dieran el trabajo; mi jefe es algo conservador y creí que me daría puntos. La verdad es que vine en busca de respuestas para avanzar en mi vida.

—Comprendo, algo así como encontrarte a ti mismo.

—Algo así. —Miré la hora—. Tengo que irme ya, han pasado los veinte minutos y voy con el tiempo justo.

—No te preocupes, tendremos tiempo después, ¿dónde y a qué hora quedamos para las prácticas? ¿Prefieres que vayamos a tu piso? —Aquella chica era de lo más confiada.

—¿Y si resulta que el asesino en serie soy yo?

—No tienes pinta.

—¿Sabes distinguirlos a simple vista?

—Podría intentarlo, suelo captar el aura de la gente, y la tuya parece bastante limpia.

—¿Te parece si quedamos en terreno neutral?

—Tú mandas.

—Podemos vernos aquí mismo.

—Lo veo bien, este sitio tiene buenas vibras. Por cierto, ¿de qué trabajas?

—Biotecnólogo.

—A mi hermana le encantarías, le chiflan las ciencias, yo soy artista.

—Te pega. —Era cierto, Ali tenía una energía dinámica y a la vez bohemia que te envolvía. Apuré el último trago de café y me incorporé—. ¿Nos vemos a las seis?

—Me parece muy bien, y no pagues el café, que ya te dije que invitaba yo.

—Hasta luego entonces. —Le guiñé un ojo a modo de despedida. Esperaba no estar equivocado y meter la pata con ella, era demasiado maja como para hacerle daño.

Me gustaría decir que resultó complicado que Ali y yo conectáramos, tal vez porque no estaba preparado para que una chica me cayera tan bien después de lo de Winni. Cada tarde que pasábamos juntos se convertía en un rato de lo más agradable en mi desapacible vida, lo disfrutaba de verdad, y ella lograba que volviera a sonreír de nuevo. Y reconozco que me asustaba.

Alina conocía mi «vida inventada» casi mejor que yo, y yo la suya.

Al margen de lo que pudiera parecer, no había tenido una infancia fácil. Ella y su hermana Katarina perdieron a sus padres durante la guerra. Cuando ves algo así en la tele, piensas que puede ser terrible, pero cuando hablas con alguien que lo ha vivido, te sientes miserable frente a los problemas que hayas podido sufrir. Ali recordaba pequeños fragmentos, decía que su hermana lo pasó peor, pues se hizo cargo de ella hasta que las rescataron. Hablaba de Katarina con auténtica adoración, se notaba que ambas hermanas se querían mucho, igual que Noah y yo.

Tuvieron suerte de ser adoptadas por un hombre que las hizo sus hijas sin pedirles nada a cambio, las dos vivían con él, aunque su hermana pasó un tiempo fuera debido a un proyecto en el extranjero. Según Ali, era un cerebritito, y lo que a su hermana la apasionaba a ella la aburría. Katarina se puso a trabajar para su padre en cuanto volvió del viaje. No profundizamos demasiado, ni siquiera le pregunté por los estudios de su hermana o en el lugar que se desarrolló el proyecto. Seguramente, lo hubiera hecho en otro momento, lo que ocurría es que lo que me importaba era construir unos recuerdos sólidos entre nosotros para que Mr. Becker no

sospechara. Con saber que tenía una hermana que trabajaba para su padre tenía suficiente.

Por mi parte, le hablé de Noah y Liam, aunque les cambié los nombres por Noel y Liberio, la de risas que nos echamos gracias al nombrecito con el que bauticé a mi amigo.

Cuando Ali me preguntó dónde trabajaba, se mordió el labio. Quise saber si ocurría algo y ella le restó importancia.

—Este lugar es pequeño, si te dedicas a la ciencia en Darmstadt, es normal que termines en una de las tres empresas más importantes de por aquí o dando clases en la uni. Sigamos, que mañana es la cena y no puedo quedar antes, tengo que reunirme con mi agente de la galería.

—Pero ¿podrás venir a la cena?

—Sí, no te preocupes, no voy a fallarte.

El día anterior, Noah me llamó. No tenía buenas noticias, mi expectativa de encontrar cinco pelos con raíz en el cepillo se fue al traste. Todos carecían de ella salvo uno, por lo que no servían para someterlos a un análisis epigenético. Con sinceridad, debería haberlo supuesto, sin embargo, la esperanza es lo último que se pierde. Tendría que encontrar otra vía.

Las mañanas fueron de locos. Tres de los cinco equipos de trabajo se interesaron en mí como posible candidato, aunque para ser sincero, puestos a elegir, prefería al doctor Britt. Tenía una corazonada, me dio la sensación de que era el que más libertad iba a darme y eso era justo lo que necesitaba.

No tuve ocasión de estar solo e insertar el *pen*, aunque cuando el viernes estuve en el archivo de bases genéticas, pude fijarme en que había un ordenador con un punto ciego, necesitaba acceder a ese PC, pero estando solo. Le hice muchísimas preguntas al chico con el que estuve, que era bastante hablador, así me enteré que hasta hacía un año a todos los trabajadores se les tomaba una muestra de saliva para ampliar su base de datos genética. Mi madre hacía lo mismo en Genetech, por lo que la bombilla se me encendió. Si Winni había llegado a trabajar en estas instalaciones, tenía que estar en aquel fichero.

Solo necesitaba levantar el teléfono y pedirle a Noah que me mandara el análisis de ella; una vez lo tuviera y me quedara a solas en el archivo, haría ambas cosas. Dejar entrar a Brau conectando el dispositivo USB, y comparar los análisis de ADN con los de Winni. En cuanto llegué a casa, lo hice, a ver si con suerte el lunes lograba mi propósito. No obstante, antes tenía que pasar la última prueba.

Acababa de aparcar frente a la puerta principal del parque Rosenhöhe, donde había quedado con Ali, según ella, le quedaba cerca de casa.

Era una de las zonas más caras de Darmstadt, por lo que el padre de Ali debía gozar de una buena posición social.

Mientras hacía mis cálculos con los datos que me había ofrecido estos días, la vi encaminarse hacia mí. Llevaba un vestido negro bastante sobrio al que le daba un toque de color con un abrigo de paño rojo y aquella sonrisa que deslumbraba.

—Hola, Marc —me saludó—. ¿Me he pasado mucho? —Dio una vuelta sobre sí misma que elevó la falda mostrando parte de los muslos.

—Estás espectacular, tal vez debería haberme arreglado más para ir a juego contigo.

—Tú estás perfecto. Me gusta la combinación de vaquero negro con jersey blanco de cuello cisne y chupa de cuero, te da un aire muy succulento. —Los ojos le brillaban, era una lástima que no nos hubiéramos conocido en otras circunstancias.

—Succulenta estará la cena. Según mi jefe, a su mujer y a él les encanta la cocina.

Ali era una chica con la que encajaría sin esfuerzo, fluíamos en la misma sintonía y era de agradecer. Le tendí el casco que me había prestado Gyda.

—Espero que te sirva, es de mi vecina.

—Oh, ¿de la que soy suplente?

—De esa misma. Anda, sube. —No tuve que repetírselo, con una facilidad pasmosa se plantó detrás de mí para aferrarse a mi cintura. Apoyó la mejilla en mi espalda y aspiró con fuerza.

—Me encanta cómo hueles —reflexionó. Aquellas simples palabras hicieron que me encogiera. A Winni siempre le había gustado mi perfume combinado con el cuero de la chaqueta. Pensar en ello me hizo dar gas y poner rumbo a casa de Mr. Becker.

En quince minutos estaba frente a la puerta, llamando al timbre y con una sonriente Ali colgada del brazo.

La señora Becker fue quien nos abrió y miró con sorpresa a mi pareja.

—¿Alina? —preguntó de sopetón, dejándome cara de «*Hostiaputaqueseconocen*».

—Cuánto tiempo, Karen, hacía mucho que no nos veíamos. —Ahora sí que quería fundirme, Ali la había llamado por su nombre de pila, así que se conocían. ¿Por qué no me había dicho nada?

—Verás cuando mis hijos te vean... —Mi acompañante le ofreció una sonrisa candorosa seguida de dos besos—. Y tú debes de ser Marc, mi marido me ha hablado mucho de ti, qué alegría me da que salgas con Alina, no habrías podido hacer una mejor elección, esta mujer merece mucho la pena. Pero, pasad, no os quedéis en la puerta. —La señora Becker se movió hacia atrás y yo le susurré a Ali en el oído:

—¿No crees que has olvidado contarme algo? —Ella me devolvió una de sus sonrisas más afables y respondió en mi oreja.

—Lo tengo todo controlado.

Puede que sí, pero a mí me había descolocado por completo.

Mi jefe vivía en una bonita casa estilo colonial, suelos de madera que crujían un poco fruto de los años, pero que le otorgaba carácter a la vivienda. Papel pintado en tonos crema y amplios ventanales por los que seguramente entraría mucha luz natural de día.

El salón-comedor era amplio, había un par de sofás de tres plazas tapizados en color verde, con pinta de mullidos, ubicados frente a una chimenea que estaba encendida dando un cariz hogareño.

Sobre la repisa de ladrillo había varias fotos familiares, vacaciones, graduaciones...

—Adolf, ¡Marc y Alina están aquí! —anunció Karen justo antes de preguntarnos si queríamos tomar algo. Le dijimos que no y le ofrecí mi regalo, una botella de vino tinto y otra del licor predilecto de mi jefe. La información había sido cortesía de Agna—. Voy a buscar a los chicos, deben haber subido arriba. Poneos cómodos, no tardo. —Hizo una pausa para coger la barbilla de Ali—. Pero qué alegría me has dado, Alina, de verdad. Ahora vengo.

En cuanto nos quedamos a solas me planté frente a Ali con los brazos en jarras.

—Habla.

—Puede que te haya ocultado un poquito de información, pero sin mala intención, te lo juro.

—¿Por qué? —pregunté frunciendo el ceño.

—Porque no quería que me descartaras por ser la hija de quien soy. —Se mordió el labio.

—¿Y de quién eres la hija?

—¿Alina? —La voz de Mr. Becker rompió el momento.

—¡Padrino! —exclamó ella, corriendo a los brazos del jefe de Recursos Humanos. Si me tomaban el pulso ahora, fijo que determinaban la hora de mi muerte.

Ambos se estrecharon en un abrazo de lo más fraternal y a mí se me pusieron los huevos por corbata. Un sudor frío me empapó la espalda. Mr. Becker clavaba los ojos en mí con suspicacia.

Ahora sí que la había liado, de esta no salía a flote.

Alina se puso a parlotear como una loca. Los hijos de Adolf y Karen Becker bajaron las escaleras junto a su madre, que no dejaba de sonreír.

La chica y los dos chicos fueron a saludar a su familiar y la anfitriona se agarró de mi brazo.

—Mis hijos adoran a Alina, tiene un don para los críos, ha sido canguro de todos ellos cuando mi marido y su padre trabajaban hasta tarde y yo tenía claustro de profesores en la universidad. No sé si Ali te lo ha contado, pero soy profesora. —Preferí no hablar demasiado para que no se notara mi consternación. ¿El padre de Ali trabajaba en mi empresa? ¿En qué departamento?—. Ven, Marc, deja que te presente a los chicos.

En guardia y fuera de lugar me vi saludando a Crista, de dieciocho años, Arno, de dieciséis y William, de doce, quienes, por ahora, me sometían a un escrutinio para evaluar si merecía o no su confianza. Hechas las presentaciones, y dándole un apretón de manos a mi jefe, Karen nos pidió que ocupáramos nuestro lugar en la mesa mientras ella y Adolf se encargaban de traer la cena.

Ali y yo estábamos sentados frente a los tres chicos, que se atropellaban animados para captar la atención de Ali. Yo me mantenía en un segundo plano, en silencio, con los ojos puestos en la fina vajilla de porcelana mientras intentaba ordenar las ideas, aquella cena podía ser un auténtico fiasco, todo por invitar a la persona menos adecuada del planeta. Algo así solo podía pasarme a mí.

No tuve demasiado tiempo para elucubrar el motivo que tendría Ali para no haberme dicho algo tan importante, que su padre trabajara con Becker no me parecía un motivo suficiente, tenía que averiguar qué escondía Ali y por qué no me había puesto al corriente. Los anfitriones no tardaron en aparecer portando la cena.

Una enorme fuente con *kartoffelknödel* (albóndigas de patata) y *sauerbraten* (carne asada) fueron colocadas en la parte central junto con una jarra de agua fría y un par de botellas de vino que Mr. Becker se encargó de servir.

Tanto él como su mujer ocuparon ambos extremos de la mesa.

—No sé cómo lo hacéis en Nueva Zelanda, pero aquí cada uno se sirve lo que le apetece de comida, así nos aseguramos que no sobra nada y la guardamos, que hay mucha gente pasando hambre en el mundo —anunció Karen.

—Me parece una gran idea, señora Becker.

—Por favor, llámame Karen. —Adolf aprovechó para colocar la servilleta sobre su regazo y después nos miró interrogante a uno y a otro.

—¿Y bien? ¿Quién va a contarme lo que sea que haya entre vosotros? —Alina levantó su mano con rapidez para colocarla sobre la mía, que descansaba sobre la mesa, y observarme con un suave aleteo de pestañas.

—Cariño, ¿puedo ser yo quien se lo cuente? Me hace mucha ilusión. —¿La dejaba? No podía oponerme, pues no sabría ni qué decir. Asentí dudando de si estaba haciendo bien al dejarle esa responsabilidad. Alina se aclaró la garganta—. Bueno, pues nos conocimos como la mayoría hoy en día, por internet, ya sabes una App de ligoteo que aseguraba dar con tu pareja ideal a través de una muestra de ADN. Di mi consentimiento, me mandaron un bastoncito que tuve que reenviar chupado con mi saliva y... Tachááán. El programa determinó que Marc era mi pareja perfecta.

—¿El ADN puede medir la compatibilidad de las personas? —preguntó dubitativo Arlo.

—Eso prometía la aplicación. Era un programa piloto de la universidad de Nueva Zelanda, los ayudé con la parte informática y me pidieron que también contribuyera con una muestra de ADN —intervine, sumándome al carro de aquella inverosímil historia.

—Marc siempre está dispuesto a ayudar —apostilló Ali. Yo proseguí.

—Sí, bueno, no iba a decirles que no a los chavales, tenían mucha ilusión en el proyecto.

—¿Cómo se llama la App? —preguntó Crista móvil en mano.

—Crista, ya sabes que nada de aparatos electrónicos mientras estamos en la mesa —la riñó su madre.

—No la encontraréis —aclaró Alina, sirviéndose de la fuente de patatas—. Como os ha dicho Marc, era una aplicación piloto. Hecho el estudio y las pertinentes comprobaciones de que era un fiasco, la eliminaron. —Crista hizo un mohín de decepción.

—Pero con vosotros no se equivocaron —observó Karen.

—Fuimos la excepción que confirmó la regla —anoté, levantando la mano de Alina para posar un beso en el dorso. Ali siguió el guion de su particular historia de amor.

—Estuvimos tonteando un tiempo, que si *mails*, videollamadas, pero nada nos llenaba, necesitábamos sentirnos de verdad, así que... Marc cogió un avión y me dio la sorpresa. Lo dejó todo por mí y vino a Darmstadt dispuesto a demostrarme que era la mujer de su vida, lo dijera una App o no.

—¡Qué romántico! —celebró Karen. Mr. Becker pinchaba las patatas como si fueran vampiros y el tenedor una estaca.

—Es que Marc es el hombre que toda mujer querría a su lado; guapo, inteligente, detallista y muy enamorado de su chica. ¿Verdad, amor? —Ali tomó mi rostro para girarlo hacia ella poniendo morritos para que la besara. ¡Qué remedio! Tuve que responder con un pico suave.

—Con una mujer como tú, no es difícil que Marc se enamorara, eres única —corroboró la señora Becker—. Me encanta la pareja que hacéis... —Karen estaba encantada.

—¿Y tu padre que opina al respecto? —Ese fue mi jefe.

—No se lo he dicho, ya sabes lo sobreprotector que es. En cuanto Marc llegó a Darmstadt, le ofrecí la posibilidad de hablar con vosotros para que le consiguierais un puesto en la empresa, no por enchufe, sino porque conocía su valía. Pero él se negó, quiso pasar el proceso de selección como cualquiera, y fíjate, aquí estamos.

—Fue por eso que cuando me propuso lo de la cena yo me mostré reticente, no quiero ningún trato de favor porque Ali sea mi chica —corroboré.

—Y además llevamos nuestra relación con mucha prudencia, queremos estar seguros de funcionar del todo antes de presentarle a mi padre, por eso prefiero que nos guardéis el secreto. —Alina era tan convincente que hasta yo podría haberme creído su historia.

—No me gusta ocultarle nada a tu padre...

—Por favor, padrino... —suplicó Ali.

—Tu padrino no dirá nada, yo me encargo, no vamos a ser nosotros quienes obstaculicemos vuestro amor —masculló Karen—. Y, ahora, cenad, que la comida fría no está tan buena.

Me pasé toda la puñetera noche en guardia, pendiente de no meter la pata y seguir la corriente a Alina, quien comió con voracidad y fue el alma de la cena. Los chicos también participaron en cuanto me sintieron parte de aquel cuadro difícil de catalogar. Me vi envuelto en el rosco de *Pasapalabra*, con un montón de preguntas sobre Nueva Zelanda. Menos mal que cuando tenía veinte años pasé allí unas vacaciones con mis amigos y me sabía la mayor parte de las respuestas, y si erré alguna, no se dieron cuenta.

Cuando acabamos con el postre, el hijo pequeño de los Becker aseguró que quería irse de Erasmus a mi país, y su padre lo contemplaba con el ceño apretado.

Hacia la una de la madrugada, dimos por concluida la cena, los chicos llevaban más de una hora durmiendo. Aquellos sesenta minutos a solas acompañados del licor que había traído dieron

pie a Karen a recordar cómo se conocieron ella y su marido, y el motivo de que Adolf fuera el «padrino» de Ali y su hermana.

Al parecer, cuando el padre de las chicas las adoptó, no estaba casado, había decidido ser padre soltero, y Adolf era su mejor amigo. Por ello, le pidió que si algún día le ocurría una desgracia, quería que él se encargara de administrar su patrimonio, llevar a cabo sus proyectos y cuidar a las niñas como si fueran suyas.

En cuanto aceptó el compromiso, se ganó el título de «padrino».

Ali anunció que era tarde y que no podíamos quedarnos más, pues al día siguiente tenía que madrugar. Karen lamentó nuestra partida y nos acompañó a la puerta con su marido, haciéndonos prometer que iríamos un día a comer con Katarina. Por supuesto, aceptamos, ¿qué iba a hacer a esas alturas de la mentira?, ¿negarme?

Una vez en la puerta, Mr. Becker me apretó la mano añadiendo que nos veíamos el lunes en su despacho para comunicarme su decisión.

Cuando su mujer fue a darme dos besos, masculló un «tranquilo, estás dentro» que no me supo a victoria, pues no sabía si creérmelo o no. Adolf había estado observándome toda la noche con demasiada suspicacia.

Cerraron la puerta y, sin mediar palabra con Ali, nos montamos en la moto para alejarnos.

Estaba enfadado por el engaño, nervioso porque todo se pudiera ir a la mierda y tenía ganas de lanzarle toda la vajilla a la cabeza. ¡No tenía ni puñetera idea de lo que estaba jugándome! En cuanto me alejé lo suficiente y vi un descampado, paré.

Ali rio a mis espaldas y me dio varios golpecitos llenos de júbilo.

—¡Lo logramos! —aulló. Me bajé de la moto de malas maneras. Me saqué el casco y lo lancé contra la hierba. Hasta los descampados tenían trozos verdes. Ella me miró con sorpresa—. ¿Ahora viene cuando sacas el asesino en serie que llevas dentro y me descuartizas?

—¡Me mentiste! —la amenacé—. ¿Cómo se te ocurre? Podrías haberlo arruinado todo, ¡todo!

—No he arruinado nada, sabía lo que hacía y estaba convencida de que no me hubieras dejado ayudarte a sabiendas de que el jefe de Recursos Humanos era mi padrino y mi padre el principal accionista de la empresa.

—¡¿Principal accionista?! —bufé con las venas del cuello a punto de estallar.

—¡Sí! Mi padre es el pez gordo que te paga el sueldo a fin de mes.

—¡Todavía no me ha pagado nada porque has hecho que pierda la oportunidad de entrar!

—No has perdido ninguna oportunidad, conozco a la perfección cómo funcionan, les he visto trabajar desde pequeña, son auténticos tiburones del talento, mi propia hermana trabaja para ellos. No dejarían escapar a alguien por el que tres de sus equipos han apostado. Eso es mucho, normalmente con el sí de un equipo les basta.

—¿Tu hermana también trabaja en mis laboratorios? No he conocido a ninguna Katarina ahí dentro.

—Eso es porque ella es de proyectos especiales, tienen otro lugar donde se dedican a «cambiar el mundo», como dicen ellos, por eso no habéis coincidido.

—¿Otro laboratorio? —pregunté sin comprender.

—Sí, se dedican al desarrollo de proyectos «DGE».

—¿Qué es eso?

—Delicados y de gran envergadura. —¡Joder, joder y joder! Igual Winni trabajaba allí.

—¿Dónde están esos laboratorios? Nadie me ha hablado de ellos.

—No sé dónde están. —Se había puesto nerviosa.

—¿Cómo que no? Has dicho que tu hermana trabaja allí y que el jefe es tu padre.

—Sí, pero a mí no me han llevado nunca, así que no sé la dirección. ¿A qué viene tanto interés? —Tenía que inventarme algo.

—A que ahora mismo no sé cuándo mientes y cuando no, viendo tus dotes interpretativas de esta noche, quizá estás dándome un terrón de azúcar para llevarme donde tú quieras. —Ella dejó ir una carcajada.

—¡Menuda gilipollez! Yo no tengo por qué mentir, pensaba que era eso lo que querías, que mintiera por ti.

—Sí, pero no a mí, sino a ellos conmigo. —Menudo lío.

—Si eres sincero contigo mismo, entenderás lo que he hecho y el porqué. No me habrías dejado asistir y yo tenía muchas ganas de ayudarte —protestó.

—No lo entiendo, ¿porque te ayudé en el atropello de un perro? —Ella se bajó de la moto y vino hasta mí con paso firme.

—No, porque me gustas. —Me tomó de la nuca y me plantó un beso aprovechando que mi boca estaba abierta por la sorpresa.

Reaccioné. Reaccioné porque estaba enfadado, porque una mujer preciosa estaba besándome apasionadamente en el fragor de una discusión y porque en el fondo a mí ella también me gustaba un poco.

Fueron varios minutos en los que nuestras lenguas, labios y cuerpos batallaron, y no fue hasta que la oí gemir que me detuve.

—¿Por qué paras? —preguntó con la boca enrojecida producto de mi ímpetu y la barba.

—Porque no estoy seguro de nada. Me confundes... Yo... —Ella volvió a besarme, pero la aparté. Me miró con tristeza bajando los brazos derrotada.

—Acepto que a lo mejor no he obrado bien, pero me moría por pasar tiempo contigo y esa cena parecía lo suficientemente importante para que lo hicieras. Al principio, ni siquiera sabía dónde trabajabas, y cuando me di cuenta, no quería perder la oportunidad por ser quien soy. Lo siento, perdóname, no pretendí herirte o engañarte para hacerte daño. Esa no era mi intención, quería gustarte tanto como tú a mí. De la misma manera que tú querías entrar en la empresa de mi padre por encima de todo. —Sus palabras parecían sinceras. Me pincé el puente de la nariz.

—No sé, Ali...

—Hagamos una cosa, borrón y cuenta nueva. Mira, mañana he quedado con mi hermana para salir, ella no es como yo, no desconecta nunca, apenas tiene vida social o se relaciona. Hace muchísimo que no vamos a tomar algo juntas y estaría dispuesta a que te encontraras, fortuitamente, con nosotras para que pudieras preguntarle todas esas cosas sobre el laboratorio en el que trabaja y sus proyectos especiales. Eso sí, si primero aceptas mis disculpas. —Aquella proposición hizo que mi cabeza se agitara. Lo que Ali me ofrecía era una ventana muy, muy, muy atractiva.

—No quiero fastidiaros la noche —musité, con mis neuronas dándose cabezazos entre ellas.

—No nos la fastidiarás, pasaré la primera parte de la noche con Kata, te diré dónde estamos y a qué hora entrar y ya está. De todas formas, tenía ganas de presentártela, los dos poseéis muchas cosas en común, y el criterio de mi hermana me importa mucho. Sé que cuando entres en escena y os pongáis a hablar de esas cosas que tanto os molan, os habré perdido a ambos, pero... Merece la pena intentarlo si así me perdonas. —Me ofreció la sombra de una sonrisa—. Venga, acepta y deja que me redima.

—Tengo que pensarlo, ahora mismo estoy muy cabreado. Lo siento. —Ella hizo un mohín y yo aproveché para coger el casco del suelo y subir a la moto—. Vamos, te llevo a casa, que es tarde, dame tu dirección.

—Mejor te indico cuando lleguemos al parque, no creo que te conozcas los nombres de las calles.

Que me dejara llevarla hasta la puerta fue un voto de confianza por su parte. Pensé en lo que había dicho sobre sus motivos y me di cuenta de que tenía razón, que con seguridad no la habría dejado acompañarme a sabiendas de quién era por miedo a que la fastidiara.

Ahora tenía la posibilidad de conocer a Katarina y que ella me diera alguna pista sobre si Winni había trabajado o trabajaba con ella. No podía negarme a algo así.

Una vez paré, sin apagar el motor y con ella devolviéndome el casco, acepté las disculpas y unirme a su salida de la noche siguiente.

Ali me mandaría un wasap con la hora y la ubicación. Volvió a pedirme perdón algo avergonzada por su mentira y yo le ofrecí un cabeceo seguido de un «disculpas aceptadas, nos vemos mañana».

Capítulo 11

P-ER-FE-C-TA.



Katarina

—Kata, te prometo que estás espectacular.

—Sí, claro, con este vestido que me has puesto, que si alguien me tira del cinturón, me deja en pelota picada...

—Oh, venga ya, es noche de chicas, no está mal que alguno de estos hombretones que están por aquí piense en qué se sentiría tirando de la cuerdecita. Cuando una mujer se viste para gustar, debe tener en cuenta lo que piensa el bando opuesto, y en tu caso, querida *herma*, es en cuánto tiempo te tendría desnuda y jadeando. Ese vestido dice fó-lla-me.

—Pues deberías haberme prestado el de fuera-del-mercado.

—No lo comprendo. Eres guapísima, inteligente y con la sexualidad de un cactus.

—Si lo dices por los pelos de mis piernas, me he depilado.

—Lo digo porque tu sexualidad es árida, estás más seca que un desierto.

—Mi sexualidad está bien como está.

—¡Por favor! ¡Si esta tarde cuando te regalé el vibrador con cabezales removibles de bolsillo casi te follas la cara!

—Pensaba que era uno de esos aparatos para las pieles muertas.

—Más bien para las vaginas muertas, que la tuya está de luto perpetuo. Cuando te he visto con la cara llena de jabón y el vibrador en la mano, casi me ahogo con la pasta de dientes.

—Eso te pasa por venir a mi baño cuando podrías estar en el tuyo.

—Me gusta compartir momentos contigo, ya lo sabes....

Lo sabía, claro que lo sabía, y a mí también me gustaba. Ali era mi motor, por ella lo había dado todo, incluso la vida que podría haber tenido.

Di un trago a la bebida y me froté los ojos con cuidado de no echar a perder la capa de pintura que espesaba mis pestañas.

No veía tres en un burro. Alina había insistido hasta la saciedad en encargarse de mi estilismo, maquillaje, calzado y de que tropezara cada dos por tres con todo aquel que se me cruzaba por delante, pues me había hecho dejar las gafas en el bolso porque decía que su gran obra maestra no estaba pensada para que llevara lentes.

Su lienzo había sido mi rostro y ahora mismo estaba tomándome mi segundo *äpfelkirsch*^[6] para olvidarme un poco de la mierda de vida que tenía. No bebía alcohol desde hacía siglos, no tenía nada que celebrar, y convertirme en una alcohólica no era una opción válida. No me gustaba la idea de destruir mi organismo por dentro.

La sensación de aquel ligero estado de embriaguez junto a la imagen de Dylan, que no dejaba de martillearme la cabeza, me hicieron volver al pasado, a Sídney, en concreto, al momento en que tras la mejor cita de mi vida el hijo de la doctora Miller me acompañó a la habitación.

Sídney, siete años antes.

«Un beso en la frente, eso es lo que acababa de llevarme», pensé metida en la cama y hecha un mar de dudas. Bueno, eso y un día alucinante en el que había sentido tantas emociones que iba a pasar a la categoría: «uno de los mejores días de toda mi puñetera existencia». No me importó perderme la cena y terminar calada hasta los huesos. Dylan Miller me había hecho sentir, por primera vez en muchos años, viva y libre, aunque esa sensación tuviera las horas contadas.

Tenía que esforzarme más si quería cumplir con la misión que se me había asignado, un beso en la frente no iba a llevarlo a mi cama. Pensé en mi hermana, en el poco esfuerzo que le suponía conquistar a cualquiera; era innato, con un ligero aleteo de pestañas los hombres caían derretidos ante sus zapatos y yo... Yo era un desastre.

Me costó conciliar el sueño. Lo que había ocurrido me removió tanto por dentro que apenas pude pegar ojo. Cuando llegué al bufet de desayunos, lo hice con las mismas ojeras que Fétido Adams y un hambre voraz.

La doctora Miller tenía el morro un pelín torcido, aun así, me preguntó cómo me encontraba al ver la rapidez con la que los huevos con beicon pasaban del tenedor a mi estómago en medio segundo. Su hijo le había dicho que la comida del día anterior se me indigestó y había llegado al hotel descompuesta.

Ante la pregunta de mi jefa, casi regurgito el desayuno. Dylan me observaba con una risilla contenida que me hizo soltar el tenedor de inmediato.

—Cuando algo me sienta mal y me salto una comida, a la siguiente estoy famélica —respondí.

—Mientras no vuelvas a indigestarte... Yo de ti hubiera comido algo más suave.

—Déjala, madre, ella sabrá lo que le sienta bien al cuerpo; como ha dicho, no es la primera vez que le pasa. —Ver que me defendía con complicidad me dio ganas de ronronear. Que me sintiera así no era ni medio normal, Dylan era el único hombre que había provocado en mí la necesidad de gustar.

—Puede que tu madre tenga razón —le concedí—. Iré a por algo más suave. Hoy es un día muy importante y no puedo ponerme mala. —Me levanté y fui a por un yogur de fibra, a ver si así conseguía digerir lo que Dylan provocaba en mí.

A lo largo de la mañana, remonté con la doctora participando activamente en todas las conferencias. Realicé preguntas a mano alzada que, en varias ocasiones, sorprendieron al interlocutor. Desbaraté la teoría de algunos ponentes y eso me hizo ganar puntos frente a una Patrice que se pavoneaba por tener a los mejores científicos en su equipo.

Dylan también me halagó varias veces coloreando mis mejillas. Cada vez que su aroma a noche golpeaba mi nariz, sentía ganas de que me hundiera en su mundo prohibido, uno donde la fuerza y la delicadeza dialogaban conformando un poderoso dúo.

Apenas hablamos durante la comida, varios científicos se interesaron en mi visión y estuve manteniendo conversaciones de lo más enriquecedoras, incluso recibí alguna que otra propuesta laboral que rechacé de inmediato. Mi objetivo era el «Godness», nada más.

—Parece que te has hecho con una corte de admiradores —susurró Dylan sentado a mi lado durante la cena.

Me había esmerado mucho arreglándome, el vestido azul pavo real con escote palabra de honor resaltaba el tono pálido de mi piel intensificando el azul de mis ojos.

Dylan me devoró en cuanto llamó a la puerta de mi habitación y me asomé. Contuvo el aire y yo hice lo mismo al verlo a él. Halagó mi buen gusto y se detuvo en cada punto de mi anatomía que resaltaba el vestido. Di gracias a todo mi recopilatorio de consejos de internet. Cuando llegara a Brisbane, les escribiría un *mail* de agradecimiento a las revistas.

Me había hecho un recogido sencillo que enfatizaba mi cuello, uno de los *tips* decía que era bueno mostrarlo para seducir. Me maquillé con suavidad y opté por darme un poco de máscara de pestañas azul, rubor en las mejillas y rojo de labios.

Dylan me tomó la mano, me dio la vuelta y presionó los labios en la tierna piel expuesta. Fue una caricia íntima en la que sus ojos no abandonaron los míos, ¿se podía acariciar el alma de alguien con un gesto así?

—¿A qué hueles? —inquirió aspirando.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—La dependienta me dijo que este perfume estaba inspirado en un viaje a la Riviera italiana, siempre me gustó la idea de ver Italia, así que creí que era buena idea. Se llama Neroli Portofino, me gusta el sutil aroma a cítricos y flores.

—Es muy como tú, todo un acierto, además, te sienta de maravilla, igual que el vestido, estás deslumbrante.

—Tú también estás muy guapo, el esmoquin es precioso y tu perfume también me gusta.

—¿Lo hueles desde ahí? —preguntó lobuno.

—Un poco. En cuanto apareces, lo reconozco.

Dylan se agachó y dejó caer el cuello hacia un lateral cediéndome una porción de piel descubierta para que aspirara.

Pellizqué mi labio inferior entre los dientes, pasé la mano derecha detrás de su nuca para

estabilizarme, y la izquierda sobre su hombro. Dylan estaba muy en forma, demasiado duro y apetecible. Inspiré con suavidad y me permití rozarlo con la punta de la nariz, era suave, caliente y muy tentador. Emití un pequeño gemido de júbilo.

—Ambre Nuit, de Christian Dior —susurró, recuperando la compostura.

—Es muy tú.

—¿Y eso es bueno? —cuestionó, alzando una ceja. Le ofrecí una sonrisa.

—Eso es excelente.

—Uuuh, un cumplido, ese me lo guardo para recordarlo lentamente como un buen reserva.

Me ofreció el brazo, al cual no dudé en agarrarme, y bajamos al restaurante donde nos encontramos con su madre.

No era una cena al uso, estaba pensada para poder interrelacionarse con todo el mundo, pasear entre las mesas y llevarse pequeñas porciones de comida a la boca, servidas en bandejas que los camareros deslizaban entre los comensales.

Cuando llegó la hora de los postres, nos invitaron a sentarnos en mesas redondas que habían distribuido por la sala, ideadas para disfrutar con comodidad de la posterior entrega de premios.

Fue muy emocionante ver a la doctora Miller salir al escenario y dar las gracias a su hijo fallecido por el impulso que le dio su pérdida para progresar y centrarse en la investigación que la había llevado hasta allí. Lanzó un beso al cielo y bajó sumida en una gran lluvia de aplausos. Todos detenían su avance entre las mesas para felicitarla.

—Ha sido muy emocionante —le dije a Dylan con los ojos brillantes—. Que un suceso tan demoledor como ese te empuje a lograr algo tan loable es inspirador.

—Si mi padre o Noah hubieran estado aquí, te habrían contestado que aquel día no solo perdió a un hijo, sino a toda su familia. La muerte de Ky supuso un duro revés para nosotros, aunque Noah y yo solo tuviéramos meses. Se encerró en sí misma, en su laboratorio, y se olvidó de los demás. Fueron años condenados a su fría indiferencia, en los que mi padre intentó lo inimaginable. Un día no aguantó más y tomó la mejor opción, se separaron. Pensaba que nos hacía un favor cediéndole la custodia a mamá, que de ese modo se espabilaría y cuidaría de sus hijos como se suponía que debería hacer una madre. —La voz se le quebró un poco mientras veíamos avanzar a Patrice hacia nosotros.

—¿No lo hizo? —pregunté en un tono neutro.

—No, por suerte, siempre tuvo personal de servicio que nos dio el cariño suficiente que ella nos negaba. Además, teníamos a papá, hasta que murió en aquel terrible accidente. Así que ya ves, se llena la boca con la pérdida de Ky, cuando a nosotros nos abandonó teniéndonos.

—Lo lamento, nunca imaginé algo así.

—Ya. —Había estado hablando con la mirada puesta en su madre hasta que la giró para alcanzar la mía—. A veces, las apariencias engañan, todos tenemos una parcela de nuestra vida en la que no nos gusta pensar. Por suerte, mi carácter ayuda bastante a pasar el mal trago, que me interesara en los laboratorios y estudiara biotecnología ayudó en nuestra relación. En el caso de Noah, no tanto. —La doctora ya había llegado a nuestra altura. Su hijo se puso en pie y la felicitó como se esperaba. Esta le dio las gracias y aguardó hasta que Dylan separó la silla para que se sentara.

Seguí observándolos a ambos, y viéndolos interactuar, nadie diría que la doctora Miller era una mala madre, o una que no se preocupara por el bienestar de sus hijos y no se sintiera orgullosa de ellos, aunque... Nadie mejor que yo sabía lo que una persona era capaz de fingir.

Pasamos el resto de la velada charlando con los invitados que Patrice consideraba adecuados. Cuando llegó la hora de retirarse, Dylan y yo nos despedimos de ella al descender en nuestra

planta. Me dolían horrores los pies, llevaba unas sandalias con algo de cuña bajo el vestido, la suficiente como para que no me arrastrara; no era como llevar tacones, pero yo no estaba habituada. Había tomado un par de copas de vino y me sentía ligeramente mareada.

Cuando alcancé la puerta, apoyé la espalda contra la pared. El humor de Dylan se había vuelto algo taciturno y, aunque trató de disimularlo el resto de la noche, a mí no me la daba. Había aprendido a discernir cuándo reía por compromiso y cuándo lo hacía de corazón. Demasiadas horas juntos.

—¿Estás bien? —pregunté en un murmullo, acariciando la madera con la palma de la mano y el vino calentándose por dentro.

—Sí, hay recuerdos que todavía escuecen, se me pasará.

—Si mi pregunta te incomodó...

—Tu no me incomodas nunca, ¿no lo entiendes? Para mí eres una mezcla de fósforo, erbio, hierro, carbono y tántalo. —Estreché la mirada intentando dilucidar lo que Dylan pretendía decirme—. Mientras encuentras la respuesta, yo me voy a dormir, ha sido un día largo y necesito despejarme. Buenas noches, Duendecilla, nos vemos en el desayuno —se despidió, besándome la mano para internarse en su habitación. Al oír el clic de la puerta, me di cuenta de que había dado con la resolución y sonreí como una imbécil.

Las siglas de los elementos que había enumerado formaban la palabra:

P-ER-FE-C-TA

P (fósforo) - Er (erbio) - Fe (hierro) - C (carbono) - Ta (tantalio)

¡Dylan creía que era perfecta! Cómo de ocurrente era cuando le daba la gana... Tenía ganas de saltar y bailar al mismo tiempo.

Me planteé ir tras él, no lo hice porque dijo que quería descansar, mañana avanzaría un poco más. Entré en la habitación tropezando con mis propios pies, el móvil sonó y la tontuna se me pasó al ver quién me llamaba, era Herr Schwartz.

—Buenas noches —lo saludé.

—Hola, Katarina, ¿cómo van tus avances? —Sabía sobre lo que preguntaba, no era un hombre de dar rodeos. Caminé hasta el ventanal y me perdí entre las luces de la ciudad—. ¿Katarina?

—Voy avanzando.

—¿Que vas avanzando? Es un hombre, no un problema de álgebra. —Hizo una pausa impaciente—. ¿Ya te ha besado? —Contuve la respiración. Dio la callada por respuesta—. Eres una inepta, si quieres, hago que Alina te muestre qué debes hacer para que un hombre desee meterte en su cama.

—¡No! —exclamé—. Deja a Alina al margen.

—Pues entonces avanza de verdad y cómele la polla tan bien que no quiera que otra se la chupe. —Apreté las manos. Me daba asco cuando era tan brusco. No porque me asqueara hacer algo así con Dylan, sino porque tenía recuerdos muy desagradables respecto al sexo—. ¿Me has oído, Katarina?!

—Alto y claro.

—Pues no pases de mañana, quiero una llamada tuya confirmando que te lo has tirado y que quiere repetir. Y no intentes engañarme, sabes que tengo un radar para todas tus mentiras. Te pediría que lo grabaras, pero me fiaré de tu palabra porque sabes que si no lo haces... —No hacía falta que terminara la frase.

—Lo haré.

—Eso dijiste y no has hecho nada.

—No era el momento, habría sido un experimento fallido, ahora sé que tengo posibilidades de éxito. —Pensé en la despedida de Dylan.

—Más te vale, por el bien de Alina. —Si no soltaba la puntilla, no se quedaba tranquilo—. Buenas noches, Katarina.

—Buenas noches, Herr Schwartz.

Podría decir que dormí a pierna suelta, que no me comí la cabeza respecto a si era moralmente correcto lo que iba a hacer, pero mentiría. No pegué ojo y me pasé la mañana siguiente totalmente distraída. Tanto que casi ni intervine en las ponencias prácticas, ganándome la preocupación de mi compañero.

—Te noto dispersa.

—Demasiadas emociones, anoche me costó dormir con tu mezcla p-er-fe-c-ta. —Él esbozó una sonrisa canalla.

—Ah, ¿sí? —Mi respuesta suscitó su interés, estaba lanzándome las preguntas en la oreja y mi piel parecía un erizo—. ¿Y eso por qué?

—Cuestión de química —murmuré ambigua. Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja.

—Ya sabes que si necesitas cualquier cosa, solo debes llamar a mi puerta. —Aguanté la respiración, ¿ese roce había sido su lengua?—. Con tu físico y mi química nos salimos de la tabla periódica. —«¡Joder, joder, joder!».

—Ese chiste está muy usado —lo reprendí acalorada.

—No por ello deja de ser menos cierto —susurró ronco, acariciándome el antebrazo.

El calor de aquel dedo largo traspasó el fino tejido de mi blusa recién planchada en la lavandería.

Alguien dejó ir un «silencio, por favor» que no impidió que tuviera que apretar los muslos y soplar hacia mi frente para darme algo de aire.

Intenté concentrarme, era importante ser concienzudos en aquella parte práctica si no quería pifiarla.

El fin de las ponencias dio paso a la comida de grupo, en la cual, y por suerte, me tocó en el culo del mundo. No habría soportado una comida llena de escarceos con Dylan. Me sentaron en una mesa bastante aburrida, lo que me llevó a desviar la mirada unas cuantas veces hacia la suya, y así percibir un par de orbes verdes que me lanzaban promesas incitantes.

Fue una hora y media que se me hizo eterna, hasta que el organizador formalizó la clausura dando las gracias a todos los invitados, premiados y ponentes por asistir al evento.

Cuando me levanté de la silla, noté que alguien me la retiraba.

—¿Planes para esta tarde? —Era Dylan, con esa sonrisa canalla que quería borrar con mi lengua.

—¿Lo dices porque te has propuesto embalsamar momias y necesitas a una ayudante? —Cabeceé hacia su mesa repleta de octogenarios.

—No podría cargar con esa experiencia, demasiado tenebrosa. Había pensado en algo más tipo... tú, yo, un paseo y nada de túneles de lavado. —Era ahora o nunca, no podía postergarlo más, me había bebido casi una botella de vino yo sola para reunir el coraje suficiente, así que era el momento adecuado.

—¿Y si en lugar de tu plan te propongo que nos salgamos de la tabla periódica... en mi habitación? —Pensé que hacerlo en un lugar que me resultara seguro sería lo mejor. Él alzó las cejas y soltó una carcajada que me dejó descolocada, después se puso a reír—. ¿Estás riéndote de mí? No me gusta que se rían de mí —aclaré, pensando que había metido la pata hasta el fondo y me iba derechita a la casilla de salida.

—No, cariño, no, me río porque siempre logras sorprenderme y porque me encanta tu manera directa de atajar algunos caminos para llegar a destino, cuando yo era incapaz de ver el desvío. —A veces me costaba entender su retórica, y más si el alcohol me nublaba las entendederas.

—¿Entonces? —insistí con el corazón a mil.

—Entonces, la tabla periódica se nos va a quedar muy corta —dijo ronco—. ¿Estás lo suficientemente sobria como para recordar lo que voy a hacerte? —Asentí con la garganta seca.

—De acuerdo, escúchame bien, esto es lo que vamos a hacer....

Me pidió que lo esperara en el interior del ascensor, que iba a decirle a su madre que nos marchábamos a hacer algo de senderismo. Ella no llevaba bien eso de caminar demasiados kilómetros. Añadió que no nos esperara para cenar, pues ya picaríamos algo por ahí.

Estaba muy nerviosa, apenas nos habíamos dado un beso hacía un par de semanas y acababa de proponerle que nos acostáramos, porque se lo había propuesto yo...

Me metí en el ascensor con la cabeza trabajando más que cuando hacía horas extras. Tuve que chuparme una subida y una bajada completa. Una mujer me miró raro cuando ella descendió en la segunda planta y volvió a verme en el ascensor en el viaje de bajada.

—Quien no tiene cabeza tiene pies —dije a modo de excusa.

—Come mucho pescado azul, dicen que eso ayuda para la memoria, si no, a mi edad, sufrirás demencia. —¡Cuanta amabilidad había por el mundo!

Llegamos al *hall*, las puertas se abrieron y noté mi corazón hacer rapel por mi garganta.

Dylan entró a por todas y, sin mirar atrás, me empotró contra el cristal del cubículo para comerme la boca; menos mal que no había nadie, aunque en esas circunstancias, todo me importaba una mierda, excepto él.

El mundo giraba tan rápido como su lengua dentro de mi boca. Cuando la mano masculina descendió sobre la blusa para apretarme el pecho, jadeé entre sus labios con fuerza.

Las puertas del ascensor se abrieron y salimos a trompicones, dando bandazos de pared a pared donde nos calcinamos a base de caricias húmedas.

Llegamos a la puerta de mi cuarto, lo sé porque Dylan dejó de arrasarme los labios y susurró en mi oído que le diera la llave. No sé cómo tuve fuerzas para descolgarme de su cuello, palpar el bolso y entregársela.

Me sentía torpe, nerviosa y con una excitación tan brutal que nublaba mi raciocinio. Por una vez, decidí que lo mejor era no pensar y dejarme llevar por alguien que tenía más experiencia que yo en esas lides, era lo mismo que si estuviera asistiendo a una *master class*.

Dylan abrió la puerta y colocó la tarjeta en el aparatito de la luz. No es que hiciera falta, las de la limpieza habían dejado las cortinas descorridas y la claridad entraba a raudales. Quise ir hasta el ventanal y correrlas, sumirme en la oscuridad para que él pudiera concentrarse y no ver lo poca cosa que era.

No lo hice, sus ojos se veían tan brillantes que me dio miedo romper el hechizo al que parecía estar sometido. En cuanto la puerta se cerró a mis espaldas, Dylan y su animal interior volvieron a tomarme.

Los dedos masculinos trabajaron con precisión quirúrgica para desatar los botones de la blusa. No tardó ni medio minuto en bajármela por los hombros y dejarme con el fino sujetador de encaje blanco y la falda puesta.

—Eres preciosa... —murmuró. Mis mejillas ardían, estaba tan expuesta, me fatigaba no gustarle.

Tiró con suavidad de la fina prenda para dejarla a la altura de la cintura.

Cerré los ojos con angustia, mis pechos eran pequeños, nada destacables, con dos pezones

anodinos y minúsculos. Yo sabía qué tipo de mujeres le gustaban a Dylan, jamás se hubiera fijado en mí si no le hubiera supuesto un desafío. ¿Y si después de tenerme lo decepcionaba y me apartaba?

Algo caliente envolvió uno de mis pezones y a mí se me cortó el aliento, dejé de pensar de inmediato.

Abrí los ojos ante la descarga eléctrica que recorrió mi columna y gemí cuando la primera succión me caló tan hondo que alcanzó mi entrepierna. La cabeza castaña lamía y sorbía con deleite, parecía que no le importara que tuviera menos pecho que una chica de dieciséis años, porque lo tomaba con total veneración mientras la mano izquierda buscaba la cremallera trasera de la falda para deshacerse de ella.

La pieza cayó al suelo antes de que Dylan dispensara el mismo trato al otro pecho. Tenía los ojos cerrados y mis manos se habían fundido en su sedoso pelo al ritmo de mis suspiros.

La boca masculina fue bajando y, de camino al ombligo, desabrochó el sujetador para seguir el mismo destino que la falda. Solo llevaba las bragas de encaje, las medias de liga y las bailarinas.

—Eres una puta delicia —prorrumpió de rodillas. Si se lo parecía..., ¿quién era yo para llevarle la contra?

Hizo a un lado la braga y hundió la lengua entre los pliegues.

Aullé tan alto que noté cómo sonreía instándome a que colocara la pierna derecha sobre su hombro y así tener mejor acceso. Lo hice, por supuesto que lo hice. Nunca había sentido nada igual y a él parecía gustarle el modo en que me deshacía en sus labios... Me dejé ir. Volví a tomarle por el pelo permitiendo que explorara cada rincón de mi intimidad. Dylan usaba la lengua y los dedos para separar, penetrar y saborear con fruición.

Me vi envuelta en mis propios quejidos acompasando aquella marea húmeda de necesidad. El vientre se me contraía ante los pequeños espasmos que me sobrevolaban por dentro. Mis pulmones apenas rendían, el placer era tan sobrecogedor que no comprendía cómo había podido vivir sin sentir algo así.

Lo que estaba haciéndome Dylan no tenía nada que ver con mi primera vez. Era parecido a la atracción que nos subimos de caída libre, solo que con un placer más extremo que hacía vibrar cada célula de mi cuerpo. Seguro que los orígenes del universo fueron algo parecido a esto.

Y entonces lo noté, algo grande estaba fraguándose en el tenso nudo que él no dejaba de estimular con la punta de la lengua, trazando círculos y barridas calientes.

Los dedos me penetraban con mayor profundidad y yo necesitaba más, mucho más.

—Lo sé, nena, dámelo y te daré más. —¿Lo había verbalizado? Al parecer sí, porque Dylan estaba contestándome y yo no podía aguantar, no podía impedir que aquello que sentía crecer en mi interior estallara y arrasara con todo—. Eso es, Duendecilla, ahí está, noto cómo se acerca, dámelo, deja que lo saboree, siéntete libre entre mis brazos, déjate ir.

Y lo hice. Grité tan alto que creí que los de recepción subirían para ver si alguien estaba matándome, y no irían muy desencaminados, pues el placer era mortal. Me aferré con fuerza a los mechones de pelo y balanceé las caderas hacia su boca hambrienta, restregándome sin control.

Lo dejé engullirme, quería que lo hiciera, que fuera él el motivo de que me fragmentara por dentro y dejara emerger a aquella desconocida que se había apoderado de mi cuerpo.

Dylan se incorporó sonriendo, con mis jugos iluminando su barbilla, apenas podía moverme. Tampoco me hizo falta, pues él me tomó en brazos para llevarme a la cama.

Me dejó en el centro, depositándome con suavidad a la par que él se desnudaba con la misma

habilidad que había ostentado conmigo.

—Puedes poner música si quieres —murmuró, cabeceando hacia el hilo musical. Ni siquiera había caído que estábamos en silencio.

Tanteé el dichoso aparatito y las notas de una canción de *blues* emergieron para envolvernos. Si hubiera entendido de ese estilo musical, sabría que se trataba de Nina Simone cantando *Tell me more and more and then some*.

—Perfecto —susurró, deshojando prendas, como un árbol en otoño.

Era el hombre más guapo, listo y magnífico con el que me había topado nunca. Lo admiré perdida en la bruma de placer en que seguía envuelta.

Preguntó algo. Ni siquiera presté atención a lo que decía, entre la música y la promesa de sus ojos, me sentía perdida. Me limité a asentir obnubilada por la experiencia. Él sonrió, complacido por mi respuesta, tiró de mis bragas, se deshizo de los zapatos y me dejó las medias puestas. Tal vez esa hubiera sido su pregunta, si podía dejármelas.

Volvió a hundir la cabeza entre mis piernas, para saborear con lentitud los labios mayores. Mis muslos se abrían dándole cabida. Me gustaba cómo se sentía su lengua en mí.

Las manos ascendieron hasta mis pechos y retorció los pezones con suavidad, sintonizando el canal de mi placer que se multiplicaba con cada acto. Todo me daba vueltas, lo que hacía me enloquecía, mi cuerpo respondía con avaricia. Alcé la pelvis al notar la lengua rebañándome, mis dedos se hundieron en la carne prieta de su espalda y cuando volví a sentirme cerca del abismo, él se incorporó para colocar su miembro en el lugar que había estado preparando y penetrarme con lentitud.

¡Joder, joder, joder! Pero ¿cómo era posible que no doliera nada? Sabía que a algunas mujeres no les dolía, yo había tenido muy pocas relaciones y siempre fue con dolor. Puede que mi falta de deseo por la persona que me tomó tuviera que ver, o la violencia con la que lo hizo. Aquella experiencia en el orfanato, cuando fui sorprendida en la ducha por mi peor enemigo, había erradicado mi necesidad sexual, hasta ahora.

Con Dylan estaba siendo tan distinto, al contrario que con Nikolai, necesitaba lo que estaba dándome, sentirme llena, sentirme suya. Enlacé mi azul a su verde, mis piernas a su cintura y los dedos en su nuca. Busqué saborearme en su lengua y me gustó encontrarme en su saliva.

El ritmo tortuoso al inicio fue ganando ferocidad, quería más, mucho más, y él lo percibía. No hacía falta que lo verbalizara, sus envites se volvieron hoscos, duros, profundos, igual que nuestros besos.

—¿Lo sientes? —preguntó, buscando mi respuesta.

—Te siento —respondí, dejándole que viera a través de mis pupilas la respuesta.

—Vamos a correr juntos, nena, ¿estás lista? —Asentí con una sonrisa. Me gustaba cómo su voz se había vuelto ronca usando aquella palabra. Dylan paseó la punta de la lengua sobre mis labios, tentándome, volviéndome loca de necesidad, y empujó trazando círculos con las caderas hasta que nos encontramos en otro plano, uno que nos permitió salir de nuestros cuerpos elevándonos en una comunión que se salía de cualquier tabla, tan perfecta como única, tan única como nosotros.

—Voy un momento al baño —le dije a mi hermana, que movía los hombros llevada por el ritmo de *Rain on me*, de Lady Gaga. Rememorar mi primera vez con Dylan me había sofocado.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, tranquila, aunque me hayas quitado las gafas, todavía soy capaz de ver las puertas.

—Vale, te espero aquí, voy pidiendo dos copas más. —No me negué, necesitaba beber después de recordar la intensidad de nuestra primera vez. Tenía la garganta seca y el alma más seca todavía.

Me abrí paso entre los cuerpos emborrachados, con la respiración errática y unas enormes ganas de llorar. «No puedo echar a perder el maquillaje», me dije, Alina no sabía nada de lo que ocurrió en Brisbane y así tenía que ser.

El bar estaba hasta los topes, no cabía un alfiler, por lo que tuve que hacer cola. Me sirvió para tranquilizarme.

Entré al servicio mucho más calmada, vacié la vejiga y me refresqué un poco. Pasé algo de agua fría por la nuca y el escote, buscando que los recuerdos se alejaran regresando al cajón que mantenía bajo llave.

Salí tambaleándome, las dos copas comenzaban a pasar factura, si me tomaba la tercera, conseguiría olvidar mi vida entera. Me acerqué a la mesa donde había dejado a Alina. Parpadeé varias veces, ¿había alguien sentado a su lado?

No es que me extrañara, mi hermana era de las que no perdía el tiempo, quizá ya le había buscado un sustituto a Marc. Seguí avanzando, me dio la sensación de que era un hombre moreno, entre tanto rubio era fácil darse cuenta y, entonces, aquel olor golpeó mi pituitaria. Estaba solo a tres pasos, con una amalgama de aromas fundiéndose sin un gramo de armonía cuando lo reconocí. Era él, su aroma, y estaba ahí, justo ahí, llegando a mi nariz porque estaba sentado al lado de mi hermana. No podía ser, no podía... ¿Podían dos personas oler de la misma manera?

Y entonces la escuché, su risa ronca siendo disparada directa a mi corazón y la mano de Alina buscando su nuca para depositar un beso en aquel cuello que tan bien conocía. No podía ser, ¡no podía ser! ¿Qué hacían juntos?

El oxígeno no me llegaba, no podía plantarme frente a ellos y preguntar qué pasaba, qué hacían juntos, porque entonces todo saltaría por los aires... Caminé hacia atrás alejándome de la escena, chocando contra alguien que vertió su bebida por encima de mi espalda.

Necesitaba pensar, necesitaba salir del bar antes de que me vieran.

Poco importaron las quejas del desconocido a quien había dejado sin bebida, la sacudida que le dio a mi brazo, que me increpara o intentara retenerme. Yo solo necesitaba huir, salir corriendo sin ser vista, solo así tendría una opción de que el mundo de mi hermana siguiera intacto.

Me deshice del agarre y a ciegas me abrí paso entre lágrimas y empujones, dolía tanto que apenas podía respirar, y, aun así, fui directa a la salida.

Capítulo 12

Teluro-Americio-Oxígeno.



Dylan

Esperé el mensaje de Alina para entrar en el bar.

Estaba en un *pub* irlandés cargado de universitarios hasta los topes, claro que salir de noche en Darmstadt era lo que tenía.

El lugar se llamaba An Sibin Irish Pub, estaba decorado con un montón de madera tallada, mesas altas en forma de barril con taburetes combinadas con otras bajas de mullidos asientos.

Las lámparas colgantes parecían vidrieras de colores y fuera había un cartel que anunciaba un grupo de música en directo que tocaría en quince minutos. El ambiente era festivo y cargado de cerveza.

Había tanta gente que apenas veía nada; con las indicaciones que me mandó, la encontré

sentada en una de las mesas bajas. Levantó el brazo y me saludó efusivamente. Me llamó la atención que estuviera sola, esperaba que no fuera una trampa para tener una cita conmigo. Seguía un poco mosqueado por la encerrona de ayer.

—Hola —me saludó, plantándome un beso en la mejilla.

—Hola —respondí algo parco.

—Mi hermana está en el baño, debe haber mucha cola porque hace más de cinco minutos que se ha ido, pensé en esperar un poco para que cuando entraras os cruzarais, pero... No he acertado.

—No pasa nada, hay tiempo. —Ella se apartó en el mullido sillón de cuero granate, se había arreglado, aunque era de esas mujeres que con la cara lavada se vería igual de guapa.

—Ven, siéntate, acabo de pedir un par de copas, en cuanto venga la camarera, le pedimos la tuya, no quise arriesgarme a pedir algo para ti y que mi hermana se extrañara de que hubiera tres bebidas en la mesa. —Ali hablaba mucho y eso me hacía pensar en lo distinta que era de Winni, a quien muchas veces tenías que sacarle las conversaciones con sacacorchos.

Me acomodé a su lado, para Ali parecía no haber pasado nada, se comportaba como siempre; vivaracha, desinhibida y con aquella mirada de artista que daba la sensación de convertir todo a su paso en un cuadro de muchos colores.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunté, buscando una conversación fácil.

—A veces. El ambiente está genial, las bebidas son buenas, te sirven rápido y hay mucho soltero suelto... Mi hermana necesita un novio con urgencia, se pasa el día encerrada en el laboratorio y no sale nunca, es un poco ermitaña, ni siquiera sé cuánto tiempo hace que no folla. —En cuanto lo soltó, vi su cara de arrepentimiento—. No debí decir eso.

—Haré como si no lo hubiera escuchado. Los científicos solemos ser un poco eremitas.

—Tú no lo pareces.

—¿No?

—No, más bien creo que esa aura apagada que te envuelve es culpa de algo que ocurrió en tu pasado. No sé, quizá una mala experiencia con tu última relación. —Estreché la mirada—. ¿Qué? ¿He acertado?

—Si no te sale bien la venta de cuadros, siempre puedes dedicarte a que te contraten en la tele como pitonisa. —Ella dio una palmada exclamando un «lo sabía», y después inspiró con fuerza llevando consigo esa sonrisa de pagada de sí misma por haber acertado.

—¿A qué huele?

—Si es a pedo, no he sido yo. —Ali amplió la sonrisa.

—No es eso. —Acercó la nariz a mi cuello y suspiró—. Mmm, eres tú, ¿a qué hueles? —La yema de los dedos femeninos pasaron por mi nuca sin permiso y aprovechó para depositar un beso húmedo en el lugar que había aspirado.

—Hoy he cambiado de colonia. —Cuando Winni falleció, dejé de usar aquel perfume que tanto le gustaba y lo cambié por otro menos intenso. Cuando vine en su busca, metí el medio frasco que quedaba en mi maleta, quizá porque pensé que si volvía a ponérmelo, sería capaz de atraerla, y hoy sentí la necesidad de ponérmelo. Menuda gilipollez.

—Me gusta, es muy tú. El otro también está bien, solo que este es más personal. —La camarera acercó las bebidas y aproveché para pedirme una cerveza.

—Oye, ¿no le habrá pasado algo a tu hermana? Aunque el baño esté a petar, está tardando mucho. —Ella ojeó a un lado y a otro con preocupación.

—Cuando se fue, estaba bien; bueno, bebimos un par de estas. —Señaló los vasos de lo que parecía vino. Reconocí la bebida popular que tomaban en Darmstadt aderezada con licor, a mi vecina también le gustaba.

—No es muy fuerte.

—Ya, pero ella no suele beber, si se toma un refresco y se le suben las burbujas. ¡Mierda! Puede que se haya desorientado, siempre lleva gafas porque no ve tres en un burro y hoy la obligué a que se las quitara para que se viera bien el maquillaje. La muy tonta no quiere usar lentillas y esas gafas de pasta oscura le hacían un flaco favor a esos ojos tan bonitos que tiene.

—A lo mejor sería buena idea que fueras a buscarla, no vaya a necesitar ayuda —sugerí.

—Tienes razón, capaz es de haberse sentado en otra mesa o estar hablándole a una planta. Voy a dar una vuelta a ver si la encuentro. No te muevas o nos quitarán la mesa; cuando está tan lleno, la gente ni se lo piensa. —dijo en tono de advertencia.

—Está bien. —Me aparté y le dejé paso.

Estaba muy guapa, con un vestido ajustado en color azul que la hacía más que apetecible. Llevaba unos zapatos de tacón de esos que hacen piernas de infarto y que los hombres supliquen por terminar con ellas enrolladas en la cintura de cualquier baño.

En cuanto se fue, mis ojos buscaron su culo. ¿Qué? Soy humano, los ojos se habían hecho para mirar y tenía que reconocer que Ali tenía un buen polvo.

Mi cerveza no tardó en llegar, acertó cuando me dijo que el servicio era rápido. Di un par de tragos y me entretuve echando un vistazo al tumulto. Noah ya me había mandado el análisis de ADN de Winni, en lugar de Miller debería haberse apellidado eficacia. Estaba deseando ir el lunes a los laboratorios para introducirlo en la base de datos y arrojar algo de luz al pozo, eso si Mr. Becker no me despedía antes.

El grupo de música en directo se había subido al escenario y los jóvenes silbaban animándolos a empezar. Afinaron los instrumentos, el cantante agradeció la asistencia y se disculpó de antemano por si desentonaba en algún momento, o se quedaba en blanco, y dio la entrada a los demás para que se pusieran a tocar una canción que era de su autoría. Para ser justos, no sonaba del todo mal. A mitad del tema, Ali volvió a la mesa con cara consternada.

—No la encuentro, he preguntado a las chicas que estaban en la cola, he recorrido el bar de cabo a rabo, pero es como si se hubiera esfumado... No lo entiendo...

—Igual tu fórmula de arreglarla para que ligue ha funcionado y se ha largado a follar.

—Qué va, ella no es de esas, si carece de vida sexual... Tendrías que haberla visto esta tarde con el vibrador que le he regalado, mejor no te lo cuento, que si la ves, no podrás quitarte esa imagen del cerebro. Pásame el bolso, voy a llamarla. —Cogí aquella miniatura de cuero negro y se la tendí. En cuanto ella sacó el terminal y miró la pantalla, resopló—. Increíble. ¡Se ha largado!

—Te lo dije —bufé—. Puede que tu hermana no sea la mojigata que piensas.

—Sola —recalcó—. En el mensaje pone que no se encontró bien, que salió para tomar el aire y se puso peor. Que la disculpara, que no quería aguarme la fiesta y que se iba a casa, ¿tú te crees? —No parecía estar mintiendo, así que me encogí de hombros. Me fastidiaba no conocerla, había puesto parte de mis esperanzas en sonsacarle algo de información—. Lo siento, sé que tenías más ganas de verte con ella que conmigo. —Me supo mal la observación de Ali. Era cierto que había venido por Kata y que la intención de la noche no era tomar una copa con Alina, sin embargo, no me gustaba verla tan compungida.

—Otra vez será, podemos vernos en otro momento...

—Sí, bueno, a ver qué día la lío para poder presentártela... Quedar con mi hermana es una odisea... Si quieres marcharte, lo comprenderé, me da la sensación de que sigues mosqueado por lo de ayer. —Razón no le faltaba, aunque tampoco es que hubiera cometido un crimen e hizo todo lo que estaba en su mano para arreglarlo. Ni siquiera había hecho el amago de sentarse.

—Ya que estamos aquí y nos han servido la bebida, no me parece bien irnos tan pronto. —Su sonrisa me calentó un poco.

—¿Me has perdonado?

—Estoy a medio camino —confesé, y ella se acomodó bastante pegada a mi cuerpo.

—¿Y puedo hacer algo para recuperar puntos? ¿Quieres que te la chupe? —Ali no se cortaba un pelo. Dejé ir el botellín encima de la mesa con ojos desorbitados—. No te agobies, es broma. —Ya la tenía suspendida en mi nuca empapándose los labios con la lengua para tentarme.

—¿Y si hubiera aceptado? —inquirí socarrón.

—Algo se me hubiera ocurrido...

No añadió nada más, se acercó a mi boca y me hizo una demostración de lo que podría suponer tenerla en aquella parte de mi anatomía.

Sé lo que piensas y te equivocas, no llegué a acostarme con ella, ni siquiera dejé que me la chupara. ¿Podría haberlo hecho? Sí. ¿Me apetecía? Puede que después de la tercera cerveza estuviera lo suficientemente cachondo y turbio para aceptar. ¿Y entonces? Pues no sé, Ali era muy guapa, estaba muy buena, pero tenía la sensación de que si nos acostábamos, terminaría pasándome factura, así que la llevé a casa y como un buen chico dormí solo en mi cama.

El domingo lo pasé *perreando*, llamé a mis hijos a una hora decente, que para mí no lo era tanto, y se me encogió el corazón al escuchar sus anécdotas mientras yo perseguía al espíritu de su madre.

—Papá, ¿sabes qué? —me preguntó Oliver con los ojos brillantes.

—¿Qué?

—Cris nos llevó al médico porque Chloe tenía un ataque de alma. —Lo miré perplejo.

—¿De alma?

—Serás tonto, ¿de asma! —replicó mi hija en la videollamada—. Han descubierto que tengo alergia al polen y me da por ahí.

—¿Y estás bien? —inquirí asustado. No le había pasado antes, cualquier cosa que tuviera que ver con su salud me ponía en guardia y más estando a tantos kilómetros de distancia.

—Sí, papi, me dieron un inhalador...

—Déjame hablar a mí, Chloe, que acaparas a papá. —Sonreí. Eran tan intensos y me jodía tanto estar tan lejos y perderme aquellos buenos momentos, incluso los que se pisaban el uno al otro porque no podían contener las ganas de vivir—. Papi.

—Dime, Oli.

—Pues que fue muy divertido, estábamos en la sala de espera y el hombre de urgencias no se enteraba.

—¿De qué?

—Pues que había un hombre que le dolía mucho la espalda, nosotros estábamos sentados en la silla y el señor le preguntó su apellido para apuntarlo como hizo con Chloe, y al que le dolía la espalda dijo flojito: «Cabrito». —Una risilla se le escapó entre los labios—. Chloe y yo nos miramos pensando en si habíamos oído bien, y creo que al hombre le pasó lo mismo porque le dijo: «¿cómo?», y él volvió a repetir un poco más alto «Cabrito». «¿Sorbito?», preguntó el hombre. «No, Cabrito», contestó el otro. —A esas alturas de la anécdota, a mi hijo ya le había entrado la risa floja y estaba costándole seguir; Chloe le tomó el relevo.

—Déjame que termine que tú te ahogas, échate mi inhalador. Papi, escucha... El señor del mostrador, que era casi tan viejo como la abuela —menos mal que mi madre no la había oído— le pidió: «¿puede decirlo más alto?». El señor se había puesto rojo, pues todos lo estábamos

escuchando, y repitió su apellido con voz aguda, a lo que el hombre de la recepción le insistió: «Mejor, deletrémelo». Te juro que los ojos nos lloraban de la risa, hasta Cris se reía, en flojo, claro, no queríamos incomodar más al señor Cabrero. Y este sacó una voz muy alta para decirlo letra por letra, cuando llegó a la T, el del mostrador le dijo: «¿P?», y el otro: «no, T», a lo que el recepcionista contestó: «¿qué ha notado?». —Oliver estaba revolcándose de la risa por los suelos y yo mismo estaba descojonándome—. Espera, papá, que viene lo mejor... —anunció mi hija—. El hombre que le dolía la espalda ya no sabía qué decirle, y muy enfadado le contestó que lo que había notado era que era un poco «tonto, con T», igual que la letra de su apellido, y que se apellidaba «Cabrero» porque en su interior habitaba un Cabró...

—Suficiente —dijo Cris, arrancándole el terminal—. Ya te dije que esa palabra no se repite.

—Pero no he acabado —se enfurruñó mi hija.

—Por hoy, sí. Cambiaos los dos, que tenéis clase de equitación y es muy tarde, seguro que vuestro padre tiene que irse ya a dormir, anda, deseadle dulces sueños.

Oli y Chloe me lanzaron un beso con fastidio, querían seguir hablando conmigo y yo con ellos. Lo que hubiera dado por tenerlos al lado y estrecharlos entre mis brazos. Me dieron las buenas noches y desearon que volviera pronto. Les garanticé que así sería recordándoles que eran lo que más quería en la vida. Se fueron correteando, dejando una sensación de vacío que no iba a quitarme en toda la noche.

—Hola, Dylan —me saludó Cris con tristeza.

—Hola, guapa.

—¿Todo bien? Noah me ha dicho que has avanzado algo.

—Poco para lo que me gustaría.

—Ya ves que los niños están bien, aunque nosotros estamos preocupados.

—No lo estéis, os prometo que si en tres semanas no tengo nada, regresaré. Huyo de todo aquello que conlleve peligro, os doy mi palabra.

—Está bien, confío en tu criterio. No sería justo que te perdieran también a ti. —Asentí. Tenía razón, mis hijos necesitaban un padre y, por ahora, solo tenían mi ausencia. Estuvimos charlando unos minutos más, hasta que los niños aparecieron cambiados y ella tuvo que colgar. Me dejé caer en la cama con un desasosiego que alteraba mi pausado ritmo cardíaco.

¿La estaría cagando? Seguramente. No quería perderme la infancia de mis hijos en pos de un fantasma, y por ello me había dado un mes de plazo, del que me quedaban veintidós días. Si no daba con Winni, regresaría a Brisbane y daría por zanjado el tema de la no muerte de la persona con la que creí que compartiría mi vida. Puede que fuera lo mejor, había llegado a la conclusión de que Winni no desapareció forzosamente y aquella idea me desestabilizaba por completo. Si ella no quería que la encontrara, ¿por qué yo tenía que buscarla?

El lunes crucé los dedos al entrar en el despacho de Mr. Becker. Estaba serio y me observaba con el ceño fruncido, ni siquiera disimulaba haciendo otra cosa que no fuera mirarme. Sabía que le había engañado, estaba seguro de ello, y, aun así, dejó que pusiera mi culo en su silla evaluándome con la tensión de estar sometido a la máquina de la verdad. ¿Me habría colocado electrodos bajo el asiento para que me dieran calambrazos si notaba que mentía? La tensión hizo que estirara del cuello de mi jersey y me mantuviera alerta.

—Ambos sabemos que hay algo que no me cuenta, lo noto, y eso me hace desconfiar y preguntarme si debo o no contratarle.

—A ver, hay muchas partes de mi vida que no le he contado, como que en la universidad fumé hierba, pero no creo que eso sea trascendente ahora mismo, le juro que ya no lo hago. —Él

me miró escéptico.

—Que esté con mi ahijada fue algo que no esperaba. Un golpe bajo porque me da la impresión de que no se trata de amor, sino de interés.

—Y por supuesto tiene razón, ¿usted la ha visto? Alina me interesa muchísimo y puede que no sea un amor como el que usted comparte con su mujer, porque todavía no nos ha dado tiempo, pero me gusta demasiado y espero que en un futuro tengamos una relación tan sólida como la suya. —Dijera lo que dijera, tenía la sensación de que Mr. Becker seguiría dudando.

—Sea como sea, ahora ya está aquí.

—Mr. Becker, le prometo que soy lo que ve y si piensa que no merezco trabajar en estos laboratorios por salir con ella...

—¿La dejarás? —Apretó las pupilas contra las mías en un pulso visual.

—No, cambiaré de empresa. —Estaba jugándome demasiado con aquella respuesta, aunque tampoco concebía otra. Podía creermelo o no, las cartas estaban echadas desde el viernes.

—Tiene suerte de que tres de los mejores doctores que tenemos en nuestras instalaciones se hayan interesado por usted, si no, ahora mismo estaría fuera.

—¿Entonces? —inquirí, esperando la ansiada respuesta.

—Entonces, dígame con qué equipo va a trabajar. —Le ofrecí una sonrisa de oreja a oreja.

—Le prometo que no se arrepentirá —dije, brindándole la mano. Él la aceptó reticente, aunque su apretón denostaba la seguridad que le faltaba a la determinación que había tomado.

—Eso espero. Le recuerdo que sigue estando a prueba, así que yo de usted no me descantillaré demasiado.

—No voy a hacerlo, Mr. Becker, le demostraré que su decisión ha sido acertada.

Poco me importaba si el padrino de Ali era el doble de Vito Corleone a lo alemán, o no las tenía todas consigo respecto a nuestra relación, lo importante era que ya estaba dentro y tenía tres semanas para dar con la verdad. A partir de ahí, el resto carecía de importancia.

«Te guste o no, voy a dar contigo, Winni, lo siento en las tripas».



Katarina. Sábado noche, dos días antes.

Mi respiración era incapaz de normalizarse, ni siquiera el uso de los cilicios me había calmado, y eso que los apreté como nunca. La sangre goteaba por mis piernas del mismo modo en que sangraba mi corazón.

El dolor era demasiado agudo, tan profundo que por mucho que torturara mi carne seguía estando ahí, estallando en lo más hondo de mi pecho.

El presente se fundía con el pasado, haciéndome levitar en una realidad paralela donde los recuerdos me envolvían, arrojando sal a cada herida que seguía sin cicatrizar.

Pensé en Sídney, en cómo Dylan, después de compartir aquella tarde de pasión, me acogió en su vida, en cómo aceptar la sugerencia de entregarme a él lo cambió todo...

El hijo de la doctora Miller no solo supuso ser la primera vez que estaba con un hombre por propia voluntad, o la que era capaz de alcanzar varios orgasmos deseando cada cosa que me hacía. Fue mucho más que eso, fue el día que sellé mi destino sin saberlo, el día que, por no

comprender una pregunta, me quedé embarazada.

Si hubiera prestado atención en lugar de dejarme ir, habría oído que me preguntaba si tomaba la pastilla porque no llevaba condón, y si me importaba que lo hiciéramos a pelo. Y yo asentí. ¡Asentí! Le di mi beneplácito y se corrió dentro, ni me planteé que no le había visto ponerse la funda. ¿En qué pensaba? En nada, porque si lo hubiera hecho, lo habría detenido.

Tres meses después, no me había bajado la regla. En mí no era algo extraño, tenía tan poca grasa corporal que mi cuerpo de vez en cuando se ponía en modo reserva. Fue hacia los dos meses y medio cuando me puse en guardia porque mis tetas crecían sospechosamente, además de tener náuseas. Aun así, no tuve tiempo hasta dos semanas después de acercarme a la farmacia, o quizá fuera miedo a corroborar lo que ya sospechaba.

Estaba tan nerviosa que hasta me meé en los dedos, y no pude contener el grito de espanto al sacar el test a los pocos minutos y confirmar lo que mi cuerpo ya sabía: estaba preñada.

El terror me invadió de lleno, si el pensar que algo malo podía ocurrirle a Alina había marcado mi vida, haciéndome esclava de un hombre que nunca nos había apreciado, ¿qué iba a hacer ahora que estaba creciendo un bebé en mi útero?

Si Herr Schwartz se enteraba, me haría abortar, un bebé no entraba en sus planes, por muy retorcido que fuera, y Dylan... ¡Dios, Dylan! ¿Cómo iba a decirle que iba a ser padre?

No podía abortar, mi madre nunca me perdonaría que matara a mi propio hijo, ni yo podía hacerlo. Ella siempre nos dijo a Alina y a mí que fuimos su mayor bendición junto a mi padre, que los hijos eran milagros rellenos de pureza y amor, que nos amó desde el primer instante que supo que estábamos ahí, creciendo en su vientre. ¿Y yo? Miré hacia abajo sin osar acariciarme. Siempre había imaginado que cuando estuviera embarazada, sería la mujer más feliz del mundo y, sin embargo... No sabía ni cómo sentirme, me dieron ganas de llorar.

Necesitaba pensar, ¿qué iba a hacer con aquel imprevisto? Ahora, por mucho que quisiera, no podía meterme en una cápsula y viajar en el tiempo. No importaba que después del fin de semana fuera al ginecólogo para que me recetara las anticonceptivas y comprara en la farmacia un montón de condones de colores para que nunca nos faltaran.

Bastó una vez sin protección para arruinar nuestras vidas para siempre.

Llamaron a la puerta y el test se me resbaló de las manos. Los golpes se repitieron con urgencia y yo me puse nerviosa. Me sequé las lágrimas, que ni siquiera había sentido derramar, y me dije que después recogería la prueba de mi inconsciencia.

Corrí hasta la entrada, estaba esperando un envío urgente de Herr Schwartz, y cuando llamaban con tanta prisa, solían ser los de la empresa de paquetería; si al segundo timbrado no contestabas, se largaban cagando leches.

Abrí la puerta y un sonriente Dylan entró en tromba, con un enorme ramo de rosas en las manos y como única vestimenta la bata del laboratorio, seguro que por eso llamaba con tanta insistencia; si mi vecina lo hubiera visto así, habría infartado. En cuanto dejó ir las flores en mis manos, se puso a besarme como un loco.

—Dy —susurré ahogada por su lengua—. ¿Qué llevas puesto?

—Mis ganas de follarte, lo demás sobraba, no quería perder el tiempo y te echaba de menos.

Era viernes por la tarde, Dylan había tenido que quedarse en una reunión con su madre y su hermano, mientras yo regresaba a casa con la cabeza puesta en hacer parada en la farmacia.

Me cogió en volandas sin esfuerzo para llevarme al sofá, colapsando mi cerebro a base de besos demoledores. Cuando su boca tocaba la mía, el mundo daba cinco vueltas al sol en medio minuto. Mi piel ardía de necesidad y un hambre voraz tomaba cada una de las células de mi cuerpo.

Nos desnudó sin esfuerzo, sobre todo a él, que le bastó un simple tirón por encima de la cabeza, quedándose deliciosamente envuelto en piel. Con una sonrisa canalla, me sentó a horcajadas sobre su erección, que parecía venir de serie, para que lo montara sin piedad.

—Es toda tuya, nena —murmuró ronco—. Acóplate en tu tubo de ensayo y creemos la mezcla perfecta —jugueteó, lamiéndome el lateral del cuello como a mí me gustaba.

Había aprendido lo delicioso que me resultaba abandonarme encima de sus caderas, lo sabía, y por eso me provocaba con su rigidez entre los pliegues. Mi entrepierna pasó de sólida a líquida, con él era fácil cambiar el estado de la materia.

Envolvió mi pelo en su muñeca tirando de mí hacia atrás, recorriendo con su ancha lengua los huesos de mi clavícula. Tuve que rotar la cadera por pura necesidad, empapándolo en mí, agarrando aquella dureza para albergarla en el interior y sentirle acariciar mi útero. Aullé entregada.

Me gustaba sentir sus dientes raspándome los pezones y aquel modo tan suyo de mirarme, el que me hacía sentir poderosa y la criatura más sexy del planeta, aunque solo lo fuera bajo el influjo de sus ojos.

Me moví, roté las caderas, me impulsé arriba y abajo buscando el consuelo que Dylan me otorgaba a través del sexo. Troté creciendo a cada tirón de melena, perdida en las succiones que me prodigaba hasta correrme gritando su nombre. No había terminado que ya estaba cambiándome de postura, con mi sexo palpitando y el oxígeno abandonando mis pulmones. Me situó contra el respaldo para tomarme por detrás, dándome pequeños cachetes en el trasero cuya onda expansiva me agitaba por dentro.

Mi coleta seguía suspendida en su muñeca.

—Tócate —ordenó ronco. En los tres meses que llevábamos intimando, aprendimos cómo nos gustaba hacerlo, y a ambos nos excitaba que me masturbara cuando su palma caliente rebotaba contra mi nalga.

Seguía tan estimulada que empalmé un orgasmo con otro. Volví a correrme hundiendo mis cortas uñas en la espuma del respaldo. Él salió de mi interior para derramar su semen sobre la rojez del glúteo y gruñir al contemplar su marca.

—Eres una *fucking* diosa del sexo, Duendecilla, me vuelves jodidamente loco. No te muevas, voy a limpiarte.

Volví a no pensar, una de las cosas más peligrosas de este mundo, porque cuando no piensas, todo se precipita del mismo modo que Dylan al saltar por encima del sofá para dirigirse al baño y regresar con una toalla húmeda y mi test de embarazo.

—¿Qué es esto? Y no me digas que un termómetro que ha perdido el mercurio porque no me lo creo.

Me quedé lívida de la impresión al ver cómo lo sujetaba entre los dedos arrugando el gesto. Era una catástrofe, peor que el día que entramos en el orfanato y sucedieron tantas cosas terribles.

—Yo, eh... Te juro que no era mi intención... —Ni las palabras me salían, ¿y si pensaba que me había quedado embarazada adrede? No sería ni la primera ni la última que lo hacía para asegurarse una pensión.

Las yemas de mis dedos estaban frías, no por mi desnudez, el helor procedía de mi corazón, que había dejado de bombear sangre. ¿Estaría muriéndome? Dylan dejó ir la toalla abruptamente y me tomó la cara justo por encima del respaldo.

—Nena —masculló suave—, dime que estamos embarazados. —Su voz no sonó enfadada, más bien esperanzada. No tenía amigas y no colaría que le dijera que era de mi vecina, que

acababa de cumplir los ochenta años.

—Eso parece —contesté en un murmullo apenas audible.

—¡Joder, Winni, ¿por qué no me lo has dicho antes?! —Me levantó por encima del sofá y se puso a darme vueltas—. ¡Que vamos a ser padres! —celebró, dejándome sin aliento.

¿Por qué estaba tan contento? Los hombres no se ponían así frente a noticias como aquella, y menos cuando solo llevábamos tres meses juntos, y sin formalizar lo que se supusiera que teníamos. No se lo habíamos dicho a nadie. Bueno, yo a Herr Schwartz, sí, pero solo a él.

—¿Te... Te alegras?

—¿Que si me alegro? ¿Cómo que si me alegro? ¿Pensabas que no iba a hacerlo? —Me encogí algo atemorizada por la respuesta, él me bajó al suelo para limpiarme el culo con la toalla, me cubrió con su bata del laboratorio y me empujó hasta la ventana—. ¿Qué haces?

—Ahora lo verás. —La abrió y se puso a gritar como un loco que su chica y él iban a ser padres. Un hombre que paseaba a su perro lo oyó y le dio la enhorabuena.

—Me alegro, faltan niños en el mundo —respondió el hombre alzando el pulgar.

Dylan cerró la ventana entusiasmado y se puso a besarme como un loco. Yo no sabía ni cómo tomármelo y él estaba pletórico.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó, arrastrándome al sofá.

—Un minuto antes de que llamaras al timbre.

—¿Y te callaste?

—No sé, Dylan, estaba tratando de asimilarlo, entraste en tromba y después... Bueno, ya sabes. Ni siquiera tuve tiempo de plantearme cómo contártelo entre orgasmo y orgasmo. —Él me acarició el rostro con ternura.

—Perdona, debí dejar que fueras tú la que me lo dijeras, te he chafado la sorpresa, pero es que me puse tan contento que no sé ni cómo explicarlo. ¿Sabes que antes de conocerte ni siquiera me había planteado ser padre y que desde que empezamos a acostarnos no podía pensar en otra cosa que no fuera en lo bien que quedaría nuestro bebé en mis brazos? —No tragué porque me quedé sin saliva.

—¿Pensabas en tener un hijo conmigo?

—Pues claro, pero como eres tan tímida, pensé que querías ir despacio. Estoy loco por contarle lo nuestro a todo el mundo, aunque Noah y Liam ya lo saben, a ellos no podía ocultárselo, lo siento. La próxima es mi madre, verás la cara que se le queda cuando sepa que va a ser abuela, aunque siendo tuyo, seguro que le encanta la idea. No es la madre más expresiva del mundo, ya te habrás dado cuenta, pero le gustas. —Dylan no podía dejar de hablar y a mí seguía faltándome el aire—. Nena, quiero una vida a tu lado, teluro, americio y oxígeno. Nada resumiría mejor lo que siento por ti.

Lo miré a los ojos, que estaban desbordados por la emoción. Mis neuronas se agarraron de la mano para interpretar nuestro vocabulario personal, y conjugar con aquel juego de iniciales y elementos de la tabla periódica lo que sentía por mí.

—Yo también te (teluro), am (americio) y o (oxígeno). —Y en cuanto lo dije, supe que era verdad. Amaba a Dylan Miller y nunca podría dejar de hacerlo.

Me enjuagué las lágrimas frente a la ventana, había caminado hasta ella atraída por el rugido de un motor y el posterior silencio. Allí, a oscuras, cubierta por la privacidad que me otorgaban las cortinas volviéndome una sombra muerta en vida, lo vi besándola a ella como había hecho conmigo misma. No importó que me faltaran las gafas puestas, sus bocas se unían y sus cuerpos se fundían como hicieron los nuestros.

Era tanto el dolor que sentía que llevé las manos a mis piernas y apreté las cadenas.

El latigazo de dolor físico no pudo con el emocional, que seguía torturándome al no poder apartar la vista de ellos. Las dos personas a las que más amaba junto a mis hijos, unos bebés que no tenían ni idea de quién era su madre o el motivo que la había llevado a no buscarlos nunca. Puede que fuera lo mejor, que no me conocieran, porque me sentía un monstruo y ellos no merecían a alguien como yo en su vida.

Dejé de mirar cuando sus lenguas se desanudaron y el rugido del motor anunció la marcha de Dylan.

No quería ni imaginar lo que pasó en cuanto me marché, conociéndolos a ambos y viendo su apasionada despedida, no era difícil intuirlo. Ali estaba dando saltitos y piruetas para entrar en casa y yo tenía ganas de morir, de acabar con todo, de golpear la felicidad de Alina abriéndole los ojos con la crudeza de la vida que me había tocado vivir por su culpa.

Quería herirla por ser capaz de amar a la única persona que me había hecho un poco feliz. Por arrebatarme la felicidad que una vez soñé. Era una mema, una incrédula, yo nunca podría tener eso, Kosovo se encargó de arrebatármelo todo; mis padres, mi vida, mi futuro, hasta mi nombre.

Me lancé sobre la cama y grité contra la almohada tan fuerte como fui capaz, en un aullido roto, opacado por capas y capas de mentiras que yo misma había vertido hundiéndome en un lodo tan espeso como cierto.

Capítulo 13

Decisiones.



Katarina, Domingo por la mañana.

La puerta de mi habitación se llenó de golpecitos.

Me sentía un puñetero despojo y aquel soniquete seguido de un «Kata, Kata, despierta, necesito hablar» era lo que menos me apetecía.

Abrí un ojo y miré el estropicio que había causado a mis sábanas blancas, seguía con las ligas puestas y todo estaba manchado de sangre seca.

El pomo de la puerta giró y solo tuve tiempo de cubrirme con una muesa de dolor ante la brusquedad del movimiento.

La respiración de mi *herma* se contrajo.

—Por todos los... —no terminó la frase, se lanzó directa a mi cama para sacudirme—. Kata, Kata, ¿estás viva?

—Dejaré de estarlo si me sacudes de esta manera —gruñí.

—Pe... Pero ¿qué ha pasado? ¿Te han herido? —Alina miraba la sábana con el rostro blanco.

—Ya te dije que anoche no me sentía bien, me bajó la regla durmiendo y lo puse todo perdido, me dolía tanto que no tuve fuerzas para cambiar las sábanas.

—Madre mía, parece que hayas asesinado a alguien... O que intentaras...

—¿Suicidarme? —pregunté taciturna—. Que anoche me diera con el meñique en todas partes por no dejar que me pusiera gafas no me llevó al borde del suicidio.

—No sé, ni siquiera me ha dado tiempo a pensar en qué había imaginado.

—Pues ya ves que no pasa nada. Necesito dormir, así que vete. —Su imagen y la de Dylan seguía reconcomiéndome por dentro. Ni siquiera podía mirarla sin sentir ganas de zarandearla y reclamarlo como mío. ¡Sería absurda! Las personas solo se pertenecen a sí mismas, a nadie más, bueno, no todas, yo sí tenía un dueño y me sentía una puta mascota que había aprendido la lección demasiado pronto.

—Tienes una pinta horrible, creo que voy a llamar al médico.

—Ni se te ocurra, lo único que necesito es descanso. Es la menstruación, no un tumor maligno. —Ella dejó ir la respiración que estaba conteniendo y se tumbó a mi lado. Lo que me faltaba. Necesitaba quitarme los cilicios cuanto antes.

—Necesito hablar contigo, lo hubiera hecho anoche, pero no quise despertarte porque te sentías mal. Me parece que estoy muy enamorada y me da la sensación de que él también de mí, aunque por el momento no lo sepa, ya sabes que los hombres son menos intuitivos que nosotras en ese aspecto. —Ahora sí que quería estrangularla.

—Pues muy bien, enhorabuena, ahora, ¿puedes marcharte? —mascullé entre dientes.

—En serio es que Marc es tan... tan... Anoche vino al *pub*, en cuanto fuiste al baño, él llegó y... Fue una coincidencia... —Hizo una pausa—. Bueno, no, no es verdad, yo le avisé de que viniera, quería que os conocierais, tenéis tantas cosas en común que asusta. Él es biotecnólogo, ¿te lo había dicho ya? —Puse los ojos en blanco—. Está muy interesado en todos esos experimentos secretos que tanto te gustan, le dije que trabajabas en su empresa, pero en un laboratorio distinto de proyectos especiales. —Casi me atraganto, sería bocazas la tía—. Creí que os molaría compartir esas cosas, ya sabes que yo paso de probetas y a él le apasionan. No sé, me complacería que las dos personas que más quiero se cayeran bien. Perdona si te utilicé un poquitín, te juro que quedé contigo antes que con él... No te enfades por haberte engañado, fue con buena intención.

—Ali, vete. —La ira crecía de una manera tan bestia que no iba a poder contenerme.

—¿Te has enfadado? Te prometo que era lo último que quería, por eso intenté que fuera casual. —¡Oh, Dios, casi me había dado de bruces con Dylan por su culpa!

—¡Que te largues! —escupí a punto de cometer una tontería.

—*Herma...* —La muy tonta no captaba las señales, y mi volcán interior encontró el canal perfecto para estallar por la boca. Todo eran rocas, lava, fuego y reproches.

—Estoy harta de que el mundo gire a tu alrededor, ¡joder, Alina! ¡Te he dicho que me encontraba mal, que quería descansar y te ha importado una mierda! Has entrado aquí para contarme que te mola un tío, igual que te ocurre siempre, porque tú eres incapaz de estar sola un puto minuto. Vives enamorada del amor y no concibes estar sin un tío que te bombee entre las piernas. Me da lo mismo que seas mi hermana pequeña, ya tienes veintinueve años, a estas alturas de la peli ya deberías saber que los cuentos de hadas son una soberana mierda. Y que no puedes pasarte la vida besando príncipes para dar con auténticos sapos. Crece, madura y compórtate como...

—¡¿Tú?! —exclamó—. Perdona por no ser una amargada, por no ver la vida pintada de gris e

ilusionarme cuando alguien me gusta. Si te sientes ofendida porque soy feliz con mi vida, disfruto de mi sexualidad y beso como si me fuera la vida en ello, te fastidias, porque a mí sí que me gusta sentirme viva. Y, por supuesto, lamento muchísimo haberme preocupado por ti, no tendría que haber querido que hicieras algo además de pasar el día entre probetas. También siento haber entrado en esta habitación y llevarme el susto de la vida porque pensaba que te había pasado algo malo y no volveré a venir con mis cuentos de mierda, porque está claro que lo tuyo son los documentales de ciencias y más allá de eso no hay mundo exterior.

Se levantó dolida y salió de mi cuarto dando un portazo. En otro momento, habría salido corriendo detrás de ella, la habría detenido para disculparme por mi conducta despiadada y de gilipollas profunda. Alina no merecía mi ira por ser como era, ella era luz y no tenía derecho a apagarla. No tenía la culpa de nada, yo era la única responsable de su malestar y no tenía derecho a haber vomitado mi bilis sobre ella.

Mi vida se sujetaba con alfileres oxidados que se resquebrajaban sin que pudiera hacer nada por aguantarla.

Me quité las ligas con sumo cuidado y fui al baño a desinfectar las heridas, iba a escocer y no merecía menos.

Después ya me encargaría de disculparme con Ali y lavaría la ropa de cama, ahora solo quería ahogarme en mi propia miseria.

Alina y yo nunca abandonamos el nido, las dos seguíamos en aquella vivienda, por motivos distintos. Yo porque no podía huir y ella porque no había tenido la necesidad de hacerlo. Un mismo lugar con dos percepciones opuestas, una cárcel de lujo para mí, donde mi hermana vivía en su propia fantasía bohemia, ajena a los pútridos cimientos sobre los que se alzaba su cómoda existencia.

Ella ignoraba quién era Herr Schwartz, porque yo me había encargado de ello. Para Ali, se trataba del hombre culto, inteligente y refinado que nos había adoptado como principal obra de caridad. Para mí, un lobo disfrazado de cordero, uno perteneciente a la nobleza, eso sí. Pocas personas lo conocían de verdad, si lo hubieran hecho como yo, se habrían horrorizado. Algunos de aquellos amigos que frecuentaban nuestra casa compartían con él turbios negocios, y no solo eso, también aficiones y secretos que ni yo misma conocía. Cuando Herr Schwartz tenía visita, procuraba mantener a Alina alejada. Si mi hermana hacía acto de presencia, las miradas de aquellos hombres se volvían oscuras y los cuchicheos les hacían alzar sonrisas libidinosas.

Existían cárceles sin barrotes y carceleros sin esposas. Bastaba el poder etéreo de la seda de una araña para tejer la tela más absorbente con la que te hubieras topado nunca.

Jamás había tenido una bronca tan dura con mi hermana, claro que tampoco se me había pasado por la cabeza que podría liarse con el amor de mi vida. A mediodía, me sentía tan mal que tuve la necesidad de ir en su busca para pedirle disculpas. No la encontré en casa, quizá habían quedado. La idea de ambos desnudos en una cama me daba náuseas, poco importaba que hubieran pasado siete años, aquel pensamiento estaba destruyéndome.

Fui a dar una vuelta por los jardines del parque de enfrente de casa y la sorprendí sentada en nuestro rincón favorito. Sola, pensativa y envuelta en aquel halo que solo ella desprendía.

Me mordí el labio deslizando los pies por el crujiente manto de hojas. Me gustaba notarlas chisporrotear bajo mis pies en tonos naranjas, amarillos y rojos. Parecía que fuera capaz de caminar sobre el crepitar de una hoguera. Y la verdad es que por Alina hubiera cruzado cualquier fuego.

—Me encanta este lugar en otoño —arranqué sin que ella moviera los ojos. Los tenía cerrados mientras se dejaba acariciar por la brisa fría. Sus piernas estaban cruzadas sobre el banco de

piedra y el pelo se movía con suavidad enmarcando su rostro.

—Los tonos cálidos siempre le han sentado bien a tu piel, deberías usarlos más en tu vestuario, siempre te lo he dicho —respondió. Si algo bueno tenía Alina, era que el rencor no formaba parte de su persona—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó, saliendo del trance.

—Algo mejor —admití contenida. Deshice la distancia que nos separaba y me senté a su lado en el banco con el culo en el borde para que los muslos no me molestaran.

—Siento todas las cosas horribles que te dije y lamento ser una egoísta. Tienes razón, debería aprender a fijarme más en los demás y menos en mí misma.

—Tú no eres una egoísta. Te solté eso solo porque me sentía mal, no me lo tengas en cuenta.

—Sí, lo soy —admitió cabizbaja con la mirada del color de la miel apuntando el suelo. Me gustaban sus ojos, eran cálidos, como ella, y tenía unas sorprendentes motas azules que rodeaban la parte de fuera del iris, lo que te hacía dudar de su color cuando el sol le daba de frente—. Me paso la vida mirándome al ombligo mientras tú te consumes sin que comprenda el motivo. Llevo toda la tarde dándole vueltas y sigo sin encontrarlo. ¿Es por nuestra infancia? ¿Por la muerte de nuestros padres? ¿O hay algo más? Kata, cuéntamelo, dime qué ocurre, puedo pecar de ingenua, hacerme la tonta, pero no lo soy, sé que tu tristeza tiene que ver conmigo. ¿Es porque tuviste que crecer de golpe y encargarte de mí? ¿Me culpas de eso? Puedes decírmelo, en serio, Kata, necesito que me lo digas.

—Ali... —No podía hablar, no podía contarle que la vida que conocía dependía de mis sacrificios y, por ende, su felicidad era proporcional a mi desdicha. Aquella revelación la hundiría y, conociéndola, se dejaría caer al vacío. Alina era demasiado sensible y yo solo quería protegerla—. No me pasa nada. —La esperanza que titilaba en sus pupilas se sofocó.

—Ambas sabemos que mientes. —Se encogió de hombros—. No pasa nada, estoy acostumbrada a que te guardes cosas. Puede que no merezca que me las cuentes, lo mismo no me he ganado tu confianza.

—De verdad que no es eso, Ali. Eres la mejor hermana del mundo, no podría haber tenido una mejor. —Era lo que pensaba, lo decía de corazón.

—Seguro que hay mejores por ahí, lo que ocurre es que a ti te he tocado yo y no conoces nada mejor. Por cierto, tienes razón, vivo enamorada del amor, no sé estar sola y sin un tío que me llene de muestras de afecto. El sexo, para mí, lo es, es entrega, es comunión de almas y de cuerpos. No soy como tú, Kata, tan segura, tan hermética... Necesito que me recuerden constantemente que merezco la pena, que, aunque no sea tan lista, merezco ser valorada.

—Ali, tú eres muy lista y preciosa, y creativa...

—Ya sabes que a nuestro padre eso no le importa.

—No lo llores así. —Cuando se refería a Herr Schwartz como nuestro padre, se me llevaban los demonios.

—Lo siento, sé que no te gusta que lo llame de ese modo. Es que soy una envidiosa de mierda, siempre te prestó más atención que a mí y sé que era por tu inteligencia, no importaba que le llenara el despacho con mis dibujos coloridos, yo fui la que se quedó porque iba en el lote, no porque me quisiera, él a quien quería era a ti, sois tan parecidos.

—No digas eso. —Abracé a mi hermana y me dieron ganas de abrirle los ojos, de mostrarle lo equivocada que estaba. Yo nunca sería como aquel monstruo y me jodía que Alina se creyera menos por no ser fruto de sus atenciones. Lo había hecho todo mal, todo, y no sabía cómo recomponer las piezas fracturadas de mi jarrón personal.

—No le des más vueltas, sé que ahora mismo estás pensando en cómo consolarme, hace mucho que asumí quien era y..., por cierto, Marc no es como los demás.

Por supuesto que no lo era, por eso escocía tanto que me sentía morir cuando pronuncié las siguientes palabras.

—Ve a por él —dije con todo el dolor de la pérdida.

—¿Cómo?

—Si tan importante es para ti, hazlo, seguro que es una buena persona y os merecéis. Enamóralo como solo tú sabes, consigue que te dé todo el amor que necesitas y lárgate de aquí.

—¿Que me largue?

—Me dijiste que él es de Nueva Zelanda, en verdad, nada le ata aquí y tú siempre quisiste viajar, ver mundo... Puedes pintar desde cualquier parte, Darmstadt se te queda pequeño y necesitas volar. —Las palabras que estaba pronunciando me sabían a ácido. Siendo consecuente, era lo mejor que podía hacer por ambos, con mi sacrificio era suficiente.

Alina amaba a Dylan, él podría ser muy feliz con ella; era preciosa, buena persona, le gustaban los niños y, lo más importante, así los protegía a todos. Yo estaba muerta para él, era una tontería volver a la vida cuando ya me había olvidado y era capaz de rehacer su vida junto a una mujer como Ali.

Si había llegado a Darmstadt, no había sido buscándome a mí, sino porque encontró mi salvaguarda, yo era un cadáver para él, nada más que eso. Conociéndolo, habría venido en busca de respuestas, quizá empujado al ver que otra empresa había sacado un proyecto muy parecido al «Godness» y eso le había hecho hurgar.

La mejor opción era alejarlos de mí. Si se amaban, si se habían encontrado en mitad del camino, tal vez fuera porque ese siempre fue su destino y yo el medio para que lo encontraran. Si no me dejaba llevar por mi egoísmo interior, era lo mejor.

—No puedo irme de Darmstadt, ¿qué harías tú?

—¿Yo? —reí entre dientes—. Lo mismo que hasta ahora. Estaré bien, ya sabes que soy una rata de laboratorio; mi vida es esto, la tuya no.

—Ni siquiera sé si Marc quiere regresar a su país, tal vez quiera quedarse aquí.

Yo sabía que era imposible que se quedara por mucho tiempo, él había venido en busca de respuestas, nada más, y yo iba a encargarme de dárselas. Tenía que volver con nuestros hijos y de paso llevarse a Alina de aquí.

—Te lo digo por si acaso, esto es muy diferente a Nueva Zelanda, ya sabes que el clima de Alemania no es lo más apacible del mundo. Si se diera la oportunidad, quiero que sigas a tu corazón y que lo hagas. No mires atrás, toma tus propias decisiones y vuela. Nuestros padres querrían eso para ti. —Ali me sonrió y se apretó contra mí.

—Te quiero mucho, *herma*.

—Y yo daría mi vida por ti.

Nos quedamos allí, abrazadas, esperando que nos encontrara el atardecer, perdiéndonos en el gris acero del cielo, relatándole lo poco que recordaba de nuestra vida en Kosovo antes de que la guerra estallara. Así nos encontró la noche, volviendo el firmamento tan oscuro como mi futuro.

Al regresar a casa, Herr Schwartz estaba reunido con nuestro padrino y otro hombre. La puerta del despacho se encontraba entreabierta y la expresión de aquellos ojos me heló la sangre. Poco importaba que no lo hubiera visto en años, sus gestos jamás se borrarían del trocito de cerebro en el que se habían implantado. Me puse a temblar como una hoja antes de que la puerta se cerrara y su imagen se perdiera en el interior del despacho.

—Kata, ¿estás bien? ¿Vuelves a encontrarte mal? —me preguntó Alina, sosteniéndome por debajo de su brazo.

—Me parece que he cogido algo de frío en el parque.

—No me extraña, estás tan delgada que cualquier día te volatilizas, como uno de esos experimentos tuyos. Anda, sube al cuarto y le pediré a Hanna que te caliente un caldo.

—Pero en cuanto se lo digas, sube, quiero estar contigo. —La sola idea de dejar a mi hermana por la casa con ese monstruo en ella hacía que los temblores se acentuaran.

—Sí, no te preocupes, para un día que quieres estar conmigo, voy a ir a la velocidad de la luz. ¿Puedes subir sola o te ayudo?

—Puedo, pero no tardes —apunté, oteando la puerta de refilón.

—Tranquila, igual hasta te alcanzo en el último peldaño. —Me dio un beso en la mejilla y salió corriendo rumbo a la cocina.

¿Qué hacía él aquí? Me pregunté antes de dejarme caer sobre la cama, cubrirme con el cobertor de flores e intentar entrar en calor.

Mi habitación era cómoda, con una cama de matrimonio.

Al final iba a ser verdad aquello de que el pasado siempre te encuentra... Primero Dylan y ahora...

—Ya estoy aquí, ¿a que no he tardado nada? —Mi hermana entró sonriente, dio un brinco sobre el colchón y se acurrucó a mi lado—. No sabes cuánto extrañaba compartir contigo la misma cama, ¿recuerdas cuando vinimos a esta casa y yo me negaba a tener mi propia habitación? —Sus brazos rodearon mi cintura y la mejilla acarició mi pecho izquierdo para alcanzar el corazón. Aquella siempre fue su postura predilecta. Ali no lograba dormirse si no escuchaba mis latidos, supongo que era un acto inconsciente de reafirmar que era su madero al que aferrarse y que seguía con vida.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Siempre restregabas esos carámbanos que Dios te dio como pies contra mis piernas, y aunque Herr Schwartz te obligaba a ir a la habitación, te escabullías para terminar en la mía.

—Es verdad. —Sonrió—. ¿Sabes que solía imaginarnos de mayores? Nunca te lo dije porque me daba un poco de vergüenza.

—Ah, ¿sí? Pero si tú no conoces esa sensación.

—No te creas, siempre me ha intimidado un poco hablar sobre mis sueños, pensaba que me dirías que eso eran tonterías.

—Soñar es gratis. ¿Te apetece contarme ahora de qué iban?

—Si eso te hace sentir mejor, aunque me hagan parecer ridícula, por supuesto. —Mi hermana se acomodó mejor—. Las dos vivíamos muy cerca, en un par de casitas gemelas que se comunicaban a través de una valla. Estaban ubicadas frente al mar, nos encantaba sentarnos en tu porche o en el mío a tomar una infusión y que nos diera el sol. Era un lugar donde los días grises se contaban con los dedos de las manos. —Acaricié su melena suave.

—En Alemania lo tenemos difícil...

—Ya, bueno, es lo que tienen los sueños.

—¿Y qué más hacíamos? —quise saber. Su voz me relajaba.

—Pues charlábamos apoyadas en la valla sobre la suerte que habíamos tenido y lo felices que éramos. Tú estabas casada y tenías dos niños. No me pegues, siempre pensé que serías una gran madre. Algo gruñona, eso sí, porque se supone que las madres siempre gruñen de preocupación por sus hijos. —Contuve la respiración y las ganas de llorar. Cuánto me hubiera gustado vivir algo así. Una vida sencilla, idílica, que aunara las cosas que más me importaban y en la que no tuviera que sufrir para mantenerlas a salvo.

Una de las cosas que más me dolían era haberme perdido la infancia de mis hijos, el poder darles las buenas noches, ver sus expresiones cambiantes al leerles un cuento, enseñarles a dar

sus primeros pasos y curarles los raspones de las rodillas con un beso.

Aquello era algo que jamás podría vivir y que me había perdido para siempre. Alina prosiguió con su relato y yo lloraba en silencio.

—Por supuesto, yo también tenía un marido muy guapo y estaba buenísimo. Nosotros no teníamos hijos, lo habíamos postergado un poco porque a los dos nos encantaba viajar y teníamos un perro que tú cuidabas mientras estábamos fuera.

»Solíamos tumbarnos en la playa a primera hora de la mañana, cuando el sol todavía nos permitía mirar al cielo y con nuestras cabezas unidas nos fijábamos en las nubes, buscábamos la más grande y esponjosa para imaginar que papá y mamá nos protegían desde lo más alto, orgullosos de que sus hijas hubieran conseguido ser felices a pesar de su ausencia. —Sorbí por la nariz y ella alzó la cabeza preocupada.

—¿Por qué lloras?

—Es un sueño precioso.

—Oh, Kata, no pretendía hacerte sentir mal. Si lo sé, no te lo cuento.

—No has hecho que me sienta mal, al contrario, hubiera sido muy bonito que ocurriera. Hoy estoy más sensible de lo habitual.

—Puñetera regla, y los cabrones de los anuncios haciendo *spots* de tías saltando como si molara un huevo el jodido desajuste hormonal que sufrimos una vez al mes. —Su queja me hizo reír—. Y, claro, no digas ahora que si tienes el periodo, te sientes más así o más asá porque es un comentario machista. Pfff, al final una no va a saber ni qué narices tiene que decir o cómo debe sentirse para contentar a todos.

—Lo importante es ser una misma, y tú lo eres siempre, es una de tus mayores virtudes, eres un ser de luz tan transparente que a veces asusta.

—Seguro que por eso los tíos terminan huyendo, deben pensar que les saldrá muy cara la factura de la luz. —Solté una carcajada.

—Boba, si casi siempre eres tú la que se cansa.

—Es que con los tíos es como entrar en una tienda de golosinas, me apetece probar muchas, pero imaginarme toda la vida comiendo solo una...

—Con Marc no te va a pasar, él es tan especial como tú —suspiré.

Hanna golpeó la puerta con una bandeja y nos acercó dos tazones a ambas.

—¿Cómo se encuentra, señorita Katarina?

—Seguro que después de tu caldo, mucho mejor. —La cocinera sonrió, llevaba un año trabajando en la casa. Agnes, que fue la anterior, falleció fruto de la edad, tanto Alina como yo la lloramos mucho, había sido lo más parecido que tuvimos a alguien que nos quería.

Hanna dejó la bandeja junto con sus buenos deseos, y salió del cuarto.

—¿Tú también cenas?

Mi hermana estaba ya con el bol entre las manos y soplando. Nos gustaba bebernos el caldo, en lugar de utilizar la cuchara, sentir el calor en las palmas y el olor aromático de las hierbas fundiéndose en la nariz. En casa lo comíamos así, y cuando Herr Schwartz no estaba delante de nosotras, también.

—Digamos que es un tentempié, después ya cenaré con pap... Herr Schwartz. —Me supo mal que se cortara. Su visión de la historia era muy distinta a la mía y no tenía derecho a cambiársela. Era mejor que para mi *herma* todo siguiera como siempre.

—Oye, Ali, que puedes llamarlo como quieras, el que yo no lo sienta así, no quiere decir que tú no puedas.

—Está bien, nuestro *babai* siempre será insustituible. Cenemos y olvidemos, ha sido un día

duro que nos ha removido muchas cosas. Las dos necesitábamos estallar y soltar lastre. Hay veces que te lo pide el cuerpo, como a los globos cuando les metes mucho aire. Nosotras estábamos llenas de emociones y nos hemos desbordado un poco. Ahora toca la calma y disfrutar del sosiego.

—Te quiero, *herma* —admití, tomando mi cuenco.

—Y yo a ti, cascarrabias.

Llevaba cerca de una hora durmiendo cuando alguien entró en mi habitación sin llamar. La charla con Ali se estiró bastante y, después de que se marchara, leí un poco hasta que el sueño me alcanzó.

Abrí los ojos al sentir que el colchón cedía bajo un peso extraño.

—Buenas noches, Katarina, ¿cómo te encuentras? —No había encendido la luz. Tampoco hacía falta, reconocía su voz y el reflejo de las vetas plateadas que habían tornado su pelo gris con el paso del tiempo.

—Mu... Mucho mejor, gracias por preguntar.

No vi su sonrisa tirante, aunque sabía que estaba ahí. Para dormir no llevaba las gafas, además, la iluminación del pasillo envolvía su rostro en penumbra, pues daba desde atrás.

—¿Te he despertado?

—Un poco.

—Bueno, ahora vuelves a dormirte. Necesitaba hablar contigo de una cosa.

—Usted dirá. —Siempre me negué a tutearle, él tampoco me pidió que hiciera otra cosa.

—Me han dicho que tu maridito sale con Alina y eso no nos conviene mucho.

—Se conocieron por casualidad, en un cruce cuando atropellaron a un perro y Ali iba camino de la galería. Dylan no tiene ni idea de quién es, bueno, sí lo sabe, me refiero a que no sabe que es mi hermana.

—Eso no lo sabemos...

—Le garantizo que si Dylan supiera que estoy viva y que Ali es mi hermana, no se comportaría como está haciéndolo. Él es un hombre muy visceral, por lo que estaría tirando la puerta abajo en este mismo momento.

—Quizá los años lo hayan sosegado.

—Imposible, ya le digo yo que no tiene ni idea de que sigo con vida. Lo mejor sería que lo despidiera, que no pasara el periodo de prueba y lo mandara de regreso a Australia cuanto antes. —Crucé los dedos rogando que me hiciera caso.

—Sí, bueno, es una opción.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque al enemigo, cuanto más cerca, mejor. Deberías haberlo aprendido cuando te lo follaste. Mira cuánta información fuiste capaz de sustraerle. —Su mano subió a mi cara y paseó su asqueroso pulgar por mi mejilla—. Lo hiciste bien, Katarina, muy bien, salvo lo de no abortar, eso fue un golpe bajo, no esperaba una traición como esa. —Apreté los puños contra las sábanas y noté la aridez en la garganta—. Cuando me enteré que estabas pariendo en el hospital..., reconozco que me dolió, traicionaste nuestra confianza.

—No... No podía hacerlo, iba en contra de mis creencias. Si se lo hubiera dicho, habría hecho que los perdiera.

—Tus creencias son una mierda. Ya deberías haber comprendido que no hay Dios en la ciencia, salvo nosotros. Y aunque reconozco que tu metedura de pata ya quedó atrás, sigue siendo un recuerdo que no me gusta. Lástima que el castigo que recibiste por tu osadía no fuera completo, esos miniengendros tuvieron suerte de que Dylan regresara antes de que mi hombre

culminara el trabajo. Si el imbécil de tu marido no se hubiera interpuesto, ahora tus criaturas estarían junto a tus padres, en el cielo. —Me dieron ganas de gritar de la rabia—. ¿Qué se siente cuando tu marido escoge la vida de tu hija antes que la tuya?

—Amor —respondí—. Dylan salvó aquello que tenía futuro y esperanza.

—En eso estamos de acuerdo, porque tu futuro es mío, nunca saldrás tu deuda. —La mano se deslizó sobre el cobertor a la altura de mis muslos vendados—. Aquel fue tu primer error, y el segundo, ocultarme información, no tendrías que haber hecho esa copia de seguridad y no decir nada.

—Ya me disculpé por ello.

—Y yo te dije que no habría un tercero.

—Y no va a haberlo. Se lo prometo.

—Sabes que te creo, si no, Alina no estaría aquí, ya la habría entregado. Ya te dije que tengo a alguien muy interesado y ofrece una gran suma.

—No va a hacer falta, voy a hacerle ganar una fortuna.

—¿Cómo va el avance del proyecto?

—Casi lo tengo...

—Lo necesitamos antes de que Dylan regrese a Australia. Como ya sabes, la empresa que iba a hacerse con el «Godness» sufrió un «pequeño percance».

—Yo no calificaría a la muerte del Herr Müller como «pequeño percance». —Sabía que él había tenido algo que ver.

La prensa se había hecho eco de la noticia, no era nada común que el dueño de una de las farmacéuticas más importantes de Alemania muriera en pleno vuelo por un choque anafiláctico y no llevara su inyección encima.

—Cosas que pasan. Su socio, Herr Schumann, ha retomado el contacto con nosotros, ya sabes que era Müller quien apostaba por el proyecto de los Miller más que hacia el nuestro. Hemos de estar seguros de que lo que presentamos se completa. Tú y yo sabemos que fuimos de farol, que lo que teníamos era un proyecto inacabado repleto de conjeturas.

—Ellos no lo sabían, y en mi defensa diré que me faltó tiempo.

—Y ahora lo tienes, solo que el plazo está agotándose junto con mi paciencia. Si estoy reteniendo a tu marido aquí, es porque aspiro a que culmines el proyecto con éxito. Lamento decirte que si no lo haces, me veré en la obligación de que él concluya el tuyo, y que cuando lo culmine, sufra un accidente como el de Herr Müller. Pobres huerfanitos... Así acabarían tus hijos sin padres, como ocurrió con Alina y contigo, por lo que si carecías de aliciente, aquí tienes uno de lo más potente.

—¡Malnacido! —le escupí. El bofetón que recibí por mi osadía fue contundente.

—Mide tus palabras, querida, ya sabes que no me gustan los exabruptos. —Pasó la mano por la parte golpeada—. Ahora ya puedes seguir durmiendo y soñar con la dulce vida que les espera a tus angelitos. —Se agachó hasta mi oído—. Yo también voy a la cama, he visto un juego de sábanas en el cesto de la ropa sucia que me la ha puesto muy dura. —Apreté los ojos con asco. Él posó sus labios en mi frente y se incorporó—. Buenas noches, mi dulce Katarina. Hoy, mis hijos no natos —se acarició la bragueta— pensarán en ti.

En cuanto salió, me di la vuelta y chillé contra el cojín.

¿Cuándo terminaría aquella pesadilla? Necesitaba dar con la pieza que faltaba y enviar a Dylan y Alina bien lejos, junto a mis hijos. No podía consentir que Herr Schwartz los dejara huérfanos y vendiera a mi hermana.

Conciliar el sueño era imposible después de aquella conversación y saber que iba a

contrarreloj. Me sentía frustrada, herida y, sobre todo, tenía miedo, mucho miedo de no ser capaz de salvarlos a todos.

Me levanté, me vestí, bajé a la cocina en busca de un termo repleto de café y cogí el coche para ir a mi guarida.

Tenía que trabajar rápido y bien. Cuanto antes acabara, mucho mejor para todos.



Capítulo 14

La exposición.



Dylan

Llevaba cinco días deslomándome en el equipo del doctor Britt, cinco días intentando tener un instante para poder colarme en el archivo central y colocar el USB de Brau, además de cotejar el análisis de ADN de Winni con los de la base de datos de los trabajadores, sin éxito.

Lejos de tener mano ancha conmigo, el doctor Britt vigilaba cada uno de mis movimientos con ojo de halcón, por lo que no había podido ponerle excusa alguna sobre mi visita al objeto de mis delirios.

Además, para ello precisaba una tarjeta de control de acceso que solo disponían los jefes de equipo; en mi caso se llamaba Wanda, exacto, como aquella peli de los ochenta que protagonizaba John Cleese y Jaime Lee Curtis. Y no tenía ni idea de cómo sustraérsela porque

siempre la guardaba en su bolsillo.

Había decidido que de hoy no iba a pasar, el doctor Britt y ella tenían una presentación importante sobre los avances del proyecto, lo que llevaría a Wanda a dejar su bata en el laboratorio para subir a la última planta. Si tenía suerte, no echaría mano de la tarjeta, porque no iba a necesitar llevársela, así que yo la cogería y dispondría del tiempo que durara la reunión para ejecutar mi plan.

Me pasé parte de la mañana mirando el reloj y evaluando si era mejor idea quitársela antes o después de que la colgara. Si lo hacía antes, me garantizaría tenerla en mi poder y que ella no tuviera tiempo de buscarla en condiciones. Si lo hacía después, podía arriesgarme a que, por precavida, echara mano al bolsillo y se la llevara.

Ahí estaba yo, en mitad de un dilema moral cuando decidí que no podía ser tan cauto. Cada acción conlleva un riesgo, sea de manera activa o pasiva, y yo no podía estar aguantándome el pedo todo el rato por temor a que oliera.

Cuando veraneaba en España, escuché un dicho que solía repetir el padre de Cri-cri, vendría a ser algo así como «el que quiera peces, que se moje el culo», y yo estaba dispuesto a mojármelo.

Vi a mi objetivo apoyado en la mesa larga del escritorio que iba de punta a punta de la pared. Tenía toda su atención puesta en un dossier que iba ojeando y absorbiendo como si su vida dependiera de ello. Wanda no estaría catalogada como belleza, era una de esas mujeres que no prestaban atención alguna a su físico, lo que la llevaba a tener un entrecejo demasiado poblado y algunos pelos sueltos sobre un lunar de la barbilla. Sus rizos siempre se salían de la coleta y las mejillas estaban cubiertas por un acné incipiente que de tanto en tanto supuraba. Por lo que comentaban las demás chicas, hacía bastante que no salía con nadie y había ido abandonándose. La misión era clara, tenía que tirar de mi seductor interior para despistarla lo suficiente como para echar mano a su bolsillo. Se dio la vuelta apoyando el dossier sobre la mesa y puso su trasero en pompa. Los demás estaban desayunando y el doctor Britt se encontraba encerrado en su despacho. Era ahora o nunca.

Caminé hasta ella y me coloqué justo detrás de su cuerpo, no restregando cebolleta, porque no había que pasarse, pero sí bastante pegado. Alargué los dedos y susurré ronco para que notara mi presencia.

—¿Repasando la exposición con los jefazos? —Ella dio un pequeño saltito contra mi cuerpo que me hizo errar el tiro. ¡Mierda! No iba a ganarme la vida como ladrón de guante blanco.

—Marc... —susurró bastante sobrecogida. No me aparté, ella se incorporó algo avergonzada y yo seguí hablando, no iba a derrumbarme ante el primer tiro fallido. Volví a probar suerte.

—¿Nerviosa?

—Un... Un poco —confesó, mirándome de soslayo. No tenía demasiado espacio para hacerlo.

—No entiendo por qué, una chica tan inteligente como tú, que lleva al dedillo los avances de la investigación, no debería estarlo. —Había alcanzado el bolsillo y con suma sutilidad separaba el tejido cruzando los dedos de los pies para que no se diera cuenta.

—Es que todavía está muy verde y hay muchas lagunas. —Reí seductor. El vello de su nuca se erizó y respiraba erráticamente, sin embargo, no me había pedido que me apartara.

—Eso no debe preocuparte, todos los proyectos tienen sus inicios. Seguro que los dejas con la boca abierta, conmigo lo conseguiste el primer día, me bastaron treinta minutos para darme cuenta de tu inteligencia y de que tienes un futuro brillante. —No mentía, pensaba todas esas cosas sobre Wanda.

Palpé el plástico rígido, necesitaba afianzarlo entre los dedos y tirar.

—Tú también me pareciste brillante —afirmó con la piel cada vez más sonrojada.

—Es todo un privilegio escuchar algo así de tus labios —continué, ella se los humedeció. Solo un poco más y sería mía.

Un ligero carraspeo a mis espaldas me hizo soltar la tarjeta de golpe. Cuando me di la vuelta, me encontré con la inescrutable mirada del jefe contemplándonos de manera reprobatoria.

—Hola, doctor Britt —saludé con la seguridad del crío que había sido cazado metiendo mano al tarro de las galletas—. Estaba deseándole suerte a Wanda para su presentación.

—Ya he visto que estaba haciéndolo... —Solo esperaba que no me hubiera visto intentar echarle el guante a la tarjeta.

—Señorita Perks, tenemos que subir, los de la junta han adelantado diez minutos la presentación. —Puse distancia entre mi cuerpo y el de mi compañera.

—¿Ya? —A ella le salió un gallo por la presión. El doctor ya no llevaba la bata puesta y hoy se había vestido con un traje caro. Sí que tenía que ser importante, sí.

—Deja, compi, yo te cuelgo la bata. —Me ofrecí echando mano a la prenda.

Ella me lanzó una risita nerviosa y un «gracias» que hizo que el doctor Britt se pinzara el puente de la nariz.

—Tengo que ir a buscar el bolso, allí tengo el *pen* que contiene el PowerPoint que me hizo preparar —aclaró la chica, dirigiéndose a nuestro jefe.

—Pues vaya, dese prisa —la azuzó el doctor mientras yo me dirigía al perchero y con disimulo sustraía la tarjeta.

—Talbot —me llamó antes de poder guardármela como era debido.

«Si me pilla, la tiro al suelo con disimulo», pensé, empujando el trozo de plástico por dentro del jersey.

—Em, ¿sí? —pregunté, girándome con disimulo.

—No sé qué hay entre Perks y usted, pero... Manténganlo fuera del trabajo, no soy muy fan de los escarceos amorosos en horario laboral. —¿En serio había creído que le tiraba la caña? Que conste que no era por su físico o aquellos tres pelos amenazadores que era incapaz de dejar de mirar cuando la tenía de frente... Es que entre nosotros no había ni una gota de química, por lo menos por mi parte.

—Ella y yo no... —Hizo un gesto para silenciarme.

—Sé lo que es ser joven, no tener ataduras y vivir en una ciudad universitaria donde las hormonas se volatilizan más que el éter. No voy a meterme en lo que haga fuera del trabajo y con quien. El sexo está en cada esquina, solo intente que no sea en una de las del laboratorio, ¿comprendido? —Era mejor no discutir y que creyera que mi interés repentino por Wanda se debía a algún tipo de delirio sexual.

—Sí, señor. No volverá a ocurrir.

—Muy bien. —Wanda apretó el paso azorada y, en cuanto se esfumó con Britt, yo esperé que llegara el resto del equipo.

A Agna le había dicho que hoy no podía quedar para desayunar, tenía veinte minutos escasos para llegar a la planta del archivo, acceder al ordenador que quedaba en el punto muerto y darle paso a Brau. No podía descantillarme, para salir del laboratorio teníamos que pasar nuestra tarjeta personal y al regresar también. Así la empresa se aseguraba de que no nos pasáramos de tiempo cuando íbamos a la cafetería.

El corazón me iba a mil, pasé del ascensor, subí las escaleras de dos en dos mientras encendía el móvil B y le hacía una llamada a Brau, me daba miedo no pillarlo frente al PC. Por suerte, contestó al segundo tono. Solté un «preparate», que fue respondido con un «cuelga». Eso fue lo

que hice en cuanto dio la orden y me situé frente a la puerta del archivo.

Estuve de suerte, solo había una persona dentro y no estaba ocupando el ordenador que necesitaba. Se trataba de Paul, había estado con él el miércoles pasado, cuando hice la prueba para su equipo de trabajo. Se sorprendió al verme, y no era de extrañar, todos los jefes de equipo se conocían entre ellos, era extraño que un recién llegado estuviera ahí dentro.

—¿Marc? ¿Qué haces aquí sin supervisión? —cuestionó, contrayendo el gesto.

Le aclaré que mi jefe y la responsable de equipo tenían una reunión y necesitaban varios datos, que les corrían prisa y, como no podían bajar, y el resto del equipo estaba ocupado, me había tocado hacer a mí el trabajo. Añadí que no podía entretenerme, dándole un toque de nerviosismo a la historia. Dio por válido mi argumento y dejó de preguntar.

Me situé frente al ordenador e introduje el *pen*. Esperaba que Brau fuera tan bueno como consideraba y consiguiera crear el agujero para colarse en el sistema. Aproveché y encajé en el otro puerto el otro USB que contenía los datos de Winni. Recordé con facilidad cómo se hacía para acceder a la base de datos y comparar los resultados, a eso me enseñaron el viernes pasado y, por la cuenta que me traía, lo absorbí como una esponja. El aparato se puso a pensar y yo a sudar profusamente. De vez en cuando, Paul me miraba de reojo y yo me hacía el concentrado.

—Si necesitas ayuda... —murmuró, haciendo amago de acercarse.

—No, tranquilo, es que está pensando. Ya sabes cómo son estas máquinas, cuanto más prisa tienes, más tardan... —Él asintió. Por fortuna, a los tres minutos se despidió de mí con un ligero cabeceo, diciéndome que le hubiera encantado que estuviera en su equipo y que a ver si quedábamos para tomar una cerveza.

Por supuesto que le dije que sí y esperé a escuchar la puerta para mirar la pantalla y quedarme con los ojos fijos en ella.

Las palabras «una coincidencia» oscilaron frente a mi mirada atónita. Allí estaba, tenía a Winni frente a mí, al alcance de mis manos. Ese mensaje quería decir que podía estar trabajando en los laboratorios de proyectos especiales junto a la hermana de Ali. No hubiera sido extraño, tenía una mente prodigiosa. Le di al *intro* con el corazón al galope, y entonces salió una frase que hizo naufragar mis esperanzas: «Información restringida».

¿Restringida? ¿Cómo que restringida? Volví a intentarlo de nuevo y el resultado fue el mismo. Decidí hacer una captura de pantalla, se lo pasaría a Brau más tarde. No me sabía el padre nuestro, aun así, supliqué con la mirada puesta en el techo para que hubiera un Dios que le permitiera a mi amigo colarse por el maldito agujero.

Miré el reloj, cuatro minutos cincuenta segundos. Me dijo que con cinco desconectara, pero... ¿y si no lo había conseguido? Arriesgué y estiré hasta siete. Esperaba que hubiera sido suficiente. Cuando salí del archivo, me permití el lujo de pasar por cafetería a pedir un botellín de agua y una tila para llevar. Estaba sediento y atacado de los nervios a partes iguales.

Vací el botellín en un visto y no visto. Para la tila, me pedí un cubito, y de vuelta al laboratorio le mandé un mensaje a Brau con un «¿Lo has conseguido?», al que respondió con inmediatez. «Me sobraron dos minutos, chaval. :p». Y yo alargando hasta los siete...

Bueno, mejor así que no que hubiera tenido que volver a pasar por aquel retorcimiento de intestinos que nada tenía que ver con un retortijón de los que te hacen cagar líquido.

A mí también me sobró un minuto. Devolví la tarjeta sin problemas y me tomé la tila sentado en mi puesto, dándole vueltas al mensajito del dichoso ordenador.

Esperé a llegar a casa para llamar a Brau y preguntarle si ya tenía algo. Respondió que tuviera paciencia, incluso Dios necesitó tiempo para construir la Tierra. Además, si querían hacerse las cosas bien y que no dejáramos rastro, tenía que ser muy concienzudo. Cabe decir que me riñó

por llamarlo y mensajearlo desde los laboratorios. Habíamos quedado que solo le haría una pérdida cuando estuviera frente al equipo. Me disculpé por ponernos en peligro y aproveché para pedirle el segundo favor que no había dejado de martillearme en la cabeza, que no era otro que dar con la coincidencia de acceso restringido para cerciorarme de si Winni seguía currando en las instalaciones.

Me aseguró que en cuanto lo tuviera todo, me llamaría, pero que lo dejara trabajar como era debido. Estaba de los putos nervios y necesitaba desconectar como fuera. El otro móvil sonó y di un salto que casi llegué al techo. Ni la hora de pesas ni los largos en la piscina del gimnasio habían bajado el grado de excitación que llevaba dentro.

Era Ali, recordándome que hoy inauguraban su exposición, y que si tenía un hueco, le encantaría que me pasara. Casi lo había olvidado, faltaba apenas una hora.

Nos habíamos visto el martes para tomar un café y charlar de nuestras cosas. Vale, también hubo algún que otro beso robado, pero nada más. Alargamos casi hasta la hora de la cena y aprovechó el momento en que nos despedíamos en la puerta de su casa para hacer la petición.

Estaba bastante nerviosa. Era la primera vez que sus pinturas iban a estar expuestas en una galería con cierto renombre, acudiría gente importante del sector y algunos medios. Su padre no podía asistir porque tenía una reunión fuera y le daba algo de apuro estar sin alguien que la apoyara y que no tuviera un interés económico. Me invitó y yo le dije que intentaría montármelo, que tenía mucho curro y ya vería lo que podía hacer. Le sugerí que invitara a su hermana y me respondió que ya se lo había dicho, pero que con Katarina nunca se sabía.

Me daba la impresión de que estaba emocionándose demasiado conmigo y yo no estaba en el mismo punto. Sin embargo, tampoco podía permitirme perder aquella baza, si Brau corroboraba lo que creía, Katarina podía ser una pieza clave en la búsqueda de Winni. Tamborileé los dedos sobre la mesita del café. Pensándolo bien, quizá fuera buena idea que asistiera, ¿qué hermana no iría a un evento tan importante como aquel? Puede que le hubiera dicho a Ali que no sabía si iría para picarla, o sorprenderla, y si acudía sería un buen momento para conocerla, pues Alina estaría ocupada con sus cuadros, lo que me daría vía libre para sonsacar la información que necesitaba.

Me puse en pie y fui directo al armario, no me había traído demasiada ropa, al fin y al cabo, no estaba de vacaciones. Traje unos cuantos básicos prácticos y listo. Busqué algo presentable. Un jersey de cuello alto gris acero, los vaqueros negros y mi habitual chupa de cuero tendrían que valer.

Volví a echar mano del perfume que usé la otra noche y que me hizo sentirme un poco el de antes. El Dylan desenfadado que dibujaba sonrisas donde ahora habitaban los ceños arrugados.

Guardé la cartera en mi bolsillo trasero del pantalón, tomé las llaves que estaban colgadas al lado de la puerta y apagué las luces del piso. Tenía un palpito, algo me decía que hoy iba a encontrar lo que buscaba.

La galería estaba muy cerca de donde nos conocimos y del bar en el que solíamos quedar para tomar el café.

Un cartel enorme con la foto de Alina junto a una de las obras precedía la exposición.

El lugar tenía una gran cristalera que daba al exterior, donde se exponían algunas piezas pequeñas. Las medianas y de gran formato estaban destinadas a cubrir las paredes de las salas, cuidando mucho el orden y la iluminación.

El interior se hallaba bastante concurrido, se veía desde fuera. El de seguridad me pidió el nombre para dejarme pasar, ni siquiera sabía que se accedía con invitación. Por suerte, estaba en la lista, Ali se había encargado de ello.

Gente de lo más variopinta caminaba y comentaba. Algunos en grupos haciendo corrillo, otros en parejas de a dos situándose frente a las pinturas.

Camareros ataviados con camisas blancas, pajaritas y chalecos ofrecían bandejas repletas de copas de vino, *champagne* y canapés. Cogí la primera bebida que me ofrecieron, atusándome el pelo alborotado por el casco.

La exposición se titulaba «Miradas», y la conformaban un total de veinticinco obras, la mayoría de mediano o gran formato, solo había tres piezas pequeñas. Eran todo ojos, los de Ali, con sus característicos colores a *whisky* recubierto de cielo, una combinación extraña y muy personal.

En las pupilas y los iris de las imágenes se advertía algo más que sus peculiares tonos, desde un paisaje lleno de flores a la sonrisa de un niño, o un inquietante cachorro aplastado bajo la rueda de un coche, que me sonaba demasiado.

—Este es conmovedor —suspiró una mujer que llevaba un pекinés gruñón entre los brazos.

No sabía que se pudieran traer animales a exposiciones de arte, aunque, claro, si le preguntabas a la mujer, seguro que decía que el perrete era más educado que los que estábamos allí dentro.

La parte exterior del ojo, donde debería haber un rostro, estaba pintada en una sucesión de colores tan vibrantes que costaba desprenderte de su intensidad. Yo no era ningún entendido, en casa, el de la sensibilidad artística era mi padre; le encantaba leer, ver obras de teatro y, por supuesto, visitar museos. Falleció hacía demasiado y ni Noah ni yo heredamos sus habilidades. Lo que sí podía asegurar, aunque no entendiera, era que Ali tenía talento y que me gustaba lo que veía.

—¡Has venido! —escuché a mis espaldas, seguido de un grito de alegría.

Estaba tan preciosa y expresiva como siempre. Se lanzó a mi cuello sin pensarlo, para darme un beso apretado que se ganó más de una risita entre los asistentes.

—No podía perdérmelo —respondí, dejándola disfrutar del instante. Al fin y al cabo, era su día—. Estás guapísima. —Lo estaba. La alegría le coloreaba las mejillas, llevaba el pelo rubio suelto y un bonito vestido que podría ser el estampado de una de aquellas pupilas.

—Gracias. Tú tampoco estás mal —me tomó del brazo—. Deja que te presente a mi representante, se muere de ganas por conocerte.

—¿A mí? —cuestioné extrañado.

—Puede que le haya hablado un pelín de ti. —Me arrastró hasta una morena de ojos oscuros, vestida con una sobriedad y una elegancia que hablaban de buen gusto y una cuenta bancaria con muchos ceros. La moda sí que me había gustado siempre, y esa mujer vestía ropa cara—. Corinna, este es Marc. Marc, ella es Corinna.

—Mmm, ahora entiendo muchas cosas, y la explosión artística de la última semana. Encantada, Marc. —Me tendió su mano de manicura perfecta.

—Ni se te ocurra posar los ojos sobre él, yo lo vi primero —bromeó Ali. Se notaba que se llevaban bien y tenían complicidad.

—Siempre has tenido muy buen ojo para las obras de arte. —Carraspeé con ligereza.

—Al final voy a sonrojarme —admití, fingiendo estar abrumado.

—No pareces de los que se sonrojan. —Desde luego que esa mujer tenía ojo crítico—. Más bien de los que hacen sonrojar. ¿Me equivoco?

—Jamás llevaría la contraria a una mujer hermosa —respondí, llevándome la mano a los labios. Ella me sonrió satisfecha.

—No lo sueltes demasiado, me gusta, hacéis buena pareja. —Alzó su copa de *champagne*

rosado y sonrió—. Voy a hablar con algunos posibles compradores, no olvides atender a la prensa.

—No lo haré —musitó Ali.

—Encantada de conocerte, Marc.

—Igualmente, Corinna.

La morena se desplazó sinuosa sobre los tacones de aguja. Me recordó a una cazadora, su presa tenía forma de mujer de mediana edad con un pekinés entre los brazos.

—Corinna es de las mejores —susurró Ali en mi oído—. El día que aceptó ser mi representante, casi me desmayé, lleva a artistas increíbles.

—Tú eres increíble —reconocí, extendiendo mi brazo hacia los cuadros.

—En serio, Marc, muchísimas gracias por asistir, para mí era muy importante.

—Lo sé. Por eso he venido.

—Señorita Hoxha, ¿podemos hacerle una entrevista? —Era la primera vez que escuchaba su apellido, me sonó tan contundente como ella. Ali me miró con ojos de lo siento.

—Ve, solo he venido para apoyarte, hoy te debes a tu público y a los medios, ya te lo ha dicho tu representante.

—Vale, pero no te alejes demasiado que luego te busco. Gracias por venir, Marc, en serio, para mí ha supuesto mucho. Por cierto, busca la pieza veinticinco, creo que te gustará.

Moví la cabeza afirmativamente y la dejé trabajar. Antes de ir a por su sugerencia, decidí que lo mejor era contemplar sus veinticuatro antecesoras. Observar el mundo a través de los ojos de otra persona podía ser desconcertante.

Sonreí frente a muchos de los comentarios que alababan el talento de la artista y la comparaban con algunos pintores consagrados. A mí me sacabas de nombres como Dalí o Picasso y era como si oyera llover. Perderme entre las conversaciones de esa gente era como oír hablar en bable; en primer lugar, porque muchos de ellos hablaban en alemán y mi vocabulario en esa lengua era bastante limitado. Un te quiero, algún que otro insulto y muchas frases guarras que le hacía decir a Winni mientras follábamos. El alemán sonaba muy *sexy* en el sexo. A ver, que me descentro, ¿por dónde iba? Ah, sí... En segundo lugar, quienes hablaban de las obras en inglés usaban tecnicismos que me quedaban demasiado grandes.

Paré de escuchar conversaciones ajenas y me dediqué a dejarme arrastrar por las pinturas. ¿No se supone que eso es lo que has de hacer frente al arte? ¿Dejarte llevar? Pues eso hice.

Hubo varias que me sobrecogieron. La dieciséis mostraba los horrores de la guerra a través de la silueta de dos niñas pequeñas. La primera, más mayor, cargaba con la menor a sus espaldas, caminando sobre cascotes grises, mientras en el primer plano del suelo se podía ver un brazo seccionado por la ferocidad de la guerra.

Conociendo la infancia de Alina, supe que se trataba de una representación de ella y su hermana.

La diecisiete era un camastro desvencijado donde las mismas niñas se acurrucaban. La mayor con una expresión férrea y la pequeña con lágrimas en los ojos. Casi pude sentir la determinación de aquella cría que no podía tener más de tres años más que mis hijos, estaba extremadamente delgada y miraba con fijeza hacia un futuro incierto. La piel de los brazos se me erizó.

¡Joder! Eran realmente buenos.

En el veintidós vi una silueta de espaldas, que trabajaba concienzudamente sobre una mesa de laboratorio, mientras una mano de hombre se posaba sobre el hombro izquierdo. No me costó nada imaginar a Katarina trabajando allí, me dio la impresión de que la mano pertenecía a la persona que las adoptó y que era el principal accionista de los laboratorios. Y, aunque sabía que

se trataba de Katarina, aquella coleta ubicada en mitad de la cabeza y las patillas de las gafas me hicieron pensar en Winni, ella solía trabajar del mismo modo, tan concentrada que podía venirse el mundo abajo y no lo oía.

Estaba en la sala dos de la galería. La principal era mucho más amplia y contenía la mayor parte de la exposición, en esta estancia anexa solo cabían cinco cuadros. Era mucho más íntima. Hice un barrido ocular y llegué a la veinticinco. La silueta que estaba plantada frente a ella hizo que mi mirada se estrechara y que mi cuerpo se pusiera en guardia.

Te juro que sufrí un microinfarto y que las gónadas se me pusieron por corbata. Me quedé muy quieto, esperando que aquella extraña se girara o que mi cerebro me sacara de aquel espejismo.

El pelo rubio estaba suelto, lo llevaba algo más corto que cuando nos conocimos, aunque no lo suficiente como para no poder hacerse una cola. Juraría que su estatura y aquella complexión delgada, que trataba de ocultar bajo un jersey de lana gruesa, era la suya.

No podía fijarme bien si llevaba gafas o contemplar el arco de su cuello, pero estaba seguro de que era el mismo en el que tantas veces perdí la nariz junto a mis besos. El que había lamido hasta hacerla gemir de placer, contemplando sus pechos perfectos.

«Gírate, Winni, gírate, sé que eres tú». Empujé aquel pensamiento hacia ella con todas mis fuerzas.

Dicen que si piensas algo con intensidad, que si miras a alguien con fijeza, este llega a captarlo y se da la vuelta. Puse toda mi energía en ello, pero Winni seguía con la mirada puesta en el veinticinco, la misma obra que Ali me había dicho que no podía perderme.

Mi pulso se había desbocado tanto que los murmullos de la gente que compartía sala con nosotros se perdían cubiertos de pulsaciones rabiosas. Avancé despacio, sin parpadear, con miedo a que la visión se esfumara bajo una caída de ojos. Me posicioné a su espalda, a cinco pasos de distancia y aspiré en busca de aquella nota floral que me indicara que se trataba de ella, que no era fruto de mi imaginación desbordada o mis ansias de encontrarla en cualquier rincón del mundo.

En mi esfuerzo de captar la sutileza de su aroma, alcé la vista y me di de bruces con aquello que había llamado poderosamente su atención, lo que la mantenía clavada frente al cuadro, y lo que supuse que Ali quería que viera. Era un beso, no uno cualquiera. En la imagen se distinguía con claridad la verja de la casa de Alina, la rueda de una moto —la mía— y su rostro enmarcado entre mis manos mientras yo la devoraba con lujuria.

La obra se titulaba *Sabor a futuro*.

El estómago se me contrajo y sentí la necesidad de darle, a la que creía mi mujer, una explicación. Si ella estaba mirando aquel cuadro con tanto ahínco era porque seguro que había reconocido algo de mí en él. Me sentí culpable, miserable de que otros labios ocuparan el puesto de los suyos y exhalé su nombre como si el tiempo, la distancia o las mentiras no hubieran hecho mella entre nosotros.

—Winni...

Los hombros se encogieron y sus manos presionaron aquellos codos algo huesudos para abrazarse. No llevaba el anillo, yo tampoco, me costó mucho desprenderme de él, pero lo hice, porque de algún modo la sentía aferrada a mi dedo y sabía que este viaje no podía hacerlo con ella.

No se giró, di un paso más y la nota que esperaba estalló en mi nariz. Repetí su nombre con mayor contundencia, mientras un camarero se interponía entre su cuerpo y el mío ofreciéndome una copa de vino.

Fue muy rápido, una pareja llegando por la derecha, yo excusándome con el camarero para que se apartara de en medio, una retirada de bandeja devolviéndome la visión y su cuerpo esfumándose sin sentido. ¿Había sido una alucinación?

Miré a un lado y a otro con congoja.

—¿¿Dónde está?! —exclamé fuera de mí. La pareja que tenía delante y el camarero me contemplaron sin comprender—. La mujer rubia que hace un momento estaba ahí delante. ¿La han visto? —Si me decían que no iba a enloquecer.

Tuve la necesidad de que corroboraran que ellos también la vieron.

—Se... Se marchó por ahí —explicó la mujer, apuntando a una puerta lateral que ponía solo personal. ¡Shit!

Ni siquiera lo pensé, fui en pos de ella, abrí la puerta desbordado por las emociones. El acceso daba a un pasillo estrecho, largo y otra puerta. Corrí hasta ella y empujé. Era un almacén lleno de obras, bastidores y... ¡Maldita sea! ¡Una puta puerta de emergencia abierta de par en par!

No importó que corriera como si el mismísimo diablo me persiguiera, que saliera a aquel callejón poco iluminado y el rastro de su perfume se disolviera entre cartones abandonados. Miré a derecha y a izquierda, ¿por dónde se habría ido?

Tiré con fuerza de mi pelo. Intenté buscar su rastro olfateando como un chuchito desesperado al que acababa de abandonar su dueño. Nada, la nada envolviéndome de nuevo. Grité desesperado y di un puñetazo a la pared descascarillada.

Había vuelto a perderla, aunque ahora sabía que estaba viva y tenía la certeza de que estaba cerca. Porque nadie que se parecía a Winni, olía como Winni y huía de mí como Winni podía ser otra persona que no fuera ella.

Regresé a la exposición. Si ella había estado allí, era porque había sido invitada. Su nombre tenía que estar en la maldita lista de asistentes y yo la necesitaba. No sabía cómo haría para conseguirla, solo que tenía que estar ahí, y quizá sus datos de contacto.

Deshice el camino y me ubiqué frente al cuadro veinticinco apretando las sienes.

—Por fin te encuentro, ya he terminado la entrevista y me apetecía preguntarte qué te ha parecido el cuadro. —Ali había regresado a mi lado y volvía a tomarme del brazo para apoyar su oreja en mi hombro—. ¿Qué? ¿Qué te parece? —inquirió expectante mientras la imagen de Winni seguía martilleándome por dentro.

—Incierto —respondí—, así sabe mi futuro, a incertidumbre.

—Entonces..., ¿no te gusta?

Mi cabeza iba a mil, no tenía tiempo de romances o alimentar una relación que no iba a ninguna parte.

—Escucha, Ali, tú me gustas, pero... —Ella chasqueó la lengua contra el paladar.

—Sabes que un «pero» hace que todo lo que se ha dicho con anterioridad pierda valor, ¿verdad?

—Es complicado.

—Nadie dijo que el amor fuera fácil, unas veces lo es y otras no. Puedo ver que algo te atormenta, capto muy bien ese tipo de señales, no me digas el motivo, pero así es y sé que lo que ronda en tu cabeza nos impide avanzar. ¿Se trata de una ex? ¿Te rompieron el corazón y piensas que voy a ser como ella? —Dejé ir un suspiro e intenté que mis neuronas reconectaran. No podía perder la ayuda de Ali, ella era mi única esperanza.

—A ver cómo te lo digo... Si te pido una cosa, un favor muy personal, ¿confiarás en mí, no me harás preguntas y me lo concederás?

—Depende, necesito un poquito de información, aunque no sea toda... Una cosa es que me

pidas mi fecha de nacimiento, porque quieres hacerme un regalo de cumpleaños, y otra el pin de mi tarjeta de crédito, porque pretendes vaciarme la cuenta... —Esboqué una sonrisa. De verdad que Alina era una tía cojonuda.

—He venido a Darmstadt buscando a alguien que fue muy importante en mi pasado, necesito dar con esa persona para cerrar una etapa que fue muy dolorosa para mí y hoy, aquí, hace unos minutos, creí ver a esa persona frente a este cuadro.

—¿El veinticinco?

—El veinticinco —corroboré—. Después, se esfumó. —Ella hizo una O estrechando los labios que había maquillado en color fucsia.

—Bueno, en este lugar no entra nadie sin ser invitado, así que sería fácil dar con esa persona si ha estado aquí. ¿Cómo se llama?

—No estoy seguro —admití. Ali me miró sin comprender—. Podría haber cambiado de nombre.

Ella tomó algo de distancia y me miró intrigada.

—No serás un acosador, o habrás perpetrado algún tipo de crimen y estás buscando al único testigo para impedir que testifique, ¿verdad? —Mi sonrisa se amplió.

—No, y no. Ya te dije que no me hicieras preguntas, por favor, pero te aseguro que no es nada ilícito. Necesitaría la lista completa de invitados, si pudiera ser. —Ella resopló—. Sé que lo que estoy pidiéndote es mucho.

—Y que me harías infringir la Ley de Protección de Datos y que podría caerme una multa de la hostia.

—Eso también. Si te multan, yo pago. No te lo pediría si no fuera verdaderamente importante. —Ella se pellizcó el labio y al final resopló.

—Veré qué puedo hacer, no te garantizo nada, pero... —La estreché entre mis brazos y le di un beso breve de regocijo.

—Mmm, si el premio son tus labios, quizá busco con algo de más ahínco.

—¿Y si son un par de cervezas cuando acabe todo esto? —Hice un puchero.

—Vale, si hay cita con birra, te lo concedo. Pero qué facilona soy, madre mía... Por cierto, ¿has visto a mi hermana? Entre tú y ella vais a hacer que me pase la noche buscando, sois peor que Wally en un cuento repleto de camisetas rojas a rayas blancas.

—¿Ha venido?

—Creo que sí, me ha dado la impresión de que pasaba por detrás de mí cuando me hacían la entrevista, pero no estoy segura.

—Si me consigues la lista, yo te ayudo a buscarla.

—Trato hecho. Eso sí, tendremos que esperar a que se vaya toda esta gente y a que se la pueda birlar de la papelera del despacho al dueño de la galería, que es donde acabará esa lista cuando el de seguridad termine su faena. En cuanto finalice toda esta pantomima, Corinna y yo nos reuniremos con él para ver cómo han ido las ventas.

—Sin problema. Eres una chica muy lista —dije, dándole un toque con el índice sobre la punta de la nariz.

—Y tú demasiado guapo para mi cordura. —La detuve antes de que empezara a caminar en dirección a la sala grande.

—No le cuentes nada a tu familia del motivo que me ha traído a Darmstadt, me refiero a lo que te he dicho de que estoy buscando a alguien. Es algo privado y soy muy celoso de mi intimidad.

—Mi boca está sellada por tus besos —dijo, dándome uno largo y húmedo al que no pude

negarme—. Anda, vamos a deshacernos de toda esta gente cuanto antes y a ver si damos con Katarina, últimamente está de lo más escurridiza.



Capítulo 15

Vidas truncadas.



Katarina

Estaba temblando de cabeza a pies, había faltado poco, muy poco para que Dylan diera conmigo.

Me había hecho un ovillo detrás de uno de los bastidores de madera, justo antes de abrir la puerta de emergencia para que pensara que me había ido. Sus piernas eran mucho más largas que las mías, así que no le habría costado nada alcanzarme.

Me agarré el cuello y soporté el tirón. Tenía unas ganas de llorar muy bestias, unas que me subyugaban por dentro y amenazaban con inundarme como un tifón si no las eliminaba de mi organismo.

Había ido a la exposición de Ali porque mi hermana me dijo que no podía fallarle. Marc no iba a estar, Herr Schwartz tampoco, así que no me perdonaría dejarla sola en un momento tan crucial como aquel.

Cuando entré, la sala principal se veía abarrotada. Ali estaba ocupada atendiendo a unos periodistas, pasé por detrás sin molestar, sentía muchísima admiración por lo que había conseguido. Su alma siempre fue mucho más creativa que la mía. Fui directa al final de la exposición, empezar al revés que todo el mundo te daba ventaja, ibas menos agobiada y a mí no me gustaban las aglomeraciones.

Caminé hasta la última pieza y... *Booom*. Allí estaban ellos, mis imprescindibles en el mundo besándose como si no hubiera un mañana. Ali debía haberla incorporado esta misma semana, porque antes no estaba, ella me la había enseñado cuando Corinna se la llevó a la galería.

La hostia fue tan grande que no fui capaz de apartar la vista de aquel beso que contaba tantas cosas. Así mismo recordaba a Dylan, con aquella intensidad, aquella entrega que te hacía vender tu alma al diablo por uno de esos besos.

Recordé el día que dimos la noticia del embarazo, cómo todos lo celebraron. Hubo muchas bromas al respecto cuando la ginecóloga confirmó que no venía uno, sino dos. Yo tuve un pelín de pánico que duró unos días, hasta que vi la cara de felicidad perpetua de Dylan y mantuve una charla con mi «suegra» de lo que supuso para ella tener un embarazo múltiple. Si estar embarazada ya era un desafío, imagina ser madre primeriza y que te vengan dos de golpe. Había entrado de lleno en la familia, Noah se había mudado hacía unos meses, pero Dylan vivía con su madre, que insistió en que me fuera a vivir con ellos, incluso me cedieron una habitación libre de la casa cuando les dije que me gustaba mi piso porque tenía un rincón donde hacer mis experimentos lejos del laboratorio.

A ninguno de los dos les extrañó, la propia doctora Miller tenía uno en casa, así que me ofreció la posibilidad de tener uno mío o compartir el suyo. Era la situación perfecta para lograr el objetivo.

Así también lo vio Herr Schwartz, quien se mostró encantado con lo de la idea de irme a vivir con Dylan.

Aprovechaba los momentos en que todos dormían, o se quedaban en los laboratorios, para recolectar información confidencial. Me sentía tan mal con lo que estaba haciendo que el estómago se me cerraba y la comida se me hacía bola.

Alimentarme durante el embarazo fue una odisea, y la preocupación por mi salud y la de los mellizos hizo que los Miller me persiguieran por todas partes con un bol lleno de comida a cualquier hora del día.

Los meses pasaron a una velocidad pasmosa, y el amor creciente que sentía por mis hijos lo hizo también por Dylan.

Todo era tan intenso que a veces me sentía ahogada por mis propias emociones. Que mis hormonas estuvieran viviendo una primavera continua gracias al embarazo también ayudaba. Jamás había sentido una felicidad tan extrema, de esas que hacen que no quieras levantarte de la cama un domingo por el simple hecho de seguir con la cabeza apoyada en la almohada de su cuerpo. Dylan me colmaba de caricias, llenaba mi mundo de sonrisas disparatadas y promesas de un futuro caduco. Yo quería morir y vivir al mismo tiempo, reír y llorar, bailar y hundirme en la miseria más absoluta, porque sabía que el final llegaría y que iba a destrozarnos por completo.

Aun así, seguí en aquel acto de egoísmo insólito. Queriendo absorber cada abrazo, cada susurro, cada jadeo y anhelando escuchar esa manera suya de llamarme Duendecilla, que cada día me gustaba más.

Disfruté de nuestros paseos por la playa, aquellos amaneceres en los que se nos llenaba el culo de arena y el corazón de amor. De las tardes de sofá, manta y peli. De sus carcajadas llenas cuando mi barriga se movía y lo veía deshacerse de alegría besando mi abultado vientre, soltando

nombres absurdos para ponerles a nuestros hijos.

Gocé las visitas al médico, cuando sus ojos se quedaban suspendidos en los míos y nos emocionábamos al escuchar los latidos de aquello que habíamos creado él y yo. Sonreía con la ingente cantidad de tortitas que me servía los domingos para desayunar y que casi siempre terminaban en su abdomen de infarto porque yo ya no podía más.

Me entusiasmaba el modo en que hacíamos el amor, a veces lento, otras salvaje, y su preocupación por sacarle un ojo a uno de sus hijos y que nos saliera un cíclope, aunque supiéramos que era imposible.

Y cuando me sorprendió con las llaves de una preciosa casa en el octavo mes de embarazo, casi se me salió el corazón. «Aunque tú siempre serás mi hogar, quiero compartir este otro con nuestros hijos y verlos crecer felices junto a nosotros». Me parece que aquella fue la primera vez que lloré en una mezcla de alegría y congoja, frente a él. «Si no te gusta la cambiamos», comentó algo preocupado en mi oreja. Yo levanté el rostro inundado en lágrimas y le dije: «Es tan perfecta como tú». Nos fundimos en un beso de los que saben a algodón de azúcar, me alzó en brazos y cruzó el umbral conmigo en ellos.

Me subió a nuestra habitación sin que prestara atención, pues él la merecía toda. Me depositó sobre una preciosa cama con dosel, recubierta por un suave cobertor blanco y pétalos de rosa, e hicimos el amor. Lento. Profundo. Con tanto sentimiento que creí que podría ponerme de parto por ser incapaz de albergar tanta dicha.

Mis hijos llegaron un día de madrugada, sin avisar. Creo que fue la primera vez que lo vi fuera de juego, desencajado, y mi suegra tuvo que tomar las riendas de la situación cuando él la llamó porque no sabía qué hacer.

En cuanto Chloe y Oliver asomaron la cabeza, supe que nunca más volvería a sentir aquel amor por unos rostros desconocidos, por aquellas caritas arrugadas y rojas que ambos veíamos por primera vez. Lloramos los cuatro. Mis pequeños por haber aterrizado en un mundo hostil, y nosotros vencidos por la alegría y el miedo. No sabes lo que es el terror hasta que piensas que algo malo les puede ocurrir a dos criaturitas indefensas como aquellas.

Y pasó, claro que pasó, dos meses después del parto, una mañana, sin que yo lo esperara, después de que Dylan se despidiera porque se iba al trabajo y yo me quedara en casa disfrutando de mi permiso de maternidad. Aquel día todo se desmoronó.

Oliver dormía apacible en su cuna y yo me había llenado la bañera como a Chloe y a mí nos gustaba. Solíamos hacerlo así porque Oliver era un dormilón y a nosotras nos encantaba compartir aquellos minutos a solas. Te garantizo que lo sentía así, lo veía en las sonrisas que destilaba mi pequeña cada vez que la arrullaba en el agua tibia.

Era nuestro momento del día. Nos bañábamos, le daba el pecho y después la dejaba sentada en la hamaquita para que Oliver, que reclamaba a voces su turno, disfrutara de un trato similar.

Nunca le conté a Herr Schwartz que había sido madre. Solo que iba a vivir con los Miller, y eso era mucho mejor que ser invitada de cuando en cuando. Lo único que me permití el lujo de ocultar era esa parte de mi vida. ¡Era mía y de Dylan!, de nadie más. Siempre albergué la esperanza de que cuando tuviera el proyecto casi concluido, podría negociar, por ello dupliqué los datos y guardé una copia. La libertad de Alina y la mía a cambio de no delatarlo y conseguir una recreación perfecta del «Godness», podría presionarlo y él aceptaría porque ya habría logrado su propósito. Una soberana gilipollez, como la mayoría de los sueños.

No sé cómo se enteró de los bebés, pero lo hizo. Con seguridad, pequé de ingenua al pensar que los miles de kilómetros que nos separaban me hacían inmune a él, me descuidé y supongo que de algún modo que desconocía me tenía vigilada y dio con mi idílica vida a sus espaldas.

Aquella mañana alguien entró en casa, debía conocer a la perfección nuestras rutinas porque lo hizo a la hora del baño, cuando Dylan no estaba. Un hombre vestido de negro, cubierto con un pasamontañas, se coló y subió a la segunda planta mientras yo estaba en la bañera con Chloe. Fue todo muy rápido, la puerta se abrió y, en un segundo, me disparó en el brazo una especie de dardo medicado, del mismo modo que hacen con las fieras. Recuerdo la desazón de girar el rostro y ver el de mi hija escurriéndose de mis manos. Después... Oscuridad.

Lo que ocurrió lo sé porque Herr Schwartz me lo contó cuando le pedí explicaciones.

Recuerdo que estaba sentada en una silla, maniatada y con una mordaza en la boca. Debieron estar drogándome todo el viaje porque de otra manera no lo entiendo. Cuando abrí los ojos de nuevo, ya estaba en Alemania y mi dueño me observaba con gesto adusto dando palmas con las manos.

—Bienvenida, Katarina, espero que el viaje haya sido de tu agrado. —Ese fue su recibimiento. Estaba mareada, dolorida por aquella postura y rota, porque lo último que recordaba era a mi bebé cayendo al agua—. Hay que ver, pequeña puta, con todo lo que he hecho por ti y la zorrilla de tu hermana y así me lo pagas —Chasqueó la lengua y alzó una fusta que descargo contra mis muslos desnudos con rabia. Mi grito quedó ahogado contra la tela que presionaba mi boca—. Preñada, te quedaste preñada. ¿De verdad creías que podrías ocultarme algo así? ¿Que lo pasaría por alto? No, claro que no, por eso lo ocultaste, pensando que podrías jugar a las casitas y criar a esos bastardos... Pero, óyeme bien, Katarina. —Clavó las yemas de sus dedos en mi cara—. Tú ya vendiste tu alma cuando decidiste venir conmigo y salir de aquel lugar donde te violaban... ¡Te saqué del mismísimo infierno! Muy mal, Katarina, muy mal.

Soltó mi cara y volvió a descargar la fusta. Una segunda línea roja, fina y dolorosa, atravesó mis piernas.

—Merecerías que volviera, que acabara con lo que mi hombre no pudo, que esas dos abominaciones que nunca debieron salir de tu útero fueran directos a los brazos de tus padres. ¿Eso te gustaría? —Grité histérica, moví la cabeza de un lado a otro, lloré e intenté liberarme—. Por su puesto que no, porque si no dijiste nada, es porque los quieres, te has permitido el lujo de tener dos debilidades más además de Alina, y eso tiene su precio para conmigo. Tu vida por las tuyas. ¿Estás dispuesta? —Asentí con fiereza, por supuesto que daría mi vida por la de mis hijos—. Mírate, tan patética, tan débil, tan dispuesta... Si cierras este trato conmigo, te comprometes a no buscarlos, a no saber nada de ellos, nada de regresar de entre los muertos para ver cómo les va la vida. Na-da o me veré en la obligación de romper el trato, volar hasta Brisbane y ahogarlos con mis propias manos. ¿Entendido? —Asentí con vehemencia—. Muy bien, pues ahora te contaré, simplemente para que estés al día, qué he hecho y por qué nadie va a buscarte.

Lo hizo. Herr Schwartz relató con pelos y señales lo que hizo para traerme hasta aquí.

Había pretendido ahogar conmigo a mis bebés, que murieran, porque, según él, nunca deberían haber nacido. El fin era que me acusaran de haber acabado con la vida de mis hijos. Depresión posparto, esa hubiera sido la conclusión a la que habrían llegado si no fuera porque Dylan truncó sus planes al regresar antes de tiempo. Casi pilló al hombre de Herr Schwartz mientras iba a por mi hijo para que corriera la misma suerte que Chloe.

Solo de pensar en mi hija ahogándose se me partía el alma en un dolor feroz. ¿Qué tipo de persona era capaz de dar muerte a dos bebés?

Aquel tipo, cuyo nombre no me dijo, solo pudo escabullirse por la ventana de la habitación de Oliver, ya que en el plan original Dylan no podía sufrir daño alguno.

Él y su equipo tuvieron que esperar a que las cosas no se torcieran demasiado. Para su fortuna, no lo hicieron.

Interceptaron la llamada desesperada de Dylan a emergencias. La ambulancia estaba comprada, al igual que el médico que me atendió, un viejo amigo de Herr Schwartz con quien tenía trapicheos. No estaba muerta, nunca lo estuve, solo me inyectaron una sustancia que permitía que lo creyeran. En la ambulancia me reanimaron, aunque le dijeron a Dylan y al resto que no habían podido hacer nada. Así me devolvieron a la jaula a la que pertenecía.

Tanto él como su familia velaron el cadáver de una chica muerta. Buscaron un cuerpo en el depósito, el cuerpo de una prostituta que tenía unas características similares a las mías y que nadie había reclamado. Le cortaron y tiñeron el pelo a mi imagen y semejanza. La caracterizaron, emularon mi cara con varias prótesis de látex y maquillaje, y una vez la lloraron, la incineraron inventándose un falso testamento donde yo pedía ser quemada y lanzada al mar. Así se aseguraban de que no habría cadáver que pudiera llevar la contraria al montaje de Herr Schwartz.

De un plumazo, mi felicidad había sido reducida al infierno más absoluto, porque el amor de mi vida iba a pensar que había sido capaz de la peor de las atrocidades, matar a mi hija y llevármela conmigo.

Ya no habría risas, ni futuras fiestas de cumpleaños, no volvería a oler a mis bebés, darles el pecho o sentir el calor de los abrazos de Dylan después del trabajo. Ya no habría más Duendecilla, ni miradas veladas al finalizar una sesión de sexo y, aunque siguiera con vida, aquel miserable día, yo sí que había muerto.

Dos lágrimas redondas se precipitaron por mis mejillas. Estaba tan absorta en mi viaje al pasado que creí oír la voz de mi marido llamándome desde el cuadro. Me dio un escalofrío y, entonces, llegó a mí su aroma, con tanta nitidez que me dio miedo. No había visto que estaba a mis espaldas, que el perfume a colonia cara mezclada con la piel de Dylan no era una evocación.

Y volví a escucharlo, esta vez más cerca, ni siquiera me giré porque tuve el palpito de que no era un engaño de mi cerebro, sino que estaba allí, detrás de mí. Me abracé con fuerza y me comporté como una rata en un naufragio, busqué la salida antes de que se hundiera el barco. Porque puede que yo hubiera chocado contra un iceberg muchos años atrás, pero mi hermana y mis hijos seguían a flote, sujetándose al madero de mi cuerpo, y no podía permitir que después de tanto sacrificio terminaran tocando fondo conmigo.

Encontré la puerta de personal y me colé por allí hasta llegar al almacén. Mi cerebro iba casi más rápido que mis pies, abrí la puerta de emergencias y me escondí. Suplicando porque el tambor de mi corazón no pusiera en alerta a Dylan, que acababa de entrar atropellado al lugar en el que yo estaba arrebujaada.

Lo vi salir, buscándome con desesperación, lo oí gritar y mi estómago se contrajo. Esperé, aguardé a que Dylan entrara, mirando por una rendija su espalda ancha. Caminaba arrastrando los pies, sintiendo la derrota de una batalla invisible, y verlo así me apenaba, porque seguro que en esa misma espalda habían estado montados mis hijos, queriendo llenar su mundo de carcajadas. Ese simple pensamiento me hizo necesitar el uso de los cilicios, los muslos me ardían de necesidad, tenía que llegar a casa y utilizarlos hasta que dejara de doler.

Dylan Miller nunca debería haber caminado como si el mundo le quedara grande. Ojalá jamás me hubiera cruzado en su camino, ojalá no fuera la culpable de tanta infelicidad.

Cuando me aseguré de que se había ido, utilicé la salida de emergencia, esta vez de verdad, y salí a la calle, tan rota, tan dolida conmigo misma como con la vida. Tuve ganas de quitarme de en medio de un plumazo, y lo hubiera hecho si hubiera podido, si hubiera sentido que las personas más importantes de mi vida estaban a salvo. Todavía no podía, tenía que asegurarme de que se iban juntos; cuando lo hicieran, conseguiría la manera de que Herr Schwartz no pudiera hacer nada para acabar con mi familia, iba a asegurarme de ello, aunque me costara la vida.



Dylan

Tenía la lista.

La miré una y otra vez, leí todos y cada uno de los nombres, marqué los de mujer.

Había un total de cincuenta nombres femeninos que tecleé en San Google desesperado, algunos poseían perfiles de Facebook, de Instagram, LinkedIn e incluso de Tinder, ahí fue donde vi la imagen de la mujer del pekinés. Madre mía, si casi podía verle el canal de Panamá.

Descarté algunos, aun así, me quedó una nada despreciable lista de treinta mujeres sin identificar.

Era de locos, la mejor opción sería pasarle la lista a Brau junto a un «te juro que esto es lo último que te pido, pero necesito que me mandes una foto de cada mujer de esta lista».

Él respondió a los quince minutos: «¿Solo eso? ¿No querrás su número de teléfono, dirección, estado sentimental, de su cuenta bancaria y lista de enfermedades venéreas?». A lo que respondí que por el momento con la foto bastaba. Él tecleó el emoji del guiño sacando la lengua junto a un «sabía que luego querrías más, insaciable» y risas partiéndose el culo. Yo le puse un dedo haciendo la peineta por triplicado, que culminó con un *gif* de su parte con un negrazo haciéndome un bailecito *sexy* y tirándome un beso agitando los hombros.

Me *espanzurré* en el sofá, hoy iba a ser una noche difícil; si pegaba ojo, tendría mucha suerte. Pasé el resto de la tarde buscando a Winni entre la gente. No hubo suerte. Quería evitarme, porque estaba seguro al noventa y nueve por ciento de que era ella. ¿Por qué no daba la cara? Nunca pensé que fuera una cobarde, aunque claro, la mujer de la que me enamoré seguramente era fruto de un papel y ni siquiera existía. Aquello me atormentaba y no sabes de qué manera.

Ali me hizo que la esperara fuera de la galería. Cuando salió, lo hizo con una sonrisa y un guiño. Abrió el lateral del abrigo para enseñarme la lista.

—Creo que en otra vida pude ser Mata Hari.

—No me extrañaría, atributos no te faltan.

—¿Vamos a por esas birras? —preguntó. Como era lógico, acepté, subió a mi espalda y la llevé al *pub* irlandés del otro día.

La cerveza fue bastante rápida, mi cabeza no estaba allí y ella lo notó. Eché un vistazo rápido a la lista y me di cuenta que ningún nombre me era familiar.

—Si quieres, puedo ayudarte.

—No quiero mezclarte en esto. En serio. —Ella suspiró y dio por válida mi respuesta. Ni siquiera insistió—. ¿Cuánta gente trabaja con tu hermana en su proyecto?

—No sé, nunca habla de trabajo en casa, ¿quieres que le pregunte? —Negué—. Si la muy cafre no antepusiera los laboratorios a mí, podrías haberle preguntado. Es muy celosa de su intimidad, pero seguro que con un colega de profesión se hubiera abierto. ¿Tú te crees que ni siquiera me saludó porque la llamaron del laboratorio y tuvo que largarse?

—A veces las cosas se complican. Me crié en el seno de una familia así, mi madre siempre antepuso la ciencia a los suyos, por eso se separaron mis padres.

—Eso es un asco, el trabajo nunca tendría que absorberte más que las personas a las que quieres y necesitas. Me da lo mismo si el descubrimiento implica la cura de las hemorroides de

por vida. Nada debería ser más importante que el tiempo que pasas con las personas que quieres.

—Eso es muy bonito, algo utópico, pero bonito. Mi madre, en alguna ocasión, se había olvidado hasta de la función del colegio. Hay personas que se pierden pequeños instantes, que no les dan valor, porque no son conscientes de que lo que nunca vas a poder recuperar son esos pequeños momentos que pierdes. Y cuando ya lo has hecho, cuando se han agotado y te das cuenta de todo lo que dejaste de hacer o de sentir, suele ser demasiado tarde.

—¿Tú has perdido muchos de esos?

—Yo he perdido más que eso.

—Podrías intentar recuperarlos.

—Quizá pueda tener otros, pero nunca serán aquellos que me robaron.

Ambos bebimos de nuestros botellines. Y ella me miró con tristeza.

—Ojalá fuera capaz de ayudarte.

—Ya lo haces, a tu manera... —Me miró pensativa.

—Hablaré con mi hermana, tiene que echarte un cable. Por lo que me has dicho, tus acciones y lo que no me cuentas, piensas que la persona que buscas puede estar trabajando con ella, ¿verdad?

—Eso parece. —Ali era muy intuitiva, era absurdo que se lo ocultara—. Aunque no estoy seguro; es más una corazonada.

—Bueno, hagamos una cosa, si no tienes suerte con tu lista, intento amañar una cita con Kata para mañana en el parque, tampoco creo que sea tan difícil que te corrobore si la persona que buscas está o no en su proyecto. Y si no puede, pues nos tomamos nosotros un café y veo si puedo echarte una mano... o las dos —bromeó seductora.

—No quiero molestar.

—No lo haces. La discreción de mi hermana raya la psicopatía, así que si eso te atormenta..., tranquilo, Kata es más inexpugnable que la caja fuerte de cualquier banco. Anda, venga, vámonos, que no me gusta celebrar algo cuando mi compañero de juerga está tan mustio.

—Perdona... Te has buscado una compañía pésima.

—No pasa nada, la que ha vendido toda su colección esta noche soy yo, así que es lógico que mis pedos tengan aroma a nube. —Tuve que sonreír.

—Tus pedos pueden oler a nube, pero yo soy un amigo de mierda, ni siquiera te he dado la enhorabuena. Tienes que sentirte muy orgullosa, lo que has logrado esta noche es una barbaridad.

—Lo sé, Corinna estaba loca al ver tanto cero, ¿sabes que incluso alguno de los cuadros va a viajar a Oriente Medio? Lo compró un tipo como regalo para un jeque.

—Es alucinante, en serio, tenemos que hacer una celebración de verdad.

—Ahórratela si no nos incluye a ti y a mí desnudos en una cama para culminar con un orgasmo de la virgen. —Volví a reír.

—Me habría encantado que nos conociéramos en otro punto de mi vida —dije con sinceridad.

—Uuuuh, no te *precipotes*, que el puntillismo es una de las técnicas que más me gustan, además, soy bastante paciente si eso nos incluye a ti y a mí en la misma frase conjugando el verbo follar. Voy a esperar a ese punto y no vas a librarte con tanta facilidad de darme placer.

—Vas fuerte...

—Quien no arriesga no gana. Además, suelo ir a por las cosas que merecen la pena, no me gustan las medias tintas. Y, ahora, levanta el culo, señor Talbot, yo pago las cervezas, pero tú me llevas a casa.

Acompañé a Ali y después me encerré en el piso, la imagen de Winni contemplando el puto

cuadro me torturaba lentamente, junto con los «y si...». ¿Y si hubiera llegado dos minutos antes? ¿Y si no me hubiera entretenido mirando las otras obras? ¿Y si en lugar de quedarme quieto como un pasmarote la hubiera abordado por un lateral? Demasiadas conjeturas para no tener respuesta.

Terminé quedándome dormido en el puñetero sofá, y cuando me desperté, lo hice con dolor de cuello.

Pasé el día en un extraño limbo. Contemplando el móvil cada cinco minutos, no importaba que supiera que Brau necesitaba tiempo. Mi estado nervioso no me permitía hacer otra cosa.

Salí a correr, a comprar, me di una ducha y a las cuatro de la tarde recibí un mensaje por parte de Ali.

Ali

Nos vemos a las 17:00h en el Rosarium del parque de enfrente de mi casa, no tiene pérdida, está en mitad del parque; es íntimo y tiene asientos donde poder sentarse. Le he dicho a mi hermana que quedábamos allí porque tengo que contarle algo urgente, lo cierto es que quizá me retraso un poco, pues tengo reunión en la galería a las 16:30h. Si ves que llego tarde, empezad sin mí.

Dylan

¿No prefieres que lo posterguemos hasta que llegues y nos vemos a las 17:30h?

Ali

Nah. Ha sido un imprevisto. Mi hermana está en el laboratorio, y cuando trabaja, no coge el móvil; conociéndola, es capaz de anularlo. Es bajita, rubia, delgada, con gafas, ojos azules, cara de siesa y responde al nombre de Katarina. No tiene pérdida.

Dylan

Te espero allí entonces.

Ali

Pues claro, no me perdería una cita contigo ni aunque los dinosaurios volvieran a repoblar la Tierra. ☺ ♥♥

Dylan

Nos vemos en un rato. Que vaya bien la reunión.

Hacía frío, el día se había levantado tan gris como siempre y con un aire helado que te dejaba las mejillas temblando. Me abrigué con un jersey de lana color crudo, una camiseta de manga larga debajo y la chupa.

Cuando aparqué la moto, había una mujer vendiendo flores, y me pareció un gesto bonito comprarle un ramo a la hermana de Ali, quería ablandarla un poco. La mujer me lo entregó con una sonrisa diciéndome que las magnolias significaban flor del corazón. Dudaba que Katarina conociera aquel simbolismo. Le di las gracias a la señora y me encaminé hacia el punto de encuentro.

El parque era precioso, las hojas de los árboles estaban teñidas de otoño, daba la sensación de estar caminando sobre el crepitar de una hoguera encendida. El sitio era amplio y de lo más

curioso, había esculturas dispuestas en distintos rincones. Los turistas se fotografiaban junto a ellas, mientras otros se deleitaban con la flora del lugar. Pasé por al lado de una casa dentro del parque, Das Schindelhaus; todo el revestimiento exterior de color blanco estaba hecho con madera, era curioso ver una casa como aquella en mitad de un lugar así. Seguí avanzando por el camino, Alina me había comentado que la mejor época para visitar el parque era en primavera, con la floración de las rosas. Una lástima que para aquel entonces ya no fuera a estar.

Llegué al Rosarium, una especie de parque dentro del parque, con una cúpula central. Saqué el móvil, faltaban dos minutos para la hora, mejor llegar pronto que tarde. Ali dijo que su hermana era muy puntual.

No se veía un alma, los paseantes no debían haber llegado a aquella parte. Estaba algo alterado, pensar en la posibilidad de que Kata pudiera aportarme algo de luz me hacía estar intranquilo.

Entré en la cúpula y allí, sentada en una de las sillas de espaldas a mí, había una mujer rubia, con coleta, cuerpo delgado, las rodillas arrebujadas contra el pecho y la mirada perdida en algún punto que solo ella parecía conocer. No quería asustarla, así que pronuncié su nombre como si se tratara de una exhalación.

—¿Katarina? —Ella giró el rostro hacia mí con sorpresa y el ramo que estaba sosteniendo entre las manos cayó de ellas en cuanto le vi la cara.

Capítulo 16

El pasado siempre vuelve.



Dylan

Masqué su desconcierto. Miró a un lado y a otro buscando... ¿Qué? ¿Otra vía de escape? Aquí no había salida de emergencia como en la maldita galería, cosa que agradecí. La tenía ahí, delante de mí, a escasos pasos de distancia, hubiera sido tan fácil recorrerlos y sacudirla, o abrazarla, o besarla. Quizá todas las cosas al mismo tiempo. Winni siempre había sacado lo mejor y lo peor de mí, desde que se cruzó en mi camino aquel primer día en Genetech.

—Winni —murmuré sorprendido de que hubiera estado tan cerca de mí sin saberlo. Ahora lo veía tan claro que asustaba. Kata era la hermana de Ali, la chica con la que de tanto en tanto compartía besos húmedos y sonrisas. Winni no era Winni, sino su hermana, y yo me la habría tirado, en algún momento, si no hubiera dado con ella hoy mismo.

—Se... Se confunde, yo... yo no me llamo así —respondió, poniéndose en pie y reculando. ¿Era posible que no me hubiera reconocido por la barba, el tinte y las lentillas? No lo creía, seguro que estaba fingiendo.

—Me conoces, soy yo, Dylan. —Di dos pasos hacia delante y ella los dio hacia atrás.

—No sé de qué me habla. No conozco a ningún Dylan, se equivoca de persona.

—¡No me equivoco! —aullé preso de la necesidad de que me reconociera. Poco me importó pisar las flores o que ella comenzara a respirar con dificultad buscando el modo de huir.

En el centro del Rosarium había una fuente o una escultura de piedra con forma de mesa pequeña. Era redonda y estaba cubierta de helechos, tampoco importaba descubrir lo que era, lo único que quería era alcanzar a Winni.

Ella se ubicó tras el mamotreto, como si actuara de escudo protector.

Me puse delante, con el corazón a mil, sus ojos azules esquivaban los míos. Lo veía con claridad, su intención era volver a desaparecer, esfumarse, aunque ahora lo tenía difícil porque sabía, con exactitud, a qué puerta debía llamar.

—¿Por qué? —pregunté con una frialdad propia de mis últimos años sin ella.

—Señor, vuelvo a repetirle que se confunde. Debo parecerme a esa mujer con la que tiene asuntos pendientes, pero no soy yo. —Terror, eso era lo que dibujaba su cuerpo. ¿De quién? ¿De mí, que la había adorado en cada aliento incluso después de muerta?

—Puede que no respondas ante ese nombre, Katarina Hoxha. —Ella dio un respingo al oír su apellido—. Y me importa una soberana mierda si Winnifreda era un nombre inventado, tu abuela o la vecina de tus padres a quien le sustrajiste la identidad. Quiero saber si me amaste o si lo único que pretendías era sonsacarme información, necesito saberlo para seguir con mi vida, necesito comprender cómo tuviste la sangre fría de hacer lo que hiciste, de fingir tu propia muerte llevándote con ella mi vida. Si actuaste por desprecio o la situación se te fue de las manos cuando ahogaste a nuestra hija. —Tenía tantas preguntas que formularle que solo pude dejar ir unas cuantas.

—Escúcheme bien, señor, yo no soy su mujer muerta. Puede que esté sufriendo un episodio postraumático y lamento mucho su pérdida, pero no soy yo. Y si sigue acosándome, no tendré otra opción que llamar a la policía si continúa con su delirio. Yo-no-soy-esa-mujer —puntualizó, apuntándome con su barbilla alta.

—Por supuesto que no, tú solo fingiste que me amabas bajo el nombre de otra.

Me impulsé por encima de la figura como un depredador sobre su presa. No me costó nada encerrarla entre mis brazos, ella se sacudió buscando deshacerse de mí. Era imposible, la superaba en tamaño, doblaba su peso y estaba en muy buena forma física.

Al sentir el contacto de su cuerpo contra el mío, el aroma de su piel regresando a mí, me volví loco de necesidad. Mis células se revolucionaron y poco importó la reticencia de ella o las capas de ropa que separaban nuestra carne. Dio igual que no supiera quién era esa mujer, o su negativa a darme la razón, porque mis sentidos la reconocían como parte de un todo que me incluía a mí.

Tuve que corroborar lo que mi corazón ya sabía. Y la besé. La besé, aunque se resistiera. La besé, aunque fuera la misma persona que desapareció desmenuzándome por dentro. La besé con el anhelo de quien ama por primera vez y se da de bruces con su primer susurro de lenguas. Y tras debatirse unos segundos oponiendo resistencia, se quedó muy quieta, sus labios se abrieron en una exhalación y perdí el control.

Volví a sentirla como nunca debí dejar de hacerlo, con aquel arrojito y aquella entrega que le ponía a cada uno de nuestros besos. Su cuerpo se volvió lava fundida contra el mío. Había perdido bastante peso, los huesos de sus caderas se clavaban en la parte alta de mis muslos. La

tenía completamente envuelta en un jadeo de necesidad extrema.

Ella era hogar, sabía a sonrisas de domingo, a sábanas arrugadas y miradas brillantes. A juegos de palabras con la tabla de los elementos, a recuerdos del pasado que no quieres que se pierdan nunca.

Me abandoné, ya regresarían las preguntas, los reproches y las palabras inconexas. Ahora solo éramos ella y yo, perdidos en aquel lapso de espacio-tiempo, en una dimensión creada para nosotros dos. Sus dedos ascendieron hasta mi nuca y mis manos ahuecaron las nalgas redondeadas contra la erección que pulsaba contra la pletina de mi pantalón. Porque su sabor, su textura y su aroma siempre me la pusieron dura.

Engullí el jadeo que brotó de la garganta femenina, lo recibí con un gruñido frustrado por todo lo que habían supuesto estos seis años. Las suposiciones, las cábalas, la congoja más extrema... Concluí el beso en busca del santo grial de las respuestas, aquella que diera fin a todas las noches rellenas de incertidumbre. Winni, Kata o como cojones se llamara tenía la clave en la punta de esa lengua que se había retorcido bajo la mía.

Contemplé sus labios enrojecidos, inflamados por el roce de la barba que se volvía más espesa. Tragué esperando que sus ojos se abrieran mostrándome la función que había estado aguardando todo este tiempo, sentado en primera fila.

Separó los párpados y el lapso se esfumó con la misma facilidad que había llegado. No había respuestas, más bien reproche. Me empujó para desasirse de mi abrazo y me abofeteó con todas sus fuerzas.

—¡Suélteme! Pero ¿qué se ha creído?! —prorrumpió iracunda.

—¿Antes o después de enterrar mi lengua en tu garganta? —espeté cabreado porque siguiera con aquel juego absurdo.

—Le he dicho que me suelte. ¡Socorro! ¡Socorro! —se puso a vocear como una loca.

—¿Esta es tu estrategia? —La agarré de los brazos y volví a besarla para que se callara. No con la pasión que lo había hecho antes, este beso solo pretendía herirla, castigarla del mismo modo en que ella lo había hecho conmigo. Recibí un mordisco por su parte que me hizo detener el beso y arrastrarla hasta una de las sillas de hierro. La empujé y ella cayó desmadejada—. ¿Es que te has vuelto loca? ¡Me has mordido!

Paladeé el sabor ferroso de la sangre.

—El que se ha vuelto loco es usted. ¡Deje que me vaya o gritaré!

—Puedes ir olvidándote, si he cruzado medio mundo en busca de respuestas, me limpio el culo con tu papel de «estás equivocándote de persona». Pasé contigo el tiempo suficiente como para recordar a qué saben tus besos o tu particular manera de acariciarme la lengua. ¿Sabes que fui incapaz de cambiar la funda de la almohada hasta que tu aroma se evaporó por completo, y que cuando lo hizo, pulverizaba con tu perfume la parte en la que tu pelo flotaba? De hecho, sigo haciéndolo, compro tu recuerdo envasado para que me acompañe por las noches. Patético, ¿eh?

»Cuando creí que habías muerto, pasaba los días sobrio porque no tenía más cojones que seguir adelante por nuestros hijos, a pesar de que en realidad deseaba ahogarme en una densa niebla alcoholizada porque me sentía más muerto que tú. Al parecer, no me equivocaba, a la vista está que gozas de un espléndido estado de salud.

Ella siguió con su mirada gélida suspendida en la mía. Las yemas de los dedos me ardían y mis vísceras se contraían frente a su silencio.

—No sigas jodiéndome, Winni, ya has estado haciéndolo todo este tiempo. ¿No crees que ha sido suficiente? Te he descubierto, fin de la partida, no voy a irme sin más ahora que te tengo delante. Merezco respuestas, he venido a por ellas y no me largaré hasta que las obtenga, hasta

que no oiga de tus propios labios lo que te hizo actuar de aquel modo. Vas a hablar, vas a explicarme de qué va todo esto o voy a denunciarte y llegar hasta el fondo de la cuestión de otra manera muy diferente a la que estoy utilizando ahora mismo.

—No puedes. —El cuerpo femenino se estremeció. Ahora ya no aseguraba no conocerme, eso hizo que me creciera.

—No tienes ni puta idea de lo que puedo hacer o lo que no. De lo que soy capaz, del hombre en el que me has convertido. Me arrancaste el corazón, me jodiste la vida y, por fortuna, no pudiste hacer lo mismo con la de nuestros hijos, aunque intentaras acabar con ellos.

—Yo no... —se calló.

—¿Tú no qué? ¡Habla, joder! ¿Te obligaron? ¿Te coaccionaron de alguna manera? ¡Cuéntamelo! Porque soy incapaz de pensar que fui tan gilipollas de no darme cuenta de que estabas haciéndome la cama.

Ella apretó los labios. Estaba desesperado, necesitaba una explicación coherente, algo a lo que aferrarme y que me diera esperanza. No sabía cuánto la había extrañado hasta que había vuelto a tenerla junto a mi corazón. Ella alzó la cabeza, me apuntó con la barbilla desafiante y ese aplomo tan característico de la Winni de los inicios.

—Está bien, Dylan, tú lo has querido. No tendrías que haber hurgado en una herida que a la vista está que no has logrado cicatrizar. A veces, es mucho mejor vivir en la ignorancia, en el recuerdo que te forjaste, que en una realidad carente de adornos. —Extendió los brazos e hizo que la mirara de arriba abajo—. Esta es la mujer que soy, la que siempre fui. Te mentí, te engañé, te usé y te manipulé para sacarte información en beneficio propio. Es absurdo que sigas mintiéndote a ti mismo. No soy quien te vendí, te enamoraste de un papel que creé especialmente para ti. Soy una cabrona sin escrúpulos, una zorra manipuladora capaz de fingir su propia muerte, de ahogar a sus hijos, los cuales fueron fruto de un accidente. Hubiera abortado de no ser porque diste con aquel test de embarazo, y vi en aquel error una opción para colarme en tu familia y acceder con mayor facilidad a lo que necesitaba. Soy culpable de todos los cargos, de cualquier atrocidad que se te ocurra, y mi familia está al margen de mi verdadero yo. A mi hermana y a mí nos adoptó un hombre brillante que nos lo dio todo, pero yo necesitaba más, mucho más. Me gusta la adrenalina que supone ser otra, convertirme en el personaje que me dé la gana y extender mis alas. Me siento poderosa engañando a incautos como tú, utilizando mi inteligencia y mi físico. Ni fuiste el primero, ni serás el último; para mí, todo esto es un juego divertido en el que embarcarme, una manera de ponerme a prueba al margen de los demás.

»Una empresa me pagó para clonar vuestro proyecto y acepté. Cuando obtuve todo lo que necesitaba, desaparecí. El incauto que debió rematar el trabajo no lo hizo bien, la culpa fue tuya, no debiste aparecer... Si no lo hubieras hecho, ahora no estarías aquí, habríamos eliminado todas las pruebas y la carga que suponen esos críos para ti. Esta soy yo, es mi verdadera naturaleza, la de una mujer sin escrúpulos capaz de cualquier cosa, incluso de parir y acabar con la vida de sus hijos. Ahí tienes la verdad, la que venías buscando, recién salida del horno y lista para servir. Ahora, ya puedes largarte con la conciencia tranquila, no quiero saber nada de ti o de los tuyos. Enhorabuena, has resuelto el enigma.

—No es verdad —rugí, ahogándome en mis propias pulsaciones.

—¡Claro que lo es!

—¡Mientes! —la acusé, agitándola de nuevo. Lo que acababa de decirme dolía demasiado, era mucho peor que cualquiera de las conclusiones a las que había llegado.

—Eh, ¿qué ocurre aquí? —Un hombre entró interrumpiéndonos—. ¿Está bien, señorita? —preguntó, acusándome con la mirada. Si yo fuera él, estaría pensando lo peor de mí mismo.

—Sí, este hombre iba a soltarme porque ya no tenemos nada más que aclarar. Se ha tratado de una confusión, él creía que yo era otra, ¿verdad? —La miré sin verla, intentando encontrar en todo aquel sinsentido uno que me convenciera.

—Suéltela —reforzó el hombre.

—Ella es...

Me callé, porque en el fondo era cierto, ella no era nadie, una actriz secundaria del reparto de *Dinastía*. ¿Cómo fui tan imbécil y había pensado que me quería?, ¿que tenía que haber otro motivo para todo aquello? La solté con asco.

—Vuelve a casa y llévate a mi hermanita contigo, ella no es como yo, no tiene ni idea de quién soy o lo que hice, seguro que puede encargarse de aligerar tu vida. Te agradecería que si la respetas algo, no le cuentes nada de esto, ella no merece pagar por mis pecados, ya te he dicho que somos distintas y que Alina ignora quién soy. Es mejor para ambos que siga nadando en su ignorante vida de artista. Adiós, señor Miller, que le vaya bonito.

Apreté los puños e intenté no ir tras ella, cargarla en mi hombro, secuestrarla y obligarla a confesar una realidad distinta. ¿De verdad me había equivocado tanto? Mi corazón me decía que era imposible, mi cabeza que me rindiera ante la evidencia.

Me contuve, la vi marchar bajo la custodia del hombre que nos había interrumpido y me dejé caer en el banco donde ella había estado sentada, ya no quedaba rastro de su calor. Hundí la cabeza entre las manos para encontrar el sentido a lo que mi cuerpo gritaba y mi mente acallaba. ¿Quién era Katarina Hoxha?



Katarina

Dolía, dolía, dolía, ¡joder, cómo dolía! Corrí, corrí, conteniendo las lágrimas de toda una vida, acobardada porque pudiera seguir mis pasos y descubriera la mayor farsa de la historia. Una que solté a borbotones, imaginando que era Herr Schwartz quien hablaba por mi boca. Narrando a la mujer que se suponía que era.

Crucé la carretera sin mirar. El conductor del coche hizo sonar el claxon y me soltó una sarta de improperios que ni escuché. Las manos me temblaban al abrir la verja. Mi cuerpo se retorció preso de un dolor ácido y corrosivo. Subí las escaleras de dos en dos, y cuando tuve la certeza de estar sola, en la intimidad de mi cuarto, me lancé sobre la cama rompiéndome en mil pedazos.

¡Qué idiota había sido! ¡Qué idiota! ¿A quién se le ocurre quedar con mi hermana cuando ella no cejaba en su empeño de que conociera a Marc? Me sentía tan mal por lo de la exposición que acepté vernos en nuestro lugar secreto y ahora... Ahora todo se había hundido bajo mis pies.

Corrí hasta el cajón y lo abrí presa de necesidad. Palmeé el hueco una y otra vez. ¿Dónde estaban? Recordaba perfectamente haberlos guardado ahí.

Abrí el segundo cajón, y el tercero. Miré mi habitación faltándome el aire, con los ojos reventados en lágrimas. ¡Mierda, los necesitaba! Me puse a revolverlo todo como las locas, sacando cajones, lanzando ropa, con el pulso cada vez más desatado.

Me había convertido en una *yonki* del dolor, lo necesitaba para relajarme, para controlarme, para volver a ser yo.

La puerta se abrió y Herr Schwartz ocupó el hueco con su mirada gélida y los cilicios

suspendidos en un dedo.

—¿Buscas esto? —Caminé hasta él extendiendo las manos y él los apartó abrupto—. ¿Por qué estás así, Katarina? —No podía decírselo, no podía contarle que me había descubierto.

—Ca... Casi me atropellan.

—Eso ya lo he visto desde la ventana. También tu cara descompuesta. Cuéntamelo o no voy a dártelos.

El corazón me rebotaba en el cuello, sentía la garganta cerrada y mi cuerpo a punto del desfallecimiento. Tenía que decir algo coherente, en mi estado era difícil.

—Lo vi en el parque y me asusté. Por un momento, pensé que me había visto y me agobié. Todos los recuerdos vinieron a mí. Me he descontrolado, he sufrido un ataque de pánico y ahora todo duele demasiado... —Seguía escrutándome. Yo, por el contrario, no podía apartar los ojos de las ligas.

—¿Eso es todo? —Asentí vehemente. Entró en mi cuarto y acarició con el pulgar las lágrimas, parecía fascinado por la humedad de mis mejillas—. Deja que te ayude, estás demasiado agitada. Túmbate en la cama y quítate los pantalones.

Sentí pavor ante la orden.

—No, no es necesario, yo puedo. —Él chasqueó la lengua.

—Mira a tu alrededor, Katarina, hoy necesitas que te ayude y yo necesito alivio. Túmbate.

Su orden no admitía réplica. Lo hice. Como una puta automática. Me quité los vaqueros y las vendas, las heridas no habían cicatrizado. Escuché su suspiro de placer al verlas. Paseó las puntas de los dedos con suma delicadeza por cada marca y después la lengua.

Apreté los ojos con fuerza y supliqué.

—Por favor...

—Shhh, tranquila, ya sabes que la saliva de los padres cura y yo soy como si fuera el tuyo. Me he encargado de ti y de Alina siempre, os he cuidado. —Lametón—. Mantenido. —Lametón—. Y procurado que no os faltara nada. —Lametón mucho más largo. Enrollé las sábanas entre los dedos—. No tienes que preocuparte, voy a atenderte como mereces.

Los dientes de la primera liga perforaron mi piel con lentitud, esa vez estaba tomándose su tiempo. En cuanto noté que la carne se vencía, sentí las primeras notas de alivio.

—Eso es, respira, siente la mordida liberadora, cómo el dolor te exime física y mentalmente.

Recorrió la otra pierna con la palma abierta y depositó besos húmedos sobre la segunda marca. Apreté los dientes, me negaba a mirarlo, con sentirlo adueñarse de mí era suficiente. Colocó el otro cilicio y ocurrió como la otra vez, un descender de cremallera, un colchón que se vencía, él ubicándose entre mis piernas y mientras una mano me subía el jersey, la otra recibía un esputo y el frotar de su mano contra la incipiente erección.

Rogué porque no fuera a más. Se limitó a tocar la piel descubierta, la que sangraba bajo las herramientas de tortura, con su lengua, y aquel sonido hueco y lúbrico amenizaba el momento llenándome de desesperanza.

Los peores monstruos son aquellos que no se ven, a veces visten trajes caros y tienen afamadas reputaciones, otros habitan en tu interior, son tan invisibles como dañinos y capaces de devorarte las entrañas con una simple evocación.

Perdí la noción del tiempo hasta que un gruñido y su esencia liberada sobre mis muslos y mi vientre me hicieron despertar del letargo. Seguí sin abrir los ojos, mi respiración era algo más regular. Las lágrimas habían dejado de brotar bajo el ritmo de sus jadeos.

Se levantó y no me limpió, besó mi frente y murmuró en mi oído un «descansa» que sonó a imposible. Me di asco, por todo, por todos.

Esperé a que saliera para levantarme, correr al baño y vomitar doblada en dos. Tan vacía, tan yerma. Cuando ya no quedó nada, me desprendí del jersey, de la ropa interior y una de las corridas goteó en el suelo. La bilis me ardió en el esófago y lo contrajo en un espasmo hueco.

Desaté los cilicios. Me metí bajo la ducha y dejé que el agua hirviendo se lo llevara todo.



Alina

Llegué al parque con una sonrisa en la cara. Les había mentido a ambos, ya no sabía qué hacer para que se encontraran y pensé en buscar un rincón reconfortante para Kata, donde se sintiera segura y a gusto para poder charlar.

Sabía que Marc y yo no avanzaríamos, puede que no fuera tan lista como Kata, pero si las pistas lo habían llevado hasta la empresa de mi padre y no había hallado a esa persona en los laboratorios, era porque seguramente trabajaría en los proyectos *top secret*.

Estuve dándole vueltas toda la noche del viernes y una idea un tanto absurda azotó mi cabeza...

¿Y si la persona que buscaba Marc era mi hermana?

Ya, ya sé que pensarás que voy fumada, pero oye, tiene su lógica.

Cuando le pregunté a Marc, dijo no conocer el nombre de la persona que venía buscando desde Nueva Zelanda; llámame romántica, pero a un tío no se le busca con tanto ahínco a no ser que se haya tirado a tu mujer, o sea, una cuestión de venganza... Lo que me llevaba a la búsqueda de un amor del pasado. Tal vez mi hermana, que era tan hermética con los temas del corazón, se había enamorado de Marc en algún lugar de Australia, solo vivieron una tórrida noche de pasión que les marcó a ambos, y por eso ella no salía con nadie, los comparaba a todos con Marc. Y él, que había creído que esa chica sería un rollo fugaz, no lo fue tanto y en todo ese tiempo no había podido evitar pensar en ella. Necesitaba encontrarla para darse cuenta de si aquella noche significó lo mismo que para él.

No me digas que no te gusta la idea... Esas historias son las que más me pirran. Cuando mi hermana vio la foto de Marc, cuando se la enseñé, se puso de uñas, nunca la había visto así por uno de mis amoríos, incluso en estos días habíamos llegado a discutir cuando nunca lo habíamos hecho... ¿A que te empieza a cuadrar?

Puede que al verlo se le removiera todo, y al saber que me gustaba, quiso separarnos, aunque, claro, mi hermana es tan buena que, viendo mi encoñamiento por Marc, prefirió hacerse a un lado, que ni siquiera la viera y que nosotros avanzáramos. Total, solo había sido una noche... O eso es lo que ella pensaba, porque esa manera de comportarse hablaba de mucho más, aunque no quisiera admitirlo.

Podía haber zanjado mis dudas de inmediato, me hubiera bastado con enviarle una foto de mi hermana a Marc y así despejar la incógnita. Como quien no quiere la cosa, podría haberle preguntado si esa era la persona que buscaba en la galería. No me digas que no era muy sospechoso que Kata desapareciera y la persona que él buscaba también. O era pura coincidencia, o estaba haciendo un pleno al cien.

Y no era algo que quisiera perderme, quería evaluar con mis propios ojos lo que ocurría con ese par, sin estar yo presente o se cohibirían. Por eso los cité en un lugar que conocía a la

perfección, uno que me permitía mirar sin ser vista, como un *voyeur*, fue lo que me pareció más sensato y emocionante, para qué engañarnos.

Llegué antes que ellos, busqué la posición adecuada, al lado de ese seto era imposible que me vieran, el follaje de las rosas emborronaba mi figura enfundada en un abrigo verde menta. Me sentía como la espía de las pelis, aunque con más glamour y sin la gabardina caqui. Las gafas de sol sí que las llevaba puestas, solo como un guiño a mi personaje, porque el cielo estaba más gris que la materia del cerebro.

Mi hermana llegó primero y se sentó en su silla habitual. Marc lo hizo un par de minutos más tarde con un precioso ramo de flores que olía a reencuentro. Si lo sé, me traigo palomitas, aunque se me hubieran atragantado nada más comenzar el primer acto.

Fue ver cómo Marc la miraba, cómo sus ojos la reconocían, que me dio ganas de intervenir, salir de mi escondite y gritar un «¡Lo sabía!» que los hubiera dejado a cuadros. Menos mal que no lo hice, porque me hubiera perdido toda la chicha del asunto. Yo había pagado una entrada para ver una comedia romántica y me vi inmersa en mitad de un jodido thriller. Lo que yo imaginé como un reencuentro entre personas que se habían enrollado se convirtió en una auténtica ida de olla.

Confieso que cuando se besaron se me contrajeron todas las vísceras. Primero, porque Marc, que no se llamaba así, nunca me había besado de aquella manera. Y, segundo, porque entendí que jamás llegaría más lejos de lo que habíamos compartido. Mi hermana y él estaban destinados a estar juntos, solo hacía falta ver cómo se comían para comprenderlo.

Dylan, que era su nombre verdadero, miraba a Kata como uno tiene que mirar a la persona que te llena. Como si nada tuviera la importancia suficiente como para perder un instante contemplando más allá de los ojos del otro. La besó poniendo el alma en cada roce, apretándola con tanto gusto que casi ronroneé ante el placer visual de espiarlos. ¿Me hirió? Un poco, tampoco voy a negarte que escoció ver aquella entrega cuando la noche antes me visionaba con él entre las piernas. Fue una sensación fugaz, tan efímera como un cometa caído. Dylan me gustaba, pero a mi hermana la adoraba, y si era capaz de dejarse abrazar así por un hombre, era porque lo amaba de verdad. El mar estaba lleno de peces y, como ella solía decir, yo pescaba por deporte. Me gustaba el amor, esas mariposas zumbando en el bajo vientre que cuando viene el cambio de ropa de armario desaparecen hasta una nueva estación.

Marc desaparecería para mí, pero para Katarina no.

Estaba prendida en aquella absurda discusión. ¿Por qué mi hermana había tratado de despistarlo? ¿Era tan obtusa que prefería una vida rodeada de fríos matraces que de cálidos abrazos?

La respuesta vino en formato metralla y bomba nuclear. Si en Kosovo perdimos parte de nuestra vida, lo que sugería Dylan habría devastado a mi hermana. Ahora comprendía su desazón, su falta de apetito y aquellas ojeras violáceas cuando regresó del viaje.

Lo que allí se reveló hizo saltar mi mundo por los aires, y lo peor estaba todavía por llegar, cuando mi hermana al fin reconoció que se trataba de ella y dio su propia versión de los hechos.

El rostro de Dylan fue mutando de estado anímico hasta mostrar horror, el mismo que yo sentía ante la constatación de una pesadilla que ya hubiera querido rodar Alfred Hitchcock.

Mis manos se agarraron con fuerza a uno de los hierros que conformaban la cúpula. Era incapaz de soltarme ante la brutalidad de la historia que Kata estaba vomitando. Era imposible creer eso, Katarina era todo lo opuesto a ese monstruo que esbozaba lleno de trazos oscuros.

Si saber que se había infiltrado en la empresa de Dylan para sacarle información me dio un revés, escucharla admitir que había sido capaz de alumbrar a sus hijos y después intentar matar a

esos bebés, casi me lanzó contra el suelo.

No, no y no. Kata no haría nunca eso. Si cuando en el orfanato aquella chica que fue violada y mató a su niño mi hermana se pasó una semana mala sin moverse de la cama. Era inconcebible.

Otra realidad me zarandeó. ¡Tenía sobrinos! Habían hablado en plural, por lo que debían ser gemelos o mellizos, no presté mucha atención. Kata se inventó otra realidad para mí, una que no tenía nada que ver con todo eso. ¿Por qué? ¿Qué ocultaba? ¿Cómo se le había ocurrido no decirme algo así?

Puede que para los demás ella fuera una siesa, un ser humano carente de emociones, la juzgaban porque no la conocían, si lo hubieran hecho, se habrían dado cuenta de la gran mujer que habitaba en su interior. Mi hermana era la persona más buena y generosa que había sobre la faz de la Tierra, y no la reconocía en esa imagen distorsionada que estaba dibujando de sí misma.

Dylan la zarandeó, estuve cerca de dar la vuelta y meterme ahí dentro para pedirle que la soltara. Quería sacudirlo a él y decirle si no se daba cuenta que era imposible, que estaba encubriendo a alguien, que mi hermana jamás haría algo así. Por fortuna, no hizo falta, un hombre entró en escena y mi hermana salió casi a la carrera.

No fui tras ella porque las piernas me fallaban y porque, antes de pedirle explicaciones, había alguien que necesitaba mucho más consuelo ahora mismo.

Esperé a que mis fuerzas regresaran, a intentar digerir aquella carga de sandeces y que las piernas no se me doblaran antes de dar el primer paso.

El hombre se marchó por donde había venido y Dylan ocupó la silla en la que se había sentado Kata.

Había escuchado cómo ella le pedía en última instancia que me fuera con él porque seguro que lograba hacerlo feliz. ¿Quién se preocupa de eso en una discusión como la que acababan de tener? ¿Por qué insistía tanto en que me marchara? Estaba pasando algo grave y Kata no quería contármelo, estaba segura.

Me senté en la silla vacía que quedaba a su lado y observé el declive de un hombre que ha aguantado demasiado peso sobre sus espaldas. Dejé caer mi mano sobre su hombro y murmuré un «lo siento» que le hizo levantar la cabeza de entre las suyas y mirarme con desconcierto.

—¿Lo sabías? —Negué.

—No, te lo prometo. No pensaba que las cosas fueran así. Os he oído porque estaba escondida allí —señalé con el dedo—. Deja que te cuente el porqué antes de juzgarme.

No opuso resistencia y yo le relaté las conclusiones a las que había llegado anoche. Le di el motivo por el cual decidí dejarles su espacio y confesé que no me creía ni una sola de las palabras que había emitido Katarina. Él me perforaba con aquellos pozos negros, tratando de dilucidar si podía confiar en mi palabra.

—Te prometo, Dylan, que no te miento. Esto me ha cogido totalmente por sorpresa.

—Entonces, ¿cómo sabes que no ha dicho la verdad?

—Porque yo he compartido toda una vida a su lado, sé quién es. Déjame que te cuente quién es mi hermana.

Así pasamos la mayor parte de la tarde, sentados en aquellas sillas que tantas confesiones habrían escuchado. Conmigo cantando las proezas de una heroína sin capa, mientras él escuchaba cada palabra que salía de mi boca hasta que se agotaron y no tuve nada más que añadir sobre la mujer más valiente y a la que más admiraba.

—¿Sabes? Es curioso, el retrato que has hecho de tu hermana encaja a la perfección con el de la mujer de la que me enamoré. —Asentí—. Había demasiadas cosas que no comprendía sobre su modo de actuar. Ahora, gracias a ti, a lo que me has contado, cada pieza se ha unido en un

engranaje casi perfecto.

—¿Casi?

—Me sigue faltando el manual de instrucciones para hacer funcionar la máquina de la verdad.

—Te entiendo. Kata oculta algo, es la segunda vez que la oigo insistir en que me lleves lejos. El otro día me dijo lo mismo, que me marchara contigo, que no mirara atrás. Me parece que está protegiéndonos, a mí, a ti y a vuestros hijos. —Él resopló y frotó su rostro con ahínco.

—No sé... He pasado seis años buscándola, llorándola y con una sensación de desazón que no lograba comprender. En mi cabeza todo era demasiado confuso. Si hubieras visto cómo me miró aquella última mañana, cómo abrazaba a Chloe...

—¿Así se llama mi sobrina? —Dylan esbozó una sonrisa triste y le vi sacar la cartera para mostrarme cuatro fotos, dos eran pequeñas, de las que se usan para documentos oficiales. Una de una niña, Chloe, y otra de su hermano mellizo, Oliver, quien se parecía a su padre. Los ojos se me llenaron de lágrimas al verlos por primera vez. Sorbí por la nariz emocionada—. Son preciosos.

—Lo son. Mi hija es una réplica de tu hermana, cada vez que la miraba, veía a Winni, perdón, a Kata.

Puso en mis manos una foto de un hombre que se parecía muchísimo a él, con los niños subidos a sus piernas mientras les leía un cuento. Lo miré esperando que me confirmara que era de su familia, y él captó la pregunta que daba vueltas en mi cabeza.

—Es mi hermano Noah, somos gemelos idénticos. Si me quitas las lentillas, la barba y el tinte del pelo, no serías capaz de distinguirmos.

Acto seguido, me enseñó una foto preciosa donde se veía a los niños recién nacidos, a él y a mi hermana tan felices que dolía.

—Esta cara no es fingida —señalé a Kata—. La conozco tan bien como a mí misma y te juro por mi vida que jamás la he visto más resplandeciente que aquí.

La última foto era de ellos dos en la playa. Bajo un arco de flores. El viento azotaba el pelo de Katarina y ambos se miraban de la misma manera que habían hecho durante varios instantes en la discusión, ajenos a qué les ocurría mientras yo observaba. El paso del tiempo no había hecho mella en lo que sentían, estaba tan segura como de que respiraba.

—No sé qué pensar...

—Necesitamos una cerveza, toda esta situación me ha hecho bola en la garganta, que, por cierto, la tengo seca. Te invitaría a mi casa, pero me da la sensación de que se ha convertido en tierra hostil, mejor dejarlo para otro momento, cuando las aguas estén calmadas y nosotros hayamos dado con el quid de la cuestión. ¿Te parece si vamos al bar de siempre?

Podría haberse negado, no lo hizo, necesitaba esa cerveza casi tanto como yo. Mi hermana siempre fue la que dio su vida por la mía, ahora era mi turno, iba a averiguar qué ocurría y enfrentar aquello a lo que le tenía tanto pánico. Al motivo de sus mentiras.



Capítulo 17

Frankfurt.



Alina

Me dolía la cabeza con tantas hipótesis y conjeturas.

La conversación con Dylan se alargó tanto que comimos una *pizza* para cenar, aunque reconozco que sobró la mitad, ambos teníamos el estómago cerrado.

Llegué tarde a casa, le pedí que me dejara en el parque, no quería que Kata pensara lo que no era si nos veía juntos. Ya había metido demasiado la pata con eso.

Cuando regresé, mi padre estaba revisando papeles en su despacho, la luz se escabullía por la pequeña abertura de la puerta. No quería molestarle, pasé de puntillas.

—¿Alina? —preguntó al ver mi sombra proyectada.

—Hola —lo saludé, colando la nariz por la ranura.

—Llegas muy tarde, pensaba que cenarías con nosotros.

—Perdona por no avisar, me lie y comí algo con un amigo.

—¿Con ese novio tuyo que últimamente te trae en moto? —A mi padre adoptivo no se le escapaba una.

—Puede, pero no es mi novio, solo somos amigos.

—No voy a juzgar eso, ya sé que la juventud de hoy en día estrecháis lazos de maneras muy distintas a como se hacía en mi época. —No quería darle explicaciones al respecto.

—Disculpa, no quería molestarte. Voy a ver a Kata.

—Tu hermana ya está durmiendo, estaba agotada en la cena. ¿Ocurre algo? —Debió vérmelo en la cara. Suspiré, no sabía si era buena idea poner al corriente a mi padre. Dylan me pidió

discreción y que no contara nada—. Anda, pasa, charlemos, se ve que lo necesitas. —Entré en el despacho y él cerró la puerta—. ¿Te pongo algo para beber?

—Lo que tú tomes estará bien. —Me sirvió un coñac Louis XIII en una copa tallada en cristal de bohemia—. Esa botella me tiene enamorada —suspiré, acomodándome en uno de los sillones. Era bonita, de esos frascos de cristal donde se vislumbra artesanía y mimo.

—No está mal. Con lo que pago, ya puede ser bonita. —El aroma añejo se suspendió en el ambiente en cuanto el líquido broncíneo tocó el vaso.

—Me gustan las personas que tienen en cuenta cada detalle.

—La misión de esta botella es albergar un gran aguardiente que ha envejecido en barricas tradicionales de roble francés, hasta alcanzar la nada despreciable cifra de casi tres mil euros los setecientos centilitros, es normal que alguien quiera que el recipiente sea acorde al producto.

—Un placer efímero —susurré, sosteniendo el vaso para dejar caer algo de líquido entre mis labios. Cerré los párpados y lo saboreé—. Es delicioso.

—Cada sorbo es una muestra del paso del tiempo, otra forma de arte. Por cierto, enhorabuena, ya me he enterado de que vendiste todos los cuadros. Me appena no haber podido estar y quedarme uno.

—Ya te pintaré uno exclusivo, aunque has de decirme dónde quieres colocarlo, amoldaré la obra y el tamaño al hueco que me cedas.

—Quizá en esa pared de ahí, así, cada vez que levante la cabeza, veré la hermosa creación de mi hija pequeña y podré presumir en mis reuniones de tener un Hoxha. —Sonreí.

—Cobijando a la artista en casa y con todo lo que has hecho por nosotras, es lo mínimo que puedo hacer, la semana que viene me pondré con él.

—Sabes que lo he hecho de corazón, tú y tu hermana sois mi familia por elección.

—No hace falta que me lo digas, fuiste muy generoso con nosotras. Siempre te estaremos muy agradecidas, nos salvaste del horror de aquel miserable orfanato el día en que decidiste traernos a esta casa.

Mi hermana siempre le había hablado de usted, yo nunca fui capaz de hacerlo. Para mí, él era lo más parecido a mi padre, aunque fuera algo parco y distante; necesité esa figura en mi vida, y él nunca me reprochó que usara ese término. Katarina jamás quiso hacerlo, ni mostrar cercanía, a veces me daba ganas de decirle a mi hermana si no se daba cuenta de todo lo que hacía por nosotras.

—Alegrasteis mi vida. Hasta que no llegasteis, no sabía lo vacía que estaba, ya lo sabes. Y, ahora, cuéntame, ¿por qué traes esa cara en lugar de tu habitual sonrisa?

—Tengo una amiga a quien las cosas no le van bien.

—¿Y yo os puedo ayudar? Si es cuestión de dinero, ya sabes que...

—No es eso.

—¿Entonces?

—No sé, es algo complicado...

—Soy todo oídos, sabes que soy discreto y que lo que me cuentes no va a salir de aquí.

Lo sabía, aun así, no estaba segura de estar haciendo bien. De algún modo, sentía que estaba traicionando a Dylan y a Kata. Le di una vuelta a mis palabras. Intenté maquillar la realidad, darle una versión distorsionada para que pudiera aconsejarme qué hacer. Me acabé el coñac y él escuchó pacientemente cada palabra que pronuncié. Cuando terminé, esperé su sentencia.

—Veamos si me ha quedado claro. Tu amiga pasó un par de años fuera cuando terminó la carrera, hizo cosas bastante reprobables, traicionó al hombre del que se había enamorado, abandonó a sus hijos y desapareció de sus vidas sin darles ningún argumento. Han pasado varios

años y él la ha encontrado para exigirle explicaciones, y una vez las ha escuchado, no cree en lo que le ha contado. Por tu parte, tú piensas que hay algo más, que si ella actuó de ese modo, es porque alguien la presionaba de alguna manera que desconoces. Y todo esto lo sabes porque ese hombre ha dado con ella y de rebote contigo. Él ha sido quien te lo ha contado todo y ahora dudas de si debes hablar o no con tu amiga para aclarar las cosas.

—Exacto.

—Entiendo que no tienes la versión de ella para que corrobore la que él te ha dado.

—No, bueno, no del todo. Él me puso una grabación donde ella reconocía lo que él me contaba, pero a mí no me encaja, pienso que tiene que haber algo más. —Era una versión un tanto enrevesada. Mi padre daba golpecitos sobre la mesa de madera oscura y se acariciaba la barbilla con la mano libre.

—Siempre es bueno tener las dos versiones antes de emitir un juicio.

—Es que es tan impropio de ella, no la veo en ese papel; aunque la haya escuchado relatar los motivos que la llevaron a actuar así, no la veo.

—Las personas, a veces, no nos muestran su verdadera naturaleza. ¿No has oído casos de asesinos en serie que tenían una familia ejemplar?

—Sí, pero...

—Pero no crees que tu amiga pueda ser la asesina, del mismo modo que tampoco lo cree la mujer de ese individuo que en su garaje esconde una colección de dientes. —La imagen me contrajo las tripas—. El ser humano es de naturaleza vil, Alina. Hay excepciones, como tú, personas que no tienen maldad en su ADN, por lo que no comprenden esa parte oscura de algunos seres.

—La conozco demasiado bien, ella no ha podido hacer lo que dice. —Mi padre vino hasta la silla se acomodó en el reposabrazos y me acarició la cabeza.

—Eso es lo que tú crees, lamento decirte que todos tenemos secretos.

—¿Incluso tú?

—Incluso yo, o tu hermana. —Di un respingo—. Ya sabes que trabajamos en proyectos de los que nunca habla.

—Ah, ya, bueno, pero eso es distinto. ¿Kata solo trabaja para ti?

—¿A qué viene esa pregunta?

—No sé, como siempre está tan ocupada, pensé que igual tenía algún pluriempleo.

—Ya conoces a tu hermana, es muy reservada, aun así, pienso que lo que le pasa es que en lo que trabaja la tiene abducida.

—Cambiando de tema. ¿Me aconsejas que hable con mi amiga?

—¿Qué opciones barajas?

—Su marido está buscando información —mentí, ya que Dylan no me dijo que estuvieran casados—, alguien está ayudándole para ver si consiguen más datos.

—Entonces, espera a tener más información, que ella no sepa que sabes lo que ocurre, de ese modo, cuando conozcas lo que su marido ha averiguado, contarás con la versión extendida y podrás llegar a la raíz del asunto. Si tiras demasiado rápido de la manta, puede precipitarse todo, y no precisamente a tu favor.

Quizá tuviera razón y lo mejor fuera mantenerme un poco al margen, por lo menos, hasta que Dylan obtuviera la información por parte del *hacker* que había contratado. Según me contó, llegó hasta Darmstadt a través de una captura de un *mail* que llevaba la cabecera de los laboratorios. Mi hermana podría habérselo enviado a cualquiera, en la imagen no salía el remitente. Quizá ella le pasaba la información a un topo que la chantajeaba con algo... Mientras estábamos cenando,

Dylan recibió su llamada, y le dijo el interlocutor que hacía unas horas que ya tenía la lista de los asistentes a mi exposición con las fotos, datos de contacto y todo lo que le había pedido, y que por fin había podido entrar en el sistema de los laboratorios y salir sin dejar rastro, manteniendo una puertecita abierta a futuros accesos. A través de ella, había constatado que el ADN de Winni coincidía con el de Katarina Hoxha al cien por cien, aunque claro, eso ya lo sabíamos. Dylan le comentó que llegaba tarde, que ya disponía de esa información y que había dado con Katarina. El *hacker* se disculpó, le explicó que en años no había dado con un sistema de seguridad tan complejo como el de los laboratorios, que tenía innumerables trampas y que tuvo que tirar de amistades para hacer su agujero perfecto. Por otro lado, consiguió infiltrarse en el *mail* de Kata y señaló haber encontrado varios correos con la empresa que intentó levantarles el negocio a los laboratorios de la madre de Dylan. Había estado intentando encontrar al dueño de dicha empresa, pero parecían tener un hombre de paja al frente, seguía investigando en esa línea para ver a quién le pasaba información mi hermana.

—Gracias por tu ayuda —me puse en pie y le di un abrazo. Él no era muy propenso a esas muestras de afecto, aunque en la intimidad aceptaba alguna que otra.

—Sabes que me tienes aquí para lo que sea. ¿Tienes planes para mañana? —me preguntó.

—Hay una exposición en Frankfurt, Corinna me dijo que podíamos ir a verla, ya sabes, es bueno relacionarse con otros artistas y posibles mecenas.

—¿Dónde es?

—En el Karmeliterkloster, en la sala de arte que hay en la segunda planta, a las siete de la tarde. ¿Quieres venir?

—Me encantaría, pero estoy muy liado, puede que a la próxima.

—Te lo diré con tiempo. No cuentes conmigo para comer, el plan es irnos por la mañana, recoger a unos amigos de Corinna en el aeropuerto, almorzar con ellos, ya sabes...

—Cosas de artistas... —exhaló por debajo de su nariz.

—Exacto. Una última pregunta... ¿Te suena la empresa Chemistech? —Él estrechó la mirada y unas arruguitas se contrajeron en los laterales de sus ojos.

—¿Por qué lo preguntas?

—A Corinna se le ha metido en la cabeza que quiere invertir en bolsa, y su agente le ha recomendado esa empresa porque no es muy conocida, me parece que la han creado no hace mucho y ella no se fía. Pensé que, al estar en el sector, te sonaba y podías decirme quién es el dueño.

—Puedo hacer algunas preguntas e intentar averiguar lo que pueda.

—Te lo agradecería. Voy a darme una ducha y a dormir, si no, mañana estaré insoportable. Gracias por todo, papá.

—Ya sabes que me gusta pasar tiempo contigo, aunque a veces nos cueste. Me quedan unos minutos de papeleo, en cuanto termine, me iré a la cama. No despiertes a tu hermana, en la cena le dolía mucho la cabeza, es mejor que descanse.

—Siempre velando por nosotras... No sé qué hicimos de bueno para merecerte. No sufras, la dejaré descansando y, por cierto, no deberías trabajar tanto. Estaría bien que buscaras una buena mujer que te hiciera compañía. En algún momento, Kata y yo abandonaremos el nido, no me gustaría que te quedaras solo. —Él rio ronco.

—Gracias por preocuparte, ya sabes que con vuestro afecto me basta y espero que tardéis mucho en abandonar esta casa. Por mi parte, no necesito a nadie, estoy casado con mi trabajo.

—El trabajo no calienta la cama en las noches de invierno —le guiñé un ojo—. Hazme caso y apúntate a Tinder, podría sorprenderte.

—Buenas noches —fulminó la conversación cabeceando hacia la puerta.

—Buenas noches.

Fui a mi cuarto sin plantearme entrar en el de mi hermana, con lo que le había pasado, no me extrañaba que hubiera tenido jaqueca, mi padre tenía razón, necesitaba descansar.

Me preocupaba que Kata no estuviera bien y que no hubiera tenido la suficiente confianza en mí como para explicarme sus problemas. ¿Y si papá tenía razón y no la conocía como creía? Eso me acongojaba. Descarté la idea, mi hermana no podía ser aquel monstruo sin escrúpulos, era imposible. Ni asesinatos en serie ni leches.

Esperaría a que Dylan obtuviera más información, y si el lunes no tenía nada, hablaría con ella, le pesara a quien le pesase.

Me di una ducha, me puse el pijama y me arrugué bajo el tacto frío de las sábanas. Estaba desubicada, tendría que estar flotando en una nube de felicidad por lo de mi colección y era incapaz de dejar de darle vueltas a los motivos que podría tener Kata para vivir una doble vida. Al final, me dormí presa del agotamiento y pasé una noche llena de ojos que me observaban desde todas partes llamándome ingenua.

Me desperté angustiada, el bip bip del despertador del móvil me dio un sobresalto. No podía hacer aquello de cinco minutos más para ver si sueño con un buenorro que me quite el mal rollo del cuerpo, porque los amigos de Corinna llegaban a las ocho al aeropuerto.

Di un brinco y escogí el vestuario que iba a ponerme hoy, abrigada pero arreglada era la base, por lo que opté por un jersey de cuello alto de canalé color azul *klein* y unos pantalones de talle alto en crudo. Me maquillé con suavidad y me atusé el pelo pasándome la plancha.

No pude resistir la tentación de ir hasta la habitación de mi hermana y entreabrir un poco la puerta para cerciorarme de que estaba bien. Kata dormía, su rostro estaba relajado, así que no quise molestarla.

Volví a cerrar y me fui directa a la cocina, un café cargado, un bol de fruta y arreando.

El claxon sonó fuera de casa mientras le daba el último sorbo a la taza.

Cogí el abrigo de lana verde, me puse una boina estilo parisina en el mismo tono, me colgué el bolso y correteé antes de que a esa mujer le diera por despertar a todo el vecindario.

El Chevrolet Corvette cuatro plazas, de color rojo caramelo, que lo volvía tan goloso como una manzana de feria, me esperaba. Corinna estaba en el asiento del conductor agitando la mano en el aire. Hacía tanto frío que se te cortaba la cara, esperaba que el tiempo mejorara, porque si algo le faltaba a ese coche era el techo.

—Podrías haber venido con el BMW —le reproché, ocupando el lugar del copiloto.

—Y tú, a tu edad, ya podrías haberte sacado el carnet.

—Ni me gusta conducir, ni me ha hecho falta —argumenté, abrochándome el cinturón.

—Los asientos son calefactables, recuerda que lo modifiqué. He mirado la previsión meteorológica y no dan lluvia, así que un poco de frío en la cara le sentará de maravilla a tu cutis de artista.

—Puede que a mi cutis, sí, pero no me apetece nada que nos pille la lluvia y llegar a la exposición con aroma a gato mojado.

—Lo único que vas a tener mojado es tu chichi con esos bombonazos franceses que voy a presentarte. Son de los que se te deshacen en la boca al primer mordisco. —Me encogí de hombros—. Por lo menos podrías fingir entusiasmo. Jean Claud es escultor, tiene unas manos grandes y fuertes, acordes a su destreza en la cama. Y Armand desfila para Dior. Es su compañero de piso y ha hecho la última campaña de calzoncillos de Calvin Klein. ¿El chico que llevaste a la galería es celoso?

viejo?!

Pensé en el hombre al que había intentado ayudar, tenía un acento que reconocí. Era albano, como yo, y tenía un tatuaje en la mano derecha que ahora era un borrón en mi memoria.

¿Y si me había secuestrado un grupo paramilitar? Igual nos habían seguido al ver el coche de Corinna y querían un rescate.

Volví a agitarme. El cáñamo de la cuerda estaba lastimándome la piel. No me importaba, solo quería salir de aquel entuerto.

Quise darme una paliza mental por pecar de ingenua y, en uno de mis movimientos carentes de armonía, perdí el equilibrio provocando que cayera la silla. Mi cabeza impactó con fuerza contra el cemento, haciéndome perder la consciencia.



Katarina

El domingo no salí de la habitación. Me encontraba demasiado mal como para hacerlo.

Pasé la mañana durmiendo lo que no hice la noche anterior, y cuando me desperté, me dediqué a repasar mi vida como lo haría con una peli muda en blanco y negro.

Nadie llamó a mi puerta, el móvil tenía cero mensajes, lo que me llevó a pensar que Dylan no le había contado nada a Ali. ¿Se habrían visto? Igual él se fue y ella se quedó en el parque plantada. Conociendo a mi hermana, si hubiera sabido algo, no habría parado de aporrear mi puerta al segundo de que la bomba estallara.

Sentía los ojos terrosos, inflamados, los muslos me dolían. Tuve que levantarme un par de veces para usar los cilicios durante la noche. Otro juego de sábanas que echaba a perder.

Me sentía hueca, vacía, sin alma. Una muerta en vida sin otra misión en la misma que sufrir por los demás. Una mártir, eso es lo que era. Tenía ganas de gritar de la frustración. Nunca quise ser una santa, a los diez años soñaba con un futuro como el que planteaba Alina, con una familia parecida a la que la guerra se llevó.

Me obligué a levantarme de la cama, lavarme la cara y cepillarme el pelo. Tenía una pinta horrible, cerúlea, con unas ojeras mortecinas que me llegaban hasta la mitad del rostro. No podía estar más tiempo en la habitación, ya eran las cinco de la tarde y no era plan de seguir encerrada, aunque no era por falta de ganas.

Curé mis heridas, apliqué unos vendajes y fui directa al armario. Hoy no podría usar vaqueros. Opté por un vestido amplio y unas medias tipo leotardo que cubrían justo las vendas. Me calcé unos botines y bajé a la cocina. Hanna estaba sacando unas galletas del horno.

—Buenas tardes, señorita Katarina.

—Hola, Hanna. ¿Has visto a Alina?

—Se marchó muy pronto esta mañana, su padre me dijo que pasaría el día fuera con su representante, iban a Frankfurt a una exposición. —Apreté los dientes cuando se dirigió a Herr Schwartz como si fuera de mi familia, debería estar acostumbrada, no obstante, siempre me recorría un escalofrío de disgusto cuando se referían a él en aquellos términos.

—¿Herr Schwartz está en casa?

—No, salió después de comer. No me comentó cuándo regresaría, solo me pidió que le dijera que no cene sin él, que lo espere. ¿Quiere que le sirva algo de comer? Tiene muy mala cara, ¿quizá un caldo?

—Si no te importa, prefiero un café y una de esas galletas. Huelen muy bien.
—Ahora mismo se las sirvo.
Me senté en la mesa de la cocina, el móvil vibró y vi que acababa de entrarme un wasap.

+49772547869

Hola. Tenemos que hablar.

El corazón me dio un vuelco, no podía ser Dylan, ¿verdad?

Katarina
¿Quién eres?

+49772547869

Lo sabes perfectamente. El mismo que se creyó que lo amabas.

Mi corazón se estrujó

Katarina
Ayer nos lo dijimos todo.

+49772547869

A mí me da la sensación de que no dijimos nada.

Las manos me temblaban cuando Hanna depositó el café y las galletas delante de mí.

Katarina
Es mejor que lo dejemos así.

+49772547869

Estoy aparcado delante de tu casa, o sales y hablamos, o llamo a la policía y se lo cuento todo.

¡Mierda, mierda y mierda! Conté hasta diez. ¿Qué hacía?

Escribiendo...

+49772547869

No voy a repetírtelo, voy escaso de paciencia cuando se trata de ti.

Katarina
Acabo de levantarme y no me encuentro bien.

+49772547869

Por mí como si estás muriéndote. Ah, no, espera, que eso ya lo hiciste una vez...

Me merecía aquella respuesta.

Katarina
Dame cinco minutos.

+49772547869

Ya has gastado tres, en dos te quiero fuera.

Dylan no iba a claudicar. Estaba segura de ello, solo podía salir y enfrentarlo.

Katarina
Ahora voy.

Di dos sorbos al café y me llevé una galleta. Fui directa a la entrada, me puse un abrigo tan

negro como mi humor. Me llevé el bolso por inercia. No me gustaba salir a la calle indocumentada, o sin las llaves de casa.

Caminé hasta la verja. Dylan estaba fuera, ataviado con su ropa oscura y la mirada turbia, hoy no llevaba las lentillas puestas. Encontrarme de nuevo con el color de sus ojos me removió por completo. Hizo un gesto con la cabeza para que saliera, tenía el motor arrancado y un casco en la mano. Miré a un lado y a otro de la carretera, igual estaba esperando a Alina. No, no podía ser, Hanna acababa de decirme que estaba en Frankfurt.

Apenas tenía saliva cuando me planté delante de él.

—¿Qué quieres?

—Póntelo y sube. —Lanzó el casco y tuve que cogerlo al vuelo antes de que me saltara un diente.

—No voy a ir contigo a ninguna parte.

—Yo creo que sí. —Sacó su móvil y vi cómo marcaba a la policía. Pensé que iba de farol hasta que puso el altavoz—. Policía, quiero denunciar... —Me apresuré a cortar la llamada.

—Está bien, tú ganas, pero no sé qué quieres sacar de todo esto.

—Sube —repitió, guardando el terminal. Me coloqué el casco y apreté los dientes cuando ocupé la parte de atrás y las heridas se rozaron con la carrocería. No iba a abrazarlo, así que tuve que agarrarme como pude—. ¿Lista?

—Sí —afirmé y él le dio gas para alejarnos.

Contemplé su cuerpo encorvado hacia delante.

Dylan se compró una moto en Brisbane, cuando estaba de seis meses. Mientras mi barriga lo permitió, nos encantaba salir con ella. Yo dejaba caer el peso contra su cuerpo, me aferraba a su pecho y mis manos recorrían el torso masculino por dentro de la camiseta. En más de una ocasión, tuvimos que parar, buscar un rincón íntimo y dar rienda suelta a la necesidad de unir nuestras pieles. No hay nada más erótico que montar en moto con la persona que amas.

Tu pelvis contra su culo, el roce del asfalto y el rugido ronco del motor. El aroma a cuero, naturaleza y hombre.

Tuve que morder el interior de mi carrillo para darme cuenta de que todo aquello era pasado, ya nunca volvería.

Pensé en la foto que le hice a Dylan unos días antes de desaparecer, con la casa en silencio, mientras él dormía y yo acababa de darle el pecho a Oliver. Se le veía cansado, algo ojeroso, eran sus primeros meses como padre y, sin embargo, parecía que lo hubiera hecho siempre. Cogí el móvil que reposaba sobre la mesilla y disparé. Esa imagen era arte, una evocación, el lugar perfecto en el que perderme, con él desnudo entre las sábanas de nuestra habitación y una sonrisa perenne que parecía querer mecarme.

Dejé el teléfono a un lado y lo miré, tan hondo, tan profundo que podría recrear la instantánea en cualquier lugar del mundo. Fueron demasiadas veces las que pensé en aquel momento, en las que lo imaginé de vuelta, aun a sabiendas de que era un imposible.

Ayer me dijo que perfumaba su cojín con mi esencia y yo me quedé a cuadros, porque en cuanto tuve dinero y un momento, hice lo mismo. Compré un bote de aquel carísimo perfume con el que sufrir una especie de tortura agónica que me calmaba durante las noches de insomnio. Dejaba caer una gota y ubicaba la almohada entre las piernas, como si aquel cuerpo flojo y mullido pudiera parecerse al suyo.

Con mis hijos fue más difícil, recrear el aroma a bebé era imposible. También tenía una instantánea de sus rostros en el álbum de mi cerebro. Me torturaba el pensar que si algún día, de mayores, me los cruzaba por la calle, ni siquiera sabría que se trataba de mis propios hijos.

No me fijé hacia dónde íbamos, con no caerme de la moto y aguantar el tirón sofocante de las imágenes, tenía suficiente.

Cuando se detuvo, lo hizo frente a un edificio, no hizo falta que me pidiera que desmontara o lo siguiera, lo hice por inercia.

Llegamos a un apartamento que tenía pinta de residencia de estudiantes. Su piso estaba ubicado al final de un pasillo estrecho con varias puertas. Los muebles eran impersonales, aunque el olor era inconfundible.

Estaba limpio, ordenado y era aséptico. Carecía de aquel tipo de cosas que te hacían pensar en la palabra hogar. Una planta, una figurita de tu último viaje, o un cobertor de sofá tejido por una tía lejana.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó, quitándose la chaqueta.

—Un vaso de agua estará bien.

La cocina estaba integrada, no tuvo que ir demasiado lejos para rellenarme un vaso con la del grifo y coger un botellín para él.

—Lo siento, no bebo agua con gas como la mayoría de alemanes. —No me importaba, la sed que tenía no se calmaba con el líquido de aquel vaso.

—¿Y bien? —pregunté rígida. Estaba de pie en mitad de aquel salón que me asfixiaba. No por su ridículo tamaño, sino porque con solo mirar a Dylan me faltaba el aire.

—Quítate el abrigo y siéntate.

—¿Es una orden?

—No, pero me disgusta estar sentado y que la otra persona esté de pie.

Se acomodó en el sofá de dos plazas, yo cogí la única silla que quedaba disponible y la giré hacia él. Sus orbes verdes buceaban en los míos. Separó los labios y dio varios tragos a la cerveza. Después, volvió a mirarme.

—¿Me has traído hasta aquí para que me convierta en la Gioconda? No tengo intención de transformarme en una pieza de arte para tu uso y disfrute.

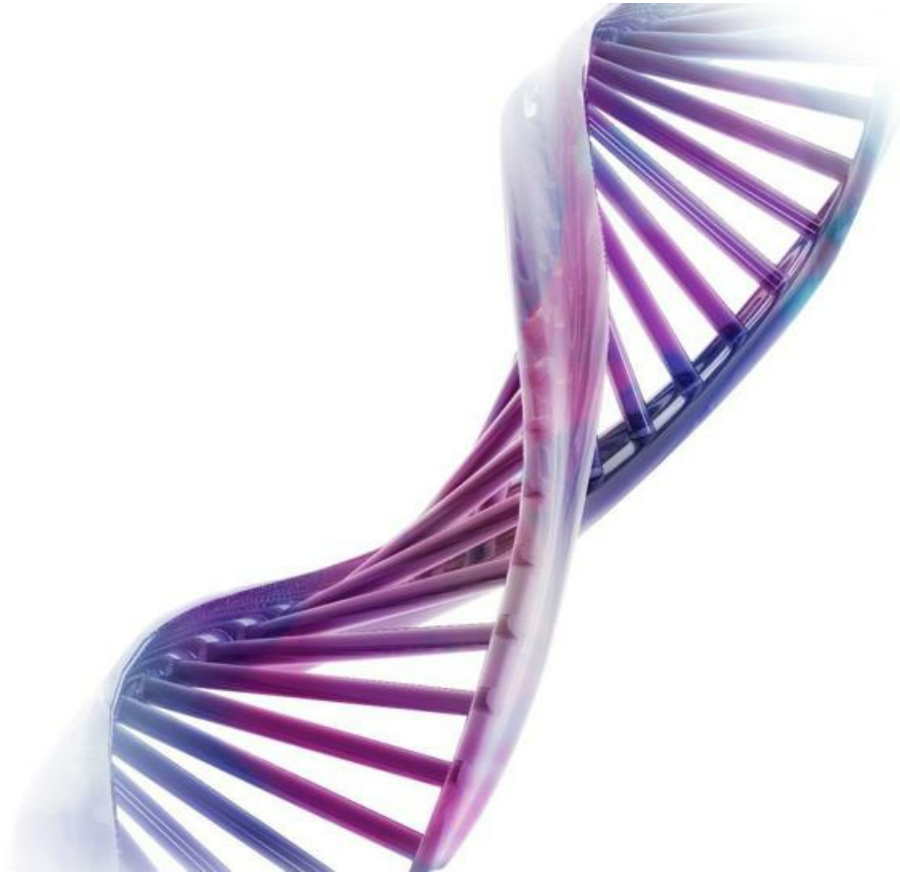
—Te he traído aquí porque no te creo y porque no me fío ni de mi sombra, secuelas que te deja una mujer que se hace pasar por muerta y después la descubres vivita y coleando.

—Si esto se trata de que te desahogues y me llenes de reproches, adelante, soy tu blanco perfecto. —Extendí los brazos. Él empujó el cuerpo hacia delante, clavó los codos en sus rodillas y me miró sin un ápice de descontrol.

—Voy a preguntártelo otra vez, Katarina, y quiero la verdad. —Cuántas veces había deseado que pronunciara mi nombre, el de verdad, y no aquel sucedáneo de mal gusto que me otorgo Herr Schwartz junto a mi nueva identidad—. ¿Por qué nos hiciste esto?

Capítulo 18

¿Dónde estás, Alina?



Katarina

—Dylan... —suspiré derrotada.

—¿Qué?

Estaba expectante, con los ojos inyectados en sangre por no haber pasado una buena noche. El pelo teñido de negro se le había alborotado al sacarse el casco. Ni siquiera obedeció a la insistencia de su mano para ponerse en su sitio.

No importaba, estaba tan guapo como siempre. La barba le favorecía, aunque con un rostro como el suyo, poco importaba el *look* por el que se decidiera, estaba bien, muy bien.

—No entiendes nada —reconocí exasperada por no poder contarle la verdad.

—Pues explícamelo.

—Ya te conté lo que necesitabas saber. No puedo añadir lo que querrías oír porque esa es mi versión de los hechos. No hay otra.

—Yo no estoy tan seguro.

—No quieres crearme porque te hiciste una imagen de mí que no se corresponde con la realidad.

—En eso tienes razón, porque si hubiera sabido por el calvario que tuviste que pasar en tu infancia, haciéndote cargo de tu hermana pequeña, en mitad de una guerra, vagando por las calles, hurgando en contenedores y sin poder llorar a unos padres para que Alina se sintiera a salvo, no me hubiera hecho esa imagen de ti.

—No me gusta que me tengan lástima. Muchos niños pasamos por lo mismo en Kosovo.

—Seguramente, las penurias de una guerra no debería vivirlas nadie y, mucho menos, que abusaran de ti en un orfanato inmundo siendo una niña. —Abrí los ojos desmesuradamente.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo contó Alina.

—¿Mi hermana? —Ni siquiera sabía que ella estuviera al corriente de lo que ocurrió.

—No se lo tengas en cuenta, cuando me lo dijo, ella no sabía lo que había entre nosotros. Buscaba ensalzar a su hermana mayor, la que se sacrificó tanto por ella y vivió la peor de las infancias, sin poder intimar con un hombre después de aquella experiencia. —Aparté la mirada con vergüenza, él se levantó del sofá y se puso de cuclillas frente a mí—. Si hubiera sabido eso la primera vez que estuvimos juntos, habría sido tan distinto... —Lo miré horrorizada.

—Aquella vez no tuvo nada que ver con mi pasado, ¡nada! ¿Cómo se enteró Ali? Yo nunca se lo conté.

—No le hizo falta, os vio, aunque en aquel entonces no lo comprendió. No fue hasta años más tarde que reconoció aquel recuerdo, y supo que si no habías querido compartirlo con ella, era porque pensar en aquel abuso te hacía sentir mal.

—¡Joder! —Me llevé las manos a la cara y él las apartó con paciencia.

—Lo que ocurrió no fue culpa tuya.

—¿Piensas que no lo sé? Me lo he repetido mil veces, pero eso no implica que sienta turbación por las cosas que tuve que hacer. Que nos adoptaran me pareció la solución menos mala, por lo menos, así me libraría de Nikolai y sus amenazas.

—¿Por qué no se lo dijiste a nadie? —inquirió calmado.

—Por supervivencia, no podías enfrentarte a él, todos lo sabían. Si lo hacías, podía mutilarte o matarte, aquel niño tenía el demonio dentro y me amenazó con hacerle lo mismo a Ali, ella solo tenía seis años, debía protegerla.

—Siempre lo has hecho.

—Y moriré haciéndolo. Si alguna vez me quisiste, llévatela, necesito que lo hagas, necesito que olvides lo que ocurrió entre nosotros. Ella te quiere y será una madre estupenda para los mellizos —casi se lo imploré.

—¿Por qué insistes tanto en que Ali se venga conmigo? ¿Es por ella por quien me traicionaste? ¿Alguien te chantajea? Cuéntamelo, Katarina, te prometo que te ayudaré.

—¡No puedes! ¡Nadie puede! —aullé, rompiendo a llorar. Mi vaso estaba demasiado lleno como para no desbordarse.

Sabía que tendría que haber aguantado, que mi función era ser un dique, contener toda el agua, nevara, lloviera o granizara, pero no lo hice; me vine abajo al notar la mano de Dylan acariciando la mía.

Me sentí abrazada por él, atrapada en su férreo cuerpo, y entonces me convertí en un torrente descontrolado de emociones a flor de piel.

Me alzó agarrándome por debajo de las rodillas y me llevó con él hasta el sofá. Se limitó a

acomodarme sobre su regazo y dejarme llorar.

No habló, solo me sostenía, acariciándome la espalda para dejarme fluir. Y cuanto más lo sentía, cuanto más inspiraba su aroma y escuchaba el latido fuerte de su corazón, más me desintegraba queriendo un imposible.

Todo el dolor y la angustia que cargué durante años, el terror y las responsabilidades se desataron haciendo de su pecho mi pañuelo.

Aquellos labios que tan bien conocía besaban mi pelo y yo me sentía desfallecer. Lo había extrañado tanto, tanto, que cuando alcé la barbilla para mirarlo suplicante, su boca fue recorriendo cada lágrima, cada surco, cada cicatriz invisible. Tomó lo que siempre fue suyo, sin pedir permiso, porque no lo necesitaba. Mi piel, mi rostro, mi boca, y yo sentía que volvía a la vida bajo cada muestra de afecto sincero.

Ni siquiera pensé en detenerlo. Dylan era aquel pastel de chocolate que se me impidió comer por mucho tiempo. En el instante en el que su lengua rozó la mía, gemí del gozo al saborearlo. Su lengua era hábil y, aunque me sentí un poco torpe, me dejé llevar en su particular azote, que convertía mis aguas calmas en una marea intempestiva.

Dylan me calentaba con su corazón de fuego, deshacía el hielo que envolvía mi coraza haciéndome flaquear.

Enrollé los dedos en la nuca masculina, permitiendo que una de sus manos apresara mi pecho. Siseé al notar arder la leña seca de mis extremidades.

Manióbró con tal destreza que no me di cuenta de que estaba tumbada en el sofá y que su mano libre se había colado bajo la falda para apartar mi sencilla braga de algodón blanca.

Empujé. Me froté contra sus dedos cuando hurgó en mi humedad deshecha. No había perdido habilidad, seguía sabiendo cómo llegar hasta el epicentro de mi placer. Aullé cuando sus falanges asaltaron mi interior. La carne se estrechó en un abrazo discreto, dándoles la bienvenida. Y Dylan aprovechó que estaba receptiva para pulsar la base de la mano contra mi carne trémula y así friccionar mi clítoris.

Daba lo mismo con qué parte del cuerpo me penetrara, lo hiciera con la que lo hiciera, el mío se rendía ante él, entregándose por completo.

Bajó la mano desde mi pecho hasta la rodilla y la empujó para que quedara flexionada contra mí. El oxígeno no me llegaba por la violencia de mis jadeos, que eran cada vez más fuertes, y cuando descendió para colarse bajo la falda del vestido paladeando mi excitación, me sentí desfallecer.

Me saboreó sin dejar de empujar los dedos en mi interior, una y otra vez, una y otra vez. Mi pecho subía y bajaba alterado, a la vez que tiraba de su pelo enfebrecida. La pelvis se alzaba directa como olas contra una roca y él me convertía en espuma.

No aguanté, hacía demasiado que no vivía lo que era entregarme a él. Estallé. Lo hice abrumada por su boca, por su particular manera de darme placer. Me ahogué en la necesidad de volver a sentirlo, unido a mí sin que otro pensamiento se cruzara entre nosotros.

Salió de debajo de mis faldas y cogió un condón del bolsillo trasero del pantalón. Se lo enfundó una vez se hubo bajado lo suficiente la ropa. Me penetró con mi sexo aún prendido de los últimos coletazos del orgasmo.

Anclé mis piernas a sus caderas. Había pasado más de seis años sin sentir algo así, sin tenerlo entre los muslos. Sus ojos parecían vívidas esmeraldas que buceaban en el mar de los míos.

El color de sus ojos siempre me pareció un mensaje subliminal, o por lo menos a mí me transmitían esa esperanza que tanto necesitaba, aquella que me arrebataron el día que la guerra se quedó con todo lo que más quería. Mis padres y la libertad de ser quien quisiera, de actuar con

autonomía. En el fondo, nunca dejé de ser una prisionera, aunque mi cárcel no se veía.

No me besó, se dedicó a mirarme mientras me embestía, a veces lento, otras rápido, en un movimiento de necesidad agónica. Y yo estaba prendida en cada gesto, cada arruga de expresión que hablaba por sí misma.

Compartimos jadeos y fluidos. En aquel minúsculo sofá que gruñía bajo nuestro peso. No importaba el lugar, solo importaba volver a yacer con él de nuevo.

En una pequeña maniobra, elevó mis piernas hasta sus hombros volviendo las penetraciones más profundas y algo dolorosas. Contraje el gesto ante los embates. Era Dylan en estado puro, el hombre que removía mis cimientos y al que siempre amaría por muchas cosas que ocurrieran entre nosotros.

No dejó de observar mi expresión ni un solo instante, lo demás resultaba secundario. Parecía estar enganchado a una peli muy interesante, de esas que no te permiten apartar la mirada de la pantalla por miedo a perderte algo de lo que está pasando.

—Voy a correrme —anunció concentrado. Asentí deseando que lo hiciera, que me colmara, aunque llevara el preservativo puesto—. No dejes de mirarme, Katarina. Necesito verme en tus ojos cuando lo haga. —Aunque no me lo hubiera pedido, habría sido incapaz de no hacerlo.

Empujó con mayor vehemencia. Mis labios se separaron y volví a notar la excitación fraguándose en mi bajo vientre.

Los empujones se hicieron más fuertes, llevándome presa de un ritmo caótico que inflamó mi deseo hasta la cota más alta. No podía sentirle más adentro, era imposible. Su vello recortado friccionaba mi tenso nudo provocando que el orgasmo que estaba fraguándose me embargara de nuevo.

Grité corriéndome sin cerrar los ojos, manteniendo la promesa que le había hecho. Ordeñando su sexo en el interior del mío para oírle gritar mi nombre mientras se deshacía por dentro.

Fue tanta la intensidad que vi en su mirada que fui incapaz de sostenerla por mucho tiempo. Aparté la cara y dejé que Dylan diera las últimas embestidas que lo hicieron desplomarse sobre mi cuerpo.

Me bajó las piernas con cuidado, para no incomodarme y se dejó caer de nuevo, con la cara apoyada entre mis pechos.

Nuestros pulsos alterados parecían estar emitiendo un concierto donde él y yo éramos directores y músicos.

No me percaté de que en el fragor de la pasión mi falda se había enrollado bajo su cuerpo y que en la posición en la que estaba, podía ver el vendaje de mi muslo derecho. Bueno, el de los dos si giraba la cara.

—¿Qué te ha pasado aquí? —preguntó, pasando el dedo con delicadeza sobre la venda. Cuando lo sentí, quise morirme.

—Na... Nada. Me... Me quemé con un ácido trabajando en el laboratorio.

—¿Te quemaste? —inquirió incrédulo—. Menudo sitio.

—Sí, ya sabes, los accidentes pasan y ese día me dio por llevar falda. Como ahora. —Lo vi apretar el ceño.

—¿Estás catalogando lo que acabamos de vivir como accidente? —Mi personaje frío y distante volvía a tomar las riendas. Había perdido la cabeza dejándome llevar por sus encantos y mis necesidades, lo que no quería decir que hubiera cambiado de parecer.

—Me pillaste con la guardia baja, tú tampoco querías que pasara. Ha sido como una de esas reuniones de exalumnos del colegio en la que uno bebe demasiado y le da por recordar viejos tiempos, aunque ya no quede nada. No te preocupes, Ali no va a enterarse, por nada en el mundo

me metería entre vosotros. ¿Puedes levantarte? Es... Estoy incómoda.

Me miró desconcertado. Quería taparme las piernas como fuera, no quería que me hiciera más preguntas al respecto. La había fastidiado mucho dejándome llevar así.

—Increíble, eres jodidamente increíble. —Salió de mí malhumorado, poniéndose en pie de malas maneras para quitarse el condón y anudarlo. Yo pude bajar el vestido justo a tiempo.

—No pensarías que esto iba de amor o algo parecido, ¿no? Solo ha sido sexo. Nos hemos perdido en el recuerdo.

—Yo no me he perdido en ninguna parte. He hecho exactamente lo que quería y con quien quería —me replicó enfurecido. Por supuesto que a mí me pasaba lo mismo, pero no podía decirselo.

—No te lo tomes así. ¿Qué esperabas?, ¿que por un polvo me derritiera y confesara que nunca he dejado de amarte? —Vi que mi pregunta lo hería. Me puse en pie con intención de marcharme —. Olvídalo, de verdad, es lo mejor que puedes hacer. Yo no puedo ofrecerte lo que buscas, nunca he podido hacerlo. Siento que hayas tenido que venir hasta aquí para averiguarlo y que te haya supuesto una pérdida de tiempo. Debiste dejar las cosas como estaban en lugar de removerlas.

Fui a por el bolso, ni siquiera me había sacado el abrigo, solo me lo había desabrochado. Qué pinta de puta barata tenía ahora mismo. Si hubiera extendido la mano y hubiera dicho son cincuenta euros, nadie se habría extrañado, ni siquiera me había sacado las bragas.

Fui hasta la puerta, y cuando la abrí, una mano detrás de mí empujó la hoja con fuerza.

—¿Qué haces? —Me giré enfurruñada.

Dylan alzaba ante mis ojos la pantalla de un móvil con una imagen en el centro. Ahogué un grito de la impresión.

Una niña rubia que podría haber sido yo de pequeña estaba abrazada a un crío de la misma edad, de pelo castaño y amplia sonrisa.

El niño era exacto a Dylan, no podían ser ellos, no podían ser... Busqué el rostro de mi marido —aunque nunca hubiera sido esa nuestra unión, siempre lo sentí así— para confirmar lo que ya sabía.

—Te ibas sin ver cómo están tus hijos.

Apoyé la espalda contra la puerta, no quería, pero estaba hiperventilando. Acerqué un dedo a la pantalla atraída por la luz que emanaban, como si pudiera traspasar el cristal líquido con la yema y acariciarles la cara.

—Son muy guapos —murmuré en un susurro quebrado por la emoción.

—De dos elementos que se salen de la tabla periódica no podían salir niños feos. —Volví a mirar a Dylan con el corazón encogido.

—No me hagas esto... No nos lo hagas —supliqué. El hizo oídos sordos.

—Chloe es exacta a ti, lista, vivaz y siempre va un paso por delante de Oli. Tuvo pánico al agua durante mucho tiempo, no lográbamos que las pesadillas cesaran, aunque le contáramos cuentos o dejáramos la luz encendida. —Una lágrima gruesa cayó por el lagrimal de mi ojo derecho.

—Lo siento...

—Ahora está mejor, Cris la ha ayudado mucho, también Noah, que contrató a una profesora de natación. Entre todos hemos conseguido que disfrute del agua a pesar de su miedo «irracional».

—Chloe no debió de pasar por eso, fue culpa mía, todo lo es, no debí... no debí... —Mi cuerpo cayó hasta el suelo, doblé las rodillas contra el pecho y hundí la cabeza en ellas llena de

angustia. Dylan prosiguió sentándose delante de mí.

—Oliver es un niño amable, amoroso y muy protector, le gustan las chicas algo mayores, en eso se parece a su padre, y tiene unas salidas que lo convierten en el centro de todas las sonrisas. Para que te hagas una idea, te contaré la última. Su canguro le preguntó que cómo se llamaban los habitantes de Francia y él, medio horrorizado, quiso saber: «¿Todos?». —Emití una risa baja, era imposible no reír ante la ingenuidad de Oliver. Cómo me hubiera gustado ser yo quien se lo preguntara para obtener aquella respuesta. Me había perdido tantas cosas que solo de pensarlo me daban ganas de usar las ligas—. No hay un solo día que Noah, Cris, Liam o yo no les hablemos de ti. Preguntan muchísimo por su madre, quieren saberlo todo de ella y me encantaría que tú misma pudieras decirles quién eres.

Mis hombros volvían a sacudirse sin control. Pensar en mis hijos estaba matándome, y escuchar las palabras de Dylan solo añadía más sal a las heridas. Levanté la cabeza.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque lo creas o no, por mucho daño que me hicieras, sigo amándote, Katarina. Te clavaste en mi corazón y lo colonizaste. Cuanto más lo intentaba, más pensaba en ti. He sido incapaz de sacarte de ahí, de dejar de necesitarte y a ellos les ocurre lo mismo. En el fondo de mi alma, siempre supe que no habías muerto, aunque todo apuntara lo contrario.

—Dylan... —suspiré—, por favor... —Alcé la barbilla porque sus manos envolvieron mi cara de nuevo. Allí estaba él, a corazón abierto, sin reservas, como siempre lo hizo, y yo me sentía tan sucia, tan rastrera por lo que les había hecho.

—Duendecilla, dímelo, cuéntamelo. Necesito saberlo, necesito entender qué es lo que te impide tener a una familia que te ama incondicionalmente.

—¡No puedo! —chillé con el dolor más agudo agujoneándome por todas partes—. Os pondría en peligro, tienes que irte. Por favor, Dylan, esto es demasiado para todos. No me lo hagas más difícil.

—Lo siento, nena, pero no voy a hacerlo, y menos sin que me lo hayas contado todo dejándome evaluar ese peligro del que hablas. —Tenía tantas ganas de hacerlo que la verdad empujaba mi lengua. Debió verme dudar porque suplicó—. Por favor, por favor, Katarina, devuélveme la vida que te llevaste, déjame entender las cosas y decidir junto a ti cuál es la mejor vía. No estás sola, no lo estuviste entonces, aunque pensaras que sí, y no lo estás ahora. —Estaba a mi altura, los iris le brillaban aguados, sufría casi tanto como yo, lo palpaba. Unió su frente a la mía con los ojos cerrados.

La duda me carcomía por dentro. ¿Hablabas? ¿No? ¿Le daba la explicación que tanto necesitaba? Y si lo hacía, ¿cuánto tiempo seguirían vivos mis hijos o el propio Dylan? ¿Qué ocurriría con Alina?

Mi teléfono sonó dentro del bolso con insistencia. Necesitaba pensar, no podía hablar, era demasiada responsabilidad incluso para mí. La llamada se cortó y el soniquete regresó sin darme tregua.

—Tengo que contestar, puede ser importante. —Apartó la frente y me dejó coger el terminal. Ni siquiera me paré a mirar quién llamaba, solo contesté como vía de escape.

—¿Sí?

—¿Katarina? —Era la voz de Corinna, la representante de mi hermana. Tenía mi número porque Ali se lo había dado una vez. Cuando se encerraba en el estudio a crear, era muy difícil dar con ella, desconectaba del móvil y del mundo en general.

—Sí, soy yo —respondí—. ¿Le ocurre algo a mi hermana? ¿Estáis bien?

—¿No te ha llamado Ali?

—¿A mí? No. Tenía que pasar contigo el día en Frankfurt, ¿no?

—Sí, y hasta hace poco más de media hora estábamos juntas, pero ha desaparecido. —Mi esófago se anudó de golpe.

—No puede haber desaparecido. —Dylan me miraba atento.

—Estuvo rara todo el día, nos dijo que iba a salir porque necesitaba que le diera el aire y no... no la encuentro. La he llamado al móvil, pero me sale apagado o fuera de cobertura, y no me rayaría si no supiera que iba con la batería cargada, porque se encargó de ello para tomar fotos en la exposición.

—Puede que haya visto una escultura que le interesa y os habéis cruzado, o tal vez se ha colado por alguna sala.

—Mis amigos y yo hemos buscado por todas partes... Además, hay otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Puede que no fuera ella... No estamos seguros, la información es confusa.

—Corinna estás asustándome, ¿a qué te refieres? —El pulso se me había desatado. Dylan apresó mi mano libre y la acarició. Seguro que tenía cara de trastornada. Corinna retomó la conversación tras una pausa, su voz sonaba muy nerviosa, no era buena señal.

—Salí a la calle, a preguntar si alguien la había visto, tu hermana es difícil de olvidar. Había un puesto ambulante de caramelos que daba al edificio y me acerqué. Creí que a lo mejor Alina había parado a comprar algunos, ya sabes lo golosa que es, o que tal vez la mujer la hubiera visto.

—¿Y se los compró o la vio?

—No compró, pero la mujer me ha dicho que había visto a una chica, que si no era la misma que salía en la foto que le he enseñado, era muy parecida. Lo que ocurre es que la señora no ve muy bien de lejos.

—¿Y qué vio?

—Pues que supuestamente tu hermana fue hacia un coche negro. No le dio mucha importancia porque tuvo la impresión de que se conocían, ya que Ali se asomó a la ventana del copiloto y, además, ella estaba atendiendo a un cliente. Lo único que vio fue que alguien la abrazaba y la ayudó a meterse en el asiento de atrás. Después se marcharon. No sé, estoy preocupada. Quizá no era ella, pero... ¿y si lo era? Tu hermana no se iría sin avisarme a sabiendas de que habíamos venido juntas. —La cabeza me daba vueltas. No podía ser, no podía ser.

—¿Dónde estás?

—Si quieres, te mando la ubicación de la galería.

—Hazlo, ahora mismo me acerco a casa, cojo el coche y voy para allá, no te muevas.

—Lo siento, Kata, si hubiera sabido que iba a pasar esto, habría salido con ella, yo... me siento responsable.

—No hay nada que sentir, vamos a encontrar a Ali, ahora mismo estoy contigo, no te muevas.

—Ella gimió al otro lado de la línea—. No llores, Corinna, seguro que se trata de un malentendido y está con un amigo o despistada por ahí. —Eso era lo que yo quería creer. La cosa no pintaba bien, nada bien.

—Ojalá tengas razón. Te espero.

Colgué, fui a ponerme en pie, pero me mareé. Dylan me sujetó.

—Tengo que irme.

—No vas a ir sola, te llevo, iremos más rápido en la moto. —Lo había escuchado todo, tampoco era difícil, la voz de Corinna sonó lo suficientemente aguda como para traspasar el

terminal. No pude contener el sollozo.

—¿Y si le ha pasado algo? —Me abrazó con fuerza.

—Como le has dicho a su representante, vamos a encontrarla. —Me dio un beso en la frente, cogió la chaqueta y me tomó la mano para ir directos a Frankfurt.

Esta vez no me anduve con remilgos, me agarré con todas mis fuerzas a Dylan, me sentía tan perdida que la idea de que Herr Schwartz hubiera cumplido con su promesa de vender a mi hermana a alguna red de trata de blancas me revolvía por dentro.

No dejé de temblar durante todo el trayecto. Si de Darmstadt a Frankfurt se tardaba media hora, nosotros llegamos en veinte minutos.

En cuanto Dylan vio a Corinna, frenó en seco, aparcó la moto y yo desmonté casi de un salto. La representante de mi hermana no estaba sola, dos hombres que no conocía de nada la acompañaban.

Ella se arrojó a mis brazos descompuesta.

—Lo siento, lo siento... —Lloriqueó descorazonada.

—Hemos estado llamando al móvil de Alina desde que Corinna colgó —admitió el moreno al que ni siquiera le pregunté el nombre. No estaba para presentaciones—. El resultado siempre es el mismo, el teléfono está apagado o fuera de cobertura.

—Voy a llamar a un amigo a ver si puede geolocalizarla —sugirió Dylan, sacando el suyo.

—¿Has llamado a la policía? —le pregunté a Corinna.

—Estaba esperándote, según tengo entendido, cuando una persona es mayor de edad deben pasar al menos veinticuatro horas sin noticias para considerar que se trata de una desaparición.

—Pero lo de Ali no es una desaparición, dices que la vendedora ambulante vio cómo la metían dentro de un coche, eso se llama secuestro.

—No estaba segura de si era Alina, y la chica que entró en aquel coche ni gritó ni pataleó. No le pareció un secuestro... —Miré a Dylan con desesperación. Él estaba hablando y caminando de un lado a otro inquieto.

Mi teléfono sonó.

—Puede que sea ella —apuntó la morena esperanzada. Saqué el terminal con angustia, descolgué y me lo pegué a la oreja.

—¿Ali? —pregunté.

—Hola, Katarina, ¿dónde estás? Me parece que habíamos quedado para cenar, sabes que no me gusta que se enfríe la comida y ya llegas tarde. —Negué con la cabeza para advertirle a Corinna que no se trataba de ella. Me aparté unos metros para hablar con intimidad, no quería que me oyeran.

—Herr Schwartz, ¿qué ha hecho con mi hermana?

—¿Tu hermana? Está en una exposición con Corinna.

—Oh, venga ya. ¿Pretende que me crea que no sabe que ha desaparecido?

—No tengo idea de lo que me hablas, es la primera noticia que tengo. ¿Dónde estás?

—En Frankfurt, con Corinna, mi hermana desapareció hará cosa de una hora. La última vez que se la vio, fue entrando en la parte de atrás de un coche negro. —Él chasqueó la lengua contra el paladar.

—¿Y quién la vio?

—Eso es lo de menos. Si la ha retenido usted, le exijo que la suelte, ya he pillado la indirecta.

—No soy de indirectas. Cuando me apetece hacer algo, lo hago y listo. Déjame que te haga una pregunta, ¿cómo has llegado a Frankfurt? Tu coche está aparcado en el garaje...

—Llamé a una amiga —me excusé.

—Tú no tienes amigas. Hanna te vio irte con un hombre, en moto, dijo que se trataba del novio de tu hermana. —Apreté los labios. ¡Maldita cotilla!

—Dylan quería hablar, me amenazó con hacer saltar todo por los aires si no volvía a contarle mi versión de los hechos. Él ha sido quien me ha traído a Frankfurt.

—¿Cuándo os visteis? —«¡Mierda, menudo patinazo!». Escuché su risa ronca—. Me mientes, quedas con tu ex a mis espaldas, no acudes a nuestras cenas familiares... Cada acto tiene sus consecuencias y tú has cruzado la línea demasiadas veces en pocos días.

—Herr Schwartz, por favor, yo... tenía miedo —supliqué.

—Haces bien en tenerlo.

—Le juro que haré lo que quiera, pero no le haga daño a Ali, ha sido un error.

—Uno detrás de otro, querida. Miller te hace débil y no parece que sepas quitártelo de encima, o tal vez no quieres.

—Quiero, quiero, se lo juro...

—Jurar en vano es un pecado. Igual necesitas comprobar que no voy de farol, he sido demasiado benevolente contigo.

—¡No! Por favor, por favor... —supliqué otra vez—. Haré lo que quiera, se lo juro, si quiere venderme a mí, hágalo, me cambiaré por ella.

—¿Venderte a ti? No me hagas reír... —se mofó—. Aún me costarías dinero. Tienes que aprender la lección, Katarina. Ya sabes que cada acto tiene su consecuencia. Mereces un castigo por tu arrogancia y tu falta de obediencia.

—Acabé con el proyecto —dije de sopetón—, está listo, le prometo que esta vez funcionará y le haré ganar mucho dinero.

—El dinero no lo es todo, Katarina, has quebrantado mi fe en ti, ahora tienes que pagar. —La llamada se cortó.

—¡No! —grité. Volví a marcar, pero su teléfono comunicaba. Lo hice en reiteradas ocasiones sin obtener respuesta. Una mano sobre mi hombro me hizo dar un salto y que el móvil cayera al suelo.

Dylan se agachó para recogerlo.

—Katarina, ¿estás bien?

—No, no lo estoy, todo esto es culpa tuya, ¿por qué has tenido que quedarte? ¿Por qué has tenido que insistir? —le grité fuera de mí—. ¡Lárgate! ¡Me oyes! ¡Lárgate! —aullé. Él me cogió y me apretó contra su cuerpo.

—Calma, calma, eh... Soy yo, estoy aquí.

—¡Y ese es el problema! ¡¿Por qué no me dejaste muerta?!

—¿Es que no te das cuenta de que no puedes vivir así? Sea quien sea el artífice de lo que ocurrió entonces y lo que está pasando ahora debe pagar por lo que ha hecho. Esto no es justo. Solo pretendo ayudarte, has de liberarte de lo que sea que te ata a esta mierda, pero no puedo hacerlo si no me cuentas de qué va todo esto. Te veo en la cara que para ti no es agradable, que vives en un infierno; aunque no lo creas y aunque me mintieras sobre tu vida, te conozco lo suficiente para saber que sufres. Déjame acabar con tu condena —supliqué.

—No puedo —rompí a llorar contra su pecho, estaba al límite de mis fuerzas. ¿Cómo podían empeorar las cosas? Si no hablaba, quizá fuera todavía peor, no podría prevenirlo, la situación se había desbordado y ya no me sentía segura ni obedeciendo.

—Por supuesto que puedes, ¿desde cuanto llevan haciéndote esto? —Pensé...

—Desde la universidad, antes no fui tan consciente de lo que era mi vida, solo estudiaba y obedecía, nada más. Tampoco es que después las cosas cambiaran demasiado. Cuando terminé

mis estudios, me dieron la primera misión, que fue infiltrarme en Genetech. Dylan, te lo ruego, las cosas pueden ir a peor, tengo mucho miedo; si alguna vez me quisiste, vete, cuida de nuestros hijos, sé feliz. Yo no puedo salir de esto y no quiero ponerlos en más peligro del que ya estáis.

Él me apartó un poco y me tomó del rostro con determinación.

—Vas a salir de esto, te lo prometo, yo voy a cuidar de ti a partir de ahora, igual que lo habría hecho en el pasado si me lo hubieras contado. No permitiré que nadie te dañe a ti, a Ali o a nuestros hijos. Ella ahora es de nuestra familia y tengo medios suficientes como para ponerlos un guardaespaldas veinticuatro horas si fuera el caso. No voy a dejarte aquí por nada del mundo, ya no, así que ve haciéndote a la idea. —Me acarició las arrugas de preocupación que se acumulaban en mi rostro—. Tengo a Brau rastreando la ubicación de Ali. En unos minutos seguro que da con ella. En cuanto lo hagamos, la sacaremos de donde esté, iremos a por vuestros pasaportes, cogeréis lo imprescindible y regresaremos a Brisbane.

—No nos dejará, nada escapa a su control.

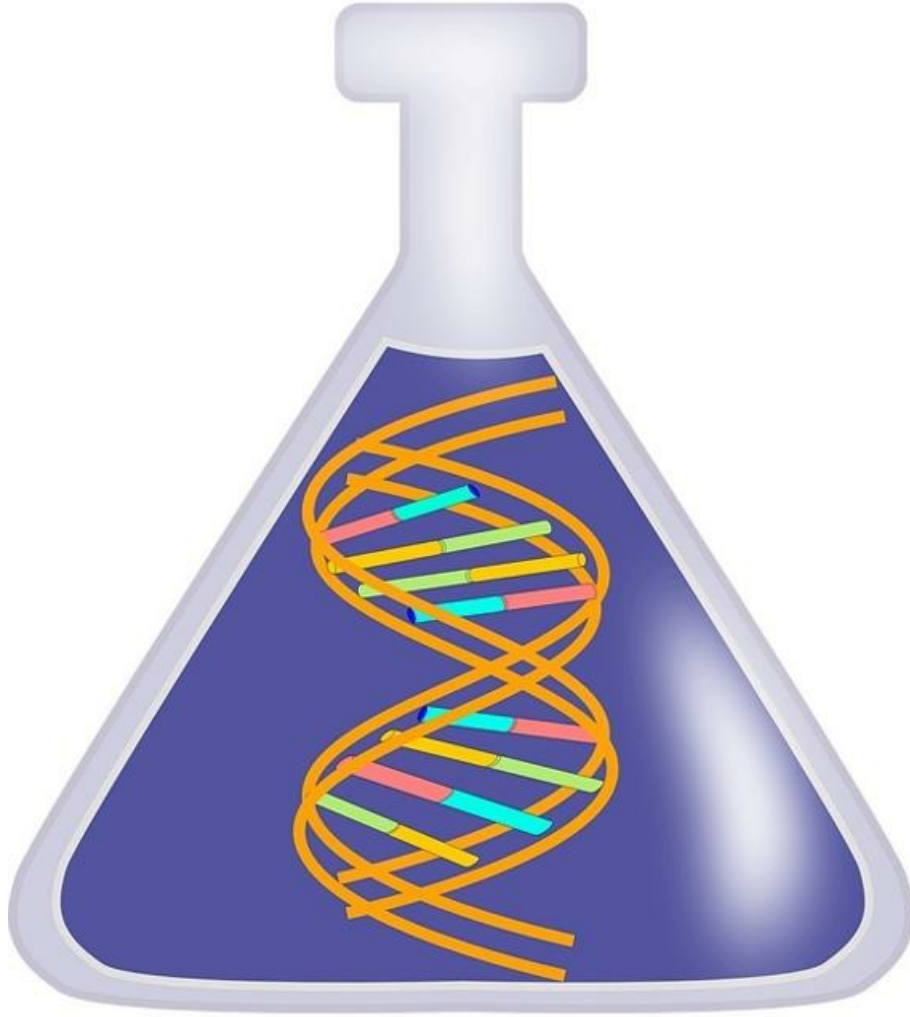
—¿De quién estamos hablando?

—¡Del hombre que nos adoptó! —dejé ir con brusquedad. El soniquete del móvil de Dylan zanjó mi declaración. Respondió rápido.

—Dime, Brau. Sí, sí, vale, mándamela. Te debo una muy grande, tío. Te dejo. Gracias. —Colgó y me miró esperanzado—. La tenemos, vamos a buscarla y te juro que os haré libres. Confía en mí. —Me besó las manos y rogué porque fuera cierto, necesitaba creerlo con todas mis fuerzas; el peso de mi carga era demasiado elevado.

Capítulo 19

Boom.



Herr Schwartz

Todo había estallado.

No es que me cogiera por sorpresa, dado cómo se habían estado desarrollando las cosas, ya tenía prevista la opción.

Me acomodé en el asiento del despacho y contemplé, con una punzada de nostalgia, el que

había sido mi hogar durante los últimos veintitrés años. No solía ser un sentimiento que me embargara muchas veces, por ello fue liviano. Tomé el móvil e hice las llamadas oportunas con diligencia, una a una.

La noticia de Katarina sobre el proyecto me hizo sonreír. Como ella misma sugirió, ganaría tanto dinero como para poder retirarme en cualquier isla paradisíaca, si es que lo deseaba. Solo debía recopilar la información de las modificaciones y presentarlas a Schumann, quien ya tenía listo el nuevo contrato, y su fortuna estaba a un clic de ser traspasada a mi cuenta de la nube en formato Bitcoin. La forma más segura para aquel tipo de operaciones.

Fui tachando de la lista las personas con las que iba contactando y cerrando asuntos pendientes. Cuando terminé la última llamada, volví a recrearme con el vídeo de Katarina y Miller follando, en aquel sofá cutre del minúsculo piso de estudiantes que había rentado. Mi mano ganó velocidad cuando aparecieron los vendajes, hasta ahora ocultos por las medias. Cuánto había disfrutado del vicio de Kata por el dolor. Ella llevaría mi marca para siempre, cada vez que mirara sus muslos y recorriera las cicatrices, recordaría lo que hice con ellas.

Me corrí cuando vi la mano de Dylan acariciar el vendaje. Derramé el semen contra el suelo manchando parte de los dedos. Me limpié con los pañuelos de papel que solía tener encima del escritorio, listos para ser usados en momentos de necesidad, como era el caso. Los lancé en la papelera hechos una bola para guardarme la polla en los pantalones. Sería la última vez que lo hiciera allí.

Siempre fui por delante de ellos. Desde el momento en que supe que teníamos a Dylan dentro, me anticipé; hice colocar cámaras y micros en su apartamento. Escuché cada conversación, supe cada paso que iba a dar incluso antes de que lo pensara. Dejé que su *hacker* viera lo que yo quería, no era malo, solo que yo tenía contratado al mejor. Hace tiempo aprendí que la única manera de ser el mejor era contando con los mejores a tu alrededor. Ese aprendizaje se lo debía a la querida madre de Dylan, ese era el único modo en que las cosas salieran como pretendía.

«Ten cerca a tu enemigo y así lograrás la victoria. Conoce sus flaquezas, sus decisiones, sus anhelos más profundos y lograrás dominarlo por completo». Ese era un gran consejo.

Mi móvil sonó, era mi mano derecha anunciando que todo estaba listo. Miré el reloj. En media hora, los laboratorios en los que había trabajado Katarina iban a sufrir un pequeño incendio; conociendo la cantidad de productos inflamables que había dentro, seguramente estallarían por los aires llevándose alguna que otra vivienda de alrededor. Daños colaterales.

Nunca estuvieron registrados a mi nombre, de hecho, nadie lo conocía, ni siquiera los que se creían mis amigos. Había cambiado tantas veces de identidad, que yo mismo llegué a dudar de quién era en realidad.

Mis negocios estaban a nombre de sociedades para las que utilizaba hombres de paja. En Darmstadt se me conocía como Herr Ludvic Schwartz. La adopté cuando me vendieron el cadáver de aquel hombre sin familia a buen precio. Un puto borracho que nadie había reclamado y que yo tenía en un arcón de congelación esperando a que llegara su momento. Me hice unos implantes dactilares con sus huellas, que utilizaba cuando lo requería.

Era momento de sacarlo de su letargo, y que se quemara junto a la casa... No iba a dejar un solo cabo suelto. Todo estaba meticulosamente pensado. Aproximadamente, en una hora, el mismo pirómano vestido de negro que captarían las cámaras ubicadas frente a los laboratorios entraría aquí, cargado con unos cuantos bidones de gasolina. Antes de hacer arder la vivienda, apuñalaría a Herr Schwartz, así fue como falleció el auténtico, fruto de una pelea de sin techos. Todo apuntaría a que el artífice era algún empleado descontento. Me aseguré de ello despidiendo a unos cuantos trabajadores del laboratorio clandestino hará una semana, padres de familia,

alguno con antecedentes. Despidos improcedentes por los que había recibido más de una amenaza. Me froté las manos y sonreí, tocaba la siguiente puesta en escena.

Llamé a la cocinera y la chica del servicio, les di el resto del día libre, les comenté que un extrabajador iba a venir a verme, que estaba un pelín molesto y prefería recibirlo sin que ellas estuvieran presentes para no incomodarlas, incluso les di dinero por si les apetecía ir a cenar por ahí. Aceptaron encantadas. Con aquel movimiento, reforzaría mi coartada.

Tuve el tiempo suficiente para hacerle una videollamada a Schumann, decirle que mi hombre iba en camino para entregarle el proyecto definitivo, estampar mi firma digital en el contrato a la espera de que él hiciera lo mismo con la suya y sus bitcoins volaran a mi cuenta.

Cuando vi que mi cuenta corriente ascendía, media hora después, llené una copa de Louis XIII y la alcé para brindar. «Jódete, Patrice Miller, te he ganado la partida».

Katarina jamás superaría la desaparición de Alina, se culparía por no haber cumplido nuestro trato y después culparía a Dylan. Su relación haría aguas y fracasaría. El hombre más feliz del mundo sería un desgraciado. Pobre Patrice... Un bebé muerto, un hijo que la había defraudado y su ojito derecho, presa de la infelicidad. ¡Qué injusta era la vida para algunos!

Vací la copa y oteé por última vez la estancia, pasé por la habitación de Katarina y me permití el capricho de guardarme los cilicios, que tan buenos momentos me habían dado, como recuerdo.

Sus muslos llevarían la marca de mis cicatrices para siempre. Nunca podría dejar de pensar en mí, la había atado para siempre a mi recuerdo.

«Adiós, Darmstadt; adiós, Katarina y Alina, que la Tierra os sea leve, porque vais a morir en vida».



Dylan

Había hecho una promesa y yo era de cumplirlas, aunque no iba a negar que no las tenía todas conmigo.

Corinna y los hombres que venían con ella, que resultaron ser un escultor y un modelo, llamados Jen Claude y Armand, dijeron que se sumaban.

El modelo fue poli un par de años, lo que nos daba cierta ventaja, y dijo poder llamar a un amigo alemán para que nos mandara una patrulla sin hacer demasiadas preguntas. Justo lo que necesitábamos.

Le di la ubicación a Corinna, dado que yo no podía mirar el GPS conduciendo la moto. Ella era la encargada de llevarnos a destino, y si pensaba que iba a comportarse como una mujer prudente al volante, me equivocaba.

Fui quemando rueda, hasta llegar a lo que parecía un hangar. Había dos naves, una pista de aterrizaje y algunos aviones privados en las inmediaciones.

Varias torres altas lo iluminaban. Para acceder era imprescindible que el vigilante, apostado en la caseta de acceso, levantara la barrera. Aparcamos los vehículos en un descampado que quedaba a pocos metros.

—¿Cómo lo ves? —le pregunté a Armand, quien había descendido del coche junto con los otros dos integrantes.

—Pues jodido para acceder. Si te fijas, todo el perímetro está vallado. Tenemos dos opciones: o esperamos a que llegue el coche patrulla y que ellos ejerzan presión para entrar o le damos un buen motivo a ese hombre para que nos deje acceder —aclaró, apuntando hacia el guardia.

—¡No tenemos tiempo que perder! —exclamó Kata desencajada—. No podemos esperar a nadie, ¿y si despega el avión mientras estamos aquí fuera? ¿Y si están torturando a Alina?

—Shhh —intenté calmarla, arropándola entre mis brazos.

—Estoy de acuerdo. —Corinna frunció el ceño y miró la puerta con determinación—. No vamos a quedarnos de brazos cruzados. Dejarme a mí, sé actuar bajo presión y tomar decisiones rápidas. Hacedme caso y no titubeéis.

—Pero ¿tienes un plan? —inquirí agitado.

—Nací con un plan bajo el brazo.

La morena se enfiló con determinación hacia la caseta, solo esperaba que fuera lo suficientemente buena como para convencer a ese hombre de que nos dejara pasar.

Fuimos tras ella pisándole los talones, casi parecía el séquito de una persona perteneciente a la realeza y lo cierto era que a presencia y empaque no ganaba nadie a Corinna.

Llegamos al puesto, El hombre estaba mirando un televisor portátil y comiéndose un bocadillo bastante completo para cenar. Tenía una cerveza sin alcohol abierta y un ejemplar de la revista *Kicker Sportmagazin*, la más famosa de deportes en Alemania.

—Hola, buenas noches, Herr Schmidt —leyó Corinna en su identificación.

—Buenas noches —respondió el hombre, adoptando una postura más oficial limpiándose las migas de la boca.

—Soy Corinna Weiß, representante del señor Armand Moreau en Frankfurt —señaló al imponente rubio de dos metros que miró con una sonrisa taciturna al guardia, al que parecía habersele encallado el último bocado—. Ellos son parte del equipo que acudirá mañana a esta misma hora para la sesión fotográfica.

—¿Qué... Qué sesión? —dudó el hombre.

—No me diga que su jefe no le ha comentado nada. Por el amor de Dios, ¿es que nadie sabe hacer algo bien en esta ciudad! —exclamó, poniendo los brazos en jarras—. «La sesión de mañana» —remarcó, apuntando la mirada hacia el hombre con fijación—. No es cualquier sesión, es «la sesión». Y no voy a permitir que salga mal porque un jefe no haya avisado a su empleado de que hoy íbamos a venir a calibrar el escenario y la iluminación. —Puso los dedos pulgar e índice de cada mano formando un cuadrado, por el que miró guiñando un ojo. El pobre Schmidt trataba de ver lo que ella intentaba captar entre sus dedos.

—Di... Disculpe, pero no la pillo —respondió. Corinna dejó caer los brazos con pesadez.

—A ver si lo entiende así... —bajó el tono a uno más gutural—. Nuestra querida canciller quiere salir bien en las fotos con Armand, este reportaje tiene que rozar la excelencia. Su hangar saldrá en el último número del *Der Spiegel*. —El hombre tragó con dureza—. ¿Sabe lo que eso significa? Una tirada de más de un millón de ejemplares que seguramente se agotará el primer día. Esa publicidad no se paga Herr Schmidt, su jefe tendría que vender parte de este sitio para poder hacerlo.

—Pero nadie me ha dicho nada...

—Puede que su jefe haya querido ser discreto, Angela... —emitió una risita díscola—. Perdón, nuestra canciller pidió máxima discreción, tal vez su jefe no creyó oportuno avisarlo y pensó que solo le haría falta mi reflexión para dejarnos pasar.

—Pe... Pero una de las normas es que no entra nadie que no tenga autorización. Él siempre me avisa de todo. —La agente de Alina movía el pie con disgusto.

—Si su preocupación viene dada porque interfiramos con el trabajo de los demás, tiene que saber que no es nuestra intención. Lo único que queremos es estar seguros del tipo de equipo que deberemos traer mañana, cosas como objetivos o focos, nadie se enterará de que estamos aquí, seremos como fantasmas.

—Yo no puedo dejarlos pasar sin autorización —repitió agobiado.

—¿Está diciéndome que prefiere que la canciller aparezca con más arrugas que su camisa, que no saquemos una buena calidad en las imágenes, porque su jefe no creyó que fuera capaz de no dejarnos pasar? —Sacó el móvil—. No esperaba tener que hacer esto, pero... No está dejándome más remedio. Voy a llamarlo, seguro que le encanta que lo haga a estas horas, en pleno domingo, cuando debe estar cenando, y todo por su ineptitud laboral. Si yo fuera su jefa, se llevaría una buena sanción. —Dirigió el terminal hacia abajo e hizo ver que marcaba.

El hombre nos miró uno a uno.

—Puede que se le haya pasado, solo llevo tres días trabajando aquí y estoy a prueba, no quiero liarla. —Corinna se detuvo y se apoyó contra la ventana abierta de la garita. El guardia sudaba y eso que la noche estaba fría.

—Entonces, déjenos entrar un momentito, Herr Schmidt, y le garantizo que su puesto no correrá peligro y le hablaré maravillas a su superior. ¿Sí? —El hombre asintió y Corinna guardó el teléfono.

—Adelante, chicos, estudiad bien cada detalle de la localización, no quiero que nadie respire, Herr Schmidt ha depositado en nosotros su confianza y debemos cumplir —comentó Corinna con total seguridad mientras la barrera se alzaba—. Muchas gracias, Herr Schmidt, le diré a su jefe que no dude en renovarlo, o tal vez le haga yo misma una proposición para que sea mi guardaespaldas. —El hombre babeaba, Corinna lo había hechizado—. Por cierto, si viene una patrulla policial, levante la barrera de inmediato, ellos son los encargados de evaluar la seguridad de la canciller para mañana. Muchas gracias.

—De nada señorita, Weiß.

En cuanto nos alejamos unos pasos, le susurré a Corinna:

—Voy a contratarte para los laboratorios en Brisbane de asesora comercial, o de relaciones internacionales, ya lo veremos... Eres mi ídola.

—Antes de ser representante, trabajé de teleoperadora comercial en telefonía, eso te curte mucho. ah, ¡y también hacía teatro en un grupo *amateur*!

—Eso explica muchas cosas...

Frente a nosotros estaban las dos edificaciones construidas en ladrillo rojo, eran de dimensiones similares. Hicimos lo más práctico, dividirnos en dos grupos. Kata y yo entramos en la construcción de la derecha y ellos tres en la de la izquierda.

El lugar era amplio, espacioso y albergaba un avión en su interior. Escudriñamos cada rincón en busca de lo que fuera, pero no había nada, era bastante diáfano. Decidimos subir al avión y recorrerlo por completo.

Nada.

—Puede que esté en el otro edificio —le sugerí a Kata—, vayamos a ver si los demás han tenido más suerte.

—¿Y si ya se la han llevado?

—No ha pasado tanto tiempo, seguro que está todavía aquí, no pierdas la esperanza. —Besé su frente y le di un sentido abrazo.

Escuchamos un avión arrancar. Katarina abrió mucho los ojos.

—¿Y si están llevándosela ahora?, ¿y si va en ese?



Alina

Un dolor palpitante golpeaba mi sien, quise alzar la mano para palparme la cabeza. No pude, seguía maniatada, aunque ya no estaba en aquella especie de almacén.

Tenía sed, frío y, aunque me habían cubierto con una manta, seguía en ropa interior.

Estaba sentada en una butaca, miré a la derecha, había otra chica en unas condiciones similares a las mías, no dejaba de llorar, parecía muy joven y desesperada. Ojalá hubiera podido calmarla, decirle que estuviera tranquila, que iba a ayudarla, aunque fuera mentira porque ni yo misma sabía cómo podría salir del embrollo en el que me había metido sin comerlo ni beberlo. Había sido engañada con el truco más viejo del mundo, solo a mí se me ocurría picar. Debería haber sospechado al ver el aspecto de matón de aquel tío. Nunca había sido de prejuzgar, Kata me decía que era demasiado confiada, y ahí tenía el resultado, me habían secuestrado y no tenía ni idea de quién o el porqué.

A mi izquierda había una ventanilla, por la forma y el lugar en el que estaba sentada, comprendí que me encontraba en el interior de un avión. ¿Adónde me llevaban? Tenía que escapar como fuera.

Estiré un poco las piernas, las sentía entumecidas al igual que los brazos. La sangre no me circulaba bien, tenía la yema de los dedos como carámbanos de hielo. Intenté mantener el riego agitando las extremidades.

Oí a un hombre gritarle a una chica que se callara en bosnio y dirigirse a ella como puta. Después, un lanzamiento húmedo. ¿Le habría escupido?

«Céntrate, Alina». Necesitaba ubicarme. Apenas recordaba nada, solo el tatuaje del hombre que hizo que me acercara al coche con un falso pretexto, nada más. Unos pasos fuertes se aproximaron hasta mí, no me dio tiempo a decidir si era mejor hacerme la dormida o no. El hombre se cernió acaparando mi espacio visual con una mueca despiadada.

—Ya era hora, puta. ¿Te ha gustado la siesta? Seguro que sí, haces cara de descansada. —Acercó los dedos y me palpó el lateral de la cabeza. Ahogué un gemido de dolor contra la mordaza—. A las chicas malas les pasan cosas feas, harías bien en recordarlo si quieres mantenerte de una pieza. No estuvo bien que intentaras deshacerte de las ataduras, este es tu premio. —Volvió a presionar y yo a aullar—. ¿Ves? —Tenía tantas preguntas. No podía hacer ninguna. El hombre, que iba rapado al uno, poseía unas gélidas pupilas desprovistas de alma. Descorrió la manta para ver mi cuerpo.

»Eres un buen género, algo mayor para lo que suelen pedir, pero compensa lo guapa que eres. —Sostuvo un mechón de mi cabello entre sus dedos y lo olió. Su aroma a sudado me tiró para atrás. Jaló de mi melena hacia su rostro, apoyando la nariz torcida contra la mía—. Tu pelo y tus ojos le volverán loco. También esto... —Magreó una de mis tetas y yo me agité. Rio ronco—. No va a servirte de nada que te opongas, ya te han comprado, nunca vas a volver aquí. —Abrí los ojos con desmesura. «¿Me habían comprado? ¿Cómo que me habían comprado? ¿Quién?». Tenía las mismas ganas de preguntar que de huir. El lugar en el que estábamos se movió. Oí alaridos a mis espaldas. Mi captor separó el rostro del mío y dio un grito para hacer callar al resto de pasajeras. Volvió la atención hacia mí—. Descansa, el viaje va a ser largo, tienes mi promesa de

que nadie te dañará a no ser que nos pongas las cosas difíciles. Sé buena y yo lo seré contigo. — Recolocó la manta—. Espero que te guste el calor, donde vamos siempre brilla el sol. Y ahora voy hacer de tu viaje un suspiro. —Sacó una jeringuilla y me la clavó en el cuello. El mundo perdió el color.



Dylan

Salimos corriendo fuera, mirando a un lado y a otro. Corinna, Armand y Jean Claud salieron al mismo tiempo que nosotros, los miré de manera interrogativa y lo único que logré fue una negación. ¡Mierda!

—¡Detengan ese avión! —gritó Katarina, echándose a correr por la pista. Así no iba a llegar a ninguna parte. Miré a mi derecha, había uno de esos cochecitos portaequipajes con unos trabajadores charlando al lado del vehículo.

Ni me lo pensé, salí a la carrera, me subí al carrito de un salto y di gracias porque llevara las llaves puestas. Armand, al ver mis intenciones, dio varias zancadas para interceptar a los trabajadores y que no me impidieran mi hazaña a lo *Misión Imposible*.

Arranqué y pisé el acelerador ganándome los improperios de los currantes que temían por su puesto de trabajo.

Fui todo lo rápido que daba esa cosa, a ver, seamos francos, rápido, rápido no es que fuera, que la velocidad punta estaba en los cuarenta kilómetros hora, aun así, iba a mayor velocidad que las piernas de Katarina, a quien no me costó adelantar. Lo hice gritándole un «déjame a mí». Necesitaba demostrarle que haría lo que fuera por ella. Vale, puede que me estuviera flipando demasiado, teniendo en cuenta que me enfrentaba a un puto avión, pero... Quien no arriesga no gana.

Las luces de la pista se habían encendido para el despegue, la aeronave empezaba a coger velocidad. «Tengo que llegar, tengo que llegar... ¡Puto carrito de los helados!», pensé, mirando la aguja que marcaba la velocidad pedo a la que iba.

El sonido de una sirena y un coche patrulla adelantándose por la derecha no me hizo aminorar, solo suspirar aliviado. Los refuerzos habían llegado. La policía acababa de rebasarme sin mayor dificultad. Gritaron algo por el megáfono, imaginé que les pedía que se detuvieran, pero el piloto no hizo caso. El coche policial dio un último acelerón y en un acto heroico se cruzó en mitad de la pista de despegue ejecutando una maniobra perfecta. «Hostia puta, estos tíos sí que son los de *Misión Imposible*».

Los agentes salieron de sopetón, se afianzaron tras la carrocería y apuntaron con sus armas al pájaro de metal que pretendía alzar el vuelo.

Bajo la amenaza de los agentes, el avión no tuvo más remedio que frenar.

Oí los silbidos y aplausos a mis espaldas. Pertenecían a Corinna, que chiflaba con los dedos en la boca para halagar la actuación de los cuerpos de seguridad alemanes. Hasta yo tenía ganas de aplaudir como si mi equipo hubiera ganado la liga. Menudo coraje.

Los polis obligaron al piloto a abrir la compuerta para acceder al interior del avión privado. Frené y di marcha atrás esperando que Kata me alcanzara. Una vez estuvimos montados, con la esperanza oscilando en nuestras pupilas, la besé. Nos abrazamos aliviados y recorrimos la

distancia que nos separaba del coche patrulla.

—Tranquila, ¿vale? Dejemos que la policía haga su trabajo. —Ella asintió. Esperamos con el corazón en un puño viendo cómo los ocupantes descendían uno a uno.

Piloto, copiloto, azafata, dos armarios roperos con pinganillo incluido, cara de pocos amigos y pinta de MIB echaron la vista atrás. Y, finalmente..., dos mujeres.

Tanto yo como Kata abrimos mucho los ojos, esperando ver a Alina en ellas, aunque su altura, su estructura ósea y su cara no se correspondían. Los últimos en bajar fueron los agentes, rojos como guindas.

La realidad siempre superaba la ficción con creces. La mismísima Angela Merkel y su asistente personal eran quienes estaban descendiendo, escoltadas por los policías.

Miré a Kata incrédulo, si me pinchaban, no me sacaban sangre. Ella parecía descorazonada.

A los agentes iban a darles un buen tirón de orejas por nuestra culpa, acabábamos de fastidiarles el despegue a la canciller alemana.

Tal y como nos enteramos después, la Merkel fue de incógnito a Frankfurt para desconectar. Había accedido al hangar montada en un coche de cristales tintados. Nadie sabía que estaba en aquel avión.

Teníamos a la mismísima presidenta de Alemania, y de Alina, ni rastro.

Kata, quien se había puesto de pie para ver mejor, cayó desplomada sobre el asiento deshecha en lágrimas. La dirigente, a quien los agentes habían puesto al corriente sobre el motivo de la intercepción, nos miró con fijeza bajando las escaleras. Saltándose cualquier protocolo de seguridad, no dudó en acercarse a nosotros.

Envolví a Kata entre mis brazos intentando darle unos ánimos que no le llegaban. La canciller se posicionó frente a nosotros y nos pidió si podíamos acompañarla al avión para tener más intimidad.

Era imposible que nos negáramos. Ayudé a Katarina a descender, estaba temblando como una hoja y no dejaba de llorar. La presidenta les hizo un gesto a sus hombres para que nos dejaran a solas y no entraran en el avión.

Cuando alcanzamos el interior, la canciller le ofreció a Kata un botellín de agua y unos pañuelos de papel en cuanto nos acomodamos.

Le pidió que se tranquilizara y le relatara con pelos y señales qué había ocurrido.

Pensé que ni podría vocalizar dado su estado nervioso. Lo hizo. Tras varias respiraciones profundas, halló la templanza donde solo había desasosiego. Le explicó que creía que un grupo de albano-kosovares había secuestrado a su hermana para introducirla en una red de trata de blancas, que tenía motivos fundamentados para pensar así. Que llevaba años sufriendo amenazas por parte del hombre que las crio a ella y a su hermana, y que Alina había desaparecido aquella misma tarde sin dejar rastro. El último dato que tenía era aquella posición de su teléfono móvil. Por eso habíamos intentado detener su avión.

La canciller escuchó con atención cada palabra envuelta en desconsuelo. Acarició la mano de Katarina por encima de la mesa en un ejercicio de empatía y le dijo que haría todo lo que estuviera a su alcance para encontrarla, que dispondríamos de todos los medios para dar con Alina y acabar con aquella red de proxenetas que actuaba en Alemania.

Nos dejó acomodados en el asiento y ella se acercó a la puerta del avión para llamar a su equipo personal de seguridad, les pidió que registraran palmo a palmo las instalaciones junto con los policías por si seguían allí.

Nos dijo que exigiría un informe completo sobre los vuelos que habían despegado desde el hangar y el destino hacia el que se dirigían. Lo quería absolutamente todo, no estaba dispuesta a

que situaciones tan atroces sucedieran en su país.

No dudó ni un ápice sobre la versión de Katarina, le prometió mover cielo y tierra para dar con Alina y el hombre que les había hecho eso. Quería que el padre adoptivo de Kata fuera detenido para dar todo tipo de explicaciones.

Dijera lo que dijese la canciller, nada podía consolar a Kata, que estaba deshecha.

Llamé a Brau para que intentara volver a localizar el móvil de Ali. La respuesta vino en forma de mala noticia.

—Lo siento, tío, se ha esfumado. —Kata, que escuchó mi pregunta y leyó la respuesta en mi cara, gritó sin control.



Katarina

Me gustaría decir que aquella noche las cosas se solucionaron, pero solo fueron a peor.

Por mucho que intenté controlarme, sufrí un ataque de pánico después de que Dylan colgara el teléfono y me dijera que la señal se había perdido.

Me dio igual estar con la presidenta de Alemania, haber detenido su avión o que la policía llegara a apuntarla con sus armas. Todo me importaba una mierda, mi peor pesadilla, aquello a lo que siempre había temido, acababa de ocurrir y no había podido hacer nada para impedirlo.

Daba igual todo lo que había llegado a sacrificar, mi propia vida, la de mis hijos o la de Dylan. Ali ya no estaba, mi hermana pequeña había sido vendida y no teníamos ni idea de a quién. Solo Herr Schwartz conocía su paradero y dudaba mucho que fuera a revelárnoslo. No tenía pruebas, solo mi palabra, nunca grabé sus amenazas o nuestras conversaciones como salvaguarda. Debería haberlo hecho, debería haber alejado a todo el mundo de mí. Si hubiera cumplido con mi parte del trato, ahora no estaría así.

—Llévame a casa —le pedí a Dylan—, tengo que hablar con él, necesito que me devuelva a mi hermana. Ella no puede, ella... —Estaba hiperventilando. Iba a prometerle mi vida si hacía falta, lo que fuera con tal de rescatar a Ali.

—Cálmese, Katarina, por favor —me pidió la canciller—. Si piensa que el hombre que las adoptó puede estar involucrado, lo más prudente es que los agentes que han refrenado mi partida la acompañen y lo interroguen —murmuró cauta. Tenerla cerca impresionaba, aquella mujer dirigía el país con mano de hierro, verla comportarse de un modo tan empático era sobrecogedor.

—Gracias, no sé si es lo mejor...

—Créame, lo es. Mi deber como dirigente es tomar decisiones y proteger a los ciudadanos. Estoy en mi puesto por la confianza que han depositado en mí. Le he dicho que la ayudaría y lo haré. Me tomo muy en serio mis promesas. —Asentí. Puede que debiera sentirme emocionada por un privilegio así, ahora mismo no podía, la situación me sobrepasaba—. Facilítele su teléfono a mi asistente, estaremos muy pendientes en todo momento del caso de su hermana. Permítame que les acompañe abajo y hable con los agentes.

—Por supuesto. —Dylan y yo le ofrecimos un ligero cabeceo y descendimos del avión. Todos nos observaban curiosos.

Mientras la canciller ponía orden, yo era incapaz de dejar de temblar. Saqué el móvil y marqué el número de Herr Schwartz.

—Necesito hablar con él —le dije a Dylan.

—Por supuesto, haz lo que creas.

Estaba apagado. Él nunca lo apagaba, era un maniático de esas cosas, necesitaba estar localizable las veinticuatro horas.

—No da señal —musité estrangulada.

—Igual lo ha apagado para que no lo molesten.

—Imposible, no le conoces, él jamás hace eso. Tenemos que ir a casa ya. —Corinna se nos acercó al ver mi cara desencajada.

—¿Qué pasa?

—Todavía no lo sé, pero seguro que es algo malo. Tengo que regresar a Darmstadt.

—Los polis quieren que antes pases por comisaría para poner una denuncia.

—No tengo tiempo, ¿no puedes hacerlo tú?

—Kata, respira —me dijo Dylan—. Hablaremos con los agentes, les diremos que después de ir a casa pondremos la denuncia pertinente. ¿Te parece?

—¡Yo solo quiero encontrar a Ali! —exclamé hipando.

—Lo sé, y tienes mi palabra y la de la presidenta de que lo haremos. Solo necesito que respires y te calmes, si te da un ataque de ansiedad, tendré que llevarte al hospital y ninguno de los dos quiere eso, ¿verdad?

—No, al hospital, no.

—Bien, pues vamos a calmarnos, ponemos rumbo a tu casa y vemos si damos con el cabrón que os crío.

Apenas estuve pendiente de las palabras de Dylan o de Corinna. En mi cabeza lo único que veía era el rostro sonriente de Ali convirtiéndose en uno de total decepción. ¿Cómo podía haberle fallado de esa manera? «Por puro egoísmo», me respondí a mí misma. «Te cegaste con Dylan, no lo apartaste a tiempo y ahora estás cosechando las consecuencias de tus actos».

El viaje de vuelta lo pasé sumida en un aluvión de autocríticas. Nadie podría convencerme de que lo ocurrido no había sido culpa mía...

Cuando llegamos a la ciudad, vimos dos columnas de humo enroscándose hasta el cielo. Poco importaba que fuera de noche, se distinguían con total claridad, y conforme más nos acercábamos a casa, el olor a humo se hacía más intenso.

No podía ser. No podía... Mi calle estaba cortada, un gran incendio devoraba la que había sido mi casa, porque llamar hogar a aquel sitio se quedaba muy grande. Los bomberos trataban de apagar las llamas que estaban devastándolo todo.

Los vecinos se mantenían a una distancia prudencial, algunos envueltos en batas y con el pijama puesto. La virulencia del incendio los había pillado por sorpresa. Estaban preocupados por la suerte que podrían correr sus domicilios. Dylan se giró para ver cómo las lágrimas fluían por mis mejillas algo hundidas. Registré cada una de aquellas caras que tan bien conocía. No había rastro del hombre que nos adoptó.

Miré al cielo, sabía cuál era el origen de la segunda torre de humo, Herr Schwartz se había encargado de convertirlo todo en cenizas. Ni siquiera me quedaban las fotos o los recuerdos. La nada era mi único asidero.

—¿Ves al hombre que os crío? —preguntó Dylan. Negué contra su espalda.

—Esto ha sido cosa suya, estoy segura. Ha sido su toque de gracia, un mensaje. Ya no tengo nada, Dylan, ni un techo en el que refugiarme.

—Te equivocas —me corrigió, tirando los brazos hacia atrás para apretarme contra el calor de su cuerpo—. Este fuego que hoy ves aquí representa el inicio. Todo lo malo que ocurrió allí

dentro ha sido reducido a cenizas. Vamos a crear una nueva vida juntos, ya nada te ata a este lugar. Eres libre.

—¿Y qué ocurre con mi hermana?

—No tiene nada que ver una cosa con la otra. Aunque tenga que remover cielo y tierra, daré con ella igual que hice contigo.

»Hoy no es un buen día porque tu hermana ha desaparecido, pero pronto te darás cuenta de que hasta de las peores experiencias surgen los mejores motivos. No te rindas, Kata, vamos a luchar unidos.

El coche patrulla que nos seguía desde Frankfurt se detuvo a nuestro lado. Preguntaron por el incendio y les comenté que era mi casa, que de Herr Schwartz no había rastro entre los vecinos. Se ofrecieron a preguntar. Veinte minutos más tarde, regresaron hasta nosotros, nadie lo había visto. Me sugirieron que fuera a comisaría.

—Se quedará conmigo —les aclaró Dylan sin un ápice de duda—. ¿Te ves con fuerzas para ir a comisaría ahora? —cuestionó preocupado. Las arrugas se le arremolinaban en los extremos de los ojos.

—Tengo que hacerlo, no puedo perder tiempo.

—Muy bien, recuerda que no estás sola y que yo estaré aquí siempre. Sé que eres una mujer muy fuerte, que has sostenido el peso de tu pequeña familia desde que te arrebataron a tus padres, y eso es admirable. Sin embargo, no es malo apoyarse en alguien, pedir ayuda cuando nos hace falta, y si me aceptas, haré lo posible para respaldarte en cada decisión que tomes. Quiero sumar contigo, Kata.

Sus palabras me conmovieron, aunque era incapaz de llenar con ellas el vacío de mi pecho.

—Gracias, Dylan, de verdad. Me gustaría decirte otras cosas, pero ahora no puedo, estoy demasiado destrozada.

—Lo entiendo, tómate tu tiempo, no tengo prisa, llevo esperándote seis años, no me importa hacerlo unos días más.

Miré por última vez aquella estructura bañada en los colores del otoño apagados por el agua. Aspiré el aroma a pasado quemado y me abracé. «¿Dónde estás, Ali?».



Capítulo 20

El futuro es nuestro.



Dylan

Llevábamos dos semanas de búsqueda infructuosa.

Ver cómo Kata se consumía no era plato de buen gusto y me hacía sentir vulnerable, con miedo. Uno que se enroscaba en forma de preguntas sin respuesta, de los que se esconden en el fondo del armario y esperan a que la oscuridad se cierna sobre ti para aparecer.

No habíamos vuelto a intimar. Katarina pasaba las noches prácticamente en vela, envuelta en la condena del no saber. Dos ojeras violáceas copaban la mitad de su cara. Las mejillas se hundían bajo su piel, que tomaba la consistencia de aquellos papelitos casi translúcidos que se encuentran en los librillos de los que fuman tabaco de liar. El poco alimento que ingería no era suficiente. Si se llevaba algo a la boca, era porque la obligaba, la mitad del tiempo se lo pasaba

desmenuzando la comida, deconstruyéndola para fingir que tomaba algo.

Y la comprendía tanto que no podía juzgarla.

Su malestar era el mismo por el que yo pasé cuando imaginé mi vida sin sus dientes clavándose en mi piel, deseando que el destino me llevara junto a ella, aunque eso me supusiera perderme en el camino. Quise morir, dejar de respirar para volver a encontrar mi reflejo en su mirada tras un beso que nos había robado el aliento. Me contuve por mis hijos, aguanté por ellos. Pasé por todas las etapas del duelo que implicaban la pérdida de un ser querido, y cuando me creí, más o menos, en calma, mi cerebro hizo clic. Me di cuenta de que algo no encajaba, creí volverme loco cuando la lucidez me alcanzó en un acto que muchos calificarían de iluminación divina, y no paré hasta dar con la verdad, la que la trajo de nuevo a mi vida. En su caso era peor, porque al principio yo sí creí que había muerto, que no había nada que pudiera hacer por recuperarla, mientras que Katarina sufría otro tipo de tormento. Ella sabía que su hermana seguía con vida y no tenía ni idea de lo que estaba sufriendo, aunque podía intuirlo.

Lo que les ocurría a las mujeres que eran captadas por una red de trata de blancas era un secreto a voces. Pensar en Alina siendo abusada, prostituida, vejada o incluso golpeada me hacía hervir por dentro. No lo merecía, ¡joder! Ella se había portado de puta madre conmigo, adoraba a Kata y ella a Ali. Ninguna merecía que la vida las tratara tan injustamente.

Espoleé a Brau para que consiguiera cualquier resquicio, cualquier dato. Que se colara en la *dark web* y rastreara la imagen de Alina, por si alguna mafia la colgaba. Nada, se había evaporado como una mota de polvo en un desván cerrado.

Mi madre me llamó unos días después hecha un basilisco. Los alemanes habían roto el acuerdo y firmado con la competencia. Me presionaba para que volviera y la ayudara a poner las cosas en su sitio, quería demandarlos hasta las últimas consecuencias por incumplimiento de contrato, y ellos se acogían a no sé qué cláusula para rescindirlo. Además, estaba la promesa que les había hecho a mis hijos. No podía quedarme más tiempo en Alemania y decepcionarlos.

Cuando hablaba con mi familia, lo hacía a solas. Intenté mantener a Kata al margen de los problemas de los laboratorios, eso solo acentuaría su carga y la haría sentir peor. Ahora necesitaba recuperarse y no una piedra más en su ajada mochila.

El mismo domingo de la desaparición de Ali, cuando regresamos a casa tras poner la denuncia, el padrino de Kata la llamó al móvil, alegando que habían visto lo del incendio en las noticias y había reconocido su casa. La intención de la llamada era preguntar si todos estaban bien. Estaba preocupado porque ni Herr Schwartz ni Alina contestaban a sus llamadas.

—No disimules, tú estás al corriente de todo —lo amenazó Katarina al otro lado de la línea.

—¿De qué demonios hablas?

—Sabías lo que ocurría desde el principio, ¡tú eras su mejor amigo! ¡Su cómplice!

—¿Cómplice? Kata, te veo muy alterada, ¿dónde estás?

—¡No te importa! ¡¿Estás con él?! ¡Dile que se ponga! ¡Dile que me devuelva a mi hermana!
—chilló desenfajada. Estaba hiperventilando. Le quité el terminal para que no se alterara todavía más.

—Relájate, respira, deja que hable yo por ti —le recomendé preocupado—. Si sabe algo, lo averiguaré.

—¡Él lo sabe, Dylan! ¡Estaba al corriente de todo, estoy segura! —El cuerpo se le agitaba sin control.

—Vale, está bien, necesito que te tranquilices, que estés así no es bueno.

—¿Katarina? ¿Katarina? —Los gritos interrogantes de Mr. Becker se oían desde donde estábamos. La voz aguda de Karen, su mujer, insistía para que le contara lo que pasaba.

—Buenas noches, Mr. Becker, soy Marc Talbot. —Si le decía Dylan se hubiera quedado igual, o tal vez no...

—¿Marc? ¿Qué haces con Katarina? ¿Y Alina?

—No sabemos dónde está.

—¿Qué quiere decir que no sabéis dónde está?!

—Estaba en Frankfurt, en una exposición con su agente, y fue secuestrada.

—¿Cómo que secuestrada?! —Esa era Karen, me la imaginaba pegada al auricular de su marido. «¡Dile que vengan aquí, Alfred, que vengan!».

—Em... Karen quiere...

—La he oído. No sé si es buen momento. Kata no está nada bien y piensa que el hombre que las adoptó está detrás de la desaparición de su hermana.

—¿Se ha vuelto loca! ¡Ludvic es incapaz, se desvivió por esas crías durante años! ¡No tenían nada! ¡Se lo dio todo! Katarina tuvo los mejores profesores y Alina... —Kata se levantó como un resorte y me arrancó el teléfono.

—¿Era un monstruo! ¡Un puto monstruo! Y tú ocultabas sus pecados, te vi. Vi cómo te reunías con él y con Nikolai en su despacho.

—¿Nikolai? ¿De qué me hablas?

—¡No finjas! Os vi el último día que estuviste en casa. Y el hombre con quien tú y Herr Schwartz os encerrasteis fue mi violador en el orfanato. Jamás podría olvidar su mirada.

—¿Violador? ¿Piensas que tu padre traería a tu violador a casa? ¡Katarina, por favor!

—¡Ni Katarina ni leches! —A Kata empezó a faltarle el aire. La obligué a sentarse.

—Dame el teléfono, Kata, por favor, devuélvemelo. —Le costaba respirar, volvía a tener una crisis. Cogí una bolsa de papel que tenía en el cajón de la encimera—. Toma. Respira dentro, lento, y mírame a los ojos. Estoy aquí contigo, no voy a dejarte, nadie va a dañarte nunca más.

Mr. Becker seguía voceando. Ella miró el aparato electrónico y después a mí, estaba tan perdida, tan alterada, tan vacía, que era difícil sosegarla. Finalmente, atendió a razones, me lo cedió y se puso a hacer el ejercicio indicado en ataques de pánico.

—Vuelvo a ser yo —le indiqué a Mr. Becker—. No es buen momento para hablar con ella, ya se lo he dicho.

—Talbot, dame una dirección. Tengo que ver a mi ahijada y entender quién le ha metido esas majaderías en la cabeza.

—Mañana, yo mismo la acercaré. Iremos a su casa por la tarde, cuando haya terminado su turno de trabajo. Yo no iré a trabajar, de hecho, dejo mi puesto en la empresa. No soy Marc Talbot, me llamo Dylan Miller y soy el novio de Katarina.

—¿Qué?! ¿Cómo?! ¿Qué novio?! —O aquel hombre tenía un máster en teatro o realmente no sabía de lo que le hablaba.

—A las seis en su casa, se lo aclararemos todo. Buenas noches, Mr. Becker.

Aquella primera noche fue muy jodida, pintada en incertidumbre, insomnio, malestar y reproche. Daba igual que Kata no lo dijera, yo lo sentía ahí, fluyendo entre nosotros, distanciándonos cuando más unidos teníamos que estar. Nos culpaba a ambos, era imposible que no lo hiciera. La incertidumbre era una de las peores emociones que el ser humano debe soportar junto a la pérdida. La mente solía jugar un papel muy sucio y siempre nos poníamos en lo peor. La angustia era como la gota que no cesa, una tortura lenta, agónica, llena de preguntas sin respuesta. No era lo mismo que alguien te dejara después de una larga enfermedad. En la desaparición, no había tiempo para despedirse, ni cuerpo al que velar. El proceso de admisión de la pérdida era muy complejo, dejándote en un estado de *stand by* permanente, congelándolo todo

a tu alrededor, impidiéndote avanzar en el camino de la aceptación.

Aquella noche no cenamos, hubiera sido imposible hacerlo.

Llamé a mi vecina para pedirle un par de infusiones y regresar al piso con ellas. Fue lo único que toleramos antes de meternos en la cama.

Brau me llamó, quiso saber si teníamos noticias de Alina. Cuando le dije que no, se ofreció a comentarle el caso a un amigo suyo que trabajaba en la Unidad de Desaparecidos de los *Mossos d'Esquadra* y ayudó en el caso de una amiga suya. Le di vía libre para hacer lo que creyera oportuno, cualquier aporte de ayuda extra nos vendría de perlas.

En silencio, con mi cuerpo como canal de lenguaje, apreté a Kata contra mí para consolarla con mi compañía como herramienta. Dormité una o dos horas, ella no lo logró. Su mirada desprovista de alma se había fijado en un punto que solo alcanzaban sus ojos. En el techo, como un recuerdo del cuadro que pintó su hermana en aquel camastro del orfanato. ¿Cómo no supe reconocer aquella mirada? ¿Cómo no vi en aquella niña perdida a Kata? La observé durante unos segundos, ni siquiera parpadeaba, lo que me hizo dudar de si era una de esas personas que son capaces de dormir con los ojos abiertos.

—Kata... —suspiré, acariciándole el rostro. Un escalofrío recorrió su piel bañada por la primera claridad de la mañana. ¿Rechazo? Quizá. Me levanté resignado—. Voy a darme una ducha —informé sin obtener respuesta por su parte. En otro momento, habría bromeado con ella, le hubiera sugerido ahorrar agua y masajear su espalda bajo el chorro de lluvia caliente. Hoy no daba a lugar.

Una vez estuve listo, regresé al cuarto envuelto en una toalla, ella seguía en la misma posición.

—Te he dejado un albornoz limpio en el baño y un jersey que te servirá de vestido. Te irá grande y largo de mangas, aunque he pensado que mejor eso que nada. En un rato iré a buscarte algo de ropa, hay un par de tiendas en la siguiente manzana. Si quieres, podemos ir al centro comercial y...

—No estoy de humor para ir de compras. Ya sabes que no me gustan ni aun estando bien. —Fue su primera reflexión incorporándose.

—Ya... Pero algo tendrás que ponerte.

—Pediré cualquier cosa por internet. Voy a ducharme, necesito pasar por agua. —Caminó por mi lado como una exhalación. Cerré los ojos un momento y respiré profundamente, lo hice porque no sabía cómo cojones iba a ayudarla. Le había hecho una promesa de difícil cumplimiento, por otro lado, si no resolvía la desaparición de Alina, sabía que la perdería para siempre y no estaba dispuesto a ello.

Fui a la cocina, preparé un par de cafés bien cargados y dos tostadas con mantequilla. Recordé que a Kata le gustaba comer algo de fruta en el desayuno, trocé una manzana y un plátano para ponerlos en un bol.

Cuando entró en la estancia, con el pelo húmedo y el jersey llegándole casi a las rodillas, suspiré. Daba igual que sus escleróticas estuvieran rojas, la punta de la nariz como la del reno Rudolf y la vista perdida. Para mí estaba preciosa, y verla envuelta en mi ropa me despertó recuerdos que me calentaban por dentro.

Ella, yo, la encimera de nuestra cocina, mi camiseta sobre su cuerpo y el desayuno servido entre sus piernas. Sacudí el recuerdo.

—Ven, siéntate. No es mucho, pero es que no suelo tener invitados a desayunar... —Ella alzó los ojos azules y no respondió. Se limitó a acomodarse en el taburete y coger la humeante taza de café.

Mi estómago rugió. La miré con disculpa, solo que Kata no estaba pendiente de lo que ocurría a su alrededor. Seguía vagando en su mundo.

—¿Quieres hablar? —le pregunté, llevándome la rebanada de pan a la boca. Ella negó—. Cuando mi padre falleció, yo también me envolví en una especie de urna de cristal. Noah llegó a desesperarse bastante; es difícil asimilar cuando pierdes a alguien que quieres más que a ti mismo.

—Mi hermana no ha muerto —contestó como si la hubiera aguijoneado entre las uñas.

—Por supuesto, aunque el sentimiento es muy similar. A mí me ha ocurrido dos veces, con papá y contigo. —Ella removi6 el café con incomodidad. Sin embargo, decidí seguir, no podía dejarla en aquella burbuja de dolor. Prefería que estallara para poder ayudarla a canalizar mejor sus emociones. Fui a unos cuantos psicólogos para aprender a hacerlo con las mías—. Es difícil, muy difícil, te culpas de tantas cosas que te ahogas en reproches. Piensas en todo lo que podrías haber hecho para cambiar la situación, para que no ocurriera o en todo lo que no le dijiste; o en las veces que te perdió la boca y soltaste aquello que no debías porque ni siquiera lo pensabas con la suficiente intensidad.

—En mi caso es así. Yo podría haberlo evitado, mis decisiones son las que han llevado a Ali al calvario en el que estará viviendo, yo...

Me levanté de la silla y la tomé de los hombros para besar su sien.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—No, no lo es. Ambas erais víctimas de un trastornado que os manipulaba a su antojo. Tarde o temprano habría llevado su amenaza a término. Siempre te coaccionó, no hay cabos sueltos, y eso indica que lo tenía más que premeditado.

—Pero si hubiera obedecido...

—Habría encontrado cualquier excusa para llevar a cabo su castigo. Podemos intentar luchar contra las obviedades, otra cosa muy distinta es que logremos vencerlas.

—El destino de Ali no era convertirse en puta. Aunque muchos piensen que por ser hija de la guerra, tener un físico como el suyo y vivir el sexo sin ataduras, era su final. ¿Tú también lo pensaste? —inquirió, buscando la respuesta en mi mirada dándose la vuelta.

—Shhh. —Dejó su taza sobre la encimera. Su mirada estaba cargada de reprensión—. Jamás juzgaría a tu hermana o alguna otra mujer por vivir la vida como le diera la real gana. No nos hagas esto, Kata, no busques que peleemos sin motivo. ¿Vas a darle ese gusto al cabrón que te crió? Seguro que festeja que nos rompamos cuando deberíamos estar más sólidos que nunca. —Retuve su cara entre mis manos, como tantas veces había hecho. Viendo desfilar distintas emociones en el azul infranqueable. Bajó el telón de sus párpados, venció el cuerpo hacia delante y apoyó la frente contra mi pecho.

—Lo siento.

—Conmigo no has de disculparte. La vida te ha hecho ser constantemente fuerte, te ha puesto a prueba de todas las maneras que ha sido capaz, tienes más derecho que nadie a derrumbarte, a reconstruirte y a demostrarte que no importan las veces que te desmonten, o te cambien de lugar, porque tu verdadera fuerza, tu esencia, reside en cada una de esas piedras que aprendiste a sortear.

Paseé las palmas de las manos por la diminuta espalda y aspiré el aroma de mi jabón en su pelo. Cómo me gustaba sentirla así. Tan mía. Tan suya.

Bajé la vista hacia abajo. El jersey se había subido por la presión de mi cuerpo, las manos de Kata habían reptado con timidez hasta rodear mi cintura, por lo que las heridas de sus muslos

quedaron expuestas. Me había dicho que había tenido un accidente en el laboratorio, pero... Lo que estaba viendo no tenía pinta de accidente.

—¿Qué demonios...? —Me aparté y descorrí la prenda. Ella, viéndose sorprendida, intentó cubrirse.

—¡No mires! ¡Déjame! —gritó. Mi respiración se aceleró.

—Kata, ¿qué es eso?!

—Ya te lo dije, ¡métete en tus asuntos! —Cogí sus muñecas con contundencia. No quería dañarla, solo detenerla.

—Estoy cansado de mentiras. Voy a preguntártelo de nuevo y esta vez espero que me des la respuesta correcta. ¿Qué son esas heridas y esas marcas? Eso no lo ha causado ningún químico.

Resopló con fuerza. Se retorció para desasirse y, al ver que no surtía efecto, alzó la barbilla con desafío.

—¿Quieres verlas? Pues si tanto te gustan, aquí las tienes, todas tuyas, recreáte... —escupió ofendida.

No es que sus palabras me hubieran tentado, es que quería corroborar lo que más temía en el mundo, que alguien la hubiera podido dañar. Subí la prenda dándome de bruces con la realidad, una carnicería que me resultó un bofetón en plena cara y que hizo que se me encogiera la boca del estómago. Donde hace unos años había una perfecta piel, que lamí y adoré en multitud de ocasiones, ahora lucían dos marcas circulares plagadas de tejido cicatrizado y heridas recientes. La miré con estupor.

—¿Te torturaba?

—No le hacía falta. Esto me lo hacía yo —admitió, esperando mi repulsa.

—¿Tú?

—Te repugno, ¿verdad? La maravillosa mujercita que habías dibujado en tu mente ha resultado ser una sucia mentirosa capaz de abandonarte a ti, a nuestros hijos, traicionar a tu madre y encima es una *yonki* del dolor. Menuda mierda, ¿eh? ¿Por qué no huyes y sales corriendo? —Apreté las mandíbulas y quise tranquilizarme. ¿Es que no lo veía? No era capaz de entender que nunca huiría de la persona a la que amaba. Sentí ira, rabia, porque su realidad la hubiera empujado a dañarse. Quería comprender qué la había llevado a ello.

—Cuéntame cómo empezó. —No se cubrió las piernas, las dejó expuestas en un acto de afrenta.

—¿Te da morbo que hablemos de mis heridas?

Kata sacaba su peor versión cuando se sentía acorralada. Me recordó tanto a Winni que pensé que quizá no eran tan distintas como pretendía hacerme creer. A mi duendecilla la conocía a la perfección y sabía que aquella irritabilidad solo era un escudo para mantenerse a flote.

—Me dan morbo muchas cosas. Que te lesiones no me complace, aun así, quiero comprender el motivo que te llevó a esto —respondí, pasando con sumo cuidado el dedo índice por una de las marcas. Ella se arrugó. Su cara empecinada cambió de expresión, buscó la suave caricia con los ojos.

—Comencé cuando volví de Brisbane. Mi dueño me regaló unos cilicios, nunca había visto unos, hasta entonces. Me animó a usarlos, era lo único que calmaba el dolor que sentía aquí —se llevó las manos al pecho—, la manera que tenía de expiar mis pecados y pagar por el sufrimiento que os debía estar causando. —Cerré los ojos ante la revelación—. El dolor intenso, el que te autoinfliges como correctivo, te sume en una momentánea bruma de alivio y se vuelve adictivo. Cuando mis demonios me acosaban, solo tenía que meter la mano en el fondo del cajón y pagar mi penitencia. Seguro que te parece repugnante, pero es lo que hay. Me autolesiono para poder

soportar la culpa, esa es la realidad, y ahora ni eso me queda. El fuego se los llevó consigo.

—¿Él nunca te los puso? —pregunté con dificultad.

—A veces. —Esa reflexión desató en mí la alerta.

—¿Abusó de ti? —Ella desvió la mirada al suelo y calló—. Dímelo, Kata, ¿lo hizo? —La rabia me devoraba por dentro porque su actitud decía lo que su boca callaba.

—Hay muchas maneras de abusar de una persona. Conmigo las empleó todas salvo la penetración, si te refieres a eso. —Abrí las palmas de las manos y golpeé la encimera con las ellas abiertas. El porrazo me escoció.

—¡Joder, joder, joder! ¡Voy a matarlo! ¿Me oyes? En cuanto lo encontremos, voy a encargarme personalmente de hacerle lo mismo que él te hizo. No va a haber una pulgada en la tierra que no recorra hasta dar con ese malnacido para llenarle el cuerpo de pinchos y deleitarme con su agonía. —La tensión que recorría su cuello fue traspasada al mío. Me observó con cierto resguardo, mientras las aletas de mi nariz se hinchaban. La vida de Kata había sido miserable. Una tortura perpetua que se había extendido a lo largo de los años. No merecía el calvario que había vivido.

—Me conformo con dar con mi hermana. Al innumerable prefiero no volver a verlo jamás en la vida.

El móvil de Katarina sonó en la habitación. Lo había dejado cargando...

—Alina... —murmuró, apuntando la mirada en la dirección del soniquete.

Le dejé espacio para que fuera a por él mientras buscaba la manera de tranquilizarme, era difícil pensando en aquellas marcas y lo cabrón que tenía que ser alguien para regalar un elemento de tortura.

La oí responder llamando esperanzada a su hermana, y después bajar el tono de voz. ¿Sería él? ¿Estaría llamándola? En dos zancadas recorrí la distancia hasta el cuarto y la escuché desde el vano de la puerta.

—No, no sabemos nada. Sí, gracias por estar atenta, Corinna. Ya... —silencio—. Es lo mismo que Dylan me dice, pero es difícil. —Su voz era más dulce, aunque lucía la misma desesperanza que conmigo—. Sí, te diré lo que sea si averiguamos algo. No, tranquila, no necesito nada, de verdad. Vale, así lo haré, hasta luego. —Colgó y se dejó caer en la cama, sin mirarme, con la cara parcialmente oculta por uno de sus antebrazos, y me aclaró lo que ya sabía.

—Era la representante de mi hermana. Vio en las noticias lo del incendio. Llamaba por si sabíamos algo y para ofrecerme su ayuda.

—Es muy maja, ayer se portó muy bien.

—Sí, Corinna es un encanto, adora a Ali y, en parte, se culpabiliza por haberla llevado a Frankfurt.

—¿Tú también la culpabilizas?

—No. Si no la hubieran cogido allí, hubiera sido en cualquier otra parte. —Asentí.

—¿Terminamos de desayunar? —le propuse.

—No tengo hambre, prefiero quedarme aquí un rato, si no te importa. —No quería presionarla.

—Vale, te guardo la fruta en la nevera por si más tarde te apetece picar un poco. Yo me tomaré el café y saldré a buscarte algo de ropa. Después, me pondré con los trámites para que puedan expedirte la documentación que necesitas.

—Siento ser un quebradero de cabeza para ti. —Me acerqué hasta ella.

—No lo eres. Mi calendario se detuvo en la fecha en que te perdí. Créeme si te digo que prefiero todos esos quebraderos a los que te refieres, que a no tenerte a mi lado. —Ella rompió en

un lamento y yo la abracé. Permanecimos así, sumidos el uno en los brazos del otro hasta que se calmó.

—No te merezco.

—Lo que no mereces es por lo que ese indeseable te hizo pasar, por suerte, aquello ya terminó. —Besé su frente—. Descansa un poco, no has pegado ojo y debes estar agotada. Yo voy a hacer los mandados que te he dicho, no tardo.

Me levanté de la cama y salí permitiéndome echar una miradita para ver cómo se acurrucaba en mi lado de la cama. Ajusté la puerta y la dejé con el amargor de una sonrisa deshaciéndose en mi boca.

Katarina descansó varias horas. Por la tarde, acudimos a nuestra cita con Mr. Becker y su mujer.

Si algo saqué en claro de nuestra charla con el padrino de Kata y Ali era que o su nivel interpretativo le podría haber labrado una carrera como actor de proyección internacional, o no tenía ni pajolera idea de quién era su amigo.

Ni él ni su mujer daban crédito a lo que Katarina les relataba. Karen rompió a llorar varias veces y él ponía cara de descompuesto al escuchar las atrocidades que Kata narraba sobre su querido amigo. Alucinó en la parte de nuestra relación. No tenía ni idea de que fue madre o que Ludvic logró sacarla de Australia haciéndonos creer a todos que había fallecido. No daba crédito, no obstante, tuvo que rendirse ante las evidencias y se ofreció a informarnos si en algún momento su amigo contactaba con él.

La policía había ido a la empresa esa misma mañana. Al parecer, las criadas de Herr Schwartz apuntaban a que el culpable del incendio, en el que habían encontrado un cadáver, podía ser un trabajador descontento con quien su jefe tenía una reunión.

Sometieron a Alfred a un tercer grado buscando un hilo del que tirar.

Kata lo pinchó en reiteradas ocasiones, alegando que ella vio a su padrino con el hombre que ella aseguraba que era el niño que la violó. Él le dijo que ni siquiera sabía que aquella atrocidad le hubiera ocurrido y que no tenía ni idea de quién era el hombre al que hacía referencia o los negocios que tenía con su amigo.

El día al que Kata hacía alusión, comentó haber ido a llevarle unos papeles, y cuando estaban reunidos debatiendo los resultados, el tal Nikolai se personó. Charlaron de cosas banales y después Mr. Becker se fue dejándolos a solas. Herr Schwartz lo presentó como alguien con posibilidad de emprender un nuevo proyecto, nada más. Era su palabra contra los pensamientos de Katarina. No había modo de demostrar que Alfred estaba al corriente de lo que ocurría en aquella casa.

Nos fuimos con un regusto agridulce que se fue agriando con el pasar de los días.

La policía constató que, según el ADN del cadáver, Ludvic había muerto en aquel incendio llevándose sus secretos a la tumba. El entramado de empresas estaba tan bien hilado que el tema de espionaje industrial desapareció con la quema del laboratorio. Fue imposible encontrar nada incriminatorio en los ordenadores de las otras sedes donde yo había trabajado. Todo estaba sospechosamente reluciente y no había indicio alguno de que Herr Schwartz estuviera detrás de la desaparición de Ali.

Merkel tuvo el detalle de llamar a Katarina para interesarse por el estado del caso y volver a repetirle que haría todo lo que estuviera en sus manos para dar con su paradero y hacer justicia.

Los días volaron sumiéndonos en más dudas, silencio, incertidumbre y la nada.

—Kata —la llamé mientras ella paseaba la yema del dedo por una de las últimas imágenes que se había tomado con Ali. Me daba muchísimo coraje verla tan triste.

—¿Qué? —respondió flojito.

—Tenemos que volver a casa.

Habíamos salido a que le diera un poco el aire, paramos en un bar y pedí un par de cervezas en un vano intento de animarla.

No habíamos vuelto al lugar del incendio, era demasiado doloroso para ella.

—Claro, vamos —dijo, incorporándose de su asiento. La tomé de la mano y la miré desalentado.

—No me refería al piso, sino a Brisbane, a nuestro hogar. —Ella se dejó caer con pesadez.

—No puedo marcharme, no puedo dejar a Ali...

—Ella no está aquí —le recordé con pesar—. ¿Sabes la cantidad de dispositivos que se han montado para encontrarla? Y siguen. Tú has salido en la prensa, su foto se ha distribuido por todos los medios de comunicación habidos y por haber. Es imposible que siga en Darmstadt, y si alguien la encontrara, o nos diera una pista veraz, te prometo que volveríamos de inmediato. Siento ser tan franco al decirte esto, pero ya no te queda nada aquí y no solo tienes a Alina en el mundo. Yo te necesito y nuestros hijos mueren por recuperar a su madre. Podemos ser la familia que no nos permitieron ser —le dije con el corazón en la mano, temeroso de recibir una negativa por su parte.

—¿Les has dicho que estoy viva? —preguntó temblorosa.

—¿Por teléfono? No, no creo que sea una conversación a tener con unos niños de seis años. Prefiero hacerlo tranquilamente una vez estemos allí. Que te he encontrado solo lo sabe Noah, su novia y Liam. A mi madre también he querido dejarla fuera, ya sabes el carácter que tiene, necesitaré una reunión de varios días para que se haga a la idea.

—Tu madre querrá matarme.

—Ese es un mal menor.

—No sé, Dylan...

—No pensarías que íbamos a quedarnos aquí para siempre, ¿verdad?

—En estos días no es que haya tenido mucho tiempo para pensar. Todo se ha desmoronado y la desaparición de Ali ha ocupado mi espacio vital o neuronal. Apenas he dormido o comido, mi cuerpo no da más.

—De eso doy fe. Por eso necesitas recuperarte en un ambiente que no te recuerde el infierno que tuviste que vivir aquí, con una familia que te adora y que muere porque regreses. Tienes mi palabra de que no pararemos de buscar a tu hermana, que me dejaré la piel. Ya has visto lo cabezota que puedo llegar a ser y pondré el mismo empeño que puse contigo. Tienes mi palabra.

—La cogí de las manos por encima de la mesa—. Les hice una promesa a nuestros hijos y no voy a fallarles, no puedo hacerlo, ya lo he hecho demasiadas veces en los últimos tiempos.

—Se me hace muy cuesta arriba, no tengo fuerzas...

—Yo seré tu bastón cuando te falten. Te garantizo que cuando veas sus caras, le encontrarás sentido a todo.

—Me aterra verlos —confesó avergonzada, mordiéndose la parte interior del carrillo—. Ahora me quieren como a su madre muerta, me idealizaron por lo que les contasteis, pero... ¿Cómo van a querer a la Katarina de verdad? ¿Cómo vamos a hacerles entender que he vuelto de entre los muertos?

—Tienen seis años. Creen en Santa Claus, que un muñeco de nieve adora el verano en *Frozen* y que un hada de los dientes los colecciona y les paga por ellos. No creo que nos cueste mucho encajarles una madre resucitada. Les diremos que no se preocupen, que, aunque seas una zombi, no comes cerebros, que prefieres las hamburguesas. —Un ligero movimiento ascendente osciló

en sus labios—. ¿Eso ha sido un amago de sonrisa? —El rictus serio regresó tan rápido que no me dio tiempo a saborearla.

—No tengo derecho a reír en estas circunstancias.

—Tienes derecho a absolutamente todo, Kata. No te hagas esto, no nos lo hagas.

—Es que me siento tan mal. Haría lo que fuera por ser yo quien estuviera en el puesto de Ali.

—Llámame egoísta, pero yo te quiero aquí, conmigo, a mi lado y de regreso a Brisbane. —
Apreté sus manos—. No me malinterpretes, quiero que vuelva Ali y que esté bien, sin embargo, tú ya has sufrido demasiado.

—Pues por eso tendría que haber sido yo, con una es bastante y estoy acostumbrada.

—Tú necesitas ver que eres capaz de tener algo más que lodo a tu alrededor. Hazte a la idea, Kata, en dos días sale nuestro avión y vas a subir a él, aunque tenga que drogarte y decirle a la azafata que a mi mujer le gusta empinar el codo demasiado y por eso va doblada.

—¿Harías algo así?

—Haría cualquier cosa por ti, ya te lo he dicho.

—No estamos casados —musitó bajito, pinzando el labio inferior con los dedos.

—¿Piensas que un papel va a determinar que te sienta mi mujer? Si tú lo necesitas, lo solucionaremos, como tantas muchas otras cosas que puedan preocuparte. No vas a librarte de ser la mujer de mi corazón. Eso sí, te regalaría mogollón de ropa interior para que nadie dudara de tu higiene de bajos.

Escuché un estallido. Y la miré sobresaltado. ¿Eso había sido una carcajada? Creo que hasta bizqueé.

Katarina estaba riendo, mucho, muy fuerte y muy alto. La opresión que había sentido en el pecho minutos antes se convirtió en un hormigueo de esperanza. Ella seguía sin poder dejar de reír con los ojos húmedos, y esta vez no era de pena.

No tuve más opción que sumarme, me daba igual lo breve que fuera aquel instante, porque pensaba llenar nuestra vida de carcajadas y esa solo sería el pistoletazo de salida a muchas más. El futuro era nuestro y no iba a dejar que nadie nos lo arrebatara.

Capítulo 21

De vuelta a Brisbane.



Katarina

Fue llegar a Brisbane y sentir la necesidad de quitarme ropa. Estábamos a veintisiete grados y el sol refulgía abrasador. No había comprado demasiadas cosas en Darmstadt, pues en Brisbane el clima era muy opuesto y prefería viajar ligera de equipaje.

No voy a mentirte, me costó mucho aceptar la decisión de Dylan, porque en parte sentía que con aquel viaje dejaba de lado a Ali.

La investigación era lenta, la policía estaba indagando qué teléfonos se encontraban en el radio del de Ali a partir de las siete de la tarde. También estaban revisando las cámaras de seguridad de los alrededores, aunque no enfocaban el punto que indicaba la vendedora del puesto de caramelos. Por lo que ni se veía el coche oscuro, ni a mi hermana.

Si a Dylan le costó seis años dar conmigo teniendo una pista de donde tirar... ¿Cómo íbamos a dar con ella que se había esfumado como una voluta de humo? Hablé con Corinna, Dylan y yo

decidimos que era mejor contarle la verdad sobre nuestra relación y las sospechas que teníamos. Como era lógico, no daba crédito, le costó asimilar lo que le contamos y terminó ofreciéndose, al igual que mi padrino, a informarnos si había cualquier tipo de movimiento respecto a su búsqueda.

La inspectora de la unidad de desaparecidos de la BPOL, la Policía Federal alemana, me comentó que Ali podía estar en cualquier parte del mundo. Según ella, el tipo de mafia que la podía haber captado solía actuar por encargo, eran muy minuciosos, y si se habían tomado tantas molestias en no dejar rastro, lo más probable era que la hubieran llevado lejos. Podría estar retenida en una casa, piso franco o burdel. Dado el mediatismo que se le había dado al caso, no creía que fueran a ponerla en un club de carretera para que pudiera reconocerla cualquiera. Tampoco podía garantizarme que Ali apareciera con vida, cabía la posibilidad de que, al ver el alcance, se hubieran deshecho de ella. Ni siquiera podía permitirme aquel pensamiento, era demasiado doloroso.

La inspectora no quería engañarme y, aunque su crudeza me afectó, fue aquel golpe de realidad el que me alentó a tomar la decisión de regresar a Brisbane. Dylan lo había apostado todo a mi color en la ruleta de la vida y no me sentía con fuerzas de decepcionarlo más.

Bajando las escalerillas del avión hacia la pista de aterrizaje busqué refugio en su imagen, tenía miles de instantáneas tomadas de las dos, guardadas en el cajón que llevaba nuestro nombre. Desde que salimos de Kosovo, veintitrés años atrás, Ali se había convertido en mi motor y era difícil hacerse a la idea de que podía haber dejado de rugir para siempre.

Un golpe de aire seco tiró el fino jersey de punto que llevaba en la mano al suelo.

Dylan lo recogió apresurando el paso y me lo tendió una vez estuve abajo. Nos desplazamos hasta la recogida de equipajes. Ubicándonos frente a la cinta transportadora para esperar su maleta, yo apenas llevaba una de cabina.

Aguardamos hasta que la cinta comenzó a girar y la Samsonite negra apareció en el horizonte. Él la sacó sin esfuerzo y me miró sonriente.

—¿Lista? —inquirió con los ojos brillantes, trenzando sus dedos a los míos.

Tocaba enfrentarse a la puerta de salida. Le pedí que no quería que vinieran los niños, necesitaba aclimatarme antes de enfrentarme a su juicio.

Me aterraba la idea de que pudieran dejar de quererme, que no comprendieran cómo su madre pudo abandonarlos, que no me lo perdonaran. Ahora tenían una imagen forjada a base del amor que su padre, su tío y su abuela habían implantado en sus pequeños cerebros, pero... ¿cómo reaccionarían al tenerme delante?

Planteármelo era demasiado angustiante. Dylan confiaba en el poder de adaptación de los niños y la plasticidad de sus cerebros, yo no las tenía todas conmigo.

—Kata...

—Em, sí, claro, no vamos a quedarnos a vivir en la zona de Recogida de Equipajes del aeropuerto. —Él extendió una sonrisa conciliadora y besó mi sien.

—No sufras, como ya te dije, vienen Noah y Cris. Liam está en el trabajo y los niños en la escuela.

—Esto es más difícil de lo que pensaba.

—¿El qué? ¿Cargar con esa mínimaleta? —preguntó jocoso.

—Enfrentarme a tu familia.

—Noah no es mi familia, es el grano en el culo que me salió cuando estaba en el útero materno. Los médicos todavía no dan crédito de cómo pudo fraguar y convertirse en bebé. Fenómenos de la naturaleza, los llaman. —Tuve que esbozar una sonrisa. Por muy jodida que

estuviera, Dylan siempre tenía ese efecto en mí, conseguía despertar el lado absurdo que todos teníamos para hacer que dibujara sonrisas, aunque tuviera el alma rota.

—Adoras a Noah.

—Más bien, él me adora a mí. Yo a quien adoro es a ti y a nuestros hijos, y, ahora, vamos, esa mujer no deja de mirarte, creo que le ha gustado la maletita y quiere quitártela. —Cabeceó hacia una señora mayor que no paraba de ajustarse unas gafas de culo de botella.

—Eres terrible.

—Y por eso te gusto —murmuró tan cerca de mi oído que la piel del cuello se me erizó.

—Yo no he dicho que me gustes —jugueteé—. Le gustabas a Winni, quizá, a Katarina, no.

—Hmmm, ¿estás desafiándome? —Soltó la mano, se puso frente a mí, y me apretó poniendo las palmas en esa zona que grita peligro, porque se acerca demasiado a los glúteos. Descendió su perfecta boca hasta convertir en agonía la distancia que la separaba de la mía. Tragué duro y necesité pasar la lengua sobre mis labios.

Su estatura podía ser intimidante para alguien de mi tamaño y compleción. Dylan pellizcó su labio inferior apretándolo entre los dientes, produciendo un movimiento sísmico en la falla de Santa Katarina, que era como llamaba Ali a mi vagina.

—Cuando crees que sabes todas las respuestas, la vida te pone a alguien en tu camino que es capaz de cambiarte todas las preguntas —ronroneó sin llegar a besarme.

—¿Y tú eres ese alguien que va a cambiar mis preguntas? —Los orbes verdes centellearon.

—Eso tendrás que decírmelo tú. —El bamboleo que se traía de caderas me hizo separar los labios y que escapara un suspiro entre ellos.

—No sé si estoy lista para alguien como tú.

—¿Y cómo soy yo?

—Como una tempestad, capaz de arrasar con todo. Yo soy más sosegada.

—Estar en calma puede llegar a costar muchas tormentas, solo has de decidir si prefieres resguardarte o bailar bajo ellas.

—A mí suelen alcanzarme todos los rayos. —Sus caderas rotaron y algo duro, que conocía a la perfección, zigzagueó en mi bajo vientre.

Solté un jadeo sordo. Mi cerebro cortocircuitó proyectando la imagen de nuestros cuerpos desnudos, el entrecostar sordo de fluidos, mis uñas cortas aferrándose con ahínco a la carne de su espalda.

Las pupilas de Dylan estaban dilatadas, las mías también. Él podía ser una droga tan adictiva como cualquier psicotrópico, tenía el mismo efecto de necesidad sobre mí. Juro que creí que me besaría, pero desvió la boca en el último segundo.

—¿Y quieres que mi rayo te alcance, Elektra? —Su voz era tan ronca que cada terminación se activó.

—Están esperándonos fuera... —murmuré, al volver a sentir una presión mucho más recia contra la zona blanda del abdomen.

—No esperarán más de diez minutos, les diremos que te han estado cacheando y no estaremos faltando a la verdad. Vamos.

Entramos en el baño de minusválidos, saltándonos las miradas cómplices y las risitas de un grupo de chicas que hacía cola en el de mujeres y contemplaron el apuro que llevábamos. Dylan les guiñó un ojo con descarado y yo quise fundirme bajo su piel de la vergüenza. Creerían que éramos unos depravados.

El pensamiento se fue al mismo tiempo que nos convertimos en una maraña de brazos, piernas y bocas. ¿Se habían multiplicado nuestras extremidades?

Dylan todavía no se había afeitado, la barba me raspaba inflamando la piel sensible del cuello y la barbilla.

Supe que había puesto el pestillo por el clic.

Mi espalda se estampó contra las baldosas blancas, ávida de sus atenciones. La lengua de Dylan torturaba la mía a la par que me sostenía las muñecas por encima de la cabeza. Su mano derecha desabrochó con habilidad el botón de mi vaquero para colar los dedos entre mis muslos.

Gemí en un estallido de placer en su boca cuando noté la humedad fluyendo entre mis pliegues. Tenía los dedos largos, amplios y delicados. Dylan era un prestidigitador consumado, un concertista que sabía qué tecla tocar para hacerte ascender en la melodía del deseo.

Friccionó lo suficiente para que mis braguitas se calaran y, con el premio floreciendo, colarse por un lateral y así recorrer mi sexo apretado. No me metió los dedos de inmediato, estuvo jugueteando provocador, con los labios mayores, tentándome a separar las piernas, a exigir que yo misma me ofreciera para empujarlo a descubrir zonas más oscuras.

—Fóllame —resoplé tomada por la pasión.

—Me encanta cuando te pones romántica —respondió canalla. Yo reí contra sus labios.

—Hazlo —exigí, dándole un lametón caliente y una succión de labio. Con ello logré que me penetrara con delicadeza, solo la puntita de dos yemas—. Más —gruñí necesitada.

—Claro que sí, mi amor, puedo ser mucho más romántico —replicó provocador.

Metió los dedos hasta el fondo ganándose un plañido más que audible. Los retorció, giró y ahondó mientras yo lo acompañaba con las caderas. Necesitaba tocarlo, sentirlo del mismo modo que él hacía conmigo, por lo que intenté deshacerme del agarre. Me lo impidió y negó chasqueando la lengua.

—Las damas primero, para que no digas que se ha perdido la caballerosidad hoy en día.

El pantalón dejaba tan poco espacio que la base de la mano me presionaba el clítoris en cada penetración.

—Yo también quiero tocarte. No quiero correrme sola.

—No estás sola, nena, yo estoy aquí esperando a que te deshagas sobre mi mano. Dame uno, Kata, consiénteme, deja que me vea en tus ojos bañados de goce, que me sienta en cada uno de tus jadeos. Quiero contemplarte, concédemelo.

Abrí y cerré los dedos con necesidad de apresar el aire que me faltaba. Los actos y las palabras de Dylan eran tan intensas que, aunque hubiera querido, no habría podido contenerme. Los nervios de los últimos días, toda la tensión acumulada, se concentraron en aquel punto que Dylan masajeaba con ahínco. Miles de terminaciones nerviosas anudándose para hacerlo crecer y crecer y...

Chillé, a pleno pulmón, bañada en el verde de su mirada, azuzada por sus manos a seguir, encadenando un orgasmo con otro. Me dio la vuelta, me bajó el pantalón, se ocupó del suyo y a la velocidad del rayo me tomó por detrás cuando seguía sintiendo desatarse la tormenta.

Llovía sobre mojado, la penetración no fue delicada, tampoco era lo que me pedía el cuerpo. Una de sus manos se aferró a mi cintura, mientras la otra se colaba bajo la camiseta para sacar un pecho fuera y amasarlo con deleite.

El ritmo fue *in crescendo*, rítmico, feroz. El sudor se deslizaba por mi cuello, mi carne se cerraba alrededor de la suya, forjando nuestra propia celda de placer.

Flotaba en un puñetero universo sexual que se había desatado en los baños de discapacitados de un aeropuerto. ¿Y qué más daba el lugar cuando Dylan tenía la capacidad de hacerme sentir tanto y tan bien?

—Nena, estoy muy cerca —afirmó con la voz rasposa.

—Solo un poco más —pedí. Él sacó la polla de mi interior y se dispuso a frotarla en un vaivén decadente. Bañándola en mi humedad—. Mmm —paladeé cuando al movimiento se sumó la estimulación del pezón.

Sus dedos abandonaron el pecho, descendiendo por mi contraído abdomen hasta alcanzar el clítoris, presionarlo y acompasar su embate con ellos. Friccionó el tenso nudo hasta que volví a estar al borde del desmayo.

—Ahora, Dylan, ahora.

La cabeza carnosa se abrió paso en un empujón certero que me hizo volar. El empuje ganó velocidad, dureza. Apenas llegaba al suelo con la punta de los pies. Noté que dejaba caer algo de saliva, que se deslizaba por mis glúteos hasta su miembro frenético.

La respiración se me entrecortó al empalmar un tercer orgasmo que nacía del segundo, que ahogaba su miembro en mí, provocando que un alarido masculino se uniera a mis jadeos devastados.

Fuimos perdiendo consistencia, éramos esencia fluctuando en una órbita de polvo y sexo, forjando un mundo concebido para nosotros dos. Habíamos sido devorados por nuestra propia energía vital, engullidos en una supernova de placer, para estallar y crear, con ello, un rincón tan único como avasallador.

Dylan dobló su cuerpo hacia delante y me abrazó en un acto incluso más íntimo que el que acabábamos de compartir. Siempre pensé que los abrazos eran el sexo de las almas y que Dylan era capaz de tomarme en cualquier plano que se propusiera.

Un beso delicado cayó en mi cuello.

—Me gusta cómo hueles cuando follamos.

—A mí me gusta como hueles siempre —declaré sin sentir vergüenza al reconocerlo.

—Igual dejas de pensar eso el día que regrese de correr, me deslice en la cama, donde yacerás desnuda y saciada después de una maratón de sexo, y te despierte con mis pies en tu cara. —Arrugué la nariz y, aunque él no viera la expresión que acababa de provocarme, la intuyó—. ¿Qué pasa? ¿No te seduce el aroma a pies sudados? —Seguía alojado en mi interior con los brazos rodeándome por completo.

—Me gusta cómo hueles tú, no tus pies.

—Forman parte del lote. Noah dice que son embriagadores.

—Eso es porque es un amante del roquefort. —Dylan rio a mi espalda—. Todavía recuerdo que al principio de estar contigo tuve que buscar durante toda una semana de dónde salía aquel extraño hedor de nuestra habitación. Hasta que di con él, colándose por el mueble zapatero. Fue abrir el compartimento y entender que eran tus zapatillas de deporte. —Sentí algo de frío cuando rompió el contacto y abandonó mi interior.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —No podía ni moverme. Seguía con las manos contra la pared y el culo en pompa. Dylan cogió un poco de papel del baño y me aseó.

—Porque llegué a pensar que eran paranoias de embarazada, ya que tú no te quejabas, ni parecías percartarte. Lo comprendí todo cuando di con la prueba del delito, ¡no es que no lo olieras, es que eso salía de ti!

Soltó una carcajada que rebotó en la estancia e impactó contra mi pecho. Me encantaba escucharlo reír. Su risa era tan franca que causaba el mismo efecto en mí que una caricia. Me subió las braguitas y el pantalón, dándome un pequeño azote en el trasero al culminar.

—Anda, refréscate un poco, conociéndote, debes estar del color de las guindas.

Cuando hacíamos el amor, tendía a enrojecer. Quizá, la sangre fluía tan eufórica al sentirle, que emergía dándome aquel color. Me giré y lo encontré allí, observándome igual que si fuera un

hallazgo maravilloso.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Sabes lo jodidamente per-fe-c-ta que eres para mí?

El calor de mi rostro se convirtió en abrasador. Había remarcado las siglas de la palabra que uso en Sídney, aquel fin de semana que hicimos por primera vez el amor.

—Dylan... —Suspiré. Él besó la punta de mi nariz.

—Refréscate, Duendecilla, solo quería que lo supieras. Te espero fuera.

Otra de las cosas que me gustaban de él es que era capaz de entrever cuándo me sentía superada por una situación. Solía dejarme espacio y no me presionaba a no ser que lo creyera estrictamente necesario.

Me acerqué al lavamanos, accioné el grifo y dejé correr el agua para que estuviera lo suficientemente fría. Miré mi reflejo en el cristal y te juro que vi proyectada la imagen del rostro de mi hermana vocalizando un «te lo mereces» que murió en una sonrisa complacida. Me sacudí con la fuerza de un huracán.

Apreté los párpados con el pulso a mil, los volví a abrir y lo único que me devolvió el espejo fue mi reflejo.

Me quité las gafas y palpé el cristal. Como era lógico, no era un portal temporal y mi hermana no se encontraba al otro lado, pero tuve que constatarlo. Bajé la cabeza consternada, sumergí las manos bajo el grifo y humedecí mi rostro. La necesitaba tanto, la extrañaba tanto, que no sabía cómo sería capaz de superar su desaparición.

Me pasé agua por la nuca y sacudí las manos con vigor. Ya no podía demorar más tiempo allí dentro. Tenía que salir y enfrentarme a los reproches que pudieran lanzarme mi cuñado y su chica. Estarían en todo su derecho, había traicionado su confianza y la de su familia.

Si yo fuera Noah, no querría volver a verme ni en pintura. Me merecería cualquier amonestación que quisiera lanzarme, o si decidía ignorarme hasta el fin de mis días. Aceptaría su decisión, solo podía disculparme y esperar su sentencia.

Cuando cruzamos las puertas, lo hice mirando al suelo, en mitad de un alud de turistas italianos que acababan de aterrizar. Estaba tan nerviosa por cómo pudiera mirarme Noah, que quise desaparecer en el grupo, y en cuanto sentí el roce de la mano de Dylan, la agarré sin pensarlo, con las pupilas puestas en las puntas de mis zapatos.

Caminé envuelta en la multitudinaria bola humana, como si eso pudiera actuar en forma de escudo de invisibilidad. Dylan permanecía callado, igual era porque la mirada de su hermano le había cortado las ganas de charlar.

Alcé la vista temerosa y fue entonces cuando me di cuenta de que Noah estaba a escasos metros y que alguien exacto a él, con el pelo negro, se le abrazaba. Parpadeé incrédula. Busqué la mano que se aferraba a la mía y subí por el brazo para darme de bruces con un hombre alto, con bigote y que casualmente llevaba las mismas zapatillas Converse que Dylan y unos vaqueros de un color similar.

—Pero ¿qué hace?! —grité, soltándome de inmediato. Él me miraba perplejo.

—*Mi scusi signorina. Sei stato voi a prendermi per mano, sono stato solo gentile*^[7].

—No hablo italiano —respondí en inglés, con las mejillas encendidas por haber estado agarrada a ese hombre sin darme cuenta. Se aclaró la garganta y habló con un marcado acento latino.

—Pues que ha sido usted quien me ha cogido, yo solo fui gentil.

Una señora con cara de pocos amigos se acercó a nosotros tironeando de un par de críos que no cejaban de discutir aferrados a sus manos. Parecía que fuera a sacar un rodillo de amasar de

entre sus carnes y liarse a mamporrazos con cualquiera.

—Giuseppe, *cosa stai facendo?*

—Nada, la *signiorina* me cogió —se excusó el hombre alzando las manos para echarme el muerto.

—Fue un error, yo pensaba que se trataba de mi marido. —Apunté hacia Dylan sin que ellos le echaran cuenta. La mujer dejó ir a uno de los niños y tironeó de Giuseppe para ubicarlo a su lado.

—Robamaridos, este es mío, ¡fresca! —gritó—. Ya te decía yo que no te separaras de mí en el aeropuerto, que eres un bocado demasiado exótico para estas australianas escuálidas.

Boqueé como un pez. Aquella mujer pasó el brazo por el de su marido que se acarició el bigote orgulloso de su gallardía. Se atrevió a guiñarme un ojo cuando ella no miraba y se marchó en cuanto la visceral italiana lo sacudió con un «*Andiamo*» que puso fin a la discusión.

Ver para creer. ¡Menuda vergüenza acababa de pasar!

Desvié la vista hacia Dylan que estaba partiéndose la caja. ¡Sería cabeza de chorlito! Avancé directa hacia el mandril que no dejaba de carcajearse por mi bochorno. Le di un empujón y me puse en jarras. Había dejado de importarme si mi cuñado y su acompañante me miraban bien o mal.

—¿Cómo has sido capaz de dejar que le cogiera la mano a un tío que no conocía?! —Él no podía dejar de sacudirse muerto de la risa.

—Eso no ha sido nada cortés, Dy —le reprochó la morena. Su intervención hizo que me fijara en ella. Era guapa, mucho, y tenía unos ojos grises preciosos, rasgados hacia arriba.

—Oh, venga, que no ha sido para tanto, Cri-cri —lagrimeó—. Te perdí de vista un momento y al siguiente estabas agarrando a ese hombre de la mano. Pensé que era un invidente que te había pedido ayuda.

—Invidente te voy a dejar a ti como no dejes de reír.

—No te enfades, ni él tenía la culpa, ni yo. Has sido tú.

—¡Porque pensaba que se trataba de ti!

—Así que si me descuido, te metes en su autocar y te marchas de vacaciones en grupo. Menuda novia tengo, que me cambia por el primer *macarroni* que se le cruza por delante. Aunque una cosa te diré, su mujer no te hubiera dejado llegar muy lejos, qué mal genio se gastaba.

—¿Me hubieras dejado ir hasta el autocar?! —Me salió un gallo de la consternación. Dylan se encogió de hombros.

—No sé, puede. Ya te he dicho que creía que estabas ayudándolo.

—No debiste dejarla con un extraño, Dy, no sabías quién era ese hombre o qué intenciones podría tener, deberías haber avisado a Winni de inmediato. —Que Noah usara el nombre bajo el que me conocieron fue como un latigazo.

—Lo siento, no pensé algo así... —se disculpó—. Y recuerda que se llama Katarina, o Kata, como prefieras —lo corrigió Dylan. Noah dirigió hacia mí una mirada de disculpa.

—Perdón, igual tardo un poco en acostumbrarme, intentaré no meter la pata y recordarlo; si al principio me cuesta, no me lo tengas en cuenta, no lo hago con mala intención. —Lejos de mirarme con reproche lo hacía con cautela, lo cual me sorprendió.

—No pasa nada, es lógico. No es necesario que te disculpes.

Los cuatro nos quedamos en silencio, fue la chica de Noah quien lo rompió.

—Ya que este par de maleducados no me presentan, lo haré yo. Soy Cris. —La morena, que llevaba un ramo de chuches en las manos, se posicionó frente a mí—. Esto es para ti. Pensé que

era mejor que las flores, así lo puedes compartir con los mellizos. —Que mencionara a mis hijos me puso algo tensa, puede que los caramelos ayudaran a endulzar el encuentro.

—Muy amable, soy Katarina —respondí. Hizo el amago de no saber si darme un beso o tenderme la mano. Al final optó por tomarme del hombro y acercar su mejilla a la mía. Fue más bien un choque de pómulos—. Perdona, no sé cómo os saludáis en vuestro país.

—Allí es tradición darse un beso con lengua —bromeó Dylan, alzando las cejas un par de veces. Cris lo miró reprobatoria.

—Ni en tus sueños más calientes vas a conseguir que nos besemos ella y yo. A mí me gusta Noah —susurró la morena, colgándose del cuello del susodicho, quien la observaba con adoración.

—Será ahora, creo recordar que te cruzaste el charco persiguiéndome a mí, Cri-cri. —La revelación me hizo contemplar a la morena en guardia. ¿Ella y Dylan habían tenido algo?

—Todos nos equivocamos en esta vida... —musitó ella.

—Uuuh, el gran Dylan Miller catalogado como error, eso debe escocer —comentó jocoso Noah.

—Pfff —bufó Dylan, enfrentando a su hermano—. Más bien, se quedó contigo porque eras el premio de consolación. Reconócelo, nunca podrás llegar a ser mi versión mejorada. Solo hay un Dylan Miller.

—Eso es porque Dios supo que con uno era suficiente, por eso me creó a mí, para compensar el error —contraatacó Noah desafiante. Quien conociera a los Miller sabía que esa era una de sus pullas, en realidad se adoraban.

—Oh, dejadlo ya, ¿qué va a pensar Katarina? —Yo miré a la chica, no me conocía lo suficiente para saber que hubo una época en la que gozaba viéndolos reñir.

—Lo único que pienso es que siguen como siempre y eso me alegra mucho. —Fijé la vista sobre Noah, quien había recuperado su pose de hombre serio y cabal, enfundado en un traje azul noche—. Antes que nada, quiero disculparme contigo y con tu familia, lo que hice estuvo muy mal. No sé si habrá espacio para el perdón, o si te costará mucho tolerar mi presencia, pero te prometo que haré lo posible por compensaros a todos.

Él me tomó de la mano que me quedaba libre, pues en la otra tenía el ramo de chuches.

—Eh... No hace falta que te disculpes, Dy me ha puesto al corriente de todo, hiciste lo que debías. No voy a negarte que me hubiera gustado que confiaras más en nosotros y nos pidieras ayuda. Para mí, desde que entraste en la vida de Dy, te convertiste en mucho más que en su pareja, eras mi hermana. Ni él, ni yo, ni, si me apuras, Liam hubiéramos dejado que ese hombre siguiera manipulándote o dañándote con sus amenazas. Quiero que sepas que no te juzgo, dadas tus circunstancias vitales, nadie puede ponerse en tu piel ni vivir las atrocidades a las que fuiste sometida. Ni puedo, ni debo enjuiciarte, solo quiero que entiendas que no somos la familia de Dy, también somos la tuya y estamos aquí para lo que necesites. Ahora y siempre. —Los ojos se me humedecieron. Habría esperado cualquier cosa menos aquella declaración sincera por parte de Noah.

Cuando el primer hipido me sobrevino, me vi envuelta entre su cálido abrazo. Lloré en la firmeza de su pecho, y a él no le importó que le empapara la camisa, ni a Cris, ni a Dylan. Los tres me arroparon y esperaron a que pudiera controlar aquel brote emocional que parecía sacudirme desde que los Miller regresaron a mi vida.

Cris me ofreció un pañuelo de papel, a ella también se le habían escapado un par de lágrimas ante las palabras de su chico.

—Menudo par de lloronas estamos hechas —murmuró en tono cordial—. Seguro que tú y yo

nos llevamos bien.

—Miedo me dais juntas —corroboró Dylan, enjugándose sospechosamente los lagrimales. No me perdí cómo vocalizaba un «gracias» silencioso, apuntando hacia la mirada de su hermano.

—Yo no suelo ser así, es que últimamente han pasado demasiadas cosas.

Me despegué de Noah y fue Dylan quien pasó su mano sobre mi hombro.

—Ha tenido que ser muy duro lo de tu hermana, yo soy hija única, pero no quiero ni imaginarlo; si le ocurriera a una de mis amigas, creo que desfallecería. ¿Hay noticias? —cuestionó Cris, mirándome apenada.

—No, el no saber está matándome.

—Tienes una fuerza admirable, Katarina. Si me dejas, yo también quiero que me consideres parte de tu familia, adoro a tus hijos y no creo que me cueste demasiado adorarte a ti. —Le agradecí aquella muestra de cariño desinteresada.

—¿Os parece si seguimos hablando en el coche y nos ponemos al día? —preguntó Noah, mirando el reloj. Era temprano, hoy llegaría tarde al trabajo y, conociéndolo, estaría sufriendo por ello.

—Secundo la moción —apuntó Dylan—, han sido muchas horas de vuelo y huelo a perro muerto —confirmó.

—Y pareces un oso pardo, ¿era necesario dejarse la barba tan larga? ¿Qué ocurre?, ¿en Darmstadt no había barberos? ¿O es que le has cogido el gusto a no afeitarte y mostrar tu cara de niño bonito? —lo increpó su hermano.

—Te recuerdo que bajo esta pelambreira existe una jeta exacta a la tuya.

—Eso es porque en cuanto mamá vio asomar mi cara, apretó Ctr+V, siempre serás una réplica.

—La réplica eres tú. Todo el mundo sabe que el gemelo mayor es el que sale segundo.

—Eso es un bulo —le reprochó Noah.

Cris puso los ojos en blanco, dejó ir a su chico y vino hacia mí para despegarme de Dylan, aferrarse a mi brazo y poner rumbo al aparcamiento.

—Cuando empiezan así, son insoportables. Yo tengo las llaves del coche, así que si no quieren quedarse tirados, ya nos seguirán. —Me guiñó el ojo haciéndome sonreír.

Cris no se equivocaba, en cuanto nos pusimos a caminar, ellos nos siguieron como harían un par de patitos con sus mamás.

Dylan se moría de ganas por ver a los niños, y a mí seguía dándome pavor. La novia de Noah no dejó de parlotear en todo el trayecto contándonos lo ilusionados que estaban los pequeños con la vuelta de su padre. Nos habló de sus avances en el colegio, algunas anécdotas e intentó calmar mis miedos.

Cris era profesora, fue contratada por Noah cuando Dylan estaba buscándome, llevaba varios meses cuidando de mis hijos, ya que mi búsqueda hizo que Dylan estuviera bastante tiempo fuera de casa hasta que dio con mi paradero.

Cuando desnudé mis preocupaciones frente a ella, me comentó lo mismo que Dylan. Los niños tienden a hacerse muchas menos preguntas que las respuestas que nosotros nos llegamos a plantear. Cuando un niño siente curiosidad por algo, suele bastarle con la primera parte de una respuesta.

—Por ejemplo, pongamos que tus hijos te preguntan cómo se hacen los bebés. No esperan que les cuentes el Kamasutra, o cómo Dylan empuja entre tus piernas. —Me puse roja al pensar lo que acabábamos de hacer en el aeropuerto. Dy, que estaba sentado a mi lado en el asiento de atrás, sonrió canalla y me acarició la mano. Intenté seguir prestando atención a la explicación de

Cris—. Nuestra mente va mucho más acelerada que la de ellos, se anticipa, presupone y te bombardea con multitud de probabilidades. La de ellos es más diáfana. Con total seguridad, les bastaría algo así como que los bebés son fruto del amor de papá y mamá. Si son muy curiosos, pueden hacer otras preguntas, pero, como te digo, de respuesta fácil.

—Es que no sé si estoy preparada para responder ni siquiera a una. La verdad es que no he sido madre.

—Lo fuiste de Alina —me corrigió Dylan—. Y mira qué bien te ha salido. —Pensar en ella me devolvió un poco de tristeza. Había dejado de lado su desaparición por una hora y eso me hacía sentir mal.

—Kata, no puedes postergar el momento eternamente, ellos te necesitan y, créeme, nunca encontrarás el instante ideal, porque no existe. El «no es el momento» suele ser una dinámica de autodefensa para no dar un paso que nos atemoriza. —No pude rebatírselo porque sentí que era verdad.

Al llegar a nuestra casa, un aluvión de recuerdos, de instantes felices, acudieron a mí en tropel. Cómo Dylan cruzó aquel umbral conmigo en brazos embarazada sin calcular bien las distancias, por lo que me llevé un buen coscorrón.

Cómo me aplicó hielo y terminamos haciendo el amor sobre la encimera.

Las risas, los sueños, las tardes de juegos de mesa con Noah y Liam de contrincantes. Las puestas de sol en la playa, para volver recubiertos de arena y con el sol poniéndose en nuestras miradas.

Todo parecía haberse estancado en el tiempo. Dylan me tomó por detrás y susurró en mi oído.

—Quise mantenerla igual, no fui capaz de desprenderme de aquello que me hacía pensar en ti. Bienvenida a casa, Duendecilla. Bienvenida al principio de nuestra nueva vida juntos.

Capítulo 22

Mrs. Potato.



Katarina

Pasamos parte de la mañana charlando con Cris.

Noah tuvo que marcharse a los laboratorios en cuanto nos dejó en casa.

«Casa». La sentí mi hogar desde el primer momento en que Dylan me la enseñó.

Los días que pasamos haciéndola nuestra se convirtieron en una burbuja de felicidad. Gocé como nadie comprando miles de detalles para las habitaciones de los niños.

Cada vez que veía algo que me gustaba o que creía que podía encajar con la decoración, a Dylan le faltaba tiempo para sacar la tarjeta de crédito y hacerse con el objeto de mis delirios.

—Me consientes demasiado —le reproché, saliendo con un par de bolsas repletas hasta los

topes.

—Pero si todo esto es para ellos —me recriminó, acariciando el abultado vientre con deleite—. Nunca pides nada para ti, todo es para los demás. Lo menos que puedo hacer es pagar. —Le sonreí.

—Eso es porque solo te necesito a ti y a nuestros hijos, vosotros sois mi felicidad —confesé en un arrebato de descarnada sinceridad.

Dylan me besó con todo el sentimiento que solo él podía transmitir a través de los labios. Un roce, una caricia, un abrazo suyo era volver al parque de atracciones, sentarme en la sillita colgante y volar. Volar alto, volar libre, pensar en que los imposibles eran posibles en algún lugar, y para mí, ese lugar era él.

No era palabrería barata, sentía lo que había dicho. Mi felicidad era mi familia, incluida Alina, solo que a ella no podía nombrarla. Cada noche rezaba rogando que si había un Dios, me iluminara mostrándome el camino para lograrlo.

Después descubrí que no servía de nada encomendarte a alguien, tener fe en los milagros, porque de la noche a la mañana tu vida da un giro de ciento ochenta grados y pasas de estar viva a muerta. De verlos riendo a llorando, de vibrar con el corazón lleno al más profundo de los abismos.

Acaricié la madera pulida de la barandilla que llevaba a la planta superior. Habíamos decidido que yo me ocultaría en lo alto de la escalera, así le daría algo de margen a Dylan para recibir a los niños y prepararlos para mi entrada estelar.

Estaba tan agitada que poco tiempo tuve para pensar en mi hermana. Mis neuronas estaban al borde del colapso sumidas entre recuerdos y probabilidades. Era incapaz de pensar, me hundía planteándome lo peor y ello no ayudaba.

Cris preparó unas infusiones para templar los nervios, aunque sabía que por mucha valeriana que bebiera no iba a servir para ahogar mi miedo más profundo; que mis hijos me rechazaran, que sintieran aversión por mí y me reprocharan los años de abandono, todo lo que me perdí, que los privara de mi protección. Eran demasiadas cosas. ¿Cómo iban a perdonarme algo que yo era incapaz de indultar?

Oliver y Chloe llegaron después de comer. Cris había sido la encargada de ir a buscarlos, como cada día, y cuando oímos que el coche aparcaba, subí corriendo las escaleras, con el corazón saliéndose de mi pecho.

Oí sus risas y su parloteo incesante resguardada en lo alto de la escalera, oculta como la intrusa que era en sus vidas, por lo menos, así me sentía.

Tita Cris, como ellos la llamaban, los había hecho entrar al salón, donde Dylan los aguardaba. Disfrutaría en primera persona del reencuentro, de sus caritas repletas de amor, y a mí me faltaban uñas para morder.

No sabía qué estarían diciéndose, ni siquiera estaba segura de querer saberlo. Bueno, sí que quería, lo que ocurría era que mi propio pulso alborozado apenas me dejaba pensar.

La algarabía inicial se sosegó. El volumen menguó dejándome a solas con mi corazón. *Boom, boom, boom...*

Fueron unos minutos llenos de congoja. Me frotaba las manos, el sudor se arremolinaba por mi columna pegando la ropa a mi piel. Tenía la sensación de haberme convertido en perro y haber envejecido tres años en diez minutos.

Cuando oí el reclamo desde la base de la escalera, el pulso me dio un frenazo rebotando contra el pecho.

—¡Kata, baja! —Era el pistoletazo de salida, así había quedado con Dylan, él me llamaba y

yo acudía. Fácil, sencillo. Y lo hubiera hecho si el cuerpo no me hubiese temblado tanto—. ¿Katarina? —insistió, empujando la voz por el hueco de la escalera.

Los niños tenían que estar en el interior del salón. Lo más probable era que ni lo hubieran oído llamarme. Mis pies estaban pegados al suelo, las manos sobre la barandilla, aferradas con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos, fríos, resbaladizos.

Mis piernas parecían un sonajero agitado. No podía hacerlo, no podía.

Escuché pasos y lo vi asomar la cabeza. A escasa distancia de mí.

—¿Estás bien? —cuestionó preocupado, recorriendo los pocos peldaños que nos separaban. Yo negué al borde del colapso. Me ofreció una sonrisa dulce y vino a mi encuentro.

—No puedo, Dylan —confesé con un hilo de voz una vez lo tuve delante—. Soy una cobarde, lo sé, pero es que no puedo.

—Cobarde es el que no hace nada por solucionar las cosas. Tú eres la mujer más fuerte y valiente del universo. Si Marvel te conociera, te fichaba como superheroína.

—Pues sería la supercagona. Las piernas no me funcionan. No tengo el coraje suficiente como para bajar esas escaleras por mucho que quiera dar el paso. —Él evaluó la situación y sonrió.

—Eso lo remedio ahora mismo, toda superheroína necesita un compañero de fatigas que de vez en cuando la ayude con el trabajo sucio. Yo seré tu escudero.

Me tomó como si fuera una pluma y yo me enterré en su cuello, aspirando su aroma, para ver si de esa manera era capaz de calmarme. A cada escalón, más rápido me latía el corazón. Casi estaba hiperventilando.

—No me hagas esto —susurré con un nudo en la garganta.

—Como te diría el doctor Stevenson, el pediatra de nuestros hijos, solo va a ser un pinchacito de nada, y si lo haces bien, esta noche te daré una piruleta, aunque en mi caso será un pirulón. —Recorrió el último tramo sin que pudiera soltarme del refugio que me ofrecía—. ¿Prefieres que te entre como una novia virginal o entras por tu propio pie?

—No sé si voy a poder dar un paso —confesé ahogada.

—Marchando una de novia embotellada. —Ni siquiera sus bromas me hacían reír.

—¿Qué les has dicho? —le pregunté antes de que cruzáramos el umbral.

—Que les he traído un regalo de Alemania, un recuerdo que no van a poder olvidar.

—¡Pensarán que soy un imán! —me quejé.

—Cariño, eres delgadita, menuda y a mí me tienes enganchadísimo, pero no como para colgarte en la nevera, no. Verás como les gustas, tú piensa que eres como Gizmo en la peli de los *Gremlins*.

—Ay, Dios, que me veo multiplicándome a las doce de la noche. —Dylan rio contra mi pelo.

—¿Preparada?

—No.

—Genial.

Abrió la puerta del salón con la punta del pie y se introdujo conmigo hecha un ovillo. Quise normalizar la respiración, aunque lo vi poco probable. Dylan hizo el anuncio.

Los niños estaban en mitad del salón con los ojos apretados y sus manitas cubriendo los párpados. Cris estaba agachada y les recordaba que no podían mirar hasta que su padre se lo dijera.

—Chloe, Oliver, ya podéis abrir los ojos, aquí tenéis la sorpresa... Ella es...

—¡Un clon! —chilló Chloe en cuanto los dos se dieron de bruces con mi cara.

—¡¿Has hecho un clon de mamá?! —preguntó Oliver parpadeando—. ¿Eso se puede hacer?

La abuela dice que está prohibido.

—¡Claro que se puede hacer! Papá y la abuela montan cualquier cosa en su laboratorio. Habrán cogido un hueso de por allí y un trozo de pelo de por allá y por eso papá se fue de viaje. Necesitaba un corazón mágico que solo late en unas montañas muy altas y por el que tuvo que matar a un fiero dragón. Cuando tuvo todas las piezas, pudo reconstruir a mamá.

—¿Has hecho una Mrs. Potato de mamá? —cuestionó Oliver consternado. Dylan seguía agarrándome contra su cuerpo—. ¿Si la tocamos se desmonta? ¿Por eso la sujetas?

—No se desmonta —respondió Dylan, bajándome al suelo para que el niño creyera sus palabras.

—¿Habla? —Esa fue Chloe.

—Sí, sí que habla, aunque ahora igual le cuesta un poco encontrar las palabras.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Has hecho un clon de mamá? —insistió Oliver.

—No, esta es la de verdad. —Los dos parpadearon incrédulos.

—¿Seguro? Yo le veo cara de clon —aseveró Chloe, quien no quería deshacerse de su teoría.

Ni siquiera sabía cómo podía sostenerme, eran tan mágicos, tan perfectos y me miraban tan llenos de esperanza que no sabía ni qué hacer para no romperles el momento.

—Si papá dice que es la original, es que lo es. Además, ¿qué más da?! Ahora ya tenemos madre, ¡mañana se lo cuento a todos en el colegio! —espetó Oliver dando un saltito.

—Tomáoslo con calma —les dijo su padre—. Por ahora, es mejor que solo lo sepa la familia. Ya veremos qué decimos en la escuela... —Chloe avanzó hasta colocarse al lado de su padre y le tiró de la mano.

—Papá, no nos engañes, si es un clon, tienes que decírnoslo, además, contar mentiras está muy feo y te crece la nariz.

—¿Por qué insistes tanto con lo del clon? —preguntó Dylan curioso.

—Pues porque con la abu vi una peli donde clonaban a una madre muerta, y no veas la que se liaba...

—Pero ¿qué pelis os pone vuestra abuela? —se quejó Dylan frunciendo el ceño.

—Los viernes toca peli con ella. Teníamos que escoger entre esa y Nemo. Estaba claro que mejor esa que no la de un pobre pececillo discapacitado, a quien una barracuda se come a su madre y a todos sus hermanos. La abu dice que Disney es muy sangriento.

Con ese raciocinio era imposible llevarle la contra. Esboqué una sonrisa liviana, ahora comprendía por qué Dylan decía que se parecía tanto a mí, yo también hubiera escogido esa peli antes que a Nemo.

—¿Podemos abrazarla? —cuestionó Oli, mirándome extasiado.

Yo seguía tensa como un palo, las extremidades no habían dejado de temblarme, no obstante, abría y cerraba los dedos intentando que no me fallara la circulación. Las emociones crecían como un alud imparable que me veía incapaz de refrenar y que amenazaba con desplomarme de un momento a otro.

—Me parece que le encantaría —aclaró Dylan por mí—. No viene con manual de instrucciones, pero seguro que responde si la llamáis mamá. Su nombre de verdad es Katarina. —Segunda bomba del día. ¿No podía haber esperado a decirles eso?

—¿No se llamaba Winni, como el amigo del cerdito de tita Cris? ¿Sabes que tío Noah le ha comprado un cerdito vietnamita y le ha puesto Piglet? —Tanto Dylan como yo miramos a Cris sorprendidos ante la observación de Oliver. Ella se encogió de hombros.

—Ya sabes que tu hermano es muy original con los regalos.

—Es muy feo y muy mono a la vez. Lo importante es que lo queremos —aclaró Chloe.

—Algo parecido ocurría con mamá, ella era muy mona, pero tenía un nombre muy feo, así que se lo cambiamos —susurró Dylan—. Además, con que vosotros la llaméis mamá será suficiente.

—Me gusta Katarina, y mamá, también —afirmó Chloe, dando el visto bueno.

—Me alegro —contestó su padre.

—En... Entonces, ¿si la abrazamos, no se desmonta? —volvió a insistir Oliver.

—No. —Sentenció Cris, dándoles otro tipo de explicación al ver que no salíamos del bucle—. A vuestra madre la tenía retenida un brujo malvado. Él mandó a un cazador, quien dijo a todos que había muerto, pero en realidad se la había llevado muy lejos. Vuestro padre mantenía la esperanza en secreto de que no hubiera muerto de verdad y la buscó por medio mundo hasta encontrarla. Fue necesario un beso de amor verdadero para librarla del hechizo y que ella pudiera volver a casa. —Mis hijos alucinaban con la historia, los dos sonrieron y Oli miró orgulloso a su padre.

—Pues claro, papá es el príncipe más valiente de todos.

—Eso es —admitió Cris, guiñándole un ojo a Dylan que me contrajo las vísceras. No podía sentir celos, era mi cuñada y quería a Noah.

—¿Y mataste al brujo, papá? —quiso saber Chloe.

—El brujo desapareció para siempre cuando besé a tu madre, aunque no me faltaron ganas.

—¿Y ya no va a marcharse nunca más? —Fue Oli quien lanzó la pregunta ilusionado.

—Nunca más —me vi con fuerzas de responder. Mis hijos se miraron el uno al otro, sonrieron y rompieron la distancia que nos separaba. Solo pude flexionar las piernas, extender los brazos y recibir todo su amor incondicional en aquel ansiado abrazo.

Aspiré el aroma de mis niños y lloré. Lloré al pensar en todo lo que me habría perdido si Dylan hubiera lanzado la toalla, si no hubiera apostado por mí. Lloré por lo que nunca podría recuperar, por el tiempo perdido y por haber tenido tanto miedo que había sido capaz de renunciar a mi mayor felicidad.

—¿Por qué lloras, mami? —Era la primera vez que escuchaba a Oliver llamarme así. Dos sílabas tan hermosas como deseadas.

—Porque soy muy feliz —hipé.

—Te echábamos mucho de menos —murmuró Chloe contra mi pecho—. Sobre todo, yo, porque no tenía a nadie con quien tener una tarde de chicas hasta que llegó tita Cris. —Su reflexión me hizo sorber por la nariz.

—Eh, que yo también la he extrañado mucho —se quejó su hermano, apretándome en su abrazo.

—Y yo a vosotros.

Las gafas se me estaban empañando. No me importaba, porque el amor de verdad no se ve, se siente. Y yo lo percibía en cada poro de mi piel.

—Eres más guapa que en las fotos y hueles mucho mejor —festejó Oliver, ganándose una sonrisa por mi parte.

—Pues claro que huele mejor, las fotos no huelen, tonto —le recriminó Chloe, sacándole la lengua.

—Chloe, esa boca —la corrigió su padre. Yo era incapaz de hacer otra cosa que no fuera aferrarlos contra mi cuerpo perdida en aquella bruma de lágrimas. ¿Cómo había sido capaz de estar sin ellos tanto tiempo?, ¿de perderme sus conversaciones, sus discusiones y esa manera tan especial que tenían de ver la vida plagada de inocencia?

—Cada vez que se me caía una pestaña y soplabla, pedía que volvieras a casa —confesó mi

hijo con ternura.

—Yo lo hacía cada vez que soplaba la vela de nuestro cumple —se sumó Chloe, incrementando la emotividad del momento.

—Yo me llegué a sentar sobre las rodillas de Santa Claus el año pasado para ver si me facilitaba tu número de teléfono, pero algo debí hacer mal porque no me lo dio —bromeó Dylan, provocando que los niños rieran.

—Voy a marcharme, creo que tenéis que disfrutar de lo que queda del día los cuatro. —Los niños giraron la vista hacia Cris.

—¿Ya no serás nuestra canguro ahora que mamá ha vuelto, tita Cris? —Era Chloe quien la miraba con congoja, arrugando la naricilla.

—Yo estaré siempre que me necesitéis, soy vuestra tía y nunca voy a irme de vuestras vidas. —La reflexión me contrajo las entrañas, porque yo sí que me había ido y me sentía fatal por ello —. Además, ya sabéis que tenéis que venir a casa a cuidar de Piglet, que yo sola soy incapaz.

—Eso es cierto —corroboró Oli—. Tita Cris nos necesita, no se le da muy bien cuidar de los cerdos.

—Cuando papá y mamá estén más tranquilos y les haya dado tiempo de disfrutar de vosotros, podéis venir a ayudarme. ¿Vale?

Cris vino hasta los niños y les acarició las cabecitas con ternura. Los dos giraron las caritas para estampar un par de besos sonoros en sus mejillas. A mí me ofreció una sonrisa que apenas pude ver.

—Gracias —murmuré. No sabía qué otra cosa podía decir.

—No hay de qué, cuidar de tus hijos ha sido un placer. Si me necesitáis, ya sabéis dónde encontrarme, con una llamadita vengo volando.

—¿Te acerco a casa? —sugirió Dylan.

—No, quédate, voy a ir en bus al centro, tengo que comprar un par de cosas. Si termino pronto, cogeré un taxi; si no, iré hasta los laboratorios y esperaré a que salga Noah.

—Como quieras, te acompaño entonces a la puerta.

No me importó que se marcharan juntos. Ahora lo único que quería era disfrutar del cariño de mis retoños, quienes se habían embarcado en una competición por ver quién podía llegar a darme el beso más largo.



Dylan

Respiré, no sé cuánto tiempo contuve la respiración, pero fue bastante.

Pensé que Kata se desmayaría o que saldría huyendo despavorida. Nuestros hijos podían llegar a ser un pelín intensos. «Nuestros hijos», me recreé en la sensación de pensar en ellos con ese término.

Nunca tuve duda de que, si daba con ella, la aceptarían desde el minuto cero, daba igual que Kata se mostrara escéptica. Ellos serían capaces de llenar sus dudas con afecto.

Llegué con mi cuñada a la puerta.

—Ni tan mal —murmuró sonriente. Yo le devolví el gesto.

—Sí, ha estado bien, ¿eh? —Movié la cabeza afirmativamente.

—Creí que no los desencallábamos de la batalla de los clones.
—Menos mal que te tenemos a ti.
—Necesitan tiempo para amoldarse. Es lógico que Kata tenga algo de temor, se le pasará rápido, tus hijos son entrañables y se la ganarán en un abrir y cerrar de ojos.
—Yo también lo pienso. Respecto a lo de tu trabajo con los niños...
—Entiendo que tengas que despedirme, no te preocupes, ya me había hecho a la idea.
—Iba a decirte lo contrario, si no te parece mal, pienso que a Kata le vendría bien alguien que le echara una mano para adaptarse. —Cris negó.
—Ella no me necesita, yo puedo venir de vez en cuando en plan cuñada y amiga, pero verás cómo se hace a ellos sin que yo intervenga. En serio, es mucho mejor así...
—Vale, pero por lo menos acepta que te pague un sueldo mientras encuentras otro curro, estás aquí por mí y...
—¡Alto, Miller! ¿Me ves cara de aprovechada? Ni hablar. Yo cobro si trabajo. Por mí no sufras, que ya tengo un par de entrevistas para comenzar después de las vacaciones de Navidad.
—¿Tan rápido? —Estaba alucinando.
—¿Qué te creías? Soy muy competente y hay bastantes vacantes para dar clases de español en Australia, sobre todo, si tienes carrera como docente y eres nativa. Ahora a cruzar los dedos y que me cojan.
—¿Tus padres ya se han hecho a la idea de que te quedas?
—Qué remedio... Estas Navidades, Noah quiere regalarles el vuelo para que vengan, y así, de paso, me traen al hámster.
—Al final, mi hermano y tú montáis un zoológico, con él ya tienes al burro y conmigo a la cabra. —Ella se echó a reír.

Me alegré de que las cosas les fueran bien a ella y a mi hermano. Cri-cri era cojonuda e ideal para Noah. Me hubiera sabido bastante mal haberla hecho cruzar medio mundo y que ahora se quedara sin trabajo.

—Entonces, ¿puedo llamarte como canguro si una noche nos apetece estar solos?

—Cuenta con ello. —Cris me dio un abrazo y nos despedimos con un par de besos.

Cuando regresé al salón, los niños habían sentado a Kata en el sofá, se habían traído nuestros seis álbumes de fotos anuales, y estaban bombardeándola. Ella se había secado los ojos y limpiado las gafas.

Me gustaba hacer un álbum al año para llenarlo de comentarios, fotos, anécdotas y cosas que no quisiera olvidar si alguna vez me fallaba la memoria. Lo venía haciendo desde que los niños nacieron.

Kata levantó la vista por un instante mientras Chloe y Oli debatían sobre quién dio sus primeros pasos antes. Tenía los ojos colmados de una felicidad cegadora.

—Te digo que la fecha está mal —reprendió Chloe a su hermano—. Papá se equivocó, yo aprendí primero. —Oliver frunció el ceño y yo carraspeé desde el umbral. Los mellizos buscaron mi veredicto.

—Más bien, tú aprendiste a hablar primero, Oli fue quien te adelantó caminando.

—Lo ves... —alardeó su hermano, cruzándose de brazos.

—Bueno, da igual, hablar es más importante que caminar.

—De eso nada. Si no hablé antes, fue porque no tenía nada que decir. Me agobiabas demasiado con tus «gugu tata» todo el santo día.

—Yo decía cosas importantes, no eso. ¿A que sí, papi? Díselo a Oli.

—Por supuesto, lady Miller, papá, mamá y una pedorreta fueron tus tres primeras palabras. —

Oliver se rio por lo bajo y mi hija lo fulminó con la mirada. Cada uno estaba sentado a un lado de Kata, quien pasaba el dedo maravillada por las imágenes.

—Lo importante no es quién fuera primero en cada cosa, sino que ambos lo habéis logrado —respondió, alzando la vista del álbum.

—Exacto —corroboré, acercándome con prudencia—. Aprended de la sabiduría de vuestra madre y de la de los sobres de azúcar. —Los niños asintieron.

—Chloe y Oliver han insistido en ponerme al día a través de los álbumes. Son preciosos y tienen muchísimos detalles.

—Sí, disfruto mucho haciéndolos, lo que me recuerda que hoy es uno de esos días que hay que tener immortalizados para el de este año.

Ocupé la plaza disponible al lado de mi hija, saqué el móvil y alcé el brazo en modo palo *selfie*.

—Decid Patata.

—Pa-ta-ta.

Aunque estábamos agotados por tantas horas de vuelo, Katarina parecía haber renacido. No dejó de comentar cada una de las imágenes, interactuó con los niños, los cuatro compartimos una macedonia de fruta como merienda y le pidieron a su madre acompañarlos en la hora del baño.

Ahí fue el único instante en que la vi flaquear. Enfrentarse a la bañera quizá fuera demasiado.

Insté a los pequeños a que fueran a sus cuartos a por el pijama y me quedé a solas con Kata.

—Si no puedes entrar en esa habitación, yo me encargo. —Ella negó.

—No puedo tener miedo a un recuerdo.

—El miedo es irracional —suspiré.

—Me he pasado media vida aterrorizada, no pienso pasar la otra media igual.

—¿Te parece si lo hacemos juntos? Si se te cae la pastilla de jabón, puedo recuperártela con las caderas —agité las cejas, restándole dramatismo. Ella negó con la cabeza y una sonrisa ladeada.

—¡Mami! ¿Nos llenas la bañera? Nos gusta con mucha espuma de jabón de fresa, así podemos hacernos peinados. —Estaba ensimismado mirándola cuando Chloe habló por el hueco de la escalera.

—Ahora mismo subimos y os la llenamos —anuncié, regalándole un beso. Lo había hecho tan bien que solo podía pensar en besarla.

Ella suspiró en mi boca, pasó las manos desde mi cintura al pecho y gimió ante el roce de lenguas. Apresé sus glúteos y los amasé con deleite, mientras empujaba el suave cuerpo femenino contra el mío.

—Puajjj. —Se escuchó—. Se están chupando la lengua.

—Igual necesitan lametones, como los gatos —contrarrestó Oli.

—No se chupaban como gatos, sino como tío Noah y tía Cris, ya sabes, besos de mayores. Yo no pienso dejar que nadie me chupe así. ¡Qué asco! —Sus voces se perdieron en dirección al baño. Yo me separé de una sonrojada Kata que miraba hacia lo alto de las escaleras con preocupación. Empujé su cara contra la mía en un roce visual.

—Recuérdame que me apunte esa conversación. Pienso restregársela cuando tenga dieciocho y aparezca en el umbral con el hijo de los vecinos metiéndole la lengua hasta la tráquea.

—Dieciséis —me corrigió—. Y si me apuras..., catorce..., que ahora vuelan.

—No te apures tanto que esto no es ningún afeitado.

—A ti te haría falta uno, ya no necesitas tener aspecto de leñador desahuciado —comentó, pasando los dedos por mi espesa barba.

—¿Leñador desahuciado? Señorita, por mucho tronco que tenga entre las piernas, estoy en contra de la tala masiva de árboles. Y nada me haría más ilusión que me afeitaras como antes.

Una de las cosas que me gustaban de nuestra intimidad era cuando Kata me rasuraba el rostro. Un día se presentó con una navaja con empuñadura de nácar. Me dijo que su madre siempre afeitaba así a su padre, y que si no me importaba, se había mirado un tutorial de internet para hacer lo mismo por mí. Te juro que la primera vez que la vi empuñarla, manché los calzoncillos.

Ahora me brillaban los ojos.

—Esta noche, tienes una cita conmigo, nuestro baño y la navaja. —Ella parpadeó.

—¿La conservas?

—En perfecto estado... —Apreté mi erección contra su vientre al recordar la última vez que la usamos.

—Dylan... —murmuró con las mejillas coloreadas.

—Duendecilla... —le devolví, besándole la punta de la nariz.

—No he vuelto a rasurar a nadie, puede que haya perdido algo de práctica —confesó bajito.

—Peor que el primer día no vas a hacerlo. Todavía recuerdo que en los laboratorios me preguntaron si había intentado convertirme en faquir o en un primo hermano de la momia, con tanto papelito por toda la cara. —Ella se echó a reír rememorando aquel afeitado, y yo pensé que así era justo como me apetecía verla siempre, aunque me costara un par de cortes sin importancia.

—¡Papá! ¡Mamá! ¿Habéis terminado de chuparos? —La voz aguda de Chloe se filtró hasta nuestros oídos.

—Sí, cariño, ya vamos —contesté, tomando la mano de Katarina. Juntos subimos las escaleras, peldaño a peldaño, oyendo cada crujido sincopado bajo las plantas de nuestros pies—. Vamos a darles esa fiesta de peinados de espuma.

Cenamos unas pizzas. Me negué a cocinar, estábamos tan rendidos que ya lo haríamos al día siguiente.

Los mellizos nos exigieron un cuento a dos voces, como les hacían sus tíos mientras yo estuve liado buscando a su madre. Escogieron el cuento de *La bella durmiente*, y no pude evitar pensar dónde estaría el maldito dragón de nuestro cuento.

Ludvic no había podido morir en aquel incendio. No iba a descansar hasta encontrar a Ali, pero tampoco iba a detenerme hasta dar con él y hacerle pagar todo el daño que nos hizo.

Con los niños descansando como ángeles, le pregunté a Katarina si le apetecía afeitarme o también lo dejábamos para el día siguiente. Hacía calor. Nos habíamos puesto cómodos. Yo vestía el pantalón corto del pijama y ella un camisón de tirantes por la rodilla. Se había recogido el pelo en un moño desenfadado sobre la cabeza.

—Hagámoslo, pasar la navaja solo requiere de precisión, no de esfuerzo.

Mientras ella llenaba el lavamanos de agua caliente, yo fui a buscar el kit de afeitado. Antes pasé por la habitación de los niños y aparecí con un globo inflado.

—¿Qué haces? —inquirió divertida—. No me digas que vas a darme un espectáculo de globoflexia.

—Más bien te he traído un voluntario para que practiques antes de dejarme sin gazzate. —Le dio un manotazo a mi mano y el globo salió volando por los aires.

—¿Quién es ahora el cagueta?

—Yo no me las he dado nunca de valiente.

—Anda, siéntate, quiero ver si está lo suficientemente afilada.

—Ya me he ocupado —comenté, aposentándome sobre la taza.

Kata dejó la navaja fuera, en el mueblecito que le quedaba a la derecha. Después, tomó la espuma de afeitar y fue distribuyéndola sobre mi cara con cuidado.

—Ahora mismo tienes un aire a ese Santa Claus a quien le pedías mi teléfono.

—Yo soy mucho más guapo y tengo menos barriga. Si sigo con vida cuando termines, te enseño donde llevo oculto el regalo. Hoy has sido una niña muy buena y tienes un montón acumulados. —Ella arqueó las cejas sugerente.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Tú procura que siga respirando y te prometo una noche inolvidable.

—Anda, tira el cuello hacia atrás y déjame hacer —me instó, apartando la chispa de deseo que se había encendido en los iris azules.

«Demasiado tarde, Duendecilla. Santa Claus va a dejarte jugar con su enorme paquete».

Paseó la afilada hoja por mi rostro igual que si untara mantequilla en la tostada. Su cara de concentración, el modo en que se le escurrían las gafas sobre el puente de la nariz y cómo fruncía el ceño me ponían mucho. Ya estaba duro y solo llevaba media cara.

Disfruté dejándola hacer, y cuando llegó a la zona del bigote, le pedí que me lo quitara sentada sobre mis muslos.

—Así no puedo —protestó.

—Ya verás como sí. —Solo quedaba aquella parte, pero yo estaba muy cachondo y, a juzgar por sus pezones, ella tampoco parecía indiferente. Puede que también hubiera recordado lo que ocurrió durante el último afeitado.

Se posicionó y yo me puse a prodigarle caricias en las piernas. El camisón se había arremolinado sobre las caderas y mis manos vagaban por sus muslos templados.

—Si me acaricias así, voy a cortarte.

—Hazlo —la agujoneé—. No pienso dejar de acariciarte.



Capítulo 23

Dime que los tienes tú.



Dylan

Me recreé en su visión.

Pequeñas motas condensaban su frente a la par que mis dedos ascendían con peligrosidad y alevosía.

—Dylan —me riñó, usando su tono de advertencia. Hice oídos sordos y me dispuse a masturbarla por encima de la braguita. Podía intentar disimular, sin embargo, la humedad que crecía en su entrepierna no era fruto del ambiente. La nuez femenina bajó y subió en picado—. No hagas eso —se quejó. El calor dentro del baño ascendía, seguramente por el que emanaban nuestros cuerpos, más que por la temperatura exterior.

—Dame un buen motivo para no hacerlo.

—Pues que se me podría ir la mano —señaló la herramienta.

—La utilidad de la punta de la nariz está sobrevalorada, en cambio, esto... —Colé los dedos por el lateral de la braguita y la penetré. Ella separó los labios y soltó el aire con violencia—. Esto. —Volví a penetrarla con lentitud—. Esto vale cualquier tipo de amputación.

Dejó de afeitarme y cerró los ojos guardando la hoja retráctil en el mango. Verla así era una delicia, tan mojada, tan dispuesta, tan mía. Y no «mía» con sentido de propiedad, no me refería a eso, sino a que ella me completaba, me hacía mejor hombre, mejor persona e inmensamente feliz.

La masturbé sin prisa, descolgué los tirantes del camisón y gocé de la perspectiva de sus pechos expuestos. Vibró en mis manos, jadeó rotando el cuello hacia atrás, arqueando la espalda, ofreciéndose con abandono.

Katarina era arte en movimiento, su cuerpo se mecía mientras mi excitación crecía envalentonada por sus reacciones.

Su interior aprisionaba mis dedos en un bombeo anhelante.

—Dylan... —susurró en una melodía entrecortada.

—Shhh, este es tuyo... —Me miró encendida, con los párpados pesados.

—No, este es nuestro. —Sacó mi mano de su interior y se llevó los dedos a la boca para lamerlos. Mi polla dio un brinco.

Kata aparentaba ser una mujer tímida, reservada y, sin embargo, en la cama, conmigo, olvidaba cualquier tipo de reserva y se convertía en mi sueño erótico hecho mujer.

Puso la navaja sobre el mueblecito. Se levantó insinuante y me instó a que abandonáramos el baño para entrar en la habitación. Dejando caer el camisón a su paso. Aspiré con rudeza al verla allí, en nuestro refugio, el lugar donde le juré amor eterno.

Se sentó en el borde de la cama, separó los muslos sin reparo, mostrándome cómo brillaba por mí y flexionó el dedo índice para que me acercara. Me deshice de la única prenda que llevaba anclada a las caderas y ella sonrió al verme más que dispuesto.

Se relamió contemplando mi hinchado miembro y yo avancé para caer de rodillas sobre la alfombra, delante de ella, de su sexo, al que iba a adorar como merecía.

Lamí el interior de sus muslos, comenzando por las rodillas, evitando su centro de placer que me llamaba a gritos.

Kata apoyó las manos detrás de su cuerpo y se ofreció en bandeja. Cómo me gustaba cuando hacía eso.

Lamí la jugosa abertura paladeando su sabor en cada barrida. Mi lengua bailó entre gemidos de necesidad, empujada por una mano invisible que me hacía follarla con la boca, colocarle las piernas sobre mis hombros y devorarla con ansia.

Ella se dejó caer sobre los codos. Recorrí los labios externos, succioné los internos, barrí su clítoris hinchado de lado a lado y de arriba abajo, hasta penetrarla con la lengua.

Katarina cayó sobre el colchón, colocó las gafas a un lado y enredó los dedos en mi pelo para tirar hacia su epicentro. Empujó las caderas anegándose en sus jugos y se restregó sobre mi boca, justo como a mí me gustaba, estallando por completo, inundándose en su mar interior que era dulce, salado, caliente, picado y mío. Aulló mi nombre cuando la cresta de la ola la hizo volar y sumergirse en el placer del orgasmo.

Me entretuve recogiendo el éxtasis que había sembrado, dejando que se disolviera en un mar de calma. Subí a la cama y la arrastré conmigo en una cucharita perfecta.

Kata giró el rostro soñolienta, y yo la besé dejándola saborearse en mi lengua. Seguía excitado, la necesitaba. Mi carne se clavaba contra la suya hambrienta. La mano derecha buscó

su pierna para hacerla reposar sobre la mía.

Esta vez fueron las yemas de mis dedos quienes leyeron el braille de su cuerpo, de los pezones erizados, las clavículas suaves, la frontera que partía su cuerpo en dos y la convertía en mi mitad ideal.

Me recreé aspirando aquel punto oculto tras su oreja, el que la hacía encoger los dedos de los pies cuando lo lamía. Busqué la redondez de su ombligo para regresar al punto de inicio y friccionar su inflamado sexo.

Ella hurgó entre nuestros cuerpos y buscó mi polla enfebrecida para llevarla a su lugar predilecto.

Gimió cuando el glande se proyectó en la entrada, al percibirla en toda su extensión, cuando se abrió paso retomando aquella vía de acceso que acercaba nuestras almas a un plano superior.

Moví con suavidad las caderas, le hice el amor con mi boca, a la par que mis dedos se lo hacían al tenso nudo entre sus piernas.

Lo hicimos suave, lento, profundo. Con toda la intención de recrearnos en aquel instante dibujado para nosotros. Saboreé cada porción de ser que me era entregada, perdiendo el sentido en cada movimiento.

La amé, me amó y juntos fuimos creciendo, llenando el depósito del amor que se nos había quedado en reserva.

—Te quiero —musité contra su boca, recibiendo un beso mucho más hondo.

Katarina lo deshizo, se dio la vuelta y se subió sobre mí, entrecruzando mis dedos y los suyos para llevarlos por encima de mi cabeza.

No había palabras que definieran su manera de mirarme, aquella entrega sin retorno.

—Teluro —ronroneó, lamiendo una de mis planas tetillas—. Americio. —Hizo lo mismo con su gemela—. Oxígeno —concluyó, mordisqueando mi labio inferior para libar la zona marcada.

—Dímelo sin elementos químicos —exigí perdido en sus ojos.

—Te amo, Dylan Miller, más que a mi vida, más que a mí misma, más que a nada en este mundo. —Se encajó y yo gruñí. Trenzó sus dedos a los míos y empujó mis brazos sobre el colchón, por encima de mi cabeza—. Nunca dejé de hacerlo —dijo con toda la honestidad que fue capaz—. Jamás pude olvidarte, ¿cómo iba a hacerlo? Has sido la única persona que me ha querido, que ha ido a buscarme más allá de la muerte, que ha creído en lo nuestro, aunque yo te apartara. Que no ha renunciado y la que ha dado sentido a mi vida. Has sido y serás siempre lo mejor que me ha pasado junto con mis hijos. Porque como me dijiste una vez, tú y yo nos salimos de la tabla periódica, y si fueras un elemento, para mí serías oxígeno. Ni quiero, ni puedo seguir viviendo sin ti. —Mi sonrisa se amplió. El amor que sentía por ella se expandió en el interior de mi pecho a cada palabra que suspiraba.

—Kata...

—Espera, déjame hablar. Siento todo lo que te he hecho pasar, siento haber sido una cobarde y no haber puesto solución antes teniendo en cuenta cómo han salido las cosas. Lamento no haberme dado cuenta de que privaros de mí nunca fue la solución. Quiero formar una familia contigo, quiero un futuro juntos, quiero aparecer en las fotos de los próximos álbumes y coleccionar recuerdos con vosotros. Confío en ti, Dylan Miller, a tu lado soy mejor persona y tengo fe en que unidos seremos capaces de poner todo en su sitio, encontrar a Alina y devolverle la vida que le han quitado.

—Por supuesto que sí. Y, ahora, deja de hablar y demuéstrame con el cuerpo lo que has dicho con palabras.

Besó mis labios y le devolví la muestra de cariño inflamando su lujuria.

Katarina dejó ir mis manos, pasó las palmas por mis brazos, en sentido descendente, hasta acariciarse el cuerpo rotando las caderas en ascenso, para terminar enredando en ellas su propio pelo. Con los labios enrojecidos trotó sobre mí, permitiéndome que la contemplara hechizado, elevando los dedos para colmar sus pechos de atenciones.

Alzó el telón de sus párpados, envolviendo de azul el verde de mi mirada. Nuestros corazones latían al unísono, devolviéndonos el sentido.

Me corrí arrastrándola en el mar de mi orgasmo, despeñándome contra ella, en una balada dulce de gemidos y viento.

Por fin me sentía completo, por fin me sentía en casa.

Era viernes. Le había pedido a Noah que no le contara a mi madre que ya estaba en casa, necesitaba unos días para nosotros, para encontrarnos como familia. Sabía que la doctora Miller estaba que se subía por las paredes, por la cancelación de la firma del «Godness» y porque la farmacéutica alemana había anunciado a bombo y platillo el lanzamiento del proyecto que iba a revolucionar el sector médico.

Se había previsto una fiesta por todo lo alto donde había sido invitada la flor y nata de la sociedad médica, entre ellos, mi madre, quien puedes imaginar que había rechazado de lleno la invitación.

Yo no es que estuviera contento, a mí me jodía sobremanera que el maldito Ludvic, además de fastidiarle la vida a Kata y Alina, también se hubiera cargado parte de la nuestra. Lo que ocurría era que quería estar al margen de él unos días. Nos había robado seis años de felicidad y, al menos, merecíamos aquel pequeño paréntesis.

Kata era ajena a lo que estaba ocurriendo en los laboratorios. Y lo prefería, contárselo incrementaría su desazón. Se sentiría culpable por nuestra pérdida del contrato y eso no la ayudaría. Ya estudiaría el lunes cómo capear la situación y hablaría con mi madre, Noah y los abogados.

Me encontraba en la playa, decidí ir a hacer *surf* un rato, mientras que Kata iba al cole a recoger a los niños. Quería cederles un espacio a los tres, que se sintieran cómodos sin mi presencia para ir fortaleciendo el vínculo entre ellos.

Mis hijos estaban encantados, irradiaban felicidad por los cuatro costados. Parecía que Katarina no se hubiera marchado nunca, aunque su humor no estaba al cien por cien debido a la desaparición de Alina y los pocos avances respecto a ella. Kata se esforzaba para que los niños no lo notaran, y ello me llenaba de ternura.

Brau y Lucas, su amigo *mosso d'esquadra* de la Unidad de Desaparecidos, seguían poniendo empeño en averiguar lo posible. Al equipo se había sumado la mujer del agente en cuestión, Paula Carrington, una afamada periodista de investigación que estaba haciendo eco en su diario digital. Ella, junto con Lucas y Brau, habían conseguido destapar el año anterior una trama muy peliaguda que incluía secuestros de menores y prostitución. Cuando nos pidió autorización para inmiscuirse en el caso, tanto Kata como yo no lo dudamos y le dimos vía libre.

La policía alemana estaba estrechando el cerco sobre los vuelos que despegaron aquel día desde Frankfurt y las empresas de coches de alquiler. Además, estaban haciendo una criba de los móviles que estuvieron en el radio del lugar en el que desapareció Alina. Esperábamos que tarde o temprano tuviéramos algo a lo que aferrarnos. La buena noticia era que no había aparecido el cuerpo de Ali, y eso ya era importante, nos daba un soplo de esperanza.

Era la primera vez que Kata iba sola a buscar a los niños. Me comentó que seguramente harían una parada para tomarse un helado.

Me dejé mecer sobre las olas, estirado en mi tabla, sorbiendo la sensación de paz y sosiego. Mis músculos se quedaron laxos, gocé del calor del sol y el frescor del mar. Una sonrisa despreocupada asomaba en mis labios. ¿Cuánto tiempo hacía que no me sentía así? En calma... La respuesta era simple, desde el día en que creí que no volvería a ver a mi mujer.

Quería pedirle que se casara conmigo, seguramente cuando ella estuviera más relajada. Habían sido demasiadas emociones en un periodo de tiempo muy breve y sabía que el secuestro de su hermana la tenía rota por dentro. Yo hubiera estado igual. No, ahora no era el momento.

El sol picaba tanto que me tiré al agua, por hoy había sido suficiente. Me monté en la tabla y remé hasta la orilla.

Cuando llegué a la toalla, el grupo de chavales que estaban al lado de la mía y a quienes les pedí que echaran un ojo a mis pertenencias mientras surfeaba, me advirtieron que el móvil llevaba un buen rato sonando.

—Gracias.

Me sequé un poco antes de echar mano al interior de la bolsa, no quería que se me fastidiara. La pantalla estaba iluminada con la palabra Duendecilla. Sonreí y respondí de inmediato.

—¿Qué pasa, cariño, se les ha acabado el helado de vainilla? —bromeé.

—Dy... Dy... Dylan —tartamudeaba. La voz sonaba entrecortada y llorosa. Me preocupé al instante.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No —respondió rotunda, despertando en mí la alarma. Igual había sufrido una crisis de ansiedad. No debería haberla dejado a solas con ellos tan rápido.

—¿Qué ocurre? —intenté que mi voz sonara calmada.

—Se los han... Se los han...

—¡¿Qué?!

—Llevado.

—¿A quién?

—¡A los niños!

—¡¿Quéééé?! —aullé, provocando que me miraran todos los que estaban a mi alrededor—. ¿Quién se los ha llevado?

—No lo sé —respondió exasperada—. Yo... Yo...

—A ver, tranquila, puede que estén en el baño, o hayan salido de la heladería.

—No estamos en la heladería, no hemos llegado.

—Vamos a ver, ¿dónde estás?

—En... En el puente al lado del colegio. Y no están. Estaban, pero ya no... —Se ahogó en un sollozo.

—No te muevas, ahora mismo voy —respondí, recogiendo mis cosas cagando leches.



Katarina, veinte minutos antes.

Había ido con bastante antelación a recoger a los niños, el *parking* de la escuela se ponía a petar y no quería quedarme sin sitio. Si llegabas justa de tiempo, corrías el riesgo de tener que aparcar en un descampado que quedaba cruzando un puente bastante largo.

Pillé unas obras de camino y eso provocó que tuviera que desviarme, y a su vez perder la última plaza disponible del aparcamiento. ¡Genial! Empezábamos bien la tarde.

Salí del *parking*, di la vuelta a la rotonda y me dirigí hacia el descampado. No me gustaba aparcar ahí porque iba a llenar el coche de polvo, además, la acera del puente era muy estrecha, por lo que había que andar en fila de a uno, y con los niños era un peligro porque circulaban un montón de coches a esas horas. En fin, no podía hacer otra cosa.

Me dirigí a la puerta, donde los típicos corrillos de madres hacían guardia esperando a sus hijos. Llevaba toda la semana yendo con Dylan, por lo que no había tenido que interactuar. Él saludaba con un ligero movimiento de cabeza a algunas, pero no se acercó a ninguno de los grupitos. Al estar sola, me sentía un pelín expuesta con todas esas miradas curiosas sobre mí.

Una de aquellas mujeres, que identifiqué como la que me había robado el sitio en el aparcamiento, rompió el círculo y caminó hasta donde yo estaba. Lo hizo para presentarse como la madre de una de las niñas que iba a clase con los mellizos. Sentía curiosidad porque no había visto a Cris los últimos días y quiso saber si es que Dylan había cambiado de canguro. Cómo me fastidiaban las cotillas.

—No, no ha cambiado de canguro —respondí críptica. Ella, no contenta con tan escasa información, me repasó sin pudor.

—¿Eres la nueva novia del padre de los mellizos? —La pregunta me olió a cuerno quemado, porque en su mirada veía que aquella posibilidad le parecía inconcebible. No me dio tiempo a responder cuando ella ya estaba al ataque de nuevo—. Perdona, qué tontería, está claro que no lo eres. Es que el señor Miller es un hombre muy codiciado, ya me entiendes... Tan guapo, tan joven, viudo y con una buena posición social. Despierta mucho interés por aquí... Más de una madre quiere echarle el guante. —Una risita floja cerró su diatriba.

—Gracias por la información —contesté, tratando de mantenerme en mi sitio.

—Y entonces..., ¿eres...? —La miré desafiante, alzando la barbilla. Estaba cansada de que aquella robasitios pensara que era poca cosa para Dylan.

—Su mujer —mentí. Si Dylan les había dicho que era viudo, yo pasaba a ostentar ese cargo —. Así que ya puedes decirles a las interesadas en la puja que deja de estar en subasta. —Ella me contempló perpleja.

—¿Su mujer? ¿Me tomas el pelo?

—¿Tengo aspecto de trabajar en una clínica de trasplantes capilares? —Ella se quedó algo cortada.

—No, yo... Eh... ¿Se ha vuelto a casar?

—Qué va, soy su mujer, la muerta. Decidí salir de mi propia tumba cuando vi las pocas opciones que tenía Dylan en el mercado. Y, ahora, si me disculpas, creo que esos son mis hijos.

Chloe y Oliver corrieron a mi rescate, dejando a la morena boqueando como un pez.

Igual me había pasado, lo reconozco, sin embargo, me sentía más que bien. Le había dado combustible a esa mujer para convertirme en el nuevo cotilleo inflamable del colegio. Me importaba un rábano. Acababa de descubrir que tenía ganas de gritar a los cuatro vientos que aquella era mi familia. Que se hicieran las pajas mentales que quisieran y se ahogaran en su propia envidia. Me daba igual lo que murmuraran sobre mi persona.

—¿Qué hacía la madre de Britany hablando contigo? —preguntó Chloe cuando la mujer se alejaba hacia su rebaño.

—Sentía curiosidad por saber quién era.

—Es una «costilla», y su hija también.

—Querrás decir cotilla.

—No, bueno, eso también. Cris dice que es una de esas que quiere ser solomillo y no llega ni a costilla. —Me eché a reír.

—Tu tía tiene razón.

—Si vieras cómo miraba a papá. Me parece que le gustaba. Siempre movía mucho las pestañas y no era porque tuviera algo en el ojo.

—Y se empujaba las tetas —apostilló Oliver.

—Eso es porque se le caen porque las tiene muy gordas —le aclaró su hermana—. ¿Has venido sola a buscarnos? ¿Y papá?

—Vuestro padre ha querido ir a hacer *surf* y he pensado que nosotros tres podríamos ir a tomar un helado. ¿Os parece mal? —La respuesta llegó en forma de choque de manos, saltitos y palmas.

—¡Nos encantan los helados, y si son contigo, más!

—Pues no perdamos el tiempo, ya que habéis salido cinco minutos antes, podremos disfrutar más.

—Yo me pediré el de cinco bolas con nata y sirope de chocolate —anunció Oliver, que estaba haciendo lo que él denominaba el baile de la victoria.

—Te va a faltar cuerpo para tanto helado —sonreí.

—Qué va. Tío Noah y Jane dicen que no tengo estómago, sino una heladera. Siempre compito con tío Liam para ver quién come más helado. —Me eché a reír. Liam era un buen amigo, que los mellizos lo consideraran su tío postizo no me importó.

—Pues si ambos estáis listos, ya podemos ir a por el coche.

Nos encaminamos hacia el puente. Estaba girando la rotonda, por la que se accedía al *parking*, a la altura del único banco que había para sentarse, cuando escuché los gritos de una chica pidiendo auxilio en mitad del puente.

Me asomé preocupada. Se trataba de dos adolescentes. La que gritaba aferraba a otra joven de su misma edad que estaba intentando saltar. La que la sostenía giró la cara desencajada hacía mí y volvió a gritar implorándome ayuda.

Actué por inercia. Le pedí a los niños que se sentaran en el banco y no se movieran, con lo estrecha que era la acera, no podía arriesgarme a salir corriendo y que ellos tropezaran y cayeran a la carretera. Los dos ocuparon el banco y asintieron con gesto serio. Yo salí a la carrera.

Los coches no dejaban de circular mientras mi pulso se desbocaba. ¿Es que nadie iba a detenerse para echar una mano?

Llegué a las chicas, que no debían tener más de dieciséis años, y agarré a la que amenazaba con descolgarse por la barandilla. Estaba hecha un mar de lágrimas. Pensaba que iba a costarme más convencerla, me equivoqué. La muchacha se me abrazó como si fuera su salvavidas y se puso a llorar empapándome la camiseta.

La que había impedido que saltara respiraba agradecida.

—Muchas gracias, de verdad, no... no sabía qué hacer... Me he asustado mucho cuando ha dicho que se tiraba. —La suicida seguía apretándose contra mi cuerpo.

—Ya está, ya está... —susurré, acariciándole la espalda—. Nada es tan grave como para perder la vida por ello. Solo hace falta tomar distancia y afrontar lo que sea que te ocurra. —No contestaba, solo me empapaba hipando descontrolada—. ¿Necesitas que llame a alguien? —pregunté, dirigiéndome a su salvadora.

—No, ahora llamo yo a sus padres... Muchísimas gracias, en serio, te debo una muy grande. Me llamo Amy.

—Yo soy Kata. —Ella miró con afecto a la que se refugiaba en mis brazos.

—Ella es Becca, mi chica. Sus padres acaban de decirle hoy que se mudan a Italia. Se ha opuesto porque no quiere, nos amamos y salimos desde hace un par de años, pero... No está en disposición de poder elegir. —Me dio pena por ellas.

—Lo siento. —Amy asintió—. Cuando el amor es de verdad, no hay océano que lo detenga. Yo misma he pasado seis años alejada del padre de mis hijos por ciertas circunstancias y nos amamos más que nunca. —Becca levantó la mirada esperanzada.

—¿De verdad?

—Sí. Además, os quedan los veranos y quién sabe si la posibilidad de un Erasmus en la universidad. Esto no es el fin. Creedme. —La muchacha asintió—. Prométeme que no volverás a intentarlo. —Quise asegurarme de que no haría una tontería.

—Se lo prometo.

Respiré mucho más tranquila y ella se separó de mí para refugiarse en los brazos de su chica y besarla. Me alegró verlas mejor.

—Bueno, ahora que ya estáis bien, voy a por mis hijos que los he dejado ahí sentados. —Me di la vuelta y donde debían estar los niños había un banco vacío. Miré a un lado y a otro frenética. Mi primer pensamiento fue que no hubieran saltado a la carretera y los hubiera atropellado un coche, pero allí no había nadie—. Mis hijos. ¡Mis hijos! —dije ahogada sin prestar atención a las chicas.

Me faltaron piernas para llegar al banco. Quizá estaban jugando en el *parking*, o habían vuelto al colegio. Miré por todas partes, des hice el camino hasta la puerta de hierro, por si les había dado por ir a jugar con algunos amiguitos.

Creí ver a Chloe en una esquina, la tomé por los hombros para darle la vuelta y me di con el rostro de otra pequeña que me miraba asustada. Con el uniforme y de espaldas, todas parecían iguales.

—Perdona, perdona —le supliqué—. ¿Has visto a Chloe y Oliver Miller? —Ella negó.

Las madres que quedaban en la puerta me miraban como si hubiera enloquecido, razón no les faltaba, estaba desesperada. ¡Acababa de perder a mis hijos! Fui una a una preguntando si los habían visto. Nadie percibió nada. La desaparición de mi hermana me retorció las entrañas. No podía ser, no podía habérselos llevado a ellos también.

Entré en la escuela gritando sus nombres. Mi voz desgarrada y la ferocidad con la que tiraba de mi pelo despertaban la voz de alarma. ¡No era posible! Primero, Ali, después, mis hijos... La imagen de Ludvic voló a mi mente. Me faltaba el aire, perdí el equilibrio y me desplomé en el suelo.

Tuvieron que reanimarme.

Todos se pusieron a buscar a los niños, nadie había visto nada. Y yo no sabía qué hacer. ¿Cómo iba a decirle a Dylan que habían secuestrado a nuestros hijos? Que otra vez era la culpable de hundir nuestras vidas en la mierda.

Tras diez angustiosos minutos, decidí que no podía hacerlo sola y lo llamé. Con el corazón en llamas y el estómago encogido. No me contestaba. La directora puso a toda la plantilla a buscar a los mellizos por el colegio y se ofreció a llamar a la policía. Le pedí que me concediera un minuto, por si a Dylan se le ocurría algún lugar dónde podían haber ido nuestros hijos.

Tardó en contestar, a la quinta llamada lo hizo y a mí no me salían ni las palabras, estaba tan angustiada que las sílabas se me enredaban. Si les ocurría algo malo por mi culpa, no podría superarlo. Por mi cabeza desfilaban miles de posibilidades y ninguna de ellas era buena.

Dylan no sabía nada, noté su nerviosismo al otro lado de la línea. La conversación fue corta. Después de colgar acepté que la directora llamara a la policía. Antes de que se personaran, Dylan

apareció con el casco de la moto en la mano y expresión de estar fuera de sí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Apenas podía responder, ¿cómo decirle que había perdido a los niños? ¡Que se los habían llevado por mí!

La directora puso voz a lo que yo callaba. Pudo reconstruir el relato que yo había soltado a trompicones, como una colcha de *patchwork* hecha de retazos. Dylan se pasaba las manos por el pelo. Estaba devanándose los sesos, planteándose cada posibilidad igual que yo había hecho hasta llegar a la peor de las conclusiones. Ni siquiera me había dado un beso. No podía culparlo, no sabía ni cómo estaba compartiendo espacio conmigo.

—¿Y no vieron a nadie que se les acercara? Quizá alguna madre que fuera a por el coche. — La directora negó, yo frotaba mis manos con insistencia.

—Es mi culpa, es mi culpa —repetí ida. Dylan dejó ir el casco a mi lado y elevó mi barbilla.

—Deja de decir eso, ¿quieres? Hay que encontrarlos y que digas eso no ayuda.

—Pero ¡es que se los han llevado por mí! ¡Igual que pasó con Alina! ¡No debí venir! —chillé histérica.

—¡Para! —exclamó Dylan, agarrándome de los antebrazos—. No sabemos qué ha pasado con los niños.

—¡Claro que sí! ¡Ha sido él! ¡Él se los ha llevado! —La directora y la profesora de los mellizos, que no comprendían nada, nos miraron a uno y a otro desconcertadas—. Daño todo lo que toco, por donde paso deja de crecer la hierba, soy peor que un holocausto.

—No diga eso, ¿quién iba a esperar que por ayudar a una chica iban a llevarse a los mellizos?

—¡No tendría que haberlos dejado solos! ¡Eran mi responsabilidad! ¿Qué tipo de madre soy si el primer día que los dejan a mi cargo los secuestran? —La pobre chica me miraba apesadumbrada. La directora intervino.

—No puede culparse, cualquier buena persona hubiera hecho lo mismo que usted. Se preocupó de que una niña de dieciséis años no perdiera la vida.

—¿A qué precio? ¿La vida de esa chica por la de mis hijos? —Dylan había desconectado, estaba mirando arriba y abajo del techo.

—¿Qué me dice de la cámara de seguridad de la entrada? ¿Alcanza el punto donde mi mujer dejó a los niños? —La directora negó con pesadumbre.

—Lo lamento, señor Miller. Esa cámara dejó de funcionar hace años —se disculpó la mujer—. No la arreglamos porque nunca ha pasado nada en este colegio.

—Hasta que pasa —le reprochó Dylan. Agarró el casco y lo lanzó contra el suelo.

—Y... ¿le ha preguntado a su madre? Puede que ella sepa dónde están. —La profesora miró a Dylan.

—Ella es la madre —me señaló. La chica hizo una mueca.

—Me refiero a la suya. Los viernes siempre recogía a los mellizos, hasta hoy. —Giré la cabeza abruptamente hacia Dylan y él hacia mí. ¿Era posible que no hubiera sido un secuestro sino más bien un malentendido?—. ¿No lo sabían? —cuestionó al ver nuestra cara de estupor.

—Los niños han salido cinco minutos antes, igual... —susurré esperanzada.

Dylan no perdió el tiempo. Sacó el teléfono y marcó el número de Patrice, tras diez segundos de angustioso silencio, escupió.

—Dime que los tienes tú.



Capítulo 24

¿Quién es ese hombre?



Katarina

Patrice Miller abrió la puerta de su casa con cara de pocos amigos, las cejas arqueadas y los brazos cruzados sobre el pecho. Puede que quien no la conozca pensara que aquella pose era de defensa. No lo era, Patrice no necesitaba defenderse ante nadie, pues siempre era ella quien atacaba primero.

Era una mujer intimidante, aunque a mí siempre me atrajo como una polilla a la luz. Su intelecto brillante, la agudeza mental que la empujaba a batir los límites sin temor a fallar, a equivocarse, me tenía totalmente eclipsada.

Era de esas personas que no aceptan un no por respuesta, que se crecen ante la adversidad y buscan alternativas continuamente. Quizá por eso me gustaba, porque nunca la vi rendirse y aspiraba a que un poco de su guerrera interior colonizara mi cuerpo.

Los trabajadores de Genetech solían murmurar a sus espaldas, tenía ciertas carencias a la hora

de relacionarse que a mí jamás me importaron, pues yo era mucho más asocial que la mismísima doctora.

En cuanto supimos que ella se había hecho con los niños, ambos pudimos respirar. El mal rato que pasamos se transformó en una euforia algo taciturna, pues no dejaba de pensar que por mi reacción podrían haberles hecho daño a mis hijos. Lo que me hizo estar bastante callada durante el viaje, mientras que Dylan no dejaba de protestar sobre si su madre lo había hecho adrede para martirizarnos.

Dejamos su moto en el aparcamiento de arena y vinimos en el coche, yo no me sentía con fuerzas ni para agarrar el volante, cosa que le dejé a él.

Cuando nos plantamos frente a la casa de mi «suegra», Dylan tensó los hombros y resguardó la visión de mi cuerpo con el suyo, pretendiendo esconder mi figura. Fue un gesto tierno porque estaba claro que Patrice ya sabía que estaba ahí, apostada a dos pasos de distancia y con las piernas todavía temblando después del susto inicial. Ahora el temor era otro, el que no había conseguido quitarme de encima desde que aterrizamos; no llegar a alcanzar su perdón.

Había visto a tíos de dos metros echarse a temblar porque Patrice los había llamado a su despacho tras anunciar esa terrorífica frase de «quiero hablar contigo». Ya sabes, las palabras que más miedo pueden dar a un niño después de «Papa Noel no va a pasar este año» eran justamente esas. Pues no apuntaban a nada bueno.

—Madre —la saludó Dylan con aire solemne en cuanto se asomó a la puerta.

Estaba vestida impecable, con un traje chaqueta beis y zapatos de tacón bajo.

Patrice no se movió, parecía una estatua tallada en mármol. Ni siquiera la vi parpadear. Estaba exactamente igual que hacía seis años, quizá sus arrugas de expresión estuvieran un poco más acentuadas, lo que no le restaba belleza. La suya iba mucho más allá de un físico, era una mujer magnética a quien los años curaban como al buen vino; o a mí me lo parecía.

Ahora venía la parte difícil en la que David se enfrentaba a Goliat, y nosotros no contábamos con ninguna piedra.

Patrice no iba a conformarse con una explicación pusilánime y la tormenta amenazaba con atravesar a Dylan y partirme en dos desde sus pupilas.

—Fíjate quién se ha dejado caer por aquí después de cinco días en la ciudad... El hijo pródigo y la resucitada de su «mujer». Debería llamar a la iglesia católica para que certificaran el milagro, quizá logréis que tu casa se convierta en lugar de peregrinación.

—No hace falta que envuelvas tus palabras de ironía —farfulló Dylan.

—Mejor envolverlas de ironía que de silencio. Si tengo que esperar a que hables tú, quizá lo habrías hecho estando yo en un ataúd.

—Ahórrate el sarcasmo. Lo de ser exagerada no va contigo, madre.

—Ni contigo lo de ser un mentiroso. O eso creía. ¿Qué ocurre, Dylan? ¿A estas alturas crees que puedes convertirme en una ignorante? Patrice Miller, la prestigiosa doctora *cum laude*, fallece ahogada por las mentiras de su propio hijo.

—No dramáticas... La primera que me enseñó a mentir fuiste tú, cuando de niño me hacías decirle al conductor del autobús que era más pequeño para no pagar el viaje.

—¡Eso no tiene nada que ver! Me tocaba mucho la moral que por un mes tuviera que pagar.

—Todo tiene que ver, una mentira es una mentira. —Una risa seca, sin humor, rebotó en su paladar.

—Deja a un lado tus tonterías. ¿Por qué, Dylan? ¿En qué momento decidiste sacarme de tu vida y volcarla en aquellos que no te merecen?

—No te he sacado de ella.

—Ah, ¿no? —cuestionó, alzando la barbilla y mirando en mi dirección.

—¿Y puedes decirme qué hace ella aquí?

—Bueno, aspiraba a poder comentártelo el lunes, en la tranquilidad de tu despacho, pero ya que has decidido secuestrar a nuestros hijos para forzar el encuentro, vamos a darte todas las explicaciones que sean necesarias...

—Es culpa mía —reflexioné sin ambages dispuesta a cargar con la responsabilidad, no pensaba dejarle a Dylan la carga.

—Eso no lo dudo —contestó molesta.

—¿Vas a dejarnos pasar o pretendes que nos desintegremos bajo este sol de justicia y así poder hallar en nuestro ADN las respuestas?

—Justicia y ADN, dos palabras que ahora mismo os quedan bastante grandes.

—Ya veo que no vas a ponérselo fácil —protestó Dylan—. ¿Y mis hijos?

—Jugando en su cuarto, como cada viernes desde que decidiste irte de nuevo.

—Mejor, así no oirán tus gritos apocalípticos. ¿Podemos pasar? —volvió a insistir Dylan.

—Estoy pensándolo. A ti no me queda más remedio que aceptarte bajo mi techo, pero a esa...

—Esa tiene un nombre y es la madre de tus nietos. —Patrice volvió a reír.

—Podríamos discutirlo. Un nombre supongo que tendrá, aunque no es con el que la conocimos. —Patrice no tenía un pelo de tonta.

—Quizá tengamos que arreglar algunos papeles.

—¿Es que te ha sorbido el cerebro como la meretriz de tu hermano? ¿Qué os pasa a los hombres de esta familia?

—Eso deberías habérselo preguntado a nuestro padre cuando todavía estaba con vida. —Los ojos de la doctora llamearon.

—No voy a tolerarte que me hables así. ¡Soy tu madre! y a esa... a esa... la encontraste...

—En tu laboratorio —cerró Dylan, exasperándola.

—¡Se hizo pasar por muerta! Chloe casi muere por su culpa, os abandonó durante seis años y si mi intuición no me falla, ella está detrás de ese pseudoproyecto que nos ha arrebatado la firma del «Godness». Como comprenderás, no voy a sacar la alfombra roja para recibirla y estoy conteniéndome de no llamar ahora mismo a la policía y ponerla en su sitio. No te entiendo, Dylan, ¿acaso no ves todo el daño que nos ha hecho? ¿Qué necesitas? ¿Que no falle esta vez? ¿Que mate a tus hijos?

—No voy a consentirte que sueltes otra sandez más.

—¿Sandeces? ¿Acaso he dicho alguna mentira?

—Igual, si nos dejaras explicarnos, te harías una imagen más global y certera sobre lo que pasó.

—Sé lo que ocurrió y me da igual lo que te haya contado para convencerte. No quiero nada que venga de ella en esta casa, no la quiero en esta familia ni cerca de mis nietos.

—Eso no depende de ti, digo yo que algo tendré que decir.

—Ahora mismo dudo mucho de tu cordura. Para mí, Winni murió aquel día, y para ti, debería haber ocurrido lo mismo. Remover la mierda solo ha hecho que nos estalle en toda la cara.

—Muy bien, pues si no quieres conocer la verdad y no vas a escucharnos, ya puedes estar llamando a los niños, que nos vamos.

—¿Los niños? ¡Esa inepta abandonó a dos críos en mitad de una rotonda! ¡Podría haberlos cogido cualquiera! ¡Quizá hasta sea lo que pretendía! —gritó mientras un gemido ahogado escapaba involuntariamente de mi garganta.

—¡Jamás querría que les pasara nada malo a mis hijos! —repliqué.

—Eso debiste pensarlo cuando ahogaste a tu hija en la bañera. ¡Eres una mala madre, una mala empleada y una mala persona! —escupió sin tapujos. Dylan estaba apretando los puños con fuerza. Me había hecho a la idea de que se enfadaría por mi vuelta, que tendría cientos de reproches, pero aquello... aquello era demasiado hasta para mí, que estaba acostumbrada a aguantar cualquier cosa. Patrice miró con fijeza a Dylan, que estaba al borde del estallido—. ¡¿Cómo te has atrevido siquiera a traerla de vuelta?! Tendrías que haber buscado una bañera y hacer justicia.

—¡¿Te estás oyendo?! ¡Pareces una puta loca, mamá! No tienes ni idea y solo sueltas barbaridades. ¿Que por qué la he traído? Eso es de fácil respuesta. ¡Porque la quiero! Porque mi vida sin ella no tiene sentido, porque el amor de verdad duele cuando piensas que has perdido a quien se lo ofreciste. Porque no tienes ni idea de quién es esta mujer, de lo que ha sufrido o lo que la empujó a actuar como lo hizo. Tú juzgas y sentencias, eres juez y verdugo. No te paras a escuchar o tratas de empatizar y comprender. Así te va la vida. Perdiste a papá, a Noah lo sostienes con pinzas y a mí estás a punto de perderme con esta actitud. Parece mentira que seas científica, ya deberías saber que lo que creemos puede que no sea la verdad absoluta, que hay muchísimas variables que afectan al producto. —La cara de Patrice había pasado del rojo al granate.

—Yo... puedo esperar en el coche —murmuré. Los gritos habían ido en aumento y no quería distanciar a un hijo de su madre—. Dylan, escúchame, no es fácil para nadie. Ambos sabíamos que esto podría ocurrir. Tu madre necesita tiempo..., es lógico que no quiera verme después de la realidad en la que ha estado viviendo, sea cierta o no. Yo... la comprendo. —Mi suegra se abrió paso y se puso frente a mí, retadora.

—¡¿Que me comprendes?! ¡¿Tú?! No me hagas reír. Mi mundo murió cuando perdí a uno de mis bebés, invertí mi vida en que a otras madres no les ocurriera lo mismo. Sacrifiqué a mis propios hijos y mi matrimonio por el bien común. Me dediqué en cuerpo y alma para mitigar el dolor de cualquier mujer y que no pasara por el calvario que yo recorrí. Puede que me equivocara, que metiera la pata hasta el fondo en muchos aspectos de la vida, pero jamás hice lo que tú. Me traicionaste, te acogí como a una hija, te abrí las puertas de mi casa, de mi proyecto más personal y no me importó que unieras tu vida a la de mi hijo, es más, os animé. ¿Y qué recibí a cambio? Me pagaste con la peor de las monedas. ¿Sabes cómo lo destrozaste? ¿Sabes en qué estado estuvo durante años? No tienes ni idea, porque no estuviste, pero yo sí, viendo su declive, cómo tocaba fondo sin poder hacer nada por él. ¿Piensas que no me dolió verlo así? Hubiera preferido que me arrancaran el alma en lugar de verlo sufrir de aquel modo.

—Basta, madre. —Los ojos me escocían, porque podía imaginarlo, yo misma creí morir sin él y sin mis hijos.

—He pasado por un infierno, señora Miller.

—Pues de ese infierno no deberías haber salido. Porque los demonios como tú deberían estar condenados a arder para siempre en él. —Agaché la cabeza bajo su mirada de rabia. Nunca me perdonaría, almacenaba demasiado rencor.

—¡Basta! —aulló Dylan con más fuerza. Se posicionó colocándose a mi lado y me tomó por la cintura—. No tienes derecho a decirle esas cosas. No las merece.

—Por supuesto que tengo derecho, esa traidora te ha hecho estar en un sinvivir durante seis años porque le hiciste una barriga. Te hizo creer que te quería para convertirte en un desgraciado y robarnos el proyecto.

—¡Eso no es verdad! ¡Me obligaron! —respondí dolida.

—¿Qué es hacer una barriga? ¿Qué robó mamá? —inquirió la voz de mi hija, colándose tras

su abuela. ¿Hasta dónde habría escuchado mi pequeña? Patrice se dio la vuelta.

—Chloe, te dije que te quedaras arriba con Oliver, esto es una conversación de mayores.

—Ya, pero es que nos aburrimos, llevas mucho rato aquí abajo y ya hemos escogido la peli que queremos ver. ¿Mami, has traído los helados? La abuela dijo que irías a por ellos. —Mi suegra me miró con malicia, seguro que estaba esperando que contradijera sus palabras para liarne una bronca todavía más grande.

—La heladería estaba cerrada, cariño.

—Oh, menudo fastidio —se quejó Chloe. Por suerte, parecía haber olvidado las palabras hirientes de su abuela.

—No te preocupes, ratita, compré el helado de brownie que tanto os gusta, está en el congelador, ve a por él y coge las cucharas, enseguida subo.

—¿Mamá y papá también se quedan? Yo quiero que la veamos todos juntos, ahora que ya están en casa.

Dylan estaba más tenso que la cuerda de una guitarra y yo no quería empeorar las cosas.

—Peque, papi y yo tenemos que ir a hacer un recado, hemos venido para decirle a la abuela que vendremos a recogeros cuando acabe la peli, ¿de acuerdo? —Mi hija frunció la nariz.

—Pero tú nos dijiste que pasaríamos la tarde contigo —protestó.

—Lo sé, y te prometo que mañana lo haremos, pero hoy no puede ser, a tu padre y a mí nos ha surgido un imprevisto, perdónanos, ¿vale? —Ella resopló y se encogió de hombros.

—Vale, pero mañana nos llevas.

—Prometido, iremos los cuatro. —Chloe se quedó conforme, asintió y retomó el camino hacia la cocina alegando que iba a por el helado. Esperamos verla desaparecer para retomar la conversación.

—Los niños no van a quedarse. —Fue Dylan quien lanzó la afirmación como si de un puñal envenenado se tratara.

—¿Vas a apartar a mis nietos de mí por ella?

—Tú sola te apartas.

—Dylan, por favor —musité, agarrando su muñeca—. No quiero que los niños paguen los platos rotos. —Patrice rio despectiva.

—¿Platos rotos? Tú solita te has cargado la maldita vajilla.

—¡La tenían amenazada! ¡No tienes ni puñetera idea de hasta qué punto! —estalló Dylan.

—¿Eso es lo que te ha vendido? Despierta, Dylan, los de Chemistech nos han pasado la mano por delante y han cerrado el trato. Hemos perdido cientos de miles de dólares, y lo que es peor, el proyecto de una vida. Esta trepa nos ha arrebatado la posibilidad de que el «Godness» haga historia y salve a millones de niños.

—No es cierto —la interrumpí. Los dos pares de ojos me miraron interrogantes.

—¿Esto también vas a negarlo? —prorrumpió Patrice.

—Por supuesto, porque lo que tiene Chemistech no funciona. —Patrice me oteó perpleja.

—Explicate.

—No quería que Ludvic dañara a Alina, que es mi hermana y el motivo que me llevó a traicionaros a todos, por lo que me marqué un farol. Le dije a Herr Schwartz que lo había logrado y que en el PC del laboratorio estaba el proyecto concluído, pero la realidad era que lo que tenía allí era un trampantojo, parecía una cosa, cuando en realidad era otra.

—Sé lo que es un trampantojo —apostilló Patrice.

—Llevo años capeando la resolución del «Godness», intentando buscar una salida que nos permitiera ser libres a todos.

—¿Capeando? —cuestionó Dylan interesado en mi respuesta. Había estado tan ocupada emocionalmente, primero, con la desaparición de mi hermana y, después, con el regreso a Brisbane que no pensé en contárselo.

—Sí, necesitaba ganar tiempo para pensar, por ello mareé a Ludvic durante años.

—¿Años? —Parecía más un mono de repetición que Dylan, aunque no podía culparlo, no se lo había contado todo. Moví la cabeza afirmativamente.

—La solución a los problemas que habíamos tenido para aislar el ADN defectuoso, sin dañar al embrión, se me presentó hace tiempo, aunque reconozco que en un principio la aparqué por ser tan simple y compleja, la obviedad puede resultar el mejor camuflaje.

»Estaba ahí, delante de nuestras narices, y ninguno nos dimos cuenta, como la mayoría de cosas importantes, que las tienes enfrente y no reparas en ellas —expliqué contemplándolo, pues Dylan siempre fue mi mayor descubrimiento.

»Llegué a disimular hasta conmigo misma, me negué a hacer las pruebas necesarias, aunque sabía que había dado con la pieza del rompecabezas que nos mantuvo tantas noches en vela. Me sentí eufórica y muy asustada, de hecho, estuve tentada a entregarle la solución a Herr Schwartz, pero después me di cuenta de que si lo hacía, podía jugar en mi contra.

—Entonces... El día que se llevaron a Alina, cuando te oí decirle que tenía el proyecto en el ordenador...

—Era una cortina de humo. Los compradores han pagado una millonada por nada, cuando se pongan a desarrollar el proyecto, comprobarán que la fórmula no funciona. En el primer control de calidad, lo tumbarán y entonces volveréis a entrar en juego, si no es que queréis destaparlo antes. Podéis respirar tranquilos, nunca plasmé la nueva fórmula en el ordenador, siempre la guardé aquí, el lugar más seguro. —Apunté hacia mi sien—. De hecho, podría recreáosla ahora mismo en el laboratorio, si queréis. —La felicidad burbujeaba en mi pecho por haber hecho algo bien—. Esa gente lo único que tiene son los bolsillos bastante más vacíos. —Él me ofreció una sonrisa amplia.

—Eres única. —Me tomó entre sus brazos y me hizo girar dando una vuelta sobre sí mismo. Yo ahogué un gritito y reí al sentir su felicidad.

Patrice no había dejado de observarme apostada en su torreón helado.

—¿La has oído, madre? ¡Solo tienen humo!

—Si hay humo, es porque antes ha habido fuego —masculló sin un ápice de alegría.

—No hay quien te comprenda, ¿no te alegras? —inquirió, dejándome en el suelo.

—A ti con cualquier caramelo te basta. Yo necesito la caja entera —apostilló, regresando la atención hacia mí—. Dime..., «Katarina», —pronunció con retintín—, ¿por qué no les diste la fórmula buena? ¿Qué te hizo salvaguardarla en tu mente en lugar de plasmarla? —Fue la primera vez que se dirigía a mí con las expectativas puestas en la respuesta que iba a darle.

—Cuando llamé a Herr Schwartz y le dije que tenía el proyecto, era porque pensaba que si le daba aquella noticia, liberaría a mi hermana, pequé de ingenua porque se la llevó de todos modos... No tenía nada más que eso para protegernos, era nuestra única salvaguarda. —Ella seguía con su actitud escéptica—. Sé que ahora mismo es muy difícil que me creas, pero nunca tuve intención de haceros daño, lo de Chloe fue un accidente, me drogaron y no pude hacer nada por salvarla de caer en la bañera conmigo. Por suerte, Dylan llegó a tiempo. Y si no regresé, fue por miedo de que pudieran haceros daño. Tenía que protegeros, tanto a vosotros como a Alina. Aunque no me haya servido de mucho con ella.

—No digas eso. —Dylan besó mi pelo—. Has hecho demasiado, todo lo que has podido, ha sido un gran sacrificio. Tarde o temprano ese malnacido acabará pagando lo que ha hecho, te lo

garantizo —reflexionó Dylan antes de dirigirse a su madre—. El cabrón que las adoptó vendió a su hermana a una red de trata de blancas. El gobierno alemán está haciendo todo lo posible por averiguar dónde la retienen. El problema es que el tal Ludvic se ha convertido en un fantasma. Igual que hizo con Katarina, ha recreado su propia muerte, aunque esta vez ha sido todo mucho más elaborado; coincide el cuerpo y el ADN, ese tío es un auténtico psicópata. ¿Cómo buscar a alguien que no existe y al que la policía cree muerto? Tengo gente trabajando para dar con él, será difícil, pero lo lograré. Igual que hice con Kata, hallaremos la manera de encontrarlo y hacerle pagar por todas las atrocidades cometidas. —Patrice se mantenía en guardia, escuchaba a Dylan, que ya era algo—. No sabes lo que ha sido la vida de Katarina, la tuvo esclavizada, la torturó física y psicológicamente. Kata ha estado amenazada desde que terminó la universidad. Ella y su hermana han sido víctimas, y el único pecado que cometieron fue quedarse huérfanas cuando sus padres murieron en la guerra de Kosovo y caer en las manos equivocadas.

Por mucho que Dylan decía, su madre seguía reticente, lo veía en su mirada, en la manera de apretar los brazos alrededor de su cuerpo.

—¿La crees? —preguntó en dirección a su hijo.

—Por supuesto.

—Si es cierto lo que te ha hecho creer —apostilló, cabeceando hacia mí—, lo sabremos muy pronto, hasta entonces, harías bien en mantenerla alejada y a los niños protegidos. Traerla ha sido una temeridad, mis nietos no pueden perder dos veces a su madre.

—¡No van a perderme de nuevo! —protesté. Dylan apretó los puños.

—Lo que ha sido una temeridad es el susto que nos has dado esta tarde, que te llevaras a Oliver y a Chloe sin decírselo a Katarina ha sido la peor de las decisiones. Nos has hecho creer que Ludvic había secuestrado a los niños.

—Ya, y se suponía que yo tenía que saber que si los niños estaban fuera del colegio, abandonados en un banco, era porque su madre muerta había regresado al país de los vivos, y su padre, que estaba en Alemania, llevaba cinco días evitándome en Brisbane. Quizá, si no me hubieras mantenido al margen de lo que ocurría, si no hubieras fingido que llegabas el lunes, yo no habría ido a recoger a tus hijos como cada viernes. Pero, claro, es culpa mía no tener dotes de visionaria y haberte avisado en lugar de frenar el coche en seco, ir a por mis nietos y estar dispuesta a abrir una querrela contra el colegio por haberlos dejado salir solos. —Estaba muy cabreada, y algo de razón tenía, no se la podía quitar toda.

—Acepto que no pensamos en ti, que te encargues de tus nietos es una novedad sin precedentes. —Dylan masticó las palabras entre dientes—. Aun así, deberías haber dado la vuelta en cuanto los niños te dijeron que estaban con su madre.

—¡Claro! En eso mismo estaba pensando, en devolverlos a una mujer que hasta hace nada creí haber llorado. Estoy harta de que me mantengas al margen de tus cosas, sobre todo, de las importantes. ¿Qué soy para ti, Dylan, un mueble? —sonaba dolida—. Puede que no sea una madre al uso, pero no merezco el plano al que me has relegado. Me he esforzado estos días, he intentado hacer más vida familiar y acercarme a mis nietos, aunque nada parece ser suficiente. Tú y Noah habéis seguido vuestros caminos y no contáis conmigo, solo veis en mí la palabra trabajo.

—Eso no puedes echárnoslo en cara, ¿ha habido algo más en tu vida? Despreciaste a mi hermano por no seguir tus pasos y yo tuve la gran suerte de congeniar algo contigo en ese plano. Si no, estaría como él. Ahora no nos pidas algo que nunca nos has dado.

—¿Acaso una no tiene derecho a cambiar? ¿Una no puede darse cuenta de que hay cosas que puede haber hecho mal? —Su voz bajó varios tonos, parecía afectada. La mujer de acero, la

despiadada doctora sin corazón, perdía la coraza. Su cuerpo temblaba, me sentí tan identificada que tuve ganas de abrazarla, de decirle que sí, que por supuesto una podía darse cuenta de sus errores e intentar mitigarlos.

—Todos tenemos derecho a cambiar —me descubrí argumentando—. No has de esperar a que las cosas sean difíciles para decidir ser feliz, ojalá lo hubiera comprendido antes —dije tanto para ella como para mí. La doctora Miller me observó con ojos brillantes, no de la emoción, me pareció que estaba al borde de las lágrimas. Nunca la vi derramar una, ni por tristeza, ni por felicidad.

—¡Abuuu! ¡El helado se derrite! —exclamó una voz lejana que pertenecía a Oliver.

—¡Ya voy! —respondió ella, recuperando su postura. Presionó los ojos con fuerza y los alzó libres de agua hacia Dylan, en busca de un gesto que le impidiera cumplir con lo que acababa de anunciar.

Entrelacé los dedos con los del amor de mi vida y le di un ligero apretón.

—Volvemos en un par de horas a por ellos —anuncié con suavidad—. Si no lo recuerdas, tu hijo y yo tenemos un compromiso de última hora del que nos habíamos olvidado, así que nos haces un favor si te quedas con los niños. ¿Verdad, cariño? —Fueron unos segundos algo angustiosos hasta que Dylan respondió.

—Dos horas, ni un minuto más, y porque así lo ha decidido «mi mujer», si fuera por mí, con todo lo que le has vomitado sobre su persona, me los llevaba de inmediato. Vamos, Kata.

Patrice contrajo el gesto. No debía ser agradable para ella la respuesta de su hijo. Me angustiaba verla así, no quería ser una brecha que los distanciara, sobre todo, porque Patrice me caía bien, siempre fue buena conmigo y no tenía nada que reprocharle en ese aspecto.

Dylan mantuvo sus dedos hilvanados con los míos hasta que llegamos al coche.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando apoyó las manos sobre la carrocería con actitud adusta.

—Eso debería preguntártelo yo.

—No veo el motivo.

—¿Te parece poco el desprecio con el que te ha tratado mi madre? ¿Por qué no estás enfadada? Ha sido horrible, estaría totalmente justificado que me pidieras no volver a poner un pie en esta casa.

—Tu madre te quiere, ha actuado movida por el amor, no por el odio.

—Eso no excusa el comportamiento que ha tenido.

—Puede, pero a mí me vale. Yo solo he visto a alguien que se preocupa por el hombre al que quiero y por nuestros hijos, solo por eso se merece mi respeto. —Dylan se frotó el rostro.

—No te comprendo.

—No quiero que os distanciéis, ya llevo demasiadas piedras en la mochila como para añadir otra más. Patrice está receptiva, parece querer solucionar el desapego emocional con vosotros, deberíais tender un puente en lugar de destruirlo.

—Ni con la Gran Muralla China se soluciona. No me la creo, Kata, jamás se ha comportado así.

—Te ha dicho que se ha dado cuenta, que quiere cambiar las cosas... —Él se acarició la nuca y caminó de un lado a otro sin dar crédito.

—Todo esto es muy raro. —Aproveché que pasaba por mi lado para abrazarlo y besar su cuello. No iba a discutirle que fuera extraño.

—¿Quieres que le preguntemos a Noah? Quizá él también haya notado el cambio de actitud, puede que le ocurra algo.

—Lo que me apetece ahora mismo es desconectar, quitarme el mal rollo de la discusión y el

mal rato que hemos pasado pensando en que algo malo les había ocurrido a los niños.

Sí, yo también tenía ganas de eso.

—¿En qué estás pensando?

—Ya lo verás.

Lo miré de reojo completamente incrédula, con el cosquilleo de la anticipación arremolinándose en mi bajo vientre.

—¿Estás seguro de que vamos a hacerlo?

—Totalmente. No creas que vas a ser la única en vivir esta experiencia. —Reí a boca llena cuando introdujo la ficha en el lavado de coches y me hizo correr para alcanzar la puerta del vehículo, con la ventanilla bajada, antes de que los rodillos nos alcanzaran. Cuando sentí el primer chorro de agua fría impactando contra mi nuca, solté una carcajada, esta vez con él ocupando el asiento de al lado, recuperando un instante que para mí fue mágico, único e inigualable.

Rememoramos aquella cita en la que terminé empapada y con el corazón más lleno que nunca. Reímos, nos llenamos de espuma, jugamos como dos adolescentes con el último tema de Camilo rebotando en nuestras cuerdas vocales.

Dejamos que el aire a presión alborotara nuestro pelo y nos recordara que el amor está hecho para hacerte sentir más feliz.

Mojados y despeinados fuimos al descampado para recoger la moto y llevarla a casa.

Teníamos tiempo de sobra, por lo que Dylan decidió completar el lavado dándome un encerado en la ducha para después hacerme el amor. ¿Cómo podía haber estado tanto tiempo sin sexo? «Porque estabas sin él», respondió mi conciencia estallando en un orgasmo pretencioso.

De la ducha habíamos pasado a la cama, donde al concluir decidimos llenarnos de besos y caricias aletargadas. Eché un vistazo perdiéndome en lo bonita que siempre me resultó aquella habitación donde la claridad besaba en las mañanas y los anocheceres nuestros cuerpos desnudos.

Recordé cuánto me sorprendió lo recogido que era Dylan y lo expuse en voz alta.

—¿Sabes? Siempre me resultó curioso que fueras un hombre tan ordenado —musité, acariciando una de sus planas tetillas—, te hacía más de tener los calzoncillos al lado de una porción de *pizza* olvidada bajo la cama. —Él arrugó la nariz, aunque después me devolvió el cumplido pellizcándome un pezón.

—Hmmm, si mi casa está tan limpia, es para compensar mis deseos tan sucios. —Su reflexión me hizo reír—. Voy a vivirte todos los días de nuestras vidas.

—Eso es muy bonito —suspiré contra su pecho.

—Me parece que lo escuché en un *slogan* de una marca de refresco.

—Sería beberte, no vivirte —bromeé.

—¿Y qué más da? También voy a beberte siempre que tenga la oportunidad —gruñó, descendiendo para colocar la cabeza entre mis piernas.

—¿Más? —inquirí jadeante cuando su lengua barrió mis pliegues inflamados.

—Nunca es suficiente, además, hay unos cuantos vecinos que todavía no se saben mi nombre, procura gritarlo bien alto para que se lo aprendan —dijo antes de sumergirse de lleno en mi sexo.

Y lo grité, por supuesto que lo hice, a boca llena y sin reservas.

Cuando fuimos a por los niños, estábamos mucho más relajados; si algo tiene el sexo es que amansa a las fieras, lo de la música es una trola para los que no follan. Como decía Dylan.

Para nuestra sorpresa, no habíamos bajado del coche cuando Patrice ya salía a nuestro encuentro sin nuestros hijos, aunque no parecía blandir el hacha de guerra.

Dylan ni siquiera salió del coche, se limitó a bajar la ventanilla. Yo cubrí su mano con la mía buscando transmitirle calma.

—Tranquilo, ¿vale? —musité con una caricia antes de que ella llegara.

—Hola —nos saludó, manteniendo las distancias. Respondimos al saludo—. A los niños les gustaría quedarse a cenar y he pensado que... —Estaba frotándose las manos. ¿Eso eran nervios? —. Si no os parece mal... —Que hablara en plural ya era todo un logro.

—No vamos a dejar que se queden, queremos que cenén con nosotros —respondió Dylan sin dejarla concluir.

—No pretendía excluirlos de la invitación, por eso he salido.

—¿Quieres que nos quedemos los dos?

—Si no os parece mal y no tenéis planes... —Aquello era un gran paso. Volví a apretar la mano de Dylan para que me dejara hablar.

—Nos encantaría —acepté con ganas de arreglar las cosas. Él giró el rostro hacia mí.

—¿Segura? —preguntó sin disimulo. Yo moví la cabeza arriba y abajo. No había otra cosa que deseara más que hacer las paces—. Está bien —claudicó. Dylan se dirigió a su madre—: Si nos quedamos, no quiero un solo reproche, mala cara o una mínima discusión delante de los niños. Ellos no tienen la culpa de nada. ¿Estamos?

—Nunca discutiría delante de ellos, sé comportarme en cada situación, no pensé que hiciera falta recordarte que estuve casada con un diplomático.

—Por si acaso —apostilló, desprendiéndose del cinturón de seguridad y subiendo las ventanillas.

Tenía un palpito, algo me decía que era cierto que la madre de Dylan tenía la voluntad de cambiar, aquella Patrice no era la que conocí seis años atrás, no obstante, yo tampoco era la misma Katarina. Puede que le hubiera pasado como a mí y estuviera cansada de estar sola en la vida teniendo a gente que la quería. No hay nada más importante que darte cuenta de que lo único que vas a llevarte no son méritos o gloria, sino los instantes compartidos, pequeños gestos como un roce de labios que pueden hacerte inmensamente feliz.

Sea como fuese, no pensaba ponerle las cosas difíciles.

Los niños ayudaron mucho a que el ambiente se relajara, fue una cena llena de anécdotas y curiosidades infantiles. Además de tragarnos más de un *spoiler* cuando a Oli le dio por explicarnos la película. Al llegar la hora del postre, me ofrecí para ayudar a Patrice en la cocina. Dylan estaba demasiado ocupado haciendo trotar a los mellizos cada uno en una rodilla.

—Patrice... —susurré mientras ella llenaba los cuencos con macedonia.

—No estoy haciendo esto por ti. Si te he aceptado esta noche, es porque he recordado que al enemigo, cuanto más cerca, mejor.

—Yo no soy tu enemiga.

—Eso está por demostrar. Lo único que voy a concederte es el beneficio de la duda. Por muy encoñado que esté mi hijo contigo, no es tonto, así que prefiero tomarme las cosas con calma y evaluar los motivos por los que has vuelto.

—Lo amo.

—Eso ya lo escuché hace seis años, y mira en qué punto estamos.

—Tienes razón. Si yo estuviera en tu piel, actuaría como tú, eres una mujer de ciencias y necesitas pruebas, no palabras, por eso te pido tiempo, te demostraré de forma empírica que lo que digo es cierto.

—Hazte un favor, no te compares conmigo, saldrías perdiendo. Yo nunca me hice pasar por muerta y abandoné a mis hijos a su propia suerte. Me da igual los motivos que creyeras tener, destrozaste a mi familia.

—También es la mía, y respecto a lo de las comparaciones, lamento decirte que tú los abandonaste estando a su lado. —La cuchara con la que estaba sirviendo el postre cayó abruptamente en la fuente. Una mirada helada cubrió la mía. No lo dije de manera hostil, lo que pretendía era hacerla reflexionar—. Solemos juzgar con mayor dureza nuestro propio reflejo.

—¿Tú mi reflejo? No me hagas reír.

—Pasaste por una depresión por la muerte de tu hijo, que te hizo crear un mundo paralelo donde ni tu marido ni tus hijos tenían cabida. El trabajo se volvió tu refugio. Puede que no sintieras que los abandonabas, porque estabas conviviendo con ellos, porque residíais en una buena zona y no carecían de nada, pero te equivocabas, les faltaba lo más importante, que eras tú. Tu atención, tu cariño. —Las aletas de su nariz se distendieron—. No estoy juzgándote, solo quiero mostrarte que ambas no les dimos a nuestros maridos e hijos lo que ellos esperaban.

—Ya veo que no me juzgas —replicó sarcástica.

—Te lo digo en serio, no te reprocho nada. Yo tampoco lo he hecho bien y, como tú, quiero enmendar mis errores. Sé que va a costarme que vuelvas a aceptarme, porque he herido a quien más quieres y eso solo me demuestra lo importantes que son para ti. Noah y Dylan te quieren, ambos tienen el corazón muy grande y tus pecados han sido mucho más pequeños que los míos. Si yo he logrado que me disculpen, también lo harás tú.

—Tengo cáncer —soltó a bocajarro, apretando las manos contra la encimera. Abrí mucho los ojos, eso sí que no lo esperaba—. Mis hijos no lo saben y pretendo que sigan sin saberlo.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento. ¡No puedes ocultarles algo así!

—Puedo y estoy haciéndolo. Si te lo he dicho, no es porque quiero que sientas lástima, sino porque quiero que sepas que no tengo nada que perder. Mi vida depende de un tratamiento que puede o no salir bien. Y el tiempo que me quede, quiero pasarlo asegurándome de que a mis hijos y mis nietos les va bien.

—No tendrías que ponerte en lo peor. ¿Qué tipo de cáncer es? ¿En qué estadio está? ¿Qué te ha dicho el médico?

—Eso ahora no importa. Voy a hacer todo lo posible para salir adelante.

—Saldrás, eres una mujer muy fuerte, no tengo duda de ello, siempre te he admirado. ¿Ya has empezado con la quimio?

—La semana que viene.

—Quiero ir contigo. —Me acerqué—. No quiero que pases por esto sola.

—Voy a hacerlo sola, ya lo he decidido.

—No lo harás, o les contaré a Noah y a Dylan tu secreto. —Ella me miró asustada—. El cáncer es una enfermedad dura, necesitas a alguien que te sostenga cuando flaquees y yo voy a ser ese alguien, te guste o no. Voy a guardarte la confesión a cambio de que me dejes pasar por esto contigo.

—¿Por qué? ¿Para verme caer?

—Para sostenerte. Alguien muy cercano a ti me dijo, no hace mucho, que ser fuerte no tiene nada que ver con tener un compañero de batalla. Yo quiero ser el tuyo.

—Ya veremos. —Se dio la vuelta y siguió llenando los cuencos. Ahora lo comprendía todo, en otro momento, Patrice no hubiera dado su brazo a torcer respecto a mí.

Cuando alguien nota el aliento de la muerte, cambian sus prioridades, la doctora Miller se había vuelto un junco que se doblegaba ante el viento. Le había prometido a Dylan no mentirle

nunca más, no tener secretos, no obstante, ese me lo iba a guardar. Las dos derrotaríamos a su enfermedad y ella saldría victoriosa de la batalla para tener una segunda oportunidad con sus hijos, igual que yo con los míos.

La sobremesa se alargó. Mis hijos insistieron en que les apetecía quedarse a dormir y mi suegra no puso pegas. Comentó que la habitación en la que estuvimos viviendo antes de mudarnos seguía teniendo la misma cama y que las sábanas estaban limpias.

Después de unos cuantos pucheros por parte de Oli y Chloe, y algún cabeceo de aceptación por mi parte, Dylan no tuvo más remedio que aceptar.

Patrice se ofreció a acostar a los niños mientras nosotros la esperábamos en el salón. Era mi oportunidad de que nos quedáramos los tres a solas y poder hablar con tranquilidad, ese había sido uno de los motivos por los que quise aceptar y así se lo comuniqué a Dylan en cuanto los niños subieron las escaleras.

—Eres demasiado buena —se quejó, caminando por delante de la librería de madera oscura. Era un mueble que siempre me había gustado, tan regio, tan Patrice.

—Ya te he dicho que todos merecemos una redención. Si me la has dado a mí, se la tienes que dar a ella.

—Primero, tendrá que disculparse contigo.

—Primero, tendré que ganarme esa disculpa.

—Tú no tienes que ganarte nada.

—A sus ojos sí.

—Sus ojos... —Vi cómo Dylan removía entre los libros, sacó uno en formato álbum que nunca me había enseñado. De hecho, no recordaba que Patrice hubiera sacado alguna vez un álbum de familia para mirarlo juntas. Siempre estaba demasiado ocupada hablando del «Godness»—. Voy a enseñarte lo que no vieron sus ojos durante años, aunque tampoco lo vieron los míos, y ahí debo entonar el mea culpa. No ha sido hasta hace unos meses que me enteré del calvario por el que tuvo que pasar Noah en esta misma casa.

—¿A qué te refieres? —Me pasó el álbum.

—Primero, siéntate y míralo.

Ocupé el sillón y pasé las hojas, unas donde los hermanos Miller ya no eran unos niños pequeños, más bien empezaban a ser hombrecitos.

—Fíjate en cómo va cambiando el rostro de mi hermano a medida que crecemos.

Era cierto, los gestos algo tímidos y divertidos de Noah fueron mutando hasta alcanzar un rostro carente de expresión, con una tristeza hueca que se te agarraba al pecho. Seguí mirando sin comprender. ¿Era Patrice la causante? ¿Adónde quería llegar, Dylan?

A cada hoja que se deslizaba por mis dedos se notaba más la diferencia entre ellos.

—¿Qué le ocurrió? —pregunté, llegando a la penúltima hoja.

—Gírala y obtendrás la respuesta. —Tal y como vi la última imagen, la de un hombre de gesto austero cogiendo a su madre por el hombro, el álbum se me cayó de las manos.

¡No podía ser, no podía ser!

—¿Qué hace él aquí? ¿Por qué Herr Schwartz aparece en la última imagen cogiendo a tu madre? —mascullé incrédula.

Dylan me miró con sorpresa, yo lo miré a él, y Patrice entró en el salón sin comprender mi azoramiento.

—¡¿Qué hace Ludvic en esa foto?! —grité.

—¿De qué hablas? Estás confundida, ese no es Ludvic, es Lucius, mi exsocio y profesor de Noah cuando era adolescente.

Capítulo 25

Corazón de fuego.



Dylan

¡Hostiaputa! Sí, así, todo junto y con todas las letras.

Acababa de vivir el segundo más surrealista desde que me di cuenta que Winni seguía viva. Mis neuronas trabajaban tan rápido que parecía que fueran a desactivar una bomba en plena apocalipsis zombi. Y si las mías iban así, no quería ni imaginar cómo actuaban las de Kata o las de mi madre.

La una fijó la mirada en la otra y mis pupilas daban bandazos, como si de una ficha de *air hockey* se tratara, de lado a lado y sin compasión. En medio de un silencio ensordecedor, en el cual solo era capaz de oír las únicas que parecían tener algo que decir; mis propias pulsaciones.

Hice el primer movimiento estratégico, recogiendo el álbum abierto por la página que había desatado el deshielo de los polos. Mi madre y Kata fluctuaban arrastradas por la corriente, dos icebergs a punto de colisionar, ríete del Titanic.

El rostro de Ludvic para mí era un misterio, pero el de Lucius era otro cantar, ese lo conocía al detalle, y si le preguntabas a mi hermano, lo reconocería solo por su modo de caminar. Seguro que, conociéndolo, seguía teniendo pesadillas con ese malnacido, pero... ¿Cómo era posible que los dos fueran la misma persona? Igual Kata estaba confundiendo y simplemente se parecían.

Me puse de cuclillas frente a mi mujer y regresé el pesado álbum sobre sus rodillas.

—Duendecilla, ¿estás segura que este hombre es Herr Schwartz? —pregunté, viendo las hojas temblar sobre sus muslos. Ella repasó el rostro que aparecía al lado del de mi madre y después enfrentó mi mirada con seguridad.

—¿Piensas que podría confundirlo con otra persona? Él me crio, ¿recuerdas? —Entonces fue mi madre la que intervino recortando la distancia.

—No es posible que sean el mismo.

—¿Gemelos? —pregunté.

—No, Lucius no tenía gemelo alguno. Además, no puede ser él, estuvo viviendo en Brisbane durante una época bastante larga. Él fue quien le daba clases a Dylan. —En cuanto mi madre dio su explicación, Katarina pasó las hojas con agilidad. Parecía estar buscando algo, de hecho, se detuvo en la primera imagen en la que Noah había perdido un poco de su particular brillo.

—Aquí. Aquí lo conoció, ¿verdad? —Mi madre se acercó y contempló la fotografía.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en esta foto Noah ha dejado de sonreír. Y por la edad que parece tener, fue el tiempo en el que Ludvic se ausentó de Darmstadt. A mí me educaron en casa, apenas salía, no lo hice hasta que fui a la universidad. Eran muy estrictos conmigo, solo buscaban exprimir mi potencial. Mientras, Alina iba al cole ajena a lo que ocurría en mi vida, siempre sentí la necesidad de protegerla, era mi padrino quien se encargaba de llevarla y traerla a casa. La cocinera tenía un menú que seguíamos a rajatabla. —Mi madre estaba poco más que sorprendida por el relato.

—Es imposible que Lucius sea Ludvic, tiene que haber una explicación lógica. Quizá no fue un buen tutor para Noah, pero... jamás hubiera hecho algo para perjudicarme. Fuimos juntos a la universidad, trabajábamos en un proyecto para jóvenes con habilidades especiales. Él lo sabía todo de mí, nos hicimos grandes amigos. Incluso me ayudó cuando no me quedaba embarazada presentándome a un médico amigo de sus padres. Gracias a Ludvic fui madre, además él y yo...

—¿Él y tú... qué, madre? —cuestioné. Ella apartó la mirada.

—Nada.

—¿Te lo tirabas? —insistí, queriendo saber la verdad.

—Mi intimidad no te incumbe.

—¿Cómo que no? ¡Todo importa! ¿Cuándo te lo tiraste? —Ella se puso a desgastar el suelo, caminando arriba y abajo.

—No fue lo que tú crees —afirmó, llevándose el pulgar entre los dientes.

—¿Puede saberse qué creo?

—Lo veo en tus ojos, quieres juzgarme.

—Solo quiero que me cuentes qué pasó. —Ella bufó con fuerza.

—Vale, nos acostamos. ¿Contento?

—¿Cuándo?

—Tu padre y yo tuvimos una gran crisis. Una noche, Lucius y yo acudimos a una fiesta a la

que habíamos sido invitados en Sídney. Tu padre se quedó con vosotros ese finde. Bebimos, bailamos y se nos fue de las manos.

—¿Engañaste a papá con esa babosa?

—¡Tú no lo comprendes! ¡Me sentía perdida y él parecía saber justo lo que necesitaba! Además, mi matrimonio hacía aguas.

—Increíble —exhalé asqueado. No porque hubiera cometido un error, sino porque había sido con él. Mi madre dio un respingo y se dirigió a Kata.

—Katarina, ¿estás segura de que la imagen se corresponde con el hombre que os crio?

—Rotundamente, sí.

—No lo entiendo. ¿Qué necesidad tenía de vivir una doble vida? Él era un hombre soltero, sin ataduras. Nunca quiso hacerme daño.

—Por eso se lo hizo a Noah —intervine harto de que lo defendiera—. ¡Despierta, mamá, te follaste a un cabrón!

—Haz el favor de hablar bien, estoy intentando comprender...

—Nadie comprende a una mente tan retorcida como la de Ludvic. Es un enfermo, hace cosas que la mayoría de las personas ni se plantearían —intervino Kata—. No dudo. Es él, Patrice, por eso sabía tantas cosas sobre ti, por eso supo cómo hacer para que yo entrara en Genetech sin demasiados preámbulos. Yo fui su marioneta para dañarte, seguro que él sabía lo importante que era este proyecto para ti. Me dio las claves, las herramientas suficientes para ganarme tu confianza y que me pusieras en tu equipo. Esa fue siempre su intención.

—Es una locura...

—No lo es, madre. Utiliza esa mente tan privilegiada que tienes. ¿Qué lo movió? ¿Quería que dejaras a papá por él? ¿Estaba resentido porque le diste calabazas?

—¡No! Él siempre supo cuál era su lugar, que yo amaba a tu padre y que lo nuestro fue un hecho puntual con fecha de caducidad. Todos cometemos errores.

—Pensaba que tú no —mascullé cabreado. Ella desvió la cara y fue hasta el mueble bar para servirse una copa, aunque en realidad llenó tres. Todos necesitábamos un trago para templar los nervios.

Nos acercó los vasos con diligencia.

—¿Sabes cómo podemos dar con él? ¿Conoces a su familia? Has dicho que estudiasteis juntos. —Una brizna de esperanza se prendió en la mirada de Katarina.

—Nunca me presentó a sus padres ni fui a su casa durante la carrera. Años después, cuando intimamos, nuestros encuentros se limitaron a terreno neutral, en un hotel. —Que mi madre hubiera tenido un amante ya era gordo, pero que fuera ese hijo de puta me desquiciaba.

—Vale, y... ¿amigos? —insistió Kata, mientras yo me hacía a la idea de la infidelidad de mi progenitora.

—Ninguno destacable, eran más bien conocidos que teníamos en común. Quizá..., el médico de la clínica de fertilidad, Lucius fue quien me lo presentó, decía que sus padres lo conocían, que eran amigos.

—Tenemos que dar con ese médico, ¿en qué clínica ejerce?

—Era mayor, puede que se haya jubilado.

—Por probar... —Mi madre asintió. Por lo menos, ya no le hablaba mal a Katarina, aunque con su historial... Si lo hacía, me la comía. Apuré el *brandy* con la amargura golpeándome el plexo.

—Se haya jubilado o no, no nos será muy difícil dar con él, teniendo en cuenta que la clínica está a una hora en coche de Brisbane. Y si no ejerce, encontraremos la manera de averiguar

dónde reside.

—Mañana mismo podríamos ir a ese hospital —apunté—. Lo suyo sería intentar hablar con él.

—Yo os acompañaré —musitó mi madre—. Podríamos hablar con Cris para que se quedara a los niños, no es conveniente que vengan.

—Voy a enviarle un mensaje —anuncié, sacando el móvil del bolsillo trasero. No quería molestar, que ya no eran horas.

Teclé el mensaje con agilidad mientras Katarina y mi madre intentaban encontrar más conexiones. Cuando terminé, me sumé al debate sobre si Lucius y Ludvic eran el mismo. Cuanto más avanzaba la conversación, hallábamos más características o nexos de unión. Mi móvil no tardó en vibrar, era Cris, alegando que por supuesto que se quedaba con sus sobris, que tenía infinitas ganas de verlos.

Nosotros estuvimos hasta las tres de la madrugada debatiendo, elaborando un cronograma y los movimientos que tanto Kata como mi madre hicieron con el señor L. Decidimos llamarlo así a falta de saber si Lucius era su auténtico nombre, o era algún tipo de fetichista de los nombres masculinos que empiezan por L.

Cuando nuestros cuerpos alcanzaron el colchón, estábamos dispuestos a dormir, aunque fueran cuatro horas. Terminaron siendo tres, pues ni Kata ni yo podíamos aliviar los nervios derivados del descubrimiento. Mi cabeza no dejaba de elaborar teorías que ella escuchaba y rebatía, aportando nuevas posibilidades, hasta que dejé de oírlas. Miré hacia abajo, se había quedado dormida sobre mi pecho, con los labios separados y el ceño algo tenso.

Dar con aquel hallazgo y lo que sufrió con la desaparición de los niños había terminado por dejarla KO.

Pasé el dedo sobre las arruguitas que se formaban entre sus cejas para disolverlas, ella suspiró y se acomodó laxa. Yo me perdí en las luces y las sombras que proyectaba la luna sobre su cara, me dejé arrullar por su suave respiración y el aroma que volvía a colmar mis fosas nasales plasmando la palabra hogar en cada célula de mi cuerpo.

Acabábamos de dar un paso importante, ahora quedaba ver hacia dónde nos conducía.

Llegamos a casa de mi hermano después de desayunar. Mis hijos insistieron en pasar a ver a Piglet antes de que nos marcháramos. Saludé a Jane y Thomas, los padres de Liam, y a mi amigo que, para variar, estaba de visita con Brownie.

A Piglet le habían hecho todo un palacete en el jardín, con su estanque que le cubría las pezuñas, por si le interesaba refrescarse.

En cuanto entramos en su reino, al adorable cerdito le dio por perseguirme. Yo apreté a correr y a mis hijos les dio por dar palmas y decir que Piglet pensaba que yo era papá cerdito.

—Normal, de los tres tú siempre fuiste el más cerdo —apostilló Liam, partiéndose la caja a la par que aquella miniatura a manchas intentaba hacerse con mis tobillos.

—Eso lo dices porque tú te has quedado tras la seguridad del cerco. Anda, animal, échale narices y ven aquí. ¿O tengo que recordarte cuando fuimos a aquella granja de avestruces y a una le dio por poner un huevo contigo? —Liam enrojeció.

—¿Un avestruz quería poner un huevo contigo, tito Liam? —Era Chloe quien lo preguntaba curiosa—. Eso es porque eres muy guapo y pensaría que le saldría un hijito con tu cara. —Me eché a reír.

—Eso sí que sería digno de ver... Aunque con lo que le gusta a tu tío enterrar la cabeza entre

las patas, no sería demasiado extraño.

—¡Dylan! —me recriminó Cri-cri.

—Igual es porque tito Liam ya tiene dos huevos propios, como tito Noah o yo mismo —se vanaglorió Oliver, ganándose las risas del sector masculino.

Piglet se enredó entre mis piernas y tropecé. Por suerte, Cris intervino atrapándolo antes de que lo pisara.

—No sé qué le ha dado contigo, nunca se comporta así, bueno, solo cuando alguien lleva un trozo de queso, le pirra el gruyere. —Kata se echó a reír.

—Entonces, ya sabemos por qué a Piglet le entusiasma Dylan... Seguro que esta mañana se olvidó de echarse el desodorante para pies.

—Muy graciosa, listilla... —murmuré, saliendo de la *pocildeluxe* para darle un achuchón y un beso a mi chica. Mi madre se mantuvo como una mera espectadora, no intervino en momento alguno salvo para decir que era hora de que nos marcháramos.

Cris colaboró diciéndoles a los peques que era la hora del baño del cerdito, a quien le encantaba nadar en la piscina. Animó a mis hijos a ir a ponerse los bañadores. Como habían vivido unos meses en casa de mi hermano, tenían de todo, igual que si fuera su segunda casa.

—Despedíos antes de vuestros padres. —Los mellizos nos dieron un sonoro beso y nos recordaron que no podíamos faltar a nuestra promesa de hoy. Que teníamos que llegar después de comer para poder cumplir con lo pactado e ir a tomar un helado.

—Descuidad, aquí estaremos, y portaos bien —les advertí, poniéndome serio.

—Estos chiquillos siempre se portan bien —los defendió Jane, mirándolos con gesto maternal —. Voy a ponerme con la comida que hoy voy a hacer un guiso para chuparse los dedos. Haré suficiente por si llegáis antes y queréis comer con nosotros; si no, os lo pondré para llevar en un *tupper*.

—Gracias, Jane, eres un amor —susurró Kata. Tanto ella como Thomas se fueron al interior de la casa bajo la estela de Cris y de mis hijos.

Yo aproveché para dar una pincelada a Noah y Liam de lo que descubrimos ayer.

Ambos alucinaron y mi hermano se puso rígido en cuanto el nombre de Lucius salió por mi boca.

—Ese hombre era un ser despreciable. Si me hizo eso a mí, no quiero ni imaginar lo que pudo ser tu vida, Katarina. Contad conmigo para todo lo que necesitéis.

—Gracias, hermano, ya sabíamos que podíamos contar con tu ayuda.

—Y de tu hermana, ¿se sabe algo? —Liam vino a casa el miércoles. Como era de esperar, no le puso ninguna traba a Kata, ya que estaba al corriente de todo lo que le ocurrió. Nada más entrar por la puerta, le mostró su apoyo incondicional, al igual que hizo mi hermano.

—Todavía no se sabe nada —reconoció con tristeza.

—Bueno, verás cómo logramos estrechar el cerco, no te desesperes, lo primordial es tener entereza y fe.

—Te lo agradezco, Liam, tus palabras me dan esperanza. —El teléfono de Katarina sonó. Tras mirar la pantalla, levantó la cabeza con sorpresa—. Es un número desconocido, el prefijo es de Alemania.

—Cógelo —la insté—. Puede ser algo importante.

La conversación duró unos minutos, ella hablaba poco o muy rápido, por lo que solo pude cazar alguna que otra palabra suelta. En cuanto colgó, todos la miramos expectantes.

—Era del servicio secreto alemán. —Tenía los ojos muy abiertos y yo la garganta árida como el desierto.

—¿Qué te han dicho? —la insté.

—Con las comprobaciones se han dado cuenta que la empresa responsable del hangar no es del todo transparente. Encontraron varios vuelos que no fueron registrados aquel día. Al parecer, el dueño no es trigo limpio y dejaba que narcos o jefes de mafias de trata aterrizaran y despegaran sus aviones con total impunidad, por una cuantiosa suma de dinero. Lo han descubierto porque a algún trabajador se le escapó cierta información. Tienen tres posibles nombres que han de investigar. —Se sujetó el cuello por delante—. Madre mía, estoy temblando —susurró con el terminal agitándose entre sus dedos.

—¡Eso es maravilloso! —festejé, engulléndola en un abrazo emocionado.

—¡Lo ves! —prorrumpió Liam—. Ya te lo decía, tengo un pálpito, vamos a encontrarla en breve.

—Dios te oiga —exhaló con los ojos brillantes para apretarse contra mí.

—Me alegra mucho que hayas recibido buenas noticias, Katarina, a ver si también logramos alguna positiva en la clínica. —La voz de mi madre sonó hasta dulce.

Los cuatro la miramos, Noah, un tanto perplejo, hasta yo me extrañé. Su postura rígida y altiva estaba diezmada. Se había levantado con unas ojeras profundas bajo la capa de maquillaje que trataba de disimularlas.

—Seguro que sí. Gracias, Patrice.

—Bueno, vamos a ponernos en marcha, a ver si nos da tiempo a regresar rápido y degustar la comida de tu madre —observé, mirando a Liam.

—Yo bajaré a la playa a surfear, así, de paso, le doy un buen paseo a Brownie y me despejo.

—Te despejarías más si te quitaras a cierta española de la cabeza y te dedicaras a ponerle remedio con alguna nativa que te la deje en carne viva... Que voluntarias no deben faltarte —le reclamé a Liam.

—Le dijo la sartén al cazo... ¿Te recuerdo que tu perseguiste durante seis años a una muerta? Reconozco que lo de Alba me ha afectado más de lo que debería, pero ya me repondré. Lo nuestro es un imposible, y tarde o temprano mi vecina del sótano lo asumirá. —Desvió la vista hacia mi madre—. Con perdón, doctora Miller. —Ella hizo un aspaviento con la mano—. Nos vemos después y nos contáis, paso de ser el blanco de vuestros desaires.

Mi hermano se plantó delante de nosotros.

—Mucha suerte —nos deseó. Le dimos las gracias y nos marchamos en busca del coche, con la esperanza bullendo en nuestras venas.

El lugar donde se ubicaba la clínica era precioso, tenía unas bonitas vistas a la costa. Se notaba que era un lugar exclusivo donde solo unos pocos se podían permitir acudir. El edificio se construyó para albergar un centro médico para la gente pudiente. Se respiraba exclusividad en cada esquina. No habían escatimado en los detalles. Era un lugar lleno de luz, con imágenes de bebés y madres sonrientes vinilando las paredes.

La enfermera que nos atendió lo hizo con la mejor de las sonrisas, dándonos la bienvenida con la misma emoción que cuando esperas a un familiar muy querido que hace tiempo que no ves.

Los matrimonios que estaban en la sala de espera lucían miradas brillantes y emocionadas. Era lógico, aquel lugar daba esperanza a muchas familias que casi habían tirado la toalla, como les ocurrió a mis padres.

Sobre la pared trasera del mostrador se leía un *slogan* revelador: «Somos tu familia».

—Buenos días —nos saludó la enfermera con cordialidad.

—Buenos días —respondimos casi al unísono.

—¿Tienen cita o vienen solo a informarse?

—Venía a preguntar por el doctor Iván Chapman, ¿todavía ejerce en la clínica? Fui una paciente suya. Este es mi hijo —me señaló de manera significativa. Para que la mujer que teníamos delante comprendiera que yo había sido fruto de aquel lugar. Por si no se dio por aludida, lo remarcó—. Ambos formamos parte de esta gran familia. —La recepcionista siguió encumbrando aquella sonrisa.

—Me alegra que nos considere así, aunque me apena decirle que el doctor Chapman falleció hace bastante tiempo. Quien se encarga de la clínica es su hijo, el doctor Brice Chapman, que, afortunadamente, decidió seguir sus pasos. —La noticia nos alcanzó como un jarro de agua helada—. Si quiere, puedo decirle al doctor Chapman que una expaciente de su padre y uno de nuestros niños grandes han venido de visita. —Que aquella chica que debía rondar los veinticinco me llamara niño grande hizo que se me encogieran hasta los dedos de los pies.

—Sería todo un detalle.

—Le advierto que tiene la agenda bastante apretada esta mañana, lo suyo sería que hubieran pedido cita y así se habrían asegurado de que pudiera recibirlos.

—Imagino. Es que necesitaba verlo por un asunto privado y algo urgente. No me enteré de la muerte de su padre, si lo hubiera sabido, habría venido antes, me gustaría ofrecerle mis condolencias. Para mí, el doctor Iván fue milagroso.

—Puedo imaginarlo. Veré lo que puedo hacer por ustedes.

Kata y yo nos mantuvimos en un segundo plano, le acaricié la mano para que se relajara. Había estado agarrándome con fuerza hasta la noticia del fallecimiento del doctor, donde se desinfló.

Tras mantener una breve conversación con el médico, la enfermera nos invitó a que pasáramos a la cafetería, que estaba en el mismo recinto. El doctor Chapman haría una pausa aproximadamente en una hora para desayunar, y había aceptado sumarse a nosotros. Era lo máximo que podían ofrecernos. Por supuesto, aceptamos. Teníamos que ver si el hijo del afamado doctor conocía a Lucius.

Pasados noventa minutos, en los que casi agotamos los temas de conversación, Brice Chapman hizo acto de presencia en la cafetería y se acercó a nuestra mesa. Debía rondar los cuarenta y tantos años, era moreno, de sonrisa blanca y nariz contundente. Su ropa, oculta bajo la bata abierta, hablaba del buen dinero que los pacientes dejaban en su clínica.

—Buenos días —nos saludó—, disculpen la tardanza, a veces las cosas se complican, aunque uno ponga todo su empeño en acabar rápido. —Uno a uno fue estrechando nuestras manos.

—No se preocupe, sabemos que las cosas pueden torcerse a la más mínima, y más cuando se trata de embarazos delicados. —Quise ser condescendiente.

—Voy a pedirme un café, ¿quieren tomar algo más? —Los tres nos miramos, lo único que deseábamos era información, así que negamos.

—Estamos bien así, gracias.

Cuando el médico regresó, café en mano, ocupó el asiento vacío que quedaba al lado de mi madre.

—Entonces, usted fue paciente de mi padre hace años.

—Así es. Gracias a su padre logré el sueño de ser madre, di a luz a mis hijos, Dylan, al cual acaba de conocer, y Noah. —Él frunció el ceño.

—¿No fueron tres? En su expediente constaban trigemelos, disculpe la intromisión, pero

cuando la recepcionista me dio su nombre, quise asegurarme de que era paciente de la clínica, no sabe la cantidad de periodistas entrometidos que recibimos en busca del reportaje del año. Como si en lugar de ayudar a las familias quisiéramos destrozarlas. La prensa es capaz de fastidiar a cualquiera sembrando dudas sobre la profesionalidad, y en nuestra profesión el prestigio es fundamental. —Mi madre contrajo el gesto.

—Pues no deberían, ustedes hacen una labor encomiable, a la vista está —me señaló.

—Se lo agradezco. Ver que hemos conseguido la felicidad de nuestras madres es un verdadero privilegio.

—Como usted apuntaba, tuve tres hijos, uno de ellos falleció a los meses de nacer, por eso no lo he nombrado.

—Lo lamento, en su expediente no constaba la defunción, solo el nacimiento, por eso lo he nombrado, discúlpeme. —Mi madre frunció el ceño.

—¿No constaba el fallecimiento? ¿Acaso no apuntan las defunciones que son atendidas en su clínica?

—¿A qué se refiere? —preguntó el médico que parecía fuera de juego.

—Mi hijo, Kyle, fue atendido aquí, tenía una extraña dolencia genética que le fue detectada en una revisión, se quedó ingresado en la clínica y falleció. Su padre estuvo haciendo múltiples pruebas a mis otros hijos por si era congénita. Fue un caso digno de estudio, pues los tres compartían el mismo ADN y la enfermedad solo le afectó a Ky. —Aquella clínica no solo era de reproducción, también atendían los partos y hacían el seguimiento de los niños nacidos allí.

—Vaya, no sé qué decirle, quizá mi padre tuviera su expediente en el lugar del incendio. Cuando se trataba de temas muy personales, los guardaba en su archivo privado. Era de la vieja usanza y solía tenerlos escritos a mano. Por mucho que mi madre le insistiera en que debía informatizarse, ya sabe, era de la vieja escuela.

—¿Un incendio? —preguntó Katarina interesada. La alarma se activó en su cerebro, casi podía escuchar la velocidad de su razonamiento.

—Sí, se incendió la zona sur de la clínica y pilló a mi padre dentro, fue una desgracia. Cuando los bomberos llegaron, no se pudo hacer nada, fue horrible.

—Lo lamento, no sabía nada —alegó mi madre—. ¿Cuándo ocurrió?

—Un año después de que nacieran sus hijos. En el incendio no solo perdimos a mi padre, también muchísimos expedientes que él atesoraba, sus casos más personales. Por eso le comentaba que podría ser que la pérdida de su hijo no estuviera en nuestros registros informáticos. De esa época, solo se guardaba lo que entraba la recepcionista, o alguna enfermera de la zona del nido, como el peso, estatura o nombre de los niños.

—Comprendo.

—Y bien, ¿qué les trae por aquí? —cuestionó Brice.

—Pues lo cierto era que veníamos buscando a un amigo que tenía en común con su padre. Él fue quien me trajo a esta clínica y hace años que le perdí la pista. Estudió conmigo en la universidad. —Mi madre abrió el bolso y sacó la foto de Lucius que había sustraído del álbum. Todos fijamos la atención sobre la expresión del doctor—. ¿Le suena? —Él estrechó la mirada.

—Mmm, puede, no sé, no sabría decirles, quizá estuvo en alguna ocasión en casa, pero yo no lo recuerdo, siento no serles de mayor utilidad.

—Puede que su madre lo conociera, tal vez podríamos hablar con ella. Recuerdo que también trabajaba en la clínica.

—Ella no podría ayudarles aunque quisiera.

—¿Por qué?

—El alzhéimer la ha devorado, tiene muy pocos episodios de lucidez.

—Lo lamento, no lo sabía —se disculpó mi madre, sacando una tarjeta de visita—. Le ruego que si recuerda algo, o si encontrara algún tipo de información sobre el doctor Lucius Klein, el hombre de la fotografía, nos lo haga saber, es importante.

—Por supuesto, si encuentro algo, cuente con ello. —Aguardamos a que el doctor terminara el café para irnos. Los tres nos sentíamos frustrados por no haber conseguido nada, otra puerta que se nos cerraba para encontrar al malnacido del señor L.

Si hubiéramos tenido ojos en la espalda, habríamos visto la mirada desconfiada que nos obsequiaba el doctor, mientras una pareja estallaba en plena recepción, cuando nosotros ya nos dirigíamos al aparcamiento.

Fueron llevados a un despacho, a nadie le interesaba que se supiera el reclamo que estaban haciendo.

Durante el viaje de vuelta, la charla fue bastante más apagada que en la ida. Me había mosqueado eso de que parte de los expedientes estuvieran informatizados y otros no, aunque no era una práctica extraña en médicos de determinada edad, algo reticentes a las nuevas tecnologías.

Llegamos a casa de Noah, justo cuando Jane ponía su famoso pastel de carne en el centro de la mesa y Liam acercaba la fuente de canguro a la barbacoa.

Cuando observaron nuestras caras apagadas, obviaron el hacer preguntas. Los niños festejaron que no nos hubiéramos retrasado y todos intentamos tener una comida lo más distendida posible, sobre todo, porque mis hijos estaban delante.

Tras terminar de comer, Jane les sugirió que la ayudaran con el postre, así nos dejaba algo de margen para que pudiéramos dar las explicaciones oportunas.

—¿Y bien? —cuestionó Noah. Yo mismo fui quien resumió nuestra infructuosa visita a la clínica.

—¿Un incendio? ¿Y no trascendió en los medios? —preguntó Cris, mirando a mi madre.

—Seguramente. En aquella época yo no estaba en mi mejor momento, ver la tele no entraba en mis planes.

—Ni cuidar a tus hijos tampoco —la acusó Noah, quien recibió una patada en la espinilla, por debajo de la mesa, proyectada por el pie de su chica, que hizo temblar las copas. Mi madre no entró en la discusión y capeó el instante.

—Tengo recuerdos muy vagos, quizá mi marido sí estaba al corriente, no lo sé...

—Seguro que está documentado en internet, si queréis, yo me ofrezco a buscarlo, por si puede ser de ayuda —apostilló Liam, dando vueltas a su servilleta.

—¿Pensáis que el incendio pudo provocarlo Lucius? —Noah, con el gesto algo dolorido, puso la mirada en Katarina al formular la pregunta. Era algo que se nos había pasado por la cabeza, para qué negarlo.

—No lo sé, es una posibilidad. Así actuó en Darmstadt, por lo que sería posible que hubiera hecho lo mismo en el pasado, no obstante, no podemos saberlo. Además, tampoco conocemos qué podría haberlo motivado a algo así, aunque viniendo de él, cualquier posibilidad podría llegar a quedarse corta. Diría que estamos en un punto muerto, si el hijo del doctor que atendió a Patrice no nos da alguna pista.

—Pues vaya... —suspiró Cris—. Bueno, quizá Liam encuentre algo en internet. Dy también se lo puede pasar a su amigo *hacker*, a ver si da con algo aprovechable.

—Sí, es una opción, ahora mismo prefiero quedarme con la buena noticia de que el servicio secreto está estrechando el cerco respecto a la desaparición de Ali.

—El vaso siempre ha de verse medio lleno, di que sí.

Jane apareció con los mellizos, Chloe estaba llorando y se sujetaba el dedo gordo mientras la mujer la reconfortaba y le decía que no había sido para tanto.

—Has de ser fuerte, los mayores lo son y no lloran de dolor —la consolaba su hermano—. Tú siempre dices que ya somos grandes, así que solo podemos llorar de tristeza, de amor, de la risa, o de cebolla, como Jane en la cocina.

Fue imposible aguantar la carcajada. Y aunque mi hija se mostró un poco molesta porque al principio no comprendía el motivo que nos llevaba a casi revolcarnos por el suelo, se le pasó en cuanto vio asomar las primeras lágrimas en nuestros ojos.

La vida te daba una de cal y otra de arena, pero cuando le tocaba el turno a la de arena, tenías que agarrarla con fuerza para no dejarte abrasar por la cal.

Miré a Katarina, quien besó el dedito de Chloe con cariño, me deleité en su abrazo repleto de amor, mientras Oli trepaba sobre mis piernas para llenarme de afecto. Y contemplé con tristeza la mirada anhelante de nuestra madre, que estaba vacía de instantes como aquellos.

Decidí que jamás querría verme así, ansiando algo que era tan fácil de conseguir, pues no hay cosa que haga más feliz a un niño que el tiempo y el amor que le dedican sus padres. Iba a coleccionar cada pequeño gesto, cada conversación, llenando mis depósitos de felicidad hasta los topes, y cuando expulsara mi último aliento, cruzaría al otro lado con la sensación de que mi aportación en esta vida había sido enseñarles a mis hijos el valor del amor.

Mi corazón bombeaba el fuego de la vida y hacía fluir por mis venas la pasión que sentía por mi familia, y así deseaba que permaneciera, en un incendio perpetuo que nos calentara hasta el fin de mis días.

Epílogo



Katarina

Estábamos a unos días de celebrar la Navidad, qué rápido y qué lento pasaba el tiempo.

A mi suegra ya le estaban dando el tratamiento de quimioterapia. Cuando iba a la clínica, solía tener mucho tiempo para pensar.

La primera vez que fuimos insistí en que quería hablar con su médico, a cabezota no me ganaba nadie, y con la amenaza en el tintero de que si no me dejaba mantener esa charla con el doctor se lo contaría a sus hijos, no le quedó más remedio.

Me enteré de que su cáncer era de los más agresivos, se lo detectaron en la última revisión ginecológica, durante una mamografía de control. Solo un veinte por ciento de mujeres lograban superar uno como aquel. El doctor le propuso hacer quimioterapia neoadyuvante o preoperatoria. De esta manera, intentaría reducir el tumor y que al cirujano le fuera más sencillo extraerlo, de ese modo, si funcionaba, evitarían extirpar toda la mama.

La buena noticia era que no había metástasis y la enfermedad se concentraba en un único punto, un tumor del tamaño de una pelota de golf al que atacar.

Traté por todos los medios de que se lo contara a Noah y Dylan, pero Patrice era un hueso duro de roer, se negó en rotundo y yo no tuve más remedio que claudicar y mantener su secreto a salvo. Por ahora, tenía seis meses de tratamiento antes de la cirugía. Cuando llegara el momento de operarse, pretendía decirles que se iba de vacaciones, pues la clínica donde la intervendrían estaba en Sídney. Ya se había ocupado de comprarse una peluca idéntica tanto en color, como en textura. Ni siquiera su ayudante, con quien me enteré poco después que mantenía una relación, sabía lo que le ocurría.

Patrice era una mujer hermética que no quería que el mundo se enterara ni de su vida personal ni de la de su salud.

La doctora Miller sacaba fuerzas de flaqueza y nadie se daba cuenta de que su procesión iba por dentro. Solo yo conocía la gravedad del cáncer que la asediaba y decidí entregarme en cuerpo y alma para ayudarla.

Fui a charlas que daban en la clínica, me informé sobre el tipo de tumor que tenía y encontré una asociación de mujeres muy apañadas que me ayudaron muchísimo. Insté a mi suegra a cambiar sus pautas de alimentación, las dos íbamos una vez a la semana a hacer ejercicios de yoga y de meditación, y ella acudía a una sala de terapias alternativas para recibir masajes energéticos que reequilibraran sus chakras. No iba a quedarnos una maldita puerta por llamar.

Brau, el *hacker* informático, estaba investigando sobre el posible vínculo entre la clínica de reproducción asistida y Herr Schwartz. Rascando mucho, encontró alguna nota de prensa sobre la intencionalidad de varios periodistas por querer investigar el centro de reproducción asistida de la gente pudiente de la costa este australiana. Los motivos eran varios; uno, por morbo, saber quién se había sometido a los tratamientos de los doctores Chapman tenía su punto. Por otro lado, la prensa más sensacionalista buscaba ahondar en el motivo de por qué en aquella clínica la mortalidad infantil estaba un par de puntos por encima de la media. Eso era lo que Brau tenía por el momento, o lo que era lo mismo: nada de nada.

Lamentablemente, esa palabra se repetía demasiado en las últimas semanas. Mi vida parecía haber entrado en punto muerto, sobre todo, en lo referente a Ali.

El servicio secreto alemán no es que hubiera dejado de buscar a mi hermana, más bien era que la cosa se había complicado. Por muchos interrogatorios que realizaron, nadie quería otorgarse la autoría de su secuestro. Daba igual lo que se les ofreciera a los chivatos, o lo que se les prometiera a los conocidos integrantes de los grupos por su devolución. El hermetismo que recubría el caso de mi hermana hacía que mi vida fuera un gran altibajo emocional.

La tuviera quien la tuviese se había ocupado de levantar muros tan altos que parecían inexpugnables. Su rastro se perdía en aquel hangar de Frankfurt, ni siquiera se encontró su teléfono.

La policía investigó cada vuelo que se había omitido —la llamada lista «B»— y los distintos aviones que volaron registrados. Muchos hicieron escala en otros países, por lo que se pidió colaboración internacional difundiendo la imagen de mi hermana. Como era el caso del aeropuerto alemán, muchos de los trabajadores o propietarios de hangares internacionales recibían importantes sumas para no abrir la boca; era el único modo que tenían las mafias para asegurarse de que determinadas mercancías, o vuelos, no constaran en sus bases de datos, por lo que se volvía bastante peliagudo el obtener información veraz.

Lo más positivo que ocurrió, hacía ya un par de semanas, fue lo que ya vaticiné. El fraude sobre el proyecto vendido a la farmacéutica alemana.

El escándalo no tardó en destaparse. Los medios de comunicación se hicieron eco de la estafa del año, así fue como la llamaron. Supuso un varapalo tan grande para la empresa compradora que la había dejado en bancarrota.

El «Godness» volvía al terreno de juego y la farmacéutica alemana había quebrado. Poco importó que el propietario rugiera alegando que todo fue una treta del fallecido Herr Schwartz. Las acciones cayeron en picado, la confianza está hecha de un tejido demasiado fino cuando se pone en juego la salud de bebés, y como para todo el mundo Herr Schwartz estaba muerto, no tenían a nadie a quien reclamar daños colaterales, pues el acuerdo se había firmado en exclusiva con él.

Fue una jugada redonda, a saber dónde andaría oculto el señor L con toda aquella millonada.

Mi suegra volvía a tener la sartén por el mango, y con la notoriedad que se le había dado a la copia barata de su proyecto, el valor del «Godness» se había triplicado. Cinco farmacéuticas estaban realmente interesadas, la última de ellas con una oferta que llevaría a la doctora Miller a poder vivir seis vidas sin trabajar. Aunque conociéndola, sabía que vendería el proyecto a la empresa que le ofreciera mayores garantías de que la sociedad se beneficiaría con el descubrimiento.

Se lo merecía, después de la cantidad de cosas que había sacrificado.

Tres días después de que todo se aclarara, me dejó ir al laboratorio para mostrarle las conclusiones a las que yo había llegado en Darmstadt. Nos dimos cuenta de que gracias a ellas podíamos perfilar mucho mejor el proyecto y darle mayor efectividad. Patrice me ofreció volver a Genetech para hacerlo posible junto a Dylan, y yo no pude negarme a la propuesta.

Habíamos limado asperezas. Las horas de hospital compartidas y nuestras charlas a corazón abierto ayudaron a acercar posiciones. Patrice era una mujer inteligente que se había equivocado mucho en el terreno personal, pero no tenía un mal fondo, solo estaba algo anquilosada y acostumbrada a mantener al margen a los demás. Tenía que trabajar aquella parte si quería recuperar a sus hijos.

Con Dylan lo tenía más fácil, Noah era otro cantar, con él tendría que picar piedra y de la dura, aunque no lo daba por perdido.

Los padres de Cris llegaron esta semana, con Negri, la mascota de mi cuñada a quien casi no reconoció de tanto peso que había perdido. El veterinario lo había sometido a una dieta estricta, o le racionaban las pipas o podía darle un infarto a su pequeño corazón. Ahora tenía el tamaño de un hámster normal, Cris bromeaba diciendo que iba a salir en la nueva portada de *Hamsters & Health*.

La casa de Noah se había convertido en el epicentro logístico de la Navidad. El lugar parecía estar sacado de una revista navideña, no le faltaba detalle. Luces, árbol, decoración, mis hijos correteaban como locos porque, según su padre, Santa Claus andaba cerca y no dejaba de mirarlos.

Habíamos quedado para pasar el día entero juntos. Era Nochebuena y lo celebraríamos a la española. Estábamos reunidos en la cocina mientras Jane acababa la comida.

Los padres de Cris mostraban con orgullo su nivel de «inglish». En cuanto se dieron cuenta de que la felicidad de su hija estaba en Australia, no dudaron en acudir al centro cultural de su barrio para apuntarse al curso para mayores de cincuenta y hacerse entender. Mi cuñada no dejaba de reír por lo bajito cada vez que uno de ellos soltaba una palabra que nos dejaba a todos con el ceño fruncido y las neuronas jugando al teléfono escacharrado.

—Cristina, hija, deja de reírte, estoy viéndote hacerlo por lo bajinis, y si sigues así, se me va a alterar el pólipo frenético —le reprochó su madre, arrugando el morro. Otra carcajada, esta vez

más fuerte, escapó de la garganta de mi cuñada.

—Cólico nefrítico, mamá, se llama cólico nefrítico. No sé durante cuantos años voy a tener que repetirlo.

—¿Y para qué vas a hacerlo si tú ya me entiendes?

—¿Quiere algo para beber? —le preguntó Jane al padre de Cris. El hombre la miró dubitativo.

—¿No tendrá un Peter Kas? —la pobre Jane casi se quedó bizca intentando dilucidar la bebida. Yo no había escuchado nunca esa marca, quizá fuera un vino español.

—Por todos los demonios, hoy vais a acabar conmigo y los habitantes de esta casa. Bitter Kas, papá.

—Si es que mi hija lleva eso de corregir y ser maestra en la sangre —festejó el hombre sin darle importancia a su errata.

—Toma, suegro. —Noah había abierto la nevera y le ofrecía un botellín rojo—. Los he comprado expresamente para ti —comentó, guiñándole un ojo—. Recordé cuánto te gustaba tomarte uno antes de comer cuando estábamos en Madrid.

—Tú sí que sabes, siempre fuiste muy observador y detallista.

—Eh, ¿y yo no? —protestó Dylan.

—Tú estabas demasiado ocupado con la muchacha del servicio, con perdón —dijo, mirándome a mí—. No se lo tengas en cuenta, tenía dieciséis años y a esa edad ya se sabe, cualquier falda es buena.

—Para mí solo valía una —afirmó Noah, dando la vuelta a la barra para besar la cabeza morena de su chica.

—Eso es verdad, siempre supe que serías para mi Cristina, estabas hecho para ella y ella para ti. Tanta pelea y desdén solo podía querer decir que os gustabais.

—Lo mío me ha costado que al final se diera cuenta de que lo nuestro valía la pena.

—Ya sabes que lo bueno se hace esperar, y mi Cristina siempre fue algo lenta para los hombres... —alegó, tomando el botellín abierto para verterlo sobre el vaso con hielo.

—¡Papá! —protestó mi cuñada enrojeciendo.

—Anda, ríe un poco, hija, que estás más guapa.

Mi hijo, a la velocidad de un cohete, fue corriendo hacia las piernas de Cris, quien tenía las rodillas separadas y estaba sentada en un taburete alto de la barra. Hizo un aterrizaje perfecto insertando la cabeza entre sus muslos para agitarla a toda velocidad entre ellos. Casi parecía una tuneladora en modo centrifugado. Liam, quien se estaba tomando una cerveza apoyado en la barra, cogió a mi hijo al vuelo.

—¿Se puede saber qué haces, pequeño alborotador? Esas cosas no se les hacen a las chicas.

—¿Cómo que no? Eran cosquillas —aclaró, haciendo que yo mirara a Dylan. Lo tenía justo detrás, aferrado a mi cuerpo.

—Las cosquillas no se tienen ahí, sino en la cintura —insistió Liam, aguantándose la risa.

—No es verdad. Mamá las tiene ahí. El otro día, entré en su habitación porque había tenido una pesadilla y papá estaba haciéndoselas. ¡Díselo, mami!

Todos los presentes giraron la cara hacia nosotros. Lo que hubiera dado por ser avestruz y que el suelo de la cocina se transformase en arena.

Al padre de Cris le salió el Peter Kas por la nariz. Y Liam se atragantó con la carcajada. Mi hijo no comprendía nada y a mi cuñada se le habían encendido las mejillas. No tanto como a mí, que me sentía arder.

—¿De qué os reís? —preguntó Oliver enfurruñado al no obtener la confirmación por mi

parte.

—Tito Liam te lo contará de aquí a unos años, hay ciertas cosquillas que solo pueden hacerse de mayor, estaría bien que tú te limitaras a hacer cosquillas en la cintura, las axilas o los pies — contestó el rubio resolutivo. Mi pequeño fue proyectado a lo alto de sus hombros. Aunque pudiera parecer extraño, mi hija se había mantenido en un segundo plano, lo que no quería decir que fuera a permanecer callada. Liam debió pensar lo mismo—. Vamos, Chloe, que Brownie necesita dar un paseo y vosotros vais a ser mis ayudantes.

—Vale, pero yo no cojo la caca, que son del tamaño de mi mano y me da mucho asco.

—No te preocupes, de eso me encargo yo, anda, vamos.

Liam me ofreció un guiño y yo un «gracias» murmurado.

—Así que eres cosquillosa, ¿eh? —cuestionó Noah en voz alta—. Hermanito, deberías poner un pestillo.

—Lo tenemos puesto, solo que se nos pasó y algo teníamos que decirle. Fue lo primero que me vino a la cabeza.

—Lo primero que te vino a la cabeza fue la entrepierna de tu mujer. —Cris le arreó un codazo abdominal que no impidió que mi cuñado se riera.

—Mejor que vean a sus padres amarse que discutir —insistió Jane desde la retaguardia.

—A nosotros también nos pilló Cris cuando tenía tres años —apostilló su madre, quien daba un sorbo al vaso de agua con gas.

—¿En serio? No lo recuerdo... —Mi cuñada la miró expectante.

—Sí, hija, sí, a mí me pillaste en el sofá, en plan Amazonas de rodeo y no hace falta que te explique que el toro era tu padre. —El hombre agitó las cejas—. Cuando entraste preguntando que qué hacíamos, a tu padre se le ocurrió decirte que yo estaba montando a caballito. Palabras mágicas para que tú proclamaras que también querías subir y apretaste a correr como Oliver hace un minuto. Pasaste las piernecitas por delante de mí y no nos quedó más remedio que improvisar.

—¿Estábais desnudos? —cuestionó Cris sin dar crédito.

—No, hija, no, dónde vas a parar. Yo llevaba el camisón puesto y no se veía nada... Eso sí, tendrías que haber visto a tu padre ocultando sus vergüenzas bajo la fina tela mientras nos hacía trotar al son de la canción del *Llanero Solitario*. —Todos nos echamos a reír.

—Madre mía, hoy en día igual te caía hasta una denuncia.

El bochorno pasó, Jane terminó de cocinar y todos colaboramos para sacar los platos al jardín. La comida fue de lo más entrañable.

Jane y la madre de mi cuñada estuvieron cocinando parte de la tarde mientras los demás nos relajábamos en la piscina. Después, ducha y acicalarnos, como mandaba la tradición. Estas serían unas Navidades distintas, sobre todo, para mí.

Dylan estaba tan guapo con el esmoquin que había escogido que cortaba el aliento. Yo me decanté por un vestido azul cielo, salpicado con pedrería, de escote corazón. Mi hija llevaba uno en el mismo color y Oliver uno muy parecido al de su padre. Cuando nos vieron aparecer, dijeron que parecíamos una familia de anuncio.

Noah se había decantado por un traje azul noche y Cris iba de rojo. Estaba preciosa. Todos lo estaban. Mi suegra iba en su línea, sobria y elegante, con un vestido de corte asimétrico que ensalzaba su clase natural.

Cuando nos sentamos, el padre de Cris tuvo unas bonitas palabras, tanto para los que estábamos, los que se habían ido, o los que faltaban ajenos a su voluntad, como ocurría con Alina. Reconozco que me sentía algo sensible, que me faltara mi hermana en una fecha tan señalada no me dejaba disfrutar del todo.

El nudo de mi estómago se acentuaba y me cargaba de melancolía. Dylan me tomó de la mano y la acarició al ver cómo los ojos me brillaban por las lágrimas contenidas.

—No voy a preguntarte si estás bien, solo quiero que sepas que estoy aquí y que esto no ha terminado, te lo prometo. —Sabía a lo que se refería. Él no dejaría de buscar a Ali hasta su último aliento.

—Gracias. —Le di un beso suave y nos dispusimos a atacar los platos.

Cuando llegó la hora del postre, Dylan pidió un momento de silencio, se levantó dando varios golpecitos a su copa y reclamó atención. Todos contuvieron la respiración cuando giró mi silla, incluso yo tuve que levantar bien la cabeza para verlo con claridad.

—Katarina, esta noche me he vestido de pingüino por ti. —Las comisuras de mis labios se alzaron. No es que yo le hubiera pedido que se pusiera esa ropa, a mí Dylan me gustaba de cualquier manera, aunque agradecía el gesto porque estaba muy atractivo—. Y cuando digo por ti, es porque en mi ropa hay un mensaje oculto que voy a descubrirte. —Lo miré expectante, pensaba que en cualquier momento se apagaría la luz y su ropa mostraría alguna de sus locuras escrita en tinta fluorescente. No ocurrió. Dylan se limitó a quedarse de pie y seguir hablando—. Se dice que cuando los pingüinos encuentran a sus parejas, nunca se separan, sin importar los años que transcurran. Se cuenta de ellos que no son infieles con otras hembras, ni viceversa; una vez que se juran amor eterno, lo cumplen a rajatabla, y cuando uno de los dos muere, el otro se interna en las profundas aguas de los océanos y nunca más regresa. Por ese motivo, esta noche me he vestido así para ti. —Clavó la rodilla en el suelo, sacó una cajita de terciopelo y me la tendió con toda la emoción del momento concentrada en la apertura.

Las manos me temblaban desbordantes de emoción cuando abrí la tapa y allí apareció una brillante y lustrosa piedra.

—¿Una piedra? —pregunté sin comprender. Vaya que era bonita, negra, pulida y muy brillante, pero no era lo que todo el mundo esperaba ver.

—Una piedra —corroboró orgulloso.

—Me parece que es por si quieres lanzársela a la cabeza si un día te mosquea —intercedió Liam, que se ganó un pellizco por parte de Jane que lo hizo callar.

—Fíjate bien, mami, es una piedra muy brillante y bonita —lo socorrió Oliver.

—Sí, pero, papi, a las chicas nos gusta que debajo de la piedra haya un anillo para poder ponérselo.

La doctora Miller se puso a reír en un murmullo:

—Di que sí, cariño, y si la piedra es un diamante, mejor.

—¿Podéis dejar que termine? —protestó Dylan, quien seguía arrodillado. Fuera la piedra que fuera, yo ya estaba emocionada—. Ya os he dicho que esta noche era un pingüino, así que voy a hacerlo a su estilo.

—¿Y cómo es ese estilo? —pregunté.

—Pues cuando un pingüino macho se enamora de su homónima hembra, busca la piedra perfecta por toda la playa para regalársela, que es lo que hoy he hecho junto con Oliver, y cuando finalmente la encuentra, él se inclina y coloca la piedra frente a ella. Si la toma, significa que acepta la propuesta, la de ser su compañera eterna. Así que..., Katarina, ¿aceptas ser mi pingüina para siempre? —Dylan tenía el poder de divertirme y emocionarme al mismo tiempo. Recordaría esta pedida hasta los restos.

—Mami, ahora viene cuando dices que sí —me chivó Oliver. El amor que sentía por aquel hombre, por nuestros hijos y por las personas que nos rodeaban no conocía límites.

—Sí, claro que sí —respondí, abalanzándome sobre Dylan, y tomé sus labios con apetito.

Los vítores no se hicieron esperar, coreando y jaleando nuestra promesa de futuro. Y cuando terminamos de besarnos, Dylan sacó una segunda cajita.

—Si una mujer te dice que sí con una piedra de playa, es porque es la correcta y merece llevar en el dedo una que le recuerde cuánto brilla para ti cada vez que la miras. —La segunda caja contenía un solitario de oro rosa con un diamante engarzado del tamaño de un garbanzo.

—Eso sí que es un anillo —admiró Patrice complacida cuando su hijo lo encajó en mi dedo.

Volvió el segundo estallido de algarabía.

—¡Ahora solo falta que pongáis fecha a la boda! —exclamó Noah.

—Esperaremos a dar con Alina, no puede faltar —respondió Dylan con tal convencimiento que me emocionó más de lo que ya estaba.

—Te quiero más que al aire que respiro, Dylan Miller —confesé sin importarme que todos escucharan.

—Y yo a ti, Duendecilla.

Al día siguiente, nuestros hijos nos despertaron dando saltos en la cama. Era tal el ansia que tenían por ver los regalos que les había traído Santa Claus que nos levantaron a todos. No se conformaron solo con nosotros.

Fueron por toda la casa, que se reunió alrededor del árbol sin desayunar, con legañas salpicando los ojos y bostezos que hablaban de las pocas horas dormidas.

Todos teníamos regalos, aunque el que se llevó la palma fue el que le hizo Cris a Noah. Cuando este lo abrió, todos lo miramos perplejos.

—¿Esto es... un bote para la orina? —preguntó él al ver el bote transparente con tapa roja.

—Tío, si te está pidiendo tu pis es que va en serio. Eso o que no se fía de lo que consumes. ¿Se puede ser más romántica que nuestra Cri-cri? —se carcajeó Dylan con su regalo en la mano.

—¡Cállate, pingüino! —respondió ella, lanzándole el papel de regalo hecho una bola. Mi cuñada le instó a Noah que abriera el segundo paquete en el que había una fina tira.

—Lo que yo te diga, está pidiéndote un análisis, para asegurarse que has dejado todos tus vicios.

—¿Qué es un vicio, papi? —cuestionó Oliver con el mando del coche teledirigido entre sus deditos.

—Algo que no puedes dejar de hacer o dejar de consumir —le explicó mi suegra.

—Como cuando te comes los mocos —lo increpó Chloe, a sabiendas de que él comprendería el ejemplo.

—¡Ya no me los como! —se quejó él, cruzándose de brazos.

—Mentiroso, anoche te vi llevarte uno a la boca del tamaño de un caracol. —A Cris le dio una arcada y salió corriendo hacia el baño. Por fin, Noah reaccionó y con cara de felicidad absoluta agitó la tira precipitándose en pos de su mujer.

—¡Está embarazada! —gritó, alejándose por el pasillo.

Todos aplaudimos celebrando la noticia. En breve, seríamos uno más en la familia y mis hijos tendrían un primo o prima con quien jugar.

—Menudo regalo, a mí Papá Noel me trae un hijo y me da el año —murmuró Liam cerca de Dylan.

—Eso es porque aún no te ha llegado tu pingüina, pero no sufras, todos terminamos arrojando la piedra de nuestra vida.

—Imposible, yo no soy vasco como para ir tirando piedras.

El móvil me sonó, Corinna, la representante de Ali, dijo que hoy me llamaría para felicitar me las fiestas, también mi padrino, que seguía sin noticias de Ludvic y preocupado por el futuro de

los laboratorios. Podía ser cualquiera de ellos. Contesté sin mirar.

—¿Sí?

—Kata, ¿eres tú? —La voz precipitada de mi hermana me cortó el aliento.

—¡¿Ali?! Ali, te estamos buscando, ¿dónde estás? ¿Dónde te retienen? ¿Estás bien? Dímelo, iremos ahora mismo a por ti, no hemos dejado de buscarte.

—Kata, escúchame, no tengo mucho tiempo, estoy viva y sana, pero no puedo escapar de aquí, tienes que ayudarme, no vas a creer lo que ha ocurrido, él es igual que... Bip, bip, bip, bip...

—¡Aliii! —grité, haciendo que todos pusieran la mirada sobre mí. Dylan me agarró de los brazos y me sacudió para que saliera del *shock*.

—¿Qué pasa?

—Era Ali, era mi hermana, se ha cortado... ¡Está viva y necesita mi ayuda! A nombrado a un «él», no sé a quién se refería o qué me quería decir. ¡Igual está con Herr Schwartz!

—Shhh, tranquila, cariño, que se haya puesto en contacto contigo es muy buena señal. Puede que se le haya cortado, déjame el teléfono. —Me quitó el terminal e intentó rellamar. No funcionó. Al minuto, cogió su móvil y, sin preocuparle la hora que era, llamó a Brau—. Lo sé, lo sé, pero te necesito —dijo cuando el *hacker* español respondió al otro lado de la línea—. Has de localizar un número de teléfono, Alina acaba de llamar a su hermana desde él. Sí, ahora mismo te lo mando por WhatsApp. Ponte las pilas, quiero saber ya dónde tengo que ir a buscarla y a quién pertenece esa línea.

—Dylan —murmuré, con las lágrimas enfriandome la piel. Él colgó, me abrazó e intentó consolarme mientras yo me venía abajo,

—Tranquila, mi amor, ahora sí que vamos a encontrarla..

Próximamente...

Hermano de Arena



Tu opinión me importa

Si te ha gustado la novela, me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería *online* donde la hayas adquirido. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias de todo corazón!



Rose Gate

La Autora



Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.

Nació en Barcelona en noviembre de 1978 bajo el signo de escorpio, el más apasionado de todo el horóscopo.

A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. *Ojos verdes*, de Karen Robards, y *Shanna*, de Kathleen Woodiwiss, fueron las dos primeras novelas que leyó y que la convirtieron en una devoradora compulsiva de este género.

Rose Gate decidió estudiar Turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero, finalmente, dejó aparcada su gran vocación.

Casada y con dos hijos, en la actualidad se dedica a su gran pasión: escribir montañas rusas con las que emocionar a sus lectores, animada por su familia y amigos.

Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

<https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS>

<https://www.instagram.com/rosegatebooks>

¿Dónde puedo comprar los libros?

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

Bibliografía:

SERIE STEEL

¿Te atreves a descubrir la serie más erótica que hayas leído de la mano de Rose Gate?

Descubre que el verdadero punto G se encuentra en el cerebro.

#SAGASTEEL 10 LIBROS QUE TE HARÁN ARDER.

1. Trece fantasías vol. 1
<http://amzn.to/2phPzuz>
2. Trece fantasías vol. 2
<http://amzn.to/2FWjUct>
3. Trece maneras de conquistar
<http://amzn.to/2pb86ta>
4. La conquista de Laura
<http://amzn.to/2HAWGFT>
5. Devórame
<http://amzn.to/2FULyGK>
6. Ran
<http://amzn.to/2FD3sOM>
7. Yo soy Libélula azul
<http://amzn.to/2FwWhDF>
8. Breogán, amando a una libélula
<http://amzn.to/2DhLewl>
9. Ojos de Dragón
<https://amzn.to/2wb5kdk>

10. Koi, entre el amor y el honor

<https://amzn.to/2NNbtRk>



SERIE KARMA

Descubre una bilogía plagada de humor, magia, saltos en el tiempo, amor y mucho picante. Porque el Karma viste falda escocesa.

1. El Karma del Highlander

relinks.me/B07FBMJ68H

2. La magia del Highlander

relinks.me/B07L1SBM2V

3. Los Dioses del Karma

relinks.me/B092RCH8HC



SERIE SPEED

SERIE SPEED. Vive la lectura a una velocidad de vértigo.

Un thriller romántico-erótico que te hará vivir una montaña rusa de emociones.

1. XÁNDER: En la noche más oscura, siempre brilla una estrella

<https://relinks.me/1092888659>

2. XÁNDER 2: Incluso un alma herida puede aprender a amar

<https://relinks.me/1095485814>

3. STORM: Si te descuidas te robará el corazón

<https://relinks.me/107532971X>

4. THUNDER: Descubre la verdadera fuerza del trueno y prepárate para sucumbir a él

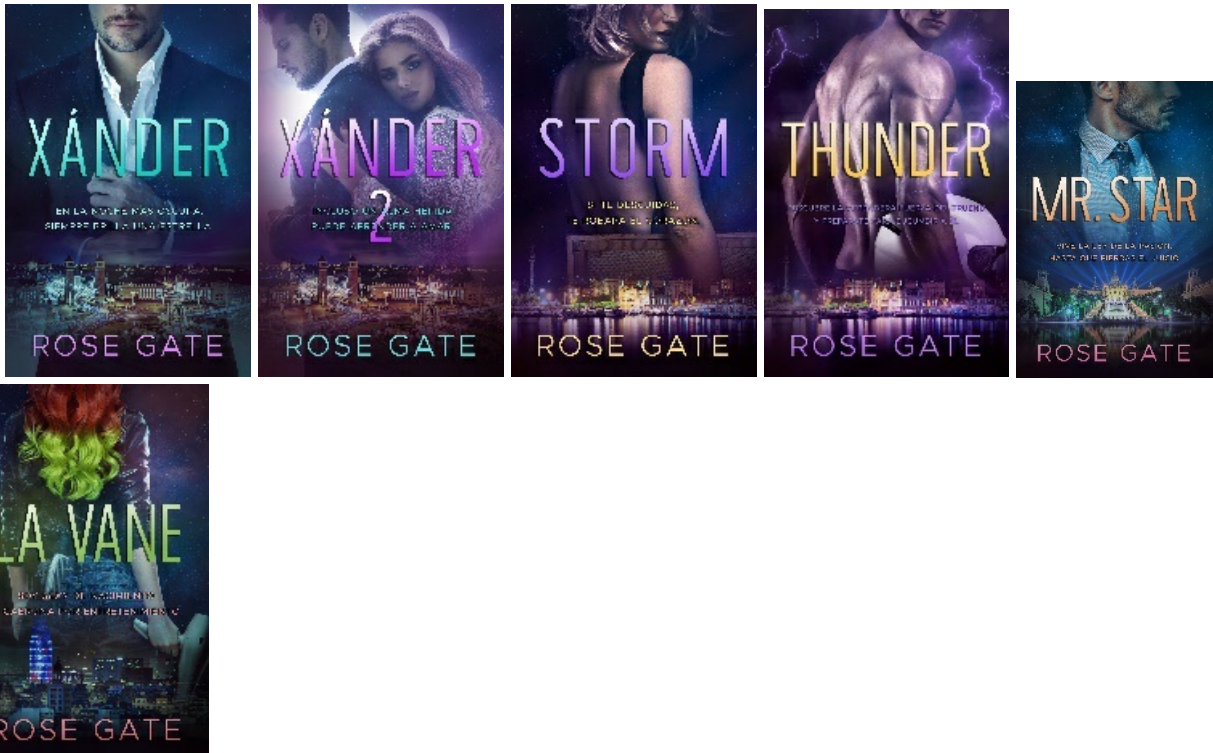
<https://relinks.me/1692776584>

5. MR. STAR: Siente la ley de la pasión hasta perder el juicio.

<https://relinks.me/B081K9FNRP>

6. LA VANE: Soy sexy de nacimiento y cabrona por entretenimiento

<https://relinks.me/B085RJMT1F>



COMEDIAS ROMÁNTICO-ERÓTICAS:

Lo que pasa en Elixyr, se queda en Elixyr

relinks.me/B07NFVBT7F

Una novela divertida, fresca, cargada de romance y escenas de alto voltaje. ¿Te atreves?



Si caigo en la tentación, que parezca un accidente.

relinks.me/B081K9QNLH

Una comedia erótico festiva donde los príncipes de colores, se convierten en polis

empotradores.



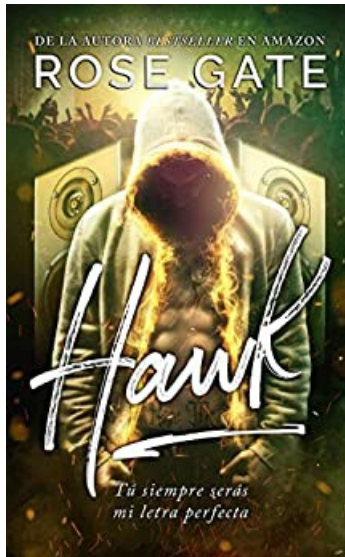
No voy a caer en la tentación, ni a empujones

<https://relinks.me/B08T1CFGWG>



Hawk, tú siempre serás mi letra perfecta

relinks.me/B087BCXTWS



¡Sí, quiero! Pero contigo no.

<https://www.azonlinks.com/B08PXJZHQC>

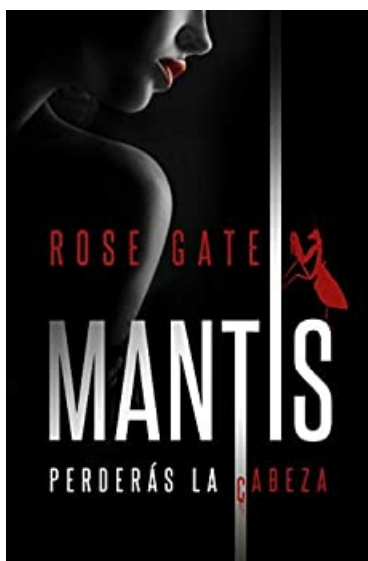
Una historia basada en hechos reales



THRILLERS-ERÓTICOS:

Mantis, perderás la cabeza

<https://relinks.me/B0891LLTZH>



Luxus, entre el lujo y la lujuria

<https://relinks.me/B08HS5MMRC>



ROMÁNTICA:

Viviré para siempre en tu sonrisa

relinks.me/B08XXN2Q3D



SERIE HERMANOS MILLER:

Hermano de Hielo

relinks.me/B098GQSPYP



Hermano de Fuego

relinks.me/B098KJGTYF



[1] *Lamingtons*: dulces típicos de Australia.

[2] *Mami*: mamá, en albanés.

[3] *Uštipci*: masa frita bosnia que se puede servir dulce o salada, típica de los Balcanes Occidentales.

[4] *Babai*: papá, en albanés.

[5] *Herma*: hermana, en albanés.

[6] *Äpfelkirsch*: Bebida típica de Darmstadt que consta de un vaso de vino al que se le añade un *shoot* de licor de cereza.

[7]

Mi scusi signorina. Sei stato voi a prendermi per mano, sono stato solo gentile. Traducción: Disculpe, señorita. Ha sido usted quien me ha cogido de la mano, yo solo he sido amable.